

# El equipo en la sombra

Resistencia, clandestinidad y cotidianidad  
de los comunistas uruguayos en Buenos Aires  
(1973-1985)

Ana Diamant  
Silvia Dutrénit Bielous







## **El equipo en la sombra**

Diamant, Ana

El equipo en la sombra : resistencia, clandestinidad y cotidianidad de los comunistas uruguayos en Buenos Aires 1973-1985 / Ana Diamant ; Silvia Dutrénit Bielous. - 1a ed - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : CLACSO, 2024.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-813-891-6

1. Comunismo. 2. Relatos. I. Dutrénit Bielous, Silvia II. Título

CDD 320.532092

Diseño de tapa: Dominique Cortondo Arias

Diseño del interior y maquetado: Eleonora Silva

Corrección: Juan Von Zeschau

# **El equipo en la sombra**

Resistencia, clandestinidad y cotidianidad  
de los comunistas uruguayos en Buenos Aires  
(1973-1985)

Ana Diamant y Silvia Dutrénit Bielous



PLATAFORMAS PARA  
EL DIÁLOGO SOCIAL



**CLACSO**



**CLACSO**

Consejo Latinoamericano  
de Ciencias Sociales  
Conselho Latino-americano  
de Ciências Sociais

**CLACSO Secretaría Ejecutiva**

**Karina Batthyány** - Directora Ejecutiva

**María Fernanda Pampín** - Directora de Publicaciones

**Equipo Editorial**

**Lucas Sablich** - Coordinador Editorial

**Solange Victory y Marcela Alemandi** - Producción Editorial



**LIBRERÍA LATINOAMERICANA Y CARIBEÑA DE CIENCIAS SOCIALES**  
**CONOCIMIENTO ABIERTO, CONOCIMIENTO LIBRE**

Los libros de CLACSO pueden descargarse libremente en formato digital desde cualquier lugar del mundo ingresando a [libreria.clacso.org](http://libreria.clacso.org)

*El equipo en la sombra. Resistencia, clandestinidad y cotidianidad de los comunistas uruguayos en Buenos Aires (1973-1985)* (Buenos Aires: CLACSO, septiembre de 2024). ISBN 978-987-813-891-6



CC BY-NC-ND 4.0

La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios y otras colaboraciones incumbe exclusivamente a los autores firmantes, y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista de la Secretaría Ejecutiva de CLACSO.

**CLACSO. Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales**

**Conselho Latino-americano de Ciências Sociais**

Estados Unidos 1168 | C1023AAB Ciudad de Buenos Aires | Argentina

Tel [54 11] 4304 9145 | Fax [54 11] 4305 0875

<clacso@clacsoinst.edu.ar> | <www.clacso.org>



**Suecia**  
**Sverige**

Este material/producción ha sido financiado por la Agencia Sueca de Cooperación Internacional para el Desarrollo, Asdi. La responsabilidad del contenido recae enteramente sobre el creador. Asdi no comparte necesariamente las opiniones e interpretaciones expresadas.

# Índice

Agradecimientos .....	9
Prólogo.....	11
Ah..., Buenos Aires, Buenos Aires.....	13
Algunas características del exilio de los comunistas en la Argentina .....	21
La represión al exilio uruguayo en Buenos Aires.....	25
Tres dimensiones para aproximarse al libro .....	35
Presentación .....	41
¿Por qué partir?.....	43
La construcción del relato: narradores y narraciones.....	44
A Buenos Aires había que llegar.....	47
Así Buenos Aires, así en Buenos Aires .....	49
Vivir y militar en las borrosas fronteras entre clandestinidad y legalidad.....	51
Cómo siguen doliendo Raúl y Manuel.....	54
Repliegue, retorno o no retorno .....	55
No hay conclusiones, solo quedan más interrogantes.....	58
Por qué partir.....	61
La construcción del relato, los narradores.....	89
A Buenos Aires había que llegar .....	135

Así Buenos Aires, así en Buenos Aires.....	177
Vivir y militar en las borrosas fronteras entre clandestinidad y legalidad.....	233
Cómo siguen doliendo Raúl y Manuel.....	313
Repliegue, retorno o no retorno.....	351
No hay conclusiones, solo quedan más interrogantes.....	391
Bibliografía.....	411
Entrevistas.....	427
Sobre las autoras.....	431

## Agradecimientos

Cerrar una producción que tomó casi diez años resulta una ocasión privilegiada para desandar el camino recorrido, reencontrarse con quienes acompañaron y ratificar que toda producción es siempre colectiva.

Fue una decisión –no sin conflictos– embarcarse en este viaje que incluyó muchos viajes lejanos y distantes, y fue amable y conmovedor tener acompañantes. Es deber de gratitud reconocerlos y hacer el esfuerzo de no olvidar a nadie.

Esta realización se trama sobre memorias compartidas y sobre la generosidad de sus portadores al cederlas. Donar un recuerdo es mucho más que recuperar y narrar. Es un trabajo –en este caso costoso y doloroso– de reconstrucción de espacios, tiempos, acontecimientos, personajes, de ubicarlos en escenarios, hacerlos interactuar y sin dudas matizarlos con juicios valorativos. Veintiséis generosos y laboriosos voluntarios que se sumaron a esta tarea, mujeres y hombres que asumieron un doble protagonismo, el de haber sido partícipes de los eventos narrados y el de narrarlos luego. Sin sus relatos esta historia no se hubiera podido contar. A ellos nuestro agradecimiento.

Los testimonios fueron recogidos, grabados, desgrabados, editados, una tarea comprometida y cuidadosa que realizaron Verónica Osorio, Gabriela Horestein, Laura Bermúdez, Camila Diamant,

Paula Guzzo, con la colaboración de Clarisa Caamaño, Mariela Berenstein y Natalia Osorio. A ellas nuestro agradecimiento.

La producción apasionada, a veces desordenada requirió una mirada conocedora –por haberla vivido– de la experiencia y del contenido y a la vez experta en el análisis del texto. De eso se ocupó Daniel Feldman, testigo, testimoniante y editor. La edición última estuvo en manos de Belén Trejo. A ambos nuestro agradecimiento.

Hubo una lectura profunda que vio su síntesis en el prólogo de esta obra con la pluma de Álvaro Rico. A él nuestro agradecimiento.

Los tiempos de viajes, de lecturas, de análisis de testimonios y de escritura, fueron tiempos robados a parejas, hijos, nietos que acompañaron silenciosa pero firmemente este proyecto. A todos nuestro agradecimiento.

Compañeros, colegas, amigos sumaron sus aportes. Nos escucharon con paciencia, nos ayudaron a tomar distancias, nos matizaron ideas y pasiones. A ellos nuestro agradecimiento.

Fuimos cómplices y partícipes de una red solidaria. A todos sus integrantes nuestro agradecimiento.

*Ana Diamant - Silvia Dutrénit Bielous*  
Buenos Aires – México – Montevideo  
Otoño – Primavera 2023

## Prólogo

Las autoras Ana Diamant y Silvia Dutrénit son dos investigadoras, mujeres y madres, residentes en Argentina y México respectivamente. Ellas mismas fueron jóvenes militantes comunistas que, en otra vida, tuvieron que refugiarse de las dictaduras implantadas en la región, primero en su propio país, y después en el país de exilio, entre los años 1973 y 1976 del siglo pasado.

Reconocidas por su incansable y diversificada producción historiográfica, la historia oral y el estudio del pasado reciente, sobre todo en los países del Cono Sur y Uruguay, han constituido los ejes de sus preocupaciones, reflexiones y aportes teóricos significativos a través de largos años de trayectoria académica. En el caso de Ana, por sus aportes a la historia reciente de la enseñanza, particularmente a las marcas de migraciones, guerras y autoritarismos en las instituciones educativas. Coordina el Grupo de Trabajo Permanente Autoritarismos y Educación en Iberoamérica y presidió la Sociedad Argentina de Investigación y Enseñanza en Historia de la Educación (SAIEHE) entre 2017 y 2022. En el caso de Silvia, fue nombrada Profesora Emérita por el Consejo Nacional de Humanidades, Ciencias y Tecnologías (CONAHCYT) de México. Esta distinción llega para hacer justicia a su trabajo como historiadora, pero también a su historia de vida, en la que como uruguayos nos reconocemos y sentimos plenamente representados.

Estas dos biografías mucho nos dicen respecto a su libro, la época histórica y el presente. De allí que, si bien la investigación, los testimonios y la misma edición del libro *El equipo en la sombra* les llevó diez años de trabajo (2013-2023), es cierto, también, que este libro lo comenzaron antes de escribirlo, a través de sus propias vivencias políticas en Uruguay, y luego el extrañamiento de su propio país, hace ya medio siglo. Primero, en la militancia liceal en la Unión de la Juventud Comunista (UJC) en Montevideo, en la protesta contra las medidas de los gobiernos autoritarios en democracia, en la experiencia de los primeros tiempos de la clandestinidad, en la resistencia al golpe de Estado y a la dictadura desde junio de 1973. Luego, perseguidas y emprendiendo el camino a la Argentina, volvieron a vivir allí, junto a otros muchos uruguayos, la violencia política y los ataques de los grupos paramilitares hasta la instalación de otra dictadura terrorista y desaparecedora, a partir de marzo de 1976.

Esta circunstancia vuelve a bifurcar sus caminos y el de sus familias, otra vez. Ana permanece en la Argentina. Silvia parte a México en su segundo exilio. Seguramente sus orígenes judíos y las historias familiares sobre comunistas y diásporas contadas en innumerables reuniones, aquellos relatos sobre la persecución y la resistencia a los totalitarismos y fascismos europeos así como los sufrimientos de los exilios, alimentaron desde temprana edad una escucha atenta y una gran sensibilidad ante las injusticias y la defensa de los derechos humanos, que después se hizo convicción y reflexión, junto al compromiso de continuar hasta el presente aquel legado familiar: resistir a todas las formas de autoritarismo. Esa actitud combativa la prolongan hasta el día de hoy desde las trincheras del campo intelectual, como estudiosas de las dictaduras en la región y militantes de la historia y las ciencias sociales.

Ana y Silvia no estuvieron solas, ni tampoco lejos. Contaron con la cercanía y ayuda de un equipo calificado que auxilió su trabajo de investigación en las tareas de seleccionar, grabar, transcribir y ordenar los testimonios realizados en distintos países y

momentos, así como también asumir parte de las responsabilidades de edición del libro. CLACSO hizo el resto que faltaba, publicándolo y posibilitando así que llegara hasta nosotros.

### **Ah..., Buenos Aires, Buenos Aires....**

Imposible contar la vida en el exilio sin referirse a los lugares que lo habitaron: las *ciudades del exilio*. Más allá de ser el exilio uruguayo un fenómeno de carácter político por excelencia, una forma de castigo estatal mediante el extrañamiento de los disidentes de su tierra natal, el desarraigo cultural y la persecución extraterritorial, la condición de exiliado es también una relación social y cultural reconstruida dentro de un espacio o territorio extranjero, que a la vez que constituye a las personas en ese nuevo hábitat y las limita en sus movimientos y accionar político tradicional, también les abre perspectivas para una visión del mundo menos provinciana y más solidaria, cerca y lejos, al mismo tiempo, de sus afectos, familias y viejos amigos que permanecieron en el *paisito*. En esa ciudad que hay que conocer y dominar en sus ritmos, costumbres y distancias, las urgencias y desafíos cotidianos que plantea el rehacer la vida conviven contradictoriamente con la añoranza o ilusión de *tener las valijas prontas* para volver en cualquier momento; el cuidado por pasar desapercibido y mimetizarse con la población para evitar caer bajo sospecha por extranjero se superpone a la necesidad de querer contar las peripecias personales al entorno más cercano o denunciar públicamente la situación en el país de origen; las alegrías por los pequeños logros obtenidos en el difícil proceso de reinserción laboral se entremezclan con la culpa del sobreviviente que se cuestiona la suerte de su destino personal y sentirse feliz. Nada fue igual desde aquel día de la partida.

Así como París representó la ciudad-retaguardia frecuentada por los revolucionarios y antifascistas españoles e italianos, entre otros, y ciudad de México fue por tradición la tierra de los exilios

latino y centroamericanos en el transcurso del siglo XX, Buenos Aires se convirtió, a principios de la década de los años setenta –después de Santiago de Chile cuando el gobierno de Salvador Allende–, en la tierra de refugio, en la ciudad de encuentro obligado de los exiliados de los países del Cono Sur que escapaban de la ofensiva contrarrevolucionaria de los nuevos autoritarismos, iniciada con Brasil (en 1964) y continuada con Argentina (1966), Bolivia (1971), Uruguay y Chile (1973).

En Argentina, el ciclo de dictaduras militares comenzó tempranamente, a mediados de los años sesenta con el golpe del Gral. Juan Carlos Onganía (1966), y concluyó al inicio de la década de los setenta, con el retorno del peronismo y el triunfo en las elecciones de su candidato presidencial, Héctor Cámpora (1973, marzo). En ese contexto de reconquista de la democracia, la ciudad recuperó parte de su memoria solidaria y la hospitalidad que había dispensado décadas atrás a los republicanos que llegaron al país tras su derrota en la Guerra Civil española. La gran urbe, y otras ciudades de Argentina, estaban acostumbradas a recibir a miles de emigrantes de países vecinos que buscaban nuevas oportunidades laborales en medio de las recurrentes crisis socioeconómicas y la pobreza estructural en la región; también acogieron un aluvión de exiliados, refugiados y expulsados por las dictaduras implantadas casi simultáneamente en el Cono Sur. En palabras de las autoras, Buenos Aires se transformó en un “punto de apoyo y un modo de transición, un espacio de estancia y un puente hacia lugares inesperados”.

Una nueva elección nacional confirmó la tercera presidencia de la República de Juan Domingo Perón (1973, setiembre) con más del 60% de los votos, lo que también demostró el éxito de su estrategia de retorno y acceso al poder tras su exilio y proscripción del movimiento justicialista por años. Al mismo tiempo, la masacre de Ezeiza a su llegada al país desde España (1973, junio), presagiaba una rápida derechización de la situación política y el enfrentamiento fratricida que sobrevendría, con la consiguiente proyección de la

violencia estatal-militar, guerrillera y parapolicial de derecha hacia el conjunto de la sociedad argentina y contra toda oposición democrática y de izquierda en el país. El fallecimiento de Perón a solo 9 meses de asumir, la sucesión de su esposa, Isabel Martínez, y la incidencia de la Alianza Anticomunista Argentina (Triple A) en el gobierno y a través de sus atentados diarios, secuestros y asesinatos de opositores, adelantaban lo que sucedería pocos años después, ya como terrorismo de Estado: un nuevo golpe militar encabezado por el Gral. Jorge Rafael Videla (1976) y otra dictadura que se extendió por siete años. Luego del golpe del 24 de marzo, hasta la derrota en la Guerra de las Malvinas y la realización de elecciones (1983, diciembre) que señalaron el retorno a la democracia en el país, la ciudad de Buenos Aires, hospitalaria con el extranjero y el inmigrante, se tornó para los exiliados y refugiados latinoamericanos un territorio hostil para soñar con un futuro revolucionario y un asfalto duro de caminar diariamente para ganarse la vida.

Entre la breve apertura democrática del año '73 y el golpe del '76 en la Argentina se inscribe el espacio temporal donde se verifica el grueso del traslado de los uruguayos a Buenos Aires, a consecuencia, también, de haberse ejecutado antes el golpe de Estado en la *Suiza de América*, el 27 de junio de 1973, y recrudescido la etapa de represión institucional, en particular contra los comunistas, a fines de 1975. Los ciclos políticos en el continente y la alternancia democracia-dictadura no siempre coincidieron en el tiempo; en este caso, ese desfase propició un tiempo político diferenciado entre los dos países (también con Chile), circunstancias que fueron aprovechadas por cientos de personas para salvar sus vidas de la represión o para encontrar nuevas oportunidades militantes, laborales y de estudio en el exilio de Buenos Aires, dada la cercanía geográfica y la similitud de tradiciones históricas, cultura y costumbres en el Río de la Plata.

Aclaremos brevemente que la salida de uruguayos al exterior, y a la vecina orilla en particular, no se inició en estas circunstancias específicas. Existieron otros antecedentes cercanos de flujos

migratorios motivados por distintas razones, hacia el que confluó esta oleada a principios de los años setenta. Un gran empuje se dio en los años sesenta, fundamentalmente por razones económicas. Otro momento fue el exilio político temprano iniciado en los dos o tres primeros años de la década de los setenta, con aquellos presos políticos uruguayos que hicieron uso de la opción constitucional para salir del país. Quizás la otra cara del fenómeno en esos mismos años lo constituyó el repliegue táctico a Buenos Aires de algunos grupos que reivindicaban la lucha armada y que, después de los golpes represivos recibidos en Uruguay, buscaron proteger a los dirigentes e integrantes de sus aparatos y reagruparse en el vecino país para después reingresar y encarar la resistencia a la dictadura en forma organizada. Recordamos que otro aluvión importante de uruguayos que recaló en Buenos Aires después de junio del '73 estuvo motivado por razones político-sindicales y económicas, compuesto por trabajadores y miembros de sus familias que participaron ocupando sus fábricas y lugares de trabajo en la huelga general de 15 días declarada por la Convención Nacional de Trabajadores (CNT) contra el golpe de Estado en Uruguay. Por esa razón, fueron sancionados y despedidos de sus trabajos por un decreto de la dictadura.

El exilio comunista en particular se transformó en un fenómeno partidario y masivo hacia finales del año 1975 (desde octubre) y primera mitad de 1976, como resultado de la llamada Operación Morgan, desatada por el régimen dictatorial para desarticular los aparatos del Partido que actuaban en la resistencia clandestina y detener al grueso de sus dirigentes y militantes. La onda expansiva se extendió hasta abarcar también a la Unión de la Juventud Comunista, principalmente a su Sector Universitario. Desde allí, el exilio comunista en la Argentina continuó engrosando sus filas en forma ininterrumpida, al menos hasta 1982, aunque en los primeros años de la dictadura, la férrea directiva partidaria era la de permanecer en el país para enfrentar a la dictadura y cubrir el lugar de militancia de quienes eran detenidos, admitiéndose solo en

casos excepcionales, y con autorización de la dirección, la salida al exterior del país.

El registro temporal de los flujos y pujos del exilio (por cuantogotas o grupales) estuvo siempre vinculado a la cronología de la represión (a nivel de los regionales, organismos barriales o funcionales, así como persecuciones individuales que arrastraban a las familias). Los operativos militares y policiales contra el PCU y la UJC estaban dirigidos a la detención de dirigentes y militantes y a desarticular organismos partidarios o juveniles a distintos niveles y en todo el territorio nacional (sindicales, universitario-estudiantiles, de la cultura y propaganda, aparato armado clandestino, dirigentes). En su conjunto, los procedimientos y operativos sumados constituyeron sucesivas oleadas represivas exitosas dentro del Uruguay, que dejaban por un buen tiempo limitadas las capacidades de respuesta y posibilidades de repliegue de la organización, sin sostenibilidad económica diaria para mantener en la clandestinidad a sus cuadros dirigentes y funcionarios rentados y con la infraestructura y cobertura legal de su funcionamiento desbaratadas (locales, casas de resguardo, transporte, empresas); también la dirección quedaba temporalmente sin enlaces con los organismos intermedios, de base y entre sus miembros, interrumpiéndose las reuniones y cortándose las correas de transmisión de las directivas para la militancia así como la distribución de documentos y la *Carta Semanal*, entre otros materiales partidarios y propagandísticos. La represión contabilizaba numerosas víctimas: presos políticos, asesinados, detenidos-desaparecidos; también, exiliados, refugiados y ciudadanos expulsados del país por indeseables.

Justamente, el recorte temporal del libro de Ana Diamant y Silvia Dutrénit empieza en 1973, año clave, como dijimos, para reconstruir el fenómeno de la migración económica y no-voluntaria, así como del exilio político de los comunistas uruguayos en la Argentina, y concluye en el año 1985, con el retorno al país de la democracia y de gran parte de los exiliados que se organizaron en el exterior. Por lo tanto, la reconstrucción histórica abarca un

extenso recorrido temporal, aunque circunscripto a Buenos Aires: desde el golpe de Estado y la implantación de la dictadura hasta la transición y reconquista de la democracia en Argentina y Uruguay.

Sin embargo, esta periodización general, imprescindible para contextualizar el exilio en la región y en el mundo, necesariamente incorpora una temporalidad –a veces paralela, a veces superpuesta–, que refiere a la historia reciente de la República Argentina, obligando a las autoras a estudiar y reconstruir aquellos acontecimientos relevantes en la vecina orilla, no solo en el Uruguay, que condicionaron los flujos y oleadas migratorias y del exilio y su relación con los períodos de mayor represión, las distintas formas de funcionamiento según la coyuntura política, los vínculos con el interior del país, la evolución del tipo de organización partidaria –la estructura clandestina y su periferia legal– y las mismas acciones militantes –público-legales y secretas–, las iniciativas políticas, campañas y grandes eventos organizados por el Partido Comunista del Uruguay, por la Unión de Juventudes Comunistas y sus aliados en la vecina orilla.

Se sobreimprime así en muchas páginas del libro y en las vivencias de los entrevistados, una cronología de las dictaduras de Uruguay y Argentina en clave comparada, que contribuye a completar la contextualización y comprensión del exilio de los comunistas en sus distintas etapas, entre los datos que explican la salida del país de origen y los datos que explican y condicionan la instalación personal-familiar en el país de destino, pasando por las características del funcionamiento orgánico y las razones del fin del exilio. Sin pretender ser exhaustivos ahora en la reconstrucción, las autoras pasan revista, particularmente, al significado que tuvo para el exilio uruguayo en Argentina acontecimientos históricos como la apertura democrática del '73 y el triunfo de Cámpora, la violencia de la Triple A y el golpe militar del '76, la coordinación represiva en el Río de la Plata y el Plan Cóndor, la derrota en la Guerra de las Malvinas y la liberalización del régimen dictatorial,

la convocatoria a elecciones y el triunfo de Raúl Alfonsín confirmando el inicio de la transición democrática en la Argentina.

Esta contextualización espejada (Montevideo-Buenos Aires, acontecimientos históricos-iniciativas del exilio, aparato clandestino-militancia legal) permite incorporar –y complejizar– en la reflexión de los exilios más recientes otros fenómenos derivados que resaltan el carácter temporal de la condición del exiliado por razones políticas, pero que también difuminan los contornos para determinar el *comienzo* y el *fin* de los exilios y la condición espiritual de *exiliados* por igual. Dicho de otra manera, la fijación de esos contornos, y por tanto de los destinos individuales de un exiliado, no están fijos o determinados exclusivamente por la relación lineal o mecánica entre el exilio y los momentos más significativos de la historia real y los flujos represivos. En cierto sentido, la condición temporal excepcional del exiliado, muchas veces, se tornó un rasgo íntimo permanente o constitutivo de la misma personalidad (en sus silencios, nostalgias, soledad, ensimismamientos), aún perdiendo esa condición de exiliados políticos cuando la recuperación de la democracia.

A modo de ejemplos de esa difuminación de los límites del exilio, mencionamos las siguientes situaciones: el doble exilio, quienes recalaron en su primer exilio (o destino inmediato) en Buenos Aires por un breve período de tiempo, para luego (sobre todo a partir del recrudescimiento y coordinación de la represión desde 1976), reexiliarse definitivamente en países más lejanos, generalmente en el norte de Latinoamérica y Europa. O el retorno post-exilio, es decir, quienes se desexiliaron al fin de las dictaduras en Uruguay, pero luego, por distintas razones, migraron y se radicaron definitivamente en sus ex países de exilio. O el fenómeno de los exiliados que permanecieron viviendo en sus países de acogida, en este caso la República Argentina, una vez recuperada la democracia en la región, en una doble ciudadanía vinculada afectiva y, quizás, políticamente a su país de nacimiento.

Asimismo, agregamos que el marco histórico o cronológico también es utilizado en forma flexible por las autoras, ya que es parte del fenómeno mismo del exilio, y consiguientemente de su estudio, abordar los procesos previos (desde la toma de la decisión personal, las consultas partidarias, los preparativos, el momento mismo de la salida del país, sus rutas y despedidas) hasta las peripecias del tránsito o trayecto de un lugar a otro: el cruce y el arribo al país de acogida, la instalación en las nuevas condiciones. Este último momento abre una nueva etapa en la vida de los exiliados, que refiere más a su vida personal y laboral y no a la gran historia de las dictaduras. Por un lado, renovar documentos y permisos de residencia, buscar trabajo, adaptarse a situaciones desconocidas, dominar las distancias y transportes, ubicar a los niños en las escuelas o revalidar y retomar estudios, las vías seguras para enviar cartas a Montevideo, hacer llamadas y mantener los vínculos familiares y las noticias sobre Uruguay). Por otro lado, esa etapa marca el reinicio de las actividades políticas y militantes. Se trató de buscar contactos orgánicos, elegir un seudónimo, constituir una agrupación o círculo, vincularse al medio argentino y a organizaciones solidarias, participar en actos culturales o de denuncias, colaborar con el interior del país de distintas maneras.

No obstante, en el libro hay margen suficiente para incorporar no solamente el estudio del exilio partidario organizado y de aquellos que formaron parte de la estructura orgánica, militante y clandestina del PCU en Argentina (el aparato, equipo técnico u operativo, en primer lugar). También hay una mirada para aquellos comunistas radicados en Argentina que, de una manera u otra, fueron constituyendo las redes sociales periféricas o vínculos grupales o de apoyo individuales a dicho núcleo directriz. Finalmente, el análisis y los testimonios abarcan a quienes, además, siendo parte del exilio, y habiendo tenido militancia comunista en el Uruguay, quedaron momentánea o totalmente desenganchados, sueltos o inorgánicos en la Argentina, a veces por propia decisión, y que comenzaron posteriormente a revincularse, participando en

convocatorias solidarias y actos públicos por Uruguay, cuya realización caracterizó los momentos de la apertura política, posterior a la derrota en la guerra de las Malvinas y el triunfo de Raúl Alfonsín en las elecciones.

En esta etapa de crisis terminal del régimen dictatorial y progresivo retorno a la democracia en la Argentina, el objetivo del PCU ya no fue solo el exilio político-partidario sino llegarle al conjunto de la migración uruguaya, independientemente de su pertenencia partidaria, y no solamente la construcción orgánica del Partido sino también la organización del Frente Amplio (FA) en la Argentina, buscando convocar y convencer a la mayor cantidad de votantes para el frente en las elecciones con proscripciones de noviembre de 1984, organizar su traslado masivo al Uruguay para participar en la campaña y acto electoral así como lograr el posterior regreso definitivo al país para engrosar la militancia en la etapa de autolegalización del PCU, de consolidar y avanzar en democracia, ya sin objetivos revolucionarios *a la vuelta de la esquina*.

### **Algunas características del exilio de los comunistas en la Argentina**

A lo largo de las 434 páginas que contiene el libro y los 26 testimonios que recoge, Ana y Silvia van extrayendo conclusiones generales muy importantes sobre las características específicas del exilio de los comunistas uruguayos en Argentina, así como los rasgos que permiten comparar el fenómeno con otras experiencias históricas de partidos comunistas y revolucionarios que atravesaron circunstancias autoritarias similares, de clandestinidad, persecución y destierro similares.

Recordemos que el exilio de los comunistas uruguayos se extendió por cerca de 30 países del mundo, en cuatro continentes. Que el Partido Comunista de Uruguay fue una de los pocos ejemplos en la historia de los partidos políticos que logró organizarse

y funcionar regularmente en el exterior del país por más de una década, conformando distintas estructuras regionales, nacionales y locales, direcciones centrales e intermedias y sostener planes de trabajo anuales que buscaban extender la solidaridad internacional a nivel de pueblos, gobiernos y organismos internacionales, amplificar las denuncias y aislar a los regímenes fascistas en Uruguay y la región, dotarse de distintos medios para acceder a la opinión pública local y construir alianzas amplias con organizaciones parlamentarias, sindicales, de derechos humanos y otras, como el Movimiento Argentino Antimperialista de Solidaridad Latinoamericana (MAASLA), Convergencia Democrática en Uruguay (CDU), Conferencia Permanente de Partidos Políticos en América Latina (COPPAL), Asociación Latinoamericana de Derechos Humanos (ALDHU).

Respecto al numeroso exilio de los comunistas en Buenos Aires –fue el país, junto a México, Cuba y Suecia de mayor concentración de uruguayos–, nos atrevemos ahora a sintetizar con nuestras palabras, a riesgo de ser parciales, algunas de las características aportadas en el libro. Se trató de un exilio político que fue incrementando en forma permanente su número a partir de la llegada masiva a Buenos Aires y otras ciudades de Argentina, principalmente luego de la Operación Morgan (octubre 1975); un exilio comunista organizado y disciplinado, con una parte de su estructura orgánica y cuadros clandestinos que funcionaban como parte y apoyo directo de la dirección partidaria adentro del país y de nexos con la dirección en Moscú. Es un rasgo propio a señalar, que en el PCU no existió una diferenciación orgánica, como sí sucedió en la experiencia de otros partidos comunistas, entre la dirección interior y la dirección en el exilio sino que se trató de una única conducción política a cargo de Rodney Arismendi, Primer Secretario del PCU desde el año 1955, quien fuera detenido en 1974 durante 8 meses por la dictadura y luego expulsado con destino: Moscú, el 4 de enero de 1975. Allí residió hasta noviembre de 1984, cuando se instaló en Buenos Aires, en tránsito definitivo hacia el Uruguay.

Un núcleo (técnico) de la organización en Argentina, integrado por pocas personas y dirigido por Geza Stary y Roberto Pereira, actuó en la más absoluta clandestinidad, entró y salió clandestinamente de Uruguay en varias oportunidades, y contó con contactos y recursos provenientes de los aportes del exilio y de los países socialistas en particular. Otro rasgo propio e importante del exilio comunista en la Argentina fue que no tuvo vínculos estables ni coordinaciones regulares entre el núcleo técnico clandestino y dirigentes exiliados de las organizaciones políticas uruguayas, y menos latinoamericanas asentadas en Buenos Aires, incluso argentinas. Debemos hacer la salvedad en dos casos, aunque por breve lapso, entre 1973 y 1974: la Unión Artiguista de Liberación (UAL) y el MAASLA. En este último caso, la participación se mantuvo hasta el brutal asesinato por la Triple A del dirigente de la UJC, Raúl Feldman, en la misma sede del MAASLA. También tenemos que mencionar que, para cumplir determinadas tareas concretas y reservadas, el PCU mantuvo un vínculo estable y reservado con el Partido Comunista Argentino (PCA), a pesar de los importantes desacuerdos ideológicos que ambas organizaciones mantenían sobre la caracterización de las dictaduras, las alianzas antidictatoriales y las formas políticas de su enfrentamiento. Uno de los objetivos de dicho aislamiento partidario en lo local, claro está, fue para preservar a la organización de las acciones represivas coordinadas regionalmente por las Fuerzas Armadas y Policiales (tanto en la etapa pre-Cóndor como durante el Plan Cóndor) ya que, desde la creación de la Junta Coordinadora Revolucionaria (JCR) por organizaciones armadas de Argentina, Uruguay, Bolivia y Chile (1972-1973), las mismas tuvieron en la mira desbaratar los vínculos entre dichas organizaciones y exterminar a sus dirigentes y militantes de distintas nacionalidades.

De todas formas, el partido y la juventud comunistas en la Argentina fueron objetos de vigilancia y represión por los aparatos de inteligencia uruguayos que operaban en la vecina orilla, que también actuaban con profusa información obtenida de los operativos

y declaraciones bajo tortura en Uruguay y la incautación de documentos de la propia organización. También actuaban las propias fuerzas de seguridad argentinas, militares y policiales, destacadas para la represión directa de los extranjeros y exiliados. Seguramente en el caso del PCU y la UJC, las formas de funcionamiento, relacionamientos y rigurosas medidas de seguridad aplicadas, junto a cierta dosis de suerte, contribuyeron a evitar la detección de la organización clandestina, las caídas grupales y las numerosas víctimas como consecuencia de operativos represivos coordinados y a gran escala en la Argentina. No obstante, entre 1974 y 1977, nueve comunistas fueron víctimas de las dictaduras, dos de ellas asesinadas y las restantes siete detenidas-desaparecidas. Un rasgo de esta secuela es que solo dos comunistas: Raúl Feldman (asesinado) y Manuel Liberoff (detenido-desaparecido), formaban parte de la estructura orgánica y militante conocida, mientras que, en el caso de las demás víctimas comunistas, no consta el grado de vinculación o militancia que tenían con la organización en Buenos Aires, ni tampoco se ha podido reconstruir hasta el presente las circunstancias de sus muertes y/o desapariciones, cuyas autorías permanecen todavía impunes hasta el presente.

Paralelamente al núcleo técnico clandestino del PCU en Argentina se fue extendiendo una red de vínculos que abarcó zonas de la militancia legal, incluso inorgánicas, integrada por quienes salieron de Uruguay legalmente y por sus propios medios, o exiliados que poseían documentos en regla, con trabajos estables y permisos de residencia, y que constituyeron la retaguardia y la base social del núcleo clandestino y sostén de las actividades en la etapa de funcionamiento legal, posibilitando ampliar los vínculos y la actuación pública del PCU en Buenos Aires con el objetivo de la solidaridad y de un pronto retorno a la democracia en el Uruguay. Los anillos organizativos concéntricos que se conformaron gradualmente entre el núcleo dirigente, la red de exiliados y la emigración uruguaya en la vecina orilla se fueron superponiendo aceleradamente en momentos en que la intensidad de la represión

y la coordinación entre las fuerzas de seguridad fue disminuyendo, a principios de los años ochenta, y ello permitió, también, una mutación de las relaciones y prácticas consolidadas anteriormente, en los tiempos de mayor represión: entre la clandestinidad y la legalidad, el exterior y el interior del país, la doble militancia, las acciones públicas y las compartimentadas.

Finalmente, resaltamos como característica del exilio comunista en Argentina que, mayoritariamente, y en forma disciplinada, se desexilió, sobre todo a fines de 1984 y durante 1985; aunque este proceso, no estuvo exento de complicaciones, discusiones y disconformidades. Apenas cuatro años después de concluida la resistencia heroica a la dictadura por más de una década, tras el enorme esfuerzo colectivo por regresar organizadamente al *paísito* a militar en democracia y reconstruir la orgánica partidaria bajo el objetivo de la fusión de las tres vertientes (cárcel, clandestinidad y exilio), el PCU y la UJC atravesaron una crisis muy aguda a partir de la Caída del Muro de Berlín, la implosión del socialismo real y la desaparición de la Unión Soviética (1989). Ello fue el inicio de una nueva etapa político-partidaria, uno de cuyos rasgos no cuantificados, y no planificados, entre otros, fue el retorno y radicación definitiva en los expaíses del exilio político, de militantes comunistas desexiliados, o de sus hijos e hijas nacidas en el exterior, que pasaron así a engrosar definitivamente la diáspora uruguaya.

## **La represión al exilio uruguayo en Buenos Aires**

Así como Santiago de Chile primero y Buenos Aires después fueron ciudades de acogida de numerosos exiliados y refugiados del Cono Sur perseguidos por las dictaduras instaladas en sus países de origen en las décadas de los sesenta y setenta, así también, se tornaron luego sitios de la represión a esos mismos exiliados, inmediatamente de producidos los golpes de Estado. Una de las primeras acciones del régimen del tirano Augusto Pinochet,

entre el 11 de setiembre y fines de diciembre de 1973, fue la persecución, secuestro, expulsión del territorio, asesinato y desaparición de cientos de exiliados latinoamericanos, entre ellos, nueve militantes uruguayos vinculados al Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros (MLN-T) que fueron desaparecidos. Así sucedió, también, en Buenos Aires, incluso, antes de la creación del Plan Cóndor en Santiago de Chile (1975, noviembre) y del golpe de Estado ejecutado por el Gral. Jorge Videla (1976, marzo). En este cuadro del horror represivo y de época, hay que ubicar el exilio uruguayo en la Argentina, el comunista en particular, y la coordinación de las fuerzas represivas en el Río de la Plata, con una mayor intensidad y número de víctimas, ya bajo las dictaduras, sobre todo entre los años 1976 y 1978.

En el caso de Uruguay, ya mencionamos que, a partir de 1972-1973, antes del golpe del 27 de junio, la brutal ofensiva represiva contra las organizaciones que integraban la izquierda armada trajo como consecuencia los fenómenos del autoexilio y exilio selectivo, numeroso pero no masivo, que fue engrosando desde distintas vertientes. Por ejemplo, los presos políticos, principalmente del MLN-T, que optaron por ser liberados haciendo uso de la opción constitucional (A° 168, inc. 17), o los integrantes y dirigentes de los aparatos armados, Organización Popular Revolucionaria "33 Orientales" (OPR 33), Resistencia Obrero Estudiantil (ROE), Partido Comunista Revolucionario (PCR), Federación Anarquista del Uruguay (FAU) y otros grupos anarquistas disidentes, Agrupaciones de Militantes Socialistas (AMS). También numerosos cuadros e integrantes de los Grupos de Acción Unificador (GAU) que se reagruparon en la vecina orilla en la Regional Buenos Aires.

Diamant y Dutrénit no proponen una reconstrucción cronológica de la represión al conjunto de los exiliados uruguayos en Argentina, y tampoco una comparación entre las distintas filiaciones partidarias y grupos políticos atacados. La opción que tomaron es correcta a los efectos de centrar el objeto de investigación y su base documental y testimonial en el fenómeno del exilio mismo de los

comunistas. Por eso, tampoco se hacen referencias permanentes o reconstrucciones detalladas de las situaciones políticas y las etapas de las dictaduras en cada país, salvo la referencia expresa a aquellos acontecimientos o cambios en la realidad que impactaron en el exilio del PCU, su organización, la represión y las condiciones creadas para el retorno al país.

En este prólogo es oportuno hacer una breve referencia a dicho contexto represivo comparado entre los partidos de izquierda reorganizados en Buenos Aires y que fueron grupos-objetivo de la represión así como de las agencias de inteligencia involucradas, con el fin de no olvidar los peligros extremos de muerte y desaparición que rodeaban diariamente los movimientos en el exilio y los consiguientes riesgos y temores que se vivían y asumían permanentemente en Buenos Aires, la ciudad donde se insertaba el accionar militante, clandestino y semilegal de los comunistas uruguayos entre 1973 y 1985. Pero también Buenos Aires era la gran urbe de las rutinas cotidianas, de trabajo y sobrevivencia de miles de compatriotas y latinoamericanos, exiliados políticos o migrantes sociales que, por distintos motivos, no solo políticos, se radicaron desde tiempo atrás en Buenos Aires y el conurbano, y que incluso muchos, con el paso del tiempo, adoptaron la ciudadanía legal como argentinos, pero igualmente resultaban sospechosos para las dictaduras por su condición de extranjeros.

Debemos recordar, una vez más, que en la reconstrucción de la dinámica represiva aplicada en Argentina contra el PCU en particular, ya sea en operativos conjuntos de los dos países o por separado, no se verifican contra dicha organización operaciones concentradas en corto tiempo, con resultado de detenciones masivas y secuela de desaparecidos, a diferencia de como sucedió con otros grupos políticos uruguayos en Buenos Aires; tampoco se constatan enfrentamientos armados con las fuerzas de seguridad o secuestros planificados de dirigentes que luego fueran trasladados con vida a prisiones de Uruguay o asesinados en Argentina –salvo los casos notorios, ya mencionados o por mencionar–, ni tampoco

vuelos que transportaran por la fuerza a grupos de prisioneros de Argentina a Uruguay. Son inexistentes, por otra parte, los ejemplos de miembros del PCU que en el exilio engrosaron voluntariamente las filas de organizaciones armadas argentinas, u otras, y que fueran represaliados por su nueva adscripción militante.

Los organismos de inteligencia militar y policial de nuestro país que operaban en Buenos Aires fueron, principalmente, la Dirección Nacional de Información e Inteligencia (DNII), el Servicio de Información de Defensa-Departamento III (Planes, Operaciones y Enlaces) y el Cuerpo de Fusileros Navales (FUSNA). Algunas características de la operativa que implementaron contra los exiliados uruguayos fueron las siguientes: la participación de mandos especializados en la represión directa y con conocimiento previo sobre las organizaciones y los organigramas de la izquierda de nuestro país, y personalmente de sus dirigentes más notorios (Subcomisario Hugo Campos Hermida, Mayor José Nino Gavazzo, Tte. de Navío Jorge Tróccoli, y otros oficiales); los servicios poseían información acerca de los militantes que atravesaban las fronteras legalmente y tenían acceso a los antecedentes prontuarios de aquellos exiliados registrados en los archivos de la DNII o militares en Uruguay. Los lugares en Buenos Aires más frecuentados por el exilio (Telefónica en la calle Corrientes, Dirección de Migraciones en la zona portuaria, la estación Retiro y otros) eran vigilados permanentemente con el objetivo de reconocer y capturar personas requeridas o simplemente sospechosas. A pesar de recelos o competencias profesionales o jurisdiccionales, los servicios intercambiaban información con sus contrapartes argentinas en el marco del Plan Cóndor, y además, actualizaban el conocimiento de los movimientos partidarios para la localización de militantes a partir de declaraciones obtenidas bajo torturas en Uruguay y Argentina, o por datos de informantes rentados o mediante el accionar de infiltrados. Por otra parte, la correspondencia era abierta y revisada en dependencias del Correo, realizaban escuchas telefónicas de larga distancia, a la vez que vigilaban los lugares de frontera y hacían

seguimientos de personas comunes que iban y volvían de Buenos Aires para visitar a sus parientes o amigos, a través de los funcionarios policiales y de migraciones destacados diariamente en el aeropuerto de Carrasco (PLUNA), puerto de Montevideo (Vapor de la Carrera), Plaza Independencia (ONDA), Colonia (Alíscafos, Ferry), y otras terminales aéreas, marítimas y terrestres (puentes Paysandú-Colón, Fray Bentos-Gualeguaychú, Salto-Concordia).

El objetivo principal de los servicios era, sin duda, desarticlar a las organizaciones de la izquierda uruguaya que se reorganizaron en Buenos Aires, ya sea por los antecedentes y la amenaza armada que podían representar como por las acciones políticas y de denuncia y solidaridad que desde el exilio cercano a Uruguay impulsaban ante la opinión pública argentina e internacional, a la vez que por el envío de ayuda material y de propaganda al interior del país. A partir de 1976, en plena *guerra sucia*, el cumplimiento de dicho objetivo represivo pasó por el exterminio físico de dirigentes y militantes de dichas organizaciones. Pero también existían otras preocupaciones de los represores que actuaban fuera de fronteras. Por un lado, apropiarse de los bienes y dineros en poder de las organizaciones y dirigentes de izquierda que sostenía el funcionamiento clandestino, así como detectar los circuitos para el envío de la ayuda hacia el interior del país, los albaceas responsables y las fuentes de obtención de las divisas, principalmente desde la URSS y los países socialistas; el descubrimiento de las vías de contacto con el exterior e identificación de los correos humanos, buzones, claves cifradas y rutas de comunicación reservadas, particularmente con Moscú, que aseguraban el flujo regular de información y de directivas entre el interior-exilio; el control de los sitios fronterizos o de paso para el ingreso y salida del país de dirigentes clandestinos, el envío de documentos confidenciales y materiales de propaganda, así como el conocimiento de la infraestructura de transporte (barcos, avión, autos) que el PCU poseía para esos fines.

El partido y la juventud comunistas fueron el objetivo represivo central de la dictadura dentro de territorio uruguayo,

constatándose procedimientos y operativos sucesivos durante los casi doce años que duró el régimen autoritario, con numerosas víctimas: presos políticos, asesinados, detenidos-desaparecidos, exiliados. En Buenos Aires, entre los años 1974 y 1977 (salvo 1976), en total fueron asesinados dos militantes comunistas y siete fueron detenidos-desaparecidos.

El PCU y la UJC comenzaron a organizarse en la República Argentina en el mismo momento, y como resultado no planificado, del golpe de Estado en el Uruguay, en junio de 1973, y funcionaron orgánicamente –y también espontáneamente– durante todo el período del terrorismo de Estado. Los comunistas fueron también objeto de vigilancia, seguimientos y represión, no constatándose dentro de la metodología empleada, como ya señalamos, operativos a gran escala de exterminio grupal de sus militantes. No obstante, la planificación o división del trabajo represivo por parte de los mismos organismos y represores militares y policiales cuyo núcleo tenía la misión de operar extraterritorialmente, determinó un escalonamiento o alternancia en la ejecución de los operativos a un lado y otro del Río de la Plata, así como sucesivas oleadas represivas contra una y otra organización, en uno u otro país, no simultáneamente. Pero cuando se recompone el mapa del flujo completo y sistemático de los movimientos represivos y su cronograma en esos *años de plomo*, se aprecia, entonces, la continuidad ininterrumpida durante casi una década y la secuencia superpuesta de los procedimientos en Uruguay y Argentina, así como la verificación de los viajes y desplazamientos de los perpetradores entre países. En general, cuando se producía una ofensiva represiva en Uruguay contra determinada organización, disminuían o se suspendían las operaciones en Argentina a cargo de fuerzas represivas de la dictadura uruguaya o con su participación en conjunto con las argentinas.

El objetivo central de las fuerzas represivas en la vecina orilla fue desarticular las organizaciones guerrilleras que actuaban en ese país (ERP-PRT-JCR y Montoneros, principalmente) y exterminar

a sus integrantes, como se señaló. Ese objetivo militar se extendió a los uruguayos que se habían incorporado a organizaciones argentinas, reprimidos más como militantes revolucionarios de las mismas que por su nacionalidad y antecedentes militantes en Uruguay. Pero también fue un objetivo selectivo de la coordinación represiva binacional, el núcleo de dirigentes y militantes de partidos o grupos políticos que en Uruguay reivindicaban la lucha armada, y que tras la intensa represión en su país, sobre todo en 1972, replegaron parte de sus aparatos en forma organizada a Buenos Aires, retomando aquí las acciones militantes y revolucionarias, en algunos casos, vinculados o coordinando acciones con las organizaciones argentinas, manteniendo siempre la perspectiva político-militar de reingresar clandestinamente al país para retomar la lucha contra la dictadura uruguaya cuando las circunstancias lo permitieran.

Tanto el SID-Departamento III, el Cuerpo de Fusileros Navales (FUSNA) y la DNII, por la parte uruguaya, como la SIDE, la Policía Federal-División Extranjería y el Primer Cuerpo de Ejército, entre otros, fueron los organismos más directamente implicados en la represión conjunta de los *orientales* en Buenos Aires, a la vez, aquellos que tuvieron a su cargo centros clandestinos de detención y fueron responsables directos de las graves violaciones a los derechos humanos y crímenes de lesa humanidad a ambos márgenes del Río de la Plata en el período estudiado.

En el año 1974 se iniciaron los procedimientos represivos con resultados fatales contra los uruguayos radicados en la República Argentina, con una secuela de ocho muertos y cuatro desaparecidos. Se constata a partir de este año la metodología del asesinato grupal en el caso de tres personas y los secuestros conexos y trasladados entre países, con un saldo final de cinco personas secuestradas en la Argentina y posteriormente asesinadas, cuyos cuerpos aparecerán en la carretera de Soca, en Uruguay. Las víctimas pertenecían al MLN-T o se habían incorporado al PRT-ERP en el marco de

la Junta Coordinadora Revolucionaria (JCR). Uno de los militantes asesinados ese año era un exiliado comunista: Raúl Feldman.

En el año 1975 se sucederán los procedimientos y operativos en la República Argentina con un total de ocho uruguayos asesinados y dos detenidos desaparecidos. Una de las personas asesinadas era comunista, Emilio Morales y un desaparecido lo era también, José Luis Barboza.

En 1976 se produjo el golpe de Estado en la Argentina. Ese año marcó un viraje en la represión, y Buenos Aires resultó ser el epicentro de la coordinación represiva en el Río de la Plata, con numerosas víctimas uruguayas: cincuenta y ocho detenidos desaparecidos y nueve asesinados políticos. La secuencia de procedimientos simultáneos o superpuestos con Uruguay se extendió durante todo el año. Los operativos estaban dirigidos contra los militantes y dirigentes del conjunto de las organizaciones de la izquierda uruguaya en Buenos Aires. Resaltan en este año el secuestro y asesinato múltiple de los parlamentarios Zelmar Michelini y Héctor Gutiérrez Ruiz y del matrimonio Barredo-Whitelaw el día 20 de mayo, así como la detención, un día antes, y posterior desaparición forzada, del Dr. Manuel Liberoff, integrante del Comité Central del PCU. También desaparecieron este año los militantes comunistas: Líver Trinidad, Francisco Candia y Carlos Bonavita del Frente Izquierda de Liberación (FIDEL). Varios nuevos fenómenos represivos, propios de la etapa de terrorismo de Estado y de la ejecución del Plan Cóndor de coordinación represiva regional se constatan en ese año. Parte de esos nuevos fenómenos represivos fueron: la habilitación de centros clandestinos de detención, en especial Automotores Orletti como centro del Plan Cóndor en el Río de la Plata y su antecedente, Operaciones Tácticas 18 (OT 18). También en el Pozo de Quilmes y Pozo de Banfield, entre otros, fueron vistos recluidos numerosos uruguayos luego desaparecidos; la intervención de grupos de civiles-paramilitares en las operaciones represivas-delictivas (la patota de Aníbal Gordon en Orletti); el secuestro y cambio de identidad de bebés y niño/as, hijos de

detenidos-desaparecidos, así como la adopción fraudulenta realizada, en varios casos, por los mismos victimarios de los padres biológicos; los traslados ilegales de prisioneros de un país a otro y los *vuelos de la muerte*. También en Uruguay se efectuaron las operaciones militares conjuntas contra militantes de organizaciones revolucionarias argentinas exiliados en ese país con traslados ilegales desde Montevideo a Buenos Aires y la secuela de víctimas de nacionalidad argentina, incluidos niños y niñas menores de edad.

En 1977 tienen lugar otros operativos, con un solo caso de asesinato político y un número importante de víctimas por desaparición forzada: cincuenta y dos personas en total. La represión grupal estuvo concentrada en los Grupos de Acción Unificadora (GAU) con diecinueve víctimas. Ese año son asesinados dos exiliados vinculados al PCU: el matrimonio Ibarbia e Insausti, cuyos cuerpos fueron enterrados como NN en un cementerio local, siendo sus restos después recuperados, identificados, repatriados y enterrados en Uruguay.

1978 es el último año en el que se constatan procedimientos y operaciones represivas en Buenos Aires contra uruguayos exiliados. La mayoría de las víctimas eran connacionales que se habían integrado en Argentina al Partido Socialista de los Trabajadores (PST) o pertenecían al MLN-JCR. El 15 y 16 de mayo se procedió a reunir a los militantes del GAU y otros grupos que estaban secuestrados en dos centros clandestinos de detención argentinos, y están desaparecidos hasta el presente, no descartándose la existencia de un *tercer vuelo*.

Claro está que la historia, y el mismo libro, no concluyen en ese año. Y aunque no podamos ahora mencionar en detalle los contenidos del libro que refieren a lo que sucedió en el exilio uruguayo en Argentina a partir de la década de los años ochenta del siglo XX, sí mencionamos al pasar algunos hitos del nuevo contexto de apertura que se confirmaba: la derrota del plebiscito constitucional de la dictadura uruguaya y el inicio del proceso de transición a la democracia en 1980; el comienzo de la guerra de las Malvinas

y la derrota militar de Argentina, así como el inicio de la transición a la democracia en ese país en 1982; las elecciones internas de los partidos políticos con la proscripción del Frente Amplio y la victoria de los sectores antidictatoriales en los partidos tradicionales, también en 1982; las elecciones nacionales en Argentina y el triunfo de Raúl Alfonsín en 1983; la convocatoria a elecciones en Uruguay con el triunfo del candidato del Partido Colorado, Julio María Sanguinetti, y su asunción en 1985.

Son años no sólo de transición a la democracia y fin de las dictaduras sino de retorno de la política y de autolegalización del Partido Comunista. La descripción de este nuevo ciclo político está lleno de referencias, testimonios y reflexiones en el libro de Diamant y Dutrenit que destacan la actuación e inventiva militante de los comunistas en Buenos Aires, el tránsito de los dirigentes históricos y personalidades de la cultura en su regreso definitivo a Uruguay, el restablecimiento de los vínculos políticos con las organizaciones argentinas, el parlamento y la convocatoria masiva a actos de solidaridad con Uruguay, la edición del periódico *Mayoría* en Buenos Aires, las audiciones radiales y la apertura de locales partidarios, el trabajo con la migración para acrecentar el caudal de votantes del Frente Amplio y la organización del traslado masivo de uruguayos a votar en las elecciones de noviembre, el desexilio y el retorno al *paisito*. Una primavera democrática llena de optimismos personales y esperanzas sobre el futuro político e institucional de los países del Río de la Plata, que también se construyó con ideales y militancia desde el exilio y el aporte heroico de los exiliados, a un costo en vidas humanas y sacrificios cotidianos muy altos, que cada uno atesora con el paso de los años en sus vivencias personales y familiares, convicciones y memoria.

## Tres dimensiones para aproximarse al libro

El exilio es una presencia absoluta en el libro. Afirman las autoras que, precisamente, “cómo fue llegar, instalarse y actuar” en esa circunstancia límite para el ser humano constituye una parte central de sus propósitos.

Más allá de que Ana y Silvia se concentran en analizar una parte del exilio de los comunistas uruguayos en Buenos Aires, los numerosos testimonios y relatos personales recogidos, cuando refieren a situaciones de vida, tanto prácticas y cotidianas (trabajo, estudios, hijos, trámites migratorios) como espirituales e íntimas (estados de ánimo, soledades, esperanzas, frustraciones, logros, miedos), ya no pueden ser leídos como vivencias personales intransferibles de un tiempo histórico específico o como reconstrucciones de una dimensión política y represiva de una coyuntura histórica particular e irrepetible, ni siquiera como postales grises de una ciudad en dictadura. En realidad, ese contar, ese describir, detallar, revivir, explicar, es el fenómeno mismo del exilio, es el exilio como tal. Por lo tanto, las múltiples narraciones individuales presentes en el libro configuran un único relato, el del exilio, que trasciende a la persona que lo cuenta, a la organización a la que pertenece o perteneció, a la ciudad de referencia. Un relato único de múltiples relatos que presentifica los exilios y experiencias de otros colectivos e individuos, en otras geografías y tiempos históricos. El libro, en ese sentido, es una ilustración sobre *qué es* el fenómeno del exilio en la historia de la humanidad a través de una historia particular, un tiempo y lugar concretos.

En ese nuevo contexto político y existencial, estar en Buenos Aires significó además de ejercitar formas de vida desconocidas, modos de desplazarse novedosos, el desafío de las expectativas, a los proyectos, a las necesidades de cambiar de aspiraciones e intenciones acuñadas en otro país, en soledad o en familia por el imperativo que implicó el límite, muchas veces entre la vida y la

muerte, entre lo individual y lo colectivo, entre los afectos y las desconfianzas, entre la alegría y los miedos.

No se puede historizar ni teorizar sobre el exilio sin los relatos de los exiliados. Los mismos no solo abarcan aspectos descriptivos-reconstructivos acerca de las peripecias personales cotidianas y familiares irrepetibles, sino que, en tanto exilio político bajo dictaduras, contienen también detalles y apreciaciones sobre la militancia, la represión y la clandestinidad en la que se expresa la propia condición de exiliados y militantes de un partido político en tierras lejanas. Claro está que dichas descripciones y opiniones están matizadas por nuevas experiencias acumuladas y por la autorreflexión o autocrítica realizadas desde el presente por quienes fueron sus protagonistas. En cierto modo, en este otro sentido, se trata de un libro sobre el paso del tiempo.

De allí la importancia de la historia oral y los archivos de la palabra para la reconstrucción histórica y los estudios teóricos sobre el fenómeno del exilio, como también lo representan, para la reconstrucción de la historia de la resistencia clandestina y de la represión ilegal-paramilitar de los Estados desaparecidos. En estos tres ámbitos del pasado reciente (exilio, clandestinidad, represión ilegal), el documento escrito y los archivos-papel cedieron durante muchos años su protagonismo como soportes interpretativos de los acontecimientos reales a favor del testimonio oral, la narración de los protagonistas, la biografía, la subjetividad declarada por los testigos supervivientes. Por otra parte, esos testimonios orales se transformaron también en documentos probatorios de las denuncias en las causas judiciales abiertas, en fundamentos de procesamientos y condenas de los perpetradores por los delitos de lesa humanidad cometidos en el pasado reciente.

Y este papel de la palabra, del protagonista, del testigo ocurrió no solamente debido a las políticas de impunidad que cerraron el paso en las democracias posdictadura a la búsqueda de la verdad y la justicia, a las investigaciones y el acceso a los documentos de la época en los archivos estatales, sino, también, porque la propia

historia bajo las dictaduras y la represión bajo el terrorismo de Estado reconfiguró el espacio de lo público, disolvió el carácter masivo de los acontecimientos, censuró la difusión pública de los hechos, instaló la mentira institucional como versión oficial en la propaganda del régimen, censuró las fuentes de información y publicaciones libres, privatizó el dolor social sobre las víctimas, impuso el secreto de los centros clandestinos y sobre el destino final y lugar de enterramiento de los desaparecidos, minimizó el estatus de los hechos históricos y los transformó en rutinas de sobrevivencia individual y familiar. Incluso, esa obturación-reconfiguración autoritaria del espacio de lo público jerarquizó la transmisión verbal del malhumor, la confianza del hablar *cara a cara* entre personas conocidas o el rumor crítico como protesta anónima ante los horrores represivos, ante la inexistencia de libertades y de prensa libre, la imposición de censuras y prohibiciones y el alcance limitado de las publicaciones e información clandestinas.

Bajo este escenario de secretos de Estado, fragmentación y dispersión de la historia social y clandestinidad de las resistencias, los micro-acontecimientos, la valentía con miedo y los afectos por los ausentes, cuentan, y mucho. Agreguemos que, en el caso del exilio, la dictadura trasladó los espacios de su historia, expulsó a las personas de su vecindad y hogares, controló y cerró fronteras para entrar o salir del país, expulsó y obligó a incorporar otros paisajes, culturas, lenguas y hasta climas y distancias impensadas. Esta deslocalización del escenario nacional y extrañamiento de la condición de ciudadanos naturales superpuso territorios, afectos, militancias, idiomas, agregó el exilio como una nueva dimensión de represión y resistencias, pero también como una nueva oportunidad para rehacer las vidas personales o hacerlas enteramente nuevas, en el caso, sobre todo, de los niños que partieron con sus padres y, más aún, de aquellos que nacieron en el exterior.

En estos aspectos, para entender lo que transmiten humanamente los testimonios, no resulta tan necesario apelar a la reconstrucción histórica de la época sino penetrar en las vivencias y

biografías de los exiliados; no nos ilustran tanto los detalles de la represión y los pliegues del pasado como la fuerza de las palabras y las formas de vida resistentes que se forjaron bajo las dictaduras, en la cercanía-lejanía del exilio, con ganas de vivir como inspiran los protagonistas en sus relatos.

Los testimonios que cuentan, las palabras que dicen, los sentidos que construyen, medio siglo después de sucedidos los acontecimientos históricos reales contribuyen, en definitiva, a reconstruir la época desde la memoria sin necesidad de invocar los hechos objetivos a cada rato como prueba de la verdad; son la historia verbalizada. Por otra parte, el pasaje del testimonio oral al texto escrito que se reproduce en las páginas del libro lo convierte en un documento que permite recuperar el protagonismo del yo en situaciones histórica límites como las del exilio. En ese sentido, el libro constituye un aporte fundamental a la reflexión historiográfica acerca de la relación entre memoria e historia.

Dado el fenómeno complejo que ello representa, las distintas situaciones que se analizan en el libro y el tiempo que transcurrió desde aquellos hechos al presente, el fenómeno del exilio en el presente libro puede ser leído, y comprendido, desde tres dimensiones que dialogan entre sí, pero que representan dimensiones de exposición y comprensión específicas y diferentes, donde cada una complementa a las demás y se enriquecen en conjunto. Algo de lo que ahora estamos afirmando se insinúa en el mismo título de la obra, que preanuncia las dificultades para componer sus partes. A riesgo de simplificar, podemos entonces leer *El equipo en las sombras* en clave literaria, política y teórica.

Dimensión *literaria* del libro sin otra pretensión que intentar reflejar el estilo que asume la reconstrucción histórica a través del agrupamiento de relatos o cuentos de vivencias en primera persona así como sus conclusiones dichas expresamente o entrelíneas. Hay una literatura profunda y sensible en los relatos testimoniales de los exiliados recopilados en el libro, con su decir sencillo sobre la cotidianidad perseguida, los detalles mínimos de las peripecias

recordadas, la superación de los miedos e incertidumbres existenciales, los asuntos comunes y rutinarios por los que transcurre el pasar del tiempo del exiliado a la par del devenir de la historia de las dictaduras y la transición a las democracias en el Río de la Plata. Si bien los diferentes contenidos de los relatos con nombre y apellido tienden a acentuar la pluralidad de los acontecimientos y cierta dispersión de los momentos que enfatizan sus autoras y autores, tras la lectura de los 26 relatos que contiene el libro resulta posible construir un *corpus* de hechos, interpretaciones y significados compartidos por los entrevistados, ya no solo sobre esas peripecias diversas de cada uno/a y sus familias, sino sobre el período histórico dictatorial, el fenómeno político del exilio y la historia del PCU en el exterior del país.

Por eso mismo, la segunda dimensión política de la lectura del libro refiere a la reconstrucción en sus páginas de la historia reciente del Uruguay entre 1973-1985, más específicamente, a la historia de la dictadura, y dentro de ese período autoritario, el foco de la investigación puesto en la organización y funcionamiento del Partido Comunista y la Unión de la Juventud Comunista en el exilio argentino, la represión y sus víctimas, las resistencias –legal y clandestina, organizadas y espontáneas– y los vínculos con el interior del país y Moscú, el trabajo político en la etapa de la transición y apertura democráticas extendidos a toda la migración uruguaya en la vecina orilla, y el retorno organizado al país desde 1985. Una de las ambivalencias bien resueltas por las autoras consiste en que, una parte del título refiere, textualmente a *El equipo en la sombra, resistencia y clandestinidad*, que centra la atención en el núcleo de dirección partidaria y sus funciones, mientras que otra parte del título refiere a la *Cotidianidad de los comunistas uruguayos en Buenos Aires* y, en este último sentido, el universo de personas se amplía, las situaciones se diversifican y las opciones tomadas por cada uno se multiplican, a pesar de la unidad orgánica en el enfrentamiento a las dictaduras, el monolitismo de la ideología marxista-leninista y la línea política única de la dirección.

La tercera dimensión teórica que rescatamos del libro es la voz autorizada de las autoras, no solamente reflexionando sobre el exilio y la condición de los exiliados en un país y tiempo determinados, sino teorizando sobre la historiografía en general, la historia del tiempo presente en particular y la historia oral específicamente, a partir de varios nudos polémicos que se atreven a desentrañar, algunos que ya fuimos mencionando expresamente en nuestros comentarios: el papel de los recuerdos, la memoria y los olvidos, el testimonio y el paso del tiempo, la subjetividad en la reconstrucción de la historia política y social, el lugar de los historiadores.

En síntesis, el libro *El equipo en la sombra. Resistencia y clandestinidad. Cotidianidad de los comunistas uruguayos en Buenos Aires* de Ana Diamant y Silvia Dutrénit nos resulta un aporte necesario e invaluable en el campo de la historiografía sobre el pasado reciente en Uruguay y Argentina, abordando una de las dimensiones menos profundizada en los estudios de las dictaduras, y que a la vez conecta nuestro proceso político y social con la historia de la humanidad a través de los exilios, migraciones, diásporas, refugios y destierros, temas y problemas, por otra parte, muy actuales en este presente globalizado. Finalmente, el libro y las autoras combaten contra la privatización del exilio, es decir, su conversión definitiva en relatos personales fragmentados e inofensivos para contar en sobremesas entre familiares y amigos; contra su desaparición silenciosa, reincorporan el exilio y los exiliados como parte constitutiva de la historia reciente del Uruguay y la región, por tanto, le restituyen su dimensión pública y política, en tanto resistencia y memoria contra el terrorismo de Estado en el pasado y la impunidad en el presente, como parte, entonces, de las luchas que se continúan por ¡Verdad, Justicia y Nunca Más!, por consolidar y avanzar en democracia.

Álvaro Rico

26 de abril de 2024

## Presentación

Silvia y Ana se encontraron en Guadalajara en 2008, en un congreso de historia oral. Hacía más de treinta años que no se veían y que no sabían la una de la otra. El último cruce había sido en Buenos Aires, donde no se vieron. Seguramente se supieron. Silvia siguió a México. Ana permanece en Buenos Aires.

Silvia había llegado más temprano a Guadalajara. Tuvo tiempo de leer el programa del congreso. Entre los ponentes encontró el nombre de Ana. Esta llegó directamente al paraninfo de la Universidad para el acto de apertura. Cuando terminó la inauguración, Silvia buscó a Ana. Conmoción para ambas y catarata de recuerdos. Charlas de pasillo, muchas preguntas, gran cantidad sin respuesta.

Se volvieron a encontrar en Ciudad de México una noche que se hizo madrugada en la conversación. Remembranzas desde una juventud que ahora las encontraba maduras. Infinitas evocaciones. Preguntas por itinerarios, camaradas de militancia, ausencias, aventuras, desapariciones, nombres y apellidos, la experiencia de la migración, del exilio, la audacia –también la inconsciencia–, la clandestinidad, las pérdidas, los logros, y todo con epicentro en Buenos Aires.

Es posible que hasta entonces ninguna de las dos hubiera dimensionado la trascendencia –de la mano del riesgo– y la experiencia de lo que significó la militancia de los comunistas uruguayos

en condiciones de doble acechanza: golpe de Estado en Uruguay, Triple A en Argentina y finalmente golpe de Estado en Argentina.

Lo anecdótico se fue haciendo reflexivo, lo descriptivo se fue haciendo valorativo (en positivo y en negativo, nunca neutral) y casi sin quererlo se les configuró un escenario para interpelar: escenas, escenografías, coreografías detrás de un telón que se empezaban a animar a correr mientras se repetían los encuentros entre Buenos Aires, México y Montevideo.

Ambas militaban y militan académicamente en el campo de las ciencias sociales; ambas son historiadoras orales con diferentes adscripciones y experiencias; conmovidas por historias que seguramente poco se conocían, más allá de los protagonistas, y que sin duda valía la pena contar, pero no solo con sus voces y recuerdos, sino con los otros actores, testigos de una épica silenciosamente cuidada, clandestinamente guardada, como fue gran parte de ese tiempo y de esas acciones.

Se sintieron desafiadas y entendieron que debían aceptar el reto: recuperar como se pudiera ese tramo de la historia reciente de los comunistas uruguayos, cerca del Uruguay, pero fuera del Uruguay. Asumiendo, cada vez más y con el paso del tiempo, que las implicaciones personales serían por momentos impulso y, por otros, frenos.

Unas primeras publicaciones y participaciones en eventos académicos fueron reforzando la idea de la necesidad del abordaje, del poco trabajo académico y partidario en torno a un tema clave en la militancia comunista “desde afuera”. Se fue ampliando la mirada, encontrando protagonistas que quisieron y pudieron hablar, aunque no fue sencillo. Las marcas intensas de la vida clandestina, o semilegal y aún legal estaban y siguen estando a flor de piel o entre susurros y casi silencios. Se fueron involucrando, nos fuimos involucrando, recorriendo épicas y cicatrices, datos y apreciaciones, preguntando y escuchando.

Así fue pasando el tiempo de animarse, encontrar interlocutores, entrevistar, tejer memorias, procesar y llegar hasta acá.

## ¿Por qué partir?

Buenos Aires quedaba cerca, hablaba la misma lengua y al tiempo del golpe de Estado en Uruguay vivía una democracia *camporista* que fue mutando a una democracia formal con la intervención cada vez más activa de la Triple A y con un entorno regional autoritario. A pesar de las dificultades, se hacía una opción apetecible frente a las circunstancias que atravesaban Uruguay y la región.

Era fácil para llegar y también para salir. La ilusión de gran ciudad y mucha población hacía imaginar buenas posibilidades de diluirse fácilmente en esa gran urbe. Pasar desapercibido se anticipaba como una de las claves para la supervivencia y para la acción.

Como tierra de refugio en algunos casos, como lugar de reorganización en otros, como espacio de acumulación de fuerzas y, sobre todo, como oportunidad de facilitar comunicaciones e intercambios con “el interior”, parecía más que apropiada.

Los primeros años de la década del setenta recogieron allí a militantes comunistas uruguayos, con diferentes situaciones orgánicas y diversos modos de inserción en el partido y variadas formas de traslado y arribo. También a uruguayos expulsados por la situación económica y la falta de trabajo, que se fueron incorporando de maneras diversas a la militancia abierta o clandestina.

Así se conformó como usina y como trampolín. Usina de producción y acopio; trampolín de información y traslados hacia adentro y hacia más lejos, hacia otros exilios con responsabilidades asignadas y respetadas.

También fue un espacio de aprendizaje, de agrupamiento de individualidades hacia un colectivo, de acciones dispersas a operaciones articuladas, de creación de normas y estructuras, de establecimiento de prácticas de comunicación de contención de soledades, de promoción de interacciones y, sobre todo, de entrenamiento de prácticas de cuidado y de resistencia; todas invenciones de dispositivos de militancia y supervivencia.

Había que llegar a Buenos Aires –que no era solo cruzar el charco–, instalarse y empezar a vivir y a actuar, las más de las veces sin experiencia y con pocas orientaciones, imaginar estrategias y desarrollarlas. Preguntarse sobre cómo fue llegar, instalarse y actuar es parte central del propósito de este libro.

## **La construcción del relato: narradores y narraciones**

La memoria es dinámica, resguarda y reconstruye. El texto oral, forma de circulación de la memoria desde un narrador, mientras fluye, la marca, la resignifica. Hace punto de inflexión a la vez en la memoria, en el discurso, en la vida, en el análisis del pasado, en la relación entre presente y futuro, construye y reconstruye, incluye y excluye, señala presencias y ausencias, datos descriptivos o explicativos, valores y actitudes.

Marca tanto a quien responde a preguntas como a quien las hace y escucha respuestas. Encontrarse con lo que sucedió, con una circunstancia que pone en evidencia algo de lo que poco se habla –no hablar fue la consigna para la supervivencia en la cárcel, en el exilio– algo poco revisitado, pensado como poco posible, hace huella y genera un campo de interpelaciones y sorpresas, tanto respecto de su abordaje como de las reflexiones a las que invita y de las representaciones que crea, en un juego de series especulares que suman contenidos y emociones. Así, la memoria individual se puede asumir como referente social y generacional y, a su vez, por efecto de la transmisión, construye un acervo cultural-histórico con representaciones, recuerdos propios y heredados.

Al contar, el narrador-testimoniante se desprende de su saber al tiempo que lo actualiza, reelabora y revaloriza. Lo hace objeto para sí y para los demás, mientras recrea aplicando nuevas categorías para reconsiderar el pasado en el presente y que este, de alguna manera, se haga comprensible en un contexto diferente al que lo generó. Le da una interpretación ideológica e idiosincrática que

ayuda. Además de la posibilidad de la transmisión, incorpora la posibilidad de la reparación, de volver a aquel lugar, a aquel hecho, a aquel momento. Ratifica que se estuvo, se está y que hay oportunidad de revisar. Impone una novedad que se urde con lo cotidiano y lo que persiste del pasado.

La militancia extraterritorial, clandestina o semiclandestina, desarraigada de las pautas, los espacios y las compañías conocidas, fue una situación nueva para los comunistas uruguayos con una legalidad ininterrumpida desde 1921 y una larga tradición electoral (lo que no quita, hacia el interior, la existencia de estructuras y aparatos no públicamente conocidos, ni aún para la militancia). Relatarla al calor de los registros de experiencias resultó un desafío emocional particular.

Haber estado allí, haber salido o vuelto, luego preguntar, contar y sobre todo escuchar (tanto quien interroga como quien responde) deja huella y a la vez construye nuevas entidades analíticas, a veces claras y explícitas, otras encubiertas pero activas, en las que, de alguna manera, el presente se ve reflejado, complejizado, invitado a una maniobra vinculante entre tiempos, sujetos, eventos y objetos. Aquello que sucedió puede ser revisitado, por tanto, revisado.

Se trata de una oportunidad de producción de nueva información –aunque sobre un hecho pasado– que a veces ratifica, otra rectifica, pero en todos los casos se presentifica como una nueva forma de una nueva historia, montada sobre otra que aconteció y que ahora está doblemente presente: por cómo se recuerda que fue y cómo se actualiza en el relato.

Volver al texto –oral o escrito– reescucharlo o releerlo, es ingresar a un campo de variaciones sorprendentes en relación con la producción de contenidos, los tiempos del acontecimiento y del relato, “[...] abre el camino a una historia de los sistemas de creencias, de valores y representaciones propios a una época o a un grupo [...]” (Chartier, 1999, p. 22), introduce en la historia de las ideas y de las mentalidades.

Recuperar testimonios de militantes clandestinos es reencontrarse con la novedad, con las incertidumbres, los desgarros, los desafíos, los debates por las derrotas o los logros. Es poner en un itinerario instantes únicos y desde el lenguaje transitar tanto la oscuridad del dolor y la proximidad con la tragedia como zonas de luz y hasta de humor.<sup>1</sup>

En la mayoría de los casos, los testimonios se hacen tramas que a veces dan forma de heroicidad a hechos comunes, suman nostalgias, otras reposicionan a quienes ya no están, otras estetizan excesos de sensibilidad y solidaridad.

En todos los casos se trata del discurso de un testigo único que atravesó en soledad –aunque se trate de una acción compartida– una experiencia para sí incomparable, para muchos desconocida, para todos la oportunidad de la interpelación de la subjetividad.

Y siempre está en juego el deseo: de saber, callar, contar. En la reposición de una experiencia desde un relato, el olvido o la imposibilidad de hablar, son variables de gran incidencia.

Eso explica la dificultad para encontrar relatores; algunos participantes de las experiencias no quieren o no pueden volver sobre la historia para la que se los interpela. Se sienten lastimados por lo acontecido o por el tratamiento posterior.

Encontrar los veintiséis testimonios que ayudaron a construir esta narrativa fue una tarea ardua, dispersa en el tiempo y en espacios. Se inició en 2013 y cerró (por ahora) en 2022 y, como la historia que se cuenta, fue y vino por el Río de la Plata entre diversas poblaciones de Uruguay y Buenos Aires.

Una historia incompleta y no única, por tanto compleja, viva y hasta posiblemente disonante respecto de otras voces. Seguramente, cada vez que se vuelva sobre ella y sobre los testimonios de los protagonistas, se entablarán nuevos diálogos que llevarán a otras preguntas, nunca a conclusiones.

<sup>1</sup> Se respetaron los juegos de la memoria, por tanto no se corrigieron por ejemplo fechas y siglas que el testimoniante identificaba en su evocación.

## **A Buenos Aires había que llegar**

Las condiciones en las que cada militante cruzaba estaban matizadas por posibilidades, oportunidades y riesgos a medida que el tiempo avanzaba y en ambos países la situación política se extremaba en términos del accionar de los aparatos militar y paramilitar. Desde los medios de transporte y las aduanas convencionales hasta la violación de fronteras, el uso de medios no permitidos, el empleo de documentación falsificada y las transformaciones físicas por medio de maquillaje, cada cruce fue una aventura particular. Cada arribo y su inclusión en la estructura partidaria implicaba movimientos, comunicaciones, códigos y, ¿por qué no?, casualidades.

El estado anímico de quienes llegaban fue una variable de alta incidencia, sobre todo para la resolución tanto de cuestiones orgánicas de la militancia como materiales de vivienda, salud, escolaridad, según cómo se presentaba el arribo.

La despedida –o no– constituyó una marca en relación con cómo quedaban las cosas en Uruguay y cómo se reconstruía la vida porteña: quiénes y cómo quedaban del otro lado, con qué certezas, condiciones materiales, expectativas, previsiones de tiempos.

Los motivos del cruce no siempre estuvieron vinculados a la militancia o a la política. Están quienes cruzaron por temas personales (de estudio, trabajo, becas) y ya no pudieron regresar. Otros eligieron quedarse y sin estar involucrados en la actividad se sumaron desde Buenos Aires. Unos tuvieron su viaje organizado desde la estructura partidaria. Hubo quienes recibieron la consigna de partir y debieron generarse las formas.

Están los que venían de otros destinos y los que usaban Buenos Aires como trampolín a exilios más lejanos.

Carmen, prestigiosa artista plástica, bajó del Aliscafo metamorfoseada por los maquilladores del teatro El Galpón. A Altesor, gravemente enfermo, lo cruzaron en una precaria lancha.

Las lanchas de los “bagalleros”, de los cazadores ilegales de nutrias, de los paseadores turísticos por el Tigre, los puentes caminados a pie de noche, los ríos atravesados a nado, los vuelos en el avión fumigador de Jorge, que pasó de uno de tela a una avioneta, conformaron una escuadra tanto osada como arriesgada por sus condiciones materiales, inapropiadas para esos cruces y por la situación documental.

El tiempo de la llegada y la situación política en una y otra orilla marcaron no solo las formas de atravesar las fronteras sino también el modo de insertarse en la vida ciudadana y partidaria, y el cumplimiento de las misiones asignadas. El período fue extenso, entre el golpe de Estado en Uruguay y el retorno a la democracia con la asunción de Alfonsín en Argentina. Estaban quienes lo hacían después de haber pasado por la cárcel y la tortura, de haber tenido experiencias clandestinas en Uruguay, de haber estado requeridos o buscados, o por haber caído sus contactos.

Algunos tenían en Buenos Aires familia o conocidos, por lo tanto, existía una trama vincular primaria que los recibía y eventualmente podía resolver, aunque fuera por un tiempo, vivienda y trabajo. Otros, nunca habían estado.

Los hubo con viajes “vigilados” por camaradas de la seguridad del partido o del aparato militar. También los que sumaron la audacia de la inventiva en soledad y sin reportes.

Hombres, mujeres, jóvenes, viejos, con documentos propios o falsificados, solos o en familia, con contactos seguros o sin ellos, planteaban desafíos diferentes y no siempre sencillos, legales y clandestinos, de inclusión en la estructura y en la vida cotidiana.

Por todo eso, la cercana, amigable y grata Buenos Aires no se comportó de igual manera con todos. El cruce no solo dejó la marca de cómo se llegó materialmente, sino que trajo consigo marcas subjetivas casi indelebles que reaparecen una y otra vez en los relatos de los hacedores de esta historia.

## **Así Buenos Aires, así en Buenos Aires**

A Buenos Aires no solo había que llegar, era necesario habitarla y sobrevivirla; de alguna manera conquistarla. Especialmente cuando la Triple A actuaba cada vez con mayor impunidad y el plan Cóndor consolidaba su actuación combinada en todo el Cono Sur. Las fronteras adquirieron dimensiones borrosas, los límites desdibujaron amparos y la sensación de desprotección, acecho e inseguridad crecía en forma exponencial.

Legales y clandestinos, orgánicos y “libres”, debieron, además de vencer los requerimientos de adaptación, resolver problemas prácticos, de alimentación, vivienda, transporte público, atención sanitaria, educación para niños y jóvenes. Fue necesario hacer una amalgama entre la “clásica” vida cotidiana y el desafío de la militancia. Así

El PCU constituyó un ejemplo inédito de partido político que logró el encuadramiento militante de cientos de personas fuera de su propio país, la continuidad de una dirección única en el interior y en el exterior, el funcionamiento regular de sus organismos, incluida la recomposición de la UJC y la atención de los niños que nacían y crecían lejos de su patria, la estructuración de cursos regulares de educación, así como la aceptación de nuevas afiliaciones captadas en el exilio (Rico et al., 2021).

Algo del orden de lo cotidiano se vio fracturado material y simbólicamente en los militantes cuando, en muchos casos y casi en un mismo acto, pasaron de la legalidad a la clandestinidad; de habitar algún espacio en el territorio oriental a hacerlo en Buenos Aires; de conocer códigos y habitualidades de un espacio y una cultura a insertarse en otro y otra; de tener familia, amigos y modos de vincularse a construir otros; de dedicarse a ciertas tareas y pasar a otras muchas veces absolutamente nuevas y distintas, con oportunidades de transición y adaptación diversas.

El viaje, la mudanza, no solo implicaron un traslado de personas y en algunos casos de objetos, trajeron consigo una transformación que hizo madurar y andar en direcciones no previstas, no planificadas, aceleradas y desordenadas.

Se trató de un cambio de escenario que se condijo con una subversión de la actualidad, una transformación de los tiempos y de las distancias, una indispensable revisión del individualismo en relación con lo colectivo, una profunda transformación de la subjetividad, del manejo del entorno y de los rituales de conducta. Entre traslado y reinstalación se sustituyeron situaciones de seguridad conocidas por otras amenazantes y se trastocaron códigos de familiaridad, estableciendo límites difusos entre realidades, libertades y formas de control y comunicación.

La “diaria”, signada por el desarraigo y los modos de vincularse con la organización, sumó a los problemas a resolver otros contextuales, con fuerte incidencia sobre los primeros: el desconocimiento, el miedo, la desconfianza, la transformación generalmente abrupta de expectativas. A ellos se adosaron otros de índole práctica que debieron ser resueltos sin demora: viviendas legales y clandestinas, individuales, familiares y colectivas; escolaridad para niños y adolescentes, generalmente indocumentados en relación con los requerimientos de ingreso o reingreso; trabajo para quienes debían solventar su supervivencia y “pantallas” para los funcionarios; vestimenta, que en muchos casos debía ser cambiada para evitar reconocimiento y, para quienes seguían hacia otros lugares de exilio, fundamentalmente a Europa, con otros requerimientos debido a las condiciones climáticas; salud, desde preexistencias hasta partos, pasando por heridas y enfermedades comunes.

Un espacio particular lo reclama en este relato la vida en los refugios, como el caso del Hotel Pinot que

quedaba sobre la avenida Díaz Vélez, Caballito. Oficiaba de refugio y en cada cuarto se alojaba una familia [...]. A poco de estar allí, fui

asumiendo mi rutina [...]. Al despertar debía ir a la cocina a recoger una bandeja con el desayuno [...]. El segundo paso era poner mi palangana de ropa en una fila, que avanzaba hacia la pileta de lavar del fondo. Me hice experta en lavado a mano sobre aquella superficie con ranuritas escalonadas (Martínez, 2001, pp. 109-110).

En muchos casos la desarticulación de las familias, de los proyectos a futuro, las modificaciones de las situaciones laborales, económicas, de vivienda, de estudio, junto a la desaparición de figuras y estructuras orgánicas de referencia, tuvieron una incidencia anímica y subjetiva que dejó cicatrices aún después del desexilio. Agresiones y depresiones, enfermedades somáticas que afectaron sin que se tuviera conciencia tanto por parte de los damnificados como los responsables de la estructura, hasta mucho tiempo después. Muy pocos aceptaron la necesidad o posibilidad de ayuda terapéutica. La expectativa por el retorno y la extensión en el tiempo para concretarlo fue otro factor movilizador de proyectos, emociones, vínculos y conductas. Volver sobre ellos con distancia es una necesidad que posiblemente ayude a interpretar mucho de lo dicho por quienes han cedido sus historias para esta ocasión.

## **Vivir y militar en las borrosas fronteras entre clandestinidad y legalidad**

La experiencia clandestina de los comunistas uruguayos, dentro y fuera de fronteras, esencial para la supervivencia partidaria, se reconoce como poco conocida y no forma parte, habitualmente, del repertorio de relatos sobre el período y las actividades desarrolladas. No hablar, requerimiento en su momento para la conservación de la estructura y para el éxito de las acciones que se propusieron, dejó una secuela que es la que seguramente ha hecho que de eso no se diga nada o casi nada.

Resulta interesante revisar cómo a pesar del paso del tiempo y del cambio de las condiciones políticas y de vida –la vuelta a la democracia, tanto en Argentina como en Uruguay– se mantengan silencios impuestos y modos comunicacionales que replican formas impuestas por la represión. No nombrar, no situar, no datar, sigue siendo una práctica que se trasluce en el discurso de algunos militantes de la época.

Las producciones editoriales de las últimas dos décadas han permitido que se conozcan referencias históricas a partir de obras de ficción, testimonios, biografías, publicaciones individuales y colectivas sobre la vida militante en Uruguay, la cárcel y exilio, pero Buenos Aires recurrentemente está ausente en relación con la dimensión que efectivamente tuvo. Podría explicarse desde el sentido doctrinario del valor del silencio –y el entrenamiento para el mismo al interior del partido en situaciones de amenaza–, la falta de información resultado de la compartimentación o la huella que ha dejado su ejercicio como garantía para la supervivencia.

Los códigos de la clandestinidad, que debían ser preservados escrupulosamente, respetados como la fuente principal de seguridad personal y de la organización, en algunos casos han quedado instalados como forma de vida y de vínculo, una marca no siempre posible de ser reelaborada en la subjetividad individual. Sin dudas se trata del impacto que tuvo sobre algunos de quienes no tenían una trayectoria de vida clandestina y menos aún en territorio extraño. Algunos códigos incorporados en su formación partidaria pública –pero también en la ilegal que cobró fuerza durante el *in crescendo* del autoritarismo uruguayo– contribuyeron a la fortaleza de los militantes durante aquel presente de riesgo permanente.

La convicción de que la labor clandestina en el refugio bonaerense fue esencial para entender la resistencia partidaria en Uruguay permitió recuperar trabajosamente episodios que pusieron vidas en riesgo; cartografiar eventos que consolidaron un propósito colectivo, político e ideológico, nominar protagonistas; pero, sobre todo, penetrar en las tareas que actuaron como sostenes de

esa vida que sigue indefinida entre los márgenes de la nominación de legal, semilegal, semiclandestina, clandestina, entre otras cosas porque no siempre hubo “pureza” conceptual. Trabajar formalmente o ir a la facultad y luego activar con otro nombre o reportar domicilios inexistentes son algunos de los ejemplos que explican la permeabilidad conceptual.

En la medida en que los actores aceptaron volver sobre la experiencia y reponer a través de los testimonios hechos y participantes de situaciones consideradas vedadas para el discurso público, se pudo saber en parte cómo articulaba la militancia partidaria con la gremial y la frenteamplista, cómo fueron las relaciones con el Partido Comunista Argentino (en adelante, PCA) y con otros partidos del mundo, así como también con organismos de solidaridad y apoyo.

El tema de los correos fue una pieza clave en la maquinaria comunicacional entre el interior y el exterior, desde quienes lo hacían en forma clandestina, aquellos que entraban y salían con su propia identidad; la tía Delia, que mientras visitaba a sus sobrinos nietos llevaba y traía información, o Diego y Mariela que no podían aceptar que en la cubierta del Vapor de la Carrera no podían jugar y solo debían transportar un inmenso auto o una bella muñeca rellenos de dólares.

Hubo que fabricar/falsificar documentos, poner doble fondo a los autos, inventar códigos de comunicación, mientras se cuidaba, vestía, alojaba y curaba a los mismos camaradas que realizaban esas y otras tareas. Hubo que recibir y garantizar salidas, apaciguar internas y desconfianzas, mientras el tiempo hacía el trabajo de aproximar a una transición en ambos países. Entonces vinieron las oportunidades de encuentros, los actos masivos y finalmente la odisea de los cruces –ahora legales– para votar.

Montar la estructura y sostenerla fue un desafío. No menor fue desmontarla y en algunos casos trasladarla.

En todos los casos hubo hombres –muchos– y mujeres –pocas y autopercebidas como poco reconocidas– que estuvieron detrás de

cada una de las acciones. No todos quedaron satisfechos ni hacen las mismas valoraciones. No todos reconocen confianza en sus pares. Pero todos lo hicieron posible y estos primeros relatos obtenidos dan cuenta de ello.

## **Cómo siguen doliendo Raúl y Manuel**

Varios de los entrevistados se enorgullecen de que en el “aparato” casi no se registraron víctimas. En la Buenos Aires inclemente hubo allanamientos y robos; militantes con intentos de secuestro, simulacros de fusilamiento, desaparecidos, presos y torturados. Las listas no son pequeñas. Pero la compartimentación y el estricto cumplimiento de las normas que impuso la clandestinidad junto a una dosis de “suerte” fueron un muro de protección para personas, viviendas, automóviles y objetos.

El “casi no se registraron víctimas” destaca dos casos paradigmáticos, en dos tiempos diferentes de la larga estadía en Buenos Aires, que además de producir una profunda huella de dolor obligaron a reformular mucho de la vida militante legal y clandestina.

A Raúl –Cacho “el gordo” Diego– lo asesina la Triple A el 24 de diciembre de 1974 en el local del MAASLA (Movimiento Argentino Antimperialista de Solidaridad Latino Americana), refugio de llegados de diferentes países en dictadura. 26 años y 16 disparos, estando completamente solo, desarmado y preparando envíos postales a todo el mundo denunciando las violaciones a las libertades que se producían en Uruguay. Alberto Lastreto, compañero de actividad, no ha dejado de escuchar hasta el día de hoy el llanto de esa madre; lo recuerda como el grito de desgarró de una fiera herida de muerte.

A Manuel Liberoff, médico, convaleciente de una cirugía por cáncer de colon, lo desaparecen la noche del 19 al 20 de mayo de 1976 de su domicilio familiar y consultorio en el barrio de La Paternal. Ni su hijo en el exilio más distante, ni su esposa, ni sus dos

hijas menores ni nadie, supieron fehacientemente qué fue de él. Además de sus responsabilidades en relación con las finanzas del PCU en Argentina, era quien atendía a todo aquel sin cobertura y con necesidad.

Raúl es ultimado en democracia y en los primeros tiempos de la organización de la estructura partidaria en Buenos Aires. Hubo que reformular espacios, contactos, responsabilidades y sobre todo contener a una familia y a un equipo que no podía superar la perplejidad, que no la superó en términos emocionales y que se repuso para seguir actuando.

Manuel es desaparecido a poco andar la dictadura en Argentina. Queda una familia desarticulada, una militancia desolada –con la que ya había cosechado un inmenso cariño desde sus actividades profesionales y societarias en Montevideo– y una cadena de acciones y contactos desencuadrada que también se repuso para seguir actuando.

En los momentos –bien diferenciados– en que acontecieron los hechos, poco supieron los camaradas contemporáneos. Pasó mucho tiempo, el tiempo de la dictadura, para que estos héroes y sus circunstancias fueran conocidos.

Asumimos que aún falta mucho por conocer y reconocer, no nos lo propusimos en esta oportunidad. Sabemos de la identificación de casos de víctimas comunistas uruguayas sin que se pudieran precisar las causas de algunos de los sucesos: militancia en Uruguay o en Argentina. Hasta el momento, casi ninguna ha sido reivindicada como integrante del equipo, algunas fueron identificadas mediante reclamos de familiares o testimonios de compañeros.

## **Repliegue, retorno o no retorno**

A Buenos Aires hubo que llegar, se pudo, se quiso. Y de Buenos Aires hubo que salir como se pudo o asumir, por circunstancias

muy diversas, quedarse. Entre la llegada de cada militante, de cada exiliado, de cada refugiado, pasó tiempo y sobre todo pasó vida –y muerte–, aconteciendo situaciones que hicieron que cada caso fuera único. Muchos vivieron siempre esperando ese momento y con más o menos dificultades lo concretaron. Otros, en el mientras tanto, combinaron su militancia con estudio, se graduaron, se incluyeron en los sistemas profesionales y miraban al Uruguay pobre y desactualizado con cierto resquemor y la pregunta por la posibilidad de insertarse. Unos consiguieron trabajos estables y dudaban si debían abandonarlos. Algunos formaron familias con argentinos, tuvieron hijos, los escolarizaron y las parejas no siempre coincidieron en cuál sería la mejor decisión.

La consigna militante, sin dudas, era volver. La dirigencia como conjunto, pero también individualmente, tuvo actitudes no siempre relacionadas con las expectativas de comprensión.

La euforia de los últimos tiempos que actuó como aglutinante, en actividades masivas, festivales creativos, recepciones a dirigentes y artistas que llegaban de más lejos, convivió con dudas y decepciones. Hubo fracturas afectivas, idas y vueltas.

Las definiciones se iban tramitando, algunas colectiva y otras individualmente, las convocatorias para cruzar a votar se presentaron como una alternativa unificadora. Más allá de hacerlo en forma definitiva o transitoria, volver – como la letra del tango – era un deseo, un reto y hasta una provocación. Muchos lo recuerdan con justicia como una gesta, que exigió planificación y ejecución controlada. Las partidas de los barcos desde Buenos Aires emocionaron. El arribo a los puertos de Montevideo y Colonia enfervorizó, aun con las sorpresas de detenciones transitorias. Las caravanas de autos y micros cruzando los puentes, recibidos con abrazos ansiosos en el Palacio Legislativo, pusieron calor a encuentros esperados, aunque pasajeros y anfitriones no siempre se conocieran.

Mientras todo esto se pensaba y se ejecutaba, el pueblo uruguayo fuera de fronteras y la patria comunista en Buenos Aires ampliaron su conformación. Estaban los legales y los clandestinos.

Los que vinieron desde el principio y con tareas encomendadas orgánicamente y aquellos que llegaron “por la suya” y se sumaron. Quienes arribaron más tarde, habiendo pasado cárcel o clandestinidad en Montevideo. Los que fueron convocados para las tareas específicas de esos momentos y los que en Buenos Aires hacían escala desde lugares muy distantes. Los que acompañaron y acompañaban dirigentes que habían anclado en los países del bloque socialista. Los mismos dirigentes, que habían conformado familias lejos y volvían solos y habiendo estado separados de sus familias, se reencontraban. Los que llegaban enteros y los que lo hacían quebrados. La lista de diversidades y formas de tramitarlas sigue. Justamente la forma de tramitarlas impactó sobre la convivencia, las comunicaciones, las responsabilidades, las acciones. El colectivo

no se mantuvo estático o cerrado al número de personas del aluvión de 1976. Hasta el final de la dictadura, por diversas razones partidarias o personales, una especie de cuentagotas de militantes y familias fue engrosando el total de exiliados comunistas. Eso, indirectamente, fue el motivo por el que dicho exilio no se guetizó, ante el fenómeno constante de renovación de personas y la actualización de individuos y vivencias que portaban en sus relatos, provenientes de la continuidad de la resistencia a la dictadura dentro del país [...], iniciada la vida política en el exilio, fueron surgiendo innumerables problemas que no tenían que ver con el pasado transcurrido en el Uruguay; muchos de ellos estaban relacionados con la nueva realidad local que se vivía y la situación personal, familiar y de pareja de quienes se habían exiliado [...]. El exilio fue dejando de constituir un campo de reconocimiento público, de transmisión de experiencias acumuladas [...]; fue, poco a poco, rebajado a una vivencia personal de otras épocas o recuerdos para contar en familia, transformándose en una experiencia intransferible e incommunicable socialmente, incluso a las nuevas generaciones en Uruguay (Rico et al., 2021, p. 16).

Todos estos “equipajes” simbólicos tuvieron su correlato en otros materiales. Los viajes emocionales tuvieron su materialización en transportes concretos, algunos planificados, otros improvisados.

Desde ir al puerto con lo puesto, cargar el auto hasta lo imposible, subir al barco con equipajes formales o a la lancha con decenas de bultos improvisados, cada retorno fue único, más allá de las condiciones partidarias anticipadas.

Las expectativas no siempre se reflejaron en realidades en tierras orientales. Entonces, hubo retornos y desretornos. Fracturas que cicatrizaron y otras que dejaron heridas abiertas.

### **No hay conclusiones, solo quedan más interrogantes**

La tensión no es sencilla: la memoria es idiosincrática, activa y “sensitiva” (se “acomoda” a demanda). Aunque los relatos conciernan –como en el caso de los referidos en este trabajo– a hechos colectivos, cada narración trata del discurso de un testigo único que atravesó en soledad –aunque se trate de una acción compartida– una experiencia para sí incomparable, para muchos desconocida, y para todos, la oportunidad de la interpelación a la subjetividad.

Todo relato del pasado implica necesariamente una selección en la que se articulan olvidos y adaptaciones que otorgan sentidos diversos a los acontecimientos respecto de las condiciones en las que se generaron; amalgama esos “olvidos” con desplazamientos, a veces voluntarios y estratégicos, a veces involuntarios, pero siempre selectivos, sobre huellas significativas, construyendo posiciones que pueden dar respuestas hasta con humor frente a interpelaciones profundas.

La relación entre relato, identidad y memoria es una construcción en la que se sostiene algo del pasado, al tiempo que se van modificando condiciones de supervivencia del recuerdo. Tiempos, espacios y deseos se van articulando y poniendo en nuevas relaciones, con nuevos parámetros, que tanto subrayan rasgos persistentes como incorporan otros de diferenciación, marcando hitos que en línea con las experiencias vividas retroalimentan a la memoria y definen nuevos escenarios en los que los registros se

redimensionan. Se trata de juegos dialécticos, dinámicos, que ayudan a explicar rupturas, a hacerlas tolerables, a incorporar otras informaciones y valoraciones y de un modo singular a modelar la conducta.

Las rupturas, para la memoria, no son siempre “malas”; abren juegos de completamiento que proponen alternativas reparatorias diversas, según se articulen contextos, historias de vida, afectos, reflexiones y valoraciones. Transforman los relatos y por ende los propios acontecimientos dándole un sentido particular al pasado y al presente, en instancias que son punto de inflexión en las historias de vida.

Particularmente, en los relatos sobre vivencias traumáticas se integran, ocupando grietas a veces difíciles de sobrellevar, restos que morigeran el dolor, hacen más soportables las circunstancias y completan vacíos, como una forma de acompañamiento adaptativo, uniendo lo que sería difícil congeniar, lo nombrable y lo innombrable.

El relato de una experiencia la hace, para quien narra y para quien escucha, hecho social, compatible y “compartible”; encadena historias a la vez que permite establecer diálogos entre convenciones no siempre expresadas, en las que el lenguaje, como mediador, adquiere una dimensión social y cultural particular; tanto denuncia como protege, destaca o desdibuja, omite o interpreta.

Las que aquí se contaron son historias situadas en un espacio diferente al conocido y hostil, no solo para la militancia, también para la vida cotidiana, tal como aparece en testimonios que componen el *collage* de situaciones que constituyeron un escenario caleidoscópico, enrarecido y en muchos casos llamado a no ser dicho.

Las formas de narrarlas constituyen, a su vez, formas de ser, de seguir pensando y actuando, de legitimación de hechos y cronologías que no necesariamente concuerdan con lo acontecido, pero que fortalecen la identidad individual y colectiva.

Los textos refieren a la transferencia de la experiencia de la clandestinidad a la estructura normada de las organizaciones,

juegan con los rituales aglutinantes y que dan pertenencia y referencia, ordenan y contienen, entre otras cosas frente a posibles diferencias que amenazan como disgregantes.

Fueron mayormente historias contadas desde el protagonismo de pocos hombres y menos mujeres y así reconocidas y naturalizadas. Los voceros con sus relatos –generalmente autocentrados– dan forma a mitos y se asumen como articuladores de conflictos, socializan la información asignando protagonismos y producción de efectos, refiriendo a cuántos eran, cuánto pudieron y cuánto no lograron.

Son historias que hablan de y desde los bordes, y que en su conjunto constituyen legados de sentido, visiones, interpretaciones entre inclusiones y omisiones, sobre todo cuando aluden a situaciones traumáticas. En su conjunto, estos relatos no son los únicos, son solo aquellos que elegimos dentro de los que pudimos recoger. Tienen en común una perspectiva individual y generacional, alternan el lenguaje épico con el lenguaje nostálgico, son respetuosos y hasta pudorosos, con expresiones cuidadas al momento de establecer juicios.

Lo que se pudo contar no es la historia de la actividad comunista clandestina en Buenos Aires y de las condiciones de militancia y resistencia, sino unas historias narradas que algunos protagonistas quisieron y pudieron contar, a partir de sus registros en memoria y de las valoraciones epocales y vitales.

Tramar las entrevistas entre sí con contextos y coyunturas diseñó escenarios no pensados. Esos son ya responsabilidad de las autoras. Habrá seguramente otros muchos que, en todo caso, serán responsabilidad de los lectores. En su conjunto, aportarán a “llenar” unos espacios de vacancia que por distantes, dolorosos, vedados al discurso, reclaman materialidad.

## Por qué partir

Durante días leí y releí las actas de la sesión de la Asamblea General del 14 de abril como se lee una tragedia. Del género tiene la pasión, lo funesto, lo inevitable. También los personajes... Están los que pronuncian palabras ominosas, anuncian con amarga lucidez lo que vendrá, pero sus destinos son no ser oídos. Uruguay marcha hacia la declaración de guerra, hacia la tortura, el asesinato político, la desaparición de personas...

[Era el 14 de abril de 1972] en la sede central del Partido Comunista, en la calle Sierra 1720, muy cerca de donde ocurre el debate parlamentario, un grupo policial ocupa a balazos la casa durante un acto que ha reunido a más de quinientas personas (Martínez, 2002, p. 23).

Quizá la noche del 14 de abril pudo haberse producido un asesinato en masa y eso no sucedió por la cantidad de gente reunida y por la presencia de un juez y legisladores (p. 30).

El Partido Comunista ha organizado un sistema de guardia permanente en todos los locales. El seccional 20 ha sido objeto de atentados y los militantes han instalado en la azotea, sobre el pretil, una plancha de hierro para protegerse de posibles balaceras cuando vigilan por la noche.

La guardia nocturna de ese domingo [16 de abril de 1972] corresponde a los comunistas de la metalúrgica Nervión (p. 45).

La reconstrucción de la masacre no es fácil. Una o varias operaciones de ocultamiento han hundido aspectos y detalle importantes de los hechos (p. 53).

Sin embargo, ningún vecino ha olvidado la hora en que comenzó la matanza: minutos antes de la una. Vehículos militares y policiales se concentraron frente al Seccional 20... Una vez que empieza el asalto se oyen órdenes y contraórdenes (p. 60).

A lo largo de la noche El Vintén, tirado en la azotea, a oscuras e inmóvil, oye a los compañeros. Oye la descarga. Escucha cómo los van rematando. "Hasta el día de hoy siento los gritos de Raúl Gancio: 'No me dejen morir'. La voz cada vez más espaciada, los quejidos sordos. Y después silencio" (p. 64).

Circunstancias represivas, violencias extremas que se fueron incrementando hasta romper con el cascarón que quedaba de institucionalidad democrática y arribar al golpe de Estado del 27 de junio de 1973, aunadas a escenarios de confrontación social, sindical, política o armada, entre otras situaciones, desembocan en caminos que hacen posible atravesar fronteras y alejarse de las geografías que les son propias. Nada de eso es extraño en términos generales; abundan experiencias en la historia reciente latinoamericana y, sin duda, en otros continentes. Pero, en lo particular, el modo de vivir y significar está fuertemente ligado a la subjetividad, la interpretación, los antecedentes de vida militante.

Lo dicho no invalida que hay fenómenos que obligan a la movilidad de las personas y que no se vinculan con esas circunstancias. No obstante, cuando la referencia es a acontecimientos represivos y a ese tipo de escenarios con una intensidad represiva extrema, resulta común relacionarlo con los exilios. El punto es que no todos son exilios tal como se les percibe o se autopercibe, tema que permea este libro. Pero tienen en común la transposición de límites, la indefinición de temporalidades, la conciencia y la percepción de los tiempos y las distancias provocadas por las circunstancias de abandono de lo propio e inserción en terrenos geográficos y

emocionales ajenos, obligados (personalmente o por mandato partidario) debido al contexto fuertemente represivo.

Si se hiciera un breve recorrido por procesos que encarnan de manera general a los exilios, a las vivencias a las que se arriba por muy diversas rutas, en muchos casos se exhiben hechos sociales de grandes dimensiones (Dutrénit Bielous, 2017). Ello puede observarse en una experiencia emblemática como fue la española: “Al finalizar la guerra civil, en 1939, casi un millón de hombres, mujeres, ancianos y niños fueron hendidos por el rayo del exilio. Durante años, largos años, vivieron en tierras de Europa, África o América” (Guerra, 2002, p. 13).

La que ocupa la atención de este libro es una experiencia más cercana en el tiempo, la uruguaya, y en especial, la de los comunistas en su militancia clandestina o semilegal en Buenos Aires. Esa experiencia nacional fue simultánea, podría decirse, a la de los países del Cono Sur que, en otras proporciones respecto a la española, fueron todas hechos sociales de grandes dimensiones.

Los exilios son migraciones, movilidades, que llegan a exhibir o anticipar la derrota de un amplio espectro de fuerzas antiautoritarias o antidictatoriales. Al observarlo a la distancia, para muchos puede desvanecerse la idea de una sistemática resistencia interna y quizá hasta de un distanciamiento desde el exterior respecto a la lucha dentro de fronteras. Esto pese a que, quienes integran los flujos reprimidos que atraviesan fronteras y no dejan de temer tanto la amenaza de perder la libertad y hasta la vida, como hay evidencia que lo acredita, retoman la actividad política expresada abiertamente en un incesante trabajo de denuncia de la situación que obligó a alejarse de su país (de origen o residencia habitual), al mismo tiempo que realizar otras actividades como eran las acciones de sostén hacia adentro y hacia afuera. Las denuncias en particular se desarrollan en los más diversos ámbitos de la opinión pública, los gobiernos, los organismos internacionales.

Prácticamente sin capacidad para influir en la escena política nacional y regional, empezaron a buscar interlocutores que

pudieran presionar al gobierno para detener los aspectos más acuciantes de la represión.

En la segunda mitad de los setenta ocurrieron cambios en la política internacional que favorecieron el contacto con estos nuevos aliados. Muchos exiliados se convirtieron entonces en expertos en el uso de los mecanismos de denuncia disponibles ante la Organización de Estados Americanos (OEA) y las Naciones Unidas (ONU), por ejemplo. Juan Raúl Ferreira, el hijo de Wilson Ferreira Aldunate, fue muy activo frente a la OEA, aprovechando su inserción en grupos norteamericanos de derechos humanos como la *Washington Office for Latin America* y la Liga Internacional de Derechos Humanos. Desde las filas de la izquierda, familiares y compañeros de militantes del Partido Comunista, del Partido por la Victoria del Pueblo y los Tupamaros, por nombrar tres de los grupos más afectados por la represión, contribuyeron a estos esfuerzos presentando recursos ante la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH) y presionando para que la OEA tratara oficialmente el caso uruguayo. Cuando finalmente la Asamblea General aprobó el primer informe crítico elaborado por la CIDH en 1978, muchos exiliados expresaron su conformidad con lo actuado (Markarian, 2004).

Sin dudar, los exilios, así en plural, aunque suene obvio, fueron muchos y diversos. En particular cuando resultaron muy voluminosas, integrados por más de una generación, con orígenes políticos y composiciones sociales diferentes y compromisos cotidianos en extremo distintos, como lo fue la experiencia de los uruguayos.

Este tipo de migraciones constituyen procesos sociales y culturales multifacéticos que dan lugar a una red de rutas de salida del territorio, una sucesión discontinua de tiempos de llegada a otros tantos, un conjunto plural de corrientes políticas, una madeja de historias personales, un cúmulo de acciones para seguir en la política o para salir de ella (Dutrénit Bielous, 2006).

Se trata de experiencias muy variadas que en el caso de este libro fueron recogidas mediante espacios de escucha que cobijaron diversas narraciones. Son una sinfonía de voces que constituyen un *corpus* cuyo comienzo puede establecerse en 2013, mediando en todos los casos por lo menos 30 años entre la experiencia y el relato.

Son estas circunstancias que marcan la vida de las personas que dan cuenta de un universo disperso de actos comunitarios e identitarios de momentos de aculturación y de integración social y, a la vez, de rechazos, de desconfianza y suspicacias, de *unos y de los otros*.

Esta multiplicidad de factores y de vivencias no puede evaluarse con la idea, en algún tiempo insinuada en distintas sociedades que han sido traumatizadas por rupturas violentas, de que se trata de movimientos migratorios que recorren esencialmente caminos de tranquilidad, satisfacciones y éxito. Por el contrario, de las evocaciones y los testimonios surgen privaciones, soledades, sensaciones de desapego y abandono, esfuerzos adaptativos, dificultades de interacción lingüística.

No obstante, si la referencia es a los exilios, puede llegar a entenderse como haber logrado una situación privilegiada, un sentimiento de culpa en quien se tuvo que ir o se fue cuando lo que se ejerce es el terrorismo de Estado,<sup>1</sup> y son inminentes tanto la tortura, la prisión como la desaparición y la muerte. A su vez, surgen construcciones de aquellos que no se fueron, de los testigos de la “fuga”, de quienes se quedaron.

En todo caso, lo dicho no invalida que en el camino exiliar también se desembocó en la tortura, en la desaparición y en la muerte. Incluso, cuando se llegó al compromiso práctico de integrarse a

<sup>1</sup> Cuando la referencia es al terrorismo de Estado, tipificado como delito, al menos se debe considerar que tuvo una eficacia represiva como también vulnerabilidad política y ética, lo que acarreó a los regímenes que lo albergaron y al sistema de impunidad que creó, consecuencias que alcanzan hasta el presente (Dutrénit Bielous y Varela Petito, 2010).

movimientos de liberación en distintos puntos del mundo (Dutrénit Bielous, 2006).

Dicho lo anterior, por las dimensiones que estas migraciones forzadas han tenido en países como Uruguay, es obligado decir que representan un hecho contundente en la historia nacional de fines del siglo XX, pero sus alcances no se limitan a ella; hay en forma reiterada una permanente transmisión familiar e intergeneracional; en suma, marcas indelebles. Se agrega que su dimensión y repercusión históricas en la sociedad que lo generó y en aquellas que lo acogieron continúan siendo evaluadas y valoradas con perspectivas muy diferentes de acuerdo con la experiencia de vida, de retorno o no, de apego/desapego familiar, desde la épica hasta la nostalgia.

Ahora bien, haciendo una referencia específica a las migraciones forzadas,<sup>2</sup> a la diversidad de los exilios, a las diferentes rutas de salida, a la amalgama de comportamientos una vez fuera del país, resulta obligatorio fijar el lente en lo que se asimila como un comportamiento típicamente exiliar. Se trata de una forma de salida *ex profeso*, de compromiso nítido, en especial para reorganizar

<sup>2</sup> Como lo anota Enrique Coraza de los Santos (2014, p. 200):

Las migraciones forzadas representan un tipo particular dentro de los movimientos de población. Sus características, asociadas a la violencia directa o potencial de ver peligrada la integridad física, moral o los medios de vida de los individuos, parejas, hijos o grupo de pertenencia, las hacen revestir cierta especificidad y diferenciación dentro de los mismos. De igual forma, otro de los elementos particulares es la inmediatez, la urgencia de la salida que no permite o, en todo caso, reduce al mínimo las posibilidades de elaborar un proyecto migratorio, revistiendo ese carácter de involuntarias. Otro aspecto a destacar es la sensación de trauma (derivados de la violencia y del despojo) y de paréntesis en el que la necesidad del retorno forma parte de los sentidos con que se dota a los exilios en la mayoría de los casos.

la actividad militante, articuladora del exterior y el interior aun cuando, también se incluyen quienes no habiendo salido del país con esa misión –tantas veces fue factible que ocurriera por razones económicas–, se incorporan a la militancia una vez estando fuera de fronteras.

La referencia de militancia fuera de fronteras es en concreto a una actividad que cumple las veces de grupo operativo de articulación de comunistas uruguayos en formato clandestino y en una geografía en donde lo que también se vivía era una dictadura, al menos en una parte del periodo, no al principio. Se trata de la experiencia en Argentina y particularmente en Buenos Aires y proximidades de quienes se instalaron para organizar y operar un grupo con modalidad clandestina, semilegal o legal, según los casos y las etapas, de integrantes del Partido Comunista del Uruguay (en adelante, PCU). Grupo (técnico-operativo) que resultó uno de los bastiones de la resistencia, ejecutor de la articulación y suministro de información, traslado de materiales y soportes necesarios para la actividad dentro del Uruguay, así como de salidas, entradas de sus camaradas clandestinos desde o hacia Uruguay y gestor de recursos financieros para la resistencia (Dutrénit Bielous, 2010).

Hay que decirlo desde este arranque sobre el contexto vivido que, para los comunistas uruguayos, el exilio, la clandestinidad, la semilegalidad dentro y fuera de fronteras, fueron experiencias escasamente conocidas en la trayectoria partidaria. Conocer la historia del Partido Comunista resulta hasta el presente un campo fértil de estudiar. No obstante, se reconoce que se han publicado trabajos desde el ámbito activista, militante, algunos de ellos con corte testimonial, novelado y periodístico<sup>3</sup> y también desde la academia, con cortes temporales-partidarios distintos e

<sup>3</sup> Por ejemplo, los de María Condenanza, Anibal Toledo, Wladimir Turiansky, Miguel Millán, José Jorge Martínez, Autores Anónimos, Esteban Valenti, Carlos Yaffé, Mauricio Almada, Fernando Barboza y Gerardo Nuñez Fallabrino. Incluso libros que reconstruyen la vida de las víctimas comunistas como el de Andre Fremd y Germán Kronfeld; Jaime Pérez; Dari Mendiondo; y Martínez, Ciganda y Olivari.

historiográficos importantes dos obras, la Gerardo Leibner en 2011, y la coordinada por Álvaro Rico en 2021.

En 2009 Marisa Silva Schultze compartía en su libro *Aquellos comunistas (1955-1973)* que, mientras estaba escribiendo, eran pocas las investigaciones sobre el recorrido del PCU realizadas desde la academia. Y, sobre ese punto, señala en sus páginas:

Historia que resulta ineludible investigar en tanto esta organización fue el partido legal más numeroso de la izquierda uruguaya hasta 1973, con un peso fundamental en el movimiento sindical, en el movimiento estudiantil y en la gestación y desarrollo del Frente Amplio en los dos años anteriores al golpe de Estado [...]. A grandes rasgos la historia del PC entre su fundación y el golpe de Estado de 1973 se puede dividir en dos: desde 1921<sup>4</sup> hasta 1955 y desde ese año hasta el comienzo de la dictadura, momento a partir del cual el PC, por primera vez comenzó a operar de modo ilegal, inaugurando así un periodo totalmente distinto [...]. Este nuevo partido se consolidó, en la década del veinte, como un pequeño grupo, en el panorama político nacional. En esas décadas se proyectó en las luchas sindicales, tuvo representación en la cámara de Diputados... Al terminar la Segunda Guerra Mundial creció, como la mayor parte de los partidos comunistas del mundo [...]. A partir de 1955 se produjo un viraje que comenzó por el cambio abrupto de dirección [...] y que continuó con un cambio significativo de estrategia conducido y teorizado por quien sería su máximo dirigente hasta fines de los ochenta: Rodney Arismendi (Silva Schultze, 2009, pp. 27-29).

Si bien no es posible comparar aquel golpe de Estado de Gabriel Terra, y la dictadura implantada entonces con lo que sucedió a partir del 27 de junio de 1973 y el creciente autoritarismo desde 1968 con la consecuente represión, no se puede obviar que, a partir de aquel golpe, sobre los comunistas junto a sindicalistas en general,

<sup>4</sup> Fecha polémica entre los comunistas, señala la autora y no solo por aspectos cronológicos. Véase la nota 12 de su libro (Silva Schultze, 2009, p. 28).

recayó la persecución. Represión que también alcanzó a hombres y mujeres de otros sectores políticos.

En febrero de 1932, pretextando un “complot comunista”, el gobierno de Terra desató una fuerte represión con cierre de locales sindicales, detención de militantes, el cierre del periódico *Justicia*, órgano oficial del Partido Comunista, detención del diputado comunista José Lazarraga, quien posteriormente fue liberado por decisión de la Asamblea General (Toledo Casanova, 2008, p. 38).

En aquel primer golpe de Estado del siglo XX y la dictadura subsecuente, los comunistas fueron reprimidos y Rodney Arismendi, entonces joven periodista, luego redactor responsable de los diarios partidarios *Justicia* y *El Popular*, fue sujeto a casi cincuenta procesos en su contra. Arismendi debió salir al exilio. Experiencia exiliar muy acotada para los comunistas que luego resultó masiva en los años setenta.

Esa experiencia masiva y militante en formas novedosas para los comunistas uruguayos conducen a enfocar la esencia del grupo del PCU en Buenos Aires. En esa ciudad capital y en las zonas conurbadas, la actividad militante fue aún más singular, se vivió una doble clandestinidad. Se experimentó una cotidianidad altamente riesgosa como exitosa en las metas propuestas. Al referir a grupo en singular no supone la inexistencia de otros que interactuaron para los mismos propósitos. La compartimentación en la clandestinidad, incluso en la semilegalidad, implica e implicó una rigurosa compartimentación que dificulta hasta hoy un conocimiento total de lo realizado y de sus protagonistas.<sup>5</sup> Al conocer y recrear esas coyunturas, es más, esos procesos, es difícil definir y que los propios protagonistas se autocaractericen como exiliados

<sup>5</sup> Como ya se mencionó en páginas anteriores, “bucear” sobre esas experiencias, esas cotidianidades, aquellos protagonistas, ha llevado casi una década y el resultado es parcial; otros y otras deberán seguir procurando acercarse más a esa Historia y a las memorias de quienes fueron parte de ese torrente militante y valiente.

y sus circunstancias como exiliares. Parecerían definiciones que no identifican, al menos en forma “clásica”, lo que significaron.<sup>6</sup>

¿Por qué decirlo así, aunque hoy pueda entenderse como una obviedad para muchos?

No se puede olvidar, más bien es obligatorio contextualizar, lo que se vivió paulatinamente en los países platenses –que están separados en parte por el Río de la Plata, un *río como mar*<sup>7</sup>– y que le da sentido a su caracterización, así como por el río Uruguay, al mismo tiempo que están presentes aspectos que tanto unen como separan además de lo territorial, conductual, comunicacional, con lo que se vivió también en todo el Cono Sur.

Al transitar a la segunda mitad del siglo XX en América Latina, al tiempo que acontecía el triunfo de la revolución cubana comenzaron a surgir de manera creciente –casi como un juego de espejos– regímenes autoritarios, golpes de Estado y dictaduras militares o cívico-militares. Como se anota en el libro de Dutrénit Bielous y Varela Petitto (2010) *Tramitando el Pasado* en una espasmódica y conflictiva historia política; en este período se escenifica el modo de implantación del terrorismo de Estado en distintos países. Sin embargo, pese a que por momentos y más que esto, se generalizan procesos dolorosos en las geografías nacionales, se exhiben a la vez diferencias tanto por sus historias políticas (en lo institucional y partidario) como por los énfasis en las estrategias represivas.

No se debe olvidar que, tanto en Argentina como en Uruguay, previo a los golpes de Estado, existieron grupos paramilitares y policiales que actuaron en el contexto de lo que denominaban lucha anticomunista y antisubversiva, ejecutando a militantes de distintas organizaciones. En Argentina la referencia es a la Triple A y en

<sup>6</sup> Apreciación que fue surgiendo a lo largo de la investigación y que aún no encuentra una caracterización que integre experiencias colectivas y personales.

<sup>7</sup> Referencia de letra de la canción “Me enseñaron, de botija, en la escuela, este cantar: ‘Naciste en Montevideo junto a un río como mar, no busques lugar más bello porque no lo encontrarás’”, de Quintín Cabrera.

Uruguay al Escuadrón de la Muerte, así como al Comando Caza Tupamaros.

Ahora bien, los regímenes dictatoriales acaecidos, conocidos como dictaduras de seguridad nacional, respondieron, como se mencionó en líneas anteriores, a conflictos propios de estos países, aun cuando se inspiraron en la doctrina del mismo nombre.

En todo caso sí coincidieron en anunciarse como reestructuraciones radicales de la sociedad, cuestionando el mal que se vivía por la subversión y la propuesta de erradicación sin establecer un término en su finalización. Esa avasallante presencia castrense no se apoyaba solo en razones de orden público sino más ampliamente en una identificación entre seguridad y desarrollo socioeconómico. Tal visión no podía sino justificar poner en manos del estamento militar todas las palancas relevantes de control social. A ello se agregaba en forma sustantiva la convicción de encontrarse en una trinchera de avanzada en la lucha contra el comunismo.

Este era el sustento emocional y seudorracional de atrocidades sistemáticas, así como de la constante y exhaustiva vigilancia a la que eran sometidas las personas. Complejidad a la vez para quienes se fue instalando la necesidad de hacer “doble vida”, en algunos momentos legal, para trabajar/estudiar y en otros semilegal y clandestina para militar.

Los golpes de Estado y las subsecuentes dictaduras produjeron una desarticulación de los sistemas políticos, dejando fuera de la escena a los protagonistas habituales de la democracia. Así fue como, en el caso uruguayo, la larga data de tradición democrática, que solo había tenido un interregno dictatorial dirigido por civiles en los años treinta del siglo pasado, fue perforada de manera espasmódica desde 1968, por medidas de seguridad establecidas en la Constitución, así como en 1972 por la posterior declaración por parte de la Asamblea General del Poder Legislativo del Estado de Guerra Interno, hasta llegar a su derrumbe debido al golpe de Estado del 27 de junio de 1973. Este se propuso desvertebrar un creciente movimiento social, popular, como se le caracterizaba entonces

y, por supuesto, a los principales grupos y partidos de izquierda; para entonces la oposición armada había sido desarticulada notoriamente en 1972.<sup>8</sup>

En esas condiciones no puede obviarse que habían existido pocas oportunidades para los comunistas uruguayos de entrenarse –más allá de las situaciones de simulación– en conductas y formas de vida por fuera de la norma democrática. Así lo recuerda Roberto Pereira en una entrevista:

Más allá de los aprendizajes orgánicos ensayados en materia de seguridad y las medidas preventivas adoptadas desde tiempo atrás, el hecho de que el Partido Comunista del Uruguay fuera una organización de masas que actuó por años en la legalidad dificultó enormemente –como no podía ser de otra manera– el pasaje obligado y acelerado a la ilegalidad después del golpe y la adquisición de formas conspirativas de acción política y funcionamiento clandestino a nivel de la estructura partidaria y sus numerosos afiliados (Rico et al., 2021, p. 58).

Esto marca una diferencia con los comunistas de otros países latinoamericanos, que transitaron y convivieron con períodos alternados de proscripciones, legalidad e ilegalidad. En particular, la referencia es al argentino, país en el que se vivió un nuevo golpe de Estado el 24 de marzo de 1976, uno más de la serie iniciada en 1930 y, sin duda, totalmente diferente.<sup>9</sup>

Pese a la diversidad que encierra cada experiencia en ambos márgenes del Río de la Plata, es posible comprobar el rasgo común, fuerte y coordinado, de la represión. Como se registra en el libro *Tramitando el Pasado* (2010), a ello contribuyó la estrategia de los

<sup>8</sup> Véanse para este proceso de creciente autoritarismo la tesis de Ana Buriano Castro (1986) *El golpe de estado del 27 de junio de 1973 en Uruguay* y los libros de Gonzalo Varela Petito, *De la República liberal al Estado militar* (1988) y *El Golpe de Estado más largo. Uruguay. Febrero-junio 1973, Montevideo* (2023).

<sup>9</sup> Los previos, y más cercanos al de 1976, fueron el de 1955 con el que se derrocó al presidente Juan Domingo Perón, luego el que destituyó al presidente Arturo Frondizi en 1962 y, cuatro años después, en 1966, el que depuso al presidente Arturo Illia.

servicios de inteligencia que se plasmó en la Operación Cóndor. Allí se anota que se trató de una red supranacional de actividades antisubversivas coordinada por los servicios de inteligencia de Argentina, Bolivia, Brasil, Paraguay, Uruguay, a los que se le sumaron Ecuador y Perú. Las operaciones de esta red no solo se vieron ejecutadas en América Latina; también se llevaron a cabo en Europa Occidental y en Estados Unidos en 1976. En Washington se realizó el atentado que terminó con la vida del exministro chileno Orlando Letelier y su secretaria, Ronni Moffitt.

La constitución formal de esta red acontece en Santiago de Chile en noviembre de 1975, aunque cabe señalar que el comienzo, aun sin formalizarse, se remonta al segundo peronismo, durante el gobierno del General Juan Domingo Perón, después de su retorno del exilio.<sup>10</sup>

La represión, una vez instaladas las dictaduras, tuvo como mira la destrucción por medio de la represión de lo que consideraba el “enemigo”, como se señaló más arriba, estrategia que se mantuvo hasta el final mismo de los regímenes. En Argentina el delito de desaparición de personas y en Uruguay la prisión permanente fueron las principales estrategias, no obstante, se combinaron en cada caso con otras violaciones. Asimismo, la incesante represión hizo evidente que existía una resistencia interna con muy distintas facetas, incluidas las del apoyo desde el exterior.

Desde hace unos años, y hasta más de una década, en una considerable bibliografía sobre Uruguay, se sistematiza información documental, se analizan las características y consecuencias de lo

<sup>10</sup> En un artículo de J. Patrice Mc Scherry (2010), *Los orígenes de la operación Cóndor*, se delinear y establecen las circunstancias de esta coordinación de inteligencia. También en la novela “histórica” de Fernando Butazzoni (2014) se puede encontrar una reconstrucción documentada de aquellos comienzos del Cóndor y en la tesis de Carlos Fernando López de la Torre, *La Alianza Anticomunista Argentina. Aproximación a la represión contrainsurgente y los escuadrones de la muerte en el período constitucional peronista de los años setenta (1973-1976)* (2021).

que fue el terrorismo de Estado.<sup>11</sup> En ello, necesariamente, no está omitida la forma con la que la Operación Cóndor, brazo ejecutor de esa estrategia, convirtió en presa a toda la oposición antidictatorial del área conosureña. Su exitoso alcance resultó en un sin fin de crímenes de lesa humanidad. Es necesario recordar también que en esa bibliografía se reúne una polifonía de estilos y voces de quienes lo hacen desde el campo académico como del literario, ficcional y testimonial. Unos y otros títulos dan cuenta tanto de la estrategia represiva como de la resistencia opositora.

Al focalizar en particular al Partido Comunista de Uruguay (PCU) que, habiendo nacido en las primeras décadas del siglo XX, resulta parte constitutiva del Frente Amplio en febrero de 1971, vale recordar las palabras del historiador Gerardo Caetano, a propósito de la resistencia durante la dictadura. Lo dicho y afirmado más de una vez por el historiador no responde a su pertenencia a la “patria comunista”, no, por el contrario, en sus palabras “[...] lo dice alguien que no forma parte de la patria comunista” (Caetano, 2014).

Con Álvaro [Rico] y otro grupo de compañeros tuvimos el triste compromiso de recorrer los documentos de la represión. En los momentos más terribles del terrorismo de Estado, en donde había un conflicto, un principio de protesta, allí donde había resistencia en una fábrica, en un liceo, en una facultad, allí donde había una movilización...no estaban solos los comunistas, por cierto, pero siempre estaban los comunistas. Eso, los represores lo sabían. Por eso las operaciones, ese ensañamiento de la represión que supo tener como uno de sus objetivos centrales a la patria comunista. Por eso, no hay razón alguna para perder esos relatos. Esta es una tarea no solo de los militantes sino también de los investigadores. Porque esta tarea consolida la democracia. Estos relatos, estos testimonios, revelan que no hubo un solo día, aun en los peores momentos, en el que la dictadura

<sup>11</sup> En especial se hace referencia a la primera e importante obra coordinada por Álvaro Rico (2008).

no tuviera que enfrentar la resistencia. Decir esto hoy es sencillo, pero decirlo en 1975, 76, 77, 78, era muy difícil. (Caetano, 2014)

Es sabido que, en las rupturas institucionales, se vive una constante y deliberada, desconfiguración y desdibujamiento de los partidos políticos, así como de su incidencia en la vida cotidiana. Sin embargo, existe también en algunos casos, como el del PCU –por la estructura e inserción societal que tenía, por la capacidad de adaptación y la convicción de la resistencia– el haber resguardado en distintos nichos, no sin esfuerzos de prueba y error, el potencial que le permitió remontar la crisis, la más importante de la historia política contemporánea. Esto le posibilitó a la vez, pese a la sistemática represión y consecuente desarticulación, contar con la fuerza para reorganizarse una y otra vez, dentro y fuera de su territorio, hasta que la dictadura llegara a su fin (Dutrénit Bielous, 1994).

Documentos elaborados por los servicios de inteligencia dan cuenta de algunas de esas características, como se puede observar en los que recoge la obra colectiva, publicada en 2008 y coordinada por Álvaro Rico, *Investigación Histórica sobre la dictadura y el terrorismo de Estado en el Uruguay (1973-1985)*.

Al respecto, vale este ejemplo significativo. Se trata de las palabras del general Esteban Cristi, comandante de la División Ejército I:

A las características metódica y largoplacista siempre evidenciada por el PC[U] debe agregarse ahora la experiencia adquirida y este “Resurgimiento” luego de golpes sufridos, lo que ha permitido lograr ante los demás movimientos subversivos y ante la población en general un prestigio que acrecienta su peligrosidad. Las condiciones de nuestro propio proceso político, dada la difícil etapa de construcción por la que estamos pasando, nos hace aún más vulnerables ante la ofensiva directa de esta organización, que hoy cuenta con el mismo nivel de funcionamiento clandestino de otras [...] (Documento del Organismo Coordinador de Operaciones Antisubversivas [Ocoa], en Rico, 2008, p. 65).

Al mismo tiempo, otro ejemplo que expresa tanto la fuerza reconocida y hasta temida, que aún desde la cárcel identificaba al PCU, está marcado en el contenido de la siguiente transcripción del mismo documento, a partir de informes recibidos de otras fuentes:

1ro.) En algunos lugares de reclusión de este ámbito Divisionario funciona no solo una organización que ejercita, dirige y mantiene elevada la moral de los detenidos, sino hasta una verdadera Dirección del P.C. en el cautiverio, que obtiene información del exterior y las transmite internamente, como también imparte directivas para el funcionamiento.

2do.) El contacto entre integrantes de diversas organizaciones en los lugares de reclusión ha permitido que los dirigentes del P.C. hayan influido en los otros, ejerciendo una especie de liderazgo y captación, que aparentemente se habría materializado en una alianza P.C.-M.L.N., en la que el primero ejercería el papel de vanguardia política (OCA en Rico, p. 64).

Volver hoy sobre este proceso resulta desafiante y necesario, porque para el presente ese pasado es insoslayable:

Si el pasado cuenta es por lo que significa para nosotros. Es el producto de nuestra memoria colectiva, es su tejido fundamental [...]. Pero este pasado próximo o lejano igualmente tiene siempre un sentido para nosotros. Nos ayuda a comprender mejor la sociedad en que vivimos hoy, a saber qué defender *y* preservar, a saber qué derribar *y* destruir. La historia es una relación activa con el pasado. El pasado está presente en todas las esferas de la vida social. El trabajo profesional de los historiadores especializados forma parte de esta relación colectiva y contradictoria de nuestra sociedad con su pasado; pero no es más que un aspecto particular, no siempre el más importante y jamás independiente del contexto social y de la ideología dominante [...] La memoria colectiva, la apelación a la historia, actúan en última instancia respecto al futuro (Chesneaux, 1981, p. 22-23).

En esta dimensión que argumenta Chesneaux y que pone en tensión lo que significa la historia reciente, la historia vivida, es relevante considerar con Graciela de Garay que:

La presencia del testigo ha cuestionado la interpretación estructural de la historia, reacia a incluir a la subjetividad humana en la historiografía. Memoria e historia obligan a reflexionar sobre la credibilidad diferente del testimonio [...] (2020, p. 76).

En el Cono Sur los testigos usan generalmente sus memorias para resistir tanto las versiones oficiales de la historia que ocultan la verdad, como para denunciar los abusos del poder y exigir justicia por los crímenes contra la humanidad (p. 96).

En este sentido, trabajo historiográfico y fuerza de los relatos de los testigos al mismo tiempo que la posibilidad de apertura de algunos importantes archivos han ido revirtiendo una historia opacada del PCU durante la dictadura. De ahí, la imprescindible insistencia sobre la hechura de la historia reciente del Partido Comunista, aun cuando pese a lo tardío, se han publicado, como se mencionaba, textos autobiográficos, novelas, memorias de los protagonistas y recientemente, en diciembre de 2021, esa obra mayor mencionada anteriormente, coordinada por Álvaro Rico, *El Partido Comunista bajo la dictadura. Resistencia, represión y exilio (1973-1985)*.

Lo que en el presente es un reconocimiento documentado y público de la resistencia comunista, el silencio de sus protagonistas ha sido difícil de vencer. Transcurridas décadas desde el final de la dictadura, se recorrió un camino de dificultades en lo personal y grupal para que emergieran y se escucharan sus voces. Se trata de la situación particular de contar lo incontable, de dar nombres. El autoimpacto que produce el relato que implica al relator. Primo Levi sostuvo que

No tengo nada que objetar a quien escribe incitado por la ansiedad. Le deseo más bien que logre liberarse, como me sucedió a mí hace mucho tiempo. Le pido, sin embargo, que se esfuerce por filtrar su

angustia, que no la arroje, áspera y en bruto, a la cara del lector, de lo contrario se arriesga a contagiarla a los otros sin apartarla de sí (Levi, 2015).

Es sobre el silencio, sobre esos testimonios que tanto costaron que fluyeran, por la necesidad de distanciamiento y “objetivación”, no de objetividad, sino de transformarse en objeto/campo de reflexión, que se retoma la sugerente reflexión Miguel Millán Sequeira acerca de

que el claudenastinae y la compartimentación tan férrea a la que obligó la represión, sumado al corto tiempo entre la recuperación democrática y la caída del muro de Berlín, más la implosión de la Unión Soviética, hicieron que aquellos militantes, fieles, disciplinados, fueran prudentes primero, y luego se vieran choqueados por semejantes acontecimientos; la posterior inmediata atomización de la patria comunista los terminó por dejar atónitos (Millán Sequeira, 2021).

Sin duda, hay una confluencia de elementos en la historia de PCU, como la conducta de solo hablar dentro de los órganos partidarios y respetar el “centralismo democrático”, que pueden explicar los prolongados silencios, incluso cómo el sigilo, el mutismo, favoreció que predominaran y se impusieran otras narrativas, o más bien, y por ejemplo, varias sobre el Movimiento de Liberación Nacional (MLN-Tupamaros). Con esta mirada, Marisa Silva Schultze, publicó un artículo, “El Partido Comunista del Uruguay como objeto de estudio: problemas, novedades y desafíos”, en el que no omite la implosión de la URSS y la atomización posterior. Silva Schultze, arriesgando hipótesis, tal como lo asume, plantea entre otros puntos que el quiebre:

Se ubica entre 1991 y 1993, y obedece a otras causas. Por lo tanto, para quienes integraron el PCU hasta 1993, narrar su historia tuvo como obstáculo poder visualizarla como historia [retomando a Pierre Nora], ‘Nuestra percepción del pasado es la apropiación vehemente

de lo que sabemos que ya no nos pertenece'.<sup>12</sup> Las continuidades opacaron las diferencias entre pasado y presente, e impidieron construir un relato que fuera más allá de las referencias, no demasiado profundas ni exhaustivas en los discursos, informes y documentos, sobre el papel jugado por ese partido durante la dictadura. (Silva Schultze, 2015, p. 92)

Parece ser una de las hipótesis acertadas de Silva Schultze la que sostiene que no le era dificultoso coincidir en un relato general sobre la resistencia, pero sí muy problemático respecto a una memoria en que se hilaban las individuales y distintas.

Pero lo realmente importante es que la memoria no es un depósito pasivo de hechos, sino un activo proceso de creación de significados. Así, la utilidad específica de las fuentes orales para el historiador no está tanto en su capacidad para preservar el pasado como en los cambios mismos elaborados por la memoria. Estos cambios revelan el esfuerzo de los narradores por darle un sentido al pasado y una forma a sus vidas y colocan a la entrevista y a la narración en su contexto histórico. Los cambios que pueden haber tenido lugar posteriormente en la conciencia subjetiva personal de los narradores o en su posición socioeconómica pueden afectar si no la narración concreta de acontecimientos anteriores, al menos la evaluación y al modo de “colorear” la historia. Muchas personas son reticentes, por ejemplo, cuando se trata de describir formas ilegales de lucha, por ejemplo, el sabotaje. Eso no significa que no las recuerden claramente, sino que ha habido un cambio en sus opiniones políticas, sus circunstancias personales o en la línea de su partido (Portelli, s/f).

Después del “quiebre”, fragmentado lo colectivo, los que quedaron eran comunistas con y sin partido. Ese quiebre originó una disrupción identitaria y se produjo un hiato, la no existencia objetiva de lo colectivo y la necesidad de sobreponerse desde una resignificación desde el presente.

<sup>12</sup> Ver Nora, P. (2008), “Gaullistas y comunistas”, en *Les lieux de mémoire*, prólogo de José Rilla, Montevideo, Trilce.

Esa intemperie se tradujo en silencio. Salvo casos excepcionales, los comunistas no pudieron transitar de la voz colectiva monolítica a la voz individual distinta. No se pudo narrar la pertenencia cuando, justamente, era la pertenencia lo que se había perdido de modo particularmente doloroso (Silva Schultze, 2015, p. 93).

Si bien en las distintas experiencias que vivieron los comunistas uruguayos durante la dictadura –cárcel, clandestinidad, exilio– se repitió esa ausencia de relatos, ello no fue diferente a la cotidianidad fuera de fronteras, cuyo objetivo era el trabajo clandestino en lo que se ha llamado grupo técnico, pero también en otras células organizativas, todos como articuladores del adentro y el afuera. Tan clandestinos y compartimentados que seguramente no muchas de las personas involucradas lo denominarían de la misma forma, ni se podrían reconocer como integrantes de un mismo colectivo.

El PCU, ilegalizado en diciembre de 1973, estuvo enviando a Buenos Aires, a lo largo de ese año, a varios militantes y dirigentes (cuadros de la organización) con el objetivo de crear una estructura partidaria. La ciudad porteña cobraba fuerza para el repliegue y la organización de la resistencia. Y esa fuerza estaba relacionada con la cercanía, la idiosincrasia de sus sociedades y la lengua. En tanto, las acciones represivas fueron creciendo en la medida en que la institucionalidad del gobierno peronista se desmoronaba. Si bien se fueron dando distintos momentos en la percepción y concreción del peligro represivo, 1974 quedará registrado como el año inaugural, en tal sentido.

Buenos Aires, en pleno proceso de acelerada violencia durante el gobierno de Isabel Martínez de Perón, resultó también espacio territorial en el que, por una acción de la Triple A, en la sede del MAASLA, se ejecutó con 16 balazos al joven comunista uruguayo Raúl “Cacho” Feldman. Raúl (Diego, en su denominación clandestina) cayó abatido, como se mencionó, en 1974. Más adelante se volverá sobre su ejecución.

En los primeros años de la década del setenta parecía que, con el Chile de Allende y el retorno del peronismo con Héctor Cárpora, comenzaban a gestarse alternativas gubernamentales, nuevos rumbos en los regímenes políticos hasta que, en una segunda etapa, como se ha comentado, arremetió la violencia estatal, los golpes de Estado, los regímenes dictatoriales y la coordinación represiva. Fue la *variación en el tiempo* de los golpes de Estado lo que obligó a buscar espacios para la reorganización de la resistencia en los países vecinos y también para encontrar protección.<sup>13</sup> Aquí es cuando Buenos Aires se formalizó como un espacio privilegiado al tiempo que inaugural de reorganización y también del destierro.<sup>14</sup>

Se debe recordar que fue el devenir histórico de Argentina, con su *tardía y fugaz primavera*<sup>15</sup> en medio del *invierno autoritario*, y su capital, Buenos Aires, el territorio concebido para pensar y organizar a ese grupo técnico de trabajo clandestino del PCU.

Si bien no estaba tan presente en Buenos Aires la percepción de riesgo, fue creciendo mientras avanzaba 1974, en particular, desde el asesinato de Raúl. Una crítica y violenta situación se iba consolidando entre 1974 y 1976, en especial, con las acciones sangrientas y permanentes de la Triple A. Acciones que estuvieron amparadas por las estructuras más importantes del aparato estatal hasta desembocar en el golpe de Estado del 24 marzo de 1976.

Instalados ya en esa capital los representantes del PCU y la UJC, dedicados a organizar y ejecutar la necesaria articulación,

<sup>13</sup> Consúltense para las condiciones de la violencia política y la coordinación represiva los textos de Blixen (1998) y Dinges (2005) y para conocer la información estadística de la migración CELADE-CEPAL (2001).

<sup>14</sup> La emigración a Argentina se dio por razones políticas de igual forma que económicas; la cercanía geográfica y cultural ha sido históricamente un atractivo para quienes se ven obligados a salir del país, y en especial lo fue entre 1964 y 1981 -aproximadamente el 14 por ciento de la población abandonó el Uruguay y prácticamente el 65 por ciento de los que se fueron eligió irse a la Argentina. Véase Aguiar (1982). Otros estudios refieren que, hacia 1970, más de 60.000 uruguayos residían en el país vecino (Wonsewer y Teja, 1993).

<sup>15</sup> Buenos Aires pensado y definido tanto antes de asumir Cárpora como luego de su fugaz primavera.

la construcción del “puente” que hacía posible trasladar información, personas, recursos financieros y elaborar documentación falsa (pasaportes y tarjetas de migración argentina) para circular nacional e internacionalmente, requirieron de adaptarse a unos más estrictos códigos de clandestinidad.

Esa clandestinidad en Buenos Aires, que regía la logística del grupo operativo del PCU, además de lo mencionado, contempló la tenencia de casas de reserva, formas de comunicación cifrada y sistemas de pase de información, alteración de identidades y leyendas de cobertura para las actividades partidarias.

Sin duda, el escenario dictatorial y el accionar del plan Cóndor en Argentina le exigió al grupo técnico operativo del PCU una mayor pericia, valentía y la realización de un trabajo que redundó en la resistencia interior uruguaya, mediante la organización partidaria desde Argentina. Seguramente, como lo señala Roberto Pereira en su testimonio, aquellos “ideales macro”<sup>16</sup> y la “pertenencia sustancial” al Partido, marcaron “indeleblemente” la existencia de cada uno (Martínez, Ciganda y Olivari, 2012) y favorecieron sendas permanencias en una empresa de alto riesgo personal. Requirieron también de estrategias cuidadosas y de mucha creatividad. Un ejemplo aparece registrado en el libro *El Partido Comunista bajo la dictadura* (2021):

Respecto a la información partidaria calificada que le llegaba a Arismendi a Moscú en medio del descalabro organizativo del período 1975-1976, digamos que no tuvo un único canal de entrada, ya que si alguno de los canales “oficiales” era detectado y caía en poder de los servicios –como sucedió reiteradamente–, dicha información igualmente fluía a través de las fuentes alternativas que centralizaba el primer secretario.

Por eso mismo, Arismendi conservó no solo varias fuentes en su exclusivo poder, sino también vínculos personales confidenciales y secretos con el interior del país, así como vías de comunicación

<sup>16</sup> Pereira, Roberto, testimonio oral, 27 de julio, 2014, Montevideo.

alternativas y simultáneas a las partidarias-oficiales, incluso familiares por el lado de su esposa, Alcira Legaspi. A modo de ejemplo, durante años, uno de sus enlaces con Uruguay resultó ser una anciana comunista de profesión ama de casa residente en el Cerro que le reportaba directa y personalmente en viajes desde Montevideo-Buenos Aires, y luego conexiones hasta llegar a Moscú (Rico et al., 2021, p. 84).

En momentos extremos de aislamiento, desarticulación de los organismos y pérdida de contactos por acción de la represión, integrantes del “grupo técnico” asentado en Buenos Aires ingresaron y salieron ilegalmente de Uruguay en varias oportunidades con el objetivo de encontrar “puntas sueltas” que no hubieran caído y de intentar contactar a los dirigentes partidarios desenganchados para recomponer filas (p. 90).

Es necesario reiterar que esta estructura clandestina de los comunistas –esencial en su momento– representa otro de los aspectos de lo escasamente conocido o *no contado*. Es parte de esa historia silenciada de la militancia ininterrumpida, la que fue decisiva para alcanzar el final de la dictadura. La historia comunista clandestina de los uruguayos fuera de su territorio sigue siendo, se dice una vez más, un debe en la narrativa de la lucha contra la dictadura (Autores anónimos, 2013). A ello se agregan las particularidades de la historia reciente y lo específico de la experiencia de la clandestinidad como obturador para evocarla, lo que reposa en el hecho de que, como lo han afirmado Caetano, Millán y Silva Schultze, y es compartido por las autoras de este libro, los comunistas han hablado poco y tardíamente de su historia y, se agrega, no la han querido proyectar en clave de “gesta” porque en muchos casos se carga con la idea de la derrota (Caetano, 2008).

Caetano también ha señalado que esta constatación “[...] tiene que ver mucho con el valor que unos y otros otorgan al relato, a la construcción de historias y de épica como instrumento de la lucha política, al balance entre el peso de las ideas y el de las peripecias humanas” (Tulbovitz, 2015). No obstante, la falta de información

puede responder, además, a un anclaje de sus protagonistas dentro de cierta cultura política. El silencio de esos militantes, en especial el de “aquellos comunistas” y quienes mantuvieron su identidad cultural (Silva Schultze, 2009), puede estar alimentado por su constitución doctrinaria –quizá trastocada pero nunca revertida, durante la crisis partidaria posdictadura–. De esta forma, se implantó el desconocimiento o desinformación, en el espacio público, del trabajo que los comunistas realizaron en distintos frentes de lucha durante la dictadura.

Es así como persiste la siguiente pregunta: ¿es posible entender la historia comunista uruguaya de los años de la dictadura sin conocer la trama de la organización clandestina en Buenos Aires? Lo ocurrido allí comenzó a hilarse, es una realidad, pero aún falta mucho.<sup>17</sup> De ahí también la dura y persistente lucha por romper el silencio de los comunistas, logrado en los mencionados en páginas anteriores.

La convicción de que la labor clandestina en el refugio bonaerense es esencial para conocer aún más la resistencia partidaria en Uruguay condujo a rastrear, ubicar y acercar el micrófono a algunos de sus protagonistas. Sus voces son la fuente principal de información acerca de episodios que pusieron en riesgo vidas, en pos de un propósito colectivo, político e ideológico. Este proyecto de recopilación de información fue posible en la medida en que los actores de esa historia aceptaron revisitar el pasado y compartir momentos y hechos que se consideraban vedados para la narrativa pública. Lo que finalmente ocurrió no sin dificultades, dudas y resistencias en algunos casos y en cuando finalmente se sintieron seguros. El tiempo transcurrido y un presente conformado por otras experiencias coadyuvaron al rompimiento de aquel silencio (Diamant y Dutrénit Bielous, 2015b).

<sup>17</sup> Cuatro trabajos contribuyen desde distintos enfoques, y de manera particular, al conocimiento de esa experiencia exiliar. Se trata de los textos de Graciela Saez (2009), de Cristina Porta y Diego Sempol (2006), de Vania Markarian (2006) y de Enrique Coraza de los Santos (2007).

Como es obvio, dedicarse a procesos tan contemporáneos desde una perspectiva histórica, no oculta que “[...] quien se ocupa de la historia política está interesado en el presente y en el futuro de su entorno; de ahí surge su inclinación por el pasado [...]” (Matute, 1992, p. 70). Pero también debe compartirse en este caso que quienes escriben este libro no son ajenas a algunas de las circunstancias narradas.

Lo afirmado tiene que ver con el entendimiento de que el nudo problemático de un historiador que se ocupa de la historia reciente tiene presente la identificación del tiempo social del que pudo ser actor con el tiempo pasado que analiza. Es así como el análisis histórico, que nunca deja de estar embebido por la ideología, la política y las valoraciones personales, se torna más complejo en el trabajo de recrear una época cercana. Es mayor entonces la exigencia de dejar a un lado prejuicios, enfoques preconcebidos y posibles interpretaciones vinculadas al papel activo de quien historia tuvo o pudo tener.

De igual forma, existen ventajas para el historiador dedicado a los procesos contemporáneos. Para historiarlos es posible recurrir a los propios actores o espectadores, a los testigos-partícipes, a los coetáneos de los acontecimientos. En este sentido, la historia oral ha contribuido a recuperar la memoria de los hombres, de los pueblos, de los distintos grupos que hacen las sociedades. Retomando a Graciela de Garay

En fin, en los años setenta, hizo eclosión el interés por la historia oral. Philippe Joutard (1983) escribió el libro *Esas voces que nos llegan del pasado*, siguiendo en la misma línea del libro de Paul Thompson (1978), *La voz del pasado*. No obstante, la estrepitosa entrada de esta metodología de investigación social, la mayoría de los historiadores contemporáneos la aceptó, pero a condición de ser considerada como una “fuente” más. A partir de ese momento, se definió, de manera tentativa, la historia contemporánea como historia del tiempo presente, en tanto “historia con testigos”, aunque a los ojos del historiador este no sea más que una “fuente” o dato a verificar (De Garay, 2020, p. 80).

En este sentido, se ha creado otra fuente para el conocimiento y para la investigación con las voces de los testigos-participes. Portelli señala que

Las voces no son todas iguales, no son mecánicamente comparables, sino que deben ser pensadas e interpretadas cada una a su modo. No existe una memoria “colectiva” que no sea simplemente la conjugación, el encuentro y la confrontación de múltiples memorias personales. Por lo tanto, una voz “representativa” no lo es en el sentido estadístico de una voz “normal”, sino en el sentido, diría artístico, de una voz excepcional que es capaz de reunir en sí misma las instancias de toda una realidad social (Portelli, 2018, p. 14).

Así es que la historia no contada que se quiere desentrañar, recuperar, rescatar, es un agujero de los tantos que aún están presentes en la historia reciente de Uruguay, del Partido Comunista y de su lucha en la resistencia contra la dictadura. Una tarea que ha llevado años fue la de ubicar a esos participantes de la resistencia, por efecto seguramente de la experiencia clandestina (identidades cambiadas, nombres de “batalla”, efectos de la compartimentación), lo que desembocó en una tarea que muchas veces se sintió como la de “buscar una aguja en un pajar”. Al irlos encontrando se advirtió que, por lo general, se hizo presente el “deber de memoria” (Levi, 2006).

Ahora bien, por lo general significa que no siempre hay disposición a hablar; están quienes prefieren mantener resguardado el silencio. En estas situaciones, se recuerda lo que han dicho Caetano, Millán, Silva Schultze, como hipótesis posibles de ese mutismo. Pero cuando la memoria fluye, hay aceptación a socializar, la narración emerge, los testimoniados la convierten en fuente. Fuente oral, fuente dato, que historiadores y otros entrevistadores decodifican.

En suma, en estas páginas se busca escribir ese pasado, volver a ese pasado reciente, alimentado por las voces de los participantes de aquella hazaña resistente de los comunistas uruguayos en

el Buenos Aires de la dictadura. Fue la urgencia por conocer y que se contara ese pasado –en tanto finitud de los protagonistas testimoniadores– el motor que la impulsó y son los testigos, los participantes de la gesta, los portadores de una memoria esencial para escribirlo.

Coincidiendo con Jelin, se parte

de una noción de memoria como concepto usado para interrogar las maneras en que la gente construye un sentido del pasado, y cómo se enlaza ese pasado con el presente en el acto de recordar/olvidar. Esta interrogación sobre el pasado es un proceso subjetivo; siempre activo y construido socialmente, en diálogo e interacción (Jelin, 2001, p. 90).

La historia, como señala Traverso, “[...] nace en la memoria, de la que es una dimensión; luego, al adoptar una postura autorreflexiva, transforma la memoria en uno de sus objetos” (Traverso, 2011, p. 21).

Entonces, lo realizado partió del propósito por construir un *corpus* de conocimiento histórico a través testimonios que hicieran posible conocer aquel “episodio” de resistencia comunista, quehacer clandestino en Buenos Aires, territorio signado por el terrorismo de Estado.

A partir de este propósito, fue necesario elaborar una guía de preguntas, común sobre los aspectos esenciales, que se revirtió, en el curso de cada entrevista, en una reconstrucción vívida y más o menos exhaustiva de la experiencia vivida. Cuestionario lo bastante flexible como para poder integrar las cuestiones generales, temas específicos relacionados con la participación del testigo en aquellas circunstancias de la clandestinidad comunista uruguaya en Buenos Aires. Se trabajó con la idea de crear un clima de confianza que permitiera recoger la mayor cantidad de información posible en el fluir de la conversación, de elementos que traía a su memoria cada uno en el espacio de evocación.

En el espacio de evocación y del diálogo entre entrevistado y entrevistador, emergieron las narrativas testimoniales que evidencian subjetividades coincidentes en cuanto a Buenos Aires como espacio de (re)creación de la estructura en una novedosa y riesgosa geografía habitada por una original forma de militancia.

Esas narrativas que se presentan en las próximas páginas permiten asimismo una lectura de las construcciones y representaciones individuales y colectivas (aunque no siempre coincidentes ni en sus descripciones ni en sus valoraciones) en cuanto a la permanencia en aquella ciudad de cotidianidades distintas, dentro del manto cultural común de ambas sociedades, la uruguaya y la argentina, en las que se dio un *estiramiento* del compromiso militante.

Y se debe compartir, al rememorar aquellas experiencias, que algunos de los protagonistas no parecía que tuvieran una autopercepción de sí mismos como exiliados; por sobre todo se conciben inmersos en circunstancias militantes con modestia en sus relatos, cuidado por los otros, respeto a las decisiones tomadas.

## La construcción del relato, los narradores

*Escúchalos, escucha  
Mientras se alza la voz que los recuerda y canta  
Escucha, escucha, otra voz canta*

*Dicen que ahora viven en tu mirada  
Sostenlos con tus ojos, con tus palabras  
Sostenlos con tu vida, que no se pierdan, que no se caigan  
Escucha, escucha, otra voz canta*

*No son solo memoria, son vida abierta  
Continua y ancha, son camino que empieza  
Cantan conmigo, conmigo cantan...*

Circe Maia

Están acá algunas voces, las que quisieron, las que pudimos. No podemos pensarlas ni muchas ni pocas; sí podemos pensarlas autorizadas, pero no excluyentes. Los textos son los que cada quien eligió para presentarse y contar los motivos por los que debió dejar el Uruguay.

Decir soy, yo soy, hoy soy, era, yo era, yo me llamo, mi nombre es, trabajaba, estudiaba, militaba, hacía, estaba, tengo tantos años, mi familia era, tuve que, es una forma de mirarse a un espejo más

introspectivo que material, que devuelve imágenes que se destacan por algún motivo dentro del registro autobiográfico. No es casual ni accidental el modo de presentarse, es un ejercicio de pertinencia y pertenencia, una forma de mostrarse en el mundo en un recorte de tiempo, espacio, contexto y coyuntura.

En esa forma de decirse hay un ejercicio valorativo, aunque muchas veces no consciente, desde el que se elige reconocerse; hay una historia que se recorta, un lenguaje que se adopta, emociones que se destacan, sensibilidades que se expresan. Es un modo de pasaje de autoría a escucha y luego a lectura, como en el caso de los testimonios que se ofrecen a continuación.

Hay, al manifestarse, un modo de reconstruirse y a la vez de reconstruir algo de la aventura de vivir, de volver atrás y de revivir. Quien habla también se escucha y reconoce rastros, presencias, ausencias, lugares y momentos, e invita –a vocero y entrevistador– a una manera de reflexividad, de volver sobre sí mismo, producir novedad y en algunos casos hasta construir un personaje y situarlo en su entorno.

Se trata de relatos de memorias en las que el testigo se comporta a la vez como autor de una narrativa desde el punto de vista individual, por la forma en que lo hace, la perspectiva con que encara los temas, la posición que se atribuye y finalmente, por cómo asume la cuestión identitaria en una forma de mediación privilegiada.

Sabemos que la narrativa en todas sus formas es una dialéctica entre lo que se esperaba y lo que sucedió. Para que exista un relato hace falta que suceda algo imprevisto; de otro modo “no hay historia”. El relato es sumamente sensible [...]. Es un instrumento, no tanto para resolver los problemas cuanto para encontrarlos. El tipo de un relato lo marca tanto la situación descrita como su resolución [...]. En ese sentido, los relatos son la moneda corriente de una cultura (Bruner, 2003, pp. 31-32).

Los narradores y la “cultura” que se presenta, como todos y todas, tienen sus particularidades y algunos lugares en común. Se trata

de veintiséis voces y, por lo tanto, veintiséis experiencias privadas, vinculadas al tránsito desde Uruguay a Buenos Aires en situaciones de tensión, inexperiencia, alto riesgo e imposibilidad de anticipar el final. Son veintiséis comunistas, más hombres que mujeres, con un rango de edades que al momento de ser entrevistados tenían entre sesenta y ochenta y cuatro años, con diversas formas de inserción partidaria y con diferentes responsabilidades. Hay en la lista de testificantes una sola excepción: la del Dr. Juan Azcoaga, argentino, vinculado con la militancia uruguaya extra-territorial, presidente del MAASLA, donde se produce la primera baja del aparato del PCU en el exilio.

A todos, considerados protagonistas (no exclusivos) de esta historia, la de la militancia de los comunistas uruguayos en Buenos Aires en situación de clandestinidad, ilegalidad, semilegalidad y legalidad en tiempos de democracias en transición a dictaduras y de dictaduras de un lado y otro del Río de La Plata, se les pidió que se presentaran y que dieran cuenta de los motivos que los llevaron al cruce.

Estas dos interpelaciones obligaron a los entrevistados a jugar trabajosamente entre el presente, identificarse en el hoy y el pasado, dar cuenta del motivo a partir del que se justifica su salida del Uruguay, reviviendo escenas generalmente ingratas y a veces inesperadas.

El encuentro entre alguien que preguntaba siempre con cuidado y alguien que respondía a veces desde la situación de volver sobre un relato ya hecho, a veces desde el impacto de responder por primera vez a un requerimiento inesperado o doloroso, resultó en algún punto turbador.

Todo lo que sucede durante la entrevista forma parte de la definición del entrevistado, de modo que incluso las situaciones más incómodas, desagradables y furibundas pueden ofrecer el resultado de una buena pieza literaria. Personalmente, sin embargo, prefiero el tono íntimo y esos momentos casi mágicos en los que, por quién sabe qué

rara y efímera armonía de las voluntades, te parece haber podido conectar con el interior del otro. Son instantes en que los entrevistados suelen decir cosas que jamás han dicho, en los que el tiempo parece suspenderse y las palabras construyen mundos (Montero, 1997, p. 11).

Los testimonios, en algunos casos, han sido mínimamente intervenidos en su forma –nunca en su contenido– con la intención de facilitar su lectura, asumiendo que la operación de quien desgraba y edita, porque se trata de entrevistas orales que fueron vertidas a la escritura, generalmente opera como un traductor, una acción que por más cuidada que se plantee, siempre deja una marca.

La historia oral es una metodología de la historia que nos permite reconstruir el pasado reciente a partir del recuerdo de sus protagonistas. Su recurso fundamental es la memoria, pero no una memoria acumulativa de hechos, sino una memoria que acompaña al protagonista a través de su vida, por lo que será cambiante como la vida misma: [...] lo realmente importante es que la memoria no es un depósito pasivo de hechos, sino un activo proceso de creación de significados. Así la utilidad de las fuentes orales para el historiador no está tanto en la capacidad para preservar el pasado como en los cambios mismos elaborados por la memoria [...]. Estos cambios revelan el esfuerzo de los narradores por darle un sentido al pasado y una forma a sus vidas y colocan a la entrevista y a la narración en un contexto histórico [...] (Portelli en Bermúdez, 2017, p. 23).

Mientras se avanza en la tarea de procesar, se van tomando decisiones, algunas metodológicas, otras de sentido, y el orden en la presentación de los testimoniantes fue una de ellas. Se optó por la fórmula tan arbitraria como sencilla de hacerlo alfabéticamente. Podría haber sido siguiendo el orden cronológico en que fueron hechas las entrevistas o tomando algún otro criterio, pero, atendiendo a lo idiosincrático de cada una, al contexto de su producción y al clima vinculante entre entrevistador y entrevistado, cualquier secuencia hubiera sido igualmente válida.

Hablamos de la relación entre entrevistado o entrevistada y entrevistador y entrevistadora. Esa relación es única e irrepetible. Dos historiadores pueden entrevistar a la misma persona y hasta intentar realizar las mismas preguntas y no obtendrán las mismas respuestas. Decimos intentar. Porque, aunque pregunten lo mismo, la relación en la que se establece el diálogo no es exactamente la misma [...]. La otra especificidad que hemos mencionado es que son parciales o incompletas porque no se agotan [...], nunca van a ser totalmente exhaustivas (Gartner, 2015, pp. 66-67).

El señalamiento sobre el valor significativo del contenido de los testimonios, tanto para este capítulo como para los subsiguientes, radica no solo en peso de los tópicos que aporta cada uno, siempre originales y diferentes, sino también en la posibilidad de la construcción compartida y colaborativa que permite el espacio de la entrevista y fundamentalmente porque deja en evidencia el debate por las relaciones entre transmisión, memoria y testimonio y la construcción de sentidos, un punto de encuentro, desde experiencias únicas entre la historia oral, la historia reciente y la pedagogía de la memoria.

Así se ponen en tensión las historias activas, plurales, matizadas, frente a las historias “monumentales”, muchas veces cristalizadas; se contraponen historias homogéneas con otras inclusivas que dan lugar a la diversidad de perspectivas, a la oportunidad de “salirse de libreto”, a desocultar identidades en relación con disidencias, género, perspectivas analíticas sobre situaciones vividas, recordadas y transmitidas.

Los testimonios obtenidos en las entrevistas, más allá del contenido específico, cumplen funciones articuladoras como umbrales entre lo íntimo y lo público, domiciliadoras de tiempos, espacios, hechos, personas; legalizadoras y democratizadoras de lo no escuchado o poco escuchado, revisoras de aspectos metodológicos, éticos y políticos en relación con qué y cómo se recoge.

Una primera imagen de la historia que narra la entrevista podría asociarse a la fragmentación, a la incompletitud, a esa amenaza de interrupción súbita que está siempre latente en el diálogo. Azarosa como toda conversación, susceptible de caer en un punto muerto, la entrevista se enfrenta además, como producto ya concluido, a la tiranía del espacio [...] y del tiempo [...]. Su “conclusividad” es por tanto relativa (Arfuch, 2010, p. 81).

Las narrativas testimoniales aproximarán a cómo cada quien piensa sobre algunos acontecimientos, cómo considera su actuación y la de los demás y cómo resignifica experiencias del pasado contadas en el presente.

Juan Azcoaga fue pionero de la neuropsicología latinoamericana y militante del Partido Comunista Argentino, era copresidente del MAASLA en el tiempo en que fue asesinado, dentro del local, Raúl Feldman, el 24 de diciembre de 1974. Su actuación fue determinante, tanto en el momento del suceso como en los intentos de su esclarecimiento. Su testimonio da cuenta de los propósitos de la institución:

Era el Movimiento Argentino de Solidaridad Latinoamericana. Era una institución que tenía dos copresidentes, uno Horacio Veneroni, y otro que soy yo [...]. Tenía mucha gravitación en el país; por ejemplo, el diputado Molina, que fue el que nos cedió el departamento en la calle Junín. Molina era de La Plata [...]. También estaba Manuel Bergier que oficiaba como secretario y otras personas que iban y venían, porque la tarea del MAASLA era prestar ayuda a los latinoamericanos que circunstancialmente tenían que venir a la Argentina [...]. Entonces se recibía mucha gente: bolivianos, uruguayos, paraguayos, que tenían todos la condición común de ser perseguidos en sus países. Y nosotros aquí trabajábamos para darles algún tipo de asistencia, ayuda, casa, tal vez algún dinero en alguna ocasión. No teníamos muchos medios propios, pero sí teníamos gente que cooperaba [...]. Y teníamos también la ayuda de los países de Europa Oriental, que nos hacían llegar su solidaridad material en muchos casos, como el caso de Hungría, Checoslovaquia, y la RDA que contribuyó muchísimo,

y estaba muy cerca nuestro para ayudar a la gente. La RDA, en un momento dado, durante la prisión de Seregni, hizo una tirada de posters con la foto que lo distribuyó en todo Buenos Aires y en algunas ciudades del interior. Bueno, ese era el trabajo regular que tenía el MAASLA (Azcoga, Juan, testimonio oral, Buenos Aires, septiembre, 2015).

Victoria Bega llega a Buenos Aires siendo muy joven, y casi cuarenta años después se presenta tramando presente y pasado de su vida personal y militante.

Soy Victoria Bega [...], tengo 59 años, soy médico, médica, trabajo desde el INAU, que sería el Instituto Nacional del Niño y el Adolescente hoy. [...] A ver si puedo sintetizar cómo llego, [...] es una vida que se desarrolla en esta misma casa, donde jóvenes comunistas, una familia, papá, mamá, cuatro hermanos, donde mi hermano mayor era de la Juventud Comunista y yo me afilié creo que teniendo 12 años. Lindo recuerdo, lindos recuerdos. Estamos hablando del 71', cuando me afilié creo que tenía 12 años y ahí empecé como joven comunista a estar en el Liceo Rodó, que por muchos era conocido como el liceo rojo. Era en general la más chica de un grupo, de un seccional que se llamaba Sur. Después de varias caídas en distintas comisarías [...]. Tuve que hacer el recuerdo hoy de mañana, de verdad que tuve que volver y ando acá con los papeles para recordar memorias e historias (Bega, Victoria, testimonio oral, Montevideo, abril, 2018).

Victoria, respecto de los motivos que la impulsaron a trasladarse a Buenos Aires recuerda que

Yo era bailarina, bailaba en el ballet de cámara, y esto lo traigo a colación porque fue parte de lo que sirvió después para irme. En un momento caen una cantidad de compañeros y me vienen a buscar a mí acá [su casa, donde se desarrolla la entrevista]. Yo llamo por teléfono y mi madre me dice que no venga. Todavía estaba con 16 [años] porque cumpla en julio. Me voy a la casa de una amiga. Lo increíble de todo es que entran las Fuerzas a la casa de ella, yo estaba ahí sentada [...], se llevan a mi compañera y yo ahí sentada. Habían pasado a

buscarme recién a mí y no se dan cuenta que era yo, y se llevan a mi amiga y yo quedo sentada ahí, en un edificio de la Plaza Independencia [...]. La situación es como muy difícil, todos estamos como muy nerviosos, que uno cae, que el otro cae. Ahí sale la oportunidad de un viaje a Francia, con una beca, creo que era de la UNESCO, para ir a bailar a París. Yo creo que a mi padre lo debe haber motivado mucho más o lo debe haber facilitado mucho más para que yo saliera del país. Fue muy difícil conseguir ese pasaporte. Mi madre era como una actriz representando en cada oficina, actuando para que pudiera salir, diciendo que era la mejor estudiante, la mejor esto...para conseguir las cosas. Corría con los errores de esa época [...], que el apellido con B larga pasaba con V corta, de que un dato corría mal o corría bien y eso servía, esas cosas que servían como para desubicar. Consigo el pasaporte [...], voy a Francia entre medio de discusiones de si tenía que salir o no salir, o ir o no dentro de la misma juventud. Voy a Francia, estoy en París, me llega una carta diciéndome que mi papá y mi mamá estaban en un hospital, eso significaba que los dos habían caído presos. [...] Mi mamá está unos días, la liberan destrozada, tirada por algún lugar y mi padre está cinco años preso [...]. Al otro día [que viajo] vienen acá las Fuerzas. Mi padre se levanta, se viste. Piensa que lo venían a buscar a él y me venían a buscar a mí. De hecho, de los apuntes quedan, que inmediatamente quedé requerida desde ese momento. Siendo menor ya había quedado requerida [...]. Estando en París [...] muy poco, dos meses, mes y medio, muy poco [...], como mucha gente pensó que esto iba a ser muy rápido, muy corto, voy a Buenos Aires (Bega, 2018).

Milka Bengochea, también médica y con la misma edad que Victoria Bega, aporta datos que en relación con la situación política del Uruguay refieren a un momento más tardío.

Me llamo Milka Bengochea, tengo 59 años, estoy casada, tengo tres hijas y tres nietos [...], trabajo, soy médica. Estoy todavía activa, pensando en dentro de no mucho poder jubilarme [...]. Pasé toda la etapa de la dictadura en Uruguay [...], con algunos problemas como todos los uruguayos [...]. En algún momento estuve presa, poco tiempo porque era menor, estuve en la Guardia Metropolitana [...]. Y cuando

estábamos ya en un periodo que pensábamos que las cosas iban mejorando, porque ya había sido el plebiscito, incluso se había hecho el 1ero de mayo del año 83' [...] que no hubo movilización porque eso se hizo en dictadura [...] pero se hizo público, que fue semi, que no fue clandestino digamos a principios de junio hubo un golpe represivo que apuntó básicamente hacia jóvenes [...] que habían sido o que eran de la Juventud Comunista del Uruguay, de la UJC, y en un mismo día fueron a buscar a muchos jóvenes, entre esos a mí. Yo trabajaba en ese momento en Casa de Galicia [...]; montaron una ratonera en mi casa, pero yo me pude salir, y me asilé. Me dieron asilo político formalmente en la embajada de México. Entonces, llegué a México. Fui la última asilada. Allá cuando llegaba me preguntaban “¿qué venís a hacer acá?”, porque todo el mundo estaba preparando poco menos que las valijas para volver, y yo llegaba (Bengochea, Milka, testimonio oral, Montevideo, julio, 2018).

La salida de Milka se produce tardíamente respecto del grueso de los comunistas que llegaron a Buenos Aires y lo hace pasando antes por México.

Fue un momento en el fin de la dictadura, pero que también fue duro, porque en ese mismo momento mataron a Roslik. A las compañeras y los compañeros que llegaron, si bien ya estábamos en junio del 83', los torturaron, hubo violaciones, en fin. Y bueno, me asilé y llegué formalmente a México al hotel de asilados; posteriormente pasé a vivir en México [...]. Al otro año, en el año 84' me plantean venir a Argentina para acercarme al Uruguay. A mí también me favorecía porque familiarmente yo tenía la posibilidad, yo no había visto en todo el período que estuve en México a mi familia, a mis padres a mi hermano [...]. Cuando llegué a México pretendí revalidar, para poder terminar la carrera. Pero agarré un momento, a diferencia de la gente que había llegado [...] cuando el golpe. En la época esta del setenta les había sido muy favorable toda la parte de reválidas de estudios. Los mexicanos habían cambiado la situación política y además también la experiencia que habían tenido de mucha gente, Chile, Argentina, Uruguay [...], habían sido permisivos en las reválidas [...]. En suma, cuando me volví para Buenos Aires yo seguía con el tema de la

reválida. Llegué a Buenos Aires también con la intención de iniciar la reválida en la UBA, confiada de que iba a ser mucho más fácil, y un compañero que era médico que tenía mucha más experiencia que yo, me dijo “pero no, chiquilina, entre que te sale la reválida ya vas a estar adentro del país”. Y dicho y hecho, porque yo llegué creo que en mayo o una cosa así a Buenos Aires, no me acuerdo bien el mes, y en noviembre ya estaba entrando a Uruguay, y bueno, cuando volví ya retomé los estudios y terminé. Y en México lo que hice fue trabajar, trabajaba haciendo encuestas médicas (Bengochea, 2018).

Juana Canosa hace una muy breve estancia en Buenos Aires; se pregunta y se responde incorporando información de una situación muy particular a la que define como “congelada”.

¿Quién soy hoy? Me llamo Juana Canosa. Siempre me llamo con el apellido de mi madre también. Hay una reivindicación femenina, entonces digo Juana Canosa Bonjour. Soy fonaudióloga, vivo acá en Montevideo, estoy casada, tengo tres hijos grandes ya, dos varones y una mujer, todos recibidos y todos por el mundo estudiando y formándose, salvo mi hija que está acá. Tengo una pareja, el padre de los chiquilines. Estuve muchos años sin hacer nada desde el punto de vista de la militancia. Muchos años... En el '75 quedé congelada [...]. Porque yo estaba casada con una persona que pasó a trabajar con la policía (Canosa, Juana, testimonio oral, Montevideo, septiembre, 2017).

Juana milita desde muy joven, tempranamente en pareja con un compañero que más tarde pasó a trabajar con la policía, queda por un tiempo aislada y llega a Buenos Aires ya en tiempos de transición a cumplir una tarea breve y puntual. Puesta a recordar cuenta que

Entonces en esa primera etapa no sabía que iba a pasar: si iba a ir presa, si iba a quedar afuera, si me iba a ir del país, si mi madre iba a hablar con el embajador de México... No sé qué le decía, pero el embajador no me daba entrada y entonces quedé [...]. Yo no quería moverme mucho, porque tenía mucho miedo de lo que pasara y porque

además nadie quería ¡ni verme!, ¡ni acercarse! Fue una situación muy dura, la gente me daba vuelta la cara en la calle y eso a mí me alegraba por un lado porque decía bueno ¡bien! y por el otro lado me destrozaba. Entonces quedé muchos años sin hacer nada. Entonces pensás que nunca más te vas a recuperar [...], pensás que mejor estás muerto, todas esas cosas [...]. En ese ínterin también se llevan a mi hermana Elena [...]. Habíamos quedado desconectadas. Hacíamos, no me acuerdo... Mirá lo que es la memoria... Si fue para el 1° de mayo o para el 27 de junio del '76... Estábamos haciendo unos volantes a mano y bueno justo fue cuando vinieron a buscarla [...], los metimos todos en el water y quedó haciendo "glop glop" [...]. No se dieron cuenta de casualidad, y ahí es cuando a Elena se la llevan. Yo quedé (...) en Uruguay, que sea lo que sea. Pasé muchos años pensando que iba a caer y no caía [...]. [En] el Departamento 5 estaba esa persona que había sido mi esposo y ahí llevaron a mi hermana [...]. Solamente tenía que ir de mi casa al trabajo y del trabajo a mi casa, no podía hacer otra cosa, no podía moverme: quedé congelada y además aterrada de ver gente y de poder ser yo la culpable de que alguien cayera [...]. Así que bueno, ahí todos esos años nada, nada, nada, solamente ayudar a alguien con un paquete, a los padres de algún amigo que me recibía; porque no todos los amigos te recibían y los padres menos. La gente no sabía bien, inclusive cuando él [el marido] cae, no me supieron decir bien que estaba trabajando con la policía [...], yo planteé la separación no teniendo claramente que estaba trabajando con la policía. Había algo raro. Entonces, todos esos años lo mío fue hacer teatro [...], hacer un homenaje a Lorca, yo ya me sentía que levantaba alguna bandera [...], pero nada en concreto, de militancia clandestina, ¡menos! Solo ayudar en algo (Canosa, 2017).

Jorge Cela, que aún sigue viviendo en Buenos Aires, se muestra desde el hoy, recuperando no solo sus últimos tiempos de estancia montevideana sino también incorporando reflexiones de otros tiempos.

Yo soy Jorge Miguel Cela, periodista. Estoy en la Argentina desde el 74'; tuve que llegar a aquí porque en los comienzos ya de la dictadura estuve detenido y me liberaron. Primero me pasaron por el ejecutivo,

después me liberaron con la exigencia de que tenía que salir del país en un plazo perentorio. [...]; yo había hecho el trámite de pasaporte, cuando se veía venir el golpe [...] empecé a tramitar el pasaporte, y me lo retuvieron durante el 73', y hasta después de mi detención en el 74' cuando me lo dan. Fue por mayo, junio del 74'. Me dicen "tiene plazo hasta el 30 de julio para salir del país, tiene que decir por dónde y cómo, ahora" Yo ya lo tenía preparado por supuesto, entonces le dije y me dio el pasaporte. Y después, con los años, cuando veía [la película] *La noche de los lápices*, me acordaba, porque hay un personaje que [...] le dice a Pablo Díaz "acordate que yo te traté bien, que yo fui bueno", y el funcionario que me da el pasaporte me dice "acordate que yo te traté bien, y no es nada personal, yo estoy haciendo esto por mi trabajo" (Cela, Jorge, testimonio oral, Buenos Aires, octubre, 2014).

Jorge, del tiempo montevideano, antes de su cruce, relata que

Estuve detenido en el Cilindro, nunca me dijeron por qué. Me fueron a buscar a mi lugar de trabajo y de ahí me llevaron al Cilindro. Previamente me allanaron la casa, no me dijeron exactamente el motivo por el cual me detenían. Y en el Cilindro estuve cortando clavos –yo y varios compañeros– hasta que viene otro compañero a visitar a un camarada que estaba conmigo, y como nos conocía a los dos me dice "quédate tranquilo, ya salís a disposición del Poder Ejecutivo". Pero igual seguía en el Cilindro, o sea, no estaba en un lugar de detención habitual, común, normal; estaba en el Cilindro, que lo demolieron después [...]. Fui militante estudiantil desde los años sesenta [...] a nivel territorial también, fundamentalmente en una zona muy cercana del centro de Montevideo [...]. Nunca tuve problemas mientras milité, ni siquiera una detención, pararme en la calle pila de veces, pero te pedían el documento, se lo dabas y chau. Incluso cuando el golpe de Estado yo estaba cursando en el nocturno del Miranda y la resolución que había a nivel de coordinadora era que si se [venía] el golpe, teníamos que ir a ocupar [...]. Fui a ocupar el lugar de estudio, y me salvó un compañero, iba bajando la escalinata del Miranda y me dice "es una ratonera, ya los milicos tomaron el instituto"; entonces me di vuelta y me fui. Y después en julio del 74' vine acá a Buenos Aires, digamos que no hubo mayormente problemas (Cela, 2014).

José Cippollini es la única voz recogida en el interior de Uruguay. Oriundo del departamento de Colonia, de la ciudad de Carmelo, donde fue entrevistado, tiene el registro de su temprana militancia y recuerda que

Yo era militante del Frente Amplio, desde la fundación. Tenía 17 años cuando se fundó el Frente Amplio y cumplí los 18 el 9 de julio del 71', en el año de la elección [...]. Ya había habido episodios en la zona de movimientos guerrilleros en el departamento de Soriano y en esos enfrentamientos hubo detenidos en el año 72'. Todos los que habían participado del MLN, en un campamento y un enfrentamiento con el ejército en El Espinillo, cerca de Dolores, estaban detenidos desde enero o febrero del año 72'. A algunos los liberaron después, en el 73' [...]. Pasa el golpe de Estado, pasan unos meses y en enero y febrero del año 74 se desata en Carmelo una persecución contra toda la militancia del Frente Amplio (Cippollini, José, testimonio oral, Carmelo, 2014).

José, antes de llegar a Buenos Aires y en un entorno relativamente pequeño en el que la represión fue muy violenta, tiene en mente sus antecedentes militantes.

Yo, como mi socio y mellizo y mi hermana, también, era frenteamplistas. La familia de mi padre también [...] votaba en el pasado las listas de Amílcar Vasconcellos. Mi madre era blanca, pero no le importaba nada [...]. En Carmelo, después del golpe del Estado, a los pocos meses, se vino una represión durísima contra el Frente Amplio [...]. Acá la derecha estaba muy organizada, la Juventud Uruguaya de Pie [...]. En esa época se juntaban en la zona, en estancias y casas de la zona, para elaborar listas de estudiantes del Liceo y de Magisterio que eran frenteamplistas, de empleados públicos, bancarios, de los que eran de la caja 25, que eran los del PDC que eran del Frente Amplio y de algunos otros ámbitos sociales además de los del Frente Amplio [...]. En el año 71' iba a Magisterio y salía, por ejemplo, a las 9 y media de la noche [...]; el Frente Amplio éramos todos [...], estaba todo por hacer en el Frente Amplio [...]. Cuando yo empecé a militar estaba todo por hacer, era algo nuevo, iba al Comité de la 1001 y preguntaba:

“¿Van a salir de pegatina?, ¿hay que hacer una?” [...]. Me dieron papeles, vino cartelería, propaganda, programas del Frente Amplio y salíamos a hacer volantes o pegatinas. El Partido Socialista tenía su local, el PDC... Y éramos todos muchachos jóvenes, la mayoría [...]. Entonces yo era un militante de todos los días en el Frente Amplio. Después se termina la elección, una gran decepción, porque estábamos casi ilusionados de que en Montevideo ganábamos [...]. Seguimos militando, seguí yendo. Dejé Magisterio [...]. Los años 72´ y 73´ fueron una época muy especial [...]. En el 71´ de política, heredé la idea de seguir con el batllismo de mi padre y voté a la 99, a Michellini, a Batalla [...]. Pero después empecé [...] a leer a Marx, a Lenin, La enfermedad infantil del izquierdismo en el comunismo. ¿Qué hacer? [...] En el 73´ hago 6º año del Liceo porque antes no había en Carmelo [...], era antes del golpe. Uno de los temas principales del programa de 6º año de Humanísticas en el Liceo era el marxismo. Primero existencialismo, que dábamos Sartre, y después vimos Marx. Y tenía las grandes discusiones con el profesor de filosofía, que era de derecha, y él leía, nos hacía leer textos que eran explicativos [...]. Y yo [...] llevaba los libros de las fuentes, libros de origen marxista [...], me enriqueció mucho filosóficamente y políticamente porque aprendí en la discusión, discutiendo con un profesor de filosofía de lo que era el marxismo [...]. Y me agarra el golpe de Estado y después me tuve que ir para Argentina (Cippolini, 2014).

Walter Cruz, militante comunista y gremial, luego periodista, se reconoce breve y sintéticamente poniendo énfasis en el motivo por el que fue requerido.

Tengo 79 años, así como me ven. Mirá, yo a Buenos Aires [...] llegué en octubre del 73´. A mí me requirieron, no por militancia política, sino por el PIT-CNT [CNT en ese entonces] [Plenario Intersindical de Trabajadores-Convención Nacional de Trabajadores] (Cruz, Walter, testimonio oral, Montevideo, agosto, 2018).

El lugar de militancia de Walter, previo al viaje, fue alternado entre su ciudad de origen, Juan Lacaze, en el departamento de Colonia, y Montevideo.

Yo participé en la elaboración del documento donde la CNT hacía un balance de la huelga general. Entonces, las imprentas de Montevideo estaban muy quemadas y dijeron “vamos al interior”. Allá afuera, en Juan Lacaze, Costabel estaba recontra quemado también, tenía imprenta en Rosario y dijo “bueno, y ¿por qué no hablamos con la imprenta de Eduardo Victor Boga en Cardona?” Un hombre del PC. Hablaron y dijo que sí. El tema es que el asunto se descubrió y el único que se salvó [fui yo]. Estuvieron presos Costabel, el hermano de Osvaldo Laport y Eduardo Victor Boga. Boga murió hace poco también. Entonces acá, en Montevideo, en la CNT, me dijeron “bueno, te tenés que ir para el exterior”. Y el único que quedaba era yo (Cruz, 2018).

Lenin de los Santos se reconoce, casi con humor, a partir de su nombre, sin evadir otros rasgos identitarios.

Yo soy Lenin Ernesto de los Santos, nada más [...]. Profesión periodista. Esa fue mi profesión laboral, pero yo soy pintor. No pintor de brocha gorda, aunque también la he usado, soy pintor por definición, por mí mismo, por afición y por placer. Además, escribo, me gusta escribir, he participado en la elaboración de varios libros. Hicimos un libro con Carlitos Reyes, otro periodista maravilloso que fue compañero en *El Popular*, un diario en el que yo trabajé, era secretario de redacción [...]. Te voy a decir, también soy un tipo de mucha suerte, si me ven, miraban el documento, tenía documento vencido, me llamo Lenin, el documento dice Lenin, es inocultable, dice Lenin Ernesto, pero Lenin es inocultable. Era uruguayo, y ser uruguayo en esa época en Buenos Aires en el año 1976 era signo de guerrillero, guerrillero total. Es decir, si caíamos, nos hacían trizas y además había un orden desde el Uruguay de que me capturaran (De los Santos, Lenin, testimonio oral, Montevideo, julio, 2014).

Lenin, nacido en el Departamento de Salto vive, estudia y trabaja un tiempo en Montevideo y es desde su lugar de origen que parte hacia Buenos Aires.

Salgo en 1976 [...]. Yo hacía tres años había estado en Uruguay en funciones de semiclandestino [...]. Y había un equipo grande, fuerte,

multidisciplinario, y compartimentado, para la elaboración de lo que fue la *Carta Semanal*, el periódico clandestino que más se difundió en el Uruguay en la dictadura. Nosotros llegamos a hacer entre el año 1973, que fue el golpe de Estado, hasta fines de 1975, la mitad de todos los periódicos *Carta Semanal* que se editaron en el Uruguay. Al principio lo hicimos en mimeógrafo y luego lo imprimíamos en offset y se distribuía en todo el país. Yo no participaba en la distribución, participaba en la redacción [...]. En el exterior también se conocía [...]. Llegaba a Buenos Aires, yo sé bien que llegaba regularmente [...]. Una buena parte de los que participábamos en *El Popular* [...] pasamos a ser redactores de *Carta*. Uno de los primeros que tuvo que separarse [...] por la persecución, fue Rodolfo Porley y, posteriormente, el que cayó fue el responsable directo del equipo de redacción, Tito Martínez, José Jorge Martínez. Paralelamente a la caída del Tito Martínez que fue en el año 1975, cayó el aparato de impresión en la famosa cartonería de la calle Burgues. Entonces, prácticamente el cerco se estrechó con los que quedamos. Carlitos Reyes se fue a México, el que se salvó que participaba conmigo. Yo seguía en el Uruguay, apoyando. En ese momento, la persecución de los militares estaba compartimentada por región militar, entonces hasta el final del año 75' yo venía una vez a la semana y trabajábamos [...] en equipo, dos días concentrados en una casa clandestina siempre [...]. Y me iba para Salto, porque ahí estaba mi madre, mi familia. Yo tenía, digamos, cierto resguardo. En Salto vendía libros para hacerme unos pesos, para poder sobrevivir, militar, incluso para pagar los viajes; no tenía subvención de ninguna clase. Venía a Montevideo, cruzaba los cercos policiales de la forma más extraña, con mucha suerte, además, con mucho rostro, y volvía otra vez a Salto y allá caminaba. A fines del 75' dije: está fea. Me habían dicho “aprontate, porque capaz que tenés que irte del país” y mi documento, mi cédula de identidad que era lo único que yo tenía estaba por vencerse. Entonces fui a la policía en Salto, estaba compartimentado entonces, no pasaba nada. Y me encuentro con un condiscípulo, no voy a decir el nombre, no le pedí autorización. Le digo “Fulano ¿cómo te va?” “Lenin”, dice, “¿cómo estás? Y, ¿cómo estas acá? No cómo estás vos, ¿cómo estás acá?” “Y acá, vengo a renovar la cédula”. “No podés estar acá, nos conocemos

desde niños” dice. “Pero si yo soy vendedor de libros”. “Sí, te conocen como vendedor de libros, pero vení”. Me llevó a su oficina; era oficial de la comisaria y me muestra un cartel de los requeridos y ahí estaba mi cara. “Andate”, dice, “hablá con Fulano de Tal, que te pase”. Lancheros que te pasen sin el control [...]. Dije “me voy a despedir de Salto”, para que veas la suerte que tengo. Y voy a las termas, un baño en las termas para despedirme de mi Salto oriental. Salgo de la pileta y miro así, el vicecomandante del cuartel. “Flaco”, dice, “¿qué haces acá?” “Bañándome”. “Andate que mi chofer te va a llevar, rajá de acá y yo no te vi”. Es decir, esa suerte que he tenido y me crucé con mucha gente, tuve mucha suerte [...]. Claro, el aparato nuestro todo había caído, era un regalo. Me conocían en todo el país, me conocían en todo el litoral, era de las caras más visibles del diario porque yo salía todas las semanas a algún lugar del interior a trabajar con la gente. Eso mismo me salvó, incluso, porque cuando yo iba en el ómnibus que pedían los documentos, tenían tan registrada mi cara que yo los saludaba: “hola, ¿cómo te va”, les decía a los milicos; “hola, Flaco, ¿cómo estás?”. Ya me conocían, pero no sabían que me conocían de otra actividad. Bueno, entonces era un regalo, me dijeron que me quedara ahí [...]. Ya estaba requerido, estaba recontra requerido, había salido en los carteles de todos lados, ya estaba en el diario [...]. Casa donde estuviera, nunca estaba más de quince días, me tenía que mudar con mi familia. Mi hijo recién había nacido (De los Santos, 2014).

Daniel Feldman en su presentación recupera, además de notas personales, parte de la trayectoria de su familia de origen, desde su condición de migrantes y militantes hasta su propia experiencia.

Mi nombre es Daniel Feldman Palatnik. Soy uruguayo [...]. Nací en Montevideo. Nací y me crie en Montevideo. Nací por el Parque Rodó, después de chico ya nos mudamos a Punta Gorda y a Carrasco, donde hice mis estudios de primaria y parte de secundaria [...]. Provengo de una familia compuesta por mis padres, inmigrantes judíos de Europa Central. Mi padre era de Rumania, de la región de Besarabia; mi madre de Ucrania. Mi padre inicialmente fue a Brasil [...], con 16 años. Su objetivo era quedarse allí; dos hermanos más fueron a Brasil. Comenzó allá su militancia política, fue detenido, preso político,

en Brasil y expulsado del país hacia Uruguay [...], sacado de la cárcel y dejado un día en la frontera con Uruguay [...]. En Montevideo conoció a mi madre, que había llegado con dos años de edad al país. Se casaron, formaron una familia. Yo tenía un hermano diez años mayor, del que después hablaremos [...]. El núcleo familiar también lo conformaban mis abuelos maternos, que también habían llegado al país [...]. Mi padre se integró a militar políticamente en Uruguay, era miembro del Partido Comunista y eso fue permeando en nosotros. Cuando digo nosotros es mi hermano y yo, que también nos integramos a militar en la Juventud Comunista (Feldman, Daniel, testimonio oral, México, mayo, 2016).

Daniel se inicia muy joven en la militancia y también tempranamente se traslada a Buenos Aires.

Me integré muy niño [a la UJC] [...], en primer año del liceo, el primer año de la enseñanza secundaria, con 13 años recién cumplidos, en un año muy especial, que fue 1970, en que las autoridades de la enseñanza, en agosto, suspenden los cursos de enseñanza secundaria. La enseñanza secundaria había sido intervenida por el gobierno, por las autoridades gubernamentales que en agosto suspenden las clases, en medio de muchas agitaciones. Se suspenden los cursos y se forman lo que se denominó “liceos populares”, que fueron lugares de enseñanza conformados por docentes que, en forma voluntaria y honoraria continuaron con el desarrollo de los cursos. Funcionaban en diferentes lugares: parroquias, locales sindicales o casas particulares. El liceo popular al que yo iba, allá en Carrasco, funcionó en una casa, unos conocidos que [...] cedieron la casa para que funcionara. Ahí me afilié a la Juventud Comunista en setiembre del 70', coincidiendo con la campaña por el cincuenta aniversario del Partido Comunista [...]. En el año 71' se reinician los cursos y continúo militando. En el año 72' pasé a integrar la dirección del Centro de Estudiantes del Liceo [...] y en el 73' ya concretamente integraba el comité ejecutivo del gremio, que se denominaba Gremial de Estudiantes del Liceo 15, y también seguía militando en la Juventud Comunista [...]. Tal vez convenga ubicar el barrio de Carrasco: era y es un barrio de clase media alta y había, a diferencia de otros centros de enseñanza,

una presencia muy fuerte de una agrupación de derecha, la Juventud Uruguaya de Pie (JUP), que participaba en el gremio, se presentaba a las elecciones y obtenía el 30% de los votos. Por otro lado, había dos agrupaciones de izquierda que eran la Juventud Comunista, y el FER 68 (Frente Estudiantil Revolucionario), sector vinculado a posiciones más de ultraizquierda [...], con afinidad con el Movimiento de Liberación Nacional Tupamaros. Esa presencia fuerte de la JUP hacía que nosotros, a pesar de las fuertes discrepancias que en muchos aspectos teníamos entre comunistas y FER 68, tuviéramos un acuerdo, trabajáramos y nos presentáramos con una lista conjunta a las elecciones gremiales, lo que permitió que obtuviéramos, en el año 73', los seis integrantes de la comisión directiva del gremio [...]. En junio del 73' llega el golpe de Estado [...]; fui suspendido en agosto junto con un grupo de compañeros. Se toma como excusa una asamblea que se realizó en homenaje al asesinato de Líber Arce, ocurrido en agosto del 68. Nosotros realizamos en agosto una asamblea-acto de conmemoración en el liceo, que fue interrumpida por el ingreso de gente de la JUP, del liceo y ajena al liceo, y derivó en una especie de batalla campal [...]; llegó a haber algún internado [...] y fuimos varios estudiantes denunciados por la dirección del liceo, como que habíamos propiciado todo el lío que se armó. Se nos inició un sumario con suspensión, en ese momento preventiva, que se fue extendiendo, y ya aún sin haber resolución nos condenó a perder ese año, por faltas, ya que al no poder continuar asistiendo quedamos fuera de la opción de aprobar el año. Digamos que eso sería más o menos lo previo a la salida a Buenos Aires (Feldman, 2016).

Alberto Grille inicia su militancia en el Sector Secundaria de la UJC y al momento de presentarse lo hace desde la actualidad, con datos familiares y trayectoria laboral.

Me llamo Alberto Grille. Soy casado, tengo cinco hijos, nueve nietos. Tengo 71 años, soy médico. Dirijo en Uruguay, desde hace 16 años, la revista *Caras y Caretas*. Antes trabajé como gerente del diario *La República* y fui director de CX 30 Radio Nacional, y antes trabajé mucho en el exilio, en el área de Latinoamérica en el Partido Comunista. (Grille, Alberto, testimonio oral, Montevideo, septiembre, 2017).

Alberto milita desde muy joven, atraviesa distintos períodos de la política uruguaya con responsabilidades diversas hasta que sale del país y después de un largo recorrido llega a Buenos Aires.

Entré al Liceo Miranda en el año 1958, que fue el de la Ley Orgánica de la Universidad. Ocupé en el Liceo Miranda [...], era el más chiquito de todos. Después fui militante estudiantil, también en preparatorios, en el Liceo Miranda. Fui secretario de la Federación de Estudiantes Secundarios, llamada la F.E.S. Cuando terminé preparatorios entré en la Facultad de Medicina, donde fui también secretario de la Asociación de Estudiantes de Medicina. Fui secretario de Asuntos Universitarios de la F.E.U.U., consejero estudiantil en la Facultad de Medicina y consejero del Consejo Directivo Central de la Universidad de la República por la Facultad de Medicina, no por el orden estudiantil [...], sino suplente del decano, que era Pablo Carlevaro. Ahí ocupé muchos cargos, pero sobre todo fui militante estudiantil del comité de movilización y bueno, ya después de eso me recibí y después de eso pasé al exilio... a la clandestinidad [...]. En los años '72/'73 [...] pero eso por la actividad que tenía en la Juventud Comunista. Fui secretario de Propaganda y luego secretario de Asuntos Políticos; cuando caí preso en realidad era eso. Me procesaron [...], febrero del '76. Ahí me procesaron y bueno, en junio del '76 me escapé del Cilindro y luego me exilié (Grille, 2017).

Nilda Iglesias se asume con una trayectoria militante, seguramente de las más extensas y con continuidad en el Partido Comunista hasta el momento de la entrevista.

Me llamo Nilda Iglesias. En este momento tengo muchos años, 86. Tengo actualmente militancia en mi partido, que es el Partido Comunista, al cual me afilié en el año 1966, y desde entonces milité, tanto en la época de la dictadura, como en el exilio. Cuando la dictadura da el golpe contra el Partido en 1975, en enero del '76 fueron a buscarme a mi trabajo. Yo trabajaba en ese momento en la Universidad del Trabajo. Fueron las Fuerzas Conjuntas a buscarme [...]. El partido decidió que saliera para Buenos Aires (Iglesias, Nilda, testimonio oral, Montevideo, marzo, 2014).

Nilda casi no tuvo tiempo de pensar en su partida. Enterada de que estaba siendo buscada y enterada la conducción partidaria, su salida se resuelve en pocas horas.

Yo trabajaba en ese momento en la Universidad del Trabajo. Fueron las Fuerzas Conjuntas a buscarme. Justo ese día empezaba mi licencia, de manera que no me encontraron, tuve la suerte de poder evadir esa situación. Cuando me enteré que me habían ido a buscar a mi trabajo [...], el partido decidió que saliera para Buenos Aires [...]. Tenía a mi marido, que también lo fueron a buscar al mismo tiempo que a mí. A él lo fueron a buscar a la oficina. Trabajaba en el Ministerio de Industria. En ese momento no estaba, porque había ido a almorzar, y como era también periodista –trabajaba en el diario *El País*–, lo fueron a buscar de tarde y ahí lo encontraron; cayó preso. Murió después de cinco años de prisión, murió en noviembre de 1980. No tuvo la posibilidad de salir, como la tuve yo [...]. Él no se enteró que lo habían ido a buscar porque fueron personas de particular. En la oficina donde él trabajaba, en el Ministerio, no sabían que eran las Fuerzas Conjuntas, pensaron que eran personas comunes. De manera que no tuvo oportunidad de tomar precauciones [...]. Cayó en la tarde; yo me fui al mediodía. A mí me fueron a buscar sobre el mediodía, pero justo ese día empezaba mi licencia y siempre digo: me salvó la luz roja, mi semáforo rojo [...]. Estaba en Soriano y Yí [...]. Tenía que aplicar un test en la Escuela de Mecánica y Electrotecnia y me lo tenía que imprimir. Entonces iba a cruzar para ver si me habían impreso el test que precisaba, pero se prendió la luz roja y dije: “No, no voy a ir a la oficina porque me van a decir: ‘¿Qué venís a hacer, que hoy empezás tus vacaciones?’ [...]”. Entonces, se prendió el semáforo y me di vuelta y me fui. Si yo hubiera cruzado y hubiera llegado a mi oficina me estaban esperando. Había tres personajes de las Fuerzas Conjuntas que estaban en la oficina esperando que yo llegara. Las compañeras que estaban trabajando en ese momento le decían que yo no iba a llegar porque empezaban mis vacaciones, pero no les hacían caso, estuvieron desde las 11 de la mañana a la 1 esperando que yo llegara (Iglesias, 2014).

## Alberto Lastreto reconoce su origen y trayectoria militante y hasta laboral en pocas palabras:

Mi nombre es Alberto Lastreto, tengo 64 años. Nací en la Argentina el 28 de abril de 1951; crecí y me eduqué en Uruguay, o sea, uruguayo de formación, de corazón y de siempre. A comienzos de la dictadura fui expulsado de Uruguay y comienzo un periplo que pasará por Argentina, Cuba durante cinco años, y termino viviendo por treinta años en Estados Unidos. En 2006 decido volver a Uruguay, mi país, y en este momento estoy viviendo en Uruguay permanentemente. Soy artista visual, trabajo haciendo video-arte y bueno, más o menos eso es el *currículum vitae* corto (Lastreto, Alberto, testimonio oral, Montevideo, marzo, 2014).

## Alberto, argentino de nacimiento, estudia y milita en el Uruguay hasta que después de ser detenido es expulsado a su país de origen.

En el 73' estaba estudiando arquitectura, en la Facultad de Arquitectura del Uruguay, y salía con un cartel en el aniversario de la muerte de Líber Arce, muy inocentemente. Salimos varios compañeros al cubo sur de la facultad, salimos por una ventanita del taller Craviotto y caminamos por el bordecito de la facultad hasta el cubo sur. Yo, muy inocentemente, sin mirar para atrás. El resto de los compañeros miraron para atrás, y apareció una chanchita, un auto azul, no me acuerdo cómo se llama, y se bajaron. Vinieron a detener la colocación del cartel [risa]. Yo no me di cuenta, el resto salió corriendo para atrás. Los pelotudos corrieron y cerraron la puerta de la ventana del taller. Ni se dieron cuenta que yo había quedado afuera [...]. Corrí a la ventana, no me acordaba bien cuál ventana era y los locos llegaron antes, me agarraron y ahí comenzó el periplo [...]. Estuve dos o tres meses, no me acuerdo exactamente, en el Cilindro Municipal [...]. Vinieron las elecciones universitarias, no me dejaron ir a votar. Fui el único estudiante universitario de los que estábamos presos que no votó, era obligación por ley votar en las elecciones universitarias. No me dejaron ir a votar. Recogieron a todos, vinieron en guaguas, en ómnibus a buscarlos, los llevaron a votar y después los trajeron al Cilindro de nuevo; a mí no (Lastreto, 2014).

**Benjamín Liberoff repone en su presentación momentos claves de su vida previa a llegar a Buenos Aires.**

Soy Benjamín, nacido en el año 49´. Viví los primeros dos años, casi tres, en una pensión de la calle Médanos y en el 53´ nos mudamos [...]. En el año 59´ nos mudamos a la casa que construyó mi padre Manuel, junto con Silvia, mi madre [...], hice la escuela en Portones de Carrasco, la 130; la secundaria en Los Cuatro Vientos, en el Diego Ferreyra y después la Facultad de Arquitectura. En la facultad hice hasta tercer año [...]. En el año 73´ se da el golpe en junio [...] y en la calle Guayabos y Eduardo Acevedo me detuvieron [...]. Me liberan en septiembre, 23 de setiembre creo que era del 73´, y por aquel momento empecé a ir nuevamente al Consejo Directivo Central de la Universidad, y a hacer algunas cosas, ya no estaba yendo a mi casa (Liberoff, Benjamín, testimonio oral, Buenos Aires, diciembre, 2016).

**Benjamín está en Montevideo y activo en la militancia universitaria en el momento del golpe de Estado.**

En el año 73´ se da el golpe en junio, y a esa altura yo estaba como uno de los tres representantes del movimiento estudiantil de la FEUU [...]. Yo estaba casado con mi esposa, teníamos a Tania [...]. Me detuvieron [...]. Me golpeaban dentro del ropero [...]. Me volvieron a tener en el plantón, hasta que en determinado momento –yo seguía con el puño apretado–, nos llevaron a un calabozo a los muchachos que estábamos ahí, y me sacaron el “montgomery” [gabán bastante usado en la época] que habían utilizado como capucha. Entonces ahí pude ver algo que ya no recordaba, y era que me habían dado dinero en la Universidad, para llevar al comedor universitario, para que siguiera funcionando [...]. Mi madre después me vino a ver, yo le di el dinero y se lo llevó de vuelta a la universidad. De ahí fuimos al Cilindro, del que soy socio fundador, éramos cinco, y estuve hasta setiembre, incluso con la anécdota de haber ido a votar. El 12 de setiembre era la elección universitaria, el voto obligatorio, estábamos presos [...]. Nosotros habíamos reivindicado tanto eso que, siendo el voto obligatorio teníamos derecho a ir. La noche anterior había sido la del golpe de Estado en Chile. El oficial de enlace entre el Cilindro e Inteligencia

nos dice que podíamos salir a votar. Preguntamos qué policía nos acompañaba, y nos dijo “no, no, van solos”, a lo que dije “momentito, voy a consultar”, porque en ese momento lo que uno piensa, un preso, la ley de fuga, no es que estaba muy contento, porque además teníamos que volver a las cinco de la tarde. Consultamos y pusimos la condición de que nuestros familiares vinieran a buscarnos a las ocho de la mañana para salir, y aceptaron. Por lo tanto, salimos a votar, votamos, estuvimos con nuestras familias, y volvimos a las cinco de la tarde al Cilindro. Esto mismo no resulta comprensible con tantos años y en una dictadura, pero lo cierto es que el Cilindro era un lugar donde llegaban todos aquellos que habían sido muy maltratados en muchos lugares [...]; era un espacio donde se podía comer, bañarse, donde se podía estar en ciertas condiciones; y si alguno se fugaba, eso implicaba que dejaba de existir el Cilindro, cosa que después pasó cuando se fugan años después [...]. Entonces a mí me liberan en setiembre, 23 de setiembre (Liberoff, 2016).

Federico Martínez, con una extensa militancia en Uruguay, se muestra desde el presente, con datos de su trayectoria personal al momento de ser entrevistado.

Me llamo Federico Martínez, tengo 75 años y estoy jubilado [...]. Era asesor en una empresa financiera [...]. Estuve preso. Caí en el 75´ y en el 77´ salí. Fue una cana corta [...]. Cuando salí de la cana no sabía qué hacer, si quedarme, irme para otro lado o irme para Buenos Aires (Martínez, Federico, testimonio oral, Montevideo, julio, 2018).

Federico viaja a Buenos Aires cuando ya estaban instalados en esa ciudad su esposa y sus hijos.

Estaba casado y tenía dos hijos chicos. En realidad, cuando me detuvieron no me fueron a buscar a mí sino a mi esposa Eleonora. Se dieron cuenta que me tenían a mí dos días después [...]. Mi señora no estaba, a propósito no estaba y se salvó, por suerte. Pero se fue después de estar dos o tres meses acá clandestina... La sacaron del país. En un recorrido largo terminó en Buenos Aires. A los seis meses de estar, en junio o julio del año 76´, pudimos sacar a los gurises, se

fueron para allá [...]. Me parecía en principio una locura irme para Buenos Aires, porque la dictadura era feroz, pero finalmente decidí irme, previa consulta con el partido (Martínez, 2018).

Chichita Méndez de Rojas se presenta desplegando parte de su pasado familiar y desarrollo profesional, sin dejar de soslayar su historia hasta el presente de la entrevista.

Nací hace ochenta y cinco años en un lugar del departamento de Cerro Largo que existe como lugar, pero no más como pueblo; dejó de existir cuando dejó de funcionar el ferrocarril. En ese lugar vivían mis abuelos, después nació mi madre y después nací yo. En el mismo rancho; soy la cuarta generación. Mi bisabuela, que era la primitiva dueña, mis abuelos, mi padre y, por último, yo. Eso lo cuento porque es típico de una parte importante de nuestra población campesina. Después de muchas generaciones, es expulsada del campo por el latifundio y tiene que venir a las ciudades. A mí me sirvió porque eso hizo que pudiera estudiar, soy maestra. Ejercí hasta que la dictadura me destituyó y luego me reintegré y seguí ejerciendo hasta que tuve que irme por acompañar a mi marido cuando cayó la dictadura de Stroessner; nos fuimos a Asunción. Así que he tenido una vida andariega (Méndez de Rojas, “Chichita” Gladys, testimonio oral, Montevideo, septiembre, 2014).

Chichita debe dejar Montevideo por méritos propios y por la complicada situación de su marido, exiliado político paraguayo en el Uruguay.

Empecé a militar como dirigente sindical de los maestros y tuve una actividad fuerte y en el momento de la dictadura era presidenta en ejercicio de la Federación Uruguaya de Magisterio. Eso era motivo suficiente para la persecución, porque estábamos siempre peleando y preguntando por maestros desaparecidos, como Elena Quinteros; por camaradas presos, desaparecidos durante meses, hasta que terminaban los interrogatorios. Y ya empezaba a haber maestros destituidos desde el 73´ [...]. En las terribles condiciones del interrogatorio, a mi amigo director de escuela [...] Hugo Rodríguez, le preguntaban

por mí. Y le preguntaban fuerte por mí, y cuando él pudo comunicarse con la familia me mandó decir que me fuera con lo puesto, que no me quedara ni un día más. Y yo, que ya sabía que me tenía que ir por la expulsión de mi marido, tomé la decisión y me fui [...]. En el 75', la dictadura militar expulsa a mi marido, que era un exiliado paraguayo en lucha permanente contra la dictadura de Stroessner. Desde el 45', de la revolución del 45', hasta el 85' [sic], que lo expulsaron de acá, estuvo exiliado cuarenta y tres años en total hasta que pudimos volver [...]. Pero en el 75', el gobierno le dio veinticuatro horas para salir del país, porque estaba ya funcionando el Operativo Cóndor y había un acuerdo entre las dictaduras. Orlando Rojas, mi marido, aparecía como la cabeza más evidente de la resistencia en Uruguay. Había estado preso, desaparecido unos cuantos días, hasta que finalmente lo expulsaron (Méndez de Rojas, 2014).

Roberto Pereira, una de las figuras clave para la actividad del PCU en Buenos Aires, describe su trayectoria personal desde el presente y hacia los tiempos pasados en que debió pasar a la clandestinidad.

Mi nombre es Roberto Pereira. Actualmente me dedico al periodismo. Anteriormente, como egresado de Humanidades, trabajé como docente y coordinador docente en los últimos años en un instituto de enseñanza [...]. Entre otras cosas, dirijo un portal de Internet. Me dedicaba a estudiar cuando se dio el golpe en el 73'. En realidad, en esos días terminaba Humanidades, una facultad que estaba en la calle Juan Lindolfo Cuestas y Cerrito [...]. Los que somos de allí siempre decimos que la cerraron con nosotros, porque justamente no nos dejaron entrar más y, al poco tiempo, también sacaron la Facultad de ese edificio. Yo era militante de la Juventud Comunista y por las actividades que realizaba, que eran actividades de masas, en la FEUU, actividades políticas públicas, fue que me requirieron, igual que a varias decenas de compañeros en aquel momento. Fui de los primeros, como tenía algunas responsabilidades en Humanidades; pasó lo mismo en otras facultades. En general, los más conocidos fueron los primeros requeridos. Inmediatamente, esto cambió mi vida, porque para no ir preso, la propia Juventud Comunista me sugirió pasar a la clandestinidad. Y bueno, seguí cumpliendo actividades clandestinas,

de carácter político (Pereira, Roberto, testimonio oral, Montevideo, julio, 2014).

Roberto se reconoce sorprendido ante su requerimiento por parte de la Fuerzas Conjuntas y es a partir de ese acontecimiento que se decide su cruce a Buenos Aires.

El golpe se da el 27 de junio y hay una huelga general. Ocupamos la Universidad. Terminada la huelga general, la Universidad no había sido intervenida, sino que funcionaba incluso con sus autoridades regulares. Un hecho muy singular en la dictadura uruguaya porque, a diferencia de otras que empezaban siempre por la universidad, en este caso siguió funcionando. Aproximadamente unos veinte o veinticinco días después de eso, ya me requirieron [...]. Fue en un momento en que no estaban requiriendo estudiantes, a tal punto que fui personalmente sorprendido, porque en realidad había ido a visitar un familiar. Había unos comunicados a las siete y media de la tarde, a las ocho de la tarde. Estaba conversando con ese familiar y de repente aparece la cadena de radio y televisión. Era con una voz que ya causaba miedo, y la música también. Entre los que requerían ese día, aparece mi nombre y mi foto, o sea que no había ninguna duda. La foto era la de la cédula de identidad [...]. Me produjo un shock, momentáneo. Si bien teóricamente estábamos preparados, teníamos esa previsión [...], verse en un comunicado con una música que era medio terrorífica... Además, se me presentaba el interrogante de si volvía a mi casa. Fue lo primero que apareció: ¿regreso a mi casa? Entonces [empezaron] todas las consultas. Desde ese día hasta doce años después, no volví a mi casa (Pereira, 2014).

Ricardo Piñeyrúa, profesor de educación física, manifiesta cómo se combina profesión y actividad política, las dificultades que esto acarrea y los motivos de su salida.

Yo militaba en el seccional Bancario del Partido en la época de la dictadura [...], antes del golpe de Estado yo estaba en la Juventud Comunista de Punta Carretas, de la seccional 18 y 24. Después del golpe [...] me dediqué a trabajar en AEBU [Asociación de Empleados Bancarios

del Uruguay], primero como profesor, después como director del sector deportivo, y ya después, también en la militancia partidaria. Esto que les voy a decir no me lo van a creer, pero... en realidad, no me acuerdo bien, pero estoy casi seguro que en ese momento era secretario de organización de la seccional, pero la verdad, no me acuerdo [...]. Estaba militando en ese momento con Bancarios [...]. Fue un momento en que empezó a caer mucha gente, hubo una redada muy grande en el 79', 78', por ahí. Llevaron a muchos compañeros, detuvieron a muchos compañeros y entre ellos, a medida que fueron pasando los días, yo fui quedando con un solo vínculo [...]. Ya había pasado hacía unos meses a vivir clandestino y a Diego Brugnoli lo capturaron, lo agarraron... Lo descubrieron en una parada de ómnibus y alguien que lo conocía lo llevó preso, lo detuvo, y entonces yo me quedé sin contactos con la dirección del Partido [...]. Los compañeros que me sostenían –que eran los compañeros bancarios [...]- me dijeron: “mirá, no te podemos sostener más”. Porque claro, no me podían sostener económicamente para poder quedarme, y entonces me plantearon que lo mejor era que me fuera, o que tratara de salir del país (Piñeyrúa, Ricardo, testimonio oral, noviembre, 2021).

Ricardo atraviesa un período de dudas respecto de su destino, desde que sabe que debe partir hasta que toma la decisión.

Tuve la oportunidad también para ir a Ginebra, porque en ese momento algún compañero me planteó la posibilidad de que fuera como representante a la OIT, y la verdad es que yo no me quería ir muy lejos, no me quería asilar. Porque no quería, [...] tenía miedo de que me mandaran a un lugar donde no me gustara. No tenía ni idea de a dónde me podían mandar; y la otra de ir a Ginebra: sabía que era no volver más, por lo menos hasta que terminara la dictadura y yo era muy iluso... Pensaba que quedaba muy poco tiempo y quería estar lo más cerca posible [...]. Y así, pese a todas las opiniones en contra, decidí irme a Buenos Aires, donde tenía algunos compañeros, y donde mi suegro estaba trabajando y tenía la posibilidad de darme trabajo: así que me fui para Buenos Aires (Piñeyrúa, 2021).

Magdalena Rezzano en su presentación trae, además de datos significativos de su identidad e historia personal, algunas “pinceladas” de un tema casi silenciado entonces y de debate actual –todavía en deuda– vinculado a cuestiones de género en la vida cotidiana y también en la militancia.

Hoy, soy Magdalena Alicia Rezzano Aguirre, con 71 años y 8 o 9 meses, no saco bien la cuenta. Ahora jubilada, docente jubilada e ingeniera jubilada. Soy ingeniera egresada en 1970 de la Universidad Patricio Lumumba. Hice la especialidad de ingeniero civil hidráulico en Rusia, con todo lo que eso implicaba. Como preparación que era lo mejor [...]. Y regresé al país tal como había sido mi propuesta y la propuesta de la Universidad. La Universidad esa nos preparaba siempre y cuando volviéramos a nuestro país, y por supuesto tuve la “suerte” de no tener trabajo, porque era mujer y comunista, y sobre todo como mujer, ni aunque me cosiera la vagina me daban trabajo. Eso me lo dijo un celeberrimo constructor uruguayo [...]. Tuve un tío, que era mi tío mayor, que es mi antecedente familiar en la carrera [...]. Crecí muy cerca de ese tío; era ingeniero civil hidráulico, recibido en Estados Unidos [...]; fue el individuo que dirigió la instalación electromecánica de todo Rincón del Bonete [...]. Mi tío me paseaba en sus hombros, y me contaba verdades, y mentiras seguramente, como todo viejo, pero me contaba la historia de su vida en Rincón de Bonete con la obra [...]. Quedé marcada por el Rincón del Bonete, marcada y, para mí, no había cosa que te hiciera trascender más en la vida que hacer algo para las personas, para los seres humanos. Y qué mejor que traerles a los seres humanos energía, luz, todo eso que trae la energía eléctrica, y esa era mi posición. Estaba destinada a estudiar para maestra, que era lo más que se le podía permitir a una señorita de 18 años en esa época. Entonces, tuve que encontrar aliados, y estaba medio como algunos políticos actuales: no conseguía muchos aliados. Empecé a plantear el tema, “no, mirá, yo no quiero ser maestra, a mí no me gusta [...], mirá, si a mí me mandan de maestra yo voy a entrar a los tortazos con los gurises chicos y me van a echar, porque yo no aguanto niños chicos, así que yo quiero estudiar ingeniería, mami”, “bueno, va, te voy a inscribir en ingeniería”.

Entonces, me inscribió en ingeniería en preparatorio acá y ahí faltaba la otra parte, porque en Uruguay no había ingeniería hidráulica [...], y había aparecido en 1961 la Universidad de la Amistad de los Pueblos. Entonces, yo andaba viendo como hacía para portarme con las mejores notas posibles, porque era por concurso de calificaciones [...]. Entonces, me acuerdo de que con ese amor masculino tan especial que tenían los hombres sobre todo en aquel tiempo, mi papá dijo “y de puta irás a estudiar”, tengo que decirlo porque así se dijo. Eso dijo mi papá cuando yo dije “me tenés que dar un permiso para viajar sola a Rusia y voy a estudiar”. Él era comunista también, pero lo que pasa es que las mujeres no podíamos pensar en esas cosas, ese era el tema. Bueno, y me fui (Rezzano, Magdalena, testimonio oral, Montevideo, abril, 2020).

La justificación de su salida a tiene varias aristas que combinan la situación política, la familiar y la posibilidad de desarrollo profesional.

Allanamientos, allanamientos en busca de cosas, de porqué esto está en ruso y porqué aquello en ruso. Estaba ahí la cosa, Raúl no había caído todavía que era el factor [...] de la familia, pero estaba en eso, ya clandestino. Y entonces, yo me voy; no lo recuerdo bien, pero el 1 de setiembre del 74' empecé a trabajar en Buenos Aires, en una empresa de proyectos hidráulicos, que no sabían para nada quién era yo en definitiva (Rezzano, 2020).

De Raquel Romano, maestra de profesión, no contamos con una presentación personal. Se sumó una vez iniciada la entrevista a su marido y compañero de militancia Geza Stari, con aportes interesantes recuperados en capítulos posteriores.

Geza Stari, por su parte, en varias oportunidades recurrió a su ayuda para ubicar fechas y nombres. Identifica su trayecto personal recuperando hitos de su historia.

Mi nombre es Geza Stari. Fui profesor de secundaria; soy jubilado, porque cuando volví del exilio tuve la opción de la jubilación en el año 84'. Me jubilé en el año 86', seguí dando clases de informática.

Dejé de trabajar allá por el 95´ para vivir solamente de la jubilación, pero como estaba con poca actividad empecé a acercarme acá a un grupo de jubilados en el Comité de Zona 3, en mi barrio. Como tenía cierto manejo para hacer un resumen, para trasladar información, me mandaron como delegado a la Organización Nacional de Jubilados en el año 99´. A fin del 99´, resolvieron incorporarme en un Congreso para integrar el Comité Ejecutivo y uno de los compañeros dijo: “Vos que fuiste secretario de los profesores podés ser secretario de la Organización Nacional de Jubilados, la ONAJPU” [Organización Nacional de Asociaciones de Jubilados y Pensionistas del Uruguay] y del 2001 al 2005 fui secretario general de la organización que agrupa a la mayoría de los jubilados, por lo menos los que están organizados. Con ese antecedente, como Uruguay tiene por ley un directorio del Banco de Previsión Social integrado por cuatro designados por el ejecutivo, uno por los trabajadores, otro por los empresarios, y otro por los jubilados, en el congreso del 2005 me propusieron para encabezar la lista del directorio del Banco de Previsión Social [...]. Hasta abril del 2011 fui director, representando a los jubilados. (Stari, Geza, testimonio oral, Montevideo, marzo, 2014).

Geza recorre sus últimos tiempos en Montevideo, antecedentes del viaje a Buenos Aires donde tendrá responsabilidades vinculadas directamente con la dirección partidaria.

En 1973 era miembro del Comité Central del Partido Comunista. Daba clase en secundaria, en el Liceo 14, en 8 de Octubre y Propios; y tenía clases, también, en la Facultad de Medicina, en Métodos Cuantitativos [...]. Era estudiante de ingeniería. Hice algunas materias de primer año, [...] empecé, dejé, volví a empezar y en el año 60´ di un concurso libre de oposición que gané y empecé a trabajar como profesor efectivo, incluso en una situación particular porque yo no era egresado del Instituto, pero era ganador de concurso [...]. El golpe me sorprende dando clase en secundaria y al frente de la Federación de Profesores y de la Gremial de Profesores. En aquel momento había una discusión muy particular, creo que se sigue manteniendo en este momento, sobre las distintas orientaciones dentro la izquierda, y me acuerdo que un sector de la Gremial de Profesores, no tanto en la

Federación pero sobre todo en la Gremial, cuando se declaró la huelga general levantó la tesis de que debíamos ir a las fábricas a dar línea, hablando pronto y mal. Yo hice la propuesta de ocupar un liceo [...]. Ocupamos el Liceo 14, porque Víctor Cayota y yo [...] trabajábamos ahí, conocíamos bien, teníamos una buena base y sabíamos que ahí podíamos hacer la ocupación. Esa ocupación duró muy pocas horas porque, si bien estábamos organizando todo muy bien, no tuvimos en cuenta que el portero, que era el que estaba siempre y que le teníamos confianza, se amilanó cuando vino la policía y ya entreabrió la puerta, entró la policía y, bueno, nos desalojaron. Incluso entraron buscando estudiantes, pensaron que la ocupación era de estudiantes y se sorprendieron cuando encontraron solo profesores, porque recuerdo que varios estudiantes, que eran muy combativos en el Liceo, querían acompañarnos y dijimos: “No, esta ocupación es de los profesores” [...]. Estuve cuatro días en la comisaría 15, un mes y medio en el Cilindro y luego salí en libertad y volvimos otra vez a empezar a relacionarnos con la CNT, con toda la actividad que teníamos. Además, seguí dando clase en la Facultad de Medicina, donde era docente, hasta que estalló la bomba en Ingeniería que determinó el cierre de la Universidad y, ahí sí, en esa época empezar [...] primero una semi y después una total clandestinidad [...]. La última reunión que recuerdo [en Montevideo] fue con Gerardo Cuesta. Él figuraba como procurador en un estudio de la Ciudad Vieja y tuve una reunión con él [...] [y] Luis Tourón [...]. Vivía con Raquel, teníamos un apartamento que ella había conseguido [...] cerca del municipio, y un día volvió de la escuela muy preocupada porque un compañero –de los tupas– que estaba en libertad condicional y tenía que firmar en la comisaría, había visto en la comisaría mi fotografía junto a un grupo de requeridos. Yo seguía saliendo a la calle, moviéndome, encontrándome, con cierto cuidado [...]; me moví bastante, creo que en aquel momento tampoco los aparatos de seguimiento debían estar tan afirmados. Eso fue –ya te digo– desde fines del 73 hasta noviembre del 75. Me acuerdo que me quedaba en algunas casas, de algunos compañeros. Recuerdo a algunos de ellos, la mayoría han fallecido. Uno era Tito Pais, el médico, y un grato recuerdo para mucha gente [...]; llegaba temprano a la casa, porque tenía que entrar no más allá del oscurecer (Stari, 2014).

Esteban Valenti recorre en su presentación los últimos tiempos de estancia en Montevideo y los móviles por los que se traslada a Buenos Aires con el acuerdo de la dirección partidaria.

En ese período del exilio en Buenos Aires era miembro del Comité Central del Partido Comunista y después, a lo largo del relato voy a contar cuáles eran mis responsabilidades, cómo fueron evolucionando o cambiando en Buenos Aires [...]. En diciembre de 1974, –yo en esa época era el secretario de los estudiantes comunistas–, el Partido me entrevista. Altesor primero y después Jaime Pérez, y me plantean que yo tenía que ir a Buenos Aires porque no había aparato del Partido en Buenos Aires, había una cantidad de cuestiones importantes de carácter logístico para resolver, y que yo me tenía que ir. Por lo menos, se calculaba un período de seis meses para organizar el Partido en Buenos Aires, o más bien la estructura de comunicación del Partido con el exterior (Valenti, Esteban, testimonio oral, Montevideo, julio, 2014).

Esteban relata, junto a la situación de dirigentes reconocidos del PCU, su propia realidad.

La situación era, además, que estaba preso Arismendi y estaba en el exilio, en Moscú, Enrique Rodríguez [...]. ¿Por qué me eligieron a mí? En ese momento tenía muchos problemas: no tenía documentos uruguayos, porque nunca me los dieron y todavía no se usaban documentos falsos en Uruguay. Además, tenía la familia, mi madre, mi padrastro, mi hermano [en Buenos Aires] y además había vivido doce años en la Argentina y tenía documento argentino, tenía cédula de identidad argentina, lo cual no era poca cosa (Valenti, 2014).

Carlos Varela da cuenta de una larga trayectoria personal, laboral y militante, con compromisos de larga data.

Soy Carlos Alberto Varela Berrueta. Uruguayo, nacido en el Cerro hace ochenta y cuatro años. Hace pocos días se cumplieron los ochenta y cuatro y estoy transitando, lo que yo digo el año ochenta y cinco de mi vida. Fui trabajador de los frigoríficos, a partir de ahí fue mi

vinculación con la izquierda. A través, primero, del trabajo sindical, del acercarme, más que nada a las expresiones sindicales. La primera participación importante fue en la huelga del año 52´ [...], que duró un mes esa huelga famosa y fue la que tuvo las primeras medidas de seguridad del Uruguay. [Eso hizo que] volviéramos haciendo cola para pedir que nos reingresaran en el frigorífico, Swift, en mi caso, donde yo trabajaba. Eso fue en octubre del 52´. El 6 de abril del 53´ me comunicaron que dejaba de pertenecer al personal del frigorífico. O sea, expulsado. No había explicaciones, simplemente... Sin embargo, había una empresa que daba información internacional [inaudible] que decía que los que eran expulsados de los frigoríficos lo eran por ser comunistas. Digo, esa era la motivación para que a uno lo condenaran a no poder trabajar. Bien, pero lo más importante, digamos, que fui transitando, fui afiliado a los partidos de izquierda... Y comienza esa historia negra del Uruguay, que fue la dictadura del 73´ en adelante (Varela, Carlos, testimonio oral, Montevideo, julio, 2014).

Carlos llega a Buenos Aires con una vasta y variada experiencia militante, siempre vinculada a la izquierda uruguaya hasta su afiliación al PCU.

Primero fui afiliado del Partido Socialista, incluso desarrollé algunas tareas [...]. Fui administrador del diario *Época*, por mandato de mi actividad política en el Partido Socialista [...]. Pero al Partido Comunista, en concreto, me afilio el día del cumpleaños de Lenin, en 1970. Yo estaba en el Frente Izquierda de Liberación (FIDEL), porque nos habíamos retirado algunos del Partido Socialista y creamos el MPU, Movimiento Popular Unitario, que ingresó en el año 66 al FIDEL y en representación, incluso, del MPU, integré la dirección del FIDEL. Pero en el 70´, repito, decidí hacerlo más directamente en el Partido Comunista. Mi militancia fue fundamentalmente en La Teja, y luego en lo que era en aquel tiempo la seccional 16, que no es como ahora, sino que llegaba desde el camino Paso de la Arena [...] desde el Camino de las Tropas, hasta Libertad. Estaba radicado el local político en el km 24 de la Ruta 1. Militaba allí, en el tiempo que trabajaba en CODARVI (Varela, 2014).

Liliana Vidart proviene de una familia de militantes que experimentaron la cárcel y el exilio con anterioridad a su salida de Montevideo, y forma parte del grupo más tardío. Antes y después de su estancia fuera del Uruguay el tema laboral para la manutención fue una preocupación constante.

Me llamo Liliana Vidart, tengo 61 años, hago muchas cosas, dentro de poco me voy a jubilar, por suerte. Tengo una familia [...]: tres hijas, cuatro nietos, con mis yernos que son buenísimos también [...]. Participo a nivel gremial [...]. Trabajo en un banco. Fui restituida, di un concurso en el 79´ [...]. Había entrado a trabajar en CUTCSA [...], trabajaba con mi nombre, pero no había declarado a mis hijas, porque era muy difícil trabajar teniendo hijos, siendo joven. No te daban trabajo [...]. Mi padre ya no estaba, estaba exiliado en Argentina porque lo fueron a buscar, y tenía a mi hermano preso, el mayor; también lo habían ido a buscar [...]. Hablé con los dos gerentes y me dijeron que tenía que traer la famosa fe democrática [...]. Tenías que ir a una comisaría y decir todo lo que hacías, dónde habías estado, en tal liceo... Te daban categorías A, B o C [...]. Pedí una entrevista con el director de la aviación, me atendió el secretario, Moreira, y me dijo: "bueno, si tu padre fue del banco, que pida". Tá, no le iba a decir que estaba destituido [...]. Después, cuando en el 85´ se hizo la ley de restituciones a los trabajos, se contemplaba a los funcionarios que habían dado el concurso de oposición y méritos, lo hubieran salvado y no hubieran entrado [...]. Demoré dos años en entrar al banco, entré en el 87´. Hice el liceo; hice medicina, me quedaron unas materias [...]. En ese momento nosotros estábamos en una situación clandestina, sin dinero, solo conseguíamos dinero para llevarle el primer paquete a mi hermano como podíamos, porque no nos vinculábamos con nadie y después la comida de mis hijas que eran chiquitas, bien chiquitas y teníamos que mudarnos seguidísimo. Muy seguido, de un día para el otro nos teníamos que mudar (Vidart, Liliana, testimonio oral, Montevideo, mayo, 2018).

Liliana se asila en la embajada de Bolivia, su primer destino, para llegar luego a Buenos Aires.

Yo me tuve que exiliar, me exilié para Bolivia en agosto del 83´, en la embajada. En realidad, poco antes, porque el padre de mis hijas, que estuvo clandestino también, había estado desaparecido y después cayó preso. En eso me vincularon con gente que me podía mandar, gente que ayudaba a familiares y te mandaban dinero [...]. Entrás y salís de la clandestinidad, en el sentido que podés estar legalmente trabajando y de repente, en otro momento, estás pero no das ninguna dirección, porque nunca dimos la dirección en la que vivíamos, siempre dábamos otras. Entonces, es como una entrada y salida. En ese momento, después de que cayó preso el padre de mis hijas [...] yo tenía que estar legal porque tenía que llevar el paquete [...]. Llegó un momento en que me convocaron [...]. Estaba muy débil, porque hacía limpiezas y estas me daban para comer ese día a mí y a mis hijas, y teníamos que juntar el paquete. Entonces me agarré escarlatina [...]. Una tía me consiguió un médico; después me quedé paralizado un brazo, bueno al final tuve que faltar a unas visitas y después me vinieron a citar de un juzgado de [la calle] Jaime Cibils [...]. Me citaron y me dijeron que conocían unos sobrenombres míos [...]. Pensé que venían por mi marido, nunca pensé que iba a salir de ahí adentro [...]. Entonces, como que llegás a un tope. Dije, es como un límite de tantos años. Y me asilé. Me fui a asilar a la embajada de Bélgica, que era de donde me había llegado un pago. Hice toda una preparación: dejé a mi tía esa plata que me habían mandado, porque mi hermano la iba a precisar [...]. Los vecinos me decían que me seguían; yo había hecho pruebas, me iba y veía que sí, que estaban vigilando los entornos, porque vivía en un lugar que había mucha cooperativa [...]. Y los vecinos me decían: “te están siguiendo, te están siguiendo a la escuela”. En la escuela, como sabían la situación, les dieron una beca a las chiquilinas en la Asociación Cristiana de Jóvenes. Entonces, no les dije nada a las chiquilinas y fuimos para el centro, les compré unos libritos [...]. Dije “yo no salgo de acá, me tienen que llevar a una embajada”. Entonces me dieron a elegir tres: la de México, que ya había estado quemada porque se fueron todos por la Embajada de México; vigilaban la de la plaza Independencia. La de Ecuador y la de Bolivia. Y recién había visto que había ganado un gobierno democrático [en Bolivia], me pareció más cerca, yo qué sé, entre Ecuador y

Bolivia, yo qué sé. Y me llevaron a la Embajada de Bolivia y me asilé [...]. Las únicas asiladas en la embajada de Bolivia fueron mis hijas y yo (Vidart, 2018).

Graciela Villar, con experiencia previa de militancia, a su regreso retoma y ejerce funciones públicas.

Mi nombre es Graciela Villar. Fui edil departamental durante dos períodos por el Frente Amplio y además en ese mismo período dirijo, en representación de los trabajadores de la salud privada, como directora administrativa, este centro de educación inicial Selva Braselli, que está muy asociado al tema del exilio y sus retornos. Durante años fui dirigente de la Federación Uruguaya de la Salud, a la salida de la dictadura. Tengo una historia de militancia sindical y partidaria. Estuve en el período de la dictadura refugiada en la Argentina hasta que me agarró el golpe de Estado también allí y viví clandestinamente hasta la apertura democrática (Villar, Graciela, testimonio oral, Montevideo, junio, 2019).

Graciela sale de Montevideo con posterioridad a su liberación en condiciones personales extremas y sin mediar tiempo de preparación para el viaje.

Salí con 39 kilos de ese período del secuestro [...]. En mi casa había una ratonera, o sea que habían puesto milicos para cazar a la gente que iba. Estaba llena de gente. Cuando nos tiraron en la zona del parque Batlle conseguimos un teléfono público y llamamos a mi padre. Y de ahí nos fuimos directamente en un ómnibus a la Argentina. Fuimos a recoger a mi hija, que la tenía mi mamá y de ahí directamente nos fuimos. O sea que no mediaron ni 24 horas (Villar, 2019).

Rubén Villaverde reporta una larga trayectoria como militante gremial y político y en su testimonio trae un marco histórico explicativo respecto de las medidas contra la dictadura.

Hoy me llamo Ruben Villaverde, hoy tengo 79 años y fui fundador de la CNT, uno de los dirigentes sindicales que estuvimos en la fundación de la CNT en principios del sesenta. Cuando se produce el golpe

de Estado en nuestro país yo era miembro del secretariado y de la dirección de Montevideo, y por lo tanto uno de los responsables de la organización de la huelga que comenzó la misma noche que se dio el golpe de Estado. Eso en la Convención Nacional de Trabajadores ya del año 64' era decisión tomada [...]; si había golpe de Estado, había resistencia del movimiento sindical, y como estaban dadas las condiciones en América Latina para que en algún momento eso ocurriera, fue un trabajo permanente. Se pudo resolver la paralización de 14 días en nuestro país porque existía un movimiento sindical, no solamente organizado, sino que había discutido en profundidad en cada lugar de trabajo [...]. Y la forma de cómo íbamos a responder [...] no fue de forma espontánea, no se hubiese podido hacer. Hoy, de repente es muy difícil entender porque estamos permanentemente comunicados, tenemos los celulares, pero en aquel tiempo no teníamos teléfono [...]; realmente fue un hecho organizado, trabajado desde abajo y con un relacionamiento muy grande entre la dirección y las bases del movimiento en las fábricas. De lo contrario no hubiese podido realizarse [...]. La propuesta de la Convención Nacional de Trabajadores no era hacer una huelga de resistencia. Nosotros pensamos en su momento que la huelga de resistencia debía transformarse, si realmente queríamos derrotar a la dictadura, en una huelga insurreccional, con el apoyo de los partidos políticos y parte de las Fuerzas Armadas. Esa situación no se dio. El apoyo más claro fue el del Frente Amplio y de algunos sectores del Partido Nacional, que después se disgregó debido a que sus máximos dirigentes se fueron a la Argentina [...]. Y llegó un momento que hubo que levantar la huelga, porque el desgaste era muy grande, no había eco en otros sectores y hubo que levantarla. Se prefirió no negociar con la dictadura y pasar a otro tipo de resistencia, que era una resistencia de tipo clandestina (Villaverde, Rubén, testimonio oral, Montevideo, julio, 2018).

Rubén llega a Buenos Aires, previo paso por Brasil, en plena transición política que coincide con una reestructuración partidaria con el propósito de empezar a pensar en el retorno.

[La huelga] duró catorce días, quince días duró, según si se cuentan los días o las noches [...]. Hay matices [...]. Algunos gremios demoraron

un día más en levantar. No fue solamente en Montevideo, sino en la mayoría del país. Hubo hitos muy importantes en Canelones, Paysandú, Maldonado, Salto; pero, en general, en todos lados la huelga fue, digamos, como huelga en sí, un éxito; la movilización pudo concretarse. Como resultado de esa huelga, tenemos que decir que la perdimos, porque no logramos derrotar la dictadura. Más allá que se diga la dictadura nació muerta, bueno, todo lo que se quiera, pero en definitiva yo creo que hay que ceder también [...]. La huelga permitió sí una resistencia clandestina distinta [...]. [El paso a la clandestinidad] no fue automático, no fue un problema mecánico, hubo todo un espacio de tiempo en que fue bastante dificultoso, porque los dirigentes sindicales estábamos acostumbrados a que nos vieran, y la mayoría de los dirigentes sindicales tuvimos que salir a organizar la forma clandestina. La prueba está en que caímos rápidamente presos. Yo duré muy poco libre [...]. La huelga se levantó el 12 de julio y al otro día me detuvieron. Me presenté a mi lugar de trabajo, porque la mayoría de los dirigentes entendíamos que no podíamos, salvo excepciones, que sí se tuvieron en cuenta, los que estábamos en condiciones nos presentábamos frente a nuestros compañeros que hicieron la huelga [...]. Yo trabajaba en OSE y me sacaron de adentro del edificio. [Fue] la Marina y me detienen hasta casi fin de año. Es decir, nos querían hacer responsables de lo que ellos llamaban la asonada del 9 de julio [...]. En la denominada Operación Zorro detienen a Seregni y a su equipo más cercano; y después a Tamayo, Félix Díaz y a mí nos detienen y nos quieren vincular con esa Operación. El juez militar en definitiva decreta la liberación de los tres, nunca fuimos citados [...]. Yo estuve en la Marina [...], a mí nunca me llevaron frente a ningún juez; sí me tomaron actas, pero el juez decretó la libertad vigilada de nosotros antes de las fiestas de fin de año. Entre el 22 y el 29 de diciembre quedamos libres, en condición de libertad vigilada. Tenías que presentarte, todas las semanas yo tenía que presentarme aquí, con la dirigencia de la Naval para decir que estaba. Luego me vuelven a detener, porque nosotros tratamos de re-abrir los sindicatos [...]. Hubo una gran asamblea donde fue Bolentini y fueron los dirigentes sindicales y se enfrentó la situación y ellos resolvieron que los gremios podían volver a funcionar sí eran capaces de reafiliarse

nuevamente de acuerdo a determinadas fichas de afiliación que entregó la misma policía [...]. Para ellos fue un fracaso, porque se afilió casi todo el mundo. La orden que se dio fue que se afiliaran y eso llevo de a poco a la clausura de la mayoría de los sindicatos. A muy pocos sindicatos, el caso de AEBU es emblemático, no los cerraron, pero la mayoría sí. De cualquier manera, hay que decir que la gente se las ingenió y las fuerzas políticas, no solamente el partido, sino la fuerza del partido socialista y las fuerzas de izquierda lograron, a pesar de los golpes que fueron recibiendo... El otro día se inauguró el memorial donde se recuerda a casi 3.000 personas que pasamos por el penal de Libertad, yo me incluyo [...]. En el año '75' [...] estuve recluido cuatro meses en el Cilindro Municipal, que ya no está. Fue un lugar que se convirtió en cárcel durante la dictadura, y estuve junto a toda la dirección. Quisimos reconstruir la vida sindical en OSE y la directiva entera marchamos para el Cilindro. Y ahí sí pasé a la clandestinidad, porque no había garantía ninguna de que siguiera libre [...]. Caigo nuevamente. Y me liberan en 1980. Ahí estoy unos meses que tenía libertad vigilada, tenía que ir a firmar al cuartel de Ingenieros cada quince días, después acá en el Prado, atrás de la cancha de Stockolmo, también cada quince días, y en el '81', '82', nos llega la noticia de que nos están buscando de nuevo [...]. Van a la casa de un compañero y preguntan por Rubén Villaverde y dice no, acá no vive, pero vivía otro bancario que se llamaba Rubén y entonces se fueron y preguntaron a la señora el nombre de ella y no terminaron de irse y ella se fue a un almacén de la esquina y me dijo: "Rubén te están buscando". Ahí me preparé las cosas y marché para Brasil (Villaverde, 2018).

Cristina Zitarrosa llega a Buenos Aires, muy poco tiempo antes del golpe de Estado [de marzo de 1976] y lo hace con parte de su familia, dejando una casa allanada y "marcada", por tanto, inhabitable.

Cristina Zitarrosa. Trabajaba en el diario *El Popular*, afiliada al partido y militante orgánica. Estábamos al cierre de *El Popular*, militaba clandestinamente. Yo llegué acá [a Buenos Aires] el 18 de febrero de 1976, y un mes antes me dicen que hay que irse. Eso significaba la movilización de toda la familia, porque eran tres niños en escalerita,

mi madre, y el padre de los chicos. [Los dos] hacíamos tareas, pero las hacíamos como se debían hacer, compartimentadas. Ni él sabía lo que yo hacía, ni yo sabía lo que él hacía. En el último tiempo yo ya estaba un poco exonerada del tema. Nosotros, concretamente, trabajábamos con Eduardo [Viera]. No sé lo que hacía Suárez, pero lo que me tocaba a mí era conseguir material sobre economía. Como yo vendía libros, andaba caminando por todos lados. Y además él [Viera] estuvo viviendo en nuestra casa [...] donde recibimos la visita de las fuerzas conjuntas en el 75'. Pasó todo un año, y esa noche, además, todos tuvimos la suerte, incluido Viera, que había ido a otra casa a estar con su compañera. Al otro día tenía que hacerse análisis, que yo le había sacado los turnos [...]. Como te digo, pasó todo ese tiempo, la casa quedó muy marcada, después que estuvieron ya Viera no volvió, pero nosotros seguimos trabajando, hasta que (...) empieza la gran caza de brujas del partido, que es en el 75' (Zitarrosa, Cristina, testimonio oral, Buenos Aires, octubre, 2015).

Cristina trae en su testimonio algo de lo que fue la estructura de la militancia vinculada a *El Popular*, órgano de difusión del PCU, que comparte particularidades con otras estructuras y da cuenta de cierta inexperiencia vinculada a la compartimentación y de la solidaridad aún en tiempos difíciles.

Lo jocoso de esto es que después nos fuimos enterando [...] porque los que trabajábamos en el diario creíamos que había un aparato paralelo para todo el tema de la propaganda, la *Carta* clandestina y todo eso. Pero después nos dimos cuenta de que no, que éramos exactamente todos los mismos, todos en diferentes lugares, inclusive había gente que venía de otros lados [...]. Como dato te doy, por ejemplo, que con nosotros trabajaba Mingo, un compañero [del sindicato] de la Lana, que falleció estando preso. Estaba en autodefensa en el diario, era chófer de Viera, y trabajaba con nosotros. Inclusive me llevaba a controlarme con mi tercer hijo, que estaba embarazada. Ya en los últimos tiempos te digo que era una cosa terrible, la caza de los comunistas era terrible y ya no había dónde quedarse, no había casas, y este pobre compañero se quedaba a dormir en la playa. Nosotros en esa época estábamos haciendo la vivienda de ayuda mutua, en

la que viven todavía hoy cantidad de camaradas, allá, cerca de lo de Manuel [Liberoff]. Eran viviendas del SUNCA y había dos o tres sindicatos más. Logramos entrar ahí, y la paradoja es que nos entregan la llave cuando estábamos en esa situación de que había que hacer papeles [para irse]. Lo que recuerdo es que Suárez [el marido] le dijo a Mingo “mirá, Mingo” –había que ver en la cara de aquel hombre la desesperación, tenía hambre, barbudo, imagínate cómo andaba, lo que se llamaba a monte, monte– y le dijo “mirá, te doy la llave”, o le hizo un duplicado [...]. Y bueno, él se quedó, no sé cuántos días se quedó ni cómo, y le dijo “quedate acá”. Le llevó un colchón, unas velas, le dijo “tené mucho cuidado con las velas porque de noche se ven, y esta casa se sabe que está vacía, pero por lo menos acá no te van a venir a buscar”. Bueno, esas son las últimas cosas que te puedo decir. Porque [Suárez] tuvo que entregar la llave para decir que tenía un curso, una beca, no sé qué [en Buenos Aires] y que no íbamos a quedarnos con la casita, y devolvíamos la llave (Zitarrosa, 2015).

Los modos discursivos de decirse, de referirse al contexto constituido por espacio, momento y circunstancias son particulares en contenido y en forma. Cada quien expresa de sí aquello que en el momento y en el contexto de la entrevista, por motivos no siempre conscientes, sale a la luz, se hace palabra y vínculo. Lo que en ese momento es significativo, puede no serlo luego y la inversa correspondiente. También el paso del tiempo hace su trabajo de extrañamiento y se anticipa la posibilidad de que quien testimonió entonces pueda pensar que hoy lo haría de otra manera o que aquello que destacó como importante no lo es tanto y que habría otros datos que podrían estar en la construcción narrativa de presentarse y situarse antes de Buenos Aires. Ninguna de estas suposiciones quita el valor de lo dicho, que fue dicho en una coyuntura irrepetible. Otras posibilidades o versiones serían igualmente válidas, pero ya estarían producidas en otro recorte de vida, de vínculo con el entrevistador y de la vida de quien cuenta, aunque solo hubiera pasado un corto momento. Los escenarios son casi instantáneos, y los libretos también.

La sola mención de lo “biográfico” remite, en primera instancia, a un universo de géneros discursivos consagrados que tratan de aprehender la cualidad evanescente de la vida oponiendo a la repetición abrumadora de los días, a los desfallecimientos de la memoria, el registro minucioso del acontecer, el relato de las vicisitudes, o la nota fulgurante de la vivencia, capaz de iluminar el instante y la totalidad (Arfuch, 2002, p. 17).

La selección de marcas identitarias es tan coyuntural como oportuna para quien se reconoce en ellas. La elección de la afirmación de las formas de nominarse (soy, me llamo), la determinación de los tiempos que marcan relaciones pasado-presente (hoy soy, fui, ahora, antes, estuve), la ubicación en una serie (edad), la posición frente a cuestiones de género (mujeres que refieren a su profesión en masculino, hombres que sólo hablan en masculino y no reconocen la presencia de mujeres), la ubicación en la genealogía familiar (hijo de, padre/madre de), la presencia de descendencia (hijos, nietos), la perspectiva de lo colectivo (los que éramos, cuándo íbamos) son trazas que desbordan lo individual, muchas veces provienen de un recorte temporal con señas compartidas, de un colectivo real o imaginado y un instante y otras los determinan.

La memoria generacional es también una memoria de fundación que tiene su lugar en el juego identitario. Es a la vez horizontal y vertical, y presenta dos formas: una antigua y una moderna. La forma antigua es la memoria genealógica que se extiende mucho más allá de la familia. Es la conciencia de pertenecer a una cadena de generaciones sucesivas de las que el grupo o el individuo se sienten más o menos herederos. Es la conciencia de ser los continuadores de nuestros predecesores [...]. La forma moderna también desborda el marco familiar, pero es fundamentalmente diferente [...], es intergeneracional y no tiene vocación de ser transmitida; es propia de los miembros de una generación determinada [...]. Además, la definición de ese tipo de generación no se hace a partir de criterios puramente biológicos (la pertenencia a una categoría etaria o a un conjunto de categorías etarias), sino que hace intervenir también criterios sociales, culturales e

incluso políticos [...]. Los miembros de cada una de esas generaciones<sup>1</sup> construyeron y llevaron su propia memoria en función de la imagen que se hacían de esa propia comunidad (Candau, 2001, pp. 139-140).

La conjunción entre la vida, la situación política, las tareas militantes desarrolladas en el Uruguay antes del cruce y las nuevas, aprendidas (o inventadas) y desplegadas en un escenario cambiante, de democracia con fisuras a dictadura en Argentina, fueron determinantes no solo de derroteros geográficos, sino también de formas de lo cotidiano (lo legal o lo clandestino), de modos de nominarse (alias, nombres de batalla, sobrenombres) y de formas de transitar espacios y fronteras (documentaciones falsificadas). Nada de todo esto pasa sin dejar señales que no son estancas; se redimensionan, reformulan y traducen en recuerdos o en olvidos personales y compartidos.

Solo el artefacto de la memoria permite recobrar, en una doble dimensión histórico-social y psicológica existencial el horror de “los años encapuchados” para integrarlos en su pleno significado a la experiencia de lo vivido. Al hacerlo así, la memoria individual, convertida ahora en memoria colectiva, reestablece la continuidad histórica del país, lo que equivale a recuperar su identidad. Su pasado, su presente y su futuro (Conteris, 1997, p. 11).

La llegada a Buenos Aires fue a la vez colofón e introducción. Marcó el término en la vida de muchos militantes de la tremenda experiencia de los requerimientos, las detenciones, la tortura, las fugas, los cambios de vivienda, el abandono familiar, la pérdida de rutinas, la inestabilidad emocional. A la vez instaló otros hábitos, habilitó otras costumbres, obligó a nuevas prácticas que no siempre resultaron alivio, pero al contrario marcaron nuevos riesgos. Ambas circunstancias, cierre de una etapa y apertura de otra con

<sup>1</sup> Este grupo de testimoniados correspondería a la generación de los setenta –aunque con amplitud etaria– así como se reconoce la generación del 68’, la de la guerra de Argelia, la de la guerra del 14’, la de la ocupación y otras más.

muchos interrogantes sobre su futuro dejaron marcas que no se borran por más que se trabaje sobre ellas en el intento de elaborarlas sabiendo que no habrá recuperación del daño.

¿Es que acaso la justicia podía reestablecer un equilibrio en que lo perdido se recuperara? Eso es imposible. Solo la crueldad del Tali3n puede tener la ilusi3n de esa recuperaci3n. ¿C3mo se puede medir, no digo un mes de tortura, tan solo una hora del plant3n, del insulto, el pu1etazo, la picana? ¿C3mo resarcir a1os de c3rcel? ¿C3mo se saldan doce a1os de exilio? ¿Se puede recuperar un hijo muerto? No. No se trata de eso, porque no hay proporci3n entre el delito cometido y cualquier forma de sanci3n que se promulgue, ya que no nos va a devolver los muertos, la vida consumida en la c3rcel, ni va a hacer desaparecer el miedo que padecemos [...]. Pero el trabajo de la memoria es implacable y si no se recupera simb3licamente reaparece como s3ntoma en lo individual y en lo colectivo (Vi1ar y Vi1ar, 1993, p. 6).

Las circunstancias y las marcas desbordaron lo personal y colectivo. Atravesaron, desde el contexto y el derrotero geogr3fico las estructuras y necesidades partidarias, la distribuci3n y asunci3n de responsabilidades, la preocupaci3n por los cuidados y por no perjudicar a nadie, la atenci3n a quien lo necesitara, dentro o fuera del territorio uruguayo, y las garant3as que posibilitaran la supervivencia de militantes y militancias.

Al llegar a Buenos Aires quedaban como tel3n de fondo, adem3s de las experiencias y emociones personales asociadas al padecimiento, a las vidas “partidas” entre legalidad y clandestinidad, el recuerdo de la resistencia a las medidas prontas de seguridad primero y al golpe luego, y de la gesta de la huelga general, de los compromisos y acciones militantes partidarias, gremiales, estudiantiles.

El momento vital –juventud, madurez– en el que se atraves3 la prueba del traslado a Buenos Aires tuvo significados y desenlaces diferentes en relaci3n con los proyectos de cada uno, la conformaci3n familiar, el v3nculo con el lugar de origen, las aspiraciones

profesionales, las relaciones orgánicas con la estructura partidaria y el futuro.

En algunos casos pudo concretarse la ilusión del retorno definitivo; en otros, después de haber vuelto al Uruguay y ante dificultades de distinto tipo –también adaptativas–, hubo regresos a Buenos Aires y también están los que quedaron instalados en ese refugio esquivo que un día los recibió.

Habiendo presentado a los testimoniados y las condiciones que los obligaron a partir de sus lugares de origen, se presenta la oportunidad de recorrer los laberintos de las formas que adoptaron los cruces para llegar, cómo organizaron sus vidas en la nueva cartografía, de qué manera se desarrollaron las responsabilidades militantes y finalmente, provisoria o definitivamente, cómo fueron los retornos.

De eso tratan los próximos capítulos.

## A Buenos Aires había que llegar

*No me acuerdo qué año. Recuerdo que era en invierno y que cayeron por casa dos personas. El recuerdo físico que tengo es que eran dos tipos inmensos, barbudos. Estuvieron un par de día en casa, no sé haciendo qué, no sé por qué pararon en mi casa. Pero lo que sí me acuerdo es la despedida, que era en la Plaza Libertad, de donde salía una empresa que se comunicaba con Buenos Aires. Y me acuerdo de la salida de ellos. Creo que era a las seis de la mañana que salía el bus en pleno invierno. Estábamos seis personas y yo, mis padres; Rita Bialer y Aarón Vandel, que también estuvieron con ellos en la vuelta, y yo no sé por qué fui a despedirlos a esa hora. Eso no sé. Me habían tratado amablemente. Eso sí lo recuerdo. Y de golpe lo que pasó es que los seis terminan despidiéndose cantando La Internacional en una especie de círculo. La imagen que tengo es que estaban como dándose la mano, o algo así. Y los seis cantando La Internacional.*

Marcelo Diamant. Testimonio escrito, agosto 2020.

Esos destellos de recuerdos nos traen al presente aquellos tiempos cruciales y riesgosos en los que cientos y miles de militantes –no solo– uruguayos debieron tomar el camino de abandonar su tierra, su casa, sus relaciones, sus vínculos y sus familias. Hubo

decisiones personales y partidarias. Las orgánicas, impulsadas por las circunstancias represivas que la dictadura impuso y con ella la intensa, violenta y sistemática persecución contra la oposición. Las individuales sumaron dificultades económicas, miedo, desesperanzas y, sobre todo, imposibilidad de visualizar un futuro próximo que devolviera las posibilidades de la vida común, la conocida.

Sufrieron ausencias y pérdidas que son comunes a cualquier tipo de migración, pero también experimentaron la violencia que los llevó a la emigración forzada; ellos vivieron en el seno de su familia los traumas, rupturas e incluso divorcios que en muchos casos se suscitaban; pero ya había heridas y *marcas* previas al exilio: allanamientos, tiroteos, ausencias, miedo, vergüenza, que fueron resignificados (Gatica, 2011, p. 152).

Sin duda, las intensidades difirieron, así como los modos de traslado, siempre en la tensión entre legalidad y clandestinidad, entre la soledad y la compañía, entre la planificación y lo imprevisto.

Lo que emerge en común, de las varias rememoraciones, es cómo actuó un grupo específico y heterogéneo en relación con la organización política del PCU, sobre la que recayó una persistente represión que afectó su estructura, y dañó la integridad física y emocional de decenas de miles de militantes y dirigentes. Esa represión era parte indisoluble de la estrategia del terrorismo de Estado.

Durante los años setenta Buenos Aires se transformó en el punto de confluencia de buena parte de los refugiados<sup>1</sup> uruguayos (y latinoamericanos) y de casi todas las organizaciones y partidos políticos perseguidos durante la dictadura uruguaya [...]. Así fue que principalmente Buenos Aires adquirió en los setenta un significado político especial para el repliegue y la resistencia uruguaya. Constituyó la base política del exilio organizado [...]. Se convirtió entonces en un

<sup>1</sup> Refugiados, exiliados y migrantes en general.

destino político en que los distintos grupos levantaran sus respectivas estructuras. Desde antes del golpe de Estado en Uruguay en 1973 pero, particularmente, a partir de ese momento, las organizaciones se van trasladando al otro lado del río (Porta y Sempol, 2006, p. 98).

La decisión del traslado, propia o por mandato partidario, que puede interpretarse como salida, huida, reacomodamiento o modificación de la responsabilidad militante, conlleva singulares experiencias con muchas facetas y planos, para lograr el objetivo que, en las experiencias narradas, era alcanzar “la otra orilla”, Buenos Aires, o algún punto del territorio argentino. Hacerlo planificado o impelido por las circunstancias, solo o acompañado, legal o clandestino, por medios de transporte formales o improvisados, imprimió movimientos específicos y dejó trazas diferentes. Atravesar tres tramos –salida, traslado y llegada– sumó requerimientos y contactos que, en muchos casos, estuvieron previstos y funcionaron; en otros, presentaron fallas o filtraciones y, en algunos, se desarticularon y el eje rector pudo haber sido la casualidad u otras vías no previstas.

Mientras tanto, en la larga década en la que se produjeron los cruces, también se registró un tránsito que desplazó a una Argentina que vivía la fugaz *Primavera de Cámpora* pasando por el brutal accionar de la Triple A en el tercer peronismo, con el incipiente y cruel comienzo de la operación Cóndor, hasta culminar en la dictadura denominada Proceso de Reorganización Nacional.

Hubo un viaje, no solo un traslado material. Una transformación que hizo madurar en una dirección no prevista [...]. Una condición de aceleramiento múltiple que combinó, en un cambio de escenario, una subversión de la actualidad, una transformación de los tiempos y de las distancias, una indispensable acentuación del individualismo, una profunda transformación de la subjetividad y del manejo del entorno y de rituales conductuales [...]. Entre traslado y reinstalación se sustituyeron situaciones de seguridad o por lo menos conocidas, por otras amenazantes, se generaron espacios simbólicos

y se trastocaron códigos de familiaridad, estableciendo límites difusos entre realidades, libertades y formas de control y comunicación (Diamant y Dutrénit Bielous, 2015b).

En todo momento, mientras se enrarecía y endurecía la enmarañada y violenta vida política y cotidiana argentina, cruzar desde el Uruguay e instalarse en esa otra y nueva geografía lindaba con la impronta presente en todos los exilios: la urgencia por proteger la vida y la libertad mientras se encontraban espacios y formas de estabilidad y resistencia. Estar en Buenos Aires o en otras jurisdicciones del Estado argentino significó enfrentarse a la multiplicación de riesgos que encuentran ejemplos trágicos como el asesinato de Raúl Feldman en diciembre de 1974 y el secuestro y desaparición para Manuel Liberoff en mayo de 1976, sumados a muchos más, comunistas y no comunistas.

Argentina, y Buenos Aires en particular, resultaron un destino clave de reorganización del PCU, complejo de conocer y de abarcar y que abrió la pregunta de cómo se ingeniaron los militantes comunistas para sortear la persecución que sobre ellos recaía en Uruguay, cruzar fronteras no siempre delimitadas y llegar al país vecino. Las variables en juego para responder fueron múltiples, desde lo económico, la documentación, los medios utilizados, sistemas de avisos, recepción, protección, situación familiar, tarea encomendada, expectativa personal, condiciones familiares y de seguridad, entre tantas otras.

El valor de los relatos recogidos en esta investigación alcanzó a visualizar y aprehender un abanico de situaciones que casi permitirían dibujar un gran “fresco”, sin desconocer que las evocaciones de los protagonistas se tiñen muy fuertemente de subjetividad e incorporan juicios valorativos, algo así como reconstrucciones literarias de sucesos e historias de vida, y cada relato es otra historia, aunque varias refieran al mismo acontecimiento. La idiosincrasia de las memorias y de los contextos de rememoración y transmisión dan identidad propia a las narrativas.

Tanto la noción de memoria cuanto las de autobiografía e identidad narrativa tienden a remitir a la esfera de lo individual [...], a un sí mismo enunciado en singular. ¿Cómo pensar entonces que un relato autobiográfico puede iluminar un contexto social? Paul Ricoeur señala que, si bien existe una primacía del uso individual de la noción de memoria, es posible hablar de memoria colectiva básicamente por tres razones. Primero porque no se recuerda en soledad sino con ayuda de los recuerdos de otros. En segundo lugar, porque nuestros recuerdos son a menudo recuerdos prestados de los relatos contados por otros. En último lugar, porque nuestros recuerdos se encuentran inscriptos en relatos colectivos que a su vez son reforzados mediante conmemoraciones y celebraciones públicas (Oberti, 2006, pp. 51-52).

Se perciben los matices y las diferencias entre quienes pudieron hacer el cruce de manera legal, con su documentación, y quienes debieron hacerlo sin documentación o con documentación falsa. También marcaron las rutas por agua, tierra, aire, así como el tipo de transporte, según fuera formal o informal.

Los relatos captan distintas tonalidades que marcan lo particular de cada historia –y todas cuentan desde diferencias en las experiencias, los sentimientos y las sensaciones– y el modo de acercarse a los recuerdos, desde un presente que dialoga con triunfos y derrotas, con facilidades de inserción y desarraigos, con retornos o distancias territoriales que se perpetuaron y en ningún caso discute el valor de verdad. No son los acontecimientos los que nos llegan en los testimonios, es el proceso de recordar, olvidar, valorar y matizar que cada quien ha hecho.

La historia oral ha llegado a un acuerdo, desde un principio, retomando una definición del novelista americano Nathaniel Hawthorne, con lo que he llamado “la verdad del corazón humano”, y que una historiadora importante como Luisa Passerini formalizó en términos de “subjetividad” [...]. La subjetividad, la memoria, no son distorsiones de la historia, sino que esos mismos hechos históricos son construcciones de sentido que tienen un impacto sobre las elecciones y

los comportamientos de las personas, y, por tanto, actúan concretamente en la historia (Portelli, 2018, p. 10).

Muchos escaparon con riesgos máximos y no todos lo cuentan igual, porque no lo han vivido igual. Entre los operativos complejos, el cruce por el río Uruguay de los requeridos resultó de los más arriesgados, y hubo varios, todos con sus matices y diferencias. Este tipo de experiencia demandó acompañamiento y logística o “tutoría” para asegurar el éxito de la misión, como lo relata Geza Stari.

Esa fue una pequeña odisea. El 2 de noviembre del año 75´ me vieron a buscar en un coche y salimos rumbo al oeste. No sé si va otro coche adelante –había todo un cuidado para ver cómo estaba la ruta– pero teníamos que llegar al oscurecer a una playa en Carmelo. Paramos a comer en algún lugar por ahí para hacer tiempo [...]. Para hacer tiempo paramos en una cancha de fútbol, a mirar el partido y de repente un patrullero estaciona atrás de nosotros. También, se bajaron a mirar el partido, no pidieron documento, no hablaron con nadie. La única cosa es que nosotros para salir teníamos que [...] esperar que se fueran. Felizmente, estuvieron no más de media hora y pudimos seguir tranquilamente. Cuando se fueron salimos y seguimos viaje [...]. Llegamos hasta una playa que supongo debía ser ahí por la zona de La Agraciada. Apareció un flaco. Yo me acuerdo que me habían dado dinero para dos cosas: primero, para comprar 500 argentinos [...] y la otra cosa que me dieron fueron 800 pesos. Me acuerdo muy bien, era el equivalente a 200 dólares [...] para darle al botero. Ahí apareció un flaco que cambió unas palabras. Ahora no me acuerdo si fui yo o fue la persona que iba conmigo que le dio los 800 pesos. Tal vez haya sido la persona que iba conmigo, no me acuerdo. Sé que, previo pago de 800 pesos, acompañé al botero entre esos caminitos que hay, senderos en el medio de la playa cuando hay mucho arbusto. Había un pequeño bote... Me acuerdo, lo veo... Me parece que era chiquitito, pero debía ser un bote de esos normales. El tipo se sentó en los remos. Yo llevaba, me acuerdo, un pilot de esos de nylon finito y el traje. En aquella época el traje era casi obligatorio

para los profesores. Y una bolsita con alguna ropa. No me acuerdo ni qué tenía adentro, una muda de ropa y nada más. Empezó a remar y me dijo que me agachara porque los faros de lejos podían divisar algo. Él no sé cómo iba remando, pero tal vez le preocupaba que vieran a alguien. Él debía estar pasando ida y vuelta relativamente con frecuencia. Pasamos una hora, más o menos, creo que no más de eso –el tiempo me pareció largo, pero no debía ser más de eso– para cruzar la parte ancha de río y nos metimos entre unos canales. Mi temor mayor era esa parte ancha de río porque digo: “Aquí, si se vuelca, la quedo yo”, podría nadar unos metros, pero no para salir de ahí. Después ya era fácil porque en realidad teníamos la tierra. No sé cómo era, pero eran canales donde, para mí, apenas pasaba el bote [...]. Fue andando un buen rato, bastante, porque llegamos sobre la medianoche a un lugar donde bajamos, ató el bote y subimos a una aripuca, esos palos con una pequeña plataforma y un ranchito, sin puerta, sin nada. Hacía bastante frío a pesar de que estábamos ya en noviembre. A la otra mañana él fue a buscar pan y un poco de fiambre. Comimos algo en la mañana y sobre el mediodía en un boliche característico de embarcaderos de madera. Eso ya del lado argentino. Pasó una lancha argentina de esas que van a Tigre, que hacen el servicio puerta a puerta, o puertito a puertito, y llegué en dos o tres horas a Campana (Stari, 2014).

La ruta en la que se combinaba el cruce en lancha y la necesidad de acompañar a quien salía, así como los imprevistos que había que sortear con la mayor naturalidad posible, presentes en el recuerdo compartido por Stari, dan cuenta tanto del propósito de proteger la vida de quien debía hacer el cruce como del valor del objetivo que tenía para cumplir y el compromiso con la tarea de organizar el grupo operativo del PCU en Buenos Aires y de las situaciones de extrañeza que producía.

El hombre se construye a partir de sus ilusiones y de sus proyectos, y una de las dimensiones de su existencia es el hecho de remodelar permanentemente ese juego de ilusiones y de proyectos, que se juega entre el ser y su entorno. El exilio hace abortar ese movimiento y lo

destruye, para reiniciarlo en la extrañeza de lo no familiar. Por eso su dimensión de traumatismo. Se presenta como un tiempo de inercia y de contemplación, que emerge luego de la tormenta, el naufragio y la catástrofe; propone el desafío de lo que es posible construir a partir de la pérdida, de la desilusión, del descorazonamiento, de la derrota (Viñar y Viñar, 1993, p. 88).

Esos cruces para llegar al otro lado del río Uruguay fueron una experiencia de ruptura y de proyección que se repitió en muchos casos, con variantes que nunca estuvieron exentas de tensiones y riesgos para, finalmente, lograr con éxito alcanzar la orilla de enfrente del río. Lanchas y botes rústicos, transportes informales, caminatas por pastizales y pantanos, la falta de luz natural, la presencia de otras embarcaciones, las inclemencias del tiempo, hacían de los recorridos momentos de inseguridad, alarma, de resolución inmediata de escollos no planificados y, por qué no admitirlo, de cierta cuota de aventura.

En la remembranza de Esteban Valenti se aprecian las vivencias que hacen posible captar emociones, sensaciones y también recomposiciones.

Me fui con un compañero del aparato militar que me llevó hasta la ciudad de Carmelo. Me acompañó [...], fuimos en ómnibus, separados [...]. Después me llevó a la casa de un compañero maravilloso, que se llamaba Saguero, muy humilde, una casa muy humilde. Me quedé un día y medio y después fuimos hasta un arroyo, con el bote de un nutriero traficante [...], contrabandista. Cruzamos a la Argentina. Tuvimos un percance, porque se le enredó una línea de pesca en la hélice del botecito y en vez de pasar por enfrente de la Zona Franca [fuimos] por donde estaba la zona de guardia de la Marina [...], en vez de pasar a las tres de la mañana, una cosa así, pasamos cuando ya había bastante luz [...]. Nos dieron voz de alto, nos dispararon. Pero estábamos tan pegados a la orilla del otro lado, que no pasó más que eso [...]. Me dejaron en un parador, donde tenía que tomar una lancha; tenía mil pesos argentinos, me acuerdo perfectamente, un billete nuevo de mil pesos argentinos que nadie me lo quería cambiar.

Tuve que esperar la lancha con millones de mosquitos, porque hacía bastante calor [...]. Con la lancha estuvimos como cuatro horas, esas lanchas típicas del Tigre [...]. Me fui para el centro (Valenti, 2014).

Las lanchas y los botes cruzaban y regresaban y merece recordar como lo hacen los protagonistas de este trasiego que, quienes lo materializaban corrían enormes riesgos por ayudar en la “fuga”. Eran verdaderos héroes, como lo señalan los testimonios y, en su inmensa mayoría, héroes anónimos. Los lancheros, los boteros, tuvieron un papel esencial en aquellos años y viajes. Para el traslado iban a veces diseñando distintas estrategias, a veces resolviendo imprevistos y a la vez, con mínima tecnología y herramientas, afrontando asuntos técnicos y mecánicos.

No solo se trataba de cruzar a los militantes comunistas, también se procuraba que después de la llegada, una vez en territorio argentino, las cuestiones prácticas y sobre todo de seguridad se resolvieran con la mayor celeridad y contención posible.

Un ejército silencioso [...]. Una tribu [...]. Y como eran un ejército silencioso, se deslizaban también silenciosamente por la sociedad argentina. Es decir, vivían, convivían, trabajaban, presentaban sus cosas, sus productos. Pero trataban –algo así como un ejercicio de prudencia o de delicadeza, si se quiere– de pasar inadvertidos (Jitric en Diamant, 2000, p. 66).

Un cruce que debió realizarse de manera abrupta, en el que se recurrió a un lanchero por relaciones de confianza, con una embarcación muy sencilla y con muestras potentes de solidaridad que contribuyeron a su salida del país, pero también a garantizar condiciones de seguridad una vez que cruzó el río, fue el de José Cippollini.

Había salido un martes al carnaval, al baile, con mis amigos [...]. A las 11 de la mañana me despierta mi madre –yo me había acostado a la madrugada–, dice: “Mirá, levántate, levántate, llevaron preso a Fulano y a Mengano”. Digo: “¿Cómo lo van a llevar preso si estuvimos

toda la noche juntos en el baile?” “No”, dice, “pero hoy a la madrugada cayó el ejército y se llevó...”. Ese día se llevó como seis, siete. A la madrugada los llevaron a la comisaría. Entonces a la tarde, después de comer, voy a trabajar a la imprenta y el dueño de la imprenta me estaba esperando y me dijo: “Te tengo la liquidación hecha, ahí tenés el salario de este mes de febrero, salario vacacional, el aguinaldo que te corresponde, tenés la plata, agarrá la plata y andá. ¿Dónde está tu hermano?” “Está en Palmira” le digo; tenía novia también. Entonces dice: “Te vas y vas a hablar con un compañero, el señor Vasallo, que tiene una lanchita de madera. Él es argentino, el hermano de él estuvo asilado acá en esta casa –en la imprenta– cuando el peronismo perseguía a los socialistas de la Argentina, en la década del cincuenta. Este Vasallo me dijo que tiene un hermano que fue edil socialista y en la época del peronismo se asiló en mi casa. Yo como socialista le di asilo, entonces vos andá a hablar con el hermano, que te mando yo y que te lleve para Tigre, y que vas a la casa de Renato Vasallo que era el exedil socialista y explicale tu situación. Pasalo a buscar a tu hermano”. Yo voy a la casa de mi cuñada, la novia de mi hermano, y mi hermano no estaba, había sido detenido por las Fuerzas Conjuntas cuando entra a Carmelo y ahí le piden documento y lo detienen. Me entero al otro día [...]. Yo tenía 20 años [...]. La novia de mi hermano, me dice: “Román se fue para Carmelo [...]. Salió, le di un beso en la Onda, en la puerta de la Onda. Él subió y yo le di un beso y tiene que estar en Carmelo”. Digo: “No, en Carmelo no está”. Entonces no había otra explicación, que había redada de militantes. Me lo había anticipado mi patrón en la imprenta: “Usted no puede estar un día más acá en Carmelo, están llevando todos los militantes del Frente Amplio” [...]. Me quedé en la casa de ella y me llevó a hablar con este Vasallo [...] que tenía un barco ahí, en Palmira. Vivía en Palmira. Le pedí que me pasara y me dijo: “No hay ningún problema, yo no te puedo pasar, pero te va a pasar una persona que es de mi confianza”. Me llevó a hablar con él, me dijo lo que me iba a cobrar, era bastante caro lo que me cobraba, pero me pasó para la Argentina en una lancha el día 27 de febrero. Me pasó a una isla que está enfrente a Palmira donde hay un bar muy conocido, el bar del Cholo, que todavía existe, y ahí llegaba los miércoles, o los miércoles y los sábados, una lancha que

salía al Tigre. Hacía el trayecto del puerto de Tigre hasta ahí... hasta esa desembocadura del Sauce, la desembocadura del Sauce, frente a Palmira. Bueno, y ahí esperé un rato, me tomé esa lancha, fui a dar al Tigre a la casa del compañero Vasallo. Y cuando llego a la casa del compañero Vasallo golpeo y me atiende la señora y me dice: "Renato viajó hoy para Carmelo". Igual le expliqué la situación y me quedé esa primera noche ahí, en la casa de Vasallo y después tenía un teléfono de un muchacho de Carmelo que era amigo y estaba trabajando en Capital Federal, vivía allá, cerca de la cancha de San Lorenzo (Cippollini, 2014).

La experiencia de Hugo Altesor y María Trabanco refuerza cómo esas lanchas y botes que cruzaban permanentemente operaron en situaciones extremas, intensas y punzantes en relación con los temores y las particularidades de cada subjetividad.

No se trata de establecer jerarquías del dolor buscando construir una legitimidad del sufrimiento, sino de preguntarnos acerca de la ausencia o presencia de las marcas en las memorias de la represión (Lorenz, 2004, p. 23).

Hugo y María debieron dejar a su bebida indocumentada para que la cruzaran en otra embarcación. Fue una estrategia diseñada para una mayor seguridad en el traslado. En su itinerario queda la marca de otra de las características de muchos cruces de comunistas a Buenos Aires: hacer un "puente" hacia otro país.

Instalados en las afueras de Paysandú [Uruguay], el propósito era cruzar por el puente Paysandú-Colón, lo antes posible. El secretario del Partido en el departamento se mostraba escéptico sobre las posibilidades de éxito de este cruce. Sin embargo, el 2 de enero en la mañana [1976], el secretario de organización vino por nosotros. Nos dijo que acababa de cruzar el puente de ida y vuelta y estaba seguro que los controles eran mínimos y que no había listas de requeridos. A la tensión de esos momentos se sumaba un problema muy grave: nuestra bebida de tres meses estaba indocumentada. Roberto, así se llamaba este ángel de la guardia que nos salvó la vida, era un hombre

decidido. Arregló todo de forma tal que un tío nos cruzó la frontera, al día siguiente, al tiempo que Roberto y su esposa con una lancha, cruzaron el Uruguay con Laurita como si estuvieran paseando. Él nos había indicado en qué lugar de la orilla debíamos situarnos para entregárnosla. Nos colocamos en un lugar fangoso de la costa. La lancha, manejada por Roberto se acercó a baja velocidad y, sin detenerse, la esposa nos entregó a la bebida que casi voló hacia nuestros brazos [...]. Era pleno verano y le quedó toda la carita roja de ese viaje fluvial que hizo a tan temprana edad para entrar ilegalmente a Argentina. Hay muchos héroes que no han recibido el reconocimiento que merecen. Roberto es uno de ellos... horas después estábamos en Buenos Aires (Trabanco, 2004, p. 104).

En aquellos momentos ninguna experiencia de cruce dejó de generar peligro. Es cierto que, en especial, algunas resultaron en extremo riesgosas y arriesgadas. Entre ellas, las de quienes estando requeridos cruzaron por un medio formal, el aéreo, con documentación falsa y, sin duda, necesariamente camuflados y sin posibilidad de anticipar el impacto del apartamiento de lo común.

Lo nuevo se inicia con la separación. El alejamiento abrupto, desgarrante, de la tierra natal, del paisaje infantil, del hogar, de los amigos, del trabajo [...]. Se da la exigencia psíquica contradictoria de tener que conciliar el tiempo de repliegue de una labor de duelo, con la postura pujante y osada para subvenir a las exigencias de la supervivencia (Viñar y Viñar, 1993, p. 59).

Un caso que cumplió con estas condiciones y logró así desempeñar la tarea encomendada por el PCU, fue el de Roberto Pereira. Reacio a salir del país, aceptó el mandato partidario. Este sería su primer traslado a Buenos Aires, pero no el único cruce. Su responsabilidad en el equipo operativo del PCU, instalado en aquella ciudad, en los hechos tempranamente respecto al grueso de quienes luego llegaron, le obligó a realizar varios cruces durante la larga década de militancia clandestina.

Inmediatamente se desencadenó una vida clandestina en Montevideo [...]; recorriamos muchas casas [...], uno no se podía instalar en una casa y quedarse para toda la vida o tanto tiempo, sino que iba de lugar en lugar. Y así estuve muchísimos meses hasta que en el 74' terminé yendo a Buenos Aires, en setiembre del 74'. En agosto unos compañeros, que era con quienes yo trabajaba o tenía vínculo, me plantean que el Partido y la Juventud sugerían que yo me fuera a Buenos Aires porque allí ya estaban otros compañeros. Eso yo lo sabía, y se necesitaba la participación de otro, justamente porque se iba uno que estaba allí, que era un gran amigo, Benjamín Liberoff. Lógicamente, acepté. Lo primero que dije es que era por unos meses, que no quería irme. Eso son conversaciones [...] y después la vida transcurre por otro lado... El Partido, la Juventud, prepararon las condiciones [...]. En realidad, comparado con otras circunstancias, me trasladé muy cómodamente, porque lo hice en avión desde Carrasco, un avión de línea, y en realidad, estaba un poco camuflado y con una cédula distinta. No tuvo mucha vuelta y tuve suerte. Suerte que me acompañó, en realidad, toda la vida, porque yo siempre digo que hay aquellos que tienen mala suerte y algunos, buena suerte, en estas tareas de la clandestinidad. Porque a peligros, me sometí a miles y en algunos estuve a punto de sucumbir, pero, sin embargo, la vida me dio la posibilidad de seguir (Pereira, 2014).

Atravesar las fronteras con documentación falsa fue una práctica repetida en aquellos años, tanto para el cruce de una orilla a otra como para seguir luego a destinos más lejanos, para la instalación por años en territorio argentino como para las tareas de “correo”, de llevar y traer información. En todos los casos, la marca del compromiso fue no solo una garantía para el éxito de las misiones sino un suceso que sumó a la larga lista de variaciones sobre el tema.

Los estudios sobre migración generalmente abordan problemas de políticas estatales, estructura económica o demografía. Hay otra perspectiva, fortalecida en años recientes, abocada a comprender a los individuos que migran (...). Los relatos son también narraciones

de viaje que cuentan las vicisitudes de aventuras externas y de cambios internos (García Ortega y Necochea Gracia, 2012, p. 57).

Un testimonio ilustrativo que “combina” la cuestión de la documentación con la adaptación a la clandestinidad es el de Graciela Villar.

Ingresamos a Argentina con ayuda de los compañeros, vía Tigre, en una situación muy precaria. Allí nos recibieron los compañeros que ya estaban residiendo en Argentina e iniciamos nuestra vida clandestina. [Llegamos hasta Tigre] en un ómnibus de un amigo de mi padre que nos trasladó hasta ahí. Nos prestaron documentos de otros y cruzamos por las lanchas de Tigre [...]. Teníamos contacto con gente del Partido Comunista que nos ayudó. Nos quedamos en Buenos Aires. En una zona que se llama la Chiclana, en Buenos Aires (Villar, 2019).

También cruzaron quienes fueron expulsados habiendo estado presos. Los que hicieron ese tránsito mutaron, interna y externamente, estuvieron en situaciones que obligaron a transformarse y a poner en marcha conductas adaptativas.

El viejo narrador, aquel que vivía inserto en una comunidad de origen, pautado por relaciones primarias de sociabilidad, cede el lugar al viajante, aquel que conoce otras plagas, otras formas de organización de la vida social e individual, otros espacios, otros tiempos (De Moraes y De Menezes, 2011, p. 22).

Un ejemplo es el de Alberto Lastreto, argentino de nacimiento, que fue detenido y de manera abrupta desterrado. A pesar de las particularidades y la violencia, su circunstancia de salida del país puede interpretarse como legal. La particularidad del caso suma el hecho de haber sido un arribo temprano respecto a la llegada de tantos otros comunistas, e incluso distinta de las que se produjeron por una instrucción precisa del PCU.

Entonces yo dije bueno, algo raro pasa. A los pocos días me trasladaron a cárcel central y usaron la excusa de que era ciudadano argentino, nunca había vivido en la Argentina, pero tenía papeles argentinos y me obligaron a firmar una declaración absolutamente absurda, que apareció publicada en el diario *El País* [...]. Ahí dicen que soy un terrorista internacional venido a Uruguay para producir desastres y [...] las cosas mal y que, por esa razón, el Poder Ejecutivo, las FFAA, whatever, me expulsaban del país; y así me expulsaron del país [...]. Hablé con los compañeros y me dijeron “firmá, que importa un carajo”, y firmé. Estuve dos días incomunicado a oscuras en cárcel central en San José y Yí. De ahí me llevaron esposado al avión, me subieron, me acompañaron al avión. Hasta que el avión salió, ellos estaban a mi lado; bajaron y el avión salió y llegué a Aeroparque (Las-treto, 2014).

Hubo quienes estuvieron presos por periodos prolongados, en diferentes temporalidades, y que luego debieron partir, tanto por razones familiares como por responsabilidades que el Partido les adjudicó para realizar en Buenos Aires. Su cruce fue preparado por el Partido sabiendo que se trataba de casos muy riesgosos, donde además de la estrategia especulativa y práctica, tocó en la profundidad de las subjetividades entre el temor, el compromiso, entre lo material y lo simbólico.

Pudimos rehacernos un cuerpo [...] sustraído por escapes, violencias, anonimatos, fronteras, aduanas, documentos migratorios, costumbres, nostalgias, melancolías, desesperaciones [...]. Ese exiliado, nosotros, recuperando metafóricamente su cuerpo, tomó conciencia en dicho acto del destino ficcional del exilio [...]. El exiliado era el tejido, en contratrama, cuya figura en el tapiz tenía el rostro bordado de los muertos: las únicas “presencias” que se hacían presente en el tiempo (Casullo, 2001, p. 219).

El traslado de Federico Martínez fue riesgoso y sacudió no solo su experiencia personal sino la de toda su familia. Debí ser

“tutoriado” para garantizar que lograra sortear los puestos de revisión en un recorrido por ruta terrestre.

Cuando salí de la cana no sabía qué hacer: si quedarme, irme para otro lado o irme para Buenos Aires. Me parecía en principio una locura irme para Buenos Aires porque la dictadura era feroz, pero finalmente decidí hacerlo, previa consulta con el Partido. Eleonora ya estaba allá con los chicos. Después de siete, ocho meses [...], cuando me procesaron [...], pude firmar un documento que ya había iniciado Eleonora y pudimos sacar a los gurises [...]. Me tomé un ómnibus, eso estaba programado, después el programa salió bastante mal [...]. El programa era que venía un compañero a buscarme, que resultó ser un compañero bastante amigo, muy amigo. Nos tomamos un ómnibus. Fijamos el día que era bueno para salir, el 2 de enero. Era bueno porque todo el mundo estaba somnoliento. Incluido los de la aduana de Paysandú, que tenían un libro que miraban a ver si... Y ese día no miraban nada. En Paysandú iba a tomar un ómnibus que me iba a dejar en Colón... ese ómnibus había dejado de funcionar hacía años. Así que hice el trámite para salir y lo hice caminando por el puente, separado dos cuadras del que me iba vigilando por si me pasaba algo [...]. En la mitad del puente me para un auto. Yo dije, bueno se dio. Dice “¿dónde va?” “A Colón, a tomar un ómnibus para Buenos Aires” “Suba que lo llevo”. Me llevó, ahí en Colón saqué el pasaje y llegué a Buenos Aires (Martínez, 2018).

A medida que pasaba el tiempo y cambiaban las condiciones de uno y otro lado del río y se fue ganando experiencia, cruzar a Argentina fue haciéndose casi rutinario y se sofisticaron los procedimientos. Sin duda, esto no fue así solo para los comunistas. Pero para ellos en particular y en relación con el propósito de organizar el grupo técnico y otros grupos del PCU, facilitó la articulación entre “el afuera con el adentro”, al tiempo que alimentar la resistencia de muy distintas maneras.

Hacer memoria sobre tránsitos y lugares posibilita instalar en el presente momentos y espacios significativos de acciones de la resistencia, instantes de emociones encontradas entre quienes las

vivían, que, al mismo tiempo, permiten un acercamiento a las subjetividades de los y las protagonistas.

El espacio proporciona una referencia a la memoria, y si a menudo la engaña, es porque los recuerdos se desvían, viajan [...]. El día en que el espacio acomete contra la memoria destruyendo sus referencias para sustituirlas por simulacros, ya no queda nada que pueda retener los recuerdos: su huida se acelera, se alejan sin ninguna esperanza de regreso (Augé, 2001, p. 53).

Juana Canosa rescata la vivencia por sobre el contexto con su recuerdo, rememora aquel viaje que realizó para cumplir con una misión especial desde cierto desconocimiento de qué se trataba. Relata y repone dudas y temores.

Mi esposo también había estado preso, mi nueva pareja. En un momento me dice: “¿vamos hasta Buenos Aires? Tengo que ir a Buenos Aires”. Ya era el año ‘83, todavía no había caído la dictadura, pero ya estaba a punto de caer en Argentina. Habrá sido en noviembre o diciembre del ‘83 [...], fechas no me acuerdo. “¿A qué vas?” Nada. Viste que no se pregunta nada, ni a qué vas, ni a dónde vas, nada. Entonces vamos a un hotel que me acuerdo que era el Savoy que no andaba nada, nada, era todo, todo, de mentira, todo era un chiste... el aire acondicionado [...]. Me quedo sola, él se va. No creo que tuviera militancia. Serían esas cosas medio así, que se hacían colaboraciones [...]. Y digo... “¿Si no vuelve? ¿Qué hago?” Porque creo que no tenía ni los pasajes para volver. Pero volvió a las horas y traía lo que pienso que sería un informe. Teníamos que entrarlo. Entonces lo envolvimos en papel metalizado y lo trajimos. Pero teníamos que traer uno cada uno y teníamos la convicción de que si pasaba algo nos lo íbamos a tragar. Si nos lo hubiéramos tragado creo que hacíamos una hemorragia gástrica... No nos tenía que agarrar la policía porque moriríamos ahí desangrados, porque era un pelotón imposible. Ese fue mi contacto de saber que Buenos Aires evidentemente tenía mucha gente funcionando y pasar esa información, que supongo que sería un informe, nunca lo leí ni lo vi [...]. La información era clave [...], eso fue lo que traje [...]. Creo que fue por Colonia [...]. Yo iba de compañía nada

más, dama de compañía [...]. Y si hoy me tocara hacerlo, pienso, con mucho miedo [...], la verdad, porque lo mío no ha sido el heroísmo, soy una persona miedosa, cada vez que había una movilización un día antes estaba con el estómago hecho un nudo. Lo haría de nuevo, creo que lo haría de nuevo, creo que lo haría de nuevo (Canosa, 2017).

Cruzar la frontera por algún punto del territorio argentino, especialmente para llegar a Buenos Aires, no fue necesariamente desde un antecedente de detención o de requerimiento. Entre las distintas experiencias reunidas, también surgen las evocaciones que dan cuenta de un aviso del Partido que instruye un urgente abandono del territorio uruguayo. Ello da lugar a oportunidades de hacerlo legalmente, por un medio formal como lo era el “Vapor de la Carrera”, desde el puerto de Montevideo al puerto de Buenos Aires, portando documentos legales y logrando evadir el control que la DNII realizaba cada noche antes de que partiera el barco. Incluso eso fue posible en circunstancias que no solo salía el o la militante sino también parte de su familia. Se movilizó gente e historias y se construyeron marcas que persisten en las memorias de protagonistas y de acompañantes.

La narración de una vida –umbral entre lo íntimo, lo privado y lo público– despliega, casi obligadamente, el arco de la temporalidad: fechas, sucesiones, aconteceres, simultaneidades que desafían la traza esquivada de la memoria o desordenan el empecinamiento de una serie, cesuras, dislocaciones, olvidos... Hilos sueltos que perturban la fuerza de la evocación. Pero esa temporalidad es también espacialidad: geografías, lugares, moradas, escenas [...]. El espacio –físico, geográfico– se transforma así en espacio *biográfico* (Arfuch, 2016, p. 226).

Así rememora Cristina Zitarrosa cómo llegó a Buenos Aires, al lugar en el que permaneció todos los años de las dictaduras de uno y otro lado del Río de la Plata.

Salí orgánicamente, desde el punto de vista partidario y de cualquier organización, salí orgánicamente y volví orgánicamente. [Me dicen]

que hay que irse, que tengo diez días nomás, y que hay que preparar todo, hay que vender todo, agarrar los chicos, todo [...]. Vine en el “Vapor de la Carrera”, legalmente. Aparte, no teníamos pasaporte, no teníamos plata, no teníamos nada. Teníamos los niños. Así fue la historia, y así nos vinimos. Llegamos acá el 18 de febrero. Me acuerdo que [Hugo] Suárez me dijo: “lo mejor es que vos te vayas antes, porque para mí va a ser un problema con todos ustedes, y tengo cosas que arreglar” (Zitarrosa, 2015).

También hubo cruces en condiciones de “fuga” que pudieron realizarse exitosamente por vía aérea. Las particularidades de diferentes momentos y ante cada ola represiva sobre grupos de militancia en el Uruguay, muchas veces no coincidieron con el registro de los servicios de inteligencia. Ello facilitó la salida legal y muy a tiempo de quienes estaban en las listas para ser detenidos, y también reflexiones posteriores sobre los hechos que encuentran puntos en común con otros escapes en otros tiempos y en otras latitudes. Cada hecho dejó trazas de un antes y un después, de “ganancias” y de pérdidas.

Pasados los años reconstruimos la fuga [...]. Para mí fue muy útil porque permitió entender lo que habíamos hecho en el cruce de la frontera [...]. El hecho de fugarse, cuando lo pienso, al cabo de un tiempo, con más edad, me parece una chifladura. De eso no cabe la menor duda. Pero en esas circunstancias es completamente distinto. Un chico joven, a los veinte años no quiere pensarse seis años en la cárcel, entonces empieza a buscar la manera... No todos lo sueñan, no todos lo pueden hacer, pero a esa edad es bastante lógico. Repasando la fuga [...] me parecen absurdas una serie de cosas que en el transcurso de la fuga las tomé con toda naturalidad. Era lo que había que hacer, no perder la serenidad, no tener momentos de pánico (Sánchez Albornoz, 2000, p. 80).

Un caso que remite a situaciones que exigieron serenidad y reparación ante la pérdida es el de Nilda Iglesias. Su itinerario, como el de otros tantos militantes comunistas, desbordó al poco tiempo las

fronteras argentinas para salir hacia segundos y terceros países en virtud del golpe de Estado del 24 de marzo de 1976 así como por el creciente accionar de la Operación Cóndor.

El 21 de enero precisamente, llegué a Buenos Aires [...]. Tuve mucha suerte, porque salí por el aeropuerto. Todavía no estaba controlado el aeropuerto. Posteriormente sí, se controló y ya se controlaban todas las salidas, pero era muy reciente el golpe que se había dado contra el Partido [...], el golpe grande, que fue el 25 de octubre, y eso fue el 20 de enero, el 21 de enero del 76' [...]. Posteriormente sí, ya hubo dificultades, porque no solamente se controló el aeropuerto de Montevideo, sino la parte de Colonia, incluso por la frontera también, por los puentes [...]. Tenía a mi marido, que también a él lo fueron a buscar al mismo momento que a mí. A él lo fueron a buscar a la oficina, trabajaba en el Ministerio de Industria. En ese momento no estaba, porque había ido a almorzar, y como era también periodista, trabajaba en el diario *El País*, lo fueron a buscar de tarde y ahí lo encontraron. Cayó preso. Murió después de cinco años de prisión, murió en noviembre de 1980. Él no tuvo la posibilidad de salir, como la tuve yo porque me fueron a avisar que me habían ido a buscar. Entonces, yo me conecté con la división del Partido. En ese momento se decidió que saliera para Buenos Aires. Él no se enteró que lo habían ido a buscar porque fueron a buscarlo personas de particular a la oficina donde él trabajaba en el Ministerio, no sabían que eran las Fuerzas Conjuntas, pensaron que eran personas comunes. De manera que él no tuvo oportunidad de tomar precauciones (Iglesias, 2014).

También están las experiencias, con instrucciones o sin ellas del PCU, previas al golpe de Estado en Argentina al tiempo en que ya estaba desplegado el accionar de la Triple A. Distintas fueron las razones de quienes transitaron el cruce en aquellos años, así como diferente en lo que trágicamente se desembocó.

La historia como un referente esencial, pero no la historia como una sucesión lineal del tiempo, sino como un escenario de profundas transformaciones que sorprenden el decurso armónico de la sociedad. Y el crítico busca descubrir esos puntos de clivaje, esos

momentos donde la claridad del cielo es brutalmente descompuesta por la potencia del relámpago. (Foster, 1999, p. 165)

Para Daniel Feldman la partida fue el resultado de una combinación de problemas económicos, en una familia comunista muy comprometida ya en dictadura, y la instrucción del PCU de una vez llegado a la Argentina, colaborar con la estructura partidaria que se estaba instalando. Este cruce fue legal, en el “Vapor de la Carrera”, lo que no necesariamente le restó tensión y mucho pudo ser anticipatorio de lo que podía suceder. Su hermano Raúl, asesinado por la Triple A en el local del MAASLA, fue la primera pérdida que tuvo el aparato y desbarató los planes de toda la familia.

Mi padre tenía una fábrica de camisas y después un taller de confección de camisas a fasón [...]. Estaba con muchas dificultades, se le hacía muy difícil sostener la empresa, el trabajo, y se planteó la posibilidad, a través de unos familiares, de ir a residir a Buenos Aires. Mi padre planteó en el partido ese tema. En esos momentos, el Partido Comunista tenía una posición muy rígida y muy dura en temas de la salida al país; sostenía que los comunistas no se van del país, los comunistas resisten dentro del país [...]. Coincidió con que se estaba formando la estructura del partido en Argentina, para dar apoyo y soporte a la lucha dentro de Uruguay [...], y se terminó planteando en una primera instancia que mi padre, en realidad, pasara a trabajar con el Partido Comunista Argentino y se nos planteó a mi hermano Raúl y a mí que pasáramos directamente a trabajar con el núcleo de la Juventud Comunista que se estaba conformando en Buenos Aires. Digo esto porque lo que se preveía era el traslado de todo el núcleo familiar a Buenos Aires [...]. Mi padre evaluó el tema, lo conversó por supuesto con mi madre, lo conversó también con las otras personas que trabajaban con él en la estructura clandestina del Partido –básicamente orientada a lo que eran cuestiones de ir armando toda la infraestructura de casas para funcionamiento clandestino de la organización–. Conocí a dos personas que trabajaban con él en eso [...]. Viajé en barco en el Vapor de la Carrera. Recuerdo que hacía la travesía toda la noche [...]. Cuando subías al Vapor de la Carrera para el

viaje, te sacaban una foto. Había un fotógrafo sacándote una foto, y después aparecían todas las fotitos colgadas con un salvavidas como marco; que era un souvenir. Pero, claro, yo cuando estoy entrando y veo que me van a sacar una foto, traté [risas] de disimular [...] de taparte, pero estaba esa idea, esa foto, ¿y después qué? Llegué a Buenos Aires en marzo del 74', donde ya estaban, como te decía, mi padre y mi hermano. Mi madre recién llega a Buenos Aires en noviembre del 74'. Mi madre estuvo casi todo el año en Montevideo, y viajó, al final. Se vendió la casa y viajó sobre noviembre, poco antes de que mataran a mi hermano (Feldman, 2016).

Este acto de Daniel de hacer memoria es imposible que evite emociones muy fuertes, tristeza que queda como una marca, cuando se desemboca de inmediato en las consecuencias que tuvo ese cruzar a Buenos Aires e integrarse a la incipiente estructura partidaria, a los distintos frentes de acción para denunciar y lograr la solidaridad con los perseguidos y reprimidos en Uruguay. El asesinato de Raúl, las condiciones de seguridad y fundamentalmente las emocionales y el intento de recuperación y recomposición familiar hicieron que Daniel y sus padres debieran abandonar Argentina al poco tiempo.

Y hubo otros viajes a Argentina previos a los momentos de creciente represión contra el PCU. Así como Daniel recuerda los motivos que llevaron a que su familia cruzara y se instalara en Buenos Aires, también Benjamín Liberoff refiere a lo que lo llevó a llegar y quedarse en esa ciudad. En estos casos, como en todos los demás, se jugaba además una cuestión identitaria: cómo nominarse y por tanto reconocerse en esta nueva situación generada por el viaje.

Los protagonistas de esta experiencia han acuñado nombres diversos para definirse a sí mismos, en particular en tierras de refugio americano: transterrados, desterrados, conterrados, peregrinos expatriados. En el caso argentino, el modo en que más frecuentemente se han autodesignado es como "exiliados". Aunque se haya utilizado en otros idiomas, el término exilio tuvo un uso limitado en la lengua española hasta 1939, siendo hasta ese momento "destierro" [...].

El término tomado del francés *exilé* significa “saltar afuera” y enfatiza la situación de desplazamiento en relación con el suelo natal (Schwarzstein, 2001, pp. 80-81).

Los desplazamientos reiterados, a partir de la salida del Uruguay, suyos y de su familia, serán parte de la lógica que finalmente permitirá el encuentro familiar en Buenos Aires y finalmente la reunificación familiar en Checoslovaquia, donde las tareas asignadas le impondrán nuevos viajes. No se puede dejar de mencionar que esa ciudad porteña en la cual se instaló legalmente al no poder regresar a Montevideo en 1973 terminó siendo el espacio urbano trágico donde desaparecieron a su padre, Manuel Liberoff y que obligó a la movilización de su madre y sus hermanas.

Mi padre había sido detenido el 12 de julio, y después de un período sin saberse dónde estaba, se lo ubicó en el kilómetro 14 de camino Maldonado. Y el 30 de octubre del 73´ la dictadura decide expulsar a papá, porque no era ciudadano legal, no era nacido en el lugar, y esa expulsión se concreta el 7 de noviembre del 73´. Entonces se decide, o por lo menos en Montevideo plantean que había que esperarlo. Acá vivía mi abuela, y eso fue lo que hice, nos quedamos aquí, y poco después, en cuanto él viene, mi madre cruza a verlo y de Montevideo le plantean que no retorne porque la van a detener. Entonces, mis dos hermanas quedaron en Montevideo, sin autorización de viaje. Poco después vino Esther, mi esposa; pasó algo parecido, y quedó nuestra hija, y hasta diciembre prácticamente nuestra vida giraba en torno a cómo salían mis hermanas y mi hija. Eso se logró, para mis hermanas, a través de una mujer muy valerosa, que es la escribana Varela, que luego trabajó para el servicio ecuménico en Uruguay y finalmente mi hija vino en el mes de diciembre, la trajeron los abuelos (Liberoff, 2016).

Otras circunstancias de salida que desembocaron en la militancia porteña y clandestina para articular el “adentro con el afuera” y apoyar la resistencia se nutrieron de comunistas que se vieron obligados a dejar el país dadas muy diversas situaciones, por fuera

de las decisiones orgánicas del Partido, pero apoyadas por este. La vida en medio de la represión creaba incertidumbres de seguridad que desembocaron también en la ruta de cruzar por algún medio para una mayor protección. Protección que fue resultando también incierta por la presencia cada vez más constante de los servicios de inteligencia uruguayos en territorio argentino y particularmente en Buenos Aires.

En los años previos al golpe del 24 de marzo de 1976, la sociedad comenzó a convivir con noticias de secuestros, asesinatos e inclusive desapariciones atribuidas a fuerzas estatales o paraestatales. La tortura, además, constituía un tema largamente presente en la opinión pública [...]. Luego del arribo del peronismo al poder, al poco tiempo hegemonizado por sus sectores reaccionarios, la represión dio un salto cualitativo (Carassai, 2013, p. 176-177).

La combinación de dictadura uruguaya y predictadura argentina obligó a usar atajos que necesariamente se debieron tomar para esquivar ser aprehendidos. La experiencia de Walter Cruz es ilustrativa de ello, para conocer otro itinerario de “salto” al territorio argentino.

Mirá que fue un viaje que duró mucho tiempo. Cuando me enteré que me habían ido a buscar, me vine para Montevideo. Tenía la comisaría de Juan Lacaze enfrente. Me dice mi vieja: “mirá, te vinieron a buscar [...]. Y bueno, si vienen voy a decir que no te vi” [...]. Después apareció el compañero y me mandaron a la casa de otro compañero donde estuve trancado desde julio hasta octubre. El asunto era que salía por Santana do Livramento, Uruguaiana y Paso de los Libres. La gente del Partido de Rivera me iba a ir a buscar, pero tenían razón ellos. Para ir de Tacuarembó a Rivera hay una sola ruta. No se puede ir por un desvío. En aquella época, por lo menos, no existía [...]. Vinieron de Rivera varias veces compañeros: “mirá, vamos a ver qué hacemos”, y yo dije “bueno, yo me voy”. Mi estilo “ya estoy podrido de estar encerrado” [...]. El compañero dice “mirá, yo voy a venir y no nos conocemos, yo me tomo la Onda” y efectivamente, nos tomamos la

Onda, yo no lo conocía. Yo sabía también que en la mitad del camino paraba siempre una patrulla de policías desde tiempos inmemoriales, por los contrabandistas. Cuando sube el policía le digo “venga, siéntese acá” y fui charlando con el policía hasta Rivera. Allá me iba a esperar uno en la Rodoviaria y no me esperó, pero yo tenía el nombre de un hotel del lado de Brasil que el dueño era del Partido Comunista. Pido para hablar con él y la empleada me dice “de ninguna manera, está durmiendo” y no hubo caso. “Mire que somos muy amigos, nos conocemos, yo vengo desde Montevideo a verlo”. “No, la orden es terminante, no lo puede ver, venga más tarde”. A las seis de la tarde voy. En Brasil yo tenía parientes de Rivera. La coartada era que yo iba a ver a mis parientes, bueno. Cruzo para el lado de Brasil, para pedir la entrada al país que no era visa, era una tarjeta. Allá me atiende el negro más negro que he visto. Los negros de Uruguay no son negros, son marrones, este era negro en serio: “Voce nao tem problema, ¿Uruguay?”. “Mire, ¿sabe lo que pasa?, voy a ir a Porto Alegre, voy a estar mucho tiempo y no quiero tener problema”. Le insistí al tipo y me dio la tarjeta con un sello y nada más. Después tomé el ómnibus y al llegar a Uruguiana o Paso de los Libres, tenía que pasar por uno que también me daba la entrada a Argentina. No era visa, no sé bien qué era, me querían coimear. “Mirá que hay uno que quiere que le firmes el papel de entrada a la Argentina”. Y ahí me tiró como tipo manga “¿vos tenés algo de entrada a Brasil?”. Le digo que “sí, tengo esto”; “Dame”. Cuando vio que no le daba pelota me encajó el sello y chau. Esa noche estaba desesperado por irme, había dictadura en Brasil todavía, desesperado. Me dijeron que había un avión a las seis de la tarde del otro día. Me quedé en un hotel y es todo muy cómico porque de mañana cuando estoy en el ómnibus me tocan la espalda. “¿Te vas para Buenos Aires?” “Sí”. Y yo con los milicos tocándome la espalda. Entonces agarramos por Entre Ríos, Santa Fe, pasamos por Rosario, un viaje tremendamente largo en ómnibus. No sé por qué pasé por todos esos lugares e hice tremendo recorrido. Cuando vamos llegando me dice “compañero, venga a quedarse conmigo” y le digo “sabe una cosa, me está esperando mi prima y se va a preocupar”. Mentira, no sabía nada. Después la llamo a Julia Arévalo por teléfono “por favor, Walter Rodríguez”, “no hables nada por teléfono”,

me dice. Llegué en octubre del 73´ [...]. Y yo dije “mirá, si a ustedes les parece, para mí es mejor Buenos Aires” (Cruz, 2018).

Brasil, como frontera terrestre y pese a su dictadura que inauguró el ciclo en el Cono Sur, fue territorio transitado por comunistas uruguayos durante todos aquellos años. Era una frontera permeable, conocida para alguna gente y cercana a puntos dentro del territorio uruguayo en los que había núcleos del Partido que funcionaban o camaradas que actuaban orgánicamente, pese a la debilidad en la que se encontraban por la represión. La familiaridad con las fronteras parecía facilitar el cruce.

El exilio fue imaginado como algo provisorio [...]. Pero la idea de provisionalidad y por ende de precariedad resulta imprescindible para comprender a la comunidad de exiliados [...]. Esa provisionalidad los llevó a buscar formas de protección de su cultura, de sus valores, de sus normas de conducta, de su tradición. El exilio intentó mantener una cultura dentro de otra [...]. La temporalidad deseada del destierro se vinculaba con un hecho político [...] que tan pronto tuviera lugar, impondría el final del exilio. (Schwarzstein, 2001, p. 207)

Ricardo Piñeyrúa fue uno de los que atravesó una frontera “conocida” con Brasil, con cierta indecisión sobre qué hacer, dónde ubicar su punto de anclaje a la espera del retorno. En su imaginario estaba esencialmente que regresaría pronto.

A Buenos Aires llegué el 25 de julio de 1979 [...]; antes estuve tres meses en Brasil, en Porto Alegre. Salí por la frontera del Chuy y estuve intentando en Porto Alegre conseguir algo [tarjeta de ingreso] para quedarme [...]. Tuve la opción de irme a Río de Janeiro para pedir asilo en la sede de ACNUR [Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados], que estaba allí [...]. Tuve la oportunidad también de ir a Ginebra, porque en ese momento algún compañero me planteó la posibilidad de que fuera a representar [a la CNT] frente a la OIT y la verdad es que yo no me quería ir muy lejos, no me quería asilar [...] en Ginebra; sabía que era no volver más, por lo menos hasta que terminara la dictadura y yo era muy iluso. Pensaba que quedaba muy

poco tiempo y quería estar lo más cerca posible [...]. Pese a todas las opiniones en contra, decidí irme a Buenos Aires, donde tenía algunos compañeros, y donde mi suegro estaba trabajando y tenía la posibilidad de darme trabajo: así que me fui para Buenos Aires. Y ya te digo, llegué [...] una noche en la que Boca y Olimpia jugaban la final de la Copa Libertadores. Un detalle, que no me puedo olvidar y que, además, ganó Olimpia y no Boca [...]. Salí de Montevideo por Chuy con la cédula de identidad de mi hermano que había fallecido dos años antes [...]. Capaz que pasaba con la mía, pero no lo sabía [...]. Llegué a Porto Alegre. Ahí tenía el contacto de un compañero de la Juventud, Rudy, de quien no recuerdo el apellido. Lo encontré, pero él estaba aislado también políticamente y trabajando, trabajando para vivir. Era vendedor de Kodak. Y estaba ahí, en Porto Alegre, se me vencía la visa que tenía y descubrí que había un tren que iba a Paso de los Libres. No me acuerdo cuál es la del lado brasilero y cuál es la del lado argentino, pero ahí por esa zona [...]. Me fui en tren, aún con el riesgo que representaba. Crucé, salí de Brasil, entré a la Argentina, me comí una medialuna de jamón y queso –que en Brasil eran horribles– tomé un capuchino y después entré a Brasil. Me tomé un ómnibus para Porto Alegre de vuelta. Esa fue la primera vez. La segunda vez hice lo mismo, pero esa vez, la diferencia fue que fui en tren hasta Paso de los Libres. La otra ciudad no me acuerdo –la que está enfrente– crucé a Argentina y ahí en Argentina me tomé un ómnibus a Buenos Aires, hasta Retiro. Cuando llegué a Retiro me estaba esperando mi suegro (Piñeyría, 2021).

Otros puntos de cruce con destinos que fueron más allá de Buenos Aires, en esa frontera del río Uruguay, fueron pensados como lugares de “escape” a la represión que afectaba a la región, motivada por distintas razones personales o aquellas planteadas por el Partido.

A fines de junio de 1973, el otrora cívico Uruguay cayó en la vorágine que sacudió el Cono Sur de América por esa década [...]. Se procesó un lento desmontaje de la institucionalidad, posibilitado por la degradación del sistema político tradicional [...]. El escalonamiento de la represión obedeció tanto al deseo de afianzar el funcionamiento del

aparato estatal bajo premisas diferentes, como a una estrategia de toma de poder desarrollada por un nuevo elenco cívico militar, que optó por aislar e intentar aniquilar, de manera gradual, la poderosa oposición política y social que lo enfrentaba (Buriano Castro, 2009, p. 29).

El cruce de Chichita Méndez de Rojas se complejiza a partir de “sumar” sus antecedentes militantes con los de su marido, que resulta doblemente exiliado y agrega particularidades a la peripecia de cruzar e instalarse en otro territorio, ensancha la incertidumbre y por qué no, el miedo, el humano miedo ante la vivencia del terror como la que está presente en su testimonio.

En el 75', la dictadura militar expulsa a mi marido, que era un exiliado paraguayo en lucha permanente contra la dictadura de Stroessner. Desde el 45', de la revolución del 45', hasta el 85', que lo expulsaron de acá, estuvo exiliado cuarenta y tres años en total hasta que pudimos volver; él pudo volver a Asunción y yo lo acompañé. Pero en el 75', el gobierno le dio veinticuatro horas para salir del país, porque estaba ya funcionando el Operativo Cóndor y había un acuerdo entre las dictaduras, y Orlando Rojas, mi marido, aparecía como la cabeza más visible de la resistencia en Uruguay. Había estado preso, desaparecido unos cuantos días, hasta que finalmente lo expulsaron [...]. En las terribles condiciones del interrogatorio, a mi amigo director de escuela, como yo en aquel momento, Hugo Rodríguez, le preguntaban por mí. Y le preguntaban fuerte por mí, y cuando él pudo comunicarse con la familia me mandó decir que me fuera con lo puesto, que no me quedara ni un día más. Y yo, que ya sabía que me tenía que ir por la expulsión de mi marido, tomé la decisión y me fui [...]. Mi hija mayor quedó acá, porque estudiaba medicina y, aunque tenía problemas, todavía podía aguantarse. Y mi hija menor, que tenía ocho años, salió conmigo. El 20 de octubre salió Orlando rumbo a Buenos Aires, decidido a no irse del entorno del Paraguay. Hubiéramos podido ir a Europa, a Cuba, a muchos lugares solidarios, pero él no quería y no iba a abandonar el entorno del Paraguay, en donde cifraba todo su trabajo político [...]. Yo no tenía ganas de irme,

creo que ningún exiliado tenía ganas de irse. No tenía ningunas ganas de irme, sobre todo porque dejaba acá la hija mayor. Pero tampoco tenía ganas de dejar a Orlando solo en la frontera, con los riesgos de esta en el 75', 76', que no era todavía la dictadura argentina, pero que ya se veía venir. Así que cuando Hugo me mandó decir que me fuera, hice mis valijas y me fui. Once valijas [...]. Con un camino muy azaroso porque teníamos que ir de acá a Salto, en Salto cruzar a lancha a Concordia, en Concordia tomar un ómnibus problemático hacia Misiones y ahí, bajarme en un lugar de la ruta desconocido, llamado Colonia Wanda y de ahí rogar a los dioses que algo fuera hasta el centro del pueblo [...]. Wanda tenía muy buenas condiciones para el trabajo político de mi marido, está a cuarenta y cinco kilómetros de Iguazú, que es la triple frontera: Brasil, Argentina, Paraguay. No había dentista; mi marido era odontólogo (Méndez de Rojas, 2014).

Como ya se anticipó, tanto las formas como los motivos por los que se cruzó fueron diversos, y también lo fueron luego los procesos adaptativos que permitieron conjugar aclimatación, asunción de responsabilidades en la militancia y protección frente a los peligros que acechaban.

Inexorablemente el exilio impuso sobre ellos una “partición constante”, una herida siempre abierta de la que no pudieron escapar. Las entrevistas se estructuran en torno a dos espacios casi míticos, “aquí” y “allá” [...]. Dos universos simbólicos de itinerarios y tiempos, cíclicos, de partidas y retornos (Schwarzstein, 2001, p. 213).

Parte de estos variados tránsitos de los militantes de una a otra orilla fueron “arrastrados” por situaciones no comprometidas políticamente, pero tampoco alejadas. Así se registra en el testimonio de Carlos Varela.

Tuve algunas dificultades desde el punto de vista del trabajo y comencé a vender libros [...]. Y ahí es donde, digamos, parte un poco mi “pase” a la Argentina. Puesto que las dificultades en la venta eran mayúsculas y yo tenía cuatro hijos –los sigo teniendo, ahora están acompañados de nietos, además– y tenía que, de alguna manera,

resolver los ingresos económicos para que mi familia no tuviera dificultades, o por lo menos se pudiera ir desarrollando, viviendo dentro de aquel período de dictadura. En el año 75', en principios de octubre del 75', había decidido cruzar y lo hice desde Salto hasta Concordia y luego bajé hasta Buenos Aires. En Buenos Aires ya tenía un hermano, que estaba viviendo, que había migrado, él sí, con dificultades políticas, porque había sido, cuando el ataque a la Seccional 20, el que tenía responsabilidades de actividad política en esa seccional. Al día siguiente del ataque, cuando nos enteramos de lo que había sucedido, de la matanza, quiso ir igual y lo prendieron, lo tuvieron preso como un mes. Y en cuanto pudo salir, le recomendamos que se fuera, que lo hiciera a Buenos Aires. A su casa es a donde fui cuando crucé y bajé a Buenos Aires. A partir de eso, traté y fui pudiendo resolver mis ingresos y conjuntamente con la evolución en ese sentido, se desarrollaba la involución, digamos, de las libertades en Argentina. Empezó a campear la Triple A y a ponerse muy difícil. Había algunos compañeros del Partido Comunista que estaban allá y con los cuales me veía (Varela, 2014).

Hubo cruces que llevaron a otros cruces organizados o a “fugas”, por las condiciones de peligro que aumentaron a partir del golpe de Estado en Argentina. Situación que se extendió a muchos comunistas uruguayos que, ya instalados o a medio instalar en Buenos Aires, debieron partir para distintos países con o sin instrucción partidaria. La tramitación de la despedida tuvo un toque personal, intransferible, más allá de la implicancia colectiva de la tarea.

Ella [la nostalgia] concierne en un principio los niveles elementales de lo vivido: la resonancia de la ausencia en el cuerpo, el paisaje, los colores y los olores que pueblan la evocación agradable y dolorosa a la vez, en la inmediatez de la geografía [...]. Esta nostalgia, tristeza dulce o dolorosa confiere al tiempo vivido un carácter discontinuo: hay un antes y un después imaginario que ocupa un lugar privilegiado y que funciona como una orden contradictoria: adáptate a esto donde estás, trabaja, crea, aprende (Viñar y Viñar, 1993, p. 88).

Por Concordia cruzaron muchos militantes y en cada uno ha quedado una marca diferente. Algunas asociadas al peligro, otras a la aventura y otras al modo de despedirse. Lenin de los Santos repone una experiencia que en sus recuerdos amalgama pasado y prospectiva, atravesada por emociones.

Te voy a decir cómo crucé. También me ayudó alguien insospechado. [Fui] a Concordia, sí. En Concordia me senté en el balneario, en una playa muy fea, pero bueno, es la playa que tienen y yo la quiero, porque ahí veía todo, arenita blanca, la Piedra Alta, el lugar donde se mató Rubén Lena. Pero bueno, la Piedra Alta es un lugar donde la propia intendencia, una intendencia batllista, decidió levantar un homenaje a Federico García Lorca y armaron una plazoleta alrededor de la Piedra Alta, donde hay como un acantilado, y les pusieron incluso a las rejas los colores de la bandera de la República (Española). Entonces, hicieron un muro y pusieron el poema de Machado: “Labrad, amigos, de piedra y sueño en la Alhambra, un túmulo al poeta, sobre una fuente donde lllore el agua, y eternamente diga: el crimen fue en Granada, ¡en su Granada!”. Ese poema está grabado en la piedra y yo miraba aquello y decía, ¿cuánto tiempo pasará hasta que yo te vea, dos, tres años? Pasaron nueve años [...]. Cruzamos de Salto a Concordia y de Concordia a Buenos Aires en ómnibus [...]. No tenía contactos en Buenos Aires, más que yo salí sin que me dijeran, salí porque me perseguían en ese momento en Salto. Y dije bueno ta, yo sé cómo llegar al Partido, sé cómo llegar de cualquier manera, no tengo ningún problema en llegar, hago la consulta de cuándo quieren que yo esté en Montevideo y en qué lugar [...]. Sabía que podía hacer todo eso [...]. En Buenos Aires logro el vínculo, que me digan de Montevideo dónde están. Y efectivamente llegué a Buenos Aires y ese mismo día me fui a Prensa Latina y me encontré con Niko. Mirá, me pasa esto, yo vine sin autorización y estoy acá y quiero que te contactes y que me digan en qué momento tengo que estar en Montevideo o donde sea, para hacer la tarea que yo hago. Me mandaron decir que me quedara ahí [...]. (De los Santos, 2014).

La frontera con Brasil resultó permeable –no sin riesgos– hasta el final de las dictaduras rioplatenses. Las condiciones políticas, las audacias personales y las previsiones del aparato de seguridad partidario diseñaron y vivenciaron distintos “modelos de fuga” con implicancias diversas en sus protagonistas.

La opción de emigrar implica un ejercicio de reacomodamiento, exige organizar la vida y, al mismo tiempo, proporcionarse un sentimiento de seguridad. Tratar de recomponer lo perdido, emprender un nuevo proyecto, aprender un idioma y conservar aquellas cosas que cargan de sentido la vida (Cardona González, 2013, p. 188).

El cruce desafía la organización personal y del colectivo que des-pide y que recibe. En el caso de Rubén Villaverde estuvo signado tanto por su responsabilidad en relación con garantizar tareas de apoyo hacia el interior, como asegurarse las condiciones de sobrevivencia que le permitieran cumplir con los cometidos encomendados. Su itinerario implicará dos traslados, cada uno en una situación política diferente. La primera estación será Brasil y tiempo después Buenos Aires.

Nosotros ya teníamos estudiado por qué lugar se podía ir en las mejores condiciones. Era imposible irse por el puerto de Montevideo, imposible y peor por el aeropuerto de Carrasco. Hubo gente que se fue en barco desde el Buceo, cruzaron en alguna lanchita para allá. Pero nosotros veníamos estudiando que en el pasaje de TTL por el Chuy, de noche, no había nadie que chequeara [...]; había que tomarse ahí mismo el día que te ibas, no sacar boleto antes y sacar arriba del ómnibus. Entonces no estabas registrado, te registraba recién el guarda y te pedía los documentos y te agregaba en la lista y el documento con la lista la entregaban en la frontera. Y lo que sabíamos era que la gente de allí chequeaba los documentos, le devolvían los documentos, lo guardaban en un cajón y el ómnibus seguía. Por las dudas, lo que te decían si te ibas por esa vía, era que bajaras con el guarda a estirar las piernas o al baño y te fijaras que en lugar de hacer eso no apareciera la policía. Si hacían eso de que guardaban la lista en

un cajón y la revisaban al otro día la policía, ya era tarde, te ibas. Y así me fui para Brasil, a Porto Alegre y después me fui a Curitiba y en Curitiba tenía familia el esposo de mi hermana y bueno, me fui a la casa de ellos. Estuve un año y pico y después me fui para Buenos Aires [...]. En Brasil estábamos organizados, es decir, el Partido estaba organizado. Lo primero que hice después de estar en Brasil –en Brasil estaba terminando la dictadura– fue presentarme a ACNUR y solicitar el asilo. El único problema que tuve fue que me hubiese gustado quedarme donde estaba, con la familia que estaba viviendo [...]. El gobierno de Brasil me dijo que no podía estar en Curitiba y me destinó a Río de Janeiro. Por un lado, precioso, porque conocí Río, para mí una de las más lindas ciudades del mundo [...]. Encontré allí además que el Partido efectivamente estaba organizado, rápidamente tomaron contacto incluso del exterior conmigo y me integré a una vida clandestina porque allá estaba prohibida la militancia política [...], y de Brasil a Buenos Aires [...] (Villaverde, 2018).

Llegar a Buenos Aires y encaminar otros itinerarios, no fue una experiencia singular. No obstante, cada caso resultó particular y como en la mayoría de las oportunidades, respondió a los avatares que se vivieron en lo personal y en lo familiar. Es muy difícil imaginar los derroteros y las marcas que debieron procesar cada uno de quienes salieron. No siempre hubo un itinerario diseñado a priori, un lugar anticipado de llegada ni una previsión de qué sucedería en relación con compañías y contenciones.

Si la vida en el exilio cuenta con grandes inquietudes y penosos sufrimientos, no hay duda de que estos son mayores cuando el que los padece está aislado de su familia (Lamana, 2013, p. 17).

Si bien Buenos Aires resultó un lugar determinado por el partido para la reorganización del equipo técnico, soporte para muchas acciones solidarias y sitio de pasaje hacia otros territorios, la variable generacional le imprimió particularidades. Un caso significativo lo constituye el de Victoria Bega, una comunista muy joven

que debió salir de Uruguay por motivos propios con implicaciones familiares.

Llego a Buenos Aires, estamos en diciembre del 75' [...], en ese momento era lo único que había y lo único que tenía mi mamá para pensar –papá no estaba, mi hermano es un año y medio mayor, mis dos hermanas son mucho más chicas– era una tía que tenía yo allá. Y Buenos Aires también era donde estaban yendo todos, todo el mundo se iba a Buenos Aires; estamos hablando del 75' [...]. Para ubicar esto, estamos hablando de que el golpe de Estado en Argentina es en marzo del 76'. Ahí me vinculo con mi tía. Vienen una cantidad de conocidos de la juventud, de comunistas que estaban allá. Así que enero, febrero, me la pasé en una ida y vuelta de lugares y gente, fundamentalmente de jóvenes que después todos ellos, básicamente, viajaron a Suecia, Unión Soviética, Hungría, Cuba. Y bueno, ahí empieza mi vida en Buenos Aires [...]. Fue el movimiento de una cantidad de jóvenes comunistas de ese año que ya los habían ido a buscar, ya sabían que estaban requeridos. Pensar en Argentina era el paso inmediato. Yo creo que nadie pensaba en otra, lo primero era cruzar a Argentina, cruzar a Buenos Aires. Te lo está diciendo alguien que en ese momento tenía 17 años [...]. La vivencia era eso, irse a Buenos Aires, cruzar, cruzar el charco, eso era lo más inmediato (Bega, 2018).

La singularidad de cada experiencia, atravesada por temas comunes como la represión contra el PCU y sus militantes, las necesidades económicas y la protección hacia las familias y los camaradas, tensionan lo común y lo diferente. Quizá lo coincidente de la singularidad en la diversidad no es la repetición sino la complejidad de los procesos de acomodación, la búsqueda de estrategias seguras para adecuarse a las exigencias de la ciudad porteña, establecerse física y emocionalmente en “el otro lado del charco” atendiendo a variables contextuales.

Los procesos sociales que han tenido lugar en los escenarios genocidas [...] ofrecen una serie de datos que no debieran ser desestimados. Entre ellos cuál es el dramático precio del silencio y la indiferencia, y

cuáles los sentidos y el valor empírico de la verdad, el reconocimiento y la determinación de las responsabilidades [...]. Por lo demás, la profundización de los procesos de empatía que permitan comprender que no hay ganadores posibles ante la destrucción de la vida humana (Lozada, 2012, p. 98).

El impulso de cruzar parecía facilitado por la proximidad territorial, la cercanía cultural, la sensación que pronto se regresaría y, sin duda, como ha quedado registrado en algunas de las evocaciones, por la necesidad de protegerse y de proteger a personas cercanas. Es el caso de Magdalena Rezzano que, ante la percepción de una situación amenazante, elige la salida hacia Buenos Aires.

Yo me afilié a la Juventud Comunista el 6 de enero de 1961. Tenía 12 años; 12 u 11, ¡yo qué sé lo que tenía! Milité desde el día ese que me afilié. Me afilió Rubén Gada, allá en la casa de ellos, en Aires Puros. Y milité hasta el día que me fui, hasta el día antes [...]. Ya estaba trabajando en ingeniería acá, había logrado un trabajo de ingeniero, trabajé en el proyecto, hasta que lo terminamos, del embalse que nos abastece de agua, Paso Severino. En el 74' asesinaron a Nibia [Sabalsagaray]. Mis patrones, que eran dos [...], buenos tipos, los dos eran de derecha, con una diferencia, uno era totalmente "afascistado" y el otro era un señor conservador de derecha. El día que mataron a Nibia llevo llorando y me dice "no quiero otro comunista muerto cerca de mí, por Dios, andate de este país". Le pregunto "¿qué te pasó?". "Mataron a Nibia ayer, vos ya sabés" [...]. "No quiero, no quiero que te vengán a buscar acá adentro y te lleven para matarte, no quiero". Entonces el tipo empezó a darme todas las semanas días libres, para que viajara a Buenos Aires. Desde que a Nibia la mataron el veintilargo de junio [...] fue todo un mes que yo estuve las cuatro semanas trabajando dos días menos acá, pagados, con tal de que yo fuera a Buenos Aires a repartir currículos, a ver si conseguía trabajo. Él me ayudó en eso [...]. Tenía ya en mi haber treinta y ocho invasiones en mi casa, allanamientos en busca de cosas, de porqué esto está en ruso y porqué aquello en ruso. Estaba ahí la cosa, Raúl no había caído todavía [...] pero estaba en eso, ya clandestino. Y entonces me voy [...]; el 1º de

setiembre del 74' empecé a trabajar en Buenos Aires, en una empresa de proyectos hidráulicos, que no sabían para nada quién era yo en definitiva (Rezzano, 2020).

Desde un presente que se distancia de los acontecimientos que se narran, pero no le quita lo dramático a las situaciones, se van reuniendo recuerdos de situaciones difíciles, hasta extremas, emocional y prácticamente, con un trayecto que estrecha la intensidad del momento pasado con las circunstancias en que se generaron y con la representación que se formula. Hay recorridos, tramitaciones, mandatos.

Las voces de esta historia vacilan, tartamudean, se emocionan e hilan mal el relato. Quizá esto se deba a que por primera vez narran ante una grabadora y un cientista social, que ha definido como objeto de estudio las fuertes experiencias y emociones que vivieron más de 20 años atrás cuando escaparon a la acción represiva del Plan Cóndor (Buriano Castro, 2000, p. 9).

Los comunistas que salen del Uruguay lo hacen con distintas experiencias anteriores y con los aprendizajes que marcó en cada uno la represión sistemática, el pasaje por diferentes instancias que pusieron en riesgo su integridad en la cotidianidad del terror y en las exigencias del reacomodo territorial, del temporal, de los requerimientos del pase por diferentes fronteras, de variadas condiciones de ilegalidad, semilegalidad o legalidad y de las realidades políticas. El caso de Alberto Grille resulta explicativo de esas circunstancias.

Febrero del 76'. Ahí me procesaron. En junio del 76' me escapé del Cilindro y luego me exilié. Primero estuve unos meses en Venezuela y después en Cuba, donde viví unos años; tengo tres hijos cubanos. Mi familia vivió ahí en Cuba casi nueve años. Yo estuve exiliado en Cuba un tiempo; luego fui a Ecuador, como asesor de la Secretaría Ejecutiva de la Asociación Latinoamericana de Derechos Humanos y después fui clandestino a Buenos Aires, ya en el tramo final de la

dictadura argentina y también de la dictadura uruguaya [...]. Voy a Buenos Aires porque estaba un poco aburrido de militar en el exilio. Un día en México, en una reunión que tuvimos en la casa de [Luis] Echave comenté eso. Estaba Arismendi en la conversación. Dije que no tenía más ganas de militar en el exilio, que me parecía medio una pelotudez, me parecía que los garbanzos se jugaban en otro lado, y que era un sacrificio enorme estar separado de mi familia [...]; me parecía estar en Ecuador un poco inconducente, solo, un grupito de exiliados. Entonces dije eso y Marta Fábregas, que era una compañera, dijo: “No, Alberto tiene razón, por qué no se resuelve que vaya a Montevideo, Uruguay”. Entonces Arismendi dijo: “Si toda esta conversación es en serio, no se habla más” y no se habló más en ese momento. Pero dos meses después recibí lo que en ese momento existía, unas cosas que se llamaban telex. Ahora nadie sabe qué es. Un telex de la Embajada Cubana, que decía que viajara a Cuba. Fui a Cuba, pero en realidad pensando que iba a ver a mis hijos, y ahí me dijeron que fuera a la Unión Soviética a hablar con Arismendi. Fui a la Unión Soviética a hablar con Arismendi y ahí me comunicaron que iba a venir a Buenos Aires a integrar la dirección clandestina del Partido [...]. Tenía que deshacer mi casa en Ecuador. Después, como yo tenía una invitación a ir a Río de Janeiro [...] a la asunción de Brizola como gobernador, fui y de ahí ya directamente a Foz de Iguazú y por Foz entré en la Argentina, pero ese último período lo hice todo con documento falso (Grille, 2017).

El recorrido de Grille y su acercamiento a Uruguay difiere de otros que jóvenes comunistas realizaron en aquellos años, antes de coincidir en Buenos Aires. Cada uno es particular y exclusivo, no solo por la forma en que se dieron, también por las prácticas previas en la militancia partidaria, el estilo de vida, la conformación familiar, el conocimiento del lugar de arribo y las expectativas de retorno.

El sentimiento del exilio es una fisura en la vida de cada uno porque por más que se recomponga y se sume, como tan sentidamente reflejan los testimonios, no deja de ser una suma, una realidad fragmentada, no es una línea constante. Las historias se estructuran entre un

“antes” y un “después” y no pueden ocultar las rupturas permanentes que las afectaron (Schwarzstein, 2001, p. 214).

Liliana Vidart inicia su camino de salida tardíamente respecto de los primeros cruces, con un recorrido particular y con la intervención de organismos internacionales, haciendo uso del derecho a asilo y lo recuerda en la tensión entre la soledad y la responsabilidad por el cuidado de sus hijas pequeñas, en un circuito que la aleja para llegar a la Argentina y preparar su cruce al Uruguay.

Me llevaron a la Embajada de Bolivia y me asilé en agosto de 1983. Las únicas asiladas en la embajada de Bolivia fueron mis hijas y yo [...], y me fui a Buenos Aires [de Bolivia] cuando mis hijas empezaban la escuela. ACNUR no quería que yo saliera de Bolivia, que recién había ganado Alfonsín... pero estaba mi padre, yo tenía familia (Vidart, 2018).

Los tiempos y las distancias reales no necesariamente coinciden con los de las memorias. Haber salido tarde o temprano, lejos o cerca, no aminora los impactos de la alteración de las vidas. En cualquier caso, el relato que traduce algo de la experiencia es la vía privilegiada, no solo para recuperar qué pasó sino cómo se registró y cómo puede ser transmitido. En cualquier caso, los testimonios reponen, además del relato, reflexiones críticas sobre lo acontecido, que ayudan a darle carnadura real a cada historia, alejándola de las historias míticas.

Los relatos son un producto cultural, un constructo de referencias a experiencias que introducen juicios valorativos que llegan a imponerse a los referentes de las historias verdaderas, que mantienen el pasado y lo posible aceptablemente unidos. Crean lazo entre memoria y cultura. Con nombrar, presentifican hechos, expectativas y proyectos. Construyen y hasta reinventan el ayer y el mañana, tejen memoria e imaginación, adjudican roles a los personajes, denuncian infracciones al orden previsible de las cosas, ponen en sintonía registro y contexto (Diamant y Pozzi, 2009, p. 855).

La embajada mexicana le otorgó asilo a Milka Bengochea y la condujo a un país que años antes había recibido cientos de asilados uruguayos. Su llegada en 1983 sorprendió a aquella comunidad numerosa de comunistas que ya estaba, en su planificación, visualizando el retorno a Buenos Aires a incorporarse a la recta final de las actividades partidarias con el regreso al Uruguay en la mira.

Me dieron asilo formalmente en la embajada de México. Entonces llegué a México. Fui la última asilada; cuando llegaba me preguntaban “¿qué venís a hacer acá?”, porque todo el mundo estaba preparando poco menos que las valijas para volver y yo llegaba [...]. Y bueno, me asilé y llegué formalmente a México, al hotel de asilados. Posteriormente pasé a vivir en México unos meses, hasta que al otro año, en el año 84’ me plantean venir a Argentina para acercarme a Uruguay (Bengochea, 2018).

Entre Uruguay y Buenos Aires hubo tantos cruces como “cruzados” y “cruzadores”, tantos itinerarios como viajeros, tantas situaciones como oportunidades, tantas estrategias como permitieron la imaginación, los medios y la seguridad, tantas formas de esquivar persecución y escollos como dispositivos pudieron inventarse.

Intervinieron, además de quienes salían, acompañantes designados orgánicamente para custodiar la acción y al protagonista, socios solidarios con la situación, actores incautos, organismos internacionales y embajadas.

Se trató de un pasaje que duró más de diez años y que, en cada tiempo, encontró condiciones diferentes de uno y del otro lado del Río de la Plata, desafió modos adaptativos, culturas cotidianas, estilos comunicacionales y experiencias legales o clandestinas, cuando no ambas, según las circunstancias.

Hubo testigos garantes e indiscretos que, en todos los casos, colaboraron con travesías solitarias, familiares, de adultos, de niños, de mujeres, de hombres y sobre todo de incertidumbres y expectativas.

Las formas de insertarse en la militancia fueron tan diversas como los motivos y las condiciones que impulsaron las partidas. Entre quienes lo hicieron por cuestiones políticas, evadiendo persecución –o suposición– estuvieron los “orgánicos” que cumplían mandato partidario y que en general tuvieron previsto el medio para hacerlo, y quienes tomaron la propia decisión que incluyó su materialización y su incorporación posterior a la militancia.

No todos fueron impulsados por la política. La dificultad económica fue una variable con mucho peso que no impidió que los afectados se sumaran con compromiso a la actividad partidaria una vez establecidos en Buenos Aires.

Algunos llegaron después de haber pasado por otros países, fundamentalmente Brasil, aprovechando el conocimiento de la “porosidad” de algunos sitios de las fronteras legales, otros pasaron y partieron hacia destinos más lejanos, más seguros o a cumplir misiones específicas.

Los medios utilizados abarcaron un amplio espectro que fue desde los transportes formales a los improvisados e inseguros, con documentos propios o desafiando los controles con falsificados, pasos determinados por aduanas o improvisados aprovechando accidentes geográficos, usando el agua, el aire y la tierra.

Las estadías, en tiempos y responsabilidades fueron diversas. Hubo llegadas tempranas, aún antes del golpe de Estado en Uruguay y otras tardías, en momentos de transición a la democracia, tanto en Uruguay como en Argentina, con estancias muy largas, breves o puntuales, sobre todo de quienes oficiaron de correos.

Las historias personales anteriores a los cruces presentan a quienes lo hacen después de haber estado presos, los que aparecen requeridos por las fuerzas conjuntas, los que deben hacerlo porque han “caído” sus contactos al interior de la estructura partidaria o familiares o amigos, los que llegaron a Buenos Aires para alguna actividad y ya no pudieron volver.

Las historias que se construyen a partir de la llegada cuentan de quienes hacen la travesía en soledad o “tutoriados”, aislados o en

familia, con o sin contactos para incorporarse a la actividad, aquellos que vienen a crear y garantizar la estructura o quienes vienen a preparar las condiciones de visibilidad de acciones que concluyan en el retorno o en la decisión de permanencia definitiva.

Todos los casos tuvieron en común la inseguridad, el acecho y el temor. Ninguna de estas condiciones impidió que, con más o menos dificultades, se cumplieran los objetivos que el partido planteó, centrados en la comunicación adentro-afuera, las acciones solidarias y la resolución de problemas máximos vinculados con la sobrevivencia de la estructura, pero también otros de la supervivencia de los actores en relación con su economía, vivienda, vestimenta, salud, educación.

Una vez establecidos, con diferentes formas de insertarse tanto en la estructura partidaria como en la lógica del espacio de acogida, se abrieron dos grandes desafíos: el de garantizar la vida cotidiana y el de hacer lo propio con las acciones militantes, temas que serán abordados en capítulos siguientes.



## Así Buenos Aires, así en Buenos Aires

*Buenos Aires. El Once. Una pensión. Una habitación, dos camas, compartida con mi entrañable amigo de todas las horas y de toda la vida, Ernesto [...]. Teníamos 18 años, 19. No pocas cosas habíamos vivido, el kinderclub, las primeras salidas al fútbol. Con Ernesto y con Julito, los domingos a ver a Peñarol y el otro domingo en lugar de ver a Nacional me encajaban a Huracán Buceo, pero bueno... Las mayorías siempre han ganado. Ernesto, mi primer ídolo en el Zhitlovsky, el tipo más rebelde que yo conocí en mi vida [...]. Lo cierto es que estamos en Buenos Aires [...]; 11 de agosto, la noche previa de mi partida a Israel [...]. Todavía no lo tenía claro, pero el exilio era una realidad. No íbamos a volver en una o dos semanas o dos meses, sino que ya se vislumbraba que esto iba para largo. La última noche, en el cuarto, los dos como siempre. Llevábamos semanas viviendo juntos. A veces con Ani, cuando venía de Montevideo. Ernesto se pone a escribir una carta, supuestamente para un tío, un hermano de su mamá que vivía en Israel, y esa carta, llegado yo a Israel, se la tenía que entregar. Lo cierto que Ernesto escribía la carta y mientras la escribía lloraba y lloraba. Y yo decía: esto no puede ser. Este no es el Ernesto que yo conocí de toda mi vida, al cual nunca había visto llorar. No estuve con él cuando Peñarol salió campeón del mundo, pero nunca lo había visto llorar. Y lloraba y lloraba. A la mañana siguiente, tempranito, me voy, me despido de Ernesto. Estaba Lito también [...], me acompaña al aeropuerto. Ernesto me entrega la carta. En el momento en el que nos despedimos y nos fundimos en un abrazo más que emotivo, lloramos como dos Magdalenas. Me dice: la carta esa para mi tío, podés leerla cuando subas al avión. Dicho y hecho, cuando subí al avión abrí la carta y, si bien es algo muy personal, era una reseña de los doce o trece años más hermosos que un niño o un adolescente puede vivir reseñado por otro adolescente, otro niño y otro amigo.*

Ovsievich, Sergio. Testimonio escrito. Agosto 2020.

Al pensar en vida cotidiana de inmediato aparecen características que la identifican: lo común, lo territorial, lo consuetudinario, lo espontáneo, lo temporal, lo que se transmite y se repite, lo que se imita hasta que se mimetiza, lo pragmático, la jerarquización a veces inconsciente de prioridades, lo que se puede elegir dentro de distintas opciones, pero sin que se concentren todas las energías en una decisión, en fin, lo de todos los días, lo que no es excepcional.<sup>1</sup>

La vida cotidiana es un transcurrir y un aprendizaje que, como todos, deja marcas que se sostienen, desecha prácticas que no resultan efectivas y reconfigura valorativa y prácticamente experiencias y legados.

La historia es un discurso, pero un discurso cuyas determinaciones deben buscarse, no en las convenciones perpetuadas [...] sino en “las prácticas determinadas por las instituciones técnicas de una disciplina” diferentes según los tiempos y los lugares, articuladas por los recortes variables entre verdad y falsedad o por las definiciones contrastadas de lo que, históricamente, constituye una prueba. Por otra parte, si toda escritura de historia remite indudablemente al *yo* [je] que la produce, este debe constituirse menos según el principio de curiosidad, especie de avatar ahistórico del principio del placer, que en función de la posición ocupada por cada historiador [narrador en este caso] en la institución [sociedad en este caso] histórica de su tiempo (Chartier, 2001, p. 63).

Ahora bien, es frecuente que por distintas causas lo excepcional irrumpe sobre lo habitual, lo trastoca, lo traslada, le cambia las reglas de juego y lo transforma en otra, una nueva cotidianidad, por lo tanto, en un nuevo aprendizaje porque cambian las condiciones del individuo con el medio y del individuo con los otros y se produce una jerarquización de la cotidianidad por la individualidad consciente. Como afirma Agnes Heller, “[...] la ‘organización’ de

<sup>1</sup> Véase para el tema de la cotidianidad desde un punto de vista de los valores que esta encierra el libro de Heller (1985), *Historia y vida cotidiana. Aportación a la sociología socialista*.

la cotidianidad es un fenómeno nada cotidiano [...]” (Heller, 1985, p. 69) y en situaciones excepcionales la regimentación tiene un marcado sello moral y político que redefine lo que se entiende por vida en común.

Las circunstancias y vivencias de los comunistas en Buenos Aires, quienes en distintos momentos se incorporaron a las tareas o a la actividad militante legal, semilegal o clandestina de la estructura del PCU en esa ciudad, fueron diversas, en muchos casos extremadamente frágiles y riesgosas, en un terreno que hubo que aprehender mientras se lo habitaba actuando.

En el año 75´, mi actividad pasó fundamentalmente a Buenos Aires. En noviembre de ese año se resolvió que yo me fuera a Buenos Aires a hacerme cargo de la secretaría de la CNT. Allá había una pequeña oficina de la CNT en la Unión de Ferroviarios, cuya sede estaba pegada al Congreso. Así que el 2 de noviembre crucé en un auto el sur del país; pasé por los departamentos de San José y Colonia, hasta llegar a una playita en Carmelo, donde me subí a un bote a remos que navegó en medio de las islas, para llegar a una que estaba del lado argentino, y ahí tomé una lancha que me dejó en Campana, desde donde me trasladé a Buenos Aires [...]. Sacamos un pequeño boletín que distribuíamos por parte de la comisión de la CNT en Buenos Aires. Esta actividad la efectuamos hasta que se dio el golpe militar en Argentina, en 1976; el 20 de mayo mataron a Michelini y a Gutiérrez Ruiz y ese mismo día secuestraron al doctor Manuel Liberoff, que jamás apareció [...], de Liberoff nunca más hubo noticias (Stari en Bermúdez Irisarri, Caamaño Torrado y Caballero Álvarez, 2018, pp. 396-297).

Muy distintas pueden llegar a ser las cotidianidades excepcionales y la narrativa hecha historia recoge muchas, dramáticas y de horror, en una línea de complejidad que va desde el desconcierto y el temor en las acciones básicas de supervivencia, como ir a hacer compras o llevar a un niño a la escuela, hasta el extremo en el que la gente esperaba ser aniquilada como en los campos de concentración, pasando por condiciones y ejercicios de violencia

como son en las cárceles regulares o clandestinas, convertidas en verdaderos infiernos humanos. En cada caso, que nunca se pareció a otro, se lograron resquicios y formas para dar continuidad a la vida con un enorme esfuerzo de valentía y solidaridad.

En Buenos Aires, la política y la geografía era ajenas, y en esa ajениdad iban los códigos de vida “común” y de militancia. Cada rincón, cada traslado, cada acción eran un desafío, una mutación respecto de lo conocido, una invasión de lo desconocido. Había que pensar y proceder velozmente, recrearse, reformularse y sobre todo aprender a leer la realidad cambiante, las rutinas, las formas de sobrevivencia, los riesgos. A cada momento se imponía la necesidad de vencer la novedad que acechaba para sobrevivir. Desde esa excepcionalidad –que finalmente era la normalidad– se construyó la trama de lo cotidiano con infinitos imprevistos. Cada plan, a veces largamente deliberado, se vio generalmente trastocado por la coyuntura y muchas veces abortado. Narrar –antes recordar– frente a la velocidad de los cambios y a la imprevisibilidad de las acciones suma dificultad a la recomposición de esa habitualidad sostenida entre lo fortuito y lo sorprendente.

La aceleración que afecta la duración de las imágenes y de las cosas, afecta también la memoria y el recuerdo. Nunca como ahora la memoria fue un tema tan espectacularmente social. No se trata solo de la memoria de los crímenes cometidos por las dictaduras, donde el recuerdo social mantiene el deseo de justicia. Se trata también de la recuperación de memorias culturales, la construcción de identidades perdidas o imaginadas, la narración de versiones y lecturas del pasado. El presente, amenazado por el desgaste de la aceleración, se convierte, mientras transcurre, en materia de memoria [...]. Precisamente la aceleración produce el vacío de pasado que las operaciones de la memoria intentan compensar (Sarlo, 2001, p. 97-98).

Un ejemplo de esa cotidianidad en permanente tensión, en la que no se sabe bien cómo actuar, está presente en el relato de Ricardo Piñeyrúa:

Habíamos celebrado el cumpleaños de Verónica, el de cuatro años, era la madrugada del 28 de abril del 81'. Mi madre, mi hermana y mi tía Delia habían elegido el cumple para visitarnos y esta tarde llegaban desde Montevideo. La fiesta fue muy austera, no estábamos para grandes gastos y tampoco teníamos muchas vinculaciones en Buenos Aires como para armar algo más. Estaba tratando de entrar a un laboratorio como visitador médico tras un par de meses sin trabajo [...]. Serían las tres de la mañana, quizá más temprano, pero los golpes en la puerta nos sobresaltaron. Mi madre siguió acostada, su rodilla estropeada la limitaba mucho; Graciela se sentó en la cama y el manojo de nervios de Delia la hizo saltar y quedar en la puerta del cuarto, mientras yo iba a preguntar quién era. Una voz quiso saber si era la familia no sé cuánto, Rodríguez, por ejemplo, y yo vaya a saber por qué, dije: no acá somos Fernández. Supongo que por el susto de los golpes y el temor a decir nuestro apellido. En plena dictadura argentina, nuestra estadía en el vecino país no era muy legal que digamos. La voz, ahora con más autoridad y quizás violencia, dijo: "Policía, abra la puerta". Alguna vez pude haber tenido más temor que esa noche. El miedo no sé si puede categorizar o medir, pero tenía mucho, el máximo posible y quienes estaban en casa también. A esa altura, menos los niños que dormían, nos paramos todos al lado de la puerta. Entraron tres tipos armados, no fueron muy violentos, no era necesario. Se encontraron con cuatro mujeres, un tipo y dos niños durmiendo. Me llevaron a la cocina, aún de calzoncillos, y me hicieron sentar en la mesada helada de acero inoxidable. A Rosario la llevaron al cuarto y las visitas quedaron en el *living*. Lo primero que preguntaron fue por qué mentí con el apellido. Conmigo quedó uno, otro con Rosario en el cuarto y el tercero, seguramente el jefe, iba y venía interrogándonos a todos. Las preguntas se repetían en los tres lugares. Entraron al cuarto de los niños dormidos, revisaron un placar del pasillo, donde encontraron un canasto de juguetes que dieron vuelta buscando algo comprometedor [...]. A las mujeres las dejaron en paz, tras confirmar que estaban de visita por el cumpleaños. Temblando por el frío y el miedo quería que me llevaran, temía por las demás y sobre todo que descubrieran los papeles que había entre las sábanas; a las que revisaron por arriba sin llegar a

encontrar los volantes que tenía en un paquete listo para enviar a Montevideo. Pero no me preguntaron nada de Uruguay ni de mi militancia, ni de nadie de Buenos Aires. Sólo querían saber por qué estaba allí [...]. Finalmente no sin dejar una amenaza de que volverían, se fueron [...]. Eso sí, al otro día quemamos todos los volantes, cartas y papeles. El inodoro no daba abasto para llevarse toda la ceniza (Piñeyrúa, 2022, pp. 183-186).

La cotidianidad está en estos casos vinculada fuertemente a la otredad y la vida en Buenos Aires tiene esencialmente el componente de riesgo e inseguridad. No obstante, otras intenciones y convicciones desde el momento inicial, o incorporadas en el camino, admiten una caracterización más comprensiva de la diversidad de circunstancias de ese exilio. Al mismo tiempo hacen posible apreciar la fuerza determinante de las redes políticas para desembocar en diferentes itinerarios o para delinear inserciones y formas de vincularse con la sociedad en la que residen al tiempo que se cumplen los propósitos que llevaron a instalarse allí.

Puede sin duda determinarse una conexión entre los objetivos de las organizaciones políticas, los itinerarios de las acciones y las cotidianidades de sus militantes. Quizá una forma de entendimiento raigal está en las estrategias de la organización política, también de su sostenimiento o rectificación en distintos momentos (que incluyen al exilio), en los lazos afectivos y de confianza tejidos entre militantes y dirigentes y en los apoyos de camaradas y familiares.

En todo caso, las experiencias de los comunistas con tareas específicas, siempre o por momentos, en la vida cotidiana en Buenos Aires distan de algunas características de la experiencia exiliar genérica, aunque no dejan de incluir otras que las asimilan.

El exilio no puede entenderse como una experiencia factible de ser reducida a un *cliché*. Son muchos los modos exiliares, muy diversas las concepciones y aceptaciones a partir del abandono de lo propio, de la ajenidad incorporada mediante disímiles y hasta

contrastantes aprendizajes, de las formas de apropiarse de lo cotidiano en tránsito de lo ajeno a lo propio, de lo extraordinario a lo rutinario.

El exilio es un proceso que, finalmente, conforma una red de rutas de salida, una sucesión discontinua de tiempos de llegada, un conjunto plural de corrientes políticas, una madeja de historias personales, un cúmulo de acciones para seguir en la política o para salir de ella. Está constituido por un universo disperso de actos comunitarios e identitarios y a la vez de hibridación cultural, de integración social [...]. Configura pues un mosaico de (des) o (re) adaptaciones culturales (Dutrénit Bielous, 2006, pp. 14-15).

En la obra coordinada por Álvaro Rico, *El Partido Comunista bajo la dictadura. Resistencia, represión y exilio (1973-1985)*, publicado en 2021, se dibuja cierto tornasol de los exilios, de su “ser” dinámico, en las experiencias relacionadas con los problemas de la vida privada, en este caso de los comunistas.

Los primeros destinos de los uruguayos estuvieron determinados por la cercanía geográfica –siempre se pensaba en volver rápidamente y estar cerca de la familia– y por la situación política favorable que a principios de la década de setenta brindaba Chile bajo el gobierno de la Unidad Popular y la presidencia del socialista Salvador Allende, y Argentina bajo en gobierno progresista del doctor Héctor J. Cámpora y luego de Juan Domingo Perón [...]. En el caso de los militantes sindicales comunistas [...] [el] exilio masivo a la República Argentina comenzó en el mismo año 1973, aunque este no respondió a directivas orgánicas sino a circunstancias más bien espontáneas impuestas por el contexto represivo [...]. Comenzó un éxodo de obreros sindicalizados que por su actitud firme y la consiguiente aplicación del decreto [518/73], terminaron despedidos de sus empleos por razones políticas. En esas circunstancias, no pocos trabajadores optaron por radicarse, solos o con sus familias, en Argentina [...] y pasaron a nutrir anticipadamente, parte del exilio (Rico et al., 2021, pp. 770 y 775).

Lo que vivieron esos comunistas articulados de distinta manera con la estructura partidaria clandestina en Buenos Aires no dejó de acercarse a algunas formas de vivir y sentir de otros miles que estaban dispersos por el mundo. Si bien no se aprecia una percepción de exilio como tal, retroalimenta por lo general la carencia de lazos de pertenencia, el sentimiento de ajenidad y la fuerza de la alteridad, por la nostalgia de la comunidad y cultura propias. Se siente una descontextualización cultural e identitaria a la que hay que sumarle los cambios políticos propios de la Argentina desde la llegada de los primeros grupos orgánicos en la democracia de Cámpora, el gobierno de Perón y luego de Isabelita el terrorismo de Estado y la transición a la democracia. Cada tramo tuvo sus particularidades mientras se intentaba simultáneamente construir un aparato que tuviera cierta continuidad y a la vez la ductilidad que reclamaba cada circunstancia de uno y otro lado del Río de la Plata.

El interior abarcaba indistintamente Uruguay y Argentina [en sentido partidario y no geográfico]. En Argentina, actuando no como un “exilio próximo” sino como parte de una sola estructura que se funde con el interior del país y trabaja a su servicio [...]. La dirección partidaria colectiva digamos que territorial o geográficamente estuvo conformada por dos núcleos o centros: el centro interior del Partido, integrado por la dirección clandestina en Uruguay y el núcleo técnico en Buenos Aires, más el propio primer secretario exiliado en Moscú (Rico et al., 2021, pp. 749 y 782).

Por lo general, en los relatos de exiliados, como señalan Grinberg y Grinberg (1996), suele aparecer la inexistencia de un vínculo de integración social que hace que no esté presente el sentido de pertenencia. En el caso de estos comunistas incorporados a las tareas clandestinas en Buenos Aires primó esencialmente la búsqueda de la mimetización, de la invisibilidad, una pretendida inserción camuflada y hasta el propósito de hacer desaparecer lo más posible las diferencias, buscando una incorporación de códigos culturales,

lingüísticos y hasta de vestimenta. Sin duda, los caminos tomados dependieron de las posibilidades y experiencias personales o familiares en cada caso, del nivel de involucramiento en la orgánica de funcionamiento, la disponibilidad económica y de respaldos extrapartidarios, con una estrategia siempre presente: la protección, la seguridad y el conocimiento de lo que se sabía que existía de los servicios de inteligencia.

Cuando el resultado de la investigación lo hizo posible, junto a generalidades y actuaciones compartidas, se anotaron particularidades e idiosincrasias, desde el lente amplificador que incursiona en los recuerdos y en historiar las distintas dimensiones de la cotidianidad.

El espacio proporciona una referencia a la memoria, y si a menudo la engaña, es porque los recuerdos se desvían, viajan y son en sí mismo infieles. El día en que el espacio acomete contra la memoria destruyendo sus referencias para sustituirlas por simulacros, ya no queda nada que pueda retener los recuerdos: su huida se acelera, se alejan sin ninguna esperanza de regreso (Augé, 2001, p. 53).

Buenos Aires fue un ámbito para que, en algunas experiencias, se desdibujaran los proyectos de vida:

Estos jóvenes tienen el irresistible atractivo de estar dando sus primeros pasos en el mundo de los adultos y, al mismo tiempo, de darlos con la confianza de que lo hacen para destruir ese mundo y construir otro más justo y mejor. No tienen ataduras, ni llevan el peso de ninguna historia, de ningún fracaso anterior. Por el contrario, ellos están para reparar esos fracasos (Sarlo, 2001, p. 155).

Es el caso de Victoria Bega que, aun teniendo apoyo familiar al llegar, fue mutando sobre los últimos años de la dictadura en Argentina, en sentido a un compromiso político, transitando desde la invisibilidad y la mimetización con el medio en que se había incluido hasta un alto nivel de exposición. Su remembranza es

ilustrativa de cómo lo percibe desde el presente en que se recogió el testimonio.

Un país como Argentina, que siempre se sabía que era muy revolucionario, Perón, esto, lo otro, siempre había problemas. Creo que tampoco estaba tan medida la posibilidad, o tan cercana la posibilidad de un golpe de Estado, como tampoco estaba medida la posibilidad de que esto iba a durar mucho más acá [en Uruguay]. Llego, tenía que estudiar [...]. Algunos pretendían que me pusiera a trabajar en esto y aquello, y en menos de tres semanas se me cayó al piso de que era bailarina, que iba a poder volver a estudiar o que iba volver a bailar. No había vínculos posibles y tampoco había plata posible, porque mi tía y mi tío eran simples obreros, por lo tanto, de golpe cambio la existencia. Y durante este pequeño tiempo, que fue enero, febrero y hasta el 26 [sic] de marzo, mi vida fue buscar cómo estudiar. Con visiones de mucha gente [...] que ya estaban allá hacía tiempo, muy tristes y otras muy alentadoras. Mi tía, una mujer con una fuerza increíble, mi mamá acompañando cuando podía desde acá, siempre “hay que estudiar, hay que estudiar, hay que estudiar”, que era el lema que yo tenía desde acá [...], terminé en un colegio de monjas de la Inmaculada Concepción [...]. Terminé siendo la mejor de la clase. Era uruguaya, me negué de llevar la bandera argentina, justamente creo que era el 2 de abril, o alguna fecha de las Malvinas. Las profesoras me querían, se ve que alguna algo tanteaba. Mis compañeras me decían “a ver hablá, a ver cómo hablan los uruguayos” [...]. Todo lo que estoy diciendo es todo lo que fue enero, febrero y estoy llegando al 26 de marzo. Fue el 26, ¿no? Perdón, 24, 26 me confundo por el Frente Amplio. Y ahí me recuerdo perfectamente, de mañana, levantándome a las siete de la mañana, llegando a la parada de Bernal y escuchar una música militar y estar en la parada diciéndome alguien, volvé para tu casa, hoy no hay clase, hubo golpe militar [...], ¡brutal!. Ahí es como que empieza el otro mundo, el mundo donde durante todos esos años la gente se iba, tenían amigos, tenían contactos, tenían esto, tenían lo otro, y todos venían a despedirse, y todos se despedían, y yo quedaba [...]. Claro, mi contacto era mi familia que quedaba acá. Eso para mí es bien importante, porque yo me sentí

que tenía 17 años y quedé sola en Argentina, porque por una razón u otra, muchos de ellos se pudieron ir [...] y yo me quedaba [...]. Durante un tiempo iba a la casa de aquella compañera que yo contaba que cuando fui a la casa entraron las Fuerzas Conjuntas y se la llevaron a ella y a mí no me llevaron. Ella también terminó en Buenos Aires. La vi un tiempo porque ella después hizo su vida, vivía muy lejos, las distancias en Buenos Aires son muy largas y más para alguien que no tenía plata. Y después, con Dora a veces me encontraba en la puerta de los cines, pero no hablábamos nada. Sabíamos, yo sabía que no tenía que hablarle [...]. Mi mundo no tiene más contacto hasta el 82', 83'. Todo ese período no tuve ningún contacto, salvo antes de irse algún compañero [...] y nunca cayó nadie. El temor, la paranoia, caminar por Corrientes, ver gente conocida y nos mirábamos con los ojos y seguíamos caminando [...]. Ese año terminé el colegio [...] y al año siguiente, más o menos entre 5500, di el examen y quedamos 500 en el examen de ingreso y pude entrar a la facultad [de Medicina]. Otra etapa de la vida en Argentina, ahora en La Plata estudiando medicina. Ningún vínculo partidario [...]. Estaba viviendo en Quilmes, y al año de eso estaba viviendo sola [...]. Viví en el centro de Quilmes, porque ahí yo ya tenía algunos amigos, eran mis amigos argentinos. Veía a mi tía, por supuesto [...]. A nadie que tuviera que ver [con] la militancia, de la Juventud [Comunista] o algo por el estilo. Sabía todo lo que pasaba, porque mi mamá era la que principalmente viajaba [...]. Es decir, todo lo que pasaba acá [Montevideo] lo sabía perfectamente [...]. Me encontré de golpe hablando de perfumes, de ropa, de medias, en mi mundo, en el que estudiaba... Y llegar a mi otro mundo, que era mi madre fundamentalmente, hablando de lo que realmente estaba pasando y con mi tía [...]. Me voy a La Plata. Ahí alquilo y me aíso totalmente, en La Plata, sin teléfono, sin nada. Tratando de comunicarle a mi mamá dónde estaba [...]. Mi papa sale [de la cárcel] en el 81' y posiblemente debe haber ido en el 83' a Buenos Aires, porque le costó un tiempo llegar [...]. Llegó mi padre, y ahí en el 83', ya estaba Alfonsín. Recuerdo perfectamente estar estudiando mi último examen, porque había decidido que me iba a recibir en los seis años [...] y me recibí el 20 de diciembre, quiere decir que era médica a los 25 años [...]. Cuando llega papá hace contactos. Uno es con un compañero del

PCU y ahí empieza a cambiar la vida [...]. Ya me había mudado, porque cuando hice el residentado me mudé a la capital. Cada una de las etapas era romper. Rompí con todo Quilmes de un día para otro, salvo esa amiga que fue la que me ayudó. En La Plata, cuando tuve que volver, rompí con todo aquello, eran como pequeñas rupturas. Ahí es cuando empieza, en el 83' Alfonsín y de alguna forma, esto que tampoco entendía mucho... pero tenía claro que mi casa iba a pasar a ser un lugar de reuniones que a veces iba a estar y a veces no estaba [...]. No sé cuándo ni en qué momento fue Arismendi y sé que estuvo en mi casa. Ahora, si a mí me preguntan sobre esa casa, quién fue, quién estuvo, qué sucedió, todo no lo sé. Sé que sucedía [...]. Sí, algunas [veces] me quedaba y otras me iba [...]. Al poco tiempo, mi propia necesidad hizo que se terminara ya la necesidad de la clandestinidad [...], no logro ubicar bien las fechas [...]. De golpe era la porteña, decidida a ser argentina, de golpe entendía que eso había que hacerlo (Bega, 2018).

Algunos otros comunistas también llegaron con un entorno familiar conformado en Montevideo, pareja, hijos y tenían la doble condición de contención y a la vez de fragilidad, promoviendo situaciones complejas, riesgosas, de desamparo espacial y emocional, previas al golpe de Estado en Argentina, del 24 de marzo de 1976.

La numerosa migración y exilio de uruguayos a la República Argentina llevó al PCU a organizarse como tal en la vecina orilla. Por un lado, antes del golpe de Estado de 1976 se intentó agrupar o por lo menos vincular militantes y tratar de hacer funcionar con cierta regularidad los organismos partidarios integrados por afiliados al Partido y a la UJC. Eran decenas de personas, muchas estaban en el exilio en forma pública y con documentación legal, muchas más también por razones económicas de migraciones anteriores al golpe, reorganizando su vida cotidiana en torno a sus viviendas y trabajos. El contexto era inicialmente favorable para la actividad y la solidaridad bajo los gobiernos de Cámpora y el comienzo del de Perón, para cambiar luego con Isabel Martínez y José López Rega (Rico et al., 2021, p. 391).

Benjamín Liberoff y Cristina Zitarrosa lo evocan desde experiencias muy diferentes.

Benjamín recuerda que:

Aquí nosotros comenzamos a vivir en la casa de una prima, cerca de Parque Lezama [...]. Pasa el tiempo, no conseguía trabajo ni alquilar nada, porque no tenía quién saliera de garantía. En determinado momento ya tengo que dejar la casa de mi prima, porque no estaba en condiciones. Entonces nosotros estábamos juntando en Uruguay cosas para casarnos, ya veníamos guardando, porque no teníamos casa en Montevideo tampoco. Yo vivía con mis padres. Empezamos a vender la heladera, la cocina, y con eso íbamos viviendo acá en Buenos Aires, hasta que en determinado momento conseguí trabajo como dibujante en una empresa que estaba presentando una licitación para no recuerdo qué línea de tren en Argentina, y empecé a trabajar por aquí, Pueyrredón y Las Heras. Transcurrido un tiempo, y ya teniendo que dejar la casa donde nos estábamos quedando con mi prima, y sin tener dónde hacerlo, varios compañeros del trabajo, argentinos me brindan la posibilidad de que las maletas que teníamos las pudiéramos dejar en sus casas. Dormíamos en la plaza, en frente de donde estaba el apartamento. Durante una semana estuvimos allí. Posteriormente [...] tuve la posibilidad de alquilar, y ahí fuimos [...]. En la calle Belgrano, y allí estuvimos hasta que salimos de Argentina en octubre del 74' [...]. En el caso de papá, se radica, alquila un apartamento en [avenida] San Martín, creo que era primer piso, y está el consultorio [...]. Entonces todo el mundo sabía dónde estaba Manuel Liberoff. Él vivía con la maleta atrás de la puerta, no había quien lo pudiera convencer de que se fuera a algún lado más lejos [...]. Después vino con el golpe de Estado como tal, desplegado, y con la Triple A y López Rega. Mi trabajo era legal, por lo tanto lo hacía ocho horas, había que trabajar para tener un salario para poder vivir, y luego tenía mis salidas, fundamentalmente a ver a uruguayos que estaban en diferentes lugares, o reunirnos [...]. En general, algunos de los militantes teníamos niños. Yo tenía una. Había otros militantes que vinieron para acá que tenían niños [...]. Después terminó yendo a un jardín, fue por poco tiempo. Mis hermanas anclan, completan

yendo a la escuela y al liceo, pero se vinculan también a la colectividad judía argentina, en algunos de los centros culturales que hay, y es donde se desarrollan básicamente sus relaciones, su entorno. Papá empezó a trabajar [...]; logró que le revalidaran el título, y fue médico otra vez, aquí. Empezó a trabajar en el policlínico de La Fraternidad Ferroviaria, además de tener un consultorio allí en la calle San Martín, que es de donde después lo desaparecen. Diría que mis hermanas no tienen mayores complejidades o adaptaciones que estas, la normal de alguien que se traslada, pero no vivenciaban un exilio particularmente distinto que otras personas, o el vivir fuera del país, que otras personas (Liberoff, 2016).

Cristina Zitarrosa relata que:

Alfredo nos lleva a un hotel del cual nadie tenía la menor idea, porque después decíamos “si nosotros hubiéramos sabido...”, pero claro, uno no estaba preparado para la clandestinidad, ni estaba preparado para el trabajo que ya estaba haciendo la Triple A acá [en Buenos Aires]. Algunas cosas sabíamos, pero otras no. Una regla de oro era no irte a las pensiones de alrededor de las estaciones, como por ejemplo la de Once, y tal cual fue lo que hicimos, fuimos a una pensión de Once. Ahí tuvimos, siempre con suerte, varios allanamientos, pero siempre estaba mamá con los nenes, y yo me iba a ver a Alfredo. Después me di cuenta que todos los dueños de los hoteles estaban de acuerdo con la policía; aparte me decían “cualquier problema, yo llamo enseguida”, yo decía “qué tranquilidad” [...]. Tenía vida legal, no era uruguayaya, era Suárez, no era Zitarrosa. Y era argentina, siempre fui la señora de Suárez. Además, hasta tenía respuesta, porque en la guía telefónica había como veinticinco Zitarrosa. Cuando me voy, me piden una carta de alguna persona que me conozca como persona de bien, trabajadora, y yo tenía un ingeniero al que le vendía libros de arte, y me dice “señora de Suárez, así que usted se llama Zitarrosa”; “sí”, le digo, “son un montón”; “sí, porque hay uno medio famoso”; “sí”, le digo, “pero nosotros no tenemos nada que ver [...]”. En San Antonio de Padua tuvimos una cosa muy rara, que fue un allanamiento. Por suerte Suárez no estaba porque él hacía guardia de noche [...]. Tuvimos uno solo, muy extraño [...]. Nosotros creíamos que estábamos

de lo más seguros [...]. La consigna era ni hablar de andar en los bares, la calle Corrientes ni existía. Ningún lado. Ya te digo, ves un uruguayo y das la vuelta, sea quien fuera [...]. Pasé dos años [...] pendiente del motor de los autos. Te queda acá [señala el oído]. Una noche, diez, diez y media de la noche... Imaginate, ¿quién iba a andar en esos barrios de casitas? Yo estaba con los gurises, y Aquiles [el perro], que lo había dejado Alfredo de regalo [...]. Le decía que no tenía para comer yo y ¡qué iba a hacer con el perro! La cuestión es que el perro se quedó en casa [...]. Siento que para un Falcon, con cuatro tipos, como siempre. Bajan. Y yo mirándolos. Había levantado la veneciana, y los gurises se pusieron todos con sus naricitas contra [el vidrio]. Y el perro estaba parado ahí [...]. Se veía todo rojo, supongo que debía tener una adrenalina... Entonces los tipos me hablaban a través del vidrio, que buscaban un señor, un médico, porque ellos querían saber de un terreno que había al lado, que querían comprar pero que sabían que el que lo vendía era el doctor. Yo le digo: “mire, yo no tengo la menor idea, recién me mudo, pero si usted quiere hablar con los vecinos”. Todo a los gritos a través del vidrio. Los tipos yo supongo que deben haber evaluado “a estos les vamos a tener que tirar todo porque no nos van a abrir, sean o no sean”, capaz que éramos, o capaz que no éramos. La cuestión es que se fueron. Y [...] fueron dos años, que era lo que duraba el contrato (Zitarrosa, 2015).

En el contexto previo al golpe de Estado de 1976 y en ese mismo año, otras circunstancias de comunistas que llegaron a Buenos Aires dan a conocer con sus recuerdos compartidos experiencias singulares en relación con los sitios y las formas de habitarlos.

Si un lugar puede definirse como lugar de identidad, relacional e histórico, un espacio que no puede definirse ni como espacio de identidad ni como relacional ni como histórico, definirá un no lugar [...], espacios que no son en sí lugares [...], un mundo así prometido a la individualidad solitaria, a lo provisional y a lo efímero, al pasaje (Augé, 2000, p. 83).

Tanto por la forma de insertarse como por tomar a Buenos Aires como trampolín una vez que es necesario abandonarlo por razones

de seguridad, el recorrido de Alberto Lastreto es una muestra de distintos episodios de una cotidianidad colmada de vicisitudes

Los primeros meses estuve en casa de mi abuela, en casa de mi tía y un poco perdido, como perro en cancha de bochas, porque, ¿qué carajo voy a hacer? Mi familia no es muy progresista que digamos, y me recibieron porque soy familia, pero nada más que por eso. Entonces era una situación muy rara, muy incómoda y estaba un poco como en el aire [...]. Cuando empezó todo, seguí trabajando un tiempo, en la calle Córdoba, en el estudio [de arquitectura]. Marcos era divino, era el estudio de Marcos Winograd, donde trabajaba también el otro arquitecto uruguayo, Guillermo Gutiérrez [...]. Lo estoy viendo ahora de nuevo, nos reencontramos [...]. Traté de mantener un tiempo el trabajo, porque Marcos era muy bueno. Yo no estaba recibido ni nada, pero tenía una buena posición ahí, me permitían diseñar y hacer cosas, estaba contento, pero la situación se volvía cada vez más insostenible [...]. No me voy a olvidar; recuerdo un día que estoy trabajando y me dicen: “Alberto [...], hay un muchacho abajo que pregunta por vos, que quiere hablarte”. Y yo “Bueno, ¿quién es?”. “No sé, no dijo nombre”. Entonces salgo, bajo la escalera y al que me encuentro abajo es a mi primo, Fernando, que me dice: “Alberto, no sé qué hacer” –eran todos Montoneros, es la parte de la familia que eran todos peronistas, montoneros y demás–. Digo: “Fernando, ¿qué carajo estás haciendo acá?” Dijo: “No sé a dónde ir, me estoy hundiendo, estoy en la clandestinidad, necesito un lugar”, y le digo: “Tenés que desaparecer inmediatamente de acá, porque yo también estoy, aunque esto no parezca, estoy escondido debajo de la piedra. O a mí o a vos te pueden estar siguiendo y nos ponemos en peligro mutuamente, no tiene sentido, Fernando, borrarte porque no es bueno ni para mí ni para vos, lamento, pero es así la realidad”. “Yo te entiendo” y no lo vi más a Fernando; salió para Suecia, lo vi 30 años después casado con la sueca, otra historia [...]. Las primeras casas fueron surrealistas y no fueron resueltas por el partido, sino por la familia de mi compañera. La primera fue en el estudio de San Telmo de mi suegra, que era muy lindo, pero muy incómodo. El segundo fue en una casa abandonada que estaba en San Telmo, que no se podía dormir, el edificio entero

estaba abandonado, solamente vivíamos nosotros dos y una loca, en el último piso, que se pasaba toda la noche escuchando a Edith Piaf, *Rien de rien*, no sé qué tenía la mujer con eso, pero era a todo trapo, toda la noche *Rien de rien*... No podíamos más, yo escucho eso y me da el ataque [...]. De ahí pasamos –de eso me acuerdo bien porque es demasiado absurdo– a un apartamento enfrente al zoológico. Era el bulín de un tipo, que no sé quién era, pero nos prestó el bulín, y entonces llegamos a ese lugar que era todo espejos y alfombra peluda blanca, esas del sesenta y del setenta que son para limpiar [...], una inmundicia, y el loco la usaba pa' bulín y era como estar en una película rara. Muy extraño, espejo por todos lados. Estuvimos allí una semana hasta que el tipo dijo: “Yo quiero usar el bulín, que se vayan” [...]. Y nos fuimos a esta casa en San Antonio de Padua que estuve hasta el último día en que salimos del país [...]. Ese era el mundo que estábamos viviendo. Por un lado, una familia que fue y dijo: agarraron a Alberto, llamaron al contraalmirante Perra, que era mi tío abuelo, y le dijeron, che, sacalo a Alberto [...]. No puede ser, y me sacó pero al mismo tiempo [estaban] los otros primos, que también eran militantes y sobrinos de él. Salvó a una nada más, a una sobrina, al resto los dejó encastrados. O sea, era muy raro todo, era muy raro, y las familias estaban totalmente partidas. No decían nada, y teníamos un casamiento tan lindo como el que tuve que era totalmente absurdo [...]. Eso habla también un poco de la dualidad de la vida que teníamos [...]. Recuerdo que iba a trabajar todos los días, almorzábamos con Guillermo, formalmente los dos, y después volvíamos a trabajar. Me estaba quedando tarde en el estudio, porque no quería volver a casa. No sé allí si recibía gente, no sé cuándo nos veíamos, sería en ese momento [...]. Era un gran estudio, Winograd falleció ya, el estudio creo que cerró. Gran compañero, era del partido de Argentina, tipo estudiando, gran urbanista, además [...]. ¡El casamiento! Bueno, esa absurdidad. Estábamos en la clandestinidad, sabía que nos íbamos a Cuba escapados y mi mamá, buena señora burguesa con un corazón y un alma maravillosa [...], era quien era, dijo: “¿Cómo te vas a ir sin hacer a esta chica decente? Tenés que casarte”. Le digo: “Mamá, me importan tres carajos los papeles, a Silvia le importan tres carajos los papeles, pero si vos querés...”. “Sí, se tienen que casar y le vamos a decir

a toda la familia que se van de viaje de novios al Caribe”. Ella había logrado hacer una especie de medio camino entre el nene que se iba, comunista y no sé qué, escapado, y el nene que se iba bien, casado, de viaje de novios, y después no importa, quedaba todo bien [...]. Me acuerdo del casamiento, me acuerdo de que era totalmente absurdo, me divertí como loco, bailamos como locos, pero también era un momento de explotar en medio de toda esta contención que estábamos viviendo. Me acuerdo los dramas de Silvia porque el vestido blanco quería que se lo hiciera Fulano, Mengano, pero “Silvia, estamos en la clandestinidad, ¿qué carajo importa? Si de acá, de todo esto, tenemos que irnos en tren a escondidas a ese apartamento de mierda, a esa casa en San Antonio de Padua. Estamos viviendo, no tiene sentido esto”. Eso habla de dos capas... (Lastreto, 2014).

La llegada previa al golpe de Estado en Argentina fue un atajo recurrido por muchos uruguayos, opositores a la dictadura, convertidos en militantes, activistas con diferentes estrategias de lucha y también migrantes por cuestiones económicas que en muchos casos se fueron sumando a actividades políticas.

La novela de Fernando Butazzoni, basada en hechos y personajes reales, recrea situaciones de prácticas extremas de violencia de los aparatos represivos. Un ejemplo de lo criminal y vejatorio de aquellas experiencias está marcado por las sustracciones de los bebés luego de los partos.

Unos minutos antes de las siete de la mañana, cuando recién comienza a clarear en Buenos Aires, Aurora Sánchez da a luz a su hijo, un varón de buen porte que lanza unos berridos poderosos en cuanto comienzan a manipularlo. Su madre alza un poco la cabeza y alcanza a ver el milagro: la partera Nilda sostiene cabeza abajo, tomando por los talones un cuerpo rollizo cubierto por una capa de mocos y sangre y unos bracitos que se mueven casi con desesperación en el aire. Luego Nilda se acerca a la parturienta y le coloca una inyección en la nalga. Le acaricia la frente y le dice que duerma, que su hijo va a estar bien. Aurora trata de resistir, pero los ojos se le cierran, aunque ella no quiera. Va a sucumbir. Así que era eso, piensa. Alcanza a

manotear el brazo de Nilda y ya medio dormida le dice: hija de puta (Butazzoni, 2014, p. 378).

Entre los militantes comunistas uruguayos, están quienes debido a distintas razones personales y partidarias se instalaron en Buenos Aires o hicieron de esa estancia un paso relativamente fugaz hacia destinos más lejanos mientras duró la dictadura en Argentina.

Retiran de Buenos Aires a miembros de la dirección del PCU (fines de agosto, principios de setiembre). Partieron a Moscú –vía México– tres miembros del Comité Central del PCU: Alberto Suárez, Félix Díaz y Esteban Valenti; se incorporarán a la dirección comunista en el exilio. Alberto Suárez será inicialmente el responsable del partido en la República Democrática Alemana y luego se trasladará a Madrid para asumir como representante del partido en la dirección del Frente Amplio en el Exterior, liderado por el doctor Hugo Villar; Félix Díaz se radicará en Moscú y coordinará el Comité de la CNT en el Exterior; Esteban Valenti, después de vivir un tiempo en Moscú, retornará ilegalmente a la República Argentina para asumir la dirección del Partido y, al poco tiempo deberá huir rompiendo un cerco tendido por agentes de la dictadura para secuestrarlo o matarlo, exiliándose definitivamente en Italia (Rico et al., 2021, p. 393).

Observado desde el presente, Buenos Aires se muestra con claridad ya no solo un espacio de hospedaje o transición, también fue lugar de reestructura, a partir del golpe de Estado en Uruguay, de repliegue y, a la vez, de organización del retorno más adelante. Resultó un trampolín en distintos sentidos y también espacio de fuga cuando la represión arremetió contra los militantes que allí estaban, llegando al extremo de la ejecución y la desaparición.

En el caso de Daniel Feldman, muy joven entonces, arribó a la ciudad porteña cuando ya se encontraban allí su padre y su hermano. Comenzó y comenzaron a rearmar la vida familiar, intentó e intentaron cierta inserción social y cultural, además de política, pero Daniel, exigido por las circunstancias debió esconderse

rápidamente; los camaradas lo protegieron cuando la Triple A ejecutó a Raúl.

Inicialmente estuvimos en un apartamento por Barrio Norte que nos prestó un pariente; estaba vacío, tenía unas camas, una mesa y unas sillas [...]. Unos meses después, mi padre y mi hermano ya estaban trabajando, yo también comencé con algunos trabajos, y alquilamos un apartamento por Belgrano, un apartamento chico, pero con muebles, porque tampoco teníamos como para hacer un desembolso de amoblar una casa. Fue donde estuvimos hasta el final, hasta la salida de Buenos Aires [...]. Estudiaba. Empecé a hacer cuarto año [...]. Cuando me suspendieron [en secundaria, en Uruguay] estaba haciendo cuarto; empecé a hacer cuarto año en el colegio Nacional N° 6, estaba en la calle Ecuador y Paraguay, por el Once, cerca del barrio Once. Colegio de varones. En ese entonces, en Argentina, exceptuando el Nacional [de Buenos Aires] todos los demás colegios de varones eran los colegios nacionales, o liceos de señoritas, eran los de mujeres.

Mi padre estaba trabajando en una fábrica de productos plásticos, donde hacían bolsas plásticas, manteles, etc. Hacían también toda una producción de regalos para la revista *Anteojito*, que se entregaban con la revista, cosas de plástico. Mi hermano estaba trabajando. Había empezado a estudiar, estaba tratando de regularizar sus papeles, pero estaba yendo como oyente a la Facultad de Filosofía [y Letras] y trabajaba también en esa misma fábrica, en la parte de ventas, y aparte hacíamos cosas de impresión xerigráfica que habíamos aprendido del trabajo clandestino. Había aprendido a trabajar en planograf, y lo hacíamos como trabajo [...]. Era una vida muy solitaria, sí. Tal vez, desgarrante sea una palabra adecuada, porque era, además, como un trasplante a otra sociedad diferente; más allá de todas las cosas parecidas que podamos tener con los argentinos, y con los bonaerenses, era una vida muy diferente, con otra intensidad en la rutina. En la cotidianidad, una vida diferente, pero aparte el desarraigo era algo que tenía influencia [...]. Uno también, a veces, hasta se aislaba a propósito, tal vez como una forma o mecanismo interno de no adaptarse y de seguir manteniendo los lazos con el país. Evitaba generar lazos en Buenos Aires [...]. Percibíamos la situación

que se venía dando en Argentina, porque era parte de la cotidianidad. Creo que nos sentíamos como ajenos a eso, con una actividad ilegal o semilegal, o como quieras llamarla [...]. No era ajena la realidad política argentina, los muertos que estaba registrando la Triple A [...], dramático, doloroso [...], pero nosotros, en realidad, de lo que teníamos que cuidarnos era de una eventualidad, de que los servicios de inteligencia uruguayos actuaran en Argentina o trataran de infiltrarnos [...], porque, además, más allá de esa situación, todavía la institucionalidad estaba vigente en Argentina, en el año 74' había democracia, más allá de que estaban comenzando a operar los sectores de ultraderecha y los sectores paramilitares y, justamente, la Triple A había comenzado su accionar dirigido a las organizaciones de izquierda argentina [...]. Mi hermano fue asesinado en diciembre del 74', el 24 de diciembre. Fueron a allanar el departamento nuestro en dos ocasiones, entre el 24 y el 26, que fue el día del entierro, y lo que se planteó, básicamente, era sacarme a mí, que el objetivo no era mi padre [...]. Mi madre viajó a Montevideo, mi padre quedó en Buenos Aires, y yo quedé escondido en Buenos Aires, en las casas, circulando... Estuve unos días en casa de unos compañeros uruguayos [...], dos compañeros requeridos en Uruguay [...]. No era lo más adecuado que estuviera en esa casa porque, además, creíamos que era conocida por los servicios represivos, y terminé contactando a estos amigos que se movieron y me consiguieron un par de casas para permanecer (Feldman, 2016).

El local del MAASLA (Movimiento Argentino Antimperialista de Solidaridad Latinoamericana) ubicado en el centro porteño, en la zona de concentración de edificios universitarios, donde fue ejecutado Raúl Feldman, fue centro de la vida cotidiana de otros comunistas uruguayos.

En Buenos Aires los comunistas participaron activamente del Movimiento Argentino Antimperialista de Solidaridad Latinoamericana, iniciativa vinculada al Partido Comunista Argentino que nucleaba a militantes sociales y partidarios de diversas colectividades políticas, incluso de distintas nacionalidades exiliadas [...]. Sus principales objetivos estaban vinculados a la solidaridad internacional en

Argentina y a generar un espacio de trabajo para los exiliados que llegaban desde distintas partes de América Latina. El MAASLA se desintegró al poco tiempo del golpe de Estado de Videla, en la medida en que no estaba pensado como una organización política que pudiera asumir una vida clandestina, sino como un ámbito público de solidaridad (Rico et al., 2021, p. 846).

Es el caso de Walter Cruz, quien tuvo, en especial, apoyo del PCA tanto para resolver temas de la vida diaria como de la militancia. Llegó en una situación de total desamparo y la solidaridad del partido argentino le permitió encontrar lugares donde vivir.

El Partido Comunista [argentino] me consiguió una casa y fui a vivir con unos compañeros de la Fede a Chacarita [...]. Tenía como una oficina, en la sede de La Fraternidad. Entonces nos instalamos todos los días ahí con Goggi, un taxista y otros y recibíamos a la gente de acá o que venía de otros lados. Y después de ahí me fui a vivir a La Boca. Yo estaba bien en Chacarita, era un matrimonio de italianos. El viejo italiano no entendía un carajo, el hijo era de la Fede y él decía (imitando acento italiano) “Mussolini es lo más grande que hay” [...]. Después [...] me dijo “en La Boca hay una casa desocupada” y fui [...]. No me acuerdo quién era el compañero del Partido Comunista. Esperé ahí y aparece un loco con un coche descapotado, una cosa impresionante. “¿Vos sos Walter?”. “Sí”. Subí. Estaba vacío, tenía teléfono, tenía todo. Y el loco me dice “vos acá no tenés que gastar nada, no te hagas ningún problema”. Era dueño de una agencia de publicidad. “Llévame las cosas de la agencia de publicidad”. Un día voy y le digo “tenés la luz, el teléfono, acá está”; “¿te fijaste cuándo se vencen?” “No, ya está, yo ya las pagué”; “No, no, así no, yo te dije que vos no pagabas nada. La próxima que me traigas pagas las boletas te vas de casa”. Un tipo recontra macanudo [...]. Y en La Boca me quedé hasta que lo mataron a aquel [Raúl Feldman] [...]. Era medio funcionario de MAASLA y medio del Partido [...]. No me pagaban mal, el partido sí, siempre me pagó mal... Además, éramos dos, Ana y yo (Cruz, 2018).

Así fueron llegando a Buenos Aires cantidades de comunistas en situación de mucho peligro en Uruguay y lo hacían por distintos

cruces. Algunos con referencias familiares, otros de amigos y otros más de amigos de amigos. Muchas veces esos contactos fueron útiles para resolver vivienda o trabajo o, al menos, las primeras medidas indispensables de sobrevivencia. Sin embargo, otros tantos contactos desembocaron en situaciones de gran riesgo.

Tal vez no sea solamente el carácter sutil de la estructura narrativa lo que nos impide dar el salto desde la intuición hasta su comprensión explícita: algo que inclusive va más allá del hecho de que la narrativa es más nebulosa, más difícil de capturar [...]. De hecho, los relatos seguramente no son inocentes: siempre tienen un mensaje (Bruner, 2003 p. 18).

El testimonio de José Cippollini comparte en su relato cómo se tejió el inicio de su historia en Buenos Aires a partir de contactos, de llamadas telefónicas y también su deseo de regresar, que evoca la sensación recurrente de quienes salieron por la persecución y estaban impedidos de un retorno más o menos seguro.

Tenía un número de teléfono de un muchacho de Carmelo que era amigo y estaba trabajando en Capital Federal, vivía allá cerca de la cancha de San Lorenzo [...]. Lo llamo [...]. Trabajaba en un torno de carpintería, hacía las patas, esas, torneadas, de las camas y de las sillas y eso. Dice: “¿Dónde estás?”. “Estoy en San Fernando”. “Bueno, tomate el tren y te espero en la estación Belgrano”. Veinticinco minutos, media hora de viaje de tren y cuando llego a Belgrano me estaba esperando ahí en el andén [...]. Fue a trabajar conmigo, yo estuve todo el día con él en el trabajo; de noche nos fuimos y empecé a buscar lugar donde quedarme. Fui a visitarlo de nuevo al señor Vasallo y me consiguió un lugar en San Fernando, donde viví cuatro años. Tuve suerte en esa pensión porque los dueños eran excelentes personas, conocieron mi situación y la comprendieron en seguida, porque todos los pensionistas que eran uruguayos se venían a fin de año [...] a pasar las fiestas y yo me tenía que quedar con ellos, porque no podía viajar [...]. Me integraron como a la familia. Ellos eran obreros del ferrocarril, habían alquilado una casa grande, muy grande era la casa,

en una esquina de San Fernando, en el centro del San Fernando, y de lo que sacaban de los pensionistas les daba para pagar el alquiler de la casa, la luz, los gastos de mucama, de lavado de sábanas, ese tipo de cosas, y el sueldo de ellos les quedaba libre [...]. Un día me levanté, compré el *Clarín*, salí a buscar trabajo y conseguí en una fábrica, Citoplast, donde trabajé dos años. En esa fábrica éramos diez uruguayos, todos varones. El ejército levantó, a mediados de octubre del 76', al compañero Antonio Rodríguez Liberto, que figuró en la lista de desaparecidos; el cuerpo apareció en jurisdicción del partido de San Martín hace un año y pico, los restos de él fueron encontrados, o reconocidos por la familia y el equipo forense argentino [...]; era encargado del depósito de Citoplast. Después otro compañero, Rando, que era militante del ERP, fue asesinado en la casa [...] y yo decidí irme. Entré el 19 de octubre del 74', y el 19 de octubre del 76' me fui de Citoplast, cobré la quincena y después fui como a los cinco, o seis días a cobrar lo que me correspondía. Me descontaron el no aviso de no ir, un montón de cosas más. Y tuve que volver a buscar trabajo; en lugares no me pedían documentos y un excompañero que era encargado en el primer trabajo que tuve en un astillero, tenía un taller y me dio trabajo [...]. Me tuve que ir de Citoplast [...], lo de los Falcon verde yo lo viví. Salíamos –yo trabajaba de noche, turno noche–, salíamos a las seis de la mañana y salíamos todos, y la solidaridad de mis compañeros cuando veían que andaban los Falcon verde dando vuelta, a la salida, me decían: “Vos metete al medio” [...]. Y a mi compañera del ERP nunca más la vi, no supe más de la vida de ella [...]. Los compañeros socialistas [argentinos] me consiguieron trabajo en un astillero [...]. Empecé a visitar compañeros de Carmelo que vivían allá, que tampoco viajaban, pero después se tuvieron que exiliar a Noruega, el ACNUR los mandó [...] y otros compañeros de Carmelo, porque [...] estábamos los exiliados políticos y había mucho carmelitano exiliado económico. Porque en Buenos Aires, en ese momento gobernaba Perón y había trabajo, lo menos preocupante era conseguir trabajo [...]. Yo era bachiller y fui a trabajar a un astillero con compañeros que no tenían estudios en Uruguay [...], y el jefe del astillero se dio cuenta enseguida que el léxico mío era diferente y me puso como encargado [...]. Había mucho trabajo, fabricábamos

lanchas [...]. No tenía documentación, tenía la visa que me había dado Zelmari Michelini, que era lo único que tenía. No figuraba en planilla del astillero porque no tenía radicación [...]. Cuando llego el 27, a los pocos días, el 3 de marzo, voy al Hotel Liberty, donde vivía Zelmari Michelini. Me conoció porque yo había tenido relación en mi militancia en la 99 [...]. Le expliqué mi situación, cómo había pasado y me dijo: “Mirá, no vengas acá, pero venite el martes de la semana que viene y yo voy a ver si te soluciono”. El martes siguiente llego al Hotel Liberty, al *lobby*, y me ve entrar, sale corriendo y me dice: “Vení, vení, con vos quiero hablar” y me señala el ascensor [...]. Subimos al ascensor. Él vivía en el sexto piso, tenía un departamentito chiquitito, como esta pieza. Y en el ascensor me dice: “Mirá, mataron a un carmelitano, como vos, en el Batallón de Colonia”. Yo, que tenía un hermano preso en el Batallón de Colonia, casi me desmayo. Entonces entramos, corriendo casi, al departamento, él agarró un papel de arriba de la mesa y me lee, dice: “Mirá, mataron a Perrini en la tortura, el sábado noche en el Batallón de Colonia”. “Dame datos” [...]. Le ayudé a redactar cómo estaba compuesta la familia, a qué se dedicaba. Michelini desconocía, tenía solamente el nombre y que había muerto en la tortura. Estuvimos 15 o 20 minutos, él estuvo redactando una nota [...]. Y ahí me pregunta “¿Tenés la cédula uruguaya?”. “Sí”. Agarró la cédula uruguaya y completó una visa, que no sé cómo la conseguía, argentina, digamos, de migración argentina, puso mi número... La tengo acá, en casa, la guardo de recuerdo [...]. Hizo una firma, un garabato, como que era la firma del funcionario. Y con eso dice: “Bueno, salí poco, trabajá y quedate en la pensión de noche [...], cuidá tu vida. Esta visa te va a servir si te para la policía, sabe que pasaste por frontera, pasaste por un puesteado fronterizo de aduana, de migraciones [...]”. Pero no me servía para trabajo, en el trabajo estaba en negro [...]. [La] compañera que era del ERP, que conocí, me pasa el dato de que en la municipalidad de Vicente López entregaban documentación a los extranjeros de los países limítrofes si comprobaban que habían ingresado al país antes del 31 de enero de 1973, era un decreto de Perón. Entonces yo fui a hacer ese trámite y dice: “Andá a hablar con Fulana de Tal” [...], y esta compañera me dice: “Mirá, andate al hospital de Vicente López, sacate placa de tórax, sangre, foto carnet, te

voy a hacer un documento con todo eso” [...]. Con ese documento me manejé durante todo el período dictatorial hasta noviembre, hasta una semana antes de la elección [...]. Durante esos once años, el documento encima. Lloviera, tronara [...], te paraba el ejército, tenías el DNI, ya era una tranquilidad [...]. Cuando se vino la elección del 84´ en Uruguay, mi hermano primero me dice que no fuera, que esperara que asumiera el próximo gobierno. Quince días antes, me llama y me dice: “Venite, venite, que podés votar”. Voy a sacar el pasaje. Estaba deshecho el documento y voy a Migraciones. Había en realidad un decreto de Alfonsín que decía que había que facilitarle al uruguayo toda la documentación para que ninguno se quedara sin venir a votar [...]. Allá en Diagonal Sur, en el Registro Nacional de las Personas de Argentina. Le digo que precisaba para esa semana la documentación y le dije, le mentí, que iba de un Comité Radical que había en San Fernando y que en el Comité Radical de San Fernando me habían dicho que había un decreto de Alfonsín que había que facilitarles a los uruguayos todo lo posible [...], y me pregunta: “¿Para cuándo tenés pasaje?”. Para el viernes. “Bueno, vení el jueves a última hora”, eso era un lunes. Cuando fui a levantar el documento, era como una hora y pico y no aparecía por ningún lado el original mío, no existía. Muy pierna el empleado del Registro Nacional de las Personas me hizo el documento nuevo. Y con ese documento viajé a votar en noviembre, regresé al país después de once años (Cippollini, 2014).

Hubo quienes, con grandes riesgos, tuvieron una vida cotidiana centrada en el trabajo clandestino, con recursos casi inexistentes para la sobrevivencia, en algunos casos de enorme peligro dentro de Buenos Aires, con largas temporadas de encierro y de convivencia con otros comunistas de la dirección partidaria. A la vez, de tensión, debido a los riesgos que se tomaban para las comunicaciones telefónicas.

Los saberes necesarios para tomar resoluciones en sociedades tan complejas como las actuales (incluso muy complejas en el caso de países periféricos como el que vivimos), son ultrasofisticados y numerosísimos (Sarlo, 1994, p. 187).

Eran comunistas que en realidad reponen en sus narraciones vivencias de peligro en el trabajo clandestino en un país que a la vez estaba viviendo en dictadura y en el que había que tomar decisiones que excedían lo personal. Así lo trae con elocuencia el testimonio de Roberto Pereira:

La vida cotidiana era una vida que, de cotidiana, en el sentido común, no tenía nada, porque en realidad nosotros, a diferencia de lo que plantean las películas, con los espías y con los actores políticos en condiciones extremas, en realidad éramos militantes de un partido en otro país, tratando de apoyar en una dirección que era política. Éramos un grupo de gente con condiciones muy precarias en los medios disponibles, o sea, incluso no teníamos ni plata para vivir. La plata que lográbamos o que el propio partido nos daba, o se generaba, la utilizábamos, fundamentalmente, en las casas. Nos cambiábamos a cada rato de casa. Teníamos que cambiarnos a cada rato, y con la subsistencia mínima [...]. Muchas veces, en realidad, pasamos hambre y terminamos comiendo en la casa de compañeros que fueron los que nos ayudaron a aguantar. La ropa [...], ropa prestada, ropa encontrada de alguna manera, incluso familiares que nos mandaban y buscaban la forma de hacerla llegar [...]. También la necesitábamos, no por confort sino para no estar todos los días de la misma manera. Yo siempre recuerdo una cosa bastante anecdótica y medio risueña, y es que nunca había usado un sobretodo [...]. Una compañera que me vio, además de pasar frío, reiteradamente con la misma ropa, y me regaló ese sobretodo que fue una salvación, por lo menos para el frío. Después, tuve que dejarlo por otras razones [...]. Vivíamos así, en una forma muy precaria y, en realidad, desde el punto de vista de la vivienda, saltando de un lugar a otro. En ese momento no vivía en pareja, incluso, en algunos casos, viví solo en un departamentito, en esos que eran muy comunes en la Argentina, que era una *kitchenette* y un espacio y en otros viví con otros compañeros. Inicialmente viví con otros compañeros. Tengo un recuerdo muy fuerte de haber vivido con el compañero Alberto Suárez durante un tiempo. Nos conocimos profundamente de vivir horas y horas en un pequeño departamento [...]. Teníamos actividades exteriores, como era cumplir

con un plan de trabajo de solidaridad, de apoyo, de vínculos, enlazando el trabajo de Montevideo con el del exterior o denunciando lo que estaba pasando acá en términos de represión. De todas maneras, hacíamos horas y horas de vida dentro de las casas [...]. Siempre fui un lector con falta de tiempo y en los primeros años todos esos tiempos me parecían bárbaros para leer. Después, con el tiempo, medio me aburrí de que esa fuera la forma de matar el tiempo, de estar adentro de una casa [...]. Cuando vivía con otras personas, las conversaciones, el propio conocimiento que uno va generando con alguien que vive las veinticuatro horas del día es muy importante. Eso me permitió conocer, ser amigo de gente que, de otra manera, seguramente, nunca hubiera conocido en profundidad, y ellos a mí. En general, nos repasamos la vida en cuanto a las historias personales. Para un hombre de veinte años, veintipocos, que yo tenía en aquella época, eso resultaba también muy atractivo, conocer gente de más edad [...]. Por ejemplo, en el caso de Suárez, fue conocer la vida del Partido. Una vida que yo conocía muy superficialmente, por mi edad, aunque en realidad participaba desde muy temprano en la Juventud Comunista, pero era todo muy vertiginoso [...]. No nos deteníamos tanto en la historia, aunque teníamos interrogantes [...]. Me vino de perilla sentarme y conversar horas y horas con Suárez. Y como toda convivencia, también enojarnos entre nosotros, porque una vida adentro de una casa [tiene] tensiones de todo tipo, no es idílica, tiene todas las contradicciones que es convivir en medio de eso que era muy parecido a estar en una situación de guerra, en el sentido de que el mundo exterior, en general, uno lo percibía como hostil [...]. Una cosa muy interesante y que capaz que sí merece ser relevado e incluso si los actores están dispuestos a hablar, eran nuestros mensajeros, porque la información de Buenos Aires a Montevideo no se transmitía por teléfono, ni por computadora, porque no había esas condiciones. Por el teléfono era imposible, porque estaban intervenidos. Estaban todos controlados y eran muy precarios con respecto a lo que es hoy. Desde Buenos Aires a Montevideo, desde Montevideo a Buenos Aires, no era tan fácil hablar. Siempre recuerdo el caso de alguien que no tuviera teléfono, tenía que ir a un lugar que estaba en el centro de Buenos Aires, en [la calle] Corrientes. Un lugar con cabinas, con funcionarios

[...]; incluso, durante la dictadura te pedían la cédula mientras hablabas [...]. La comunicación que teníamos era que había gente que iba y venía que se dedicaba a eso. Que corría tantos riesgos como nosotros, quizás muchos más a veces. Fueron los mensajeros (Pereira, 2014).

Una breve e ilustrativa descripción de esa vida clandestina está en la evocación de Esteban Valenti, otro integrante de la dirección de la estructura clandestina.

El nuevo escenario del exilio comunista en la Argentina dictatorial se configuró en torno a dos ejes principales: 1) el trabajo del “equipo técnico”, en contacto directo con la dirección del Partido, tanto en el interior del Uruguay como en el exterior (Moscué); y 2) la militancia de otros comunistas no clandestinos, agrupados en núcleos por cercanía territorial pero sin funcionar orgánicamente ni actuar en forma pública debido a la situación de peligro que se vivía por la represión, incluida muy especialmente la persecución a los extranjeros y exiliados [...] y los “operativos conjuntos” coordinados dentro del Plan Cóndor (Rico et al., 2021, p. 850).

Su testimonio comparte vívidamente actividades de gran tensión y riesgo, en las que también estuvo presente el miedo ante la posibilidad de ser detectado por los servicios de inteligencia.

No podías tener amigos, no podías ir a verte con la familia [...] porque era ponerla en peligro. Entonces, nos encontrábamos en determinadas condiciones [...]. A la familia de Milton la adoraba, a la flaca Ana, Larissa y Boris, yo había convivido dos años con ellos [...]. No podías salirte del libreto en ninguna circunstancia. Y el miedo... Yo vivía en un apartamento en el barrio Norte, cerca de la calle Pueyrredón. Además, a mi madre le habían destruido el local, en medio de todos estos líos, buscándome [...]. Y te voy a decir una cosa: era una fortaleza. Era una fortaleza, en todo sentido, porque sabías que no tenías otra alternativa [...]. Además, porque sabías lo que pasaba todos los días, veías los Ford Falcon... y, además, en el 78', la cosa ya había empezado a ser tremenda en la Argentina [...]. Después, yo empecé a tener un trabajo, tenía que tener cobertura, tenía que viajar. Al principio, cuando

volví del entrenamiento [de la URSS], volví como vendedor de material sanitario italiano, pero no resistió más de dos meses, tres meses, a los tres meses: “Mostrame los pedidos, mostrame algo” [...]. Llegué, al principio, con un pasaporte italiano. Después ya no resistía. Otra razón era que había que bancar mi casa en Roma. Yo estaba en Buenos Aires, pero Ana y los chiquilines estaban en Roma, y nadie les pasaba nada ni nunca les pasó nada, de plata [...], la situación era cómo resolver. Empecé produciendo [...] productos químicos que se usaban para niquelado y cromado. Pero eso era una parte de la cobertura en Buenos Aires [...]. ¿Qué es lo que conseguí? Con otro compañero, que era un argentino que había vivido muchísimos años en Uruguay, cuyo hijo era de la Juventud Comunista. Él se había ido [de Argentina] porque había sido acusado de asesinar [...], matar, ajusticiar a un comisario del policía argentino en los años cincuenta. Entonces, había venido acá y había estado exiliado acá [en Uruguay]. Trabajaba con nosotros, era argentino, viejo, un hombre mayor. Me consiguió unos rulemanes para vender [...], me agarré una cajita y empecé a vender rulemanes [...]. Los documentos los hacíamos en el depósito de rulemanes [...]. Después, entraron a la fábrica de rulemanes y destruyeron todo, hasta el piso levantaron. Pero a mí los rulemanes me servían para ir hasta Gualeguaychú, porque hay mucho equipamiento, de canteras, fábricas, empresas diversas, que usan rodamientos. Iba con la valijita hasta Gualeguaychú, hasta todos los puentes internacionales, para poder justificar el viaje y nunca, la verdad es que nunca me pidieron nada [...]; de todos esos cruces [...], treinta viajes, veinte viajes, una sola vez fui en avión y el avión se enterró en una pista de Entre Ríos [...]. Veías a los policías, veías que subían [...], debo tener cara de buena gente o de muy mala. Lo cierto es que no me pidieron [nada] [...]. En esa época lo único que se veía era la dictadura. Los compañeros nuestros trabajaban en el mismo nivel de clandestinidad que tenía yo [...]; le tenés que preguntar a ellos, porque yo ya no estaba, pero ya era absolutamente tremendo. Nosotros tenemos un hecho importante: por Argentina pasaron centenares de compañeros [...]; centenares, centenares, centenares. Entre los compañeros que venían por la Cruz Roja, por Amnesty. Nadie [del equipo técnico] cayó en la Argentina (Valenti, 2014).

La vida para el grupo más estrecho de la dirección partidaria en Buenos Aires sin duda pasó por distintos momentos y magnitudes de riesgo. En la rememoración no se hacen presentes con la potencia con la que se atravesaron tensiones y miedos que, es de suponer, estarían siempre presentes.

Reconocer que la transmisión existe siempre, aunque sea de un modo paradójal –proposición que está lejos de ser ingenuamente optimista– es lo que permite el conjunto de estas operaciones. Es en ese sentido que podemos afirmar que la transmisión es análoga a la creación de una obra de arte cuyas pequeñas imperfecciones, sus pequeñas fallas, harán que cada uno pueda reconocer en ese tesoro la marca de lo que ha sido repensado por cada generación (Hassoun, 1996, p. 176).

A partir de la ejecución de Raúl Feldman y, más aún, del 24 de marzo de 1976, el riesgo, las precauciones propias de la clandestinidad, aumentaron. También las posibilidades de hablar sobre lo que sucedía. Se extremaron las medidas de cuidado y no solo para los adultos, se extendieron a toda la familia, incluidos los niños, como en el caso de Geza Stari y Raquel Romano, que tenían una hija pequeña.

La vida en la clandestinidad y en dictadura obligaba a ciertos criterios compartidos por el núcleo familiar relacionados con las tareas partidarias y en concreto, con la cotidianidad.

Según el relato de los padres, esa niña incorporó, sin necesidad de comentarios específicos, los códigos que los padres ya tenían y actuaban. La hija atravesó así toda la dictadura en esa combinación entre mutismo y camuflaje, asumiéndolo según relato de los padres sin hacer preguntas y sin padecimientos visibles.

No siempre se origina una transmisión verbalizada pero sí mediante expresiones de tristeza o alegría, símbolos o códigos culturales o políticos, imágenes, es decir un sinfín de momentos y hechos que encierran las razones por las que los padres, o uno de ellos o los familiares residen en un país que es ajeno. La transmisión no es en definitiva

algo que se da en un momento especial, transcurre, fluye, en la vida cotidiana. Son los ritos del día a día, la interacción de la familia nuclear o más extensa con la que se comparte la cotidianidad; se construye y se reconstruye una vida (Dutrénit Bielous, 2015, p. 24).

Los niños, que fueron parte de familias de algún nivel o nodo de la estructura clandestina, debieron vivir situaciones de enorme tensión, aunque no lo manifestaran; son voces que deberían ser reconocidas, recogidas e interpretadas sabiendo de antemano cómo operan mecanismos conscientes o inconscientes de negación como forma defensiva. Geza Stari recuerda que

Cuando Michelini y Gutiérrez Ruiz, salimos a buscar una radio a transistor para saber qué pasaba, porque no teníamos ni siquiera una radio [...]. Y cuando el golpe en Argentina, ese día, levantamos campamento de ese hotel. Estábamos con mi hija, que había nacido en julio del 75', o sea que tenía menos de un año [...]. Empezamos a buscar lugares para tener una situación de mayor clandestinidad [...]. Yo estaba en la casa de un compañero, creo que era el hijo de Aguiar, que lo embalaron para que se exiliara en Cuba. Quise convencerlo diciendo que él no tenía ningún problema, que no había ninguna referencia de que él hubiera participado [...], estaba legalmente. Les habían comprado un apartamento con tres dormitorios; él tenía su dormitorio, tenía una hija, creo, y yo tenía otro dormitorio. Y así una vida bastante de familiar, saliendo poco, porque ahí un poco aprendí que había que hacer cosas muy concretas [...], hacer lo que había que hacer, pero no exponerse inútilmente [...]. Nunca sentí la opresión en Buenos Aires, me moví con mucha tranquilidad y mucha naturalidad. Tal vez fuera un poco inconsciente, pero no recuerdo que estuviera traumatado [...]. A partir de la primera reunión con Arismendi, él dijo que usara el dinero para comprar una casa para instalarme, para tener absoluta seguridad y a partir de ahí compramos una casa [...]. Me acuerdo que tenía que ir hasta Lacroze y de ahí tomar un ómnibus a una calle que era Carril, pero que el nombre era más largo. Salvador María de Carril, Agronomía [...]. Compramos la casa; mi hija iba a la escuela [...]. Antes de eso habíamos vivido en Vicente López,

pero esa había sido alquilada, en un piso noveno, décimo [...]. Cuando volví del primer viaje dije: “Bueno, está, esto ya se terminó, nunca más voy a viajar”; quemé el pasaporte, un disparate, pero conservé la cédula y empecé a moverme con la cédula argentina y cuando mi hija empezó la escuela, en lugar de Romano, le borramos algunas letras y le pusimos Reyes, de manera que pasó a ser Cecilia Reyes y ya que habíamos modificado algo en lugar del 28 de julio, que había nacido, le pusimos 28 de junio, que era la condición para que pudiera entrar a 1°. Y entró a 1° con cinco años y medio. Ahí vivimos un par de años [...]. Ella jamás dijo que era uruguaya, aunque hablábamos en casa de eso. Habría que ver si ella no quedó traumada... Ella supo mi nombre verdadero después que volvimos a Uruguay [...]. Veía que cada uno que venía me llamaba con nombre distinto. Jamás había preguntado. No sé... Por lo menos a mí no se me había ocurrido que eso podía ser un problema para ella [...]. Para ella [la hija] era algo natural [...]; unos viajes duraban uno o dos meses, dos veces fuimos con ella [...]. Ella hizo dos viajes. Ella y Raquel hicieron dos viajes a Moscú. Conserva las fotos, ahí, tiene muy buen recuerdo de eso. Nunca se me planteó [...]. Nos mudamos atrás de Agronomía [...]. Incluso esa casa sirvió de garantía para alquilar otra donde fue a vivir Arismendi cuando fue a Buenos Aires [...]. Yo tendría que haberme detenido más siempre, y valorado más las cosas diarias. Me acuerdo de las grandes cosas, pero no de esa acción de todos los días. Tenía una o dos entrevistas por día con el flaco Bazzano, con el flaco Federico Martínez (Stari, 2014).

Raquel Romano aporta la mirada retrospectiva de la madre, también militante clandestina, además de acompañar a su marido. Recuerda:

Nuestra hija sabía que iba con un nombre que no era el suyo a la escuela [...]. Nos mudamos once veces en nueve años; vivimos en once lugares diferentes [...]. En uno de los lugares donde estuvimos era de una chica uruguaya que tenía dos niñas, y ella pasaba con esas niñas, todo el tiempo, y la chica venía a nuestro apartamento sin saber que nosotros éramos uruguayos, y sin saber que ella era uruguaya [...]. Iba permanentemente a jugar con las niñas, jamás mencionó el Uruguay [...]. Nunca se destaca lo que esa generación de chicos vivió [...]. Ella

iba a la escuela con un apellido que no era el suyo. Y lo sabía. Sabía, por supuesto, sabía que ella no podía hablar del tema ese, sabía que no podía mencionar mucho nuestros nombres, bueno el nombre de él, lo conocía por otro nombre [...]. Yo vine en el 83' [a Montevideo] y mi madre estaba muy enferma, porque mamá tenía esclerosis múltiple. Ellos tenían un dinero y me dice: "Vos comprá un autito, que puede ser Renault –que compramos– para cuando vengas, así me llevás a pasear", decía mamá, porque ella no caminaba. Entonces, cuando fuimos a comprar el auto, con el compañero que fue el chofer de Arismendi, ella [la hija] me dice (porque, claro, algunos lo llamaban de una manera y otros de otra, a mi marido): "Mamá, ¿cómo se llama papá?". Fijate que ya tenía ocho años... Nueve años [...]. Pero sin embargo ella mantenía su clandestinidad de alguna manera también. Eso a veces no se destaca, lo que pasaron esos chicos porque hacían amigos, se tenían que mudar, hacían amigos, se tenían que mudar, iban a una escuela, cambiaban de escuela..., yo qué sé, formaban su grupo y ya [...]. Cuando volvimos, yo siempre pensé que iba a necesitar un apoyo psicológico, porque, digo, es muy difícil que tú le puedas armar un ambiente tal como para que su personalidad se afirme cuando está cambiando permanentemente de afectos, ¿no? [...]. Ahora es esta que entra ahí con su panza, esperando su tercer hijo. Y bueno, por suerte, nunca tuvo problemas, dificultades, ni nada, pero ¿cuántos niños habrán tenido?, ¿cuántos jóvenes?, ¿o cuántos no? Pero digo que la vida que pasaron fue dura para ellos [...]. Mi vida era la de una ama de casa común y corriente. Hice algunas cosas, vendí libros, vendí seguros, vendí... Hice cosas porque había que, también, sobrevivir en algunos momentos, ¿no? [...]. Me relacionaba con mis vecinos, con todos, como una argentina más. Tomé el cantito de los argentinos y conviví con algunas [...]. Trabajé en una empresa, que después trabajé en Montevideo también en esa empresa de selección de personal, recorría empresas, andaba mucho [...]. No estaba con nombre falso, tenía mi nombre. Y bueno, trabajé vendiendo libros. En una oportunidad, en una empresa, en una reunión que se hizo con los vendedores y los encargados de ventas, me entero que uno, no sé si era vendedor o encargado de grupo, era de la policía argentina y había estado en el Cilindro, con oficina en el Cilindro, y yo haciéndome la

tonta, sabía que era uruguaya, y yo: “¿En el Cilindro?, ¿cómo? Si es un estadio. ¡No!, pero tienen gente... ¿En El Cilindro, gente detenida?”; yo había estado, varias veces. Bueno, y cuando salgo me encuentro con una uruguaya que estaba esperando para entrar, una chica militante de magisterio; yo soy maestra. Le hice señas que se fuera, y nunca más la vi después a la chica, supongo que se habrá ido [...]; ella estaba esperando ahí para entrar a una entrevista. Bueno, te pasaban cosas así, ¿viste? La verdad que nosotros lo tomamos con bastante calma, más allá de que yo no me quería quedar en la Argentina porque fue horrible todo [...], fue muy difícil, muy difícil. Pero lo tomamos con calma, estuvimos siempre muy juntos, la falta de vínculos con otras personas también era una cosa difícil de sobrellevar, porque a casa no venía nadie, nadie sabía dónde vivíamos, nosotros con una niña pequeña que te pasa cualquier cosa y no sabés qué va a pasar, y esas cosas sí que fueron difíciles (Romano en Stari, 2014).

Junto a los adultos con responsabilidades asignadas y riesgosas, los niños fueron parte de la vida cotidiana en un Buenos Aires en que se realizaban tareas propias de una estructura clandestina en una ciudad capital en dictadura. Ciudad que era el centro del accionar de la Operación Cóndor. Con mayor o menor condición de legalidad, semilegalidad o clandestinidad, en un Buenos Aires de extremado riesgo y tensión, nacieron y crecieron muchos de ellos. Su cotidianidad no era lo más común en relación con sus pares, sobre todo porteños, pero dentro de la excepcionalidad, sus padres buscaron por los niños y por ellos mismos, mantener un día a día que no llevara al extremo de diferencias visibles. Sin duda, las muy variadas situaciones de esos comunistas hicieron de cada caso una singularidad. Federico Martínez, Magdalena Rezzano y Graciela Villar narran parcialmente aquellas circunstancias en las que estaban presentes los hijos y en las que se tejían diferentes actividades en las que convergían tareas y adaptaciones a una cotidianidad diferente y tensa.

El primer objetivo del PCU en la Argentina inmediatamente después del golpe de Estado en Uruguay, en 1973, con la llegada de los

primeros exiliados, fue el trabajo entre los propios comunistas para evitar su dispersión orgánica y lograr mínimos niveles de estructuración partidaria, para encarar los trabajos de denuncia, solidaridad y apoyo al interior [...] en 1976, e iniciada la ofensiva represiva conjunta en ambos países bajo el Plan Cóndor, la labor de los comunistas se reorientó a la preservación de la seguridad de sus militantes y cuadros exiliados [...], a apoyar a la dirección interior (Rico et al., 2021, p. 255).

En ese contexto, Federico Martínez rememora:

[Eleonora] estaba instalada, trabajando. Con un documento transitorio, pero documento al fin. Ella llegó antes del golpe. El golpe fue en el 76'. Ella llegó en diciembre del 75'. Tenía un documento. Me fui a vivir con Eleonora, los gurises y la tía Ana que se había ido a vivir ahí para acompañar a Eleonora y hacerse cargo de los gurises. En Martínez, cerca de la Panamericana [...]; ahí había una fábrica muy grande en la esquina que era la IBM, a cinco cuadras de la Panamericana. Una zona muy linda [...]. Entro legalmente [...]. Hacía una vida que legal no era. Vivía en mi casa, todo el mundo en el barrio me conocía como Federico. Federico, me decían. Sabían que era uruguayo. Y viajaba a Montevideo. De repente me iba a pasar dos o tres días en la casa de un amigo y volvía y decía que había estado en Montevideo. Tenía la pinta de un tipo que era un pelotudo, que regaba el jardín, llevaba a los gurises a la escuela, iba a trabajar todos los días de mañana [...]. Los primeros meses tenía visa, 30 días creo que eran. Pero después me dieron una cédula de identidad a nombre de Héctor Simón, Héctor Simón Martínez. Yo tenía que saber dónde vivía, tenía que saber con quién estaba casado, porque la persona esa existía. En qué trabajaba y como era el nombre de mis hijos, tenía tres. Era todo porque había un compañero que era jefe de personal en una fábrica y entonces sabía vida y milagro de todos los empleados de la fábrica [...]. Lo primero que hice, unos amigos de Eleonora que se portaron muy bien, tenían una empresa de artículos de seguridad industrial: guantes, máscaras, botas... No vendía nada en realidad porque la empresa se fundió. Pero salía todos los días a trabajar [...]. A los tres o cuatro meses se fundió la empresa y yo no sabía qué hacer; entonces otro amigo, un uruguayo que era vendedor de tajadas de aire, que

vendía publicidad para una revista de los empleados de BPS, vendía avisos amenazándolos de que si no ponían avisos le iba a caer una inspección. Ese tipo inventó un trabajo que vendía libros, colecciones, enciclopedias. Y me dio clases de venta, me dijo “los comunistas, los marxistas dividen la sociedad en clases. La iglesia divide la sociedad en creyentes y no creyentes. Los militares dividen la sociedad entre civiles y militares. Y los vendedores dividimos la sociedad en A y B. A son los que se esconden pa’ no comprar porque son compradores compulsivos y B son los que son capaces de llevar rodando a su madre paralítica por no comprar una silla de ruedas [...]”. Me dijo: “de cincuenta timbres que vos tocás, te dejan explicarle cinco y de los cinco que le explicás, le vendés a uno”. Esa proporción se cumplía matemáticamente [...] (Martínez, 2018).

Magdalena Rezzano, con una larga tradición de militancia en el Uruguay y que llegó a Buenos Aires en búsqueda de una oportunidad laboral que le permitiera, además del crecimiento profesional, colaborar con la manutención de su familia en la que había presos y clandestinos, narra que

Con mi nene, con mi hijo, chiquito, chiquito, siete años [...]. Primero traté de no vivir a más de diez cuadras de donde tenía la oficina [...]. Presenté, presenté y presenté [curriculum en Buenos Aires] y me vine para acá [Montevideo] y agarré paperas, no pude ir más a Buenos Aires a buscar trabajo. Apareció un aviso en El Día, un domingo, que decía tal cual: “Empresa argentina/uruguaya busca ingeniero/a hidráulico/a que pueda residir en Buenos Aires” [...]. Lo de ingeniero/a estaba genial porque era un aviso para mí, pero yo lo tomé por error dije “mami, esto es una trampa”. Dice mi mamá con mucha lógica, “mirá, si te van a hacer ir a Buenos Aires para darte un palo, te lo dan acá y sale más barato”, y entonces le digo “¿y de qué es?”; “Es de todo lo que vos presentaste m’hija, todo aquello”. Porque estuve repartiendo curriculum cuatro semanas, a dos días por semana, repartí curriculum por todo Buenos Aires, porque tenía gente conocida [...]. Ese aviso del diario fue el que me hizo llamar, a donde me dijeron que había que llamar. Entonces, ahí me dijeron, “pero, dígame, ¿usted no puede venir para tener una entrevista?”; “Sí, sí puedo ir, sí, cómo no”.

Entonces fui a la entrevista y la verdad que los tipos cuando empiezan a hablar conmigo ya me empiezan a preguntar “¿se puede venir a vivir acá el 1° de setiembre?”; “Sí”. Y me tenían como seleccionada, pasa que la única ingeniera que había en el Uruguay era yo. Parece que los tipos perdieron algo de mi documentación y se les ocurrió buscarme con un aviso en *El Día*, porque como todo el mundo miraba *El Día* para buscar trabajo [...]. Fue la única explicación que se me ocurrió, porque nunca les pregunté [...]. Lo primero que me empezaron a preguntar es cuándo podía estar allá. Segundo, si tenía pensado cuánto quería ganar, entonces les dije a los tipos cierto número y me dijeron: “m’hija, dejá que de aquí en más de tus ingresos me ocupo yo, vos ocupate de hacer hidráulica” [risas]. Le pedí una plata tan irrisoria, tan irrisoria, que el presidente de la empresa me dijo que “de tu plata me voy a ocupar yo, yo te voy a pelear el sueldo, vos no lo pelees más, por favor” [...]. Porque yo lo que quería era trabajar. Y mirá vos, qué pasa, estoy ahí, el tipo me pregunta esto y aquello, ya estábamos ultimando detalles y aparece un viejo [...], un veterano como de la edad de mis padres y se para en la puerta y dice: “buenos días, le voy a presentar a la nueva ingeniera que vamos a tener a partir del 1° de setiembre”. O sea que estaba elegida, pero escuchá esta: el tipo me dice encantado: “¿vos de quién sos hija, del Loco?”. Yo dije “cagamos, esto es todo policía”, ya estaba tan paniquizada, “son todos milicos”, pensaba yo para adentro mío. “¿Cómo del Loco? ¿De Eugenio Rezzano, dice usted, si soy hija?”. “Seguro, ¿de quién más? El Loco Rezzano es uno solo” [risas]. Era el hijo del carnicero de mi abuelo de Paysandú, que había vivido toda la vida a una cuadra de mi padre y de mi madre cuando recién se casaron, jovencitos. Entonces, porque me lo argumentó ahí todito, “esos ojos que vos tenés, no los puede tener nadie que no sea hija del Loco”; era el amigo de juventud de mi papá [...]. Estaba súperelegida, por eso pusieron el aviso. Con decirte que el hijo de ese hombre durante un año y medio fue el que le trajo a mi mamá la ayuda mensual, porque yo tenía que trabajar, me quedaba con lo mínimo para sobrevivir Alejandrito y yo, y mandaba plata para acá. Acá Raúl había caído con dos hijos y la mujer que no trabajaba, José había salido ya por suerte, pero también había quedado con sus problemas, tenía que estar mandando una mensualidad como religión

casi. Trabajé en dos empleos durante años allá en Buenos Aires. De nueve a seis y de seis a doce de la noche [...]. Bueno, Alejandro era un héroe de esta vida [...], ocho, nueve, diez, once [años]. El tema era que él se sabía cocinar desde los nueve años, no abrir la puerta a nadie. Salía de mañana conmigo, lo dejaba en el colegio, salía del colegio y tenía dos caminos, o irse para casa derechito o irse para mi oficina [...]; comía en casa con él. Si él se había ido para mi oficina, nos íbamos con él [...]. Logré vivir siempre a cinco, seis cuadras, cuestión de que salía al mediodía corriendo, comíamos juntitos, ya lo dejaba instalado para la tarde o me lo llevaba y él se iba a ver una matiné de dos, tres vueltas de la misma película porque era lo que más podía hacer y esperaba hasta las cinco, seis de la tarde, que yo saliera y lo llevaba a casa y me iba para el otro trabajo [...]. Nunca pudo [tener amigos], nunca pudo. Nunca lo sintió. Pero no es que no pudiera [...]; yo tenía amigos con hijos, le propiciaba todo lo que podía. Pero estaba bastante aislado con la vida esa rutinaria de tener que estar casi prisionero [...]. Además, nunca se pudo entender con los niños argentinos [...], murió muy joven, a los 40 años. Tenía una vida muy politizada tan chiquito. Muy politizada acá, no que a él le dijéramos lo que tenía que hacer, porque él te salía con las preguntas. Cuando cayó preso Seregni, él le preguntó a una tía, y esta empezó a decirle todo un cuento y le dijo “¡dejá!, dejá, que yo hablo con mamá que me va a decir la verdad”, y entonces vino y me dijo, y le conté: “mira, Seregni cayó por defender la comida para los niños y para las mujeres, Seregni cayó por un mundo mejor”; “Si sabría yo que la tía me estaba mintiendo” [...]. Seguro fue un error de mi parte eso de no estar juntos, porque yo quedé sola [...]. A los nueve meses de Alejandro encontré a mi chileno esposo haciendo novio en la placita de la esquina, por lo tanto me divorcié, y me volví a casar cuando ya tenía casi 40 años. Quedé sola, con él. Y de repente él vivió mucho conmigo y con mamá [...]. Era muy politizado, y entendía todo [...]. Una de las tantas veces que mi mamá ponía acá temblando a Alejandro en la empresa de buses, y yo lo esperaba temblando en Once, él iba todo el viaje con sus sandwichitos y sus botellitas que le habían preparado, pero no tocaba nada que le diera uno. Entonces viajaban sentados juntos, y esta personita que era una muchachita joven, veía que el niño iba

solo y le ofrecía una cosa u otra o conversar, y él “no, no, gracias, no, no, gracias”, todo gracias, no. Después, bajó a hacer pipí, dice, en la estación que correspondía, bajó, hizo pipí y vino y se sentó, quietito. Entonces ella, el familiar que más frecuentemente iba a Buenos Aires a visitarnos, Miriam Gorga, hasta el día de hoy estamos vinculadas, estaba de lo más intrigada de qué pasa con ese niño que tenía esa actitud tan conservadora, entonces cuando baja en la estación Once, allá, dice “con razón, pobrecito!” (Rezzano, 2020).

Graciela Villar evoca que llega en el 75 con su hijo nacido en Montevideo y tuvo otro en Buenos Aires, y recuerda que

Con mi compañero. Nos quedamos en Buenos Aires. En lo que se llama la zona de Chiclana en Buenos Aires. Ahí conseguimos una casa [...] prestada y allí nos instalamos. [Estuve] hasta el 84'. Tuve otro hijo, en Argentina. Y fue complicado, porque siempre fui ilegal. Mis documentos nunca fueron oficiales, siempre fueron falsos. Y estuvimos en forma clandestina, porque también nos agarró el golpe en la Argentina. El golpe contra Isabelita Perón. Fue una situación bien complicada, con la única diferencia de que los dos éramos militantes del Partido Comunista y había un partido [uruguayo] muy armado, que generaba una serie de redes de sobrevivencia importantes, tanto en lo laboral como para conseguir documentos, o una casa, y estuvimos todo el tiempo en ese circuito. Atendí una panadería, limpié una casa de campo, hice lo que podía hacer [...]. Lo que nos conseguían. [Mi pareja] también. Después él integró la mesa de la celeste en el exterior. Tania [la hija] era responsable de los dos. Como los dos militábamos mucho, Tania militaba con nosotros. O era yo, o era él, pero estábamos solos. Por lo tanto, Tania era parte de ese proceso y era muy equitativo porque los dos teníamos las mismas responsabilidades. Más adelante, cuando Tania empezó a ir al jardín, ahí había compañeras o compañeros que los cuidaban entre horarios para que nosotros pudiéramos no dejar de militar [...]. Nos cuidábamos mucho entre todos y todas. Era todo muy parejo. Se generaba una comunidad de un nuevo tipo, donde todos dependíamos de todos. De la solidaridad, de la casa, del tiempo, del aguante, de saber si nos teníamos que mover, hacia dónde, y eso generaba vínculos nuevos, porque no

eran los estereotipados, a los que estamos acostumbrados. Se trataba de que no estuviéramos mucho tiempo en ningún lugar [de trabajo] por las dudas de que nos identificaran. En Argentina, además, estaba el Plan Cóndor y había operativos en el entorno de Orletti, que significaba que había muchos parapoliciales uruguayos trabajando en Argentina, sobre todo en Buenos Aires. Realmente vínculos fuertes. Vínculos fuertes, y rescato a Adela Gleijer y a Nino Tenuta, dos actores maravillosos [...] que tenían una granjita y fueron como unos padrinos, en todo sentido. Desde el paquete para la comida hasta los Reyes para Tania o cosas por el estilo. Hay que reconocer que los Tenuta-Gleijer fueron una especie de padrinos [...]; ellos también estaban perseguidos, tenían ese manto de que eran actores muy reconocidos y fuera de su ámbito teatral tenían un comportamiento fantástico, siempre lo rescato. Nino fue como una especie de gran padre para todos, por lo menos los más jóvenes. Como Belela Herrera, también, hacerle un homenaje a Belela [...] con el papel que ella jugó en Argentina con algunos. Que fue una mano muy importante. Esos vínculos que no se van a perder nunca pero no necesariamente siempre los seguimos cultivando después con el paso del tiempo (Villar, 2019).

Buenos Aires fue a la vez, como ya se reiteró, lugar de recepción para estancia y de distribución hacia otros destinos. Las reubicaciones espaciales (territoriales) también fueron alteraciones que afectaron la supuesta cotidianidad que no terminaba de consolidarse.

El término “espacio” en sí mismo es más abstracto que el de “lugar”, y al usarlo nos referimos al menos a un acontecimiento (que ha tenido lugar), a un mito (lugar dicho) o a una historia (elevado lugar). Se aplica indiferentemente a una extensión, a una distancia [...] o a una dimensión temporal [...]. Es pues algo eminentemente abstracto y es significativo que hoy se haga de él un uso sistemático, así como poco diferenciado, en la lengua corriente y en los lenguajes específicos de algunas instituciones representativas de nuestro tiempo (Augé, 2000, p. 87).

Las entradas y salidas no fueron solo territoriales, implicaron acomodarse y reacomodarse a las actividades diarias, los cambios de vivienda, modos de traslado, entre otras prácticas de la vida cotidiana. Obligó en lo personal y en lo partidario, a buscar nuevas opciones de seguridad para garantizar la supervivencia que también lo fueron para reubicar estrategias de reorganización y compromisos militantes. Tanto Lenin de los Santos como Nilda Iglesias recuerdan aquellas circunstancias de inserción en Buenos Aires y luego replantearse cómo trasladarse y vivir en un otro (tercer) país con culturas y prácticas casi desconocidas.

Lenin de los Santos se considera

Un tipo de mucha suerte [...]; tenía documento vencido, me llamo Lenin. El documento dice Lenin, es inocultable, dice Lenin Ernesto, pero Lenin es inocultable. Era uruguayo, y ser uruguayo en esa época en Buenos Aires, en el año 1976, era signo de guerrillero, guerrillero total. Es decir, si caíamos, nos hacían trizas y además había una orden desde el Uruguay de que me capturarán [...]. Ya estaba requerido, estaba recontra requerido, había salido en los carteles de todos lados, ya estaba en el diario [...]. Casa donde estuviera, nunca estaba más de quince días [...]. Me tenía que mudar con mi familia, mi hijo era recién nacido. Nació el 13 de febrero; la que era mi esposa fue con dolores de parto a la Argentina. Entre las cucarachas nació mi hijo. Y yo me movía como me movía [...]. Mi hermano era cuidador de una chacra, sin saber quién era el dueño [...]. Un día que yo había ido para allá, para Pozos del Rey [...] una noche, estando ahí, viene un patrullero, para y entra [...]; habíamos ocho personas ahí. El único que no estaba requerido era él y la esposa. Bajó él, era el cuidador. “Hola” y los milicos sacan un revolver y empiezan (hace ruidos de disparo), “¿no está Fulano?” Preguntaba por el dueño. “No, no está”; “ah, venimos a tomar una copa con él”. Resulta que el hombre ese era un miembro del escuadrón... El dueño de la chacra donde nosotros estábamos escondidos era un miembro del escuadrón de la muerte. Te podrás imaginar [...]. El tipo me había ofrecido trabajo [...]. Yo fui estudiante de arquitectura e incluso trabajé en la construcción, incluso fui director de obra siendo casi un gurí. “Quiero hacer un quincho, ¿se anima?”;

“Sí”; “¿Me hace un diseño?”; “Sí, sí”. Había conseguido laburo con él, nos borramos todos (De los Santos, 2014).

Nilda Iglesias llegó a Buenos Aires antes del golpe de Estado en Argentina y fue construyendo su tránsito territorial de acuerdo con la imprevisibilidad de situaciones nacionales e internacionales.

Tuve contacto con un primo que se había ido el año anterior, estuve viviendo tiempo en la casa de él y después, cuando había pasado el tiempo y veía que no había peligro ninguno, que yo ya podía contactarme con la gente, me contacté con compañeros del Partido [...]. En Buenos Aires estaba con mi visa de tres meses de turista. Digo la verdad, no tuve problemas [...]. En la calle te paraban, pedían tus documentos, la situación de los uruguayos era difícil porque [...] las policías trabajaban en forma conjunta, el Plan Cóndor fue en los países de América Latina [...] pero yo tenía mi visa de turista. Alguna vez me pararon en la calle, me pidieron documentos, mostraba la visa, pasé [...]. En marzo se da el golpe en la Argentina, el Partido decidió que teníamos que irnos, que no nos podíamos quedar. Entonces ya en mayo asesinan a Michelini, creo que fue el 20 de mayo [...] y el Partido decidió que teníamos que salir, que ya con el golpe en la Argentina los compañeros tenían que irse porque el Partido tenía que preservarse y en la Argentina es muy difícil preservarlo con esa situación de dictadura que comenzaba [...]. Todos los sábados, con mi primo, que también estaba en la misma condición que yo –no pertenecía al Partido, pertenecía a otra organización–, hablábamos desde la Telefónica a Montevideo con nuestra familia. Teníamos contacto permanente, nos enterábamos [...] con los compañeros que, de alguna manera, tenían información, nos reuníamos en las cervecerías, en los restaurantes. No sabíamos dónde vivían los otros compañeros, nos conectábamos y nos reuníamos en lugares para tener esa privacidad de no saber dónde vivía el otro compañero, por las dudas, porque hubo compañeros, también, que fueron detenidos estando allá [...]. Estaba en un hotel, no me acuerdo cuál, porque había venido una compañera de Montevideo a despedirnos, porque estábamos dos maestras que pasábamos mucho juntas y era amiga de las dos, maestra también, y vino a despedirnos, y ella estaba en un hotel y nos fuimos a quedar

dos o tres días con ella. Y de ahí salíamos para Once en un ómnibus [...], nos íbamos a encontrar todos para salir en un ómnibus al aeropuerto. Éramos como 25, 30 en ese grupo que no sé si fue el segundo o el tercero que salió por el ACNUR. Después siguieron saliendo otros grupos, porque había muchos compañeros en Buenos Aires, muchos se habían ido para allá. Fuimos a Once, subimos a un ómnibus y de ahí salimos para el aeropuerto. En Once, cuando llegamos al lugar donde teníamos que tomar el ómnibus, había un señor sentado leyendo el diario [risa], estaba disimulando, leyendo el diario. Salió para el aeropuerto en el mismo ómnibus que nosotros. Llegamos al aeropuerto, subimos al avión y el señor siguió leyendo el diario en el avión, así que se ve que también era una persona que iba designado por las autoridades para controlar ese grupo subversivo [risa] que salía [...]. Estando en Buenos Aires, iba a la calle Florida a comprar el diario. Compraba *El País* de mañana. Nos pedían que tratáramos de no estar demasiado en el centro, porque estaba la policía nuestra buscando gente allá y deteniendo gente. Entonces yo iba, compraba el diario, tomaba el metro y volvía a la casa de mi primo que vivía en Primera Junta. Y voy, pido el diario, miro la primera página, la tapa, y dice, un título grande que dice: “Periodista traidor. Su esposa, prófuga” [...]. Lo doblé, empecé a mirar a mi alrededor, porque me parecía que todo el mundo se daba cuenta que la esposa era yo (risas). Así que de ese título del diario no me olvido: “Periodista traidor. Su esposa, prófuga”. Doblé el diario y me fui a leerlo en la casa de mi primo, así que me enteré de mi marido, porque claro, los primeros días no tomé contacto con nadie, porque estaba un poco a la espera, ni llamar por teléfono ni hacer nada (Iglesias, 2014).

Al recorrer los testimonios que narran de ese Buenos Aires que se convirtió en una trampa para miles de perseguidos, no solo comunistas uruguayos, se encuentran también los compromisos de quienes siendo comunistas trabajaron apoyando a recién llegados desde organismos internacionales y organizaciones de la sociedad civil que intentaban, además de resolver problemas prácticos, sistematizar información y darla a conocer, sobre todo al exterior.

La información que pueda existir en ellos [archivos u otras formas de sistematización de datos] o que pueda encontrarse, importa a mucha gente: afectados que buscan documentos que sirvan como pruebas jurídicas, afectados que quieren algún tipo de reparación y necesitan documentos que prueben su sufrimiento; afectados que buscan información para poder saber el destino final de familiares, compañeros o amigos; afectados que quieren establecer la legitimidad de su voz aun cuando no haya ningún beneficio económico o instrumental inmediato. Mostrar que lo que uno venía diciendo es “verdad” y que hay papeles que lo prueban (Jelín, 2002, p. 8).

Registrar era a la vez una forma de consolidar dato y también de generar condiciones de protección a los perseguidos, encontrar sitios de refugio y muchas veces garantizar la salida tutelada a otros países. Muchas de estas situaciones las transmite Jorge Cela en su testimonio.

Todos sabíamos que trabajaban acá. Había un piso, el piso de coordinación general, creo que era el cuarto del edificio central de la Federal. Había oficiales de policía uruguayo, eso lo sabemos por algunas detenciones que hubo en aquel momento. A veces no reconocías las caras, pero la forma de hablar enseguida, en algo se pisaban, querían parecer argentinos, pero no, en algo se pisaban. Entonces vos ya sabías que estaba eso ahí. Encontré algunos dando vueltas por lugares donde se suponía que había uruguayos: por Constitución, Once, en la estación, en la plaza; uno ya los conocía de allá [...]. Ubicar dónde dejarlos, en el lugar lo más tranquilo posible, porque sabías que los compañeros venían mal, generalmente torturados, a veces no torturados pero sí perseguidos [...], venían mal incluso psicológicamente [...], nerviosos, angustiados, preocupados, porque más de uno tuvo que salir pero dejó familia allá. Entonces, todo eso era un combo que los alteraba; no los alteraba mal, les daba preocupación por lo que se estaba viviendo, entonces los veías mal [...]. En general no podían trabajar porque no llevaban documento; Naciones Unidas te da un cierto peculio, además de pagarte el alojamiento, un cierto dinero que por supuesto no alcanzaba mucho. Algunos compañeros podían hacer algún tipo de manualidades y se arreglaban con eso, pero si no

la vida del refugiado político en aquellos años, en Buenos Aires, era muy agobiante por esto: no podías trabajar, casi no podías estudiar, si andabas en la calle sin documento te llevaban preso. En resumen, se quedaban en los refugios. Y el ocio, cuando por más militante que seas, si no tenés ninguna alternativa, cuando no tenés forma de hacer algo, se complica, y eso se traducía muchas veces en problemas de convivencia, porque además de los compañeros uruguayos había compañeros chilenos, fundamentalmente, algunos paraguayos, bolivianos, brasileños, y se complicaba un poco. Pero fuera de eso no hubo mayores incidentes [...]. En general era un tipo de vida muy particular, muy desgastante para la gente, porque a la larga, no era estar preso, pero cuando vos no tenés objetivos ni podés tenerlos, cuando querés estudiar y estudiás de casualidad pero después vemos, porque en la universidad o en el secundario también te pedían documento, y si no tenías documento no eras nada [...]. En aquel tiempo, te digo, por ejemplo en Once, había un montón de teléfonos públicos, que alguien pasó el dato [...], invirtiendo la numeración y poniendo determinados números, hablabas gratis a cualquier lado [...]. Era un problema también el tema de los chicos, por supuesto, porque el tema era qué hacías. En algunas escuelas no te recibían a los chicos de los refugiados, sobre todo los que no tenían documento [...]. Con algunas de las agencias vinculadas, se hacían trabajos en el mismo refugio, con maestros, o alguien que iba a hacer algún entretenimiento de vez en cuando. Era todo voluntario, por supuesto, pero había gente que aportaba algo. En algunos casos, alguna de las iglesias que estaban comprometidas con el tema de los refugiados participaban esporádicamente en actividades, o llevar a los chicos [...]. Ponele, todos los que estaban en Capital llevarlos un día a Gowland, que era a casi cien kilómetros de Buenos Aires, pasar un día, había pileta, todo lo demás. Cuando se podía se armaba [...]. Con la ayuda que daba Naciones Unidas, se les daba un cierto dinero [...]. Había dos tipos: los que vivían en los refugios o en los hoteles, y después los que llamábamos los ambulatorios. Al ambulatorio se le daba el dinero, pero se encargaba él de conseguirse un lugar donde vivir, comer, comprar, y si enganchaba algo [...], salvo que la gente consiguiera trabajo [con] alguien que estuviera dentro de las organizaciones sociales y políticas hermanas. Vos

tenías una librería y bueno, ibas a necesitar un par de vendedores, y vos como estabas vinculado no le pedías los papeles, no le pedías nada, les dabas el laburo, les pagabas y punto. En algunos casos se podía solucionar eso, pero no era la mayoría, está claro, era siempre un compañero o compañera, alguien cercano, algún familiar que te decía “yo sé de tal lado, tal cosa”. Generalmente, cuando era fuera de ese circuito, a los refugiados y a los exiliados les pagaban menos, porque como sabían que no tenían papeles [...]. A quién le iban a pedir detalle, con quién te ibas a quejar [...]. En el tema de salud ya te digo, ACNUR te daba un cierto dinero, y los medicamentos muy caros, muy complicados para los que tenían ciertas enfermedades, también los sacábamos nosotros como Naciones Unidas, pero por fuera del estipendio. Teníamos un par de farmacias que eran buena gente en ese sentido, entregaban las cosas y por ahí pagábamos a los dos o tres meses, porque por ahí no llegaba la remesa. Pero aceptaban, y aceptaban que fuera una orden de un médico nuestro, porque normalmente tenía que ser con médicos oficiales. Nosotros teníamos también profesionales que atendían a la gente, y si no los atendíamos en los hospitales públicos, y cuando era en hospitales públicos muchas veces había que acompañarlos, por las dudas. En general no había problema, pero siempre hay alguno que estaba de acuerdo con el gobierno de turno y te ponía trabas, y cuando se ponían así, bueno “soy Fulano de Tal, esta persona está bajo mi asistencia, de acuerdo al protocolo tal...”, bueno, todo el libreto, y lo atendían (Cela, 2014).

El desafío era múltiple en relación con los movimientos de fronteras. Abandonar el territorio uruguayo con cuidados, ingresar al argentino con garantías, pero también llegar con resguardos desde otras tierras y partir en distintos momentos que marcaron situaciones entre variables e inestables en relación con la seguridad, según se tratara de tiempos de dictadura, de transición o de apertura en Argentina.

Los golpes sufridos en Uruguay en toda la estructura durante muchos meses paralizaron el cruce de personas. Reestablecer los contactos sospechando de todo, pisando con extremo cuidado ante cada

paso, con el temor permanente de que pudiera haber filtraciones (Valenti, 2008, p. 277).

Cada caso, cada arribo, cada partida, fueron únicos en cuanto a itinerarios y contextos. Para Ricardo Piñeyrúa fue una llegada desde el Brasil de la dictadura a una Argentina en plena dictadura. Su entrada hizo posible que se incorporara al trabajo de un nodo de la actividad partidaria que, como otros, articulaba el apoyo con el Uruguay de adentro. En el caso de Rubén Villaverde, también entrando desde Brasil más tardíamente, lo haría para incorporarse a la dirección de la estructura partidaria en momentos en que el retorno se veía próximo y había que organizar estratégicamente cómo se procedería. También estuvieron quienes, habiendo apelado al derecho de asilo en las embajadas de México y Bolivia en Montevideo, optaron por acercarse a Uruguay, con una instalación en Buenos Aires cuando el fin de la dictadura se advertía. Es el caso de Milka Bengochea y Liliana Vidart.

Recuerda Ricardo Piñeyrúa que llegó a la estación de micros de Retiro:

Me estaba esperando mi suegro con un argentino amigo de él, que trabajaba con él, y que era muy peronista, y con el que discutí mucho durante algún tiempo mientras trabajamos, porque trabajaba ahí también con mi suegro. Era vendedor, y ellos me ayudaron los primeros días a acomodarme. Los primeros días me quedé a dormir en la casa del Negro Larre, y después no sé, después salí a buscar, con la ayuda de mi suegro que me respaldaba en eso –desde el punto de vista económico– a conseguir un lugar para vivir [...]. Me acuerdo de ir a Concordia y a la zona del Litoral a ver uruguayos, del partido, ese tipo de cosas que se te vienen a la cabeza ahora, que hiciste en algún momento... O sea, ir a la provincia, a veces en los locales de partido argentino, a veces en casas de familia [...], trabajo que hace un organizador de partido, digo: buscar gente, encontrarla, orientarla y ponerla a trabajar. En aquello que fue después, incluso en la construcción del Frente Amplio en Buenos Aires, tuvo todo mucho valor en... Después en la vuelta... Me vienen a la cabeza cosas [...], organizar

la despedida de Wilson [...]. Hasta que después llega Arismendi, y ahí cuando llega, termina, voy a hacer algunas tareas... En algún momento también... Tengo medio entreverada la cabeza. Pero ese período fue bastante movido, porque llegó Juan Raúl con la gente de México de la Concertación [...]. Mis hijos sabían [...]. Mi hijo mayor sabía que no podía decir por qué nos habíamos ido del Uruguay. La chica, Verónica, tenía menos información, era muy chica, y nosotros inventamos una historia económica que se la contábamos a ellos y a todo el mundo, [...], que la situación en Uruguay era muy mala y que vinimos a probar suerte a la Argentina como otros miles de uruguayos, eso era lo que le decíamos a la gente. Eso es lo que le dijimos a nuestros hijos y era lo que decían ellos. La diferencia es que Jorge tenía más clara la situación. O sea, había vivido [...] el hecho de haberme ido a Buenos Aires, que yo hubiera desaparecido de su vida, es decir, todo ese tipo de cosas, entonces como que era más duro. Una vez, lo llevamos a un psicólogo, a una psicóloga que era del partido argentino, me la recomendó un compañero y él entró a hablar con ella y a la media hora ella salió y le dijo, nos dijo: “Díganle que me diga, que yo sé porqué no me dice nada” [sonrisas]. Su encierro era tan grande, que con la psicóloga inventaba, le repetía. Después, ellos sabían que venía gente a casa a veces, por ejemplo, Salvador, este muchacho Bancharo, que venía con su hijo. Hasta que no fue más clara la militancia partidaria, no sabían nada; después sí, porque iban con nosotros a todos lados [...]. Cuando organizábamos Una flor para la 30 o la despedida de Wilson, un acto del 1° de Mayo [...], empezamos a hacer cosas de masas, y ellos estaban con nosotros todo el día, iban a todos lados con nosotros [...]. Rosario también hacía unas tareas, creo que de finanzas, vinculadas con la esposa de Geza. No, no era mucho lo que hacía [...]. Era como que, en esta sociedad tan patriarcal, el marido era el que militaba y la mujer cuidaba a los hijos, ¿no? Alguien tenía que hacerlo (Piñeyría, 2021).

Sin embargo, dicho eso en su testimonio respecto a las mujeres, Ricardo en su libro hace un reconocimiento especial a “sus” mujeres y a esas mujeres que desde el anonimato defendieron sus derechos y sostuvieron la resistencia.

Ellas fueron mis mujeres, las que me cuidaron, me educaron y me retorcieron la oreja cuando me portaba mal. Las que me acunaron, me dieron valores, me hicieron los regalos de Reyes y me escondieron cuando me buscaban. Sí que hay miles de mujeres heroicas y cientos que han hecho historia, pero en mi historia son ellas. Construyendo día a día, sobrellevando las dificultades, la plata que faltaba, el trabajo duro para mantener a esas familias y, sobre todo, sus sueños postergados [...]. En el Día de la Mujer, mi respeto a las miles de luchadoras que han hecho avanzar sus derechos y que siguen peleando por ellos, pero permítanme el egoísmo de homenajear a las mías (Piñeyría, 2022, p. 84).

El recuerdo de Ruben Villaverde, que atravesó fronteras y territorio en diferentes momentos, apela a sus itinerarios, actividades, pero también a su construcción identitaria.

En el exterior siempre me llamé igual, tenía un documento que me había proporcionado ACNUR. Tuve que negociar mucho con ACNUR para que me dejaran ir, porque ACNUR no quería que fuera a Buenos Aires porque era peligroso y ellos no podían hacerse responsables. Allí, al frente de ACNUR en Brasil había un colombiano que era muy amigo y que, bueno, le hablé francamente y le dije: “pasa esto, yo te firmo lo que sea, me hago responsable, pero me tengo que ir”. Y bueno, así me fui, en ómnibus [...]. Entré por tierra. Allá en Buenos Aires me estaban esperando, ya estaba arreglada la ida mía [...], ahí empezamos a trabajar. Lo primero fue la posibilidad de mostrar al Partido, de mostrar que las reuniones dejaran de ser clandestinas y, bueno, ahí empezamos a trillar para que partidos políticos, sobre todo el Partido Intransigente, nos diera espacio. Nos trató con mucho cariño, para decirlo de alguna manera [...]. Las dos cosas [militancia legal y clandestina] [...]. La actual presidenta de la junta departamental de Montevideo estaba allá, Villar, que era del gremio de la salud y bueno, era gente que estaba vinculada al movimiento sindical y que estaba en la CNT [...]. Llego legal. Sigo haciendo vida legal. En determinado momento, íbamos, iba cada tanto al Consulado a ver si nos habían levantado [...], a ver qué había pasado con el caso mío y de otros más, como nos habíamos ido del país y estábamos con medidas

de libertad vigilada, estábamos requeridos. Entonces, íbamos y un día dije que quería tener algún documento [...]. Saqué el certificado de nacionalidad para la ciudadanía, lo tengo guardado, en el 84' me lo dan en la Argentina [...]. No tiene validez para viajar, era para estar allá con algo que fuera más un certificado, con mi foto, el Consulado de la República Oriental del Uruguay en Buenos Aires [...]. Sí, había todo un problema en Buenos Aires, muy complicado [...]. El exilio es muy difícil para todos (Villaverde, 2018).

Para Milka Bengochea, que llega luego de una estadía en México, la comparación desde sus registros resulta inevitable

No había una organización que te recibiera así, de manera más organizada. Pero igual tuve contacto con gente que fue muy solidaria y muy buena y que te acompañaba. Era una guirisa joven, pero por otro lado tenía la facilidad de lo familiar, en el sentido que tenía un apartamento y tenía solucionado el tema vivienda. Y, aparte, cuando llegué me encontré con mi madre, mi padre, mi hermano, o sea con el afecto, con que te hagan la comidita que vos querés, con todo lo que perdiste con el exilio. Fue una etapa al principio de no saber [...], era muy incierto porque todos sabíamos que no íbamos a estar mucho ahí. Llegué en mayo del 84' y sabíamos que en noviembre había elecciones. Entonces, la perspectiva cuando llegábamos a Buenos Aires no era la de que ahí te tenías que quedar mucho, asentar bases. Cuando llegué a México, me acuerdo de que mi padre me escribió una carta que decía que no viviera como vivían muchos exiliados, con las valijas prontas para volver, que hiciera como que me fuera a vivir ahí, o sea que estuviera abierta realmente a todo lo que me pasara, que no estuviera siempre pensando... Esa enfermedad de estar todo el tiempo pensando en que te querés volver. En cambio, cuando llegué a Buenos Aires eso ni me lo planteé. Pero, por otro lado, Buenos Aires lo que tiene es cuando vos estuviste más lejos y en un país con costumbres distintas –no quiero ni imaginarme los que vivieron en otros lugares, yo viví en Latinoamérica– el sentir de mañana el olor a leche y a pan [...], las comidas son las mismas. Hoy mismo siento que para mí Buenos Aires es como la extensión, cuando estoy en Buenos Aires no siento que estoy en otro país [...]. Además, en Buenos

Aires conocí al que después fue mi pareja y que hasta el día de hoy [es] mi marido, con el que tenemos las hijas y los nietos, así que llevamos ya muchos años de relación. Él es uruguayo [...], es ocho años mayor que yo; militaba a nivel universitario y yo en secundaria [...]. En Buenos Aires, [...] cuando llegué tenía un poquito más de miedo porque el aparato represivo en Buenos Aires era como acá. Y todo era tan parecido y a mí me venía a la memoria todo eso del Ford Falcon [...]. Igual, nosotras no teníamos ninguna actividad que no fuera pública ni permitida, pero, bueno, [...] te generaba, te volvía un poco la sensación de acá, de la etapa brava del Uruguay, sabiendo que en Argentina había sido peor (Bengochea, 2018).

Liliana Vidart trae en su registro, hasta que llega a Buenos Aires en 1984, una estancia en Bolivia, con experiencias muy diversas entre sí.

Entonces a las chiquilinas las anoté en una escuela. El ACNUR me ayudó al darme un depósito para que pudiera alquilar. Quedaba a diez cuadras de la casa de mi padre. Porque mi padre no tenía lugar, estaba en pareja, vivía la hija abajo, no había lugar para quedarse, no había ni un dormitorio para quedarse. Y lo que era la cocina con el living era una cosa única. Entonces, ahí trabajé. Las chiquilinas iban a la escuela pública del barrio, vivía en San Fernando y [...] me dieron la tarea de organizar la juventud comunista y hacer todas las tareas que teníamos de aquí a las elecciones, porque estábamos en año electoral [...]. Ahí empezamos, ahí llegué a la Argentina [...]. Alquilé, las nenas fueron a la escuela del barrio, yo trabajaba en PRESUR, la agencia de noticias. Estaba en familia, porque estaba con mi padre, y Argentina es más como nosotros [...]. Con la gente que yo militaba nos hicimos reamigos, o sea, la gente joven; a la gente vieja del Partido la conocía, a gran parte sí, pero más bien a nivel de juventud y gente que había tenido vínculos por otros compañeros que estaban allá y que son como familiares, son como parte de una familia, que los visitaba y todo lo demás, pero también militaba mucho [...]. Entonces, un fin de semana que se reunía un círculo por allá por la Boca y yo andaba con las nenas, las llevaba a algún lado y me iba después para allá y las iba a buscar, vivía de tren en ómnibus [...]. Me tuve que

mudar en la Argentina, porque donde yo vivía empezaron a aparecer cosas raras [...]. Era un corredor, y pasabas un corredor y pasabas a un patio y subías para dos apartamentos, en el otro había una maestra sola, divina, y yo con las nenas en el otro [...]. Había un muro, pero se veía como un fondo también, y empezaron a aparecer cosas pintadas como con caca así en las puertas, a tirar preservativos, había un señor, que de ese campito siempre estaba mirando para ahí. Y bueno, en un momento me tuve que mudar, lo hablé y me dieron un apartamento de un compañero que está ahora acá, muy conocido, me dio un apartamento en Olivos y me fui con las nenas. Las nenas viajaban en tren de Olivos a la escuela en San Fernando y volvían. Tuvimos ese periodo. Después tuve una pareja y volvimos a ese apartamento, porque teníamos pago un año y pico [...]. Ahí ya estaba más acompañada (Vidart, 2018).

En Buenos Aires, sobre todo –y en otros parajes de Argentina–, lo cotidiano transcurrió entre la violencia extrema, con persecución, instalando situaciones de terror e inestabilidad, hasta la posibilidad de la solidaridad y la oportunidad para organizar el retorno. Lo que allí sucedió ni se borró ni se olvidó, quedó en la memoria y siguió procesando relaciones, evaluaciones y emociones. No solo los registros siguieron viajando. No solo en los recuerdos hubo reencuentros. Se consolidaron lazos que siguieron vitales. Ricardo Piñeyrúa lo registra en forma emotiva en las páginas de su libro.

Fue el mejor hallazgo de Buenos Aires, solidario y gran tipo. Junto a Mirtha, su compañera, hicieron que nuestros días en el exilio fueran mejores y aprendiéramos que los de allá nos quieren mucho más que nosotros a ellos. Estoy hablando de los porteños [...]. Me acompañó hasta último momento, esperando que embarcara cuando volvía del exilio con mis dos hijos y una bolsa de nylon donde traía cuatro pececitos de colores [...]. Nos seguimos viendo allá y acá, vino a Montevideo y se enamoró de la ciudad. Fui a Buenos Aires a verlo en un boliche donde hacía *stand up* y terminamos comiendo pizza en el peor bar de Buenos Aires (Piñeyrúa, 2022, p. 95).

La vida cotidiana en Buenos Aires fue a la vez la marca del desarraigo signado por el peligro, por lo desconocido, por las amenazas, pero también el despliegue de una solidaridad y una contención que solo el paso del tiempo y la oportunidad de volver a visitar esa ciudad con los registros de la memoria de quienes la habitaron permite aquilatar. También el espacio para actualizar inexperiencia y aprender otros modos de vincularse entre las personas, con las organizaciones y con la militancia.

Estar en Buenos Aires significó además de ejercitar formas de vida desconocidas, modos de desplazarse novedosos, el desafío a las expectativas, a los proyectos, la necesidad de cambiar aspiraciones e intenciones acuñadas en otro país, en soledad o en familia por el imperativo que implicó el límite, muchas veces entre la vida y la muerte, entre lo individual y lo colectivo, entre los afectos y las desconfianzas, entre la alegría y los miedos.

Los propósitos que ordenaban un camino expectante en jóvenes y adultos de estudio, de trabajo, de militancia, de vivienda, de conformación familiar, en algunos casos se desvanecieron completamente, en otros tomaron formas inesperadas y en muchos quedaron señalados por el desconcierto y la frustración con marcas muy fuertes sobre las subjetividades, las emociones y los afectos. Hubo que acomodarse, desacomodarse, reacomodarse, a veces en retraimiento y encierro, a veces en colectivo, otras resolviendo problemas únicos y en ocasiones con la responsabilidad de la subsistencia y la vida de otros.

El trabajo, la vivienda, la salud, la alimentación, la educación, las comunicaciones y hasta las relaciones íntimas fueron escenarios en los que convivieron las contradicciones, las distancias, provocaciones, dudas, transgresiones no siempre identificadas, ansiedades, decisiones que podían tener un costo sobre la vida misma. Nacieron niños solo con sus madres, lejos de sus padres. Se criaron adolescentes y jóvenes en encierros hogareños y jaqueando el período vital en el que las identidades se constituyen. Se conformaron y desarmaron parejas que no llegaron a cumplir objetivos

soñados. Se alteraron proyectos de vida que más allá de ser reemplazados por otros, dejaron el sabor amargo de lo inconcluso.

También hubo novedades y alegrías que fortalecieron personalidades, responsabilidades y colectivos. Los lugares y los no lugares quedaron habitados por “pasadores” que hicieron su tarea construyendo un modelo propio, generalmente sin antecedentes, inventando una cultura al servicio de la vida jaqueada a cada momento por los cambios de coyuntura y de conducción.

Buenos Aires, en lo diario, fue simultáneamente un punto de apoyo y un modo de transición, un espacio de estancia y un puente hacia lugares inesperados, lenguas desconocidas y costumbres difíciles de asir. El tránsito de Montevideo a Buenos Aires y de Buenos Aires a la URSS, RDA, Cuba, Angola, México, Brasil, Bolivia –entre otros países de acogida– y hasta las provincias argentinas, enseñó cómo consolidar otros y nuevos vínculos, cómo relacionarse con organizaciones con diferentes objetivos, actuar en lugares públicos, participar en reuniones, sumarse a actividades masivas y, sobre todo, cómo comunicarse, cómo saber de otros y transmitir lo suyo.

La convivencia, con las rutinas más básicas relacionadas con extraños, fue otra de las grandes lecciones a partir de compartir habitación, repartir comida, organizar festejos, usar del tiempo libre, habitar en un refugio con procedentes de otros países y de otras ideas.

La organización partidaria y la distribución de tareas y responsabilidades tuvieron una dinámica señalada no solo por la coyuntura política de Argentina y Uruguay, sino también por la llegada y la partida de camaradas y la índole de la actividad a realizar, desde conseguir una vivienda, resolver las mejores condiciones para un parto hasta falsificar un documento. Esos cambios muchas veces entraban en colisión con experiencias y expectativas previas y no siempre resultó sencilla su resolución.

Y siempre, pero no siempre de la misma manera, la ilusión o desilusión por el retorno. Cada quien –y su grupo de referencia– se

aclimató de un modo diferente a Buenos Aires, procesó también de diferentes formas la esperanza de volver y debió encausar la forma de reconocer aquello con que se encontró, que no era lo mismo que dejó, o la circunstancia de no retornar.

## Vivir y militar en las borrosas fronteras entre clandestinidad y legalidad

*La tía Delia. Una de las personas que iba y me traía cosas era mi tía Delia [...], que incluso fue famosa, porque Seregni la nombra en un discurso; ella fue la que inventó la sentada en la puerta de la casa de Seregni a esperar que lo liberaran, el famoso comité del “Pastito”. Y después, el local del Frente Amplio que está allí en la calle Juan Paullier, Comité 28 de Noviembre creo que se llama, tiene el nombre de ella, Delia Campagna. Es hermana de mi madre –era hermana de mi madre–, era una persona que viajaba mucho, iba mucho a verme y traía muchas cosas, llevaba y traía, llevaba y traía. Esa apariencia de veterana italiana petisita, chiquitita, que no parecía nada, era una persona que hacía muchas cosas [...]*

Piñeyrúa, Ricardo. Comunicación personal.

La militancia de los comunistas uruguayos en Buenos Aires fue para el PCU la llave de acceso al interior del Uruguay y hacia el exterior. Hizo por tanto las veces de “puente” por el que circulaban, en distintos sentidos, información, personas, dinero e insumos de diferente tipo y procedencia en circunstancias muy diversas.

Buenos Aires tuvo también, para muchos, diferentes “por qué” y “para qué”. Allí residían y en cierto modo convivían –aún sin verse ni saberse– quienes llegaron con mandato expreso del Partido o se instalaron por decisiones personales y familiares muy variadas, desde económicas, laborales y hasta temores.

Buenos Aires fue a la vez un espacio de permanencia prolongada para un grupo significativo de militantes, durante todos los años que duró la dictadura uruguaya; breve para otros y de paso para muchos. No obstante, llegadas, partidas y permanencias difirieron y estuvieron condicionadas por las coyunturas políticas, partidarias, así como por las estrategias represivas de ambas dictaduras.

Militar en una situación como la de Argentina, desde el momento del despliegue de la Triple A, pasando por el del golpe de Estado y los 7 años de la dictadura y aun en la transición a la democracia, fue una actividad de enorme riesgo, de gran tensión, y de relevante importancia para sostener la resistencia interna. Recuperarla haciéndola narrativa no resulta una tarea sencilla.

Volver sobre las complejidades de la memoria exige admitir que se trata de una materia que no es inmune al paso del tiempo [...] nadie puede saber cómo será contada esta historia dentro de cincuenta años, entre otras cosas porque muchas de las apuestas arrojadas sobre el escenario de la transición siguen abiertas. Pero, en todo caso, conviene precaverse contra una recuperación de ese pasado demasiado apegada a las coyunturas cambiantes (Vezzetti, 2002, p. 191).

Buenos Aires fue al mismo tiempo un escenario urbano de enormes desafíos para la seguridad personal de quienes se arriesgaron en esas difíciles circunstancias. Los participantes en las diversas tareas tuvieron vidas legales, semilegales o totalmente clandestinas y, en algunos casos, combinadas de acuerdo con su “estilo de vida”. Según coyunturas y requerimientos, hubo quienes militaban clandestinamente y estudiaban y trabajaban en la legalidad,

quienes cambiaban de identidad según la tarea o el momento, utilizaban documentación falsa que también variaba.

La clandestinidad en Buenos Aires, aparte de sostener el aparato logístico del PC, contempló la tenencia de casas de reserva, fabricación de documentación falsa (pasaportes y tarjetas de migración argentinas), formas de comunicación cifrada, leyendas de cobertura para las actividades partidarias (Rico et al., 2021, p. 115).

Si bien es cierto que en algunos momentos se contó con el apoyo que proporcionaba el PCA, la mayor responsabilidad recayó en el equipo político-clandestino del PCU radicado en Buenos Aires.

Desde la actividad abierta antes del golpe de Estado, sin dejar de lado algunos pocos códigos de la actividad semilegal, se transitó hacia un obligado quehacer clandestino hasta el fin de la dictadura argentina. En el interior y entre los presos, la noticia preocupó.

En abril nos enteramos del golpe militar en la Argentina. Hacía apenas tres años que habíamos vivido como propia la fiesta democrática del pueblo argentino. Después de años de militarismo, Cámpora asumía la presidencia, en lo que parecía el inicio de una era de liberación nacional. Recordaba el episodio de Bordaberry tragando saliva y tal vez odio, mientras dos grandes de América, Salvador Allende y Osvaldo Dorticós, suscribían el acta de asunción del presidente Cámpora. Recordaba la liberación de los presos políticos en medio de multitudes en las puertas de las prisiones. Y ahora otra vez los militares en el poder. Mala cosa, mala para los argentinos y mala también para los uruguayos. Enseguida tuvimos las primeras consecuencias. Un día los compañeros volvieron demudados de la visita: habían asesinado a Michelini y a Gutiérrez Ruiz en Buenos Aires y habían secuestrado al Dr. Liberoff. Luego supimos que habían desaparecido Gatti y León Duarte, que eran frecuentes las desapariciones y los asesinatos (Turiansky, 1988, p. 39).

El equipo de trabajo se fue recreando en su integración debido a las coyunturas que se presentaban, y requirió tanto de esfuerzos particulares para la protección de militantes, refuerzos para

determinadas tareas y en algunas situaciones sacar del escenario, temporal o definitivamente, a algunos camaradas.

Roberto Pereira dibuja de manera breve pero precisa cómo fue virando esa integración cuando lo rememora en la entrevista que se le realizó para el libro *Gol del Pueblo Uruguayo*:

[...] siempre que comento estas cosas con ciertas formalidades hago las precisiones que para mí son un requisito moral. Primero, yo era un eslabón de un equipo grande, aunque estaba más bien diseminado por el mundo [...]. El Partido, en mi caso, decide que yo me sume al equipo que ya existía en la Argentina. Porque los meses anteriores al golpe el partido había dispuesto que alguna gente fuera a Buenos Aires [...]. Me sumé al equipo, que era muy reducido de compañeros del Partido (unas cinco personas); se sumaron algunos más esos días conmigo. Estaban Alberto Suárez, Esteban, el compañero Benjamín Liberoff [...] (Pereira en Autores anónimos, 2013, p. 57).

Para entender cómo se vivía y se actuaba es imprescindible tener en cuenta lo que significó el despliegue cada vez mayor y más violento de los servicios de inteligencia de los distintos países en aquella ciudad en el marco de la operación Cóndor.

No. No la encontraron en Paraguay, la encontraron en Buenos Aires, estuvo en Paraguay cuando Furci se la llevó. Furci, que es el amigo de Gavazzo, la sacó de Orletti, que era donde estaba. Porque a mi hija la asesinaron, sabe, la asesinaron, a mi hija, a su marido y a muchos más y usted sabe que hasta en los pueblos primitivos hay que elaborar el duelo, hay que ver la muerte y yo a mi hija no la vi muerta, yo sé que a mi hija, como le acabo de decir, la asesinaron y mi hija está muerta, pero si me pongo a pensar, yo no sé si está muerta, porque muerta no la vi, estoy casi segura que la tiraron al Río de la Plata, pero quisiera tener la seguridad para ir a orillas del mar y tirar un ramo de flores... (Gatti Borsani, 2001, p. 269).

Ello dio lugar a la salida después del golpe de Estado de numerosos comunistas de Argentina y a muchos cambios estructurales y de funcionamiento.

La militancia –no solo comunista uruguaya– en Buenos Aires se fue estructurando y consolidando en una dinámica organizativa que generó un derrame de tareas de acuerdo con las etapas y las necesidades que se iban viviendo. Algunas acciones fueron constantes y atravesaron prácticamente toda la dictadura y otras fueron parte de las necesidades y estrategias coyunturales.

Esta manera de concebir el modelo de dirigente [y de militante] formó parte de la cultura institucional del PC. Se transmitía, por lo tanto, a través de diversos códigos. Más que los discursos y los informes, eran el ejemplo, las costumbres, las prácticas, los gestos e incluso las rutinas institucionales los que servían de correa de transmisión de ese modelo. Aparece, entonces, también en ese aspecto, esa marca identitaria del PC: una extrema racionalidad que se plasmaba a través de mecanismos subjetivos. Un conjunto de elementos comunes caracterizaba a los dirigentes: una ética compartida, una ideología común, una entrega total a la organización, un modo de hablar [...], una manera de relacionarse con los dirigidos, hábitos, costumbres, gustos, incluso una estética personal austera y sobria (Silva Schultze, 2009, pp. 95-96).

Durante esos años se establecieron relaciones con partidos políticos, organizaciones sociales, iglesias argentinas y vínculos con organismos internacionales como ACNUR, para la protección de los militantes. Se configuraron códigos para operar en la clandestinidad, se atendió a quienes llegaban y debían salir del territorio argentino, en relación con vivienda, documentación, atención sanitaria, trabajo y hasta vestimenta, sin perder de vista las necesidades internas.

Durante aquellos años, además de los medios regulares, un traslado de lanchas y botes iban de un lado al otro del río, trasladando a militantes como parte de una huida obligada, de una tarea a cumplir, del “salvataje” a un clandestino o de un ex preso que requería atención médica:

[...] el traslado de personas se realizaba por mar o avión con medios propios del Partido y evitando que las embarcaciones se cruzaran, por razones de compartimentación (Rico et al., 2021, p. 115).

También se operó con aviones o pequeños barcos particulares. En la novela *Geranios en la ventana*, Esteban Valenti rememora algunos de aquellos episodios riesgosos, estresantes y exitosos a la vez.

Al TORME Rafael lo localizó de pura casualidad. Del encuentro sería una noche en el río Luján, frente a la estación de trenes. [...] Hacía pocos días que sabía el nombre de esa embarcación, pero en el aparato se conocía la existencia de algo que navegaba y había cumplido misiones imposibles [...]. Era un poco más grande que una chalana [...]. Los salvó el mate. A esa hora solo los uruguayos toman mate y con un termo (...). ¿El TORME? Preguntó Rafael con un poco de desilusión ante aquel navío tan diferente de su idea sobre un barco que había participado en operaciones estratégicas, con cargas tan delicadas [...]. La WANA WANA era [...] una lanchita de cinco metros de fibra de vidrio bastante maltrecha por el tiempo y por sus dueños [...], pero fiel como un perro de trineo a la hora de cinchar, y simultáneamente significaba un salto cualitativo y dialéctico en la resistencia y en las operaciones clandestinas. [...]. El nuevo barquito se llamaba SAUDADE (en esa insignificante embarcación navegarían miedos y libertades, soles y nieblas). Atracaría en muelles roídos de verdines mentirosos. Podía ser la salvación o la perdición de muchos náufragos [...]. Si se hubiera detenido, hoy no quedaría nada y muchos de los que siguen teniendo un nombre, un rostro, una identidad, serían un trágico recuerdo más.

Estaban utilizando todos los recursos. Ya no quedaba retaguardia. Enviaron a Buenos Aires para tener un encuentro con Rafael, al piloto del avión y a uno de los principales responsables del transporte. Y se trataba de preparar una operación de extrema importancia [...]. Con Jorge, el piloto, había sido compañeros de aventuras liceales [...]. Trabajaba para un frigorífico y había comprado un avión de tela destinado a la fumigación y que ahora empleaba para practicar su “hobby”. Cruzar el río [...]. Al otro día Rafael y Jorge, el piloto, salieron

a buscar una pista improvisada de aterrizaje para bajar al futuro pasajero [...]. El viejo Curtis fumigador dejó lugar a una impresionante avioneta Cessna 172 [...]. El Cessna uruguayo llegó a hacer seis viajes antes que su sigla lo condenara. Era la ANO X y así le fue. Jorge fue apresado, torturado y estuvo preso ocho años (Valenti, 2008, pp. 104-119).

También quienes operaban como “correos” o “mensajeros” usaron todos los medios de traslado, llevando de manera en muchos casos ingeniosa y siempre desafiante, la información de una orilla a la otra. Muchos voluntarios pueden ser ejemplo, uno de ellos Delia Campagna y otras tantas Delias que realizaron muchos viajes y que se mantienen en el anonimato como lo rememora en su muro de Facebook Esteban Nuñez.

Homenaje mío a otras muchas mujeres, una que conozco personalmente, pero no puedo nombrar, no me hablarían más [...]. Delia Campagna fue una heroína del pueblo uruguayo. Cuando sacamos del país al “colorado” Ricardo Piñeyrúa, porque “llegó la noticia” de que esa noche lo iban buscar. [Él] salió primero a Brasil y luego a Buenos Aires. Delia viajaba una vez por semana “a ver la familia”, pero era el contacto entre nuestro trabajo en la clandestinidad y la dirección en Buenos Aires. Se hizo amiga de todo el personal de Buquebus, llevaba “una caja de caramelos para los nietos” y allí iban nuestros mensajes. A la vuelta, venía con “una caja de bombones para los nietos”, donde venía la respuesta. Fui varias veces a su casa de la calle Acevedo Díaz a llevar y traer “recados”. Ella, sin haber estudiado teatro, era una gran actriz, se amoldaba a cada realidad. En los ratos libres, ayudaba a hacer la bolsa: para los presos. Gracias a las “Delias”, se pudo resistir mejor (Núñez, 2022).

Roberto Pereira en su testimonio también recupera la importancia de los “correos” para el funcionamiento, tanto en el interior como hacia el exterior:

Una cosa muy interesante y que capaz que sí merece ser relevado e incluso si los actores están dispuestos a hablar, eran nuestros

mensajeros, porque la información de Buenos Aires a Montevideo no se transmitía por teléfono, ni por computadora, porque no había esas condiciones. Por el teléfono era imposible porque estaban intervenidos. Estaban todos controlados y eran muy precarios con respecto a lo que es hoy. Desde Buenos Aires a Montevideo, desde Montevideo a Buenos Aires, no era tan fácil hablar. Incluso, siempre recuerdo el caso de alguien que no tuviera teléfono, tenía que ir a un lugar que estaba en el centro de Buenos Aires, en [la calle] Corrientes. Un lugar con cabinas, con funcionarios [...]; durante la dictadura te pedían la cédula mientras hablabas. La comunicación que teníamos era que había gente que iba y venía que se dedicaba a eso. Que corría tantos riesgos como nosotros, quizás muchos más a veces. Fueron los mensajeros (Pereira, 2014).

Para los integrantes del equipo técnico y político<sup>1</sup> asentado en Buenos Aires fue necesario conocer la ciudad, aprehenderla, identificar medios de transporte, horarios comerciales y de oficinas públicas, aprender a usar el subte, las combinaciones con trenes y hasta costumbres y culturas propias del lugar para definir con estricto cuidado los movimientos que hicieran posibles las actividades requeridas. Cada tarea planteada reclamaba circuitos de tránsito y modos de actuar específicos.

Llega a Buenos Aires el 4 de abril de 1974 [...]. Ella compra algunos libros para disimular aún más su *Cien años de soledad* que le servirá para descifrar mensajes [...]. Abajo hay un patio interior, unas macetas con arbustos y una bicicleta de niño. Katia calcula que podría, en caso de necesidad, saltar desde ese cuarto piso hasta el patio y de allí ganar muros linderos (Butazzoni, 2014, p. 113).

Militantes del partido y de la juventud rastreaban y resolvían, no sin sortear riesgos, algunos encuentros con los Ford Falcon, allanamientos, controles de documentos, simulacros de fusilamiento

<sup>1</sup> En diversos testimonios y documentos se menciona al equipo de trabajo como técnico o político o técnico y político.

y otras situaciones que pudieron desembocar en detenciones y desapariciones.

Al mismo tiempo, Buenos Aires fue el lugar al que la evolución tecnológica llegó antes, por lo que el acceso a instrumentos más modernos, no usuales en Uruguay, era posible; las fotocopias eran accesibles y baratas, las máquinas para estampar también. Con los cuidados necesarios, se generaba material impreso para ingresar al país. Y ese ingreso a Uruguay de todo tipo de insumos e información llevó a desarrollar imaginación y habilidad para proceder con el menor riesgo posible. Geza Stari lo recuerda en el testimonio que dio para el libro *Memorias militantes*.

Él [Roberto Pereira] tenía a cargo un equipo que establecía las comunicaciones con Montevideo, era uno de los responsables, incluso fue montando un aparato con gente joven [...]. Cuando nos fuimos de aquí, en Montevideo la fotocopia era aún algo caro [...], en cambio en Buenos Aires cualquier equipo tenía una fotocopidora, por eso nosotros hacíamos acá los boletines sin tener problemas [...]; después se compró una muy buena fotocopidora. Nosotros mandamos una picadora de matrices [...]; picaban las matrices, luego las repartían y así se hacían muchas copias, que después se imprimían en distintos lugares. Los compañeros hacían compartimentos en los autos para acomodar todo tipo de materiales [...]. Mandábamos las cosas más inverosímiles: aprendimos a abrir pomos de pasta dentífrica por el lado de atrás, para que pareciera una cosa medio usada que llevaba la gente, envolvíamos el mensaje como una tiza, bien envuelto en nylon, y lo metíamos; usábamos un papel muy fino y el mensaje estaba codificado. Recuerdo que teníamos que aprender de memoria el código que usábamos en el que cada letra estaba numerada, pero se usaba una palabra clave, en una página de un libro determinado y se combinaba la numeración [...]. También teníamos la tarea de facilitar la logística para sacar compañeros de Uruguay (Stari en Bermúdez Irisarri, Caamaño Torrado y Caballero Álvarez, 2018, p. 401).

Fue importante ese rol de generador de información y de articulador entre el adentro y el afuera, apoyado por camaradas que se

vinculaban con los núcleos dirigentes, estaban comprometidos, conocían los códigos de funcionamiento y disponían de instrumentos tecnológicos que facilitaban el trabajo de distribución en condiciones de clandestinidad, en un lado y otro del Río de la Plata. Así lo evoca Ramón Cabrera en su testimonio:

[...] tuve una conversación con Acuña, un viejo camarada, dirigente de gran prestigio que había estado preso cuando cayeron los viejos dirigentes del Partido [...]. Él estaba en contacto con la gente de Buenos Aires; que por cierto te digo, un gran papel el de los compañeros del Partido que estaban en Buenos Aires; uno era Geza Stari, otro, Roberto Pereira. Roberto estuvo con nosotros, había conocido a todas las direcciones y tenía una visión muy amplia de todo [...]. Empezamos a traer *Carta* de Buenos Aires. La fotocopidora era un aparato nuevo, así que traíamos de Argentina las matrices electrónicas; eso fue hasta que conseguimos una picadora electrónica, y gracias a eso no hubo que repartir más *Carta* o *Liber Arce*, sino que simplemente había que entregar la matriz y después cada uno entraba a la reproducción con lo que tuviera, mimeógrafo, planograf o cualquier otro medio; eso descentralizaba el proceso y todo se volvió mucho más fácil y ágil (Cabrera en Bermúdez Irisarri, Caamaño Torrado y Caballero Álvarez, 2018, p. 580).

Al mismo tiempo Buenos Aires fue –más tarde– el escenario que permitió la “legalización del Partido y del Frente Amplio” durante la preparación y organización de las actividades que culminaron con el retorno de muchos de quienes estaban instalados allí y de quienes venían de más lejos. Un Buenos Aires en una Argentina colmada de euforia por el fin de la dictadura y la asunción del presidente Alfonsín fue también el escenario para el estridente canto de los artistas del exilio, del teatro, que se fueron acercando a Uruguay, otra vez en ese lugar trampolín, antes de fuga y ahora de retorno, dando lugar a actos masivos y a la preparación del cruce para votar en las elecciones de noviembre de 1984.

Hay quienes pueden evocar aquellos años y sus circunstancias, desde la experiencia de una llegada temprana a Buenos Aires y su salida definitiva, cuando estaba llegando a su fin la dictadura. Roberto Pereira y Geza Stari hacen posible conocer con sus recuerdos algunos momentos, hechos concretos, situaciones de extremo riesgo, así como exitosas, de acuerdo con los objetivos establecidos.

El exilio también asumió los requerimientos estrictos de la clandestinidad y la compartimentación [...], el Grupo Técnico que bajo la dirección de Geza Stari y con Roberto Pereira actuaba desde la Argentina como nexo directo entre la dirección interior en Montevideo y el primer secretario en Moscú [...] sobrevivió gracias al disciplinado cumplimiento de los criterios de seguridad y su aislamiento absoluto [...]. El Grupo Técnico no fue detectado ni tampoco ninguno de sus integrantes cayó detenido en las acciones represivas conjuntas realizadas en el marco del Plan Cóndor (Rico et al., 2021, pp. 114-115).

Roberto y Geza, ambos integrantes del aparato técnico-político, comparten en sus narraciones fragmentos del quehacer militante que transcurrió desde una legalidad muy fugaz a una semilegalidad hasta concretar velozmente la más absoluta clandestinidad.

Roberto construye el relato a partir de su llegada a Buenos Aires en setiembre de 1974, cuando establece el primer contacto con Manuel Liberoff. En su recorrido se aprecia cómo se recuerda desde el presente lo que fueron momentos de inconsciencia, de alto riesgo, de conocimiento de las traiciones y también de comportamientos que evidenciaban inteligencia en las circunstancias precisas. Su narración ilustra nítidamente actividades y personalidades del Partido involucradas en los distintos momentos de la cotidianidad militante.

Llegué a Buenos Aires, tenía allí el vínculo con algunos [compañeros], llevaba la forma de vincularme con algunos. Ahí empecé a tener problemas porque las dos primeras personas [con las] que debía vincularme... Los tenía que llamar por teléfono. Uno me tenía que esperar en el aeropuerto. Ninguna de las dos cosas funcionó. Tenía una

tercera posibilidad, que era llamar a Liberoff padre, a Manuel Liberoff, pero en caso extremo, porque él hacía vida legal [...]. Él me conocía mucho [...], y conocía a la familia y toda la relación con Benjamín y todo eso [...]. Terminé llamándolo. Siempre recuerdo que me había trasladado al centro de Buenos Aires, porque en el aeropuerto no quería estar, por razones de seguridad, me había ido en un ómnibus. Algo conocía de Buenos Aires, simplemente de ir a pasear por la zona del Obelisco [...]. Entonces, cuando llamo a Manuel, le digo: "Mirá, soy Roberto, estoy acá, estoy en Buenos Aires". Él no sabía nada de nada. Dice: "¡Pero muchacho! ¡¿Qué estás haciendo acá?!" Le digo: "Justamente, quería hablar contigo por las razones que estoy acá". Dice: "¿Y dónde estás?", y yo le dije: "estoy en el Obelisco". Y siempre recuerdo, que me dice: "Pero, ¡qué barbaridad! ¡Te vas a caer de ahí!" [...]. A partir de eso entablé relación con él, me ayudó a recomponer los vínculos, y empieza una vida larga, de casi diez años de clandestinidad total y en Buenos Aires. Aunque, [...] en realidad, volví a Uruguay por lo menos cinco veces. Y en algunos períodos, por varios meses. Eso está muy vinculado a las vicisitudes que el propio Partido tuvo acá [en Montevideo] adentro. Como nosotros trabajábamos en un equipo directamente con la dirección del Partido, con Arismendi, en oportunidades vine a cumplir actividades de transmisión de cosas [...], e incluso las cosas fueron más complejas de lo esperado porque, por ejemplo, cayeron las direcciones del Partido, a veces equipos completos [...]. Con lo que teníamos en Buenos Aires, y con Arismendi y su equipo [...] permitía que, a través nuestro, se pudieran recomponer e incluso muchas veces vincular compañeros que vivían acá, que nosotros los conocíamos, sabíamos, pero que ellos no sabían que se podían vincular y nosotros facilitábamos eso, en muchos casos, con la máxima responsabilidad del Partido [...]. Hacíamos esa tarea con un equipo muy reducido pero que tuvo varias etapas. Cuando llegué, había un equipo más numeroso. Estaba Esteban, Suárez, había otros compañeros en distintas responsabilidades. Hay un dato muy importante, que es que la Argentina estaba en un momento distinto, con mucha limitación y muchos peligros, pero estaba el gobierno constitucional, el gobierno de Isabel Perón. Luego, en el 76', cambia y también cambia para nosotros, aunque nosotros ya seguíamos

clandestinos, cambia. De todas maneras, en ese trayecto del 74' al 76', la represión con nosotros y con los latinoamericanos que vivían allí fue muy grande [...]. Nombres y documentos, tuve decenas. Tuve documentos argentinos y tuve de otros lugares también y en determinado momento tuve documentos uruguayos. En una clandestinidad tan larga y tan compleja como la que estábamos [viviendo] principalmente después del 76', con la represión en la Argentina... Esto creo que es un dato que no se puede desconocer. Trabajábamos para la política uruguaya, pero en el contexto político represivo que vivíamos. Es algo que solo alguien que haya estado cerca de esto puede comprender la magnitud. Y, en realidad, creo que se comprende mejor ahora que en aquel momento, porque si nosotros hubiéramos tenido un panorama global de lo que estaba pasando es probable que no actuáramos allí de la manera que actuamos. Pero, de todas maneras, veíamos y sentíamos la represión. En mi caso, en el caso de Esteban y de otros compañeros [...] fuimos buscados a muerte. Principalmente después del 76'. Después del 76' las cosas se complicaron enormemente [...]. Hubo una primera fase, hasta el golpe, en que nosotros creamos en la Argentina una base material, organizativa, que fue contactarnos con gente. Trabajábamos, si bien sabiendo que podía haber un golpe de Estado, pensábamos que también podía seguir esa situación medio abierta, donde había mucha represión, pero se podían hacer actividades legales [...]. Allí [en Buenos Aires] vivían muchos uruguayos, y algunas personalidades muy importantes. Estaba el ingeniero Maggiolo, que había sido rector de la Universidad hasta hacía muy poco, nos conocía a todos nosotros. Estaba Manuel Liberoff, que era un hombre conocido por el gremio médico y por su participación en las APAL [Asociación de Padres de Alumnos Liceales], que era la organización de los padres de estudiantes liceales. Y estaban los líderes políticos, Michelini por ejemplo, Gutiérrez Ruiz, más tarde el propio Ferreira Aldunate. Estas personalidades muchas veces fueron contactadas por nosotros. Buscamos vínculo o ellos lo buscaron con nosotros, y nos reunimos, nos reunimos en la clandestinidad, en la Argentina, con mil cuidados, pero nos reuníamos. ¿Para qué nos reuníamos? Para proyectar cosas sobre el Uruguay, sobre la resistencia en el Uruguay o en muchos casos, incluso,

para sacar gente desde Uruguay, que estaba siendo perseguida, o estaba presa, o estaba mal de salud, porque hubo muchos casos. En ese sentido se actuaba con un criterio muy amplio [...]. A pesar de que estas personalidades no eran comunistas, era muy común que se apoyara, que nos apoyáramos unos a los otros. Y también, el vínculo con otros compañeros del propio Partido que se habían ido por su cuenta y que en muchos casos estaban en condiciones muy precarias y generalmente muy peligrosas, y que por haberse desconectado del Partido y a veces de la información política, nosotros teníamos que encontrar formas de comunicarnos con ellos para advertirlos o para organizar [cómo] sacarlos de Argentina. Fue el caso de decenas de compañeros que, a partir de nosotros, sacamos de Argentina a Venezuela, México, Cuba, Unión Soviética, a lo que era Alemania Oriental en aquella época, o simplemente a Europa o a cualquier lugar que tuvieran más seguridad que Argentina. La inmensa mayoría de esos compañeros no tenían las condiciones. Nosotros no teníamos casi condiciones, pero estábamos organizados para eso. Mientras que hacían una vida común, iban a sus casas, en algunos casos habían conseguido trabajo y todo, y nosotros nos enterábamos por la información que mandaban de Montevideo que los estaban buscando acá [en Montevideo] y que, muy probablemente, en los días siguientes los buscaran allá [en Buenos Aires]. También fuimos construyendo, con el tiempo, medios [...], comprábamos un auto, conseguíamos varias casas, cosa de saltar de una a otra, encontramos vínculos con compañeros que ya vivían allá [en Buenos Aires] [...] que tenían algún vínculo con Uruguay. A veces hacía muchos años que estaban en la Argentina, fueron la base de una ayuda extraordinaria, no solo directamente para nosotros sino para todos los objetivos que nos dábamos [...]. Admiro mucho a los compañeros que tenían una edad avanzada. Con nosotros militó gente que tenía sesenta años, setenta [...], había una cuota de inconsciencia [...]. Ese es un mecanismo extrañísimo, que es difícil de explicar en una racionalidad común. En realidad, no la tiene, y quizá se pueda resumir en eso: en que éramos, en gran medida, inconscientes de los límites que había entre vida y muerte [...]. Íbamos con una carga de miedo mayor al circular por las calles. E incluso, muy probablemente, mayor que ver matar a

una persona. Porque entre esas personas y nosotros había una distancia [...]. El que íbamos a entrevistar, podía ser perfectamente la puerta en la que nos agarraran. No porque esa persona traicionara sino porque podía haber traído cola. Podía haber, a través de él, o de uno mismo, la posibilidad de una puerta a la cárcel o que te agarraran “los servicios”, como decíamos nosotros [...]. Porque andaba un tipo, ahí, suelto, y uno no se imaginaba que era un tipo que te iba a agarrar, que andaba armado, hasta autos o grupos de gente que estaban actuando, lógicamente camuflada [...].

Las internas que había eran de criterios de trabajo. Era muy improbable que se diera una discusión contrapuesta o de discrepancia sobre temas políticos estratégicos cuando uno estaba en esas circunstancias. En general, sí se daban, y había compañeros que sostenían, a veces por varias semanas o a veces cumplían casi por obligación algunas cosas con las que no estaban de acuerdo. En ese sentido, digo, se le puede llamar una interna [...]. No hubo traiciones, no en el equipo en el que nosotros trabajábamos. En Buenos Aires, en el equipo, que era un equipo reducido, vuelvo a decirlo y que trabajaba directamente con la dirección estrecha del Partido, con Arismendi, en ese grupito de gente no hubo traición. Pero, al costado, con gente que incluso también estaba en Uruguay y que tenía ciertos vínculos con nosotros, hubo traición [...]. [Se vivió] trágicamente. Y en mi caso, con el paso de los años, sumaba peligro. Hay personas de esas, que habían sido instaladas en sus responsabilidades por mí. O sea, que esas personas sabían, de alguna manera, mi rol dentro del Partido y sabían que veníamos de la Argentina, aunque muchas veces también, nosotros tratábamos de que eso no fuera tan así, pero, sin embargo, ese tipo de riesgos, vinculados a traiciones, hubo [...]. En mi caso, fue una cuestión progresiva las responsabilidades que fui adquiriendo y llegó un momento que hacerlo [irme] significaba, también, embromar más, crear más problemas que solucionar mi vida [...]. Hubo momentos donde me salvé por casualidad [...], la tenía latente [la conciencia] y tenía miedo! No se me ocurrió [largar]. Ni a mí ni a los otros del equipo, ninguno de los que participó en el equipo más estrecho, salvo algún caso por enfermedad. Nadie se fue [...]. Hubo compañeros que estuvieron en la primera época, y después

salieron de Buenos Aires, pero todo dentro de decisiones partidarias y en realidad salían para cumplir otras funciones, no era que abandonáramos el barco [...]. La vida cotidiana era mucho más dramática. Incluso en mi caso y en caso de otros compañeros, en el caso de Esteban [Valenti], por ejemplo, el caso de Lastreto, tuvieron situaciones de riesgo concretos de muerte. Yo mismo tengo un episodio con Lastreto y es que nos secuestran en plena avenida Rivadavia en Buenos Aires y hasta el día de hoy no sabemos por qué. E incluso nos llevan para fusilar, suponemos, porque nos encapucharon, nos metieron adentro de un vehículo y nos llevaron y por el tiempo en que viajamos, siempre pensé que estaba fuera de Buenos Aires, incluso por los ruidos. Sentíamos por los teléfonos, que en realidad eran intercomunicadores, “deshacete de estos, liquidalos y chau”. Nunca supimos exactamente si tenía que ver con lo que nosotros hacíamos o con cosas que eran de Argentina. Yo me inclino más que en este caso concreto era por cosas argentinas, porque creo que los tipos concluyeron en que en realidad no teníamos nada que ver con lo que ellos buscaban y, entonces, en determinado momento, así como nos detuvieron sin explicación, nos volvieron a meter adentro de la camioneta, nos trajeron al centro de Buenos Aires [...] y nos tiraron. Me acuerdo que yo me lastimé un brazo y creo que Lastreto una pierna [...]. Iba pensando en que era la última vez... Y pensaba más en las cosas de la vida, en la familia y todas esas cosas [...]. Lastreto es argentino. Tenía documento, era legal, incluso trabajaba en un estudio de arquitectura. El clandestino era yo y tenía, en ese caso, documentación argentina. Ellos [los servicios] tenían, ya en esa época, un chequeo que hoy es muy primario. Constataban con una central que tenían si el detenido era alguien que era de un prontuario bien evidente. Y yo creo que eso fue, por ahí anduvo, que nos salváramos. Como tantos otros casos, podíamos habernos no salvado, porque también la condición humana en cada caso vale. Los tipos estos tenían a discreción las posibilidades y ya teniéndonos ahí en el descampado [...]. Nosotros habíamos visto, al principio, cuando se nos acercan, que estaban armados hasta los dientes, entonces picarnos a balazos hubiera sido un detalle. Y después hubo otros [casos]. La compañera Ana también, incluso por el uso de uno de mis nombres, también casi

la matan. Porque el nombre de Alfredo era uno de los nombres que yo usaba, y que coincidía con el nombre del compañero, cuando Ana además recién había tenido su hija, yo creo que tenía poquitos meses. Le caen una noche y la tienen hasta las primeras horas del día, en un margen de cosas donde perfectamente podían haberla matado, tanto a ella como a su compañero [...]. Incluso corría riesgos gente que estaba cercana a nosotros. Ana se hubiera comido un garrón... El compañero era argentino, o sea que era un ciudadano argentino que la estaba pasando mal por nosotros [...]. En una de las primeras casas que yo viví, incluso que viví con Alberto Suárez, y que también iba Esteban Valenti. Nosotros en realidad ya hacía como cinco años que nos habíamos ido y [...] en un piso determinado yo había descubierto que vivía una uruguaya, que era una conocida de la Facultad de Humanidades, pero no tenía nada que ver con política. Un día la vi y no le dije que vivía ahí. Y después, inmediatamente, me fui, no por ella, pero me fui, y ni me acercaba por ese lugar. De repente me invitaba a la casa y la regla era no ir, porque ponías en riesgo. Pero esa mujer, era una mujer muy inteligente. Así como yo no le conté cosas, ella tampoco me contó que también estaba participando. Y una vez nos encontramos en Buenos Aires, en la calle, y ella, inmediatamente, quiso hablar conmigo [...] para contarme que en el departamento donde nosotros habíamos vivido, dos años después que nosotros ya no estábamos, habían llegado diez tipos armados, en auto, con metralleta y todo y que el departamento estaba en realidad vacío, porque no lo habían alquilado. Terminaron derribando la puerta y, como no encontraron a nadie, empezaron a preguntar a los vecinos. Yo en realidad, tenía ahí el nombre de Martín y en el caso de Esteban manejaban su nombre por Valenti [...]; no estábamos ninguno de los dos. ¡Empezaron a romper la casa! Le rompieron las puertas de los placares, le rompieron una heladera que había, pateaban y rompían, arrancaban las puertas. Si nos hubieran encontrado [...]. Ella me lo contó, y en ese momento además me contó quién era ella, desde el punto de vista militante (Pereira, 2014).

Geza Stari llegó a Buenos Aires luego de un “cruce” con algunos episodios que exhibieron los imprevistos de las huidas con ciertas

precariedades. Su cotidianidad militante se dio dentro de un equipo que se fue adaptando a los contextos y renovando en algunos casos. Atravesó toda la dictadura uruguaya y naturalmente la argentina. Esa permanencia impuso en su vida un tránsito desde cierta legalidad a la clandestinidad prolongada.

En un testimonio que se encuentra en *Memorias Militantes* recuerda parte de la estructura del equipo inicial del PCU en Buenos Aires, narra que sufrió cambios en virtud del golpe de Estado en Argentina como también por lo que se derivó: la salida al exterior de algunos camaradas.

En Buenos Aires funcionaba un grupo de miembros [del Comité Central]. Ahí junto con otros compañeros, estaban Alberto Suárez, Niko Schvarz y algunos más que tenían diversas actividades. Después del golpe de Estado en Argentina, ese grupo resolvió que debía retirarse del país y que había que acordar quién quedaba al frente de la organización del Partido para intentar rearmarlo y mantener un núcleo de militantes; en ese momento, yo, con cierto idealismo dije: “Yo me quedo” (Bermúdez Irisarri, Caamaño Torrado y Caballero Álvarez, 2018, p. 397).

En esta larga permanencia porteña, las actividades de Geza Stari se desarrollaron dentro de Buenos Aires, pero también en el exterior. Sus relatos son una pintura de lo que fue su trabajo y de la labor que llevó a cabo el equipo de responsabilidad con extremado cuidado y riesgo, a la vez a la vez que permite visualizar el puente de información que se cumplía desde Buenos Aires.

En el 75´ tenía 43 años. A la otra mañana, creo que desayuné [...], cuando me bajé compré una guía, vi dónde estaba y me fui caminando hasta el PIT-CNT. Ahí fue donde empecé a hacer contacto con los compañeros. Me acuerdo que me llevaron a lo de Goggi, Sergio Goggi, el de ANCAP, el que apagó la llama. Ahí estuve viviendo bastante tiempo. Vino el “Tano” Valenti y me dio una de esas visas de entrada y me moví con la cédula uruguaya, que no decía “vence en tal año” [...]. Creo que acá [en Montevideo] hubiera tenido que renovarla, no la

renové porque no podía, pero en Argentina no tenía problema. Con eso y la visa de entrada, estuve funcionando. Al principio, la situación era legal, mi compañera se fue para Buenos Aires. Después, ella alquiló una pieza en un hotel en la esquina de Riobamba a una cuadra de Corrientes, mismo en la esquina. Y en Callao, en la misma manzana, estaba el local de Capital Federal del Partido Comunista [...]. Antes del golpe funcionó la oficina en el cuarto piso de la Unión Ferroviaria. Iba todas las mañanas, recibíamos información, preparábamos información, me encontré con la fotocopidora, que aquí [Montevideo] no existía, teníamos una cantidad de direcciones, mandábamos correo con información, recibíamos correo y me veía con los otros miembros del Comité Central, que en aquel momento eran Alberto Suárez, Niko, y más tarde se incorporó Félix Díaz, al que después incluso lo sacamos del país [...]. Tratamos de formar una organización [...]; uno de los objetivos era organizar a los comunistas que estaban desperdigados en Buenos Aires. Establecer lazos, mecanismos, trasladar información [...] y después pasaron tantas cosas que de repente se me reduce la importancia de ese período [...]. A partir de ahí, prácticamente fue fundamentalmente una cuestión partidaria. A partir del golpe [...] dejó de funcionar la oficina de ahí y no teníamos elementos y empezamos a establecer contactos partidarios. Ahí recuerdo dos nombres que para mí fueron fundamentales: uno, Roberto Pereira, como el enlace con Montevideo, y otro, Pascale, Adolfo Pascale, como el enlace con el exterior [...]. Yo tenía varios nombres y para cada uno tenía uno distinto [...]. [A Roberto] mi hija todavía lo recuerda como Martín, porque lo conocía. Él tenía, a través de una cantidad de chiquilines que se habían venido antes, muy jóvenes, que podían viajar, una serie de enlaces. Y por ahí empezamos a mandar, primero, pequeños mensajes, después cosas más grandes. Él empezó a montar una fotocopidora para hacer reproducciones de una selección de [la revista] *Estudios* y mandaba 30, 40, 50 ejemplares en vehículos [...]. Yo, cada vez que podía, que viajaba al exterior, en el aeropuerto compraba una de esas radios chiquitas, así cuando volvía a Buenos Aires la mandaba a Montevideo [...]. Una de las ayudas que nos proporcionó el Partido argentino [...]: documentos, el primer documento, cédula y pasaporte. Fui hasta Cataratas, creo que fuimos en

avión con Raquel, cruzamos hasta Foz de Iguazú, saqué pasaje hasta Roma, un disparate, pero ahí marchó. Después, ya en otros, hice el viaje en ómnibus desde Buenos Aires hasta Porto Alegre, y ahí sí, ya sacaba boleto, pasaje en avión, hasta Roma; generalmente era Roma donde después me daban una visa y un pasaje en Aeroflot para llegar a Moscú [...]. La primera vez solo con Arismendi y me dio a escuchar toda la grabación del Comité Central; la segunda vez, ya participé en la reunión del Comité Central, aunque no me quedé en el alojamiento donde estaban los demás compañeros; y la última vez ya estuvimos todos juntos, y esa vez fue conmigo el “Gordo” Ramón. Te estoy hablando del 84´. O sea que hace treinta años [...]. Hicimos cosas buenas: una fue planificar la venida de Arismendi.<sup>2</sup> Él nos planteaba siempre que quería venir. Estamos hablando después de Alfonsín, o sea que ya era un gobierno democrático [...]. Estuvo unos pocos días, 15 días [...]. Alquilamos un hotel [...] y nos alojamos en ese hotel [...]; al costado había un garage subterráneo donde podíamos entrar y subir a los distintos pisos. Alquilamos un apartamento de un lado, donde me quedé yo durante esos 15 días; y del otro lado dos apartamentos: uno donde se quedó Arismendi y otro donde se quedaba la guardia,

<sup>2</sup> Los primeros días de noviembre retornará al país el máximo dirigente de los comunistas uruguayos, Rodney Arismendi, a casi 10 años de su expulsión por el gobierno militar. El retorno del dirigente comunista es un jalón importante en el proceso de reencuentro de todas las grandes fuerzas políticas, intelectuales, de la cultura, que deben participar del proceso de reconstrucción democrática. Arismendi ha sido en todos estos años un actor de primer plano en la gran batalla democrática del pueblo uruguayo, no solo animando y dirigiendo en el exterior la gran campaña de solidaridad con nuestro país, sino como uno de los principales gestores de la unidad de todas sus fuerzas democráticas. Cuando se escriba, con más perspectiva histórica, que la que nos permite la avalancha de acontecimientos que vivimos actualmente, la crónica de este período tan negro de la historia del país, cada hombre, cada partido, cada fuerza nacional adquirirá las verdaderas dimensiones de su rol y de su influencia en esta hermosa aventura optimista de reconquistar la libertad y la patria. Ese día se podrá aquilatar el papel que Arismendi jugó en este complicado y decisivo proceso nacional [...]. A pocas semanas de las elecciones, cuando el país no ha recuperado totalmente su legalidad institucional, pero está viviendo la primavera de la lucha política y avisora ya el final de este túnel cruel que soportó la nación, un nuevo episodio emocionante nos convoca a todos los hombres democráticos y avanzados: retorna a la patria, a la que dedicó una vida de lucha, Rodney Arismendi, un gran dirigente político, un luchador internacionalista, un patriota, un gran uruguayo (Valenti en Arismendi, 1985, p. 7).

un grupo de compañeros que se quedaba ahí. Yo tenía la responsabilidad de coordinar las entrevistas. Pero no participaba [...]. Cuando ya teníamos prevista la venida de Arismendi empezamos a entrevistar a todos los que fueron a la asunción de Alfonsín, para decirles que Arismendi iba a venir, que queríamos ver si podíamos coordinar una entrevista cuando estuviera [...]. Encontramos a Sanguinetti, Julio María [...], estuvimos conversando con él. Nos dijo que no, que no podía venir, que no iba a venir, nos alabó mucho a Arismendi, que era un gran dirigente, pero que él no iba a venir [...]. Después que Arismendi se fue, como lo habíamos alquilado todo el mes, o por más tiempo, entregamos los otros dos y “el Gordo” Ramón se quedó en ese apartamento y después se fue conmigo vía terrestre, Retiro-Porto Alegre, Porto Alegre-Roma, Roma-Moscú [...]; nos recibió Esteban [...]. Recuerdo gente con la que tuve contacto, por ejemplo, Germán Araujo, que lo encontré una vez, tuvimos una reunión en Roma con Arismendi; y el “Tano” Valenti, quedamos en buscar formas de enganche y yo me acuerdo [...] varios meses que a él le mandaba 3.000 dólares que venía a buscar todos los meses para el funcionamiento de la radio. Digo, entre muchas otras ayudas que hicimos de dinero que a mí me llegaba, y que yo trataba de mandar al Uruguay [...]. Estoy seguro que no era la única vía que tenía Arismendi de información y de contacto con Uruguay, pero era una de las vías que, una vez que la puse en riesgo, fue la única vez que me pasó una capina de esas... [Roberto] trabajaba en la Juventud acá, en Montevideo. Creo que él tiene una sobrevaloración de lo que yo hice [risa]. Yo valoro extraordinariamente lo que él hizo. Para mí fue la mano derecha, sin él, creo que todo lo que hicimos hubiera sido, no sé si imposible, pero no me lo imagino, incluso con los errores y las dificultades, y algunas metidas de pata, y problemas que tuvimos [...]. Nos manejábamos en muchísimas cosas, con muchos compañeros que pasaron y que algunos de ellos ni los conocí, o los conocí por un sobrenombre que no sé ni siquiera quiénes son y realmente valoro que ahí hubo toda una cantidad de militantes que hicieron su aporte, que estuvieron participando y que contribuyeron muchísimo a que todo esto fuera realmente una cosa de significación [...]. Se han hecho muchas valoraciones de cómo cayó la dictadura. Creo que cayó por todo. Cayó por todo lo que se

hizo en todos los aspectos. Por lo que no pudo resolver, pero también por toda esa cantidad de acciones de gente que, desde un lugar u otro, hizo algo e hizo un aporte, y eso siempre me parece que no lo resaltamos lo suficiente [...]. Martín conseguía cédulas [...], tomábamos la fotografía, ampliábamos todo [...] ampliaba la fotografía que me mandaban, ampliaba la cédula para poder recortarle los numeritos, se los pegaba arriba, le sacaba una segunda fotografía, lo llevaba al tamaño y lo colocaba en el lugar y Martín se encargaba de volver a plastificarlo y quedaba una cédula con la foto [...]. El que nos dio trabajo fue Pacella, porque nos mandaron una foto imposible y un artista del lápiz pasó horas y horas con la tinta china. La foto para retocarla tenés que hacerla por puntos [...]. Otro aspecto que cumplí y cumplimos de manera rigurosa lo fue para contactos y otras tareas. Siempre éramos muy puntuales, repuntuales, en aquel entonces era así, absolutamente riguroso. No había celulares, no teníamos forma [...] bueno, capaz que mejor porque andá a saber. Y siempre teníamos, como todo el mundo, una determinada seña por si había pasado algo, pero siempre teníamos un lugar desde donde mirábamos, vigilábamos todo. Igual que hacíamos seguimiento de la gente que llegaba a Buenos Aires, para una entrevista con él o algo, ya habíamos aprendido ese tema de controlar el seguimiento y era una de las cosas que hacíamos también (Stari, 2014).

A propósito del documento falso de Pacella, Raquel Romano, compañera de Geza Stari, madre de su hija y militante en las tareas clandestinas, narra las vicisitudes de esa actividad y también el rigor de algunos códigos que debían cumplir:

Nosotros no sabíamos nada de fotografía, te aclaro. Todo, de revistas de fotografía. En el primer viaje [a Moscú] me dieron un cursillo de fotografía, sacar y revelar, pero nada más. Y entonces yo compré el aparato para revelar [...]. La de Pacella hubo que hacerla punto por punto, reconstruir la foto, eso fue... Yo no sabía ni qué se hacía, ni que tenía puntos la fotografía hasta que no me enteré. Teníamos revistas y todo de fotografías, que todavía andan por ahí... (Romano en Stari, 2014).

Pacella también lo evocó y quedó registrado en el libro *Gol del pueblo uruguayo*:

[En marzo de 1977 llegó a Buenos Aires y con una señal previamente establecida con Roberto Pereira], nos encontramos en la calle Santa Fe, en un apartamento donde estaban las hijas y la esposa de León Lev. Estoy diez días, mientras salgo a sacarme una foto para hacerme una cédula clandestina [...]. Me dan la cédula argentina, el pasaje para Asunción, de allí saltaba para Panamá. Tenía que salir del aeropuerto de Panamá y de un teléfono público llamar a la embajada cubana [...]. Salgo con la cédula argentina falsa para Asunción, me voy un rato para el centro de la ciudad, como estaba acordado y en el baño del aeropuerto de Asunción un compañero que había ido en el mismo vuelo conmigo me entrega un pasaporte falso argentino para continuar viaje a Panamá (Pacella en Autores anónimos, 2013, p. 52).

Esteban Valenti llegó a Buenos Aires en 1973, antes que Geza Stari y con tareas concretas que le adjudicó el Partido. Su trabajo esencialmente clandestino fue diverso e intenso, sujeto a normas estrictas. Acerca de estos códigos de la clandestinidad, recuerda Ivonne Klinger:

Hay un par de cosas que son muy importantes para un clandestino; en primer lugar, el cuidado del otro, que quiere decir que cuando me fuera a ver con cualquier otra persona, saber lo que estaba arriesgando la otra persona. O sea que, la otra persona por verse conmigo podía estar arriesgando la vida, yo eso no podía olvidarlo jamás, por lo tanto, la conversación inicial era sobre la dificultad de la situación y lo que podía implicar. En segundo lugar, era “cubrirse” los dos, la persona que estaba clandestina y la otra persona también clandestina o semilegal o legal. Había encuentros o enlaces como se decía, con compañeros en distintas situaciones. Hay algo que es muy importante, que a nosotros nos ayudó a estar tantos años en la clandestinidad. Lo dije al principio y es el respeto que tenía la gente por el Partido. Había mucha gente que no era del Partido e incluso discrepaba con los comunistas por diversos motivos, pero nunca encontré a lo largo de la dictadura alguien que tuviera dudas con respecto a la

honestidad y a la razón de ser de la lucha de los comunistas (Klinger en Autores anónimos, 2013, pp. 545-546).

Rememora Esteban Valenti su participación con hechos y circunstancias centrales para acciones de la estructura interna y del exterior. Entre ellos se destacan especialmente algunos itinerarios de dirigentes y las formas de comunicación con Arismendi, que residía en Moscú. Al mismo tiempo, permite conocer en parte las vicisitudes de la clandestinidad que tuvo que vivir, los ejes centrales de las tareas e incluso, los porqués de su salida definitiva hasta el regreso, cuando comienza el deshielo y la visibilidad del Partido en Buenos Aires con la preparación paulatina del retorno al Uruguay.

[Las actividades legales] todas estaban dirigidas al tema de la solidaridad. Es decir, entrevistas con Balbín, entrevistas con sectores sindicales, eso lo hacía, sobre todo, el PIT-CNT [...]. La distribución de una publicación que la hacía, básicamente, la redactaba Niko Schwarz. Contactos con algunos grupos del Partido. Había grupos que empezaban a funcionar del Partido. Contactos con la parte sindical del Partido, la parte estudiantil, que también tenía su peso. Estaba Feldman [...], estaba Roberto que tuvo un papel fundamental junto a Geza. Roberto Pereira es un tipo increíble. Él se quedó todo el tiempo [en Buenos Aires] convivió con todos los problemas emocionales [...]. Con Suárez, que venía de una situación no fácil en el Uruguay. No porque hubiera pasado nada, pero todos saben que el tema fue muy complejo, incluso para un cuadro como Suárez, que también se portó impecable, trabajó muy bien [...]. Estábamos acostumbrados a un ritmo de militancia que no se podía mantener, que era una locura. En un día de esa época, hacía dos, tres o cuatro actividades [...]. [Cuando hubo que cruzar a Alberto Altesor] no podía hacer el recorrido que yo había hecho. Se llamaba “el ICP”. Una lancha chiquita que alquilamos, como la del Tigre de pasajeros, pero más chica. Lo trajeron compañeros del aparato, cuando digo del aparato estoy hablando del aparato militar, que en esa época hacía trabajos de apoyo a la dirección del Partido. Vino en el mes de diciembre [...]. Debo haber viajado los primeros días y poco tiempo después organizamos eso. No teníamos

vehículos ni nada. Lo operaron el 22 o 23 de diciembre [de 1974] con un aporte absolutamente excepcional de Favaloro, que nunca quiso cobrar. Lo único que cobró fueron los honorarios de hotelería del sanatorio, pero él no quiso cobrar nada. Se dio cuenta en seguida que era un exiliado [...]. Estaba en el mismo piso que Chiappe Posse, que lo habían operado de lo mismo. Nos turnábamos para hacer la guardia de Altesor; lo único que teníamos era elementos rudimentarios para hacer la guardia. Después tuvimos algo mejor, porque nos lo dio el papá de Feldman [...]. La situación la entendió [Favaloro] en seguida y lo mudó a otro CTI a pesar de que era un CTI especializado [...]. El mismo 24 de tarde mataron a Raúl Feldman, en el local del MAASLA, el Movimiento Argentino Antiimperialista de Solidaridad Latinoamericana, en la calle Junín. La Triple A lo mató [...]. Empezó a cambiar toda la situación, se empezó a separar el aparato público del aparato clandestino. Ya había una delegación del PIT [sic] CNT, donde estaban compañeros del taxi y compañeros de ANCAP [...], estaban los compañeros de la carne, que tenían una representación de la CNT y otros que tenían representación de la FEUU. Además, vino la orden del Partido de que había que separar todo. Entre otras cosas, porque empezó a cambiar la situación de Uruguay, empezó a ser más dura la represión, lentamente. Pero nos dio tiempo para organizar bastante todo el aparato, que era, absolutamente, al principio, unipersonal, excepto los compañeros que venían de Montevideo, los compañeros del Corme, que era el barco, o los compañeros del avión, que era Jorge Bayarres. Sucedió naturalmente, se fue dividiendo totalmente. Después vino el compañero Suárez, que durante un buen tiempo fue el responsable de la parte pública del Partido, o de la parte menos clandestina. Público no había nada, a esa altura ya no había. No teníamos, prácticamente, contacto, nos veíamos muy pocas veces, y solamente en algunas cosas muy específicas [...]. Después se dividió absoluta y totalmente y el aparato que dependía del aparato militar del Partido de Montevideo de logística, ya no tenía contacto con el otro, con la otra parte del Partido, por orden expresa [...]. Se hicieron una serie de operaciones [...] de salida de gente, incluyendo el regreso de Altesor a Montevideo, que lo hizo el aparato. Lo fue a buscar, lo trajo en un cruce, en una jornada dramática, porque era tiempo de

perros en esa lata que era el Corme, un barquito [...]. Si habrá sido buena la operación que poco tiempo después lo detuvieron, lo torturaron, y Altesor sobrevivió a todas [...], a la prisión, la tortura. Debo reconocer que Altesor era insoportable pidiendo para volver. Hoy, una operación al corazón es casi una sacada de muelas. Pero en esa época era un hecho excepcional con tres *bypass* y el cambio de una válvula. Por lo tanto, era una operación muy complicada [...]. Después viene la caída del aparato, la gran caída del 75', que es un proceso muy complejo, porque empiezan a caer decenas de compañeros y el problema es que no sabíamos hasta dónde llegaba. Con algunos compañeros del aparato que habían salido, conversando, deduciendo, llegamos a la conclusión, a pesar de algunas operaciones que se hicieron para despistar quién era el punto de quiebre, dónde se había producido la gran traición, mandamos a decir a donde correspondía que pensábamos que era el Pato Coirolo; y era el Pato Coirolo. Y después, no solo el Pato Coirolo, sino también Marcos Schwarfiter, que está en Israel en este momento. El Pato Coirolo, que murió, fue el que hizo el daño mayor, porque conocía aspectos muy transversales del aparato, es decir, había estado en diferentes estructuras del aparato y fue un traidor responsable de la caída de muchísimas estructuras y muchísimas personas. Preparó, además, un operativo para que cayera [el barco]. Él no lo conocía. Nosotros teníamos un barco en esa época, una lancha, del lado argentino, con el que íbamos a buscar gente que cruzaba [...] y lo dejaba en un muelle. Pero nunca se veía, él no sabía. Preparó un operativo para tratar de pescar ese barco con el sistema de anuncios que hacíamos a través del diario *Clarín*. Me acuerdo que el diario *Clarín* tenía una oficina de avisos en una galería de 18 de Julio y Julio Herrera y Obes [...]. *Clarín* tiene para poner avisos en cualquier lado de la Argentina. Había un código, un sistema de comunicación y a través de eso, se preparaban las operaciones. Él usó todo el sistema de comunicación. Yo tenía la ventaja que era miembro del Comité Central, y él no lo era. Era jefe mío nada más que en la parte de logística, era el responsable de logística del aparato. Entonces, todo el operativo que montó con Prefectura, con toda la artillería [...]. Ya había caído una parte importante de la dirección de Massera, de la dirección de Gerardo Cuesta, pero yo todavía tenía gente que no

era del aparato militar, sino que era del aparato político. Y me confirmaron que no había nada, no estaban mandado a nadie. Después, el restablecimiento de los vínculos fue a través de esas casualidades que si uno las cuenta no las va a creer nadie [...]. Pero bueno, los restablecimos y seguimos operando [...]. La gran caída es el 75' [en Uruguay], donde ya entre el aparato político de Buenos Aires de solidaridad prácticamente no había vínculo. Hicimos algunas cosas antes. Fuimos con Niko Schwarz a entrevistarnos con Wilson Ferreira Aldunate en un escritorio en la calle Suipacha. Le fuimos a decir, a pedido del Partido de Montevideo, que lo estaban buscando para matarlo, poco antes que mataran a Gutiérrez Ruíz, a Michelini, y a los Whitelaw Barredo [...]. Un par de veces, yo digo que violando todo, como era bastante amigo del Toba, me vi con él. Lo vi de casualidad, de auto a auto, en la calle Callao, diez días antes. Él tenía un Peugeot 504 color azulado y yo un Fiat. Nos encontramos así, nos saludamos. Yo sabía dónde vivía, porque había ido antes, y nos veíamos en una confitería. Voy a decir por qué me encontraba con el Toba: verse con él era un ventarrón de optimismo. Para el Toba siempre estaba por caerse la dictadura, él tenía datos internos de contradicciones infernales [...]. Era otra la realidad de sus vínculos con el país, que la del Partido. Entonces, siempre era una manera de impulso. Lo vi; después ya ni siquiera eso porque lo capturaron, lo mataron [...]. En un momento sucedió que los Montoneros incendiaron una guardería, en el río Tigre. En esa guardería teníamos el primer barco, que se llamaba Guana Guana. Era una lancha con un motor de ochenta y cinco caballos. Lo incendiaron y quedó sólo una bolita así de aluminio del motor, eso es lo que nos quedó. No es que nos incendiaron a nosotros, prendieron fuego a toda la guardería. Al poco tiempo pude comprar un barco más importante. Una lancha de ocho metros cincuenta, con cabinada, con dos motores. Podíamos hacer otro tipo de operaciones, de cruces. Después empezó a caer todo el aparato de Uruguay [...]. El barco, los compañeros del barco no cayeron todos, pero cayó el avión, Jorge Bayarres, con el que habíamos hecho algunas operaciones muy interesantes y muy prometedoras, cerca de Rosario, cerca de las rutas de Rosario y cerca de las rutas de Don Torcuato [...]. Después la tarea, básicamente, se transformó en la

relación entre la dirección exterior del Partido –que estaba en Moscú, con Arismendi y otros compañeros, pero yo me comunicaba con él– y la dirección del Partido aquí [en Buenos Aires], que fue cambiando, diferentes compañeros... Siempre había alguien acá, de Montevideo, que se hacía cargo de la dirección del Partido. Y como ya habíamos más o menos aprendido, había un sistema para vincularse por las dos vías: por la vía más abierta, de Buenos Aires, o por mi vía, que llegaba a la dirección del Partido que tenía los contactos, y pasaba los papelitos y los mensajes fotografiados para poder reducirlos a una pequeña película. Todos esos mecanismos de codificación los hacíamos nosotros. Fabricábamos documentos, teníamos una fábrica de tarjetas de entrada, de migraciones, con un sello triangular. ¡Si habré hecho tantas!, que a veces sueño. Nosotros no las entregábamos, se las dejábamos en un buzón a los compañeros para la gente. Y después, fabricábamos pasaportes [...]. Estaba encerrado una parte fundamental del tiempo. Pesaba noventa y seis kilos, noventa y ocho [...], había engordado. Me crucé con mi madre, que vivía en Argentina, y no me reconoció, de tan bien que estaba armado todo el asunto [...]. Cuando fui a la Argentina pesaba setenta kilos [...]. Me decían “El Flaco”. Hacíamos una actividad en una semana. El resto –te estoy hablando del 76’, 77’ y ese pedazo del 78’– te quedabas, tratabas de no tentarte con nada, ni siquiera ir al cine. Porque, así como las casualidades eran buenas porque, de repente, me encontré con Milton, te podías encontrar con cualquiera cosa. Un día en La Fragata me encontré con Bayarres, que era primo de este Bayarres que fue piloto, un gran compañero. Pero este después fue guardia de seguridad de Sanguinetti, era un agente de los servicios puesto a buscar [compañeros en Buenos Aires]. Me conocía porque me había ido a buscar a mi casa. Me conocía especialmente, es un tipo de inteligencia. Me lo crucé de casualidad. Nunca andaba por esas zonas, está claro, zona donde hubiera uruguayos, uno intentaba evitarlo [...]. La preparación de una actividad de un día te podía llevar cinco o seis horas, o más. Un encuentro con alguien era un trabajo que había que estudiar, el recorrido, los puntos de control, los puntos de ruptura, si tenías seguimiento. [...]. Lo peor que te podía pasar en esas cosas es que te burocratizaras, que vos lo hicieras porque había ciertas normas que

cumplir. El problema es que había otro componente que era fundamental, que era el miedo. El miedo aviva al mamado, el peligro aviva al mamado. Es cierto eso, al mamado y al sobrio. Entonces, vos hacías las cosas, buscabas, porque sabías que, si fracasabas, el fin en la Argentina era muy difícil que fuera la cárcel. Entonces, practicabas. Leí mucho, cierto tipo de lecturas, porque no podías ir a cualquier librería [...]. Y después, escuchaba las radios internacionales; tenía una radio muy buena, que siempre la quise mucho y escuchaba las radios uruguayas, lo que podía (Valenti, 2014).

A través de diversos contactos, temprana y fugazmente se instalan algunos comunistas en Buenos Aires y luego pasan a cumplir otras tareas en el exterior.

La compartimentación era muy estricta: Cuando nosotros empezamos a tener relaciones con emisarios que venían de Montevideo [...] teníamos un mecanismo de control muy cuidadoso [...]. La gente que llegaba a Buenos Aires eran jóvenes que no estaban detectados; tampoco perdimos gente que enviamos al exterior [...], tomábamos bastantes precauciones para las salidas al exterior (Stari en Bermúdez Irisarri, Caamaño Toledo y Caballero Álvarez, 2018, p. 402).

Eso sucedió con Geza Stari, Esteban Valenti y también con Benjamín Liberoff, entre otros. Desde la posición de dirigente de la FEUU de este último, su estadía fue relativamente breve pero importante para los vínculos entre universitarios de la UBA (Universidad de Buenos Aires) y la Udelar (Universidad de la República) también radicados en Buenos Aires desde los hechos de la Facultad de Ingeniería. Asimismo, lo fue como militante y dirigente comunista con el Partido argentino y a través de este vínculo con el MAASLA. En 1974 Benjamín sale de Buenos Aires para ocupar un puesto de dirección en la Unión Internacional de Estudiantes. Respecto de la Universidad que deja, recupera tiempo después palabras del quien fuera rector hasta la intervención:

Hasta su caída, en la Universidad de la República, se ejerció en forma total, un pluralismo ideológico que solo había de erradicarse cuando la intervención de 1973 comienza una persecución ideológica en la que cientos de universitarios, de todas las tendencias políticas, filosóficas o credos religiosos, fueron perseguidos, expulsados, encarcelados y torturados por no sentirse sometibles a los dictados de la tiranía (Liberoff, 1985, p. 27).

La actividad militante de Benjamín Liberoff pasa a otro ámbito, de vida legal y en un país lejano.

Pensábamos que la dictadura se caía pronto, y hacíamos cosas para que la dictadura se cayera pronto [...]. Como era muy amigo de Maggiolo, muy solidario con el Uruguay, a través del ingeniero Sadosky, que estaba vinculado a la universidad, conseguimos tener una oficina en la Facultad de Medicina, en la calle Paraguay. Entonces este grupo, que integrábamos los exuniversitarios, pasó a ser la representación reconocida por la UBA de la Universidad del Uruguay, y una de las cosas que hacíamos era recibir a estudiantes que salían del Uruguay, o docentes, y avalábamos currículums a los efectos de que revalidando pudieran seguir estudiando aquí [en Buenos Aires], o se pudieran presentar para la docencia en la UBA. Esa era una parte de lo que hacíamos. La segunda parte, como militante comunista, estaba relacionada a una estructura de trabajo partidario que se fue creando en Argentina. En aquel momento era militante en la Juventud, pero con el partido funcionábamos todos juntos, y una de las directivas de trabajo era tratar de nuclear todas las expresiones políticas que tenía el Uruguay por fuera, para poder estructurar la solidaridad. Desde ese punto de vista, comenzamos a hacer reuniones semanales en la confitería de la calle Florida [...]. Pero como la situación se había empezado a complicar, desde el punto de vista represivo, desde el punto de vista político, se entendió en un determinado momento que (era) peligroso, y entonces nos mudamos al Tortoni, que tenía la virtud de tener puerta por dos calles. Pero ahí, ya en ese tiempo, que era mayo o junio, había pasado marzo del 74', yo lo recuerdo, López Rega estaba establecido, ya no era Cámpora, y sabíamos que, en Coordinación Federal, en la calle Belgrano, ya había

empezado a trabajar un grupo de la policía uruguaya, al frente del cual estaba el comisario Campos [...]. En aquel momento no se conocía el nombre de Gavazo o por lo menos yo no lo conocía... Con ese trabajo hacíamos acciones vinculadas al movimiento argentino, y al MAASLA [...], y en ese grupo trabajaba Feldman y mi padre, además de los argentinos [...]. Realizamos algunos actos de solidaridad en la Federación de Box, y también desde el punto de vista del movimiento obrero teníamos la relación con La Fraternidad Ferroviaria, que [...] expresaba más abiertamente la solidaridad sindical con el movimiento uruguayo. Al mismo tiempo, los uruguayos empezaron a radicarse en la Boca, en San Martín, en otros lados, entonces había agrupaciones del partido, uruguayos, en esos lugares, y nuestro trabajo comenzó a ser sacar una publicación como para hacer llegar qué eran las cosas que estaban ocurriendo en el Uruguay. Por aquel entonces también tenía relación con las juventudes políticas argentinas [...]. La Juventud Peronista, Marcelo Stubrin era por los radicales, Patricio Echeagaray todavía no era quien dirigía la FEDE [Federación Juvenil Comunista], pero tenía vínculo con nosotros, y Eduardo Sigal era quien estaba en el sector universitario por aquellas épocas, Cacho Mendoza estaba también en la Federación de la Juventud Democrática, durante un tiempo, y también estaba en la dirección de la FEDE. Todo eso iba ganando las acciones de solidaridad públicas de la política argentina y la política uruguaya, condena a la dictadura, etcétera... Eso se combinaba con seguir trabajando para podernos mantener [...]. Tenía mis salidas, fundamentalmente a ver a uruguayos que estaban en diferentes lugares, o reunirnos con Feldman para ver qué actividades llevábamos adelante con el MAASLA, y contactarlo con los vínculos que, del Uruguay, enviaba el partido, para lo cual tenía una pequeña estructura no legal. Pero yo no podría decir que mi actividad era clandestina como tal, era una actividad legal, pública, contactando con lo que era poder ayudar para el Uruguay. Sobre todo, porque había que ayudar económicamente al interior, había que manejarla por otros carriles que no eran los que nosotros, en la medida en que hacíamos actividad pública [...]. Esas partes, en general, tenían uno o dos puntos de contacto [...]. Pero eran relativamente reducidas, no eran muy frecuentes. Yo conocía que algunas

cosas se podían hacer, pero no tenía contacto con esas otras áreas [...]. Había algunas mujeres, sobre todo en la actividad universitaria. Lo que pasa es que también es cierto que la militancia en el Uruguay tenía determinadas características, y los que salimos o quedamos fuera, éramos varones, y las mujeres, nuestras compañeras, no tenían la actividad militante, por lo menos conocida, y eso hace que en los nombres que manejo efectivamente sean pocas las mujeres que pudieran estar. Luego sí empecé a tomar contacto con algunas [...]. Todo el periplo de la Gallega es absolutamente ilegal. Cuando la veo, tomo contacto con ella, era totalmente inesperado para mí con quién me iba a encontrar; tan inesperada era que, además, no la conocía de antes, porque era mucho más joven [...]. En mayo del 74' me dijeron que iba a pasar a trabajar en la Unión Internacional de Estudiantes, por lo tanto, en el período entre mayo y setiembre realizo algunas actividades, pero me voy desprendiendo del funcionamiento, porque no debía quedar vinculado a lo que iba quedando [...]. Me iba al exterior, al secretariado de la Unión Internacional de Estudiantes en el cual la FEUU tenía lugar asignado, desde un congreso de 1970, no lo había ocupado, y finalmente se decide eso [...]. Después que me fui, en mayo del 74', la situación se empezó a complicar en materia represiva, y toda mi familia aquí fue llevando un deterioro progresivo, en sus condiciones de movimiento e incluso sus condiciones económicas, porque papá, en todo lo que tenía que ver con equipamiento médico de la casa que teníamos en Uruguay, lo dona para el Sindicato Médico y la casa se vende y papá deja el dinero para el partido, y poco tiempo después cae Marcos entrega todo y entrega el dinero; por lo tanto mi padre se quedó en cero, era como comenzar de cero a los 55 años. Perdió el empleo, lo perdió todo [...]. Los presos que Uruguay liberaba, expulsaba del país, llegaban [...]. Hubo alguna gente que estando aquí en la Argentina lograba que le dieran asilo y viajaban a otro país, estaban los que de alguna manera llegaban como inmigrantes económicos y comenzaban a militar en algún lado. El mayor número de todos llegó del 75' para adelante, eso guarda relación también con la operación Morgan contra el Partido Comunista en Uruguay y se fueron para la Argentina o México. [...]. Había uruguayos que estaban en Chile, que migraron como refugiados chilenos.

Ahí se fueron creando algunas estructuras: los comités de solidaridad con los presos políticos de Uruguay, los comités exteriores de la CNT, y estructuras del Frente Amplio en diferentes lugares. Lo que hacían todas estas estructuras era efectivamente desarrollar una muy fuerte solidaridad con Uruguay [...]. Hay un hecho particularmente importante en la solidaridad con Uruguay, que en el año 74', comienzos del 75', comenzó a ser conocida una organización que luego tuvo alcance internacional, que es *Amnesty International*. La situación de Uruguay fue como un conejillo de indias para *Amnesty International*, porque hubo dos fotos muy famosas que salieron de Uruguay, donde había un encapuchado haciendo caballete y un encapuchado colgado [...]. En esos años Chile era como el centro del fascismo en el mundo, y la solidaridad internacional, y Argentina pasó a ser un episodio importante internacional, y la actitud de la dictadura unos años después. Entonces *Amnesty* también tuvo una política nueva, que era crear grupos que comenzaban a apadrinar a Uruguay, el tener los nombres de los presos políticos uruguayos comenzó a generar unidades de solidaridad con la familia de esos presos, principalmente en Europa [...]. Por otro lado, jóvenes uruguayos, ya fueran militantes de la FEUU o políticos, había en muchos países, y mi trabajo desde el punto de vista del organismo en que estaba era la movilización por la reforma y democratización de la enseñanza, pero al mismo tiempo me permitía tener contacto con todos estos grupos, uruguayos y jóvenes, y eso fue lo que hizo crear una actividad de la FEUU en el exterior, que acompañaba al trabajo de la CNT en el exterior, y acompañó también al Frente Amplio en su trabajo de exterior; y dentro del Frente Amplio, las actividades de los propios partidos, con los comité de solidaridad con los presos políticos, y también llevando la información sobre el Uruguay a organismos internacionales [...]. Durante varios años, iba por lo menos quince días a Ginebra cuando estaba la Comisión de Derechos Humanos discutiendo el caso de Uruguay, entre enero y abril, procurando que nombraran un comisionado de Naciones Unidas para ir a ver lo que estaba allá en Uruguay. Estuvimos cinco años sin conseguir eso, hasta que al final logramos uno, y fue a Uruguay, hizo un informe, que era tan malo que no lo trató la comisión, y posteriormente esa persona iba a ser el

secretario general de Naciones Unidas [...]. A otro nivel, por ejemplo, estuvo el Festival Mundial de la Juventud [en Cuba], en el año 78' [...] Uruguay tuvo una delegación de doscientas personas que fueron de treinta y dos países. En ese festival hubo que coordinar todo ese traslado de la gente, y algunos llegaron desde Uruguay, también clandestinamente [...]. En la parte cultural de ese festival estuvieron Zitarrosa, Manuel Cappela, Numa Moraes (Liberoff, 201).

Otros comunistas llegaron también de manera temprana respecto a quienes lo hicieron en torno a la Operación Morgan ocurrida en 1975. La preocupación de cara al interior y al exterior fue la misma:

Entre 1976 y 1979, en el peor momento de la dictadura, mantuvimos unido un centro de dirección que coordinaba las acciones de solidaridad y conducía las líneas de orientación de las acciones políticas que mejor reflejaban los sentimientos de nuestro pueblo, que enlazaba al interior de la República con el exilio y que buscaba impedir que los fascistas fragmentaran y compartimentaran la realidad de la resistencia. Se buscaba que, a pesar de la clandestinidad, la prisión y el exilio, la resistencia se mantuviera unida por mil lazos, de manera de que hubiera una sola concepción, una sola conciencia. Eso fue un mérito del Partido Comunista, que en ningún momento dejó de actuar, en ningún momento actuó con desesperación, y que buscó siempre un hilo conductor (Lev en Bermúdez Irisarri, Caamaño Torrado y Caballero Álvarez, 2018, p. 352).

En el caso de Walter Cruz y su inserción en Buenos Aires en octubre de 1973, se incorporó a la militancia en el MAASLA, lo que hizo que viviera varios acontecimientos desde el inicio hasta el fin del “tercer peronismo”, incluida la ejecución de Raúl Feldman, en diciembre de 1974. Allí militaban juntos y un hecho circunstancial hizo que no estuviera en ese momento. Su actividad centrada en la solidaridad se desarrolló desde el inicio del equipo. Recuerda que estaba en la dirección del mismo con otros camaradas y algunas de las tareas que desempeñó.

Y yo dije “mirá, si a ustedes les parece para mi es mejor Buenos Aires”. Y ahí la pensaron y me dijeron “la verdad que sí”. En Buenos Aires lo tenemos a Adolfo Drescher, el bancario y vamos para allá [...]. Y en Buenos Aires había mucha gente, había que trabajar con mucha gente, porque incluso se daba el caso en Buenos Aires de gente que en Uruguay no militó y en Buenos Aires, por la bronca, porque a algunos los echaron del trabajo o quedaron sin trabajo [...] gente que nunca había militado y se hicieron buenos dirigentes, además. Mucho entusiasmo [...]. Entonces yo participé en la dirección del partido de Buenos Aires: estaba Enrique Rodríguez, Niko Schwarz, estaba Ernesto Goggi –que apagó la llamarada de ANCAP–, estaba la señora de Turiansky, Bety y algún otro más. Y después yo me integré al Movimiento Argentino Antiimperialista de Solidaridad Latinoamericana, yo y otros más. Una de las cosas que hicimos [...] antes de que lo mataran a Raúl Feldman [...]: los chilenos nos plantean hacer una serie de giras en Europa, que nosotros pusieramos a Zitarrosa y ellos ponían a Quilapayún. Allá fuimos con Manuel Liberoff, estaba Alfredo acostado, la mesa de luz llena de medicamentos y las chiquilinas, que eran chiquitas, jodiendo como todos los chiquilines, que vienen unos extraños y nosotros no les dábamos bolilla. Estuvimos como tres o cuatro horas con Alfredo y dijo que no, de ninguna manera [...]. Se había formado una especie de comando antidictatorial que no tenía nombre. Y me enteré hace tres años dónde se reunían. Yo era el encargado de citarlos [...]. Por ejemplo: “Maggiolo, usted tiene reunión tal día a tal hora” y yo no tenía la menor idea de dónde se hacía la reunión o quiénes participaban. Sabía obviamente que Enrique Rodríguez participaba, que Gutiérrez Ruíz participaba, que Zelmar Michelini también [...]. Hace tres años, en la marcha del 20 de mayo, hablando con Matilde Rodríguez Larreta, la viuda de Gutiérrez Ruíz [...]: “¿Así que vos hacías las citas?”. Le dije “sí”, y medio se sonrió y le digo “¿qué te reís?, te estoy hablando en serio”. “Las reuniones eran en mi casa”, dijo. No sabía. No tenía la menor idea [...]. Al principio nos manejamos bastante bien, en Argentina [...] cuando Cámpora asume la presidencia de la República, está Salvador Allende en el estrado y Osvaldo Dorticós es el presidente de Cuba. Y a Bordaberry casi le dan vuelta el auto. Digo, Bordaberry no llegó. Había

tal entusiasmo en Buenos Aires, que cuando Cámpora va a firmar el decreto para liberar a los presos políticos, los presos políticos ya habían salido [...]. La etapa final en Buenos Aires es de la Asociación de Residentes Orientales José Artigas, AROJA. Yo vivía en Quilmes y me integré ahí. Objetivo principal: traer gente para votar, festejábamos cualquier fecha patria, hacíamos festivales con mucha gente, participaba mucha gente, incluso conocí blancos que se hicieron del Frente [...]. El partido [realizó] algún acto, según lo que yo me acuerdo, en Primera Junta, en un local de la Juventud Comunista (Cruz, 2018).

Proteger a los camaradas fue una de las tareas que estuvo presente en todas las etapas del trabajo que desarrollaron varios grupos y el equipo técnico-político en sus diferentes integraciones.

Cada grupo que se formaba tenía “un viejo” como referente y a esa persona le decían “el viejo”, pero no era siempre el mismo. Eso tenía que ver con la forma de establecer enganches [...]. Después de cierto tiempo, yo me di cuenta que en el grupo que estaba funcionando en Buenos Aires también había “un viejo” y que ese era yo, aunque en esa época andaba por los 50 años de edad: pero el término de “viejo” se usaba para establecer un referente, como forma de designar a los que estaban al frente (Stari en Bermúdez Irisarri, Caamaño Torrado y Caballero Álvarez, 2018, p. 408).

Con el asesinato de Raúl Feldman el 24 de diciembre de 1974 por parte de la Triple A, se implanta una marca profunda y dolorosa en la militancia comunista uruguaya y, sin duda, en su familia; luego vendrá la desaparición de Manuel Liberoff, que la hace más fuerte.

Nosotros tuvimos diferentes etapas en la parte organizativa [...]. No éramos un grupo de espionaje y conspiración [...], éramos un grupo militante comunista al estilo más crudo [...]. Éramos gente que no tenía grandes medios técnicos ni de vida, es decir económicos, por lo tanto, nos agarrábamos de lo que podíamos de la vida diaria y en esas condiciones creábamos y cumplíamos con objetivos concretos, principalmente ayudando desde acá a la dirección del Partido, en conexión con Arismendi, que en ese momento estaba en Moscú

[...]. Trabajábamos en ese marco de represión, pero logramos mantenernos. Sin embargo, hay que saber que eso le costó la vida a Raúl Feldman a finales del 74' [...]; militó como parte de nuestro equipo [...]. Después, en mayo del 76', detuvieron a Gutiérrez Ruiz, a Michelini y desapareció Liberoff, que era nuestro cotidiano compañero de tareas; hasta hoy no se ha logrado encontrar sus restos (Pereira en Bermúdez Irisarri, Caamaño Torrado y Caballero Álvarez, 2018, pp. 430-431).

Con la ejecución de Raúl Feldman, de inmediato fue necesario resguardar a Daniel, su hermano menor. Ello se dio en medio de la incertidumbre, el dolor y el miedo que tal ejecución provocó. Daniel recuerda la huella de ese momento y lo que implicó esa protección.

Recuerdo de esos días estar encerrado en la casa [...]. Había fijado un contacto con mi padre para varios días después en un bar [...]. Estuve hasta el primero de enero en la casa. Recuerdo que el 31 de noche estuve solo. Algo que escribí contaba que esa noche, para mí, fue muy impactante, porque estaba solo con un fusil, porque no sabía qué podía pasar. Un fusil no, un rifle, en realidad. Los compañeros de la casa se habían ido y yo estaba en un estado de locura casi total. Imaginate, todavía no me había caído la ficha de que a mi hermano lo habían matado, porque una cosa es la imagen, sí, se me repetía la imagen de verlo a él en medio del charco de sangre, de haberlo enterrado, pero asumir la irreversibilidad de esas situaciones es muy difícil. Me cuesta a veces ahora, y pasaron más de cuarenta años. Me enloquecían los cohetes [...]; los cohetes de fin de año, para mí, eran balazos [...]. Era una casa de altos, con una escalera muy alta, como de treinta escalones [...] y además se creía que podía estar vigilada, los compañeros me habían dicho que podían caer. Entonces, yo estaba sentado en el último escalón apuntando a la puerta. Cada cohete era como una bala... Hasta que en un momento me dije: "¿qué estoy haciendo?" Me acosté rendido. Además, se me habían alterado las horas de sueño [...]. El primero de enero me sacaron de la casa; en una esquina me levantó Esteban Valenti, me llevó a otra casa en las afueras de Buenos Aires, donde se había juntado un grupo de compañeros a brindar [...]. Ahí fue que se planteó salir de esa casa, pero no había adónde llevarme

[...]. Me contacté con esta gente, con estos amigos argentinos del Zhitlovsky que, a la vez, eran comunistas también [...]. Este amigo, cuando le planteé la situación, empezó a decir: “bueno, déjame ver, porque en la casa de Fulano hay armas, en la de Mengano...” El Partido argentino tenía un aparato militar muy fuerte y entrenamiento. Entonces esta casa no [...]. Al final, terminé dando en una casa que era una especie de comunidad medio *hippie*, medio comunista, donde vivían un montón de personas [...]. Estuve ahí varios días, pero, claro, no ofrecía, por lo menos desde mi punto de vista, las normas de seguridad que precisaba en esos momentos [...]. El cinco de enero me encontré con mi padre, mi madre había viajado a Montevideo [...] y decidimos que volvieramos al apartamento (Feldman, 2016).

En los mismos primerísimos años de la dictadura y en una Argentina que transitó de la *primavera* de Cámpora al tercer gobierno peronista, primero con el general y luego con su viuda, Isabelita, los comunistas llegaban con o sin contacto, y algunos de ellos se integraban de lleno a la actividad que en ciertas circunstancias fue de enorme riesgo, tanto que a partir de allí se podrían explicar olvidos y silencios que dificultan el completamiento de historias ya que:

La memoria es selectiva; la memoria total es imposible. Esto implica un primer tipo de olvido “necesario” para la supervivencia y el funcionamiento del sujeto individual y de los grupos y comunidades. Pero no hay un único tipo de olvido, sino una multiplicidad de situaciones en las cuales olvidos y silencios, con diversos “usos” y sentidos (Jelin, 2002b, p. 29).

Es el caso Alberto Lastreto, que habiendo pasado diversas situaciones de peligro para su vida debe dejar Buenos Aires para cumplir tareas en Cuba. Su narración ilustra esos juegos de la memoria.

Y le digo: “Roberto, no me acuerdo de muchas cosas”. Entonces, los cafés que tomamos en Buenos Aires y lo que hicimos... Esto y aquello y no me acuerdo. Me dice: “¿Cómo? ¿No te acordás aquella noche que salimos y nos pararon las fuerzas conjuntas o no sé quién, y nos

hicieron un fusilamiento simulado y fue terrible pero después nos dejaron ir?” Y yo le dije: “Roberto, no me acuerdo nada. ¿Estás seguro de que era yo?”. “¿Cómo no voy a estar seguro de que eras vos? Eras vos, por supuesto, ¿cómo me voy a olvidar?”. Pero yo sí me olvidé, completamente. No dije nada, me quedé dando vueltas en la cabeza y me quedé muy preocupado, sigo muy preocupado en cierta medida, digo: ¿cómo puedo no acordarme de eso? Y no tenía con quién hablarlo [...]. En vistas de esta entrevista que vos me estabas proponiendo y demás yo pensé: “¿qué carajos hacía yo de militancia?” No me acuerdo... ¿Qué es lo que yo me acuerdo que hacía? Hay una cosa que sí me acuerdo, que no sé cómo o qué era, de qué manera se hacía o qué era [...]. Pero sí era algo que tenía que ver con la gente que venía; la recibíamos y tratábamos de encontrar lugares donde asilar, donde darles vivienda. Eran compañeros que venían; madre, hijos y demás, el compañero estaba preso, torturado, desaparecido y la familia salía corriendo y llegaban a Buenos Aires y no había forma de qué hacer con ellos, dónde ponerlos, dónde resguardarlos, dónde darles de comer, todo eso [...]. Sé que eso hicimos, no me acuerdo cómo, pero sé que eso está en mi cabeza, lo hicimos [...]. Otra cosa que me acuerdo es que nos reuníamos, pero no me acuerdo muy bien cómo ni qué, y ahora se me está borrando más todavía. Sí recuerdo que cuando me sucede lo que me sucede en Buenos Aires y demás había unas famosas carpetas y papeles que estaban en mi apartamento. O sea que en mi apartamento se guardaban cosas. No tenía la más mínima idea de qué, porque no los toqué, no los abrí, no me correspondía; pero quedaron ahí y los milicos los tocaron, los abrieron y demás [...]. Estuve en la provincia [de Buenos Aires], San Antonio de Padua, tenía una casa allí, perdida. Me acuerdo porque fue un tiempo muy raro... Después que me secuestran, me sacan y logro escapar, mi familia me saca por otras razones [...], logro salir y empiezo sí, la clandestinidad. No vuelvo al apartamento en Congreso, que me robaron todo, hicieron pelota todo, vuelve mi compañera de ese tiempo y me dice: “Esto está hecho un despelote”; vuelve mi hermana, que vino de Francia a visitarme, y salió para Montevideo inmediatamente, pero entran al apartamento, yo no entré, y dijeron: “Mirá, no quedó nada, no dejaron nada y lo que dejaron, lo hicieron mierda”, o sea que ahí empiezo

un periodo en el que yo, que era el que le resolvía a los que venían de Uruguay, ahora me tenían que resolver a mí [...]. Fue muy duro [...]. Pensar acerca de Buenos Aires, ese periodo que vivimos [...], es como una excusa o metáfora de lo que estamos haciendo ahora. Nos sirve. Es la excusa para pensar sobre lo que nos sucede ahora, entender lo que está sucediendo ahora. Porque pasamos por todo eso, hicimos todo aquello y resolvimos algo o no y yo creo que todos tenemos eso en el fondo, en la cabeza. No voy a decir “valió la pena”, porque esa no es la pregunta, pero ¿qué sacamos, a dónde llegamos? Eso sí tenemos que verlo, hacer un balance de algún tipo y una introspección o yo no sé cómo se decía [...], repensarlo de nuevo. Hablarlo ahora, si no me apretás a que me acuerde de cosas puntuales que yo sé que no me voy a acordar, pero sí estoy seguro de lo que estoy pensando y cómo lo reveo; me apretás el botón y allá voy corriendo porque sale, porque es lo que está pasando (Lastreto, 2014).

Los contactos en Buenos Aires, al llegar o antes de salir hacia esa ciudad, fueron siempre importantes. Los comunistas uruguayos que realizaban distintas actividades clandestinas tuvieron una vida que transcurría entre la legalidad y la semilegalidad.

El exilio pasó por distintas etapas durante su larga duración [...], desde la primera fase de trabajo de reorganización del propio partido en el exterior (la autoconstrucción), pasando luego por la atención del conjunto de los exiliados en los distintos países de residencia, hasta concluir ya en la etapa de transición a la democracia, principalmente en la República Argentina, con una reorientación del trabajo político hacia toda la migración uruguaya –no solo el exilio político y el partidario– con el objetivo de retornar al paisito y votar al Frente Amplio en las elecciones de 1984 (Rico et al., 2021, p. 17).

En los relatos, por instantes con emoción, aparecen como fotografías de esos distintos aspectos de una cotidianidad adversa, muy tensa y a veces poco comprensible. Uno de estos relatos está en lo compartido por José Cippollini.

En el transcurso del año 76' tenía una compañera que era del ERP [Ejército Revolucionario del Pueblo], tenía relaciones con algún dirigente del ERP y tenía los compañeros de trabajo que eran de izquierda. Nos reuníamos, pero más que como grupo de militancia [para] hacer una comisión interna dentro de una fábrica [...]; nos juntábamos para comer un asado, para charlar de política [...], discusiones políticas [...]. Me acuerdo de discutir ideológicamente fuerte con el patrón de la esposa de un compañero, de Rando, que fue fusilado en la casa. Era dirigente del ERP, y discutíamos porque ellos estaban [...] convencidos de que el pueblo argentino se iba a levantar [...], y yo le decía que no, que no estaban las condiciones, ni objetivas ni subjetivas, para nada de eso. Yo leía Lenin en esos días [...]. Estaba el Partido Socialista Democrático, afín a la dictadura, que era el de "Norteamérico" Ghioldi, que fue embajador de la dictadura en Portugal. Después estaba el Partido Socialista Auténtico [...], de Simón Lázara, uno gordo que después participó en el gobierno de Alfonsín, [...] pero tenía literatura marxista, me daba, me pasaba, me prestaba [...]. Además, lo de los Falcon verdes yo lo viví. Salíamos –yo trabajaba noche, turno noche–, salíamos a las seis de la mañana y salíamos todos, y la solidaridad de mis compañeros cuando veían que andaban los Falcon verde dando vuelta, a la salida, me decían: "Vos metete al medio", porque era difícil en serio, [...] se llevaron dos, tres compañeros de la fábrica. Y a mi compañera del ERP nunca más la vi, no supe más de la vida de ella [...]. En ese invierno del 76' voy a visitar a un camarada uruguayo que es de Carmelo [...], que tenía una casa, un puestito con otro camarada, en el centro de Buenos Aires, en Florida y Corrientes, por Florida, entre esas galerías, entre Corrientes y Sarmiento. Fui a hablar con él y cuando le conté las relaciones que tenía me quería matar. Me dice: "Pero vos estás jugando la vida"; entonces ahí arranca mi militancia. Me dice: "Bueno, vos te tenés que [...] vincular con otros compañeros de Carmelo que estaban allá [en Buenos Aires]" y formé una agrupación del Partido Comunista de compañeros de Carmelo que vivían en diferentes zonas; algunos en la Capital, otros en zona Norte. Después eso derivó, más adelante, en la formación de una agrupación regional que abarcaba a los que vivíamos en Tigre y San Fernando [...], repartíamos la *Carta* del Partido, y el Partido en

esa época ya tenía como 18 o 20 agrupaciones, en plena dictadura de Videla. Milité en el Partido toda la dictadura [...]. Reuniones, con mis compañeros; mi contacto con la dirección del Partido era este compañero Dardo y él me bajaba información de la línea del Partido. Hacíamos trabajo de conseguir ropa, comida [...]. En esa época había mucha dirección y gente de inteligencia [...] y gente del Partido que cruzaba la frontera y que después había que sacarlo para el exterior, y a esa gente había que conseguirle alojamiento, comida, proveerle ropa muchas veces [...]. Ahí aprendí lo que era la militancia, la disciplina que había que tener en la militancia clandestina, el horario estricto, estricto, estricto, [...] los códigos cuando hablábamos por teléfono, usábamos códigos. Nos reuníamos y me decían: “José, de aquí en adelante vamos a usar el código 21”. Eso quería decir que si te pasaban una fecha y una hora, la fecha había que correrla [...], el 2 era porque había que correr, si te decían un miércoles, iba a ser un viernes; y si la hora era la 20, había que restarle el 1, iba a ser el [...] viernes a las 19 [...]. Era en un lugar de casas quinta y cuando se enteran los camaradas del Partido, de que yo estaba viviendo ahí, solo, en un lugar tranquilo, la dirección del Partido decidió que esa casa la usara el Partido. Estaba estructurado piramidalmente: estaba el número uno, el número dos, y después había una comisión, una regional que se llamaba la Regional Buenos Aires. Entonces, me pidieron si yo no prestaba esa casa para que se reunieran, porque era un lugar ideal, los domingos, la Regional Buenos Aires. Yo tenía que esperar todas las mañanas, les hacía las compras, un poco de comida. Ellos se reunían dentro de la casa, comía con ellos. Se hacía un alto en la discusión y comía con ellos. Terminábamos de comer, yo guardaba el cubierto, me iba, me iba al fútbol [...] a ver a Independiente, todos los domingos [...]. Había un compañero que tenía llave de la casa, cerraba todo y yo llegaba a la noche [...]. Me acuerdo de los compañeros, sí, sí, sí, sí. Ahí conocí a algunos compañeros que, para mí, que era un militante de base, era [...] algo muy especial [...]. Algunos han muerto, como don Raúl Tealdi. Conocí al “Negro” [inaudible] Santos, a algún otro compañero... Eso me llenaba de cierto orgullo [...]. Perdí contacto, porque mi contacto con la División era un compañero que se tuvo que ir para España, por directiva del Comité Central (...). Ahí

conocí a Luis Rodríguez, y retomé el contacto con la dirección del Partido (...). [En el] 82', en plena guerra de las Malvinas fue [...]. Hay una anécdota que voy a contar, que me pasó [...]. Mis compañeros de arriba tenían nombres supuestos. Yo era José Cippolitto, una cosa así. Y tuve un compañero que era "el Gordo" Pablo, que durante varios años también estuvo trabajando, militando conmigo. Me vengo a vivir a Carmelo, cayó la dictadura en Uruguay, gana Sanguinetti, en el año 86' yo me vine a vivir definitivamente a Carmelo [...] trabajaba de tarde, atendía un kiosco en la plaza, vendía caramelos. Dejé de ser matricero de lanchas para vender caramelos, pero vivía en Carmelo [...]. Me iba todas las mañanas a la librería de un compañero y en la trastienda de la librería nos juntábamos a las once los exiliados, los ex presos, a tomar mate. Uno de esos días cae "el Gordo" Pablo, y me ve en el fondo del grupo. Él andaba promocionando de nuevo los libros [...], había intentado resucitar la Editorial EPU y "el Gordo" Pablo andaba en eso. Y me ve y se manda para el fondo, pasa por el costado del dueño de la librería y se manda p'al fondo. Entonces, cuando lo veo venir me paro y lo abrazo, le digo: "Hola, Pablo, ¿cómo andás?, ¡tantos años!". Le doy un beso, y ahí éramos siete, ocho compañeros, expresos políticos casi todos, y entonces me dice: "Mirá, yo no me llamo Pablo, yo soy Daniel Romero" [...]. El resto no entendía nada. Entonces, Daniel Romero hizo una explicación: "Bueno, yo les explico que con José militamos ahí en la clandestinidad, en la dictadura argentina, y yo para él siempre fui 'el Gordo' Pablo, pero yo me llamo Daniel Romero, no soy 'el Gordo' Pablo" (Cippollini, 2014).

La capital porteña fue para los comunistas uruguayos un espacio de reorganización para fortalecer el trabajo de la estructura clandestina que hacía posible tender el puente entre el adentro y el afuera, esa correa de transmisión de información y camaradas entre una orilla y otra. Fue también y, al mismo tiempo, territorio de recibimiento y de despedida en la medida que el golpe de Estado se hizo realidad y los servicios de inteligencia buscaban capturar a los militantes.

Caía el que llevaba la batuta, la batuta quedaba tirada en el piso, pero alguien que estaba tocando el trombón iba y agarraba la batuta, y alguien que estaba sentado en el teatro, corría presuroso al puesto del trombón, y alguien que estaba escuchando la misma melodía por radio, ocupaba el lugar vacío en el teatro. Eso fue el Partido en la clandestinidad (Pacella en Rico et al., 2021, p. 55).

Ese clima de persecución y de poca capacidad de protección desembocó en la salida de un número importante de comunistas uruguayos hacia otros países, así como nuevas formas de militancia.

Lenin de los Santos fue uno de ellos. Mientras Buenos Aires fue su espacio de trabajo partidario llevó a cabo tareas vinculadas a apoyar el rescate de sus camaradas por algún punto del río hacia territorio argentino. Después del golpe de Estado de marzo de 1976, fue uno de los comunistas uruguayos que salió hacia Cuba.

En Buenos Aires logro el vínculo para que me digan de Montevideo dónde están. Efectivamente llegué a Buenos Aires y ese mismo día me fui a *Prensa Latina* y me encontré con Niko [Schwarz]: “Mirá, me pasa esto, yo vine sin autorización y estoy acá y quiero que te contactes y que me digan en qué momento tengo que estar en Montevideo o donde sea, para hacer la tarea que yo hago”. Me mandaron decir que me quedara ahí [...]. Entonces, en ese periodo se conformó un grupo cuya misión esencial era rescatar a los compañeros que por centenares todos los días, o todas las semanas, cruzaban de distintas maneras el río y estaban perdidos. Con ayuda de una parte de la dirección del Partido Comunista Argentino [...]. Me acompañaron para vincularme con gente de distintos lugares; a algunos ya los conocía, ya tenía vínculo desde Salto o desde el Uruguay; en el caso de Concordia no precisaba, ya los conocía [...]. El tema era el rescate, salvar a los compañeros. Teníamos informes. Había recogido información de que a dos compañeros, uno de ellos el “Tuerto” Larrosa, [que] estaba en el destacamento del Partido que iba con el Che a Bolivia y otro Hernández, que era dirigente de la Federación [...], los habían capturado, estaban clandestinos en Concordia, los capturó en Concordia la policía argentina, y los entregó sin ningún requerimiento.

Los llevaron para Salto y estuvieron presos, cada uno de ellos más de ocho años [...]. En esa tarea, en ese grupo, ninguna mujer [...]. Al principio en esa época de rescate, a pesar de que tenía a mi hijo que estaba en la casa de mi hermano un tiempo, después en la casa de otro compañero, que estaba la madre con un niño, en ese período lo único que hacía era viajar. Viajaba, daba la vuelta, iba a Paraná, de Paraná a Federación, bajaba a Concordia, hacía contactos, Concordia a Colón, Concepción del Uruguay [...]. Iba recogiendo uruguayos y los mandaba para allá. Recuerdo una anécdota. Se murió hace poco, Eduardo Santana, dirigente de los trabajadores del campo, obrero del campo, oriundo de Salto y que estaba radicado en Paysandú, dirigente de los remolacheros. La noche de la leva de la policía contra el partido y contra los dirigentes sindicales en Paysandú, se escapó y cruzó a pie el puente, clandestino, sin control ninguno. Andando y andando, preguntando, cayó a la casa de un viejo obrero del partido, zapatero, medio sordo, que era la casa a la que yo iba en Concepción del Uruguay. Pero la policía, en el lado argentino empezó también la represión después del golpe y llegó a esa casa del zapatero y ahí se lo encuentra a Eduardo. Él aparecía como dirigente sindical con el nombre de Eduardo Santana y lo buscaban como Eduardo Santana, pero su documento decía Eduardo Rodríguez. Entonces lo llevaron preso, lo torturaron, le hicieron cualquier cosa en la comisaria de Concepción del Uruguay e hicieron consulta a Paysandú a ver si lo requerían, si había algún Eduardo Rodríguez que ellos estuvieran buscando. Le comunicaron que no. Entonces, lo largaron y le dijeron “y de acá cruzas el puente y te volvés para Paysandú”, y el amagó p’al puente y se fue para el lado de la carretera, tomó un ómnibus y se fue para Buenos Aires [...]. No tenía ningún vínculo, ningún contacto ni nada. Y ahí estuvo rodando, rodando hasta que un día, muerto de hambre ya, después de una semana de estar en Buenos Aires, y enfermo, con fiebre, cerca de Once, en un edificio que yo después lo fui a ver, en el umbral se acostó y quedó dormido. El cuidador, el encargado del edificio, cuando bajó lo encontró: “¿qué le pasa amigo?” [...] “Mire señor, le voy decir la verdad, yo soy uruguayo, soy un perseguido, hace una semana no como, estoy enfermo”. Y el encargado lo subió, le dio un baño, le dio ropa, le dio comida, lo acostó, llamó

un médico de su confianza. Después nos enteramos de que era del Partido Comunista Argentino. A raíz de ese encuentro, lo encontró el hombre que era comunista y entonces logró vincularse con la dirección. Lo llama Niko, y él le dijo “¿conoce a alguien acá?”. “Conozco a una sola persona, a Lenin de los Santos” [...]. Entonces se establece un encuentro en un boliche. Voy a verlo y era Santana. Lo sacamos y lo llevamos para Quilmes. Esas cosas se daban [...]; he encontrado mucha gente [...], esas personas que se salvaban de casualidad [...]. [Y en mayo del 76] nosotros llegamos estresados a La Habana, llegamos mal, todos llegamos mal (De los Santos, 2014).

Buenos Aires fue para algunos comunistas más que espacio de militancia legal o clandestina, un trampolín hacia otras formas de militancia en países más lejanos. En esencia, la estrategia de protección llevó al partido a buscar la forma de salida hacia el exterior. Algunos lo lograron mediante los vínculos partidarios y otros muchas veces por trámites personales. La oficina del ACNUR, en el centro de Buenos Aires, fue un lugar clave para la protección y la salida del encierro muy peligroso que se vivía en aquellos momentos. Nilda Iglesias recuerda esos momentos de gran intensidad y también de dubitación cuando llegó el momento aceptar que la salida sería para Angola.

El planteo fue primero ir para Cuba, pero después nos plantearon la posibilidad de ir a Angola. Entonces, cuando me plantean Cuba y Angola, yo dije: “Ay, Angola –digo–, tan lejos”. Porque en Cuba parecería que el vínculo con la familia, aunque si bien no era muy posible [...] pero ya Angola, en África, era aislarse de todo, de Uruguay, de la familia, de todo. Dudé un poco al principio, pero dudé muy poquito. En seguida dije que sí, que estaba dispuesta, además de que también me interesaba ver una experiencia totalmente inédita, porque Angola hacía un año que se había liberado del colonialismo y empezado un proceso revolucionario [...]. Fue una experiencia magnífica, porque estuve ocho años en Angola y maravilla, lo que aprendí, lo que viví, fue una cosa así realmente que lo agradezco hasta el día de hoy (Iglesias, 2014).

El ACNUR fue, sin dudar, un organismo fundamental para proteger al mismo tiempo que ayudar a instrumentar las formas y caminos hacia otros países en aquellos momentos de peligro creciente en el que se había convertido esa ciudad capital. Jorge Cela contribuyó a ubicar y obtener protección del ACNUR y a la vez el traslado de muchos perseguidos a diferentes refugios, centros de acogida religiosos, no siempre seguros en virtud de que algunos fueron copados y aprehendidos quienes allí estaban.

Jorge Cela acompañaba también a las personas que partían por el aeropuerto internacional de Ezeiza, procurando una salida exitosa de uruguayos y otros latinoamericanos. En su testimonio evoca algunos momentos de la tarea realizada.

Nombres ya no me acuerdo, pero sé que [...] un par de veces fuimos a acompañar gente que ya [le] habían dado la opción de salir del país, que ni siquiera nos permitían verlos. Los bajaban de los celulares y los subían al avión, pero de lejos sabías quién era, uno miraba para poder certificar después que sí, que Fulano de Tal había podido salir del país, porque entre los fusilamientos truchos, los intentos de fuga, y montón de cosas más, no le confiábamos nada a nadie y, hasta que no los veíamos subir al avión, no nos quedábamos tranquilos [...]. No solo durante la dictadura, antes de la dictadura también, en aquel momento el ministro del interior Ángel Robledo, que era muy poco afecto a los hermanos latinoamericanos. Siempre había patrulla federal cerca de los lugares donde teníamos centros de acogida de refugiados, siempre había patrulleros cerca, y al que le veían cara de refugiado, lo detenían, y si no tenía documentos se comía dos o tres días en la comisaría [...]. Más que nada trataba de vincularme con compañeros, los que se conocía y los que se podían. Asimismo, yo también recibía indicaciones de no ir a determinados lugares, y si me veía con Fulano no lo conocía, porque estaban todos vigilados, tanto los del Partido como los del GAU [Grupos de Acción Unificadora], todos estaban vigilados. Entonces, no se podía establecer contacto si no era necesario [...]. Después siempre se le buscaba algún alojamiento en algún lado, generalmente en provincia, no porque hubiera menos represión sino porque era más grande. Si ponías a alguien en un

lugar determinado, la zona donde vivo yo, por ejemplo, a cincuenta kilómetros de Buenos Aires, y si no había un dato preciso, nadie se molestaba en ir a averiguar, era más sencillo [...]. Ya te digo, todos sabíamos que estábamos bajo vigilancia, algunos incluso nos enteramos después, antes del golpe aquí [en Argentina]. Ya había sido el golpe en Uruguay y una coordinadora convoca a un acto de los exiliados uruguayos en Buenos Aires. Me encuentro con un camarada y me dice “ni se te ocurra ir”. Dicho y hecho, hubo gente que fue, los detuvieron, los interrogaron [...]. La inteligencia uruguaya, ya todos sabíamos, que trabajaban acá, había un piso, el piso de Coordinación Federal, creo que era el cuarto del edificio central de la Federal. Había oficiales de policía uruguaya, eso lo sabemos por algunas detenciones que hubo en aquel momento. A veces no reconocías las caras, pero la forma de hablar enseguida, en algo se pisaban, querían parecer argentinos, pero no, en algo se pisaban [...]. Cuando trabajaba en CAREF [Comisión Argentina para los Refugiados] yo era responsable administrativo, o sea que no tenía casi relación directa. Un día me llaman y me dicen: “vení, bajá”. [Había] un compañero que se había escapado de un cuartel de Colonia. Parece que en los cuarteles en ese momento, cuando no tenían lugar en los calabozos hacían carpas, ponían carpas en el patio y ahí estaban los detenidos. En un temporal este compañero no sé cómo hizo y se escapó. Cuando llegó acá, me llaman y me dicen “vení, no lo vas a poder creer” y cuando bajo un compañero ya había hecho su testimonio, entonces le dicen “mostrale”, se baja los pantalones, todo el genital, pene, testículos, lo demás, era una inmensa bola negra, todo quemado, negro... Luego atiné a preguntarle “¿cómo hiciste?”. “Como pude”, dijo [...]. En general no llegaron familias. Después sí, a través de Naciones Unidas. Hay uno de los programas que se llama “reunificación familiar”, entonces los refugiados podían, llegado el caso y bajo ciertas condiciones, podían reunificar y se traía a su familia. Era un problema también el tema de los chicos [...], porque qué hacías: en algunas escuelas no te recibían a los hijos de los refugiados [...], sobre todo, a los que no tenían documento [...]. En general, con algunas de las agencias vinculadas, se hacían trabajos en el mismo refugio, o maestros, o alguien que iba a hacer algún entretenimiento de vez en cuando. Era todo voluntario

por supuesto, pero había gente que aportaba algo [...]. Alguna de las iglesias que estaban comprometidas con el tema de los refugiados participaban esporádicamente en actividades, o de repente llevar a los chicos [...] un día a Gowland, a casi cien kilómetros de Buenos Aires, a pasar un día. Había pileta, todo lo demás, y cuando se podía se armaba [...]. En general era un tipo de vida muy particular, muy desgastante para la gente [...]. Es decir, no era estar preso, pero cuando vos no tenés objetivos ni podés tenerlos, cuando querés estudiar en la universidad o en el secundario, donde también te pedían documento, y si no tenías documento no eras nada [...]. Había dos tipos: los que vivían en los refugios o en los hoteles, y después los que llamábamos los ambulatorios. Al ambulatorio se le daba el dinero, pero se encargaba él de conseguirse un lugar donde vivir, comer, comprar, y si enganchaba algo por ahí, también trabajar (Cela, 2014).

A propósito de la inseguridad de los refugios, el texto de Mercedes Martínez en *Memoria para armar*, lo dibuja tan vivencialmente que estremecen sus palabras.

El Hotel Pinot quedaba sobre la avenida Díaz Vélez, Caballito. Oficiaba de refugio y en cada cuarto se alojaba una familia [...]. Inicialmente yo simplemente organizaba juegos con mi hermanito y sus amiguitos en el patio del refugio. Claro, pronto se fueron sumando niños y más niños a aquellas rondas y “Martines Pescadores” [...]. Es un allanamiento [al refugio]. El tipo amartilló el arma al percibir mi movimiento, por lo que entendí que esta vez no se trataba de un allanamiento más [...]. ¡Ah! Uruguayos... Llamé a Fulano y se retiró como para seguir la “visita” por los cuartos [...]. De pronto volvió a entrar el primero y sus palabras rompieron aquel expectante silencio nuestro. “¡De acá nos llevamos al nene... Vos vestite, hijo de puta!” Frente a la puerta de nuestro cuarto empezaron a aparecer en fila, con las piernas bien abiertas y las manos en la nuca, los hombres del refugio [...]. De pronto irrumpen en el cuarto y mi madre no les dio tiempo a más. “¡No se lleven a mi hijo, llévenme a mí!”, rugió la leona defendiendo la cría [...]. Se iban. Se iban... Escuchábamos muchas puertas de auto... Subían a los hombres a varios vehículos y se los llevaban. Mi hermano quedó mudo, inmóvil... Olvidado. [...] Minutos después, mi madre

y una chilena calma y solitaria madre de un chico de nuestra edad, organizaban una asamblea de las mujeres para decidir los pasos a seguir [...]. Rato más tarde salíamos del refugio en delegación hacia la comisaría que quedaba a una cuadra. Se la podía ver desde la puerta del refugio, pero, por supuesto, no se habían percatado de que de cuatro vehículos descendió más de una veintena de hombres fuertemente armados y que el refugio había sido asaltado. Al día siguiente las dos se presentaban ante Naciones Unidas para hacer la denuncia (Martínez, 2001, pp. 108 - 115).

Para muchos, quizá un número importante de comunistas que no tuvieron la experiencia de los refugios y, aún más, para quienes permanecieron en Buenos Aires, la confluencia de vida legal con militancia clandestina atravesó su cotidianidad. Diversas razones personales y partidarias condujeron a eso.

El exilio también asumió los requerimientos estrictos de la clandestinidad y la compartimentación [...]. El grupo técnico que bajo la dirección de Geza Stari y con Roberto Pereira actuaba desde la Argentina como nexo directo entre la dirección interior en Montevideo y el primer secretario en Moscú [...] sobrevivió gracias al disciplinado cumplimiento de los criterios de seguridad y su aislamiento absoluto [...]. El Grupo Técnico no fue detectado ni tampoco ninguno de sus integrantes cayó detenido en las acciones represivas conjuntas realizadas en el marco del Plan Cóndor [...]. La clandestinidad en Buenos Aires, aparte de sostener el aparato logístico del PC, contempló la tenencia de casas de reserva, fabricación de documentación falsa (pasaportes y tarjetas de migración argentinas), formas de comunicación cifrada, leyendas de cobertura para las actividades partidarias (Rico et al., 2021, p. 115).

La situación de Cristina Zitarrosa ilustra acerca de su cotidianidad y de algunas tareas que asumió en su vida porteña. En pareja, también militante, y con hijos, las peripecias y algunas circunstancias resultaron de riesgo. Rememora cómo procura ocultarse con su apellido de casada (Suárez) y en algún momento logra disimular

el Zitarrosa. No obstante, Cristina atravesó toda la dictadura uruguaya en Buenos Aires. Quien la recibe al llegar fue su hermano Alfredo, que luego viaja al exterior. Realiza contactos, busca compañeros que deben salir después del golpe en Argentina, distribuye información, colabora para organizar una asociación de uruguayos que sirviera de “careta” y resiste de distintas formas a la persecución de los servicios. También reacciona ante algunas prácticas de exclusión de género dentro del Partido. En su relato recuerda y elabora sobre la experiencia de una vida legal con actividad que debía ser clandestina.

Recibía los casetes con los informes para llevar a gente que yo creía que era de confianza. Una de ellas era Fany, la que fue esposa de Juceca. La otra era ir encontrando gente. Eso lo fui haciendo durante todo el tiempo de mi estadía en la zona del oeste. Ahí encontré al Oveja [...], al Cacho Blanco [...]. Habíamos ideado –estuvieron ahí Diego López, Suárez, y otros– armar una asociación de uruguayos residentes, con el ideario artiguista, para jugar al truco. Y nos pusimos con esa tarea. Con esa tarea iba hasta Moreno [...], porque no había nada en aquella época. Así conseguíamos gente, nos enterábamos que el camarada Fulano estaba allá, también uno que me sacaba vendiendo boletines y me salía Cristina “no quiero nada, y yo no quiero saber de nada”. Había de todo [...]. La sociedad de residentes se llamaba AROJA [Asociación de Residentes Orientales José Artigas]. Y funcionó, sí que funcionó. Ese fue un invento que se hizo, en una fecha de Artigas. Varios locos –uno de ellos era Diego López y el otro era Hugo Suárez– fueron a la plaza Artigas, le pusieron algunas flores, y ahí fueron diez, kamikazes. Imaginate en esa época... Ya ponele, sería el 82´ [...]. Yo me fui en el 84´ y AROJA seguía, porque además tenía el candombe, los negros... Me acuerdo que se hizo un espectáculo hermosísimo en Vélez Sarsfield. Hubo muchos artistas, vinieron murgas, todo por dinero para mandar a Uruguay. Yo juntaba gente, y juntaba plata, lo que podía [...]. Claro, comunista y Zitarrosa, a veces te sacaban... Y nada, “bueno, flaco, empezá por darme plata”. Yo después la pasaba a una compañera divina, que no sé cómo se llama [...]. No sé lo que ella hacía, era mi vínculo clandestino. Encontrarnos cinco minutos y

pasados los cinco minutos ya no estaba más [...]. El otro [tema] [...] era todo el trabajo que había que hacer para convencer a esa gente. Convencer a esa gente no es “hola, qué suerte que te encuentro, tomemos un café”. La gente estaba haciendo su vida sin la presencia del Partido [...]. Aun los que habían tenido una relación orgánica fuerte con el Partido [...]. El Oveja, Cacho Blanco, habían estado en autodefensa; el Oveja fue el que quedó a cargo de Arismendi cuando vino acá [a Buenos Aires]. Había gente que nosotros ya conocíamos y que conocíamos del diario [*El Popular*], y además también Suárez conocía, y entonces me decía “mirá que por allá puede haber alguno” y yo me movía, y teóricamente era la responsable de esa zona. No sabés las veces que la pegatinamos y la pintamos. Viste que vos vas pasando con el tren, es un muro espectacular, y agarrábamos allá los tachos de pinturas [...], nos bajábamos ahí en cada estación, bicicleta, tachos de pintura, y le dábamos. Pero ya esas eran épocas maravillosas, ya eran épocas donde nos podíamos mover un poco [...]. Él [Suárez] decidía, hacía y deshacía a su libre albedrío. Es decir, vos no eras la compañera, la camarada con la que había que sentarse, había que ver y evaluar, como cuando le dije “mirá, nos vamos a ir del otro lado, vamos a entrar en el *freezer* un tiempo porque estamos muy involucrados, y muy vulnerables; no le des la dirección a nadie”. Y un día se aparece con Diego López y con Luis Rodríguez. Yo me quería matar, le digo “por qué tuviste que traer a esta gente”. “No, Cristina, que qué se yo”. “No”, le digo, “quedamos en que esta casa la íbamos a guardar e íbamos a pasar un período de tranquilidad” [...]. Lo mismo hicimos con Alfredo en aquel convento. Yo seguía en el hotel, y vos veías que los allanamientos eran todas las noches, las ametralladoras era una cosa común y corriente a cualquier hora de la noche o del día, en cualquier lugar. En el hotel volaban las balas de noche, en la calle Hipólito Yrigoyen. Me acuerdo que un día me senté con Alfredo y le dije: “mirá, Pochito, nosotros acá no tenemos que venir más, porque ¿sabés qué?, acá hay de todo, acá hay gente del ERP, de los servicios... Estamos todos bárbaro, tomamos vino, tocamos la guitarra, estamos tranquilos, y algún día vamos a ir todos al fondo del río”. Porque nosotros ya sabíamos del fondo del río. No era ninguna novedad [...]. Estaba el Flaco Bazzano; estaba éste que [...] que era profesor del IPA;

al principio estuvo Niko, que se fue enseguida. Estaba Jablonka que también se fue enseguida. [...]. Después del 20 de mayo, esa gente, cuya tarea era pasar dinero para Uruguay, y propaganda, quedó en el fondo del fondo del fondo de la tierra. Es decir que no sacaban su nariz para nada, hacían esa tarea de ida y de vuelta. Era un grupo muy pero muy cerrado, y muy selecto. Serían tres o cuatro hombres, y después quedábamos todos nosotros, que, hablando en criollo, estamos todos tirados a la bartola. Nosotros hacíamos cosas porque éramos comunistas, y porque teníamos una lealtad... Hoy lo veo, y digo “la mierda”, qué generosidad hemos tenido. Porque hemos sido unos generosos. No íbamos esperando que nos vengan a golpear a la puerta, íbamos solos a buscar a la gente y a hacer cosas [...]. He discutido con Lenin. Él dice “ustedes se creen que son los más heroicos, ¿y toda la gente que estuvo en Nicaragua?”. Y yo le digo “mirá, yo tenía tres hijos, no pude ir a Nicaragua, pero lo lamento, porque si no, iba al entrenamiento que hiciste vos en Cuba e iba a Nicaragua, no tenía ningún problema”. Me mandaron a la Siberia en el partido cuando protesté por el levantamiento de la huelga, estaba muy trotska en aquella época” [...]. En esta Argentina se vivió una historia... “No era lo mismo dormir en Alamar y despertarte al otro día [...]. Pero acá teníamos que quedarnos, trabajar, criar los hijos, y no sabíamos si de madrugada nos venían a buscar. Eso era todos los días, desde que llegamos hasta el 84’ [...]. Porque te ibas a un pueblito y más o menos te metamorfoseabas y la llevabas, pero Buenos Aires... (Zitarrosa, 2015).

Todas las experiencias de militancia comunista en Buenos Aires tuvieron su particularidad, combinando en distintas proporciones legalidad y clandestinidad, territorial, temporalidad entre dictadura, transición y democracia, responsabilidad o colaboración. No se debe olvidar que:

Otra característica del exilio de los comunistas uruguayos es que no se mantuvo estático o cerrado al número de personas del aluvión de 1976. Hasta el final de la dictadura, por diversas razones partidarias o personales, una especie de cuentagotas de militantes y familias fue engrosando el total de exiliados comunistas. Y ello, indirectamente fue el motivo por el cual dicho exilio no se “guetizó”, ante el

fenómeno constante de renovación de personas y la actualización de personas y vivencias que portaban en sus relatos, provenientes de la continuidad de la resistencia a la dictadura dentro del país [...]. Iniciada la vida política en el exilio, fueron surgiendo innumerables problemas que no tenían que ver con el pasado transcurrido en el Uruguay; muchos de ellos estaban relacionados con la nueva realidad local que se vivía y la situación personal, familiar y de pareja de quienes se habían exiliado [...]; el exilio fue dejando de constituir un campo de reconocimiento público, de transmisión de experiencias acumuladas [...] fue, poco a poco rebajado a una vivencia personal de otras épocas o recuerdos para contar en familia, transformándose en una experiencia intransferible e incommunicable socialmente, incluso a las nuevas generaciones en Uruguay (Rico et al., 2021, p. 789).

Un ejemplo de las particularidades puede verse en Victoria Bega, cuya incorporación a la militancia fue tardía si se le considera así al período en que comienza paulatinamente la legalización del Partido, aunque hacía ya mucho tiempo que estaba en Buenos Aires. Era un período en que aún no cesaban las actividades clandestinas.

Cada una de las etapas era romper; yo rompí con todo Quilmes de un día para otro, salvo esa amiga que fue la que me ayudó. En La Plata, cuando tuve que volver, rompí con todo aquello, eran como pequeñas rupturas. Y ahí es cuando empieza en el 83' y Alfonsín. Esto que, yo tampoco entendía mucho, pero tenía claro que mi casa iba a pasar a ser un lugar de reuniones que a veces iba a estar y a veces no estaba. De hecho, sé, no porque yo estuve, no sé cuándo ni en qué momento, fue Arismendi y sé que estuvo en mi casa. Ahora, si a mí me preguntan en esa casa, quién fue, quién estuvo, qué sucedió, yo todo no lo sé. Sé que sucedía [...]. Sí, algunas [veces] me quedaba y otras me iba. La única que me quedé fue una que cuando mi papá fue ahí y se reunió, pero no me acuerdo con quién. Al poco tiempo, mi propia situación hizo que se terminara ya la necesidad de la clandestinidad y [...] no logro ubicar bien las fechas. Se transitó por eso [...], de golpe era la porteña, decidida a ser argentina, de golpe entendía que eso había que

hacerlo [...]. Buenos Aires, sobre el final de la dictadura es un lugar de paso, de repliegue, para los que vienen de más lejos [...]. A fines del 82', empiezan a llegar todos los uruguayos como paso para entrar. Te los encontrabas en la calle. ¿Quién era que vino primero a cantar? Creo que los primeros fueron Los Olimareños, que fui a verlos, que además fui con una compañera argentina y era "hola, hola, hola", como que el tiempo no hubiese pasado. Ya ahí es como un quiebre. Empiezo a ir al comité de Buenos Aires, en Díaz Vélez, es verdad, me había olvidado... Empiezo a conocer mucha más gente. Me acuerdo de que estaba todo el tema de la Convergencia. Ahí fue cuando conocí al hijo de Wilson, conocí a Wilson, a la esposa, cuando estuvieron en el hotel. No me preguntes por qué fui, cómo llegué ahí no me acuerdo, pero me acuerdo perfectamente [...]. Debo haber hecho muchas cosas porque siento que era alguien de confianza. Específicamente, me acuerdo de un acto, en la calle Uruguay, Corrientes y Uruguay, me estoy acordando. Seguramente debe haber habido muchos eventos [...]. ¿Es el que vino Seregni? Bueno, ni me acuerdo quién vino. Sé que ahí empecé a participar de volanteadas, estar en el Obelisco, en la esquina del Obelisco repartiendo volantes [...]. De vorágine, volví a ser la joven comunista que tenía que salir y tenía que estar comprometida [...], sentía que eso era lo que tenía que hacer. Capaz que otros se acuerdan más de mí, la verdad es que yo me encuentro con gente que tiene recuerdos de mí, de cosas que hice o no hice que, para mí, capaz que me las dicen y yo no las recuerdo, y otros las ven como algo importante y para mí era algo de lo que tenía que hacer (Bega, 2018).

No todos los comunistas uruguayos residentes en Buenos Aires estuvieron directamente involucrados en la estructura legal y mucho menos en la clandestina. Algunos debieron resolver situaciones familiares o económicas que les limitaron la participación.

[Una intención es] rescatar su cotidianidad con el propósito de analizar la supervivencia de la "cultura militante" [...] entre los refugiados y las readaptaciones que tuvo que sufrir este universo simbólico en un nuevo contexto. En este rescate el texto advierte que se configuran espacios de exilio organizado al mismo tiempo que el repliegue no siempre supuso la inclusión de todos los que habían llegado a esa

“otra” orilla, tanto por indicación de su organización como decisión propia [...]. En cada una de ellas aparecen diferentes coyunturas, cortes sociales, culturales y diferentes organizaciones políticas (Porta y Sempol, 2006, p. 99).

Los recuerdos no siempre son épicos, ni siquiera nostálgicos. Los hay de desencanto frente a registros de falta de comprensión en relación con cuestiones puntuales. Los hay también de desobediencia y desacato a las instrucciones orgánicas del Partido, como el de Magdalena Rezzano.

[En Buenos Aires] me la ponen de vínculo, pero la Negra Zitarrosa y yo estuvimos siempre vinculadas porque allá estaba Lenin Ernesto de los Santos, estaba el flaco Carlos Varela, éramos una barra, toda la gente de *El Popular*, estaba el Fantasma... Éramos una barra que no nos dejábamos solos para nada [...]. Ahí hacías lo que te pedían ellos, colaborabas en lo que había que colaborar [...]. Aparte, sabía que adentro de la empresa, en cada empresa argentina de ese momento, había un policía cuidándonos a los uruguayos. Entonces la Negra era mi vendedora de libros, esta otra señora era mi limpiadora, como vos le quieras poner a cada una [...]. No me acuerdo quién me hizo saber que mi hermano había muerto en la tortura [...]. Entonces no aguanté eso, me fui directamente, ni siquiera fui a mi apartamento, me fui al aeropuerto y me vine para acá. Cuando vine para acá por suerte no era mi hermano que había muerto, pero había muerto Alvarito, porque fue en la misma caída, cayeron Álvaro, el hijo de Zelmario, de Zelmario Balbi, y Raúl y Elena Rolandes [...]. Llegué allá y me tiraron de las orejas feo [...], porque hay que tener, la amistad y la relación que teníamos Raúl y yo, porque éramos los dos militantes y todo lo que quieras, pero además de eso nosotros nos queríamos mucho, era mi hermano mayor y yo la hermana más chica, era una cuestión que también afectivamente pesa mucho [...]. Pero viene la cambiada de la gente, sacarla de Buenos Aires. A mí me lo plantean y yo no puedo. Ahí ya tenía al Canario preso, a mi otro hermano preso [...]. Cuatro hijos; ya no tenía más un hijo, tenía cuatro hijos y mi madre. No me podía ir. Entonces parece que la dirección del Partido, yo no sé si era Niko, [...] eran tan machistas, tan machistas, que las mujeres

no existíamos. Existíamos si éramos profesionales y para sacarnos plata, pero para hablar con nosotros, para discutir política o que opinábamos de esto, eso no existía. Para el escribano sí, era para el único tipo que era muy viejito, ya había entendido más de la vida, pero si no, no existíamos. Entonces, se pusieron furiosos, porque me opuse a la resolución del Partido, y dije “no, ¿cuál es la condena? Condéneme, y yo la acepto, pero a mis hermanos y a mi madre no los dejo, no los abandono”. Entonces me dijeron que no podía hablar con nadie ni saludar a nadie ni mirar los ojos a nadie [...]. Todavía me acuerdo que me calenté mucho. Y la persona, que lo quiero pila, el Lenin, fue al que mandaron a poner la cara. Y me dijo: “Malena: te quieren mucho los compañeros de la división”. “Sí, ya veo, que me quieren tanto que desprecian a mi familia que es donde está lo más rico de mi vida. ¿Cómo yo voy a dejar a los hijos del Canario tirados? ¿O a los hijos del otro loco chico, que no era militante comunista? ¡No! [...]”. La verdad que hasta el día de hoy me aplaudo por no haberme ido nunca del exilio. No me pasó nunca nada tan grave, más que mucho miedo y mucho cagazo, pero mi familia salió a flote [...]. El tema es que ahí quedé aislada, aislada, aislada, menos por la Negra Zitarrosa, nunca nos aislamos [...]. Yo pude hacer una cosa que me felicito hasta el día de hoy: haberme quedado [...]. Aquella mujer que era mi enlace quedó sola en Buenos Aires, quedó sola, sola. Pasando hambre, con un hijo a cargo, hambre, durmiendo en sótanos que le dieron [...]. Entonces, yo hice cosas de las de Malena Rezzano como siempre, igual que me fui a los 18 años a estudiar a Rusia, agarré una carta para el flaco Arismendi [...]. Con alguien me tengo que cruzar que le pueda mandar esta carta. La mujer estaba pasando hambre, estaba sola [...]; hoy me erizo (Rezzano, 2020).

La clandestinidad fue la forma de una cotidianidad permanente para algunas mujeres.

Las mujeres organizadas al discutir las relaciones de poder en el ámbito cotidiano y al reconocer la problemática de discriminación como una cuestión colectiva, van construyendo un cuestionamiento global a la manera de organizarse la sociedad. Las relaciones de pareja, con los niños, la sexualidad, la violencia, el trabajo doméstico,

se vuelven temas políticos. La subjetividad se legitima incluyéndola a una perspectiva de transformación (Sapriza, 1991, p. 56).

A la difícil inserción, además de riesgosa, también resultó complejo resolver el sustento de una pareja en las mismas condiciones y una hija pequeña. A pesar de los problemas, de género entre ellos, fueron encontrando soluciones que les permitieron cumplir con tareas en las distintas etapas y coyunturas políticas que se vivían en Argentina. Graciela Villar rememora sus peripecias en una inserción temprana y no sencilla, con documentación falsa, para atender la vida personal y las distintas tareas de la militancia.

Y, fue complicada porque siempre fui ilegal. Mis documentos nunca fueron oficiales, siempre fueron falsos. Y estuvimos en forma clandestina, porque también nos agarró el golpe en la Argentina. El golpe contra Isabelita Perón. Fue una situación bien complicada, con la única diferencia de que los dos éramos militantes del Partido Comunista y había un partido muy armado, que generaba una serie de redes de sobrevivencia importantes, tanto en lo laboral como para conseguir documentos, casa y estuvimos todo el tiempo en ese circuito [...]. Había mucha cosa [...]; se hacían las denuncias internacionales, se procuraba juntar dinero para el envío de paquetes para los presos políticos, se trataba de sacar gente que llegaba a Argentina y que por distintas razones no podían quedarse y hacíamos las vinculaciones con las embajadas para que salieran desde ahí. Era muy intensa la actividad, muy intensa. En situaciones muy riesgosas porque en Argentina después también nos cazaban como acá. La única diferencia era que geográficamente las posibilidades de esconderse parecían que eran mayores. Bueno, lo son [...]. A Buenos Aires la arranqué a querer después. Al principio la sentía como una gran prisión, nunca la pude disfrutar realmente. Ahora sí, ahora vuelvo y digo que Buenos Aires es una ciudad magnífica, que no la pude disfrutar en su momento. Tengo compañeros entrañables que siguen viviendo allá, que nunca volvieron, van y vienen, pero que hicieron de Buenos Aires su lugar de residencia. La empecé a querer después, al principio la odié. Sentía que estaba en una cárcel con movilidad,

nada más. Además, nos costaba mucho entender políticamente a los argentinos. A pesar de que recibimos enormes solidaridades y apoyos. Pero nos costó [...]. No era un problema de tiempo. Era un problema de que éramos clandestinos. Vivíamos una vida donde comer, tener un lugar donde vestirse... Era todo muy precario, muy modesto. Conseguíamos libros sí, porque circulaban. Pero lo último que fui a ver fue cuando llegó al teatro San Martín el Galpón con la obra de Artigas, y creo que fue lo único que vi. Y después las actividades de solidaridad que organizábamos con músicos argentinos en apoyo a Uruguay. Pero en realidad nuestra vida pasaba por ahí, el eje era mirar al Uruguay, no vivíamos la Argentina. Por eso te digo, la aprendí a querer después (Villar, 2019).

A la actividad partidaria se sumó, en cuanto empezó a sentirse el decaimiento de la dictadura en Argentina, la de la reactivación del Frente Amplio.

Fuimos descubriendo un mundo de comités de base de Frente Amplio, de comunistas dispersos resistiendo, eran como lombrices; aunque les habían cortado la cabeza, se seguían moviendo y creciendo. Mediaba el año 84´ y en poco tiempo éramos decenas. Había comités por todos lados, reuniones en casas de familia, en clubes y bares. Florecían los militantes y la euforia por el fin de la dictadura, no veíamos límites. El temor había dejado lugar a la pasión, todos queríamos ser protagonistas de ese final, festejábamos cada paso, cada avance, sentíamos que era el momento justo y así fue (Piñeyrúa, 2022, p. 238).

Se trataba de reabrir o iniciar contactos en Argentina sin que en Uruguay se advirtiera el movimiento. Para ello, la tarea se le encargó a un militante comunista relacionado estrechamente con el equipo técnico y político de Buenos Aires. Era Federico Martínez, ex preso, con documento falso, que residió en Buenos Aires hasta el fin de la dictadura. Su recuerdo marca esas otras actividades desde la estructura clandestina, de relacionamientos personales y partidarios.

Documento tenía. Los primeros meses tenía visa, 30 días creo que era. Pero después me dieron una cédula de identidad a nombre de Héctor Simón. Héctor Simón Martínez. Yo tenía que saber dónde vivía, con quién estaba casado... Porque la persona esa existía...; En qué trabajaba y como era el nombre de mis hijos, tenía tres. [Había] un compañero que era jefe de personal en una fábrica y entonces sabía vida y milagro de todos los empleados de la fábrica. Y como en ese momento las computadoras lo único que anunciaban era si vos tenías antecedentes, no podía tener antecedentes un tipo que había dado su nombre al jefe de personal que sabía vida y milagro de todos los empleados [...]. Primero me dieron la única tarea [...] que fue ver a un periodista del Partido, argentino, y que después de tres o cuatro veces que lo vi dejé de hacerlo [...]. No servía para nada. Pero era una manera de decir "bueno, hacé algo". En realidad, yo estaba esperando la posibilidad de volver. Que tenía que ver con muchas cosas: ¿cómo estaba mi familia, cómo entraba?, en fin, ¿cómo iba a repercutir eso de volver?, porque todas esas familias partidas por ese asunto, algún problema tenían. No digo que fueran graves los problemas, pero había. Porque Sebastián, mi hijo menor, tenía ocho meses cuando me llevaron y Anaclara, que era la mayor, no había cumplido dos años. Tuve que iniciar una relación de nuevo con ellos. Por decreto no te tratan como padre. Así que los primeros tiempos no tenía ninguna tarea [...]. Cuando caen León y Mico y Drescher, el Chumbo Lanza, toda esa dirección, que además tuvo una característica: fue la última dirección imaginable del partido [...]; cualquiera se daba cuenta que León era el secretario general del partido. Si vos tenías idea de quienes estaban en el exterior, quienes estaban presos, deducías rápidamente quién podía ser el secretario general del partido y quiénes podían ser los miembros de la dirección.<sup>3</sup> Pero cuando cae esa

<sup>3</sup> León fue detenido el 12 de marzo de 1979. Pero antes había estado clandestino por espacio de casi seis años y los servicios secretos de la dictadura habían destinado sus mejores efectivos para darle "caza", según la terminología empleada por los esbirros. Por esos tiempos fue una de las personas 'más buscadas en el país por la FFCC' y lo fue por mucho tiempo, siendo León uno de los clandestinos profundos que se mantuvo por mayor espacio de tiempo en esas condiciones, burlando una y otra vez los cercos tendidos por el régimen. En momentos en que muchos de los jefes del PCU habían caído presos o habían sido expulsados del país, el joven León Lev fue uno de los que

dirección, ya no te imaginabas más quiénes podían ser, porque fueron los últimos dirigentes reconocidamente dirigentes para todo el partido [...]. El Flaco Bazzano fue un vínculo por poco tiempo, porque le propusieron irse de la Argentina, porque tenía características, su vida y su personalidad y su figura, muy difíciles de esconder [...]. Entonces le proponen salir de Argentina, que se vaya. Él no está de acuerdo con eso y por lo tanto a mí me dicen que no lo podía ver más, cosa que yo desoí totalmente, porque lo seguí viendo siempre [...]. Hicimos disparates. Después vino alguien que yo nunca supe quién era, que me mandó decir que yo tenía que teñirme el pelo, ponerme lentes de contacto, sacarme el bigote, ponerme un taco más alto que otro, porque yo tenía una manera muy reconocible de caminar, porque era muy fácil de reconocerme por la manera de caminar. Pero tampoco le di bolilla. Yo prefería ser un pelotudo del barrio que mandaba a mis hijos al colegio, cortaba el pasto y hacía los mandados. Me salió bien, pero de casualidad. Entonces pasé a tener relación con Geza, que fue mi jefe [...]. Ahí fue cuando me inserté en la vida partidaria de verdad. En el libro está escrito, a mí me dijeron que tenía que formar un grupo de gente del partido que se dedicara a trabajar para el Frente Amplio y que ese grupo no debía tener contacto orgánico con el Partido Comunista en Uruguay. Tenía que trabajar aparte, sin contacto. El contacto se hacía a través de Buenos Aires. Pregunté si había alguien más en eso: “no, tenés que armarlo”. Antes de irme, yo había hablado con Pérez Rompani, que era un militar muy amigo de Seregni y había quedado de que en algún momento yo o alguien lo iba a ir a ver y le iba a decir que viniera de parte de Fulano, no me acuerdo de parte de quién. Le pregunté qué pasaba y me dijo “mirá, del partido la última gente que yo vi fue a Platero, que cayó en cana y nunca más vi a nadie”. “Y la mesa del Frente ¿funciona de alguna manera?”. “No”. Crottogini va todos los días a mi boliche y ahí pasa alguien a conversar un rato, pero orgánicamente no está funcionando. Entonces lo primero que empecé a pensar es quién me podía ayudar en Montevideo [...]. Llamé a mi hermano, que no era del partido, que sigue sin ser del partido, que nunca fue del partido, pero

---

junto a otros cuadros y militantes comunistas recompuso una y otra vez los centros de dirección del Partido en la clandestinidad (Lev, 1985, pp. 5-6).

siempre fue del FIDEL. Le dije lo que me pasaba y me dijo: “mirá, el partido es lo que hay, así que contá conmigo” [...]. Te quiero decir una cosa: tenía que estar muy informado de lo que pasaba en Uruguay y eso suponía que tenía que acceder a los diarios y revistas, aparte de lo que me contaban los compañeros. Olazábal viajaba permanentemente a Buenos Aires a verme. Yo tenía un amigo que trabajaba en la Comisión Mixta de Salto Grande y su trabajo era relevar toda la información que salía de la empresa de Salto Grande. Así que tenía que leer todos los diarios y revistas de Uruguay. Me hacía una selección que me llevaba todos los domingos a casa. Además, viajaba, así que era una cartera diplomática prácticamente [...]. Mi tarea vinculada al interior como le llamábamos nosotros, al Uruguay y el equipo ese que se había formado, se terminó en marzo del 84´ [...]. Massera salió en abril creo, del 84´, y hacía ya vida pública prácticamente. La situación en Uruguay ya había cambiado. Entonces me mandan hacerme cargo de la mesa política del Frente Amplio en Buenos Aires [...]. Me saqué un prejuicio muy grande que tenemos los uruguayos con los argentinos. Los argentinos no son unos sujetos insoportables. Tal vez haya una mirada medio insoportable de los que vienen a Punta del Este, pero eso es una minoría muy grande. Tal vez, digo, porque yo no tengo esa mirada, nunca fui a Punta del Este, no sé cómo es que tanto odio les tienen a los argentinos y viven de ellos. Sentí allá mucha solidaridad de ellos, sin preguntar nada, gente que se arrimó a dar una mano, conseguirnos laburo, ayudarnos saliendo de garantía para alquilar; gente que no tenía mucho que ver, estaban en contra de la dictadura argentina sí, nada más, pero no eran peronistas, radicales, eran gente de izquierda. Los gurises vivieron felices, inconscientes de todo esto (Martínez, 2018).

Para Ricardo Piñeyrúa recordar la etapa de la militancia clandestina en Buenos Aires desde una situación legal como la que tenía y a través de distintas etapas, le permite compartir momentos, tareas, protagonistas y hasta detalles de cotidianidades personales.

Los míos lucharon con convicción, quizá pudieron estar equivocados o no, hoy ya no importa, pero fueron detrás de ellas con una enorme honestidad y entrega, como el propio Howard Fast cuando se negó

a dar los nombres de sus compañeros comunistas ante el Comité de Actividades Antiamericanas.

Pasan los años y revivo sus caras, sus nombres. Mis gloriosos hermanos fueron mis divertidos y revoltosos compañeros estudiantes, mis obreros admirables, mis intelectuales geniales, todos ellos humildes escondiendo tras sus sonrisas las heridas de las torturas y los años de cárcel. Sintiendo, seguramente en su carne, las consecuencias de su lucha, y a pesar de que hay quien dice que viven en el pasado, miran hacia adelante cargado de dudas sobre cuál es el camino. Esos que armados solo con la fortaleza de sus utopías, como canta Alfredo Zitarrosa, “caminaron sin miedo a la bala ni a la bomba ni al infierno...” Esos son mis hermanos (Piñeyrúa, 2022, p. 168-169).

Incluye en su relato también a personas que estando casualmente por la capital porteña, aceptaban su papel de correos, sabiendo los riesgos que conllevaba. Ilustra a la vez el desmantelamiento de la clandestinidad, la visibilidad que adquiere el partido y los distintos movimientos hacia el retorno que implica desplazamientos y atención a comunistas uruguayos que residían en otros lugares del territorio argentino.

Ahí [en Montevideo] quedó muy desmantelado el partido, y algunos compañeros que quedaban allí, sobre todo en AEBU, que era donde yo tenía más contacto, fueron los que me propusieron la idea de ir a la OIT [Organización Internacional del Trabajo]. Fueron algunas cosas que me plantearon, que sí fueron orgánicas con la organicidad que tenía el partido en ese momento: era un compañero que estaba ahí y te decía: “¡Oh, loco! Andate porque no te podemos aguantar”. O: “¿No podés ir a la OIT? Porque no hay nadie que pueda ir”. Esa organicidad, ¿no? [...]. En la primera etapa yo tenía una militancia, por lo que ellos me decían, medio clandestina, vinculada con Montevideo [...]; trabajaba para enviar cosas a Montevideo [...], la famosa *Carta* [...], la matriz, o a veces incluso la *Carta* impresa o documentos para determinados compañeros o algunos compañeros que iban a Buenos Aires y que yo los iba a ver [...]. Era un poco eso: una reunión semanal en un boliche, conversar un poco, hacer algunas cosas, pero

más que nada vinculadas hacia Montevideo [...]. Era un lío bárbaro hasta que apareció Geza Stari. Cuando apareció Geza Stari cambió la situación, y quedó claramente como el jefe del partido [...]. Estoy rebobinando, probablemente estas historias ya las sepan. Sé que había estado el Flaco Bazzano, Horacio [...], después el Flaco falleció. Con el que quedé en contacto mucho tiempo fue con Geza Stari. Con Geza sí trabajábamos directamente para Montevideo. Pero no me acuerdo el momento de la conexión, cómo fue, si fue que me mandaron de Montevideo que me contactara con alguien, o alguien me vino a buscar o si había alguien que me dijo hay un compañero que te está buscando... La verdad que no me acuerdo [...]. Tenía vínculo con mucha gente en Buenos Aires. Con Jorge Larenas, con Daniel Estévez, después con Mariano, había varios compañeros, bueno, el Negro Larre, obviamente, el Negro, el padre, la madre con quien siempre voy a seguir vinculado, pero no me acuerdo exactamente el momento en que me contactaron [...]. Después viene el otro período, en el que aparece Grille en Buenos Aires y ahí cambia la forma en que nos empezamos a vincular, porque pasa a ser una forma bastante más legal [...]. Primero el Gordo llega muy, muy clandestino. Tenía contacto con él, poca gente y yo teníamos contacto con él. Nunca supe muy claro si venía a trabajar por encima, o en el mismo nivel que Geza [...] y allí empieza a aparecer la generación de un trabajo partidario más abierto, y entonces me plantean pasar de ese lugar, de ese trabajo más clandestino y más vinculado a Montevideo a un trabajo más organizativo del partido [...]: buscar gente, tratar de ubicarla, organizarla. Y bueno, un poco me dediqué a eso, durante ese período fue esa mi misión, mi tarea. Seguía vinculado un poco con Grille y un poco con Geza hasta que ya en la última nos transformamos casi en un partido legal [...], nos autolegalizamos en la Argentina. Ahí ya fue con Rubén Villaverde, con Federico Martínez y otros compañeros [...]. Armamos un buen partido, con autoridades, con gente, seccionales o agrupaciones por todo Buenos Aires [...]. Me acuerdo de ir a Concordia y a la zona del litoral a ver uruguayos [...]. Ir a la provincia, a veces en los locales de partido argentino, a veces en casas de familia [...], buscar gente, encontrarla, orientarla y ponerla a trabajar [...]. En la construcción del Frente Amplio en Buenos Aires todo tuvo mucho valor [...], organizar la

despedida de Wilson. Hasta que llega Arismendi [...], llegó Juan Raúl con la gente de México de la [Convergencia]. Recuerdo conseguirles – con Gonzalo Fernández– un local, para armar una reunión [...]; hacíamos un poco de todo [...] venían dirigentes del partido de todos lados. Había que ir a buscarlos, trasladarlos, hasta que finalmente me dijeron que me viniera. En un asado muy divertido donde Arismendi dio el informe, Federico Martínez hizo el asado y discutieron sobre cómo había que hacer un asado. Fue un poco mi despedida para Montevideo [...]. Fue un recorrido medio irregular; había muchas cosas ahí en Buenos Aires, mucha gente haciendo cosas distintas, no todas para el mismo lado y de repente te encontrabas con compañeros que sí, que no, que no te puedo ver y no te puedo decir... Esas cosas después se fueron aflojando [...]. En realidad, éramos bastante inconscientes y utilizábamos todas las personas que conocíamos que venían a Buenos Aires y dependiendo de quien fuera, la importancia de lo que de repente me tocaba mandar [...]. En un momento en Buenos Aires [...] las cosas eran baratísimas, entonces estaba lleno de uruguayos, permanentemente [...]; era una época en que era muy fácil ir a Buenos Aires y la gente iba y compraba, compraba [...]. Muchos amigos, algunos compañeros, y otros no tanto, muchos familiares o amigos de amigos, o familiares de amigos estaban y [...] cuando nos enterábamos: ¿te animás a llevarme esto? ¿Te animás a pasar esto? Una caja de chocolate que atrás, abajo tenía una matriz de la *Carta*, un coche-cito de niño donde envolvíamos otras cosas [...]; lo que tratábamos de enviar era plata e información [...], era bastante artesanal, no era que había un gran aparato. A veces iban, venían algunos compañeros [...], vinieron o fueron a Buenos Aires algunos compañeros que estaban en la militancia [...]; esos compañeros también se llevaban cosas para Montevideo. Era muy irregular, por lo menos la parte que hacía yo, era hacerlo como pudiéramos, con mucha, mucha, inventiva, mucha cosa personal, que era lo que vos personalmente estabas dispuesto a hacer. Digo, en un momento difícil donde había muchos compañeros que no querían hacer nada y los respetábamos. Esa fue una época en Argentina donde las cosas no eran nada fáciles [...]. Una de las personas que iba y me traía cosas era mi tía Delia [...], que fue famosa porque Seregni la nombra en un discurso, porque ella fue la que

inventó la sentada en la puerta de la casa de Seregni a esperar que lo liberaran, lo que llamaron el famoso comité del “Pastito”. El local del Frente Amplio que está allí en la calle Juan Paullier, Comité 28 de Noviembre, creo que se llama, tiene el nombre de ella, Delia Campagna. Ella era hermana de mi madre. Viajaba mucho, iba mucho a verme y traía muchas cosas. Llevaba y traía, llevaba y traía. Con esa apariencia de veterana italiana petisita, chiquitita, que no parecía nada, era una persona que hacía muchas cosas [...] ¡Qué personaje maravilloso! Sí, sí, es un personaje de la clandestinidad en Uruguay, en esta relación conmigo y con Buenos Aires. Es una mujer que se dedicó a armar, trabajar como loca para ayudar a armar el bolso de los familiares, ayudar a quien fuera, hasta después ayudar a la Embajada de Cuba (Piñeyría, 2021).

Esos cruces con la finalidad de trasladar información de “orilla a orilla” fueron frecuentes durante aquellos años de trabajo clandestino, bajos distintos formatos, de legalidad, semilegalidad y nada de legalidad de los militantes.

El exilio fue bravo para el Partido Comunista. Fue fantástico, por un lado, en cuanto a enfocar todos los esfuerzos de cara a Uruguay. Ayudó y mucho [...], también del exilio vinieron cosas que no tenían que ver con nosotros. Hubo muchos compañeros viviendo realidades que nada tenían que ver con las nuestras y algo de todo ello vino embarcado con el desexilio. A los operativos de la dictadura hay que sumar otros que no supimos que iban a entrar sin permiso en la vida partidaria (Pua Tutzó en Martínez, Ciganda y Olivari, 2012, p. 76).

El “puente” permitía un ir y venir de la información que se iniciaba en distintos países. Permitió también recibir y hacer posible que clandestinos en Uruguay pasaran por Buenos Aires para llegar a otros países y luego regresaran para un nuevo ingreso. Este ir y venir de los clandestinos del interior de Uruguay también fue parte de las tareas que el equipo, en la capital porteña, tenía a su cargo. Antonia Yañez evoca su propia experiencia, su valoración del exilio para la resistencia, con lo que significó a la vez, para otras

compañeras en el Penal de Punta de Rieles, cuando tiempo después es detenida.

Hice muchas cosas; el viaje aquel [...] me permitió entender cómo se había ubicado el exilio y cómo aportaba y trabajaba desde afuera, cómo se crearon comisiones para que llegaran al país muchas cosas, especialmente los nuevos análisis de lo que había sucedido en los últimos años. A tal punto fue así que cuando yo caí y llegué al penal, en el sector al que me llevaron estaba Rita Ibarburu, quien luego diría [...] que cuando alguien entró al penal en el 82', tuvieron cuatro meses de informes (Yañez en Bermúdez Irisarri, Caamaño Torrado y Caballero Álvarez, 2018, p. 352).

Los cruces, los correos, las distintas formas de salir, los formatos de los mensajes, los regresos, encierran tantas experiencias como militantes que las llevaron a cabo. En ellas van historias personales que se resignifican con el tiempo, modos de pensar la vida y el terruño.

Era imposible pensar que en este país, tan chiquito y con tanta costa, pasara algo así. La crueldad que sí conocíamos por los libros venía de otras latitudes, donde hasta era “esperable” que pasara, ¡eran tan fríos! Pero ¿acá?... ¡Acá no!, imposible. Éramos uruguayos... Los de la escuela de Varela... Los de las libertades de José Batlle y Ordóñez, un pueblo culto... Con playas públicas en donde nos bañábamos todos juntos. Además, éramos adolescentes [...]. Militar era la palabra que te definía, que te ponía claramente de un lado y que te hacía perder amigos, o por lo menos que se alejaran. Pero por suerte te hacía ganar otros muchos que te acompañan a lo largo de la vida (Canosa, 2001, p. 197).

Juana Canosa participó con características que evidencian cómo operaron los silencios y las “no preguntas” como disciplina, como autodefensa y también qué significó más tarde escribir sobre lo vivido y sus emociones.

Sí, como mi única actividad simplísima [...] pensaba [en] la gente en Buenos Aires. Decía, realmente ¡qué valor! la gente que estaba viviendo en Buenos Aires [...]. Escribir en el 2001 la verdad que para mí fue una cosa reparadora, reparadora, fue tremendo: lloraba y lloraba y lloraba. Como había pasado de todo, fue muy importante, fue la posibilidad que me dieron las mujeres ahí, muy importante [...] no importaba lo que escribiera, lo importante era que se pudiera transmitir (Canosa, 2017).

Buenos Aires fue con los años, al inicio de una transición que dejó atrás la dictadura argentina, el espacio de organización de la vida partidaria con aspectos formales para ir preparando el retorno.

Regresé a Montevideo [...] tras padecer varios días de incertidumbre respecto a mi boleto. Por lo visto todo el mundo en Venezuela quería viajar al Cono Sur en esas fechas [...]; me permitió conseguir una plaza en un vuelo nocturno que recorrería todo el continente: volé de Caracas a Santiago de Chile previa escala en Lima, luego cambié de avión para hacer el tramo entre Santiago y Buenos Aires y finalmente de allí al Uruguay en un 737 de Aerolíneas. Pensé que aquel viaje venía a redondear toda una metáfora [...]: en diecisiete horas volé más de siete mil kilómetros y crucé las fronteras de ocho países. Vi el atardecer del día anterior en las costas de La Guaira, pasé la noche a diez mil metros de altura sobre la selva primero y encima de la cordillera de Los Andes después, amanecí con una vista magnífica del océano Pacífico a mi derecha y una interminable sucesión de montañas a mi izquierda, almorcé en un bolichito de lujo en el aeropuerto de Santiago y volví a almorzar en mi asiento 27 C mientras sobrevolábamos la provincia de Córdoba, en Argentina. Cuando el avión aterrizó en Montevideo eran las cuatro de la tarde de un ardoroso día de verano y yo no sabía ni en qué continente estaba (Butazzoni, 2014, p. 741).

Ese retorno comenzó a percibirse con todas sus contradicciones, es decir, con una incesante represión contra el PCU y la UJC (Unión de Juventudes Comunistas), desde finales del 80' en el Uruguay y con mayores libertades y seguridades a partir del 83' en Argentina. La capital porteña que supo ser espacio de recepción

de perseguidos de distintos países y también de atrapados por las operaciones del Plan Cóndor, a la vez fue escenario acogedor para quienes se acercaban para estar más cerca de su país, como fueron los comunistas del exilio distante, y no solo los comunistas. Por intereses e impulsos personales y por mandatos partidarios, algunos comunistas llegaron en esa etapa para fortalecer la estrategia de funcionamiento y preparar los dispositivos para el retorno. Uno de ellos fue Alberto Grille.

Voy a Buenos Aires porque [...] estaba un poco aburrido de militar en el exilio. Un día en México, en una reunión que tuvimos en la casa de Echave –de Luis Echave–, comenté eso, estaba Arismendi en la conversación. Dije que no tenía más ganas de militar en el exilio, que me parecía medio una pelotudez, creía que los garbanzos se jugaban en otro lado, y que era un sacrificio enorme estar separado de mi familia [...]; me parecía que estar en Ecuador era un poco inconducente. Además, solo [...]. Entonces Arismendi dijo: “Si toda esta conversación es en serio, no se habla más” y no se habló más en ese momento. Pero dos meses después recibí [...] un telex de la embajada cubana, que decía que viajara a Cuba. Viajé pensando que iba a ver mis hijos. En realidad, ahí me dijeron que fuera a la Unión Soviética a hablar con Arismendi y fui. Ahí me comunicaron que iba a venir a Buenos Aires a integrar la dirección clandestina del Partido [...]. Era para ser el segundo de quien en ese momento era el responsable del partido en Buenos Aires, Geza Stari. Es más, tenía que llegar a Buenos Aires a una calle determinada, un día determinado, caminar por la acera donde daba el sol y encontrarme con Geza Stari, que iba a estar ahí. Yo no sabía [quién] era Geza Stari. Iba a estar un compañero que yo conocía y nos encontramos caminando por la acera del sol... Muy de espías, con una amapola en el pecho, en el ojal [...]. Me asignaron un apartamentito para vivir y poco a poco fui tomando contacto con los compañeros que en ese momento participaban en tareas de dirección [...]: Roberto Pereira, que era la Juventud Comunista, Federico Martínez, que era del Frente Amplio, después alguna otra gente que tenía tareas diversas, Ricardo Piñeyrúa, que no hacía comentarios de fútbol como hace ahora, una compañera que se murió que se

llamaba Magela Genta, con los que empezamos a armar un aparato de comunicación [...]. Se fue incorporando alguna otra gente en lo que yo manejaba [...], el área de propaganda y comunicaciones [...]. Jorge Rowinsky y otros que trabajaban en áreas más restringidas, trabajaban en el tema de operaciones más complejas. Algunos de ellos habían estado en la clandestinidad durante los diez años [...]. Falsificaban documentos, tenían lugar donde ocultar gente, algunos habían participado en operaciones de transportar gente a Montevideo y propaganda o plata, conectarse con correos que venían de otros países, que traían a su vez ayuda económica para Uruguay [...], tareas más complejas y menos expuestas, porque en realidad también hay que pensar que en ese momento toda la Argentina salía de la clandestinidad y que eran aparatos muy pequeños del Partido que se manejaban con mucha discreción y tenían rápidamente que lograr comunicación con una colonia de uruguayos muy grande que salía de la conspiración [...]. En pocos meses, o digamos en un año, pasamos a tener oficina del partido, oficinas públicas de PRESUR por ejemplo, que era una agencia de comunicaciones, trabajábamos con imprentas, editando periódicos [...]. Pero al mismo tiempo teníamos que mantener una zona muy conspirativa, porque había cosas de estas que se conectaban con el Uruguay y con compañeros que todavía estaban en la clandestinidad en Uruguay [...]. Pasábamos folletos, libros, propaganda, en autos camuflados, de manera de poder pasar esto en resortes de los asientos o en los forros de la puerta. Teníamos autos para hacer esta tarea, que estaban adecuados para eso, era todo un sector que lo manejaba Esteban Fossatti, que falleció hace poco [...]. En algunas oportunidades viajábamos en lanchones con pintura, propaganda, *spray*, libros; lanchones que en realidad usaban los contrabandistas para pasar ropa, y nosotros contratábamos eso. Íbamos con ellos [...]. Lo más impresionante es eso, subirse a un lanchón de bagalleros en la madrugada en Buenos Aires, pasar el río en un lanchón y bajar en la playa de la Agraciada o en una playita ahí y empezar a cargar bolsas para un auto o camión que nos estaba esperando. Lo más inolvidable [...]. Me acuerdo que una vez bajamos en la playa la Agraciada, pero de noche, oscuro, con un miedo importante y con una bolsa de 50 kilos. Nos parecía que la playa era el desierto

del Sahara. Sin embargo, cuando yo muchísimos años después la vi, me parecía una playita cualquiera [...]. Hicimos muchos viajes de esos con bolsas de nylon, porque había que ponerlo en bolsas de nylon por el agua [...], y a la noche. Además, traíamos compañeros que estaban clandestinos, que salían de la cárcel de Uruguay, había que llevarlos a la Argentina para tener reuniones o que viajaban al exterior [...]. Por ejemplo, Ramón Cabrera, que había estado preso, que estaba recién saliendo de la clandestinidad. Cabrera había sido el encargado, el secretario del Partido los últimos años [...]. Iban clandestinos a Montevideo, o algunos de ellos iban clandestinos a Europa, y había que de alguna manera establecer ese contacto. Por lo tanto, había en Buenos Aires un partido que estaba ya funcionando legalmente, porque había una apertura en la Argentina, había un partido que funcionaba semilegalmente y un Partido que todavía tenía que funcionar clandestinamente, porque en algún momento se contactaba con los que estaban clandestinos acá [...]. En un momento compramos un auto [...] en Uruguay que era un “colachata” y que había sido del contralmirante Márquez, con lo cual estábamos entusiasmadísimos: ¿quién iba a revisar el auto del contralmirante Márquez? Entonces Esteban fue a Buenos Aires a buscar libros, hojas, papeles, folletos [...], acá seguía la dictadura [...] habrá sido a fines del 83’ o principios del 84’. Fue Esteban a Buenos Aires, fuimos a un taller [...], desarmando todo el auto y llenándolo de papeles y después había que controlar que llegara, llamábamos por teléfono. Esteban no llegaba a Montevideo, no llegaba a Montevideo y en realidad lo habían descubierto en el puente de Fray Bentos y los milicos le habían desarmado todo el auto [...]. Pusieron en una mesa toda la propaganda [...] pero no pasó nada porque ya allá no pasaba nada. Los pasajeros de los ómnibus que bajaban, miraban y no podían creer que de un autito salían miles y miles de kilos de propaganda y lo ponían arriba de la mesa. Y bueno, los demoraron mucho, pero al final llegaron. Eso se hacía tres veces por semana y no pasaba nada, pero ahí los descubrieron y bueno, así funcionaba un poco, éramos imperfectos (Grille, 2017).

Sobre el final de la dictadura uruguaya y una vez que llegó a su fin la argentina, comenzaron a llegar uruguayos del exilio lejano, tanto por decisiones personales como por mandato del partido.

El exilio no terminó con el desexilio. Cierta vez después de repatriarse, numerosos uruguayos decidieron emprender el retorno en reversa: desde el Uruguay a sus antiguos países de exilio (Rico et al., 2021, p. 789).

Como se advirtió en fragmentos testimoniales anteriores, Buenos Aires comenzó a ser un espacio de apertura, de alegría, de reencontro, de romper las fronteras de la ilegalidad y el PCU se exhibiría legalmente en sus actividades. Milka Bengochea regresa desde México, donde había llegado asilada muy tardíamente respecto a la fecha de llegada a ese país del contingente de comunistas que recibieron la protección diplomática en Montevideo. Era un partido vuelto a la legalidad, visible. Su recuerdo lo expresa nítidamente.

Nada fue clandestino [en Buenos Aires] [...], fue todo legal. Llego, me contacto con una persona que fue Roberto [Pereira] [...]. Él, como había vivido la etapa de la dictadura en Argentina, tenía todos los hábitos de trabajar mucho en la clandestinidad y de todo muy compartimentado. Y nosotros no veníamos ni sabíamos de eso. Lo nuestro fue más bien una actividad pública, ya te digo, ir a PRESUR, participar en actividades públicas, organizar actos que tenían que ver con la llegada de la gente. Siempre se hacía en Buenos Aires un acto antes de que vinieran para Uruguay [...]. Las campañas [para] que la gente viniera para votar, campañas que se hicieron, que se organizaron con la gente del CNT, que en aquel momento ya era PIT-CNT, pero era la vieja CNT [...]. Se organizó inclusive una venida en el Vapor de la Carrera para traer a Montevideo gente que vivía en Argentina [...]. Era más difícil establecer vínculos, capaz que porque uno mismo ya estaba más de paso, pero también por cómo era el exilio en Buenos Aires. Los argentinos y los uruguayos somos muy parecidos [...], un uruguayo en Buenos Aires es difícil de distinguir. En aquel momento capaz que era por el termo abajo del brazo. Pero, ¿qué otra característica

tiene? [...] Nos pudimos vincular bien [...]. La gente que estaba, la que me tocó conocer y tratar no era gente que fuera del propio exilio en Buenos Aires, también era gente que había estado en otros lugares y que estaba circunstancialmente en Buenos Aires en ese período, pero no había vivido ahí durante la dictadura. Había gente que venía de Europa, había estado en Italia, o que venía de otros países europeos y que estaban circunstancialmente en Buenos Aires (Bengochea, 2018).

El itinerario de Liliana Vidart incluye un primer destino de asilo que la llevó a Bolivia. Se acerca a Buenos Aires para realizar tareas de comunicación, de información internacional y otras que el partido iba instruyendo, en un año de fuerte movilidad por las elecciones nacionales de noviembre de 1984.

Me dieron trabajo en PRESUR, la agencia de noticias, ¿la conocen? En ese momento PRESUR era una agencia que vinculaba a todas las agencias donde había solidaridad uruguaya, eran 29 países creo. Ahí lo que se hacía era recabar todos los periódicos y hacer como resúmenes que se pasaban, se hacían resúmenes mundiales y se pasaban para todos lados. Trabajaba ahí, mis hijas iban a la escuela, tenía por suerte a mi padre cerca e iba al local y entré a militar también [...]. El local no tenía cartel, era una casa. Y ahí funcionaba el partido y la juventud. Nos vinculábamos a los comités del Frente Amplio, había varios. Nos asignaron uno que era más acorde a nuestra edad, porque éramos jóvenes en ese momento y ahí desarrollamos toda la actividad que quisimos. En general se centró en aglutinar a la gente, a los jóvenes y hacer actividades para juntar el dinero para que vinieran a votar. Hicimos una peña que fue todo el partido, desbordó. Me tengo que acordar del uruguayo que tenía un grupo allá, muy conocido [...], fue gratis, conseguimos el lugar, se alquiló, buenísimo todo [...]. Es la militancia que teníamos. Todo el trabajo de solidaridad. [...] en PRESUR hacía un trabajo de militancia, me pagaban. Vivía de eso, era mi sueldo. Hacíamos todo ese resumen y entrevistábamos, y hasta tenía un nombre falso. Para entrevistar a la gente de Uruguay, era Silvana Piedra [...]; por suerte aprendí, al trabajar en eso [...]. Después de hacer eso de Rada, hicimos esa peña y la participación en el comité de base implicaba los actos que se hacían del comité, del Frente y que

estaban representadas todas las fuerzas políticas del Frente ahí. Con Milka [Bengochea] íbamos al comité (Vidart, 2018).

Carlos Varela tuvo una actividad militante en Buenos Aires desde los años de la Triple A, previo al golpe de Estado en Argentina. Mientras tanto en el Uruguay, como narra Wladimir Turiansky:

Habíamos pasado ya dos 1° de mayo en la clandestinidad. Para nosotros era algo así como una cuestión de principios el que nunca pudiera decirse que alguna vez en el Uruguay los trabajadores habían dejado de salir a la calle a manifestar un 1° de mayo. No era fácil. En vísperas del 1° de mayo de 1974, como ocurriera en el 75', la dictadura había desatado una campaña intimidatoria que iba desde las amenazas y advertencias por radios, diarios y canales de televisión, hasta una profusa presencia militar en las calles. A esto debía sumarse la ola de despidos que, a partir del levantamiento de la huelga general, venía desmantelando el movimiento sindical de miles de dirigentes y militantes, dificultando enormemente aún las formas más elementales de la actividad (Turiansky, 1988, p. 13).

La experiencia de Carlos Varela en la actividad legal y clandestina fue variada y luego se deslizó a una de total apertura y visibilidad a partir del 1983. Sus recuerdos transitan por esas temporalidades.

Éramos los tres que nos juntábamos y que teníamos [...] la actividad que se podía desarrollar esquivando a la Triple A en esos tiempos, hasta el golpe de Estado del 24 de marzo del 76'. Pero llegó un momento en que el partido recogió a los militantes más conocidos o más expuestos, digamos, y los remitió al exilio más lejano. Ahí, salió de nuestro círculo Lenin de los Santos. Quedamos el Hugo y yo, de ese pequeño círculo. Había algún otro compañero, alguno que había trabajado en el diario *El Popular*, que no me acuerdo el nombre y nos veíamos cada tanto. Ese período, posterior al golpe del Estado, no fue muy abundante en militancia, nos quedó un poco aislado [...] al salir de la ciudad, de la Argentina, aquella gente más expuesta, más destacada, pero que tenía, además, más posibilidades de vincularnos y ordenar las actividades [...]. Esto se destapa, se modifica para beneficio,

a partir del 10 de diciembre del 83´, que es cuando asume Alfonsín la presidencia argentina. Y ahí sí, empezamos a desarrollar una gran actividad. Una de las primeras cosas fue el festejo de cumpleaños de Seregni en la cancha del Club Excursionistas el 13 de diciembre. Luego, además, empezó a venir gente del exilio a instalarse y hubo una casa del Partido Comunista de Uruguay, allá en la calle Díaz Vélez [...]. Teníamos actividad permanente en locales del Partido Comunista Argentino, algunos locales de otros grupos, del PI [Partido Intransigente] y en algunos locales del Partido Socialista Argentino. Ahí sí, empezó un gran desarrollo de las tareas. Aprovechado en todo sentido. Después que se abrió la cosa en el 84´, acá, y se empezaron a venir los dirigentes [...]. Tenemos que señalar la presencia de Arismendi y otros dirigentes del partido. Entre esas cosas, por ejemplo, en el año 84´ se hizo en Buenos Aires una reunión de los partidos comunistas de América del Sur. Además, estuvo como invitado el Partido Comunista de Cuba [...]. Después de la reunión, Arismendi quiso tener un especial con la delegación cubana y se hizo en mi casa esa reunión [...]. Hubo un festejo, no sé si fue el 63º aniversario del partido, en que Arismendi mandó un casete grabado, del exterior. Se hizo en la Federación de Box, en ese festejo, que fue grande [...], se escuchó el casete que mandó Arismendi (Varela, 2014).

Retornar era la consigna; la propuesta partidaria –para residentes porteños y para quienes iban llegando– era concentrarse en Buenos Aires y preparar a la estructura y con ello a los uruguayos para cruzar a votar en las elecciones de noviembre de 1984. Pero ni quienes habían salido ni quienes habían permanecido en Uruguay eran los mismos.

Era un partido en el cual, como en un tronco de árbol, se podían distinguir los distintos anillos de crecimiento: el duramen, o sea los viejos afiliados leales a toda prueba, la generación del sesenta-setenta y los nuevos [...]. Los nuevos, los ingresados a partir de 1984, eran una gran mayoría y mayoritariamente fluctuantes en su integración y propicios a las oscilaciones en materia ideológica. A su vez, la generación de la predictadura era una generación muy golpeada, la que

se preparó para una guerra que no se dio, integró el aparato militar, recibió el mayor golpe de la represión y militó en la clandestinidad. Esta esperaba una rendición de cuentas. ¿Por qué fuimos derrotados? ¿A qué se debieron los graves errores tácticos y en el aparato armado? ¿Por qué las debilidades de la organización clandestina? ¿Qué pasaba con los que cayeron presos y no se comportaron como se esperaba? ¿Y con los que se exiliaron sin autorización? En suma, ¿por qué no fuimos invencibles como nos habíamos acostumbrado y se nos había acondicionado? (Garcé, 2012, p. 125).

En ese contexto de interrogantes que esperaban alguna respuesta, que se fueron multiplicando con el tiempo, hacia adentro y hacia afuera, todos los esfuerzos estaban en el complejo objetivo del retorno. Buenos Aires era nuevamente un espacio ideal para preparar a los comunistas en la actividad principal de la apertura: las elecciones con las que se saldría de la dictadura. Rubén Villaverde es el “cuadro” del Partido encargado de este gran proyecto, con miras al retorno y con la fuerza que fue dando en cada militante la perspectiva del retorno y los conflictos que se presentaron en quienes no se sumaban a esa decisión.

Creo que fue una experiencia muy interesante para todos, poder volver, que había un día de reunión, había un compañero que traía información y tenía información. Nosotros la recibíamos a través de Geza, no personalmente, porque no lo íbamos a quemar, pero Geza recibía información directa de Arismendi, todos los meses llegaba una cartita y además algunos teníamos información también [...] otros que mandaban información [...]. Había todo un problema en Buenos Aires, muy complicado y se logró [resolver] mucho más impulsando la actividad colectiva que en el mano a mano con gente dolorida. El exilio es muy difícil para todos [...]. En Buenos Aires, Tealdi hizo un buen trabajo, le tocó la parte más dura, porque llegó en una situación muy conflictiva. Cuando llegué yo, esa parte, la más dura, estaba resuelta. Ahí lo que vimos, y eso lo vimos con Piñeyrúa, era que la reunión de los miércoles ponía en la cabeza, una orgánica y además la perspectiva de la gente de volver a Uruguay [...]. La

situación que se generó antes de mi llegada fue porque compañeros que estaban al frente del Partido quisieron tener vínculos directos, y mandaron gente de allá para acá, que terminaron presas. Entonces, eso para nosotros estaba terminantemente prohibido, para mí estaba terminantemente prohibido [...]. Nos veíamos todos los días con Federico, él sí tenía vínculos de hacía tiempo y armados de otra manera completamente distinta [...]. También el partido se puso al hombro apoyar el trabajo del Frente Amplio, eso ayudó al propio partido porque conectó a grupos de algunos vecinos que ni sabían que existían y para aquellos, Buenos Aires es Buenos Aires, ¡es enorme! [...]. Llegó un momento en que me dieron la llave la oficina de lo que después fue Buquebus, porque éramos los que vendíamos pasajes [...]. En la calle Corrientes. Ellos no podían con el equipo que tenían y se encontraron con un grupo de gente que trabajaba gratis y que fue formidable; armar aquella salida del Vapor de la Carrera. Se me perdieron las fotos, tenía unas preciosas de todos, con aquellos barcos llenos de gente, viniendo a votar y ese fue un trabajo que este conjunto de gente se puso al hombro y fue muy reconfortante [...]. Fue un trabajo de todo el año. Nuestra tarea era venir a votar en el 84' y bueno, a eso nos avocamos, y sí, creo que uno no lo valoró porque no es muy romántico que digamos [...]; hubo gente que cambió la historia, sobre la base del romanticismo, Era más romántico salir a tomar las armas [...]. Las reuniones políticas, cómo se discutía o una asamblea, de romanticismo tienen muy poco. Si se lo mira desde otra óptica, es muy romántico, seguro que es muy romántico [...]. Lo que sí conseguimos fue gente, con la celeridad suficiente de poder ir a trabajar allí, hasta que un día nos dijeron que tomáramos la llave porque ellos cobraban y no daban abasto [...]. Ellos agradecidos toda la vida, porque dicen que con lo que vendieron de boletos, y eso que estaba bastante subvencionado, compraron barcos y cubrieron el presupuesto de tres años, porque fue una movida muy grande [...]. En el teatro San Martín, El Galpón dio el Artigas. Ese día me compraron un traje para que acompañara a Arismendi, a sentarnos los dos. Primero estuvo en el hall, saludando a todo el mundo. Ya estaba Arismendi,

lo teníamos ya hacía un tiempo en Buenos Aires,<sup>4</sup> clandestino, ya la represión en Argentina había disminuido muchísimo, eso fue un hecho importante, fue cuando salí de Buenos Aires [...]. Era mucho más fácil que la gente de Montevideo pudiera viajar [...], traer también a algunos compañeros que tenían que volver [...]. La CNT estaba muy bien organizada en Brasil, donde también estuve trabajando, porque nunca abandoné mi cercanía con el movimiento sindical y después en Buenos Aires abrimos un local de la CNT y también recibimos dirigentes sindicales del exterior, porque en determinado momento el Pepe [D'Elía] decidió encontrarse acá (Villaverde, 2018).

Resulta una tarea casi imposible intentar una síntesis de lo que implicó la militancia en todas sus variantes de los comunistas en Buenos Aires y también en el resto del territorio argentino. Mucho más difícil –y hasta innecesario– es asignarle juicios valorativos. Las cartografías y las temporalidades, además de las personas, son entidades vivas, activas, maleables, y la memoria intenta un trabajo de “fidelidad” que ni es único ni es neutral, mucho menos objetivo.

Cada quien cuenta desde dónde y cómo vivió, pero, sobre todo, desde dónde y cómo pudo. Así, sin eludir sensibilidades y emociones, temores y hasta humores, se recorren las experiencias que tuvieron como seña la legalidad, la semilegalidad, la semiclandestinidad, la clandestinidad con la semantización que cada palabra trae consigo. Y esas experiencias, además, estuvieron atravesadas

<sup>4</sup> Escuchando la radio desde Buenos Aires, oía a los oradores de los llamados partidos tradicionales, elocuentes, brillantes, generosos de palabras, dinamizadores, convincentes, casi predicadores, pero esa claridad se volvía balbuceo y tartamudeo cuando había que contestar: ¿se van a actualizar o no los salarios de los trabajadores y los sueldos de los trabajadores en general? (...). Cuando hablamos de estas cosas, sobre todo cuando hablamos del salario, nos dicen (lo oí en una radio, desde Buenos Aires a un candidato a senador de la lista 15) que somos demagogos. Se reía y decía: “hablan de que hay que subir los salarios, las jubilaciones, dar trabajo, vivienda, salud, se parecen a Tortorelli. Es ridículo en la situación actual del país”. Yo le contesto con un verso del gran poeta alemán Bertolt Brecht, que decía: “Los ricos consideran de mal gusto hablar de comida” y agregaba: “es que ellos ya han comido” (Arismendi, 1985, pp. 35 y 37).

por perspectivas diferentes, algunas veces puras y otras urdidas entre lo partidario, lo gremial, lo frenteamplista, lo interno, lo externo.

La militancia además sumará las variables de la territorialidad y la extraterritorialidad, lo próximo y lo distante, lo conocido y lo por descubrir además de abrir un panorama de vínculos con otros partidos, fundamentalmente el Partido Comunista Argentino, con organismos sindicales, con organizaciones sociales con finalidades diversas, con instituciones internacionales e intergubernamentales, cada una con su lógica y sus requerimientos.

Las demandas adicionaron a su especificidad, vínculos particulares, necesidades de acuerdos y no evitaron conflictos. Lo masivo, lo privado, lo clandestino, lo regional, lo internacional, impusieron condiciones que variaron desde la importancia de la apertura de locales públicos al reforzamiento simultáneo de códigos secretos.

Mientras tanto, en la larga década del 73' al 83' fue permanente la entrada y salida de afiliados al PCU con misiones diversas y sobre todo requerimientos diferentes para su estadía, supervivencia y retorno, a sus lugares de procedencia o a Uruguay. Cada quien portaba consigo una historia, una familia (aunque estuviera lejos) un proyecto y, sobre todo, una ilusión: volver al lugar en las condiciones más parecidas o aún mejores a las que se partió. Muchos debían reparar las heridas de la prisión, tortura, traiciones, separaciones y distancias.

Para que la maquinaria no se detuviera nunca –era un imperativo– se tramitaron como se pudo cuestiones de poder y de autoridad, planteos de género, asunción de responsabilidades asignadas o autoasignadas, con acuerdos o desacuerdos por parte de pares y dirigentes. La salud, el trabajo, la vestimenta, vivienda, alimentación, educación de los niños y los jóvenes, reunificación familiar, no fueron temas ni menores ni sencillos.

Las lanchas, los botes, los aviones, los transportes formales y los cruces a pie o a nado fueron verdaderas epopeyas que involucraron a cada uno de los protagonistas, pero también a quienes

de diferentes maneras acompañaron las acciones: custodios, fabricantes de documentos, “avisadores”, “correos” portadores de objetos diversos y de dinero.

Convivieron en esta Babel de acciones nombres consagrados en la militancia, responsables de aparatos y grupos de trabajo nacionales e internacionales, héroes en la resistencia, jóvenes debutantes y socios con diversos grados de responsabilidad y de conciencia, militantes del partido y de la juventud. Algunos debutaron en esta orilla del Río de la Plata sin ninguna experiencia previa. Muchos desaparecieron y aún se busca información sobre ellos.

Se inventaron empresas, oficinas, funcionarios que además de cumplir con acciones militantes operaron en muchos casos como pantallas con intención de dar forma legal a aquello que no podía ser justificado.

Establecer vínculos era simultáneamente una tarea, una responsabilidad y un riesgo. La obtención y el manejo de la información –su credibilidad y origen– fueron temas de debate, de sanciones y de construcción de estructuras y controles orgánicos.

Finalmente, la política de retorno no resultó ni unívoca ni tan cercana a lo previsto.

Así, la descripción polifónica y multicolor de la militancia reúne una versión coral de lo que se hizo con lo que cada quien aportó desde el supuesto de que se trataba de lo mejor para la gente y para la organización. Y de ninguna manera contiene todo. Solo lo que se pudo recoger hasta ahora.

## Cómo siguen doliendo Raúl y Manuel

*La calle Junín, la puerta del MAASLA, los sobres con la correspondencia denunciando las atrocidades del paisito, las estampillas que faltaba pegar y mi salida solo unos minutos antes de la entrada de los asesinos.*

*¿La fecha? El 24 de diciembre, la tarde que anticipaba la Nochebuena. ¿Buena? ¿Buena para quién? [...]. La noche interminable...*

*El caserón de la calle Callao, las comunicaciones telefónicas herméticas y no tanto, la llegada de los amigos de Montevideo, los que sí podrían ir a abrazar a los viejos Feldman, al joven Daniel [...]. En mi biblioteca ese resto de Cacho –no puedo llamarlo ni Raúl ni Diego– que preservé como tesoro: el libro de historia del cine y las ediciones facsímiles de los archivos del Cabildo de Montevideo [...]. La presencia de mi hijo Diego portando todo lo que me dejó aquel Diego y portando también la esperanza de lo nuevo, la prepotencia de la juventud –la nuestra de entonces, la suya de hoy– la mirada hacia adelante. Raúl –Cacho– Diego, estás. En el desenfado de mi hijo, en el aire de la calle, en nosotros, en mañana. Yo también estoy, recordando.*

Ana Diamant, Buenos Aires, 2005

*Innumerables testimonios de mayo del 76' en Buenos Aires y en la Argentina toda, el terror, en las calles, asoladas por los Ford Falcon, efectivos represores y de la Triple A. Las personas eran detenidas y encapuchadas en la calle, a plena luz del día, o en asaltos nocturnos a domicilios. Muchos desaparecieron luego de pasar por centros de detención clandestinos, como Automotores Orletti; sus cuerpos aparecían asesinados a los costados de las rutas, incluso fueron lanzados al río, en lo que hoy conocemos como los "vuelos de la muerte" [...]. Las crónicas de los medios, a pesar de la censura, registraron dónde y en qué condiciones aparecieron asesinados los cuerpos de Héctor Gutiérrez Ruiz, Zelmar Michelini, Rosario Barredo y William Whitelaw; no así en el caso del Dr. Manuel Liberoff, mi padre [...]. ¿No habrá llegado la hora de que el 20 de mayo, el NO del 80' y el Obelisco del 83' sean incorporados como "fechas patrias"?*

Benjamín Liberoff. La Onda Digital, mayo 2016

Al tiempo de hacer balance, el equipo de conducción partidaria en la clandestinidad porteña saca un saldo que habla muy bien de la organización, pero no evade el dolor profundo. Son solo dos las bajas punzantes, intensas, que ingresan en su registro, al que se suman detenidos, desaparecidos, torturados<sup>1</sup> de uno y otro lado del Río de La Plata, familias desperdigadas, proyectos inconclusos, exilios, pérdidas materiales y emocionales y el desafío de la inseguridad y el miedo.

La ejecución de Raúl Feldman –Cacho, el Gordo, Diego– y la desaparición de Manuel Liberoff se constituyen en dos sucesos emblemáticos de la “larga noche” que transcurrió entre los antecedentes

<sup>1</sup> Las víctimas de quienes se conocen los nombres y se mantienen como desaparecidos son: Carlos Bonavita Espínola (FIDEL-PCU, 1976), José Luis Barboza Irrazábal (1975) y Líver Trinidad Espinosa (1976). Asimismo fue identificada la ejecución de Emilio Rolando Morales Itza (1975) y finalmente, en situación de desaparición y posterior identificación se encuentran: Francisco Candia (1976, 2001), María Angélica Ibarbia Corassi (1977, 2001), Juan Carlos Insausti Tironi (1977, 2001) y Jorge Pedreira Brum (1978, 2023) (Ministerio Público Fiscal, s/f; Secretaría de Derechos Humanos para el Pasado Reciente, 2015).

al golpe de Estado en Argentina, el accionar de la Triple A y la operación Cóndor ya en dictadura en Buenos Aires.

La ficción permite imaginar un supuesto diálogo entre testigos/testimoniantes que se entablaría, abordando algunos aspectos “compartidos” de su vida cotidiana con atención a fechas y eventos específicos, tanto de Uruguay como de Argentina, particularidades de sus familias de origen, lugar que ocupó la militancia, el sostenimiento de la cotidianeidad, antecedentes de activismo y responsabilidades previas a la llegada a Buenos Aires.

En el convencimiento de que este recorte ayuda a una explicación en perspectiva generacional, en relación con la génesis y la conformación identitaria de un grupo –militantes comunistas, jóvenes, migrantes, semiclandestinos– que tienen en común una cronología, una territorialidad y un conjunto de responsabilidades asignadas en el contexto de una organización que, al decir de ellos mismos, en situaciones cambiantes se va pensando y revisando sobre la marcha.

Los testimonios de dos militantes comunistas uruguayos radicados en Buenos Aires durante las dictaduras que atravesaron Argentina y Uruguay –doblemente clandestinos– permiten una aproximación a la reconstrucción de la vida cotidiana en fechas y momentos clave de su estancia en Argentina.

Transitan el golpe de Estado en el Uruguay primero y en la Argentina después, la convivencia con amigos, vecinos, compañeros, algunos dirigentes, otros militantes de base, responsables o partícipes de la organización partidaria, con el objetivo de agruparse e incidir sobre la política del país de origen. Comparten con matices tareas vinculadas a la denuncia de lo que sucedía en su país, comunican al y en el exterior, sorteando las amenazas y finalmente, el trágico asesinato en un caso y desaparición en el otro.

Benjamín Liberoff, hijo de Manuel y Daniel Feldman, hermano de Raúl, son uruguayos, con edades relativamente cercanas, comparten en materialidades y simbologías acontecimientos y experiencias que incluyen su condición de hijos de familias judías

laicas, inmigrantes, comprometidas con la militancia desde mucho tiempo atrás, con quienes se trasladan luego a Buenos Aires. También comparten un orden secuencial: eran estudiantes y militantes en Montevideo, atravesaron situaciones que los obligan a salir del Uruguay, se re insertan en la actividad partidaria con el objetivo de agruparse partidariamente en Argentina para incidir sobre la política del país de origen, sortean riesgos y amenazas del país de acogida, comparten la tragedia de la muerte de un familiar muy cercano –desaparición en un caso y asesinato en otro–, salen de la Argentina hacia otro destino y finalmente regresan en diferentes momentos y situaciones a Uruguay, donde residen actualmente.

Buenos Aires aparece en la vida de ambos –y de otros tantos– en el 73´, cuando ya se había producido el golpe de Estado en el Uruguay. Los asumimos como voceros solidarios y representativos, sabiendo que sus relatos, aunque autocentrados, dan forma a narrativas que remiten a sucesos que articulan y socializan información, asignan protagonismos y producen efectos sobre la perspectiva de una “cultura comunista” que se materializa en sus discursos, en acciones y en los militantes.

Los tiempos actuales son más sensibles a las manifestaciones de la singularidad que legitima no solo la recuperación de interés por la biografía, sino también la transformación del género en un sentido más reflexivo [...]. La interrogación sobre lo que es el sujeto y los procesos de subjetivación alimentan esa renovación de la escritura biográfica, que –consideramos– entra en su edad hermenéutica, la de la reflexividad. Ya no se trata de acudir a la identificación, sino a un enfoque del otro en un segundo plano (Dosse, 2011, p. 221).

Benjamín Liberoff, nacido en 1949, cuando comienza su recorrido hacia Buenos Aires en 1973 era estudiante universitario de Arquitectura y uno de los tres representantes de la FEUU en el Consejo Directivo Central de la Universidad de la República.

En el momento del golpe de Estado estaba en la Universidad, y hubo una movilización que salió hacia el obelisco. En la radio se dijo que había habido un atentado contra el rector, cosa que escuché en la universidad que no era cierto [...]. Junto con tres compañeros acompañamos al rector para volver a su casa, y en la calle Guayabo y Eduardo Acevedo me detuvieron. Al rector lo dejaron seguir. Ahí fui golpeado dentro de un ropero [vehículo de traslado utilizado por la policía] y llevado a la comisaría 5<sup>a</sup>. Luego de estar un rato ahí me llevan a la oficina del comisario y me dicen que había una llamada para mí [...]. Y hablé con papá [...]; el comisario también dijo “si Manuel sigue jodiendo... [...]”. Mi madre después me vino a ver [...]. Me liberan en setiembre, 23 de setiembre, creo que era del 73´ [...], ya no estaba yendo a mi casa (Liberoff, 2016).

El recuerdo es fuerte desde el presente rememorado el momento germinal de lo que vendrá después: desaparición de Manuel, desmembramiento familiar, búsqueda de rastros hasta el día de hoy.

Daniel Feldman, nacido en 1957, con una militancia iniciada desde adolescente en un contexto familiar que lo ampara, ingresa a la escuela secundaria en 1970.

Año en que las autoridades de la enseñanza, en agosto, suspenden los cursos [...] La enseñanza secundaria había sido intervenida por el gobierno, en medio de muchas agitaciones se suspenden los cursos y se forman lo que se llamó Liceos Populares [en los que el padre de Benjamín tuvo una participación protagónica] [...] conformados por docentes que voluntaria y honorariamente continuaron con el desarrollo de los cursos, que funcionaban en diferentes lugares: parroquias, locales sindicales o casas particulares [...]. Ahí fue que me afilié a la Juventud Comunista, en setiembre del 70´ [...]. En junio del 73´ llega el golpe de Estado, y bueno, soy suspendido en agosto del año 73´ [...]. Se nos inició un sumario [...] y nos condenó a perder ese año, por faltas [...]. Eso sería, más o menos, lo previo a la salida a Buenos Aires (Feldman, 2016).

Ambos, en su presentación, refieren a sus familias de origen –mito fundacional de una historia con cruces y reiteraciones– particularmente

a sus padres, aunque madres y hermanos aparecen también en los relatos. Hay consideraciones de trascendencia que en algunos momentos adoptan términos de gesta, también derrota o frustración, no solo durante su estadía en Buenos Aires, también en los motivos que llevaron a su traslado, marcando en diferentes tramos de sus testimonios el espacio que ocupaba la militancia en especial, y la perspectiva partidaria en general, en la vida cotidiana.

La conciencia histórico efectual se concibe como el momento estructural y a su vez estructurante de la comprensión [...]. Desde nuestro momento histórico interpretamos la historia y tal acto interpretativo deviene en una interpretación histórica abierta a situaciones que se efectuarán a su vez desde una conciencia histórica situada (Borsani, 2001, p. 125).

El padre de Benjamín era argentino de origen, fue expulsado de ese país, adquiere nacionalidad uruguaya, nuevamente expulsado a Buenos Aires donde es secuestrado y desaparecido. Hasta el día de hoy continúa la búsqueda de sus rastros.

Había sido detenido el 12 de julio y después de un período sin saberse dónde estaba, se lo ubicó en el kilómetro 14 de camino Maldonado. El 30 de octubre del 73' la dictadura decide expulsar a papá porque no era ciudadano legal [...] y esa expulsión se concreta el 7 de noviembre del 73' [...]. En Montevideo plantearon que había que esperarlo. Acá vivía mi abuela, y eso fue lo que hice [...]; en cuanto él viene [Benjamín ya estaba en Buenos Aires], mi madre cruza a verlo y de Montevideo le plantean que no retorne porque la van a detener [...]. La situación represivamente se empezó a complejizar, y toda mi familia fue llevando un deterioro progresivo, en sus condiciones de movimiento e incluso sus condiciones económicas, porque papá en todo lo que tenía que ver con equipamiento médico de la casa que teníamos en Uruguay, lo dona para el Sindicato Médico, y la casa se vende, y papá deja el dinero para el partido [...]. Por lo tanto, se quedó en cero, era como comenzar de cero a los 55 años; perdió el empleo, lo perdió todo

[...]. Mis dos hermanas quedaron en Montevideo, sin autorización de viaje. Poco después vino Esther, mi esposa, pasó algo parecido, y quedó nuestra hija, y hasta diciembre prácticamente nuestra vida giraba en torno a cómo salían mis hermanas y mi hija (Liberoff, 2016).

El padre de Daniel vino a América desde Rumania y la madre desde Ucrania:

Su objetivo era quedarse en Brasil. Dos hermanos más vinieron a Brasil, él comenzó allá su militancia política, fue detenido, preso político en Brasil y expulsado del país hacia Uruguay, dejado un día en la frontera [...]. En Montevideo conoció a mi madre, que había llegado con dos años de edad al país, se casaron, formaron una familia. Yo tenía un hermano diez años mayor [...]; el núcleo familiar también lo conformaban mis abuelos maternos [...]. Mi padre se integró a militar políticamente también en Uruguay, era miembro del Partido Comunista. Eso fue permeando en nosotros [...], que también nos integramos a militar en la Juventud Comunista. Mi padre, ya como diez años antes [del 73´], había comenzado a ser separado de la militancia pública y empezaron a conformar con un grupo de personas toda una infraestructura clandestina del Partido Comunista, ante la posibilidad de un golpe de Estado. No hay que olvidar que por el año 64´ también hubo una intentona de golpe [...]. Después del golpe de Estado, la casa nuestra era usada frecuentemente por la dirección del partido Comunista para sus reuniones [...]. Hay una famosa que fue el Comité Central de agosto del 73´, donde el Partido Comunista sacó una resolución muy importante en la proyección histórica para el trabajo de resistencia [...]; creo que había unas veinte personas adentro de nuestra casa durmiendo en las camas, en el piso, en sillones [...]. Al día siguiente me suspendieron [...]. Me acuerdo que después que terminó la reunión y que terminó de salir la gente vinieron a casa a avisarme que me habían suspendido [risas]. Mi padre tenía una fábrica de camisas y después un taller de confección de camisas a fasón [...]. Se le hacía muy difícil sostener la empresa, el trabajo, y se planteó la posibilidad de ir a Buenos Aires, de ir a residir a Buenos Aires [...]. En esos momentos, el Partido Comunista tenía una posición muy dura en temas de la salida al país, decía que los comunistas no se iban del

país, los comunistas resisten dentro del país. Bueno, pero se discutió y, justamente, coincidió con que se estaba formando la estructura del partido en Argentina para dar apoyo y soporte a la lucha dentro de Uruguay (Feldman, 2016).

La cotidianidad de ambos y de sus familias se ve profundamente alterada en el nuevo destino, dejando atrás una represión creciente y actividades que lindaban entre lo legal y lo ilegal. Argentina, Buenos Aires, era un hábitat desconocido, en ese momento en democracia, espacio que se transformaría en lo transitorio para ambos y puente hacia otros destinos para otros. Las similitudes culturales e idiomáticas –más allá de las diferencias de escala y ciertos modos cotidianos– favorecieron la adaptación, a diferencia de migraciones y exilios a tierras más lejanas e incluso en lo afectivo. Daniel tenía amigos de infancia con quienes había compartido actividades comunitarias judías y Benjamín tenía familia en virtud de que Manuel era argentino. De todos modos, ambos tuvieron que hacer esfuerzos para “acomodar” acciones y representaciones del espacio originario al real temporario, del otro lado del Plata, y luego relatarlas.

Aún si existe en una sociedad determinada, un conjunto de recuerdos compartidos por sus miembros, las secuencias individuales de evocación de esos recuerdos tendrán todas las posibilidades de ser diferentes (Candau, 2001, p. 32).

Aclimatarse resultó un desafío difícil de resolver, necesariamente en poco tiempo. Hubo que conocer y actuar con códigos y habitualidades desde el desamparo de afectos y camaradas, desconociendo claves mínimas de la seguridad, tratándose tanto de una organización como de sus militantes “entrenados” en la acción legal. La clandestinidad o la semilegalidad fueron un reto de aprendizaje mientras se iba viviendo. No fue menor en ese proceso la desnudez en las condiciones de sobrevivencia, hogar, trabajo, salud, educación, dinero, vestimenta, afectos, contención, como la

orfandad e inexperiencia fuera de fronteras para construir las primeras herramientas de la labor militante.

Benjamín llega a Buenos Aires con responsabilidades previas en la militancia partidaria y universitaria.

Vine [para] el 55° aniversario del manifiesto de Córdoba. Entonces se discutió quién iba a ir por la Universidad al manifiesto de Córdoba. Landinelli, que era el secretario general de la FEUU, no parecía lo lógico en ese momento, y tampoco se quería que saliera, y bueno, finalmente deciden que fuera yo. Se vota también a Alberto Pérez Pérez por el resto del Consejo, que era el decano de la Facultad de Derecho [...], un 24 de octubre si no lo recuerdo mal, del 73'. Y el 25 explota una bomba en la Facultad de Ingeniería en Montevideo, y mata a un militante del GAU [Grupos de Acción Unificadora] [...] y todo lo que se había construido desde el punto de vista de que la FEUU ganó el 12 de setiembre con el setenta por ciento de los votos, y todas las fuerzas democráticas ganaron los diferentes órdenes, la dictadura utilizará eso como excusa para la intervención, y pide la captura de todos los miembros del Consejo Directivo (Liberoff, 2016).

Daniel y su hermano Raúl –asesinado en diciembre de 1974– pudieron anticipar orgánicamente algo de lo que luego sería, por lo menos en los inicios, su militancia porteña.

Fue Jorge Mazzarovich, que en ese momento era el secretario general de la UJC, [quien] nos reunió a mi hermano y a mí y nos planteó que se estaba conformando un núcleo de trabajo en Buenos Aires –porque, nosotros, en el momento que se toma la decisión de irnos a Buenos Aires planteamos pedir pase a la Juventud Argentina, a la FJC (Federación de Juventudes Comunistas)– y Jorge Mazzarovich nos plantea si estábamos dispuestos a aceptar la tarea de trabajar en ese núcleo que se estaba conformando en Buenos Aires [...]. La expectativa nuestra era que Buenos Aires era una instancia de pasaje, y la idea era volver a Uruguay. Y bueno, sí, la verdad que la aceptamos con mucha satisfacción, digamos, porque era la forma de seguir, ninguno de los dos queríamos irnos en ese momento. Yo tenía 16 años, no tenía mucha opción de decir “me quedo”, pero era una forma de

seguir vinculados a toda nuestra historia y a la lucha que estábamos llevando adelante. Así que, bueno, ahí fue que comenzó esa otra nueva fase de militancia [...]. Esta decisión se toma en noviembre del 73', mi padre y mi hermano son los primeros en ir a Buenos Aires, van por diciembre del 73'. Yo voy en marzo del 74', porque empezaban ya las clases [...] y en Montevideo quedaron mi madre y mi abuelo, porque en ese momento se decidió poner en venta la casa, tenía que quedar alguien acá, y además, mi abuelo no podía salir del país por un tema de documentación [...]. Mi madre recién llega a Buenos Aires en noviembre del 74' [...], poco antes de que mataran a mi hermano (Feldman, 2016).

En ambos testimoniantes el cruce a Buenos Aires se percibía como breve. Para Benjamín, porque iba a una celebración y pese a la inicial situación dictatorial entendía que su regreso era un hecho. En el caso de Daniel, por circunstancias críticas de la familia que podrían ser resueltas en un corto plazo.

Ambos, desde el primer momento, comparten una sensación generalizada que puede acompañar en los exilios, y es la del pronto retorno, pese a que para ellos su cruce no tuvo en el comienzo ese aroma amargo de la expulsión.

El Río de la Plata se nos ofrece como un paisaje que está ahí, al alcance de la vista y de la mano [...]. Si imagináramos como una escena posible a la sociedad [...] sentada frente al Río de la Plata, es posible que nos encontráramos ante una experiencia perturbadora. En ese río se refleja una historia llena de sueños, temores, esperanzas y tragedias. El Mar Dulce que creyó encontrar Solís a comienzos del siglo XVI sabe terriblemente amargo desde los años setenta del siglo XX (Mariño, 2006, p. 122).

El cruce fue para Benjamín y Daniel la ceremonia que hizo jugar la inexperiencia de los comunistas uruguayos con una cotidianidad de la política más allá de fronteras y que aumentaba la complejidad en virtud de un quehacer entre lo legal y lo semiclandestino. En su mochila, no obstante, traían carga útil. La práctica previa

tenía, con otra magnitud, un cargamento de códigos aprehendidos y acciones vividas en distintos momentos que transitaron en su militancia vinculada a la Juventud Comunista y al movimiento estudiantil en el Uruguay que, de autoritario devino en dictatorial. Claro está que no siempre es suficiente en una geografía física, social y política ajena y con nuevas responsabilidades.

Se advierten en sus voces sobresaltos y temores, huecos en los que se esconden las experiencias más fuertes que el trabajo clandestino causó en ese refugio de alta peligrosidad, sin dejar de lado alguna cuota de humor y complicidad.

Benjamín participa desde los inicios en la estructuración de lo que será el aparato clandestino:

Como militante comunista, estaba relacionado a una estructura de trabajo partidario que se fue creando acá en la Argentina. En aquel momento era militante en la juventud, pero con el partido funcionábamos todos juntos. Una de las directivas de trabajo era tratar de nuclear todas las expresiones políticas que tenía el Uruguay por fuera, para poder estructurar la solidaridad. Desde ese punto de vista acá comenzamos a hacer reuniones semanales en la confitería de la calle Florida [...]. Pero, como la situación se había empezado a complicar desde el punto de vista represivo, desde el punto de vista político, se entendió en un determinado momento que era peligroso, y nos mudamos al Tortoní, que tenía la virtud de tener puertas por dos calles. Pero ahí, ya en ese tiempo, que era mayo o junio, había pasado marzo del 74'. López Rega estaba establecido, ya no era Cámpora, y sabíamos que, en Coordinación Federal, en la calle Belgrano, ya había empezado a trabajar un grupo de la policía uruguaya, al frente del cual estaba el comisario Campos Hermida. En aquel momento no se conocía nombre de Gavazzo [...]. Con ese trabajo nos juntábamos, hacíamos acciones vinculadas al movimiento argentino, y al MAASLA, el Movimiento Argentino Antimperialista de Solidaridad Latinoamericana, y en ese grupo trabajaban Feldman y mi padre, además de los argentinos (Liberoff, 2016).

Daniel, muy joven en ese entonces, relata cómo se inicia su nueva etapa militante, ahora semilegal:

Tanto mi hermano como yo viajamos legalmente a Buenos Aires, no estábamos más allá de que a mí me habían suspendido en el liceo y de que mi hermano era una figura conocida porque hacía la audición radial de la Juventud Comunista [...]. Usábamos en nuestra militancia y nuestras relaciones con el espectro político nombres ficticios. Cuando llegamos, quien estaba como responsable en la conformación del grupo era Benjamín Liberoff, pero ya estaba decidido que iba a salir de Buenos Aires. Fue a Praga y estuvo como representante de la FEUU (Federación de Estudiantes Universitarios del Uruguay) en la Unión Internacional de Estudiantes. Se nos planteó que iba a venir otra persona, que no sabíamos quién era, hasta que llegó [...]. Yo no lo conocía, pero mi hermano sí; era Roberto Pereira, que fue quien estuvo al frente del grupo y permaneció todo el tiempo en Argentina, más de diez años clandestinamente en Argentina [...]. Estaba muy compartimentado [...]. Nosotros, fundamentalmente desarrollábamos nuestra tarea en el Movimiento Argentino Antiimperialista de Solidaridad Latinoamericana (MAASLA), que era una organización conformada por diversos partidos, organizaciones sociales y personalidades argentinas, que desplegaban tareas de solidaridad con exiliados de diferentes países de América. Había una solidaridad muy fuerte con la gente de Chile, en ese momento en que ya se había producido el golpe de Estado, pero había también gente de Bolivia, alguna de Perú, y teníamos, digamos, ese movimiento como centro de nuestra actividad [...]. Los que iban ahí, Walter [Cruz] y Ana [Schenk] con sus nombres verdaderos, a mi hermano lo conocían como Diego, a mí como Francisco. La gente no sabía que éramos hermanos [...]. Lo que hacíamos ahí, básicamente, era tratar de desarrollar contactos y actividades de solidaridad con Uruguay; en ese momento se estaba trabajando mucho el tema de los presos políticos, estaba comenzando a ser detenida mucha gente y se hacían tareas de denuncia de la situación en Uruguay, pero se trataba, también, de promover diferentes actividades de solidaridad con los presos [...]. Recuerdo haber participado en reuniones con legisladores argentinos de los diferentes partidos

políticos, con dirigentes políticos, sobre todo, estábamos tratando de llegar a dirigentes juveniles argentinos. Se tuvo una reunión, yo no participé de esa, pero se tuvo una reunión con el entonces dirigente radical juvenil Raúl Alfonsín (Feldman, 2016).

Ambos relatos reflejan esencialmente que algunas tareas de los comunistas en el exterior coincidían con aquellas que se repiten en otros exilios aún de distinto tono político: denuncia, solidaridad, tejer redes con personalidades y grupos organizados de otros países. Sin embargo, en Argentina ya desde 1973, mucho más desde 1974, el trabajo cotidiano se fue tornando semilegal y puso en guardia a la organización más compacta de los comunistas como intento de preservación.

La compartimentación era muy estricta: cuando nosotros empezamos a tener relaciones con emisarios que venían de Montevideo [...] teníamos un mecanismo de control muy cuidadoso [...]. La gente que llegaba a Buenos Aires eran jóvenes que no estaban detectados; tampoco perdimos gente que enviamos al exterior [...], tomábamos bastantes precauciones (Stari en Bermúdez Irisarri, Caamaño Torrado y Caballero Álvarez, 2018, p. 402).

Paulatinamente primero, y más velozmente luego, se va agudizando la situación de desmoronamiento del gobierno peronista, en tanto se extendía la represión con la acción directa o indirecta del Estado y la constatación de los inicios de la coordinación operativa de los servicios de inteligencia de la región a través del Plan Cóndor. En ese contexto de deterioro y creciente inseguridad, la cotidianidad de los comunistas en Argentina se fue complejizando y consecuentemente tornándose en extremo peligrosa.

La fragilidad para construir una nueva cotidianidad en un territorio extraño acrecentó los desafíos y a la vez redimensionó la situación de peligro. La orfandad afectiva fue acompañada del *in crescendo* de las precauciones y del celo en el respeto a los códigos de la clandestinidad. Las voces de ambos transmiten recuerdos,

hacen sentir la tensión y la soledad en momentos de la resolución del espacio personal para la sobrevivencia y del tejido partidario.

Benjamín entra en contacto con

algunos compañeros que efectivamente no hacían la vida que hacíamos nosotros, legalmente. Sí, sobre todo porque había una parte de ayudar económicamente al interior [Uruguay], que había que manejarla por otros carriles que no eran los que nosotros, en la medida en que hacíamos actividad pública, las podíamos hacer. Esas partes, en general, tenían uno o dos puntos de contacto, saber en qué estaba el otro, pero eran relativamente reducidas, no eran muy frecuentes. Yo conocía que algunas cosas se podían hacer, pero no tenía contacto con esas otras áreas (Liberoff, 2016).

Para Daniel la experiencia adaptativa fue

muy difícil, porque, estábamos siempre instalándonos, los hechos además se sucedieron muy rápido [...]. Por el grupo de militancia que se estaba formando, uno tendía a no buscar círculos de relaciones desconocidos, más en una ciudad, en un medio donde no se conocía a prácticamente nadie. Entonces, yo tenía relación, a partir de alguna gente que había conocido en Uruguay, del Zhitlovsky, que era un club de la colectividad judía progresista adonde asistía, y que tenía su contraparte en Buenos Aires [...]. Tenía un amigo que me integró a un grupo, con los cuales a veces salíamos un sábado, nos juntábamos, pero que después fue muy importante para salvarme el pellejo cuando tuve que pasar a la clandestinidad en Buenos Aires, y posteriormente cuando tuve que salir del país, porque las vías orgánicas de relacionamiento con el Partido Comunista Argentino, prácticamente, no funcionaron, y las que funcionaron fueron esas relaciones personales que me permitieron esconderme y estar resguardado en el tiempo que tuve que permanecer en Buenos Aires (Feldman, 2016).

En la medida en que aumentan los riesgos, el peligro se acerca de la mano de lo inesperado.

En un sentido profundo, la dictadura puso a prueba a la sociedad argentina, a sus instituciones, dirigentes y tradiciones [...]. En cuanto se aborda la implantación del terrorismo de Estado en una perspectiva que se interroga sobre sus condiciones y en una periodización de más largo alcance, es posible ver lo que revela, como un espejo deformante, pero sin embargo fidedigno de esa sociedad que lo produjo [...]. No hay dudas de que se sometió a la sociedad a una violencia sin límites y hasta entonces desconocida, especialmente por la implantación del aparato clandestino de represión y exterminio (Vezzetti, 2002, p. 38).

### Manuel, padre de Benjamín, desaparece en Buenos Aires

la noche del 19 al 20 de mayo de 1976. Ahora se van a cumplir cuarenta años, es la misma noche que se hace el operativo de Zelmar, el Toba, Rosario y William. Lo extraño es que de él no se haya sabido nada. En realidad, aparentemente, él estuvo en una casa que habría alquilado un gordo, atrás de donde después es Automotores Orletti. Eso se puede reconstruir, yo lo estoy hablando de memoria. De ese lugar, la única referencia es la casa como de dos pisos, arriba, de madera. Hay dos hermanos que son detenidos, que estaban en una libreta de Michelinini [...]. Uno de los hermanos, que después quedó libre, declaró ante la comisión que se formó en Uruguay [...] y lo que dice es que, en el lugar donde los tenían, había un médico uruguayo, de apellido ruso (da mal el nombre) que estaba mal de salud, pero que siempre les increpaba que no tenían derecho a hacer eso y maltratar a las personas. Entonces parece relativamente posible que, por apellido ruso, comunista, uruguayo, que estaba mal de salud –papá ya estaba convaleciente de un cáncer–, podía ser efectivamente él [...]. Cuando desaparece papá, entran al apartamento y lo separan a papá de mis hermanas y mi madre, los encapuchan a todos y comienzan a robarse todo lo que había, incluidos los documentos, y se lo llevan separado a papá, y dejan en casa a mis hermanas y mamá. Cuando mis hermanas van a hacer la denuncia ante la comisaría del barrio [...], les pareció ver a alguno de los que había estado en el operativo, pero no lo puedo confirmar [...]. El asunto es que se habían quedado sin documento porque se los habían robado, entonces mis hermanas

pasaron a estar en un refugio de Naciones Unidas, y mamá clandestina entre comillas. Mamá hace algunas entrevistas, procurando saber dónde estaba papá; nadie confirma nada. Cuando tuve la noticia, tomo contacto con la Cruz Roja Internacional y con la Comisión Internacional de Juristas [...]. Hago una gestión en Suecia, por la cual logro que se acepte la unificación familiar de mis dos hermanas, que tenían asilo bajo refugiados, y logro sacarlas para Suecia. El caso de mamá era más complicado, porque era argentina, por lo tanto, no podía pedir asilo [...]. La embajada sueca logró un salvoconducto, y el embajador fue adonde estaba mi madre, en un auto de la embajada, la llevó hasta la escalerilla del avión, mi madre toma el avión, y se había arreglado para que al llegar a Brasil Naciones Unidas le daba refugio, y a partir de eso viajaba también a Suecia [...]. Cuando viene mi madre, por reunificación familiar, la Cruz Roja checoslovaca pide a la Cruz Roja sueca, y entonces reunificamos como familia en Checoslovaquia, que era donde yo estaba viviendo (Liberoff, 2016).

Raúl, hermano de Daniel, conocido como Diego, Cacho o el Gordo, fue asesinado la tarde del 24 de diciembre de 1974. Para Daniel, hablar del hecho le resulta costoso.

Es parte del homenaje a Raúl y es parte de un mensaje, una enseñanza que podamos tratar de dejar [...]. Fue un día muy simbólico, un 24 de diciembre, más en Argentina, un país de fuerte raíz religiosa, católica. En realidad, mi hermano había ido medio temprano a la sede del MAASLA [...]; yo había quedado en ir a las cuatro de la tarde a encontrarme con él, porque [...] había que sacar algo de dinero del banco, que estaba a nombre de él. Mi hermano después se iba a juntar con una gente [...] a festejar, a brindar [...]. Estaba aprontándome para salir, y mi madre me dice: “no, no vayas”. Le digo: “pero si quedé...”. “No, pero no se precisa, igual con lo que tenemos acá en casa está bien, no vayas”. Esos tires y aflojes, en realidad... Yo quería salir, no tenía ganas de quedarme en casa, tenía ganas de, por lo menos, dar una vuelta hasta el centro, ir ver a mi hermano, estar un rato, después volverme [...]. No fui, me quedé [...]. Sobre las seis de la tarde, más o menos, tocan el timbre en el apartamento, atiendo, era esta muchacha que yo te comentaba, argentina, que colaboraba y además había

tenido una relación con mi hermano, una relación breve, pero habían tenido una relación, y yo pensé: ¿qué quiere? Y bueno, subió, venía con otro compañero y me dice: “vengo porque hubo un problema con Raúl”. Pregunté “¿qué pasó?” y dice: “no... No te puedo decir, tenemos que ir al local del partido”. Lo que me vino a la cabeza era que lo habían detenido. Bajamos con mis padres que, por supuesto, no dejaban de preguntar qué había pasado. Bajamos en dos ascensores. Mis padres en uno y yo con ella y el otro muchacho en otro, y volví a preguntar: “decime, ¿qué pasó?”. “No, no te puedo informar”. Y bueno, yo qué sé. Hasta que llegamos a la sede del Partido Comunista Argentino, en el centro, estaba cerca del Congreso, en la calle Entre Ríos [...]. Vienen y nos dicen: “A Raúl lo asesinaron” [silencio]. No dijeron a Raúl... A Diego, dijeron, era el nombre que usaba mi hermano [...]. Mi madre entró en shock, sufría de problemas de hipertensión, entró en shock; mi padre no entendía nada, yo tampoco entendía nada [...]. Al final fui hasta allá [al MAASLA], llegué al apartamento y estaba la policía y el cuerpo de mi hermano tirado en medio de un charco de sangre [...]. Entré al apartamento, había tres o cuatro policías y, bueno, sí, era mi hermano. De ahí me llevaron a la seccional cercana, a hacer un interrogatorio [...]. El 26, cuando volvimos del entierro, el portero del edificio nos dice que habían venido varios Ford Falcon y que le habían pedido para entrar al apartamento; él no los dejó. Entonces, enseguida me sacaron de casa. No recuerdo con quién contactamos, pero me llevaron a la casa de estos compañeros de la CNT [...] por el barrio de Matanza o Mataderos. Uno de ellos era Ernesto Goggi, que fue el responsable de apagar la refinería, o sea, que lo querían agarrar [...]. Había fijado un contacto con mi padre para varios días después en un bar y, hasta ahí, estuve hasta el primero de enero en la casa. Recuerdo, bueno, el 31 de noche estuve solo ahí [...]. Imaginate, todavía no me había caído la ficha de que a mi hermano lo habían matado, porque una cosa es la imagen, sí, se me repetía la imagen de verlo a él en medio del charco de sangre, de haberlo enterrado, pero... Asumir la irreversibilidad de esas situaciones es muy difícil. Me cuesta a veces ahora, y pasaron más de cuarenta años (Feldman, 2016).

Las voces de Benjamín y Daniel se sitúan en un tiempo y un espacio compartido y desde allí transmiten experiencias múltiples que los acercan, desde el universo exiliario, aun cuando sus salidas en el “vamos” no hubieran tenido esa intención. El exilio, los exilios son una opción para salvar la libertad y hasta la vida misma, son a la vez una posibilidad para rearmar las estructuras de las organizaciones reprimidas y generar espacios e instrumentos de solidaridad, de apoyo a la resistencia interna y de defensa frente a los ataques externos, planificados y subrepticios.

Las transformaciones en la legalidad e institucionalidad estatal promovidas por la dictadura uruguaya estuvieron relacionadas con la ampliación coordinada de la represión al ámbito regional [...]. El acta fundacional del Plan Cóndor está fechada en noviembre de 1975 y fue resultado de una primera reunión interamericana de organismos de inteligencia convocada por la Dirección de Inteligencia Nacional (DINA) en Santiago de Chile. Allí, el Coronel J. A. Fons, quien participaba en nombre del Servicio de Información de Defensa (SID) de Uruguay, fue quien propuso el nombre de “Cóndor” para dicha transnacional de la represión. Ello modificó una parte del organigrama clandestino del Estado-dictadura fuera de las fronteras, el personal burocrático asignado, los recursos técnicos y financieros para las operaciones encubiertas (transporte, comunicaciones, armas, infraestructura de vigilancia en puertos y aeropuertos, coordinaciones) (Rico, 2015, p. 61).

Para Benjamín y Daniel, si bien Buenos Aires representó un refugio, no les ahorró la impronta de shock dramático –ejecución y desaparición–, incertidumbre, desconcierto y la búsqueda en lo personal o en lo familiar de nuevos caminos que los alejaran de aquel terror cotidiano, de la violencia desatada, del miedo extremo y los acercó a algunas redes de solidaridad que en ambos casos pasaron por la comunidad judía de izquierda, por momentos, del Partido Comunista Argentino y hasta por organismos internacionales.

Ambos tuvieron iniciaciones y derroteros que por momentos los hermanan, por momentos los espejan, por momentos los distancian, pero, finalmente se reencuentran nuevamente en Montevideo. Aquellas mochilas que compartían en términos de aprendizajes previos hechos en la casa familiar y en la militancia política, y que de alguna manera funcionaron como garantes para la supervivencia, ahora están más cargadas, con más experiencia y con otras expectativas.

Se trata de situaciones simultáneas de desarraigo territorial y vida semiclandestina en Buenos Aires y a la vez novedosas en la historia personal, familiar y partidaria que exigieron esfuerzos adaptativos emocionales y materiales que implicaron aprendizajes de alto nivel de compromiso y riesgo.

Las formas de salida, de arribo legal, de solución de vivienda, las sucesivas mudanzas, la inserción laboral, la precariedad en la consolidación de vínculos, así como las complicidades en silencios, los acuerdos explícitos e implícitos, familiares y amistosos, de vinculación con el partido, con el territorio de partida y de llegada, fueron de un particular paralelismo, con encuentros y desencuentros que, con un denominador común, tuvieron particularidades idiosincráticas.

Las responsabilidades que se asumieron antes de la partida, personales y familiares, y desde la llegada –con mayores y complejos compromisos– vinculadas con la resistencia y la expectativa del retorno, plantearon formas de estar y de hacer, de participar y de contactar, de permanecer y de planificar el regreso; traman sensaciones, percepciones y acciones que presentan aspectos comunes: la ajenitud, la orfandad, el distanciamiento físico y emocional, el disciplinamiento, la renuncia, los miedos y sus vencimientos, la transgresión.

La posibilidad de narrar es doblemente interesante a los efectos del análisis que se propone. Por una parte, en relación con el abordaje del dolor, de los sentimientos profundos y todas las implicancias que esto acarrea y por otra, por el silenciamiento sobre estos

temas que se impusieron los protagonistas por varias décadas; las primeras por necesidad, las últimas por la dificultad que significa penetrar estos temas en las tramas que tejen los recuerdos, la conciencia, la cultura partidaria y las luchas entre memorias.

Los momentos más potentes en el recuerdo se organizan desde un presente mediado por un largo periplo en que se fue procesando la intensidad de dolor junto a la posibilidad de intentar volver sobre el pasado.

Para Benjamín se trata de un padre que mantiene la figura de detenido desaparecido. De Manuel nada se sabe, apenas los datos trágicos de la detención en el hogar, otros difusos del posible lugar al que lo llevaron y la presencia allí de un hombre enfermo, digno ante sus victimarios.

Para Daniel se trata de un hermano que fue posible verlo ejecutado, con su cuerpo perforado por las balas y una sensación incunable de pensar que pudo estar en las mismas condiciones.

Hay otras voces, otros testimonios que hacen posible acercarse a aquel 24 de diciembre de 1974 y que permiten rememorar desde el dolor y el desconcierto la magnitud del atropello que termina en asesinato y cómo su ejecución fue una de las marcas imborrables para los comunistas en Buenos Aires que, a pesar de la compartimentación, estuvieron al tanto del suceso.

Juan Azcoaga, argentino –copresidente del MAASLA junto a Horacio Veneroni– ubica en su memoria el movimiento, a sus militantes, el local, a Raúl y el día fatal y fija su mirada en aquel escenario de una Argentina violenta, aún con Isabel Martínez de Perón como presidenta constitucional. Era un Buenos Aires de ejecuciones, de detenciones, y de escenas con intención de exhibir el terror y al mismo tiempo se hilaban las solidaridades, entre distintos partidos y frentes, entre los países latinoamericanos, en tanto no se producía lo esperado, el golpe de Estado.

[El MAASLA] terminó inmediatamente después del golpe de Estado de marzo del 76'... [Funcionó] unos cinco años. No todos eran

perseguidos, y entre los latinoamericanos que venían a la Argentina, se pasaba la voz de que había una institución pequeña, pero que podía ofrecer algún tipo de ayuda [...], pedir algo si necesitaba algún tipo de apoyo. Teníamos mucha relación con la gente de izquierda, en ese momento empezaba a armarse el Frente Amplio, y teníamos bastante interés y bastante contacto. También teníamos alguna relación con la Universidad de la República, especialmente con Maggiolo, también con algunos profesores que tenían una actitud democrática, y cuando había viajes de una a la otra orilla tomábamos contacto e intercambiábamos puntos de vista. La vinculación era con los amigos y allegados a Seregni. Era nuestro máximo representante, no solo de la relación con el Uruguay, sino también de la democracia en América Latina, era un símbolo. De modo que el vínculo no era partidario, era un vínculo con la gente del Frente Amplio, sin límites (Azcoaga, 2015).

Lo que comparte Juan Azcoaga es también aquel momento, aquel acontecimiento del 24 de diciembre de 1974, que irrumpe dramáticamente en el espacio íntimo del MAASLA, y que anunciará el comienzo de su final. Su recuerdo da cuenta detalladamente del tiempo transcurrido entre que se les informó sobre lo que pasaba en el local del MAASLA, pasando por el encuentro con salas, ficheros revueltos y el cuerpo acribillado y ensangrentado de Raúl, hasta los posteriores trámites de denuncia. Lo que no había duda es que el asalto al local y la ejecución era responsabilidad de la Triple A y lo que restaba por hacer era entregar el cuerpo a los familiares.

Me acuerdo perfectamente. Ese 24 de diciembre cada uno de nosotros estaba en su casa [...]. Veneroni vivía en la zona de Congreso y yo también [...]. Alguien llamó por teléfono [...]; le avisé a Veneroni y fuimos los dos rápidamente al local. Cuando llegamos nos encontramos con que la puerta había sido violada, había un desorden espantoso, y una cantidad de casquillos de armas de fuego en el suelo, y estaba Cacho, el único que había ido a trabajar un 24 de diciembre. Siempre había algunos documentos que preparar y él había ido y estaba solo [...]. Era la Triple A. Era un hecho que todos tiraban, todos se comprometían

tirando y nadie quedaba libre, todos tenían las manos ensangrentadas. El chico estaba realmente perforado por todos lados; las máquinas de escribir estaban por el piso, los ficheros también. Cuando vimos la cosa así, con Veneroni, resolvimos que teníamos que avisar a la policía, y fuimos los dos. Yo creo que ya debía haber ido Manuel Bergier [secretario ejecutivo del MAASLA] a esa hora a la seccional de la calle Santa Fe, cerca de Callao. Ahí denunciábamos la cosa y pedimos que alguien nos acompañara para tomar el testimonio, y nos acompañó un oficial [...]. Llegamos, subimos, y el hombre hizo una inspección ocular muy rápida, y dijo “no, esto a nosotros no nos toca, acá no podemos hacer absolutamente nada [...]”. Todo esto pasó como entre cuatro y cinco de la tarde [...]. Creo que debe haber sido un vecino que nos avisó [...]. Cuando llegamos estaba hecho un desastre todo eso. Entonces, el policía dijo “no, esto no lo podemos tocar, no tenemos nada que hacer, esto no es nuestro”, e insinuó “ustedes deben saber quiénes son [...]”. Quedamos absolutamente librados a nuestra iniciativa [...]; pusimos un poco de orden, lo sacamos al chico, no sé a dónde lo llevamos, pero no lo llevamos a ninguna morgue, a ningún lugar para una autopsia, porque ya sabíamos que estaba prohibido meter la mano ahí, y resolvimos entregarlo a los familiares o a los amigos [...] ese detalle no lo recuerdo bien, así que el episodio terminó prácticamente a las diez de la noche del 24 [...]. Nosotros teníamos en claro que era la Triple A. Además, casi estoy por decir que la esperábamos de un momento a otro. No pensábamos que nosotros tuviéramos una inmunidad, sabíamos que estábamos caminando por la cornisa (Azcoaga, 2015).

El testimonio que Manuel Bergier, secretario ejecutivo del MAASLA ofreció ante el Registro Especial de Fallecidos de la Policía Federal, el día 28 de diciembre de 1974, establece que:

Dicho Movimiento no tiene personal a cargo y que las tareas administrativas del mismo son ejercidas por sus miembros o colaboradores [...]. Que el día 24 del corriente mes y año [al comunicarse con el Dr. Veneroni] éste le informó [...] que había recibido un llamado telefónico del Dr. Azcoaga el que le comentó [que se había comunicado en forma telefónica una persona que dijo pertenecer a la “Liga

Argentina por los Derechos del Hombre” diciéndole que] frente al domicilio de la sede del Movimiento se hallaba el cuerpo de una persona. Que por esa circunstancia el dicente decidió acompañar al Dr. Veneroni y al Dr. Ascoaga [sic], hasta el lugar [...]. Que ingresaron al apartamento [...] pudiendo observar [...] que en la segunda habitación [...] se hallaba el cuerpo sin vida de una persona del sexo masculino, el que presentaba varios impactos de bala en el rostro [...]. Que notó también que las habitaciones estaban en desorden, faltando dos máquinas de escribir y la cantidad de aproximadamente 10 biblioratos de correspondencia enviada y recibida por el Movimiento, un tarjetero de aproximadamente mil fichas conteniendo nombre de organizaciones, sindicatos, diputados nacionales, adherentes [...]. Que es de mencionar que [...] se retiró de la sede del Movimiento el día 23 a las 21.30 hs. aproximadamente cerrando la puerta de acceso, quedando todos en que el día 24 no concurrirían al lugar [...]. Que posteriormente se enteró que el cadáver [...] pertenecía a un adherente del movimiento, Raúl Yankel FELDMAN PALATNIK, el que se hallaba encargado de la correspondencia a enviar saludando a otros adherentes del movimiento y que presumiblemente concurrió al lugar a terminar la misma [...]. Que por informaciones del portero se enteró que siendo las 16.00 aproximadamente [...] observó que del edificio se retiraban 3 personas portando grandes bultos, circunstancia por la cual [...] inquirió sobre su presencia en el lugar y éstos le informaron que se trataba de un allanamiento policial no identificándose (Archivo Nacional de la Memoria, Expediente R 1549, 1974).

¿Qué queda en el recuerdo de compañeros y dirigentes del MAASLA, de la personalidad de Raúl? En aquellos tiempos en que se pisaba sobre “terreno barroso”, entre semilegalidad y legalidad, incluso clandestinidad, no siempre se conocía abiertamente a la persona con la que se trabajaba en ese espacio de solidaridad latinoamericana. Y en ese terreno fue cada vez más fácil caer atrapado por los grupos paraestatales.

Azcoaga recuerda que

[Raúl] era un chico muy simpático que venía constantemente al MAASLA, como venían otros, venían unos cuantos jóvenes que colaboraban y tenían siempre una actitud muy abierta, muy cooperativa, porque entendían bien en qué estaban las raíces de América Latina [...]. Incluso de él no sabíamos que era comunista; era un chico muy prudente, muy mesurado, realmente una belleza de persona [...]. No se trataba de una figura conocida, fueron a destruir el MAASLA y lo encontraron a él. Fue una desgraciada casualidad, no fue contra él solo. Era el momento en que la Triple A mataba mucha gente, mataba abogados, mataba dirigentes sindicales. Mucha gente que para ellos era peligrosa, porque era democrática, tenía sentencia de muerte [...]. Hay que recordarlo, porque es la lucha que hemos tenido a lo largo de décadas [...]. Había mucha gente como Cacho y como usted, que aparentemente andaban en torno del MAASLA ayudando... No hubiéramos podido los cinco o seis argentinos que andábamos por ahí, no hubiéramos podido hacer nada de no ser por los compañeros que venían [...]. [Después del golpe] ya el consenso era de que el MAASLA había que disolverlo, que ya no había lugar para el MAASLA en la Argentina (Azcoaga, 2015).

Para los comunistas en Buenos Aires, ya instalados y preparando una estructura que pronto sería la que constituiría en parte el equipo técnico del PCU en esa ciudad, la ejecución de Raúl está incrustada en su memoria. Recuerdos muy fuertes emocional y afectivamente, y sin dudarlo, que transmiten la incertidumbre y el miedo que se vivía. Miedo paralizante por momentos, pero combatido para seguir con la tarea encomendada.

Walter Cruz, comunista uruguayo, compartió con Raúl el local y las actividades del Movimiento. Terminó siendo el encargado del local y una casualidad hizo que no estuviera en el momento del asalto de la Triple A, aquel 24 de diciembre de 1974. Su relato evidencia cierta desconexión entre quienes estaban en el MASSLA. Ese era el lugar de reunión que los argentinos constituyeron para los latinoamericanos, pero fuera del espacio, de ese local, entre

ellos se conocían poco. Su narración explica cómo operaba la Triple A y cómo actuó ese 24 de diciembre.

[Sobre el MAASLA] yo me enteré por un compañero del Partido Comunista Argentino y ahí empecé. Después se integraron otros, los hermanos Feldman, los dos... En determinado momento [...], como yo hacía periodismo y ellos necesitaban a alguien, me dijeron “te pagamos tanto y vos quedás permanentemente encargado del local y todo [...]”. Feldman, el padre, hace la denuncia con Manuel Bergier, dirigente del MAASLA y el doctor Azcoaga, también dirigente. Ellos dicen que no saben quién es el que estaba ahí, que el único que tenía la llave era yo [...]. Al MAASLA lo proscribieron ese mismo año, enseguida. Y después con otro nombre yo vine para acá [Montevideo] y después al año y pico fui de nuevo [a Buenos Aires]. Pero ya estaba Isabelita [...]. Elegimos ese día, justamente un 24 de diciembre, para que no hubiera gente. En Buenos Aires, 24 de diciembre, todo el mundo está haciendo compras [...]. [Desde] el MAASLA mandamos unas quinientas publicaciones [...] a partidos políticos, organizaciones sociales, de solidaridad. Dijimos “bueno, lo hacemos” con Ana Schenck, que era mi compañera en ese momento, y Raúl Feldman. Y allí nos fuimos con el Gordo; me enteré que se llamaba Raúl Feldman el día que lo mataron, le decíamos el Gordo Diego [...]. “Llévate algunos casetes que tengas vos”. Yo tenía un grabador y un casete de la guerra civil española y uno de Zitarrosa, nada más [...]. Ana tenía que hacer otra cosa y se fue al mediodía y estuvimos almorzando con Raúl. Además, la flaca Ana era muy jodona y le dice: “mirá, Gordo Diego, cuando vuelva la democracia, una calle en Juan Lacaze se va a llamar calle Gordo Diego” [...]. Y bueno, ahí quedamos con Raúl y en un determinado momento yo tenía que ir a buscar un trabajo de imprenta al Partido Comunista Argentino [...]. Le pregunto a Raúl: “hay unos champions que a mí me gustan, pero no sé si son buenos”, medio trenzados, no sé cómo explicarte. “Sí, sí, son buenos”. Una cosa increíble, esos champions me salvaron la vida. Yo iba a buscar lo impreso, iba parado en el ómnibus a la zapatería, vi los champions que quería y me bajé [...]. Y cuando voy llegando al MAASLA veo tres o cuatro Ford Falcon que salían de ahí, del MAASLA, de raje. Y estaba

Ana [...]: “¿qué pasó?”. “Mirá, sacaron cajas de acá”. “¿Y el Gordo Diego?”. “No, el Gordo Diego no salió. ¿Estaba acá?”. “Claro, si yo le dejé la llave”. Y dice: “bueno, vos andate, porque sos uruguayo”. Bastante inocente ella, yo también [...]. A la media hora llegó la gurisa llorando a los gritos. Además, no teníamos dirección de nadie a quien acudir. Eso fue en el Partido Comunista Argentino. Bueno, ahí vino el padre, todo un drama [...]. Además, entre nosotros no teníamos dirección, no teníamos teléfono. Estábamos totalmente aislados y ¿qué hacer? Yo me fui a la Liga por los Derechos del Hombre, que también los conocía y dicen “espere, que viene un abogado para acá, no para el caso este, pero viene un abogado para acá y vamos a ver qué hacemos, en cinco minutos viene”. Media hora y el abogado no aparecía y dije “a la fresca, ¿quién se metía en esos lugares? Y allá fueron Manuel Bergier [...] y lo encontró a Raúl, que no sabía quién era (Cruz, 2018).

También Walter Cruz evoca un antecedente al tan cruel momento que se mantiene como huella, como hito comunista para, al decir del historiador Gerardo Caetano, “la patria comunista”.

Unos días antes, de esa seccional vino un policía y yo estaba solo. Y decía “que venga algún argentino” [...], y preguntando, preguntando, qué es esto, mirando los libros que había y se fue. Lo mandaron de esa misma comisaría [...]. El asalto no fue para matar a Raúl Feldman ni a mí, obviamente. Ahí se reunía demasiada gente. Jodía mucho a nivel internacional [...]; de todos lados, estaban jodiendo demasiado. Y hacen lo que acá [Montevideo] una época hizo la policía, cuando entró al local del Partido Comunista y como vieron que había mucha gente no llevaron preso a nadie. En Buenos Aires, la Triple A, si había mucha gente no llevaba preso a nadie y si eran poca gente, mataban y chau. Fue lo que hicieron en el MAASLA [...]. “Vamos a revisar las cosas que tienen acá, ¿quién va a estar trabajando un 24 de diciembre?” Y a Raúl, cuando abrieron la puerta, le tiraron a la cabeza, se la destrozaron y a mí me lo contó Bergier que sí lo vio y Daniel también. Daniel tenía 17 años, Daniel anduvo muy mal (Cruz, 2018).

*Carta* N° 48 de mayo de 1975, publicación clandestina del Partido Comunista del Uruguay, informa que:

Fue encontrado muerto cuando se encontraba solo, dentro del local del Movimiento Argentino Antiimperialista de Solidaridad Latinoamericana. Según dicha Carta llegaron al lugar unos doce hombres, los cuales luego de efectuar un "típico allanamiento le efectuaron 17 disparos, la mayoría de ellos en su cabeza, quedando el mismo prácticamente irreconocible".-rmgc.- 12/10/975:- Afiliado N° 40.957, al Partido Comunista, desde el 30.09.1969, según material incautado a raíz de la detención de Rodney Tibaldo Arismendi, 8/V/974, ver Cpta. 7073 de la sec. asunto. (Ministerio del Interior. Dirección General de Información e Inteligencia. Ex DNII).

Daniel Feldman, su hermano menor, que entonces tenía 17 años, en su relato hace una semblanza con afectos que identifican trayectos de la vida de Raúl.

Raúl era diez años mayor que yo. Había nacido el 12 de marzo del 48, estudiaba la licenciatura de Historia en la Facultad de Humanidades y Ciencias. Tenía prácticamente terminados, creo, los cursos, pero le faltaban unos cuantos exámenes para poder obtener el título de licenciado. Trabajaba con mi padre en la fábrica de camisas, y militaba en la UJC desde el año 1965. Había sido militante estudiantil en el IAVA, también en la Facultad de Humanidades y desde unos años antes del 73´, no recuerdo bien si es desde el 70´, estaba al frente de la parte de prensa de la UJC, era encargado de la audición radial, Domingos de Ujotacé, y militaba en la Comisión Nacional de Propaganda de la UJC [...]. Fue asesinado en diciembre del 74´, el 24 de diciembre. Mis padres, lo primero que se plantearon fue suicidarse. Lo primero, así, digo; me lo comentaron después. Por supuesto, no me lo dijeron, pero lo primero que plantearon fue tirarse del sexto piso donde vivíamos. Lo que los frenó fui yo. Fue todo un caos por la muerte de mi hermano, por lo que significa la muerte de un hijo. Es algo que cuando me lo imagino, me desespera. Miro a mi hija y digo: ¿qué haría? [...]. Raúl estaba enterrado en el cementerio de Chacarita, y yo, ya en Montevideo, me reintegré a militar. En la etapa legal planteé varias veces que quería trasladar los restos a Montevideo, quería que se le hiciera un reconocimiento, que se le hiciera un homenaje. Nunca me dieron mucha bola. Incluso, integrando yo el Comité

Central de la UJC, o sea, no era por falta de acceso a instancias. En algún momento se planteó realizar un trámite legislativo para que se hiciera una repatriación de los restos. Uno de los diputados del partido dijo que se encargaba del tema. Hablé varias veces, no obtenía respuesta. Un día agarré y me fui a Buenos Aires. El nicho de mi hermano era por veinte años, había que renovarlo cada cinco años, en una de las finalizaciones de la renovación, debe haber sido el 89', agarré, fui a Buenos Aires y dije: "quiero cremar los restos". Los cremaron, me los dieron, los puse en una valija y me vine a Montevideo. Los tuve yo hasta que los esparcí, hace unos años, en la plaza que tiene el nombre de Raúl (Feldman, 2016).

Nada más fuerte que ese tan violento asalto y ejecución cuando aún los comunistas uruguayos pensaban que podían transitar entre la semilegalidad y la legalidad, y en pocos casos la clandestinidad. El golpe de Estado será el hiato que devendrá en la clandestinidad más férrea para algunos y algo menos rígido para otros.

Roberto Pereira relata, a partir de su recuerdo, que:

El caso más saliente de nuestra propia historia fue el asesinato de Raúl Feldman, el 24 de diciembre del 74'. Nos impactó psicológicamente, anímicamente. Fue muerto a balazos en un local que los latinoamericanos habíamos creado junto con comunistas argentinos. Se llamaba MAASLA. Estaba frente a la Facultad de Medicina. Raúl hacía una vida abierta, no clandestina como la nuestra, pero en contacto permanente con nosotros. Incluso muy impactante porque ese mismo día había conversado con él. Y a él lo asesinaron ahí, en ese local, en las primeras horas de la tarde, nada menos que del 24 de diciembre (Pereira, 2014).

La ejecución de Raúl quedó consignada, con posterioridad a la investigación ocular registrando que:

En este lugar, de posición cúbito dorsal, se encuentra el cadáver de una persona de sexo masculino, que aparenta tener aproximadamente unos 40 años, con su rostro tinto en sangre, y a su vez en un gran charco de sangre, que presenta su rostro totalmente desfigurado por

un sinnúmero de impactos de bala, la que tiene su cabeza orientada hacia el Noreste con sus brazos extendidos a ambos lados y sus piernas orientadas al Sudoeste, se encuentra vestido con pantalón gris, y camisa de verano color crema y mocasines marrones con medias zoquetes. Presenta sus bolsillos –pantalón– hacia afuera y un reloj pulsera en la mano izquierda. Esparcidos por el piso una decena de cápsulas servidas de cartuchos 9 mm. (Ministerio del Interior. Policía Federal. 1974. Acta de la Seccional 17° de la Policía Federal Argentina, labrada el 24 de diciembre de 1974).

Para Esteban Valenti, la ejecución de Raúl fue la primera baja que sufrió el equipo técnico del PCU en Buenos Aires:

El 24 de diciembre [de 1974, asesinato de Raúl Feldman] viajé de apuro porque había que sacar a Altesor para operarlo del corazón, porque tenía una grave enfermedad cardíaca, muy grave. Lo sacamos. El mismo 24 de noche mataron a Raúl Feldman, en el local del MAAS-LA, en la calle Junín. La Triple A lo mató (Valenti, 2014).

La noche del 24 de diciembre, Alberto Lastreto, que tenía proximidad con Raúl porque compartían responsabilidades en la militancia, alojó en la casa de su familia, sin que ella estuviera al tanto de lo sucedido, a los camaradas enterados del asesinato abrumados por el impacto emocional:

Yo me acuerdo cuando mataron a Raúl Feldman. Lo que me acuerdo es de la familia. Me acuerdo el hermano y la madre y una total desesperación (Lastreto, 2014).

La evaluación política en voz de Esteban Valenti contiene el recuerdo de que:

Hay solamente dos bajas en Argentina, que son del aparato del [...] Partido Comunista Uruguayo en Argentina, Raúl Feldman y Manuel Liberoff, el 24 de diciembre del 74', y el 20 de junio del 75' [sic]. Después, de todos los que pasaron, de todos los que fueron y volvieron, no hay nadie, nadie. Y mirá que entró y salió gente de todos los colores [...], desde operados, equipamiento, las matrices para hacer *Carta*

en Uruguay, toda la procesadora de matrices, de todo salió (Valenti, 2014).

Las circunstancias que llevan al médico Manuel Liberoff, argentino de nacimiento, a Buenos Aires en 1973 están incrustadas en los avatares represivos de la dictadura uruguaya que apenas hacía unas semanas se había instalado. Conocido médico comunista, militante en distintos frentes, fue de los primeros camaradas sobre los que recayó la prisión y la orden de expulsión, en este caso por no ser ciudadano legal.

Había nacido en Entre Ríos el 31 de marzo de 1921, y en 1943 cruzó en bote desde Concepción del Uruguay a Paysandú [...]; fue expulsado del país a la República Argentina por decreto de la dictadura del 30 de octubre [1973] y su partida a la vecina orilla se efectivizó el 11 de noviembre. Las autoridades le retiraron la ciudadanía legal “por no adecuarse su conducta a las exigencias constitucionales y legales”. En Buenos Aires fue detenido en la madrugada del 19 de mayo de 1976 en su domicilio [...] en presencia de su familia; secuestrado y torturado en el centro clandestino de detención Operaciones Tácticas 18 (OT 18), en la calle Bacacay 3570, Barrio de Flores, y desapareció en el marco del Plan Cóndor, como parte del operativo conjunto que también secuestró y asesinó el 20 de mayo al matrimonio Barredo-Whitelaw, Zelmar Michelini y Héctor Gutiérrez Ruiz (Rico et al., 2021, p. 166).

Cuando es expulsado, en noviembre de 1973, aún no había sido ilegalizado el PCU. Esto sucedió en diciembre del mismo año.

18/XI/973: - 11/XI/973: - Según comunicación de la Sub Dirección, por resolución N° 1416 de la Presidencia de la República de fecha 30/X/973, se RESUELVE la EXPULSION del Doctor Manuel LIBEROFF PEISAJOVICH.- Diligenciado N° 1147/73 de la D.N.N.I.- Lac.-

27/XI/973: - El día 8/XI/973 a la hora 21.35 partió con destino a Buenos Aires en un vuelo de la Cia. Austral, (vuelo N° 311) quien es expulsado por un decreto del Poder Ejecutivo. Ver P. de N. de la DNII del

10/XI/973. (Dirección Nacional de Información e Inteligencia. Pronuario N° 223. Hoja N° 3. Nombre LIBEROFF PEISAJOVICH, Manuel, doctor).

Su hijo, Benjamín Liberoff, evoca en su testimonio, aquellos hechos y lo que desencadenó en lo inmediato, tanto en Montevideo como en Buenos Aires, desde lo personal a lo familiar.

Manuel y familia comienzan una vida con dificultades, con muy escasos recursos que es recordada por Benjamín al momento de ser entrevistado; rearmar la vida cuando ya no se es joven y debe retomarse el trabajo, en su caso de médico, y lograr armar un nuevo consultorio.

Mi padre había sido detenido el 12 de julio [en Montevideo], y después de un período sin saberse dónde estaba, se lo ubicó en el kilómetro 14 de camino Maldonado. El 30 de octubre del '73 la dictadura decide expulsarlo porque no era ciudadano natural, no era nacido en el lugar [...]. Entonces se decide, o por lo menos en Montevideo plantean, que había que esperarlo, acá [Buenos Aires] vivía mi abuela. Y eso fue lo que hice, nos quedamos aquí, quedé en esperarlo, y poco después, en cuanto él viene, mi madre cruza a verlo y de Montevideo le plantean que no retornara porque la iban a detener. Mis dos hermanas quedaron en Montevideo, sin autorización de viaje [...]. Poco después vino Esther, mi esposa, y pasó algo parecido, quedó nuestra hija. Hasta diciembre prácticamente nuestra vida giraba en torno a cómo salían mis hermanas y mi hija. Finalmente, mi hija vino en el mes de diciembre, la trajeron los abuelos [maternos] [...]. Papá se radica, alquila un apartamento en [la avenida] San Martín, primer piso, e instala el consultorio [...]. Todo el mundo sabía dónde estaba Manuel Liberoff. Él vivía con la maleta atrás de la puerta, no había quién lo pudiera convencer de que se fuera a algún lado más lejos [...]. Empezó a trabajar, logramos [...] que le reconocieran el título, y fue médico otra vez aquí [en Buenos Aires]. Empezó a trabajar en el Policlínico de la Fraternidad Ferroviaria, además de tener un consultorio allí en la calle San Martín, que es de donde después lo desaparecen (Liberoff, 2016).

Las circunstancias en Argentina en 1973 parecían aún no ser de gran riesgo, no obstante, 1974 fue el arranque explosivo de la Triple A y de otros grupos. Para Manuel era necesario que comenzara a tomar medidas de seguridad, porque su expulsión de Uruguay no representó el fin de la militancia. Por el contrario, tenía tareas específicas del PCU que cumpliría hasta sus últimos días. La Operación Cóndor se extendía rápidamente por todos los países y muy especialmente en Argentina, centro de reunión de organizaciones clandestinas de distintas nacionalidades y de exilios múltiples. Esta realidad lo atrapó hasta hacerlo desaparecer. Enfermo de alto riesgo, apenas saliendo de una cirugía, fue secuestrado y desaparecido en Buenos Aires.

24/4/978: - ANTEL.- Depto. Contralor de Radiodifusión 28/1/978, Versión N° 6, Radio Moscú, Audición: - "Quince minutos con Uruguay" .- En dicha audición se denuncia los procedimientos de que son objeto los presos políticos en cuanto a defensa jurídica y otras violaciones de derechos, entre ellos el ocultamiento de por meses o años del lugar de detención y la situación de los presos.- En esta condición de "desaparecidos" se encontraría el titular.- Asunto 2 – 1 – 18 – 33.- apm.-

24/5/978.- Hoja suelta del P.V.P fechada enero/978.- En la misma se expresa que el 1/2/78 se reúne en Ginebra la Comisión de Derechos Humanos de la ONU.- Las denuncias contra nuestro gobierno serán tratadas por el plenario del organismo.- La sesión tendrá lugar a partir del 27/2/78 aproximadamente. En dicha hoja se exige una respuesta sobre el destino del titular, desaparecido en Argentina entre abril y mayo de 1976.- ASUNTO 1 – 6 – 10 – 10.- APM.-

25/5/978.- Hoja suelta del P.V.P. Se plantea una interrogante acerca de su paradero ya que no hay noticias desde su secuestro en la ciudad de Buenos Aires.- ASUNTO 1 – 6 – 10 – 11.- apm.- (Dirección Nacional de Información e Inteligencia. Prontuario N° 223. Hoja N° 3. Nombre LIBEROFF PEISAJOVICH, Manuel, doctor).

Este hecho marcó de manera imborrable a los comunistas uruguayos en Argentina y también a todos, sin importar el lugar

donde residieran y las condiciones en las que estuvieran. Su hijo Benjamín, ya instalado en Praga, con claridad y profundo dolor, recuerda y recrea aquel momento y las primeras acciones que su madre y hermanas deben realizar, incluso atravesando encuentros emocionalmente intensos, como uno en que les pareció advertir estar frente a alguno de los responsables del secuestro.

[Desaparece entre el] 19 y 20 de mayo de 1976. Ahora se van a cumplir cuarenta años. Es la misma noche que se da el operativo de Michelini y Gutiérrez Ruiz. Lo extraño es que de él no se haya sabido nada. En realidad, aparentemente, él estuvo en una casa que habría alquilado un gordo, atrás de donde después es Automotores Orletti. Eso se puede reconstruir, lo estoy hablando de memoria. Y, en ese lugar, la única referencia es la casa como de dos pisos, arriba, de madera. Hay dos hermanos que son detenidos, que estaban en una libreta de Michelini. Uno estaba en Uruguay y el otro en Argentina. Esa persona, uno de los hermanos, que después quedó libre, declaró ante la comisión que se formó en Uruguay después de la reconquista democrática, y más o menos lo que dice es que en el lugar donde los tenían había un médico uruguayo, comunista, de apellido ruso, que estaba mal de salud, pero que siempre les increpaba que no tenían derecho a hacer eso y maltratar a las personas. Entonces, parece relativamente posible que por apellido ruso, comunista, uruguayo, que estaba mal de salud –papá ya estaba convaleciente de un cáncer– podía ser efectivamente quien era, y él siempre era muy agresivo para con los militares. Cuando yo llego al hermano, en Montevideo, el hermano que había estado aquí había fallecido por un cáncer de laringe, por lo tanto no pude saber exactamente la historia, y esta otra persona en Montevideo estaba un poco alterada y no daba fidelidad de alguna de sus cosas [...]. Cuando desaparece papá, entran al apartamento y lo separan de mis hermanas y mi madre, los encapuchan a todos y comienzan a robarse todo lo que había en el apartamento, incluidos los documentos, y se lo llevan separado a papá, y dejan en casa a mis hermanas y mamá (Liberoff, 2016).

Del refugio de Naciones Unidas en donde la esposa de Manuel Liberoff y sus hijas debieron permanecer se desemboca en un trámite finalmente exitoso de salida de Argentina, primero de las hijas, con salvoconducto para Suecia. Luego vendrá un trámite complejo, resuelto para que la esposa pudiera salir, no como asilada, en virtud de su nacionalidad argentina.

En el testimonio de Benjamín puede leerse ese tenso y amargo recorrido.

Mamá hace algunas entrevistas, procurando saber dónde estaba papá, nadie confirma nada. Cuando tuve la noticia tomé contacto con la Cruz Roja Internacional y con la Comisión Internacional para las Migraciones Intereuropeas, en la que trabajaba Alejandro Artucio, el abogado uruguayo, y a través de él sigo haciendo gestiones, y la Cruz Roja trata de contactar a mi madre y a mis hermanas [...]. Hago una gestión en Suecia por la cual logro que se acepte la unificación familiar de mis dos hermanas, que tenían asilo bajo refugiados, y logro sacarlas para Suecia. El caso de mamá era más complicado, porque era argentina, por lo tanto no podía pedir asilo acá; mis hermanas eran uruguayas. Fue la embajada sueca la que logró un salvoconducto, y el embajador fue adonde estaba mi madre, en un auto de la embajada, la llevó hasta la escalerilla del avión, mi madre toma el avión, y se había arreglado para que al llegar a Brasil Naciones Unidas le diera refugio, y a partir de eso viajaba también a Suecia [...]. Yo quedé con ellas esperando en Suecia a mi madre. Y cuando viene, por reunificación familiar, la Cruz Roja checoslovaca pide a la Cruz roja sueca, y entonces reunificamos como familia en Checoslovaquia, que era donde yo estaba viviendo (Liberoff, 2016).

El secuestro y desaparición de Liberoff fue el segundo hito para el incipiente grupo técnico del PCU en Buenos Aires y el segundo acontecimiento dramático que sella las pérdidas de militantes en la acción partidaria en la ciudad porteña. Desde entonces serán Raúl Feldman y Manuel Liberoff las víctimas, y los héroes a la vez, de la mística comunista de la resistencia en Argentina. Otros camaradas recuerdan a Manuel y el significado de las circunstancias

vividas, evocaciones que fluyen y están recogidas en los testimonios que continúan a estas líneas.

Roberto Pereira narra sobre su encuentro con Manuel:

Llegué a Buenos Aires, tenía allí el vínculo con algunos [compañeros]. Llevaba la forma de vincularme con algunos. Ahí empecé a tener problemas porque las dos primeras personas [con las] que debía vincularme... Los tenía que llamar por teléfono. Uno me tenía que esperar en el aeropuerto. Ninguna de las dos cosas funcionó. Tenía una tercera posibilidad, que era llamar a Liberoff padre, a Manuel Liberoff, pero en caso extremo, porque él hacía una vida legal. Él me conocía mucho [...] y conocía a la familia y toda la relación con Benjamín y todo eso [...]. Terminé llamándolo. Siempre recuerdo que me había trasladado al centro de Buenos Aires, porque en el aeropuerto no quería estar, por razones de seguridad, me había ido en un ómnibus. Algo conocía de Buenos Aires, simplemente de ir a pasear por la zona del Obelisco [...]. Cuando llamo a Manuel le digo: "Mirá, soy Roberto, estoy acá, estoy en Buenos Aires". Él no sabía nada de nada. Dice: "¡Pero, muchacho! ¡¿Qué estás haciendo acá?!". Le digo: "justamente, quería hablar contigo por las razones de que estoy acá". Dice: "¿Y dónde estás?", y yo le respondo: "estoy en el Obelisco". Y siempre recuerdo que me dice: "Pero, ¡qué barbaridad! ¡Vas a caer de ahí!" [...] Estaba el ingeniero Maggiolo, que había sido el rector de la Universidad hasta hacía muy poco, nos conocía a todos nosotros. Estaba Manuel Liberoff, que era un hombre conocido por el gremio médico y por su participación en las APAL, que era la organización de los padres de estudiantes liceales. Y estaban los líderes políticos, Michelini por ejemplo, Gutiérrez Ruiz, más tarde el propio Ferreira Aldunate (Pereira, 2014).

Esteban Valenti rememora encuentros con Manuel que debido a la compartimentación que imponía la militancia clandestina no deberían haber ocurrido:

Yo había roto ya los vínculos. [Pero] cuando me agarré una tremenda infección haciendo trabajos en el barco en el Tigre [...]. Yo los apoyaba, no sabía hacer absolutamente nada. Pero me agarré una bruta

infección y no tenía médico. Entonces, vino él. Me acuerdo, me curó. Porque además tenía que venir a mi casa, ese era el problema, ¡tenía una fiebre! Entonces vino él, me atendió. Si se habrá portado bien que lo llevaron, lo detuvieron, y nunca fueron a mi casa (Valenti, 2014).

Es difícil dimensionar la complejidad de la estructura clandestina de los comunistas en Argentina y más aún los vínculos que la regulaban. La situación de compartimentación fue a la vez una traba para las relaciones y un mecanismo de defensa hacia afuera.

Cristina Zitarrosa, que había llegado un tiempo antes a Buenos Aires y realizaba tareas de vinculación con uruguayos que arribaban a la Argentina recuerda que

Estábamos en el 76´ caliente, ya con Michelini y los compañeros muertos, Manuel desaparecido, la situación era una hoguera. Entonces el Partido quería que la gente se quedara acá y que tratara de mimetizarse, con su trabajo, con sus cosas, y bueno, fue lo que hicimos, del 76´ al 78´ medio que todos anduvimos haciendo eso. Y, si veías a un uruguayo, dabas la vuelta toda la manzana para que ni te viera [...]. A Suárez [también médico] le quedó la tarea de atender además a los compañeros que venían que no tenían documento, que era además una de las tareas que hacía Manuel. Es decir que, aparte de su labor política, y que trabajaba como médico, él a su vez tenía que ver a los compañeros que no tenían papeles y no podían ir al hospital; antes los atendía Manuel. Después de la pérdida de Manuel, Suárez un tiempo se ocupa de eso [...]. Algunos venían a casa (Zitarrosa, 2015).

Con el antecedente del asesinato de Raúl Feldman y el contexto en el que se dio el secuestro y desaparición de Manuel Liberoff, la estructura del PCU en Buenos Aires se ve obligada a reforzar la compartimentación y a circunscribir los vínculos entre los militantes a lo estrictamente relacionado con las responsabilidades partidarias.

El golpe fue mucho más allá del funcionamiento partidario. Afectó muy intensamente a quienes en términos emocionales y de cuidados se fueron enterando, que por efecto de la

compartimentación no eran muchos al momento de suceder estos casos.

Hoy en día, los restos de Raúl han sido repatriados al Uruguay por gestiones personales realizadas por su hermano Daniel y del paradero de Manuel, poco a poco se van considerando hipótesis sobre su derrotero final.

Los nombres de ambos figuran en el memorial instalado en el Parque de la Memoria, frente al Río de la Plata en la Ciudad de Buenos Aires; el de Manuel en el memorial en el Cerro de Montevideo, y un “espacio libre” de Carrasco lleva el nombre de Raúl.

Más allá de las marcas de memoria material, por las circunstancias en las que se produjeron tanto el asesinato como la desaparición, por las responsabilidades partidarias que ambos asumieron y por el significado de estos hechos, sus historias y sus finales forman parte de la lista de atrocidades cometidas, en un caso por la Triple A y en el otro por el plan Cóndor y del acervo irrenunciable de la lucha por la democracia en la región.



## Repliegue, retorno o no retorno

*Ese sábado 24 de noviembre de 1984, la jornada previa a las primeras elecciones después de la dictadura, era un día de fiesta. Se sentía en el ánimo de todos los que viajaban de Buenos Aires a Colonia: cantos, gritos, vivas. Viajaba en familia por primera vez desde 1977, con mi señora y mis dos hijos de cuatro y seis años.*

*Unos minutos antes de llegar al puerto avisan por altoparlante que tenía que presentarme en la comisaría de a bordo. Allí, un miembro de la Marina me notifica que quedaba detenido por orden del Estado Mayor Conjunto. Bajé del ferry esposado y escoltado por dos fusileros navales y el suboficial.*

*En el destacamento del puerto dejé los cordones de los zapatos, el cinturón y todos los objetos personales. Me alojaron en una celda pequeña, sin ventana. Solo me dijeron que tenían orden de detenerme y trasladarme al Estado Mayor Conjunto en Montevideo.*

*Gracias a las gestiones de abogados del Frente Amplio, a las horas me liberaron. Me dieron un papel para presentarme sin falta el lunes a primera hora en el Comando del Estado Mayor Conjunto.*

*Allí, un suboficial me hizo firmar un recibo de conformidad por el cual me restituían el dinero que había pagado por la “estadía” en la Cárcel Central y me dieron un documento para retirarlo del Banco República.*

*Pasaron unos largos meses y todavía aparecían agentes de civil preguntando por mí en el domicilio que había dado.*

Sergio Rocha. Testimonio escrito. 2022.

La pregunta que surge es cómo resultó Buenos Aires, observado desde el frente político y social interno uruguayo, el punto de encuentro para los militantes y las organizaciones perseguidas en los países vecinos. En particular, la mirada está sobre el Partido Comunista Uruguayo. Claro que, si se piensa a partir de la *fugaz primavera* de la presidencia de Héctor Cámpora, en 1973, se advierte esperanza, situación prometedoras, en una subregión que estaba invadida por dictaduras. Pero al poco tiempo, desde el violento año 1974 con el accionar de la Triple A y, sin duda, cuando el golpe de Estado en Argentina que era inminente desde diciembre de 1975, lo que se aprecia, lo que la historia recoge, era que se trataba de un lugar de encierro, persecución, peligro.

Dutrénit Bielous registra esas circunstancias en unos de sus textos.

La variación en el tiempo de los golpes de Estado facilitó la búsqueda de protección en los países vecinos hasta que estos mutaron de zona de refugio a zona de persecución, desaparición y muerte. Aquí se ubica Buenos Aires como un espacio privilegiado al tiempo que inaugural del destierro uruguayo, además de constituirse luego en el lugar de encuentro para el retorno individual o colectivo. No se debe olvidar que al asumir Alfonsín en 1983 se instituyó como punto de encuentro. Y claro, la pregunta que surge es cómo resultó Buenos Aires, observado desde el frente político y social interno, el punto de encuentro para los militantes y las organizaciones perseguidas en los países vecinos. Pensado y definido antes de asumir Cámpora y también luego de su *fugaz primavera*. Es decir, antes de mayo 1973 en que concluía otro de los ciclos militares argentinos. Lo cierto es que los derroteros históricos y culturales comunes con la Argentina –que, por contraste, imprimían distancia con Brasil, adonde también llegaron pese a su régimen dictatorial– tenían en aquel momento un plus. Este respondía a una situación política prometedoras de libertad en tanto se vislumbraba el triunfo peronista que llevaría a Héctor Cámpora a la presidencia (Dutrénit Bielous, 2010, p. 39).

En una entrevista que se le realiza a John Dinges, a propósito de la publicación de su libro *Los años del Cóndor*, se produce este diálogo en el que se identifica de manera fundamentada cómo Buenos Aires pasó a ser central en el operar de los servicios de inteligencia.

¿Por qué usted sostiene que a partir del golpe de Estado de marzo de 1976 en la Argentina el centro operativo del Cóndor pasó de Santiago a Buenos Aires, en especial a manos del general Juan Nieto Moreno? Porque la gran mayoría de los blancos (“extremistas extranjeros”) del Cóndor se encontraban viviendo en Argentina. Se estableció la llamada Base de Avanzada y Mando (*Forward Command and Coordination Office*, en términos de los documentos de la CIA) en un edificio de SIDE en la calle Billinghamurst, en Buenos Aires. El representante argentino era el entonces teniente coronel Nieto Moreno. El representante chileno (identificado por primera vez en mi libro) era el mayor Christoph Willeke. El uruguayo era el mayor Nino Gavazzo. El oficial de mayor rango en la oficina de Cóndor en Argentina fue el coronel Ruben Visuara, jefe del grupo llamado OT1. Todo el aparato de Cóndor funcionaba en Argentina bajo el mando del Batallón de Inteligencia 601 (Dinges en Santoro, 2022).

Fue entonces que el proceso histórico devendría en que las circunstancias de Buenos Aires hayan pasado por ser puerto de llegada, pero también de escape y, finalmente, resultaran de retorno. Este puente, con recorrido en un sentido y en otro, hizo de esa capital un trampolín con emociones contrastantes, entre el desconcierto, el terror y la ilusión del regreso. Una vez que en Argentina se había concretado el fin de la dictadura y Ricardo Alfonsín había asumido como presidente. Resulta inevitable entonces recordar que Buenos Aires tuvo esa doble cara de refugio, huida, reencuentro.

Ahora bien, a pesar de que las movilidades se hicieron evidentes después del golpe de Estado en Argentina, las decisiones sobre militantes partidarios, de ubicar a sus cuadros en el exterior, en distintos puntos estratégicos, estuvieron presentes desde antes de 1976. De este tipo de movilidades destinadas a desarrollar tareas

en otros países, incluso antes de 1976, un ejemplo es la de Benjamín Liberoff, que como protagonista lo recuerda en su testimonio.

Ya en mayo del 74' me dijeron que iba a pasar a trabajar en la Unión Internacional de Estudiantes [en Praga]. Por lo tanto, el período entre mayo y setiembre realizo algunas actividades [en Buenos Aires] pero me voy desprendiendo del funcionamiento, porque no debía permanecer vinculado a lo que iba quedando. Iba a cumplir otra relación y me iba al exterior porque debía ocupar el secretariado de la Unión Internacional de Estudiantes, del cual la FEUU tenía lugar asignado, de un congreso de 1970, y no había ocupado; finalmente se decide eso. En realidad, el que me informa de eso es [inaudible] que volvía de Europa hacia Montevideo [...]. Después que me fui, en mayo del 74', la situación represivamente se empezó a complejizar (Liberoff, 2016).

El aluvión de salidas de los perseguidos en Buenos Aires, dentro de los que se encontraban comunistas, dieron lugar a un ciclo de movilidades, sean estas por tareas indicadas por el PCU como por decisiones personales. Integrantes de diferentes organizaciones y partidos políticos se dispersaron a partir de ese encierro represivo.

Volvieron golpeados, picaneados... Los habían torturado para "asustarlos". Los fueron soltando por diferentes lugares de Buenos Aires, descalzos, semivestidos. Vi llegar a Hugo... No olvidaré más la expresión de su cara. Se apoyó en el marco de la puerta como para juntar fuerzas para seguir hasta su compañera y su hija. Así fueron llegando todos durante el día. Unos días después salíamos rumbo al norte. Casi todos fuimos repartidos por diferentes países de Europa. Alguno salió para Canadá. Adiós, Buenos Aires (Martínez, 2001, p. 115).

La Operación Cóndor se hizo presente de manera evidente y dramática a la vez. Día a día se vivían secuestros realizados por los servicios de inteligencia de los distintos países, que condujeron en su inmensa mayoría a la condición permanente de desaparecidos y al robo con cambio de identidad de los hijos de los detenidos.

Como lo anticipara el *Bureau of Inter-American Affairs*, las ejecuciones no solo de argentinos, sino también de disidentes políticos exiliados –chilenos, uruguayos, bolivianos, brasileños y paraguayos– recrudescieron en Argentina después de la caída de Isabelita Perón. Hasta dos ciudadanas norteamericanas, Gwenda Loken López y Mercedes Naveiro Bender, residentes en Buenos Aires, fueron capturadas y salvajemente torturadas. El 19/20 de mayo, fueron asesinados dos parlamentarios uruguayos, el senador Zelmar Michelini y el diputado Héctor Gutiérrez Ruiz. Tales hechos repercutieron en Estados Unidos, donde las revelaciones del *Church Committee* sobre el papel de la CIA en el golpe de Chile y los asesinatos de líderes políticos iban a impactar la conciencia democrática de gran parte de la población. Robert Hill, embajador norteamericano en Buenos Aires, le transmitió entonces al subsecretario de la presidencia de la Argentina, Ricardo Yofre, las preocupaciones existentes en Estados Unidos en referencia a la violación de los derechos humanos que estaban ocurriendo en el país. Yofre declaró que el general Jorge Rafael Videla, presidente de la Junta Militar, también quedó alterado con los secuestros y asesinatos, pero explicó que la Argentina estaba envuelta en [una guerra contra la subversión] y que, al calor de la batalla, habría [inevitables violaciones a derechos humanos]. Añadió que el gobierno tenía planes para incrementar drásticamente la campaña [muy pronto]. Alegó que el problema era aún más complicado, dado que había numerosos grupos operando sin su control, y que probablemente fueron esos los que raptaron y asesinaron al senador Michelini y al diputado Gutiérrez Ruiz. No obstante, en la definición del general Videla, “el terrorista no solo es considerado tal por matar con un arma o colocar una bomba, sino también por activar a través de ideas contrarias a nuestra civilización occidental y cristiana”. Pocos días después de la conversación del embajador Robert Hill con el subsecretario de la Presidencia, la situación se agravó todavía más, cuando otra ciudadana norteamericana, Élica Beatriz Messina, coordinadora en Buenos Aires de la *Fulbright Commission*, fue raptada y torturada por las fuerzas de seguridad de la Argentina. El embajador Hill tuvo que hacer diligencias junto al ministro de Relaciones Exteriores de Argentina, almirante César Augusto Guzzetti. Empero,

las violencias prosiguieron, cada vez con mayor intensidad [...]. El embajador Hill informó al Departamento de Estado que había [una considerable evidencia] de que las fuerzas de seguridad de Argentina habían ejecutado a los parlamentarios uruguayos Michelini y Gutiérrez, así como al general boliviano Torres (Moniz Bandeira, 2006).<sup>1</sup>

Fue con este escenario complicado y riesgoso que se impuso la necesidad de nuevas estrategias de protección a los militantes y también de una nueva reorganización de estructuras partidarias en distintos países y continentes. No obstante, tal era la situación que en muchos casos los comunistas, solos o junto a sus familias, se vieron obligados a decidir sin mayores consultas orgánicas.

Con o sin planeación, en medio de la evidente redada que los servicios de inteligencia uruguaya estaban haciendo, en especial en la capital porteña, se tomaron distintos atajos para la salida de los militantes comunistas al mismo tiempo que se determinó preservar la estructura cercana a Uruguay.

Lo más recurrido para la salida fue el refugio que ACNUR concedía cuando las circunstancias confirmaban el riesgo de las personas. Al mismo tiempo, para la coordinación de los servicios de inteligencia y para los Estados Unidos esos refugiados eran motivo de preocupación debido, entre otros hechos, a los asesinatos de exiliados.

Un intercambio de cables entre el embajador de los Estados Unidos en Buenos Aires, Robert Hill y [Ernest] Siracusa sugería que la capacidad de los refugiados de identificar a sus torturadores era motivo de preocupación. En memorando del 16 de junio [1976], Siracusa escribía a Hill lo siguiente: El aspecto importante para nosotros es si mediante el representante de la ACNUR los refugiados involucrados pueden identificar por su nombre a los uruguayos que supuestamente participaron [...]. Hill respondió de la siguiente manera: El jefe de la oficina de la ACNUR manifestó a los funcionarios con fecha 30 de

<sup>1</sup> Respecto a alguna información del texto, el autor acredita que la toma de trabajos de John Dinges y María Sáenz Quezada.

junio [1976], que está consciente de que los refugiados comunicaron a sus subordinados en la ACNUR que ellos habrían reconocido y podrían dar el nombre de los funcionarios uruguayos que están en Buenos Aires en operaciones conjuntas con oficiales argentinos contra los refugiados (Mc Sherry, 2009, p. 160).<sup>2</sup>

Confirmados los riesgos que por distintas circunstancias recaían sobre los exiliados en Buenos Aires, el ACNUR procedió a otorgar el refugio y, en la medida de lo posible, iniciar la salida de las personas. Para ello contó con el apoyo del Comité Intergubernamental para las Migraciones Europeas (CIME). En esos momentos, poseer documentos legales facilitaba los trámites que el ACNUR pudiera realizar, aunque no fuera excluyente para algunas salidas. Es decir, a mediados de los setenta Buenos Aires fungió, se puede decir, como trampolín y también en sentido de atajo para el retorno desde mediados del primer quinquenio de los ochenta.

El PCU instruyó medidas para sus militantes de acuerdo con lo que consideraba estratégico para apoyar la resistencia en el interior del país. Cristina Zitarrosa, que permaneció durante toda la dictadura en Buenos Aires, recuerda alguna tarea asignada en esas circunstancias.

Nosotros teníamos los informes de Arismendi y los recibíamos en aquellos casetitos, donde nos decían que esto iba a ser un baño de sangre, que había muchos compañeros comprometidos que había que sacarlos. Y bueno, eso fue lo que se hizo. Hubo dos salidas de las Naciones Unidas; en la segunda salió Lenin [de los Santos]. Después de eso nosotros ya recibimos un informe donde justamente se nos pedía a todos los compañeros que por favor quedaran acá, porque iban a ser necesario. Estábamos pegados a Uruguay y sin duda íbamos a cumplir un papel [...]. Estábamos en el 76´ caliente, ya con Michellini y los compañeros muertos, Manuel [Liberoff] desaparecido, la situación era una hoguera. Entonces el partido quería que la gente

<sup>2</sup> El texto tiene como fuentes documentales, en estos párrafos, comunicación documentada de las embajadas de Estados Unidos en Argentina y Uruguay.

se quedara acá y que tratara de mimetizarse, con su trabajo, con sus cosas y bueno, fue lo que hicimos, del 76´ al 78´ medio que todos anduvimos haciendo eso. Y si veías a un uruguayo dabas la vuelta toda la manzana para que ni siquiera te dijeran “hola” (Zitarrosa, 2015).

Otras rememoraciones de aquellos primeros momentos de alto riesgo por la represión que se vivía y se intensificaba, dan cuenta del esfuerzo de planeación que el PCU elaboraba sobre la marcha de los acontecimientos, tanto para sacar a sus militantes como para pensar en la inmediata reorganización en territorios más lejanos. En los siguientes párrafos Esteban Valenti y Nilda Iglesias evocan distintas experiencias de su propio recorrido vivencial en ese Buenos Aires que fue primero un trampolín en los años setenta.

Las circunstancias vividas por Esteban Valenti, su itinerario serpenteado de acuerdo con los distintos momentos de mayor o menor riesgo, de las tareas específicas que debía cumplir, hacen de su evocación una imagen fresca y algo tensa de las coyunturas que atravesó para cumplir tareas y sobrevivirlas, entre ellas, hacer posible una residencia de menos riesgo para su familia.

Quando fui a hacer el curso de entrenamiento en Moscú llevé a mi familia, la dejé en Italia. Era impensable volver a la Argentina en el clima que había en esa época, que era a principios del 76´. Impensable. Entonces, hice un curso en Moscú de tres meses y medio. Hay una parte muy útil, que me salvó la vida después, que es todo el tema de seguimiento, controles, comunicaciones, y muchas otras cosas –están en mi libro *Geranios en la ventana*–. Otras, bastante más inútiles: hacer “tiro al titán” hundido en la nieve hasta la mitad de la rodilla [...]. Era difícil que alguna vez en mi vida me fuera a servir para algo, pero bueno, era el estándar. Y lo hice. Está escrito, los detalles están en *Geranios en la ventana* [...]. En esa época lo único que se veía era la dictadura. Nuestros compañeros trabajaban en el mismo nivel de clandestinidad que tenía yo, pero ya era absolutamente tremendo. Tenemos un hecho importante: por Argentina pasaron centenares de compañeros [...]. Centenares, centenares, centenares. Entre los compañeros que venían por la Cruz Roja, por *Amnesty*, nadie [del aparato]

cayó en la Argentina [...]. En marzo del 78', exactamente el 12 de marzo del 78', unos días antes, empecé a detectar el seguimiento. Ya había vuelto [a Buenos Aires], había hecho el curso, estaba instalado y todo. En el 77' no hubo problemas, pero en el 78' tuve problemas y me acuerdo bien porque fue mi cumpleaños, que es el 12 de marzo. Después fueron, creo que el 19, una cosa así, las elecciones en Francia. Nunca me voy a olvidar que era segundo turno de las elecciones de Mitterrand [...]. Me llevó como diez días o más irme de Argentina, me fui por Paraguay, por San Pablo, un viaje bastante retorcido [...]; después decidieron que me quedara afuera. No quería, nunca quise ser funcionario de nada, no fui. Me conseguí un trabajo en IPS, me quedé en Roma, desde el 78' hasta el 83', que volví a Argentina con Arismendi (Valenti, 2014).

Buenos Aires, entonces como primer destino que se pensaba definitivo en 1976, resultó la ciudad peligrosa al tiempo que necesario puente/trampolín hacia otras tierras, con otras tareas. Movilidad que se transformaría en un intento del PCU por resguardar a sus militantes y por comenzar a diseñar otras estrategias para la solidaridad con la resistencia, incluso para otro tipo de solidaridades como el "internacionalismo", labor a la que los comunistas no fueron ajenos. El recuerdo de aquellos momentos está grabado en la narración de Nilda Iglesias.

En marzo se da el golpe en la Argentina, el partido decidió que teníamos que irnos, que no nos podíamos quedar. En mayo asesinan a Michelini, creo que fue el 20 de mayo, sí, el 20 de mayo, que ya con el golpe en la Argentina los compañeros tenían que irse. El partido tenía que preservarse y en Argentina es muy difícil preservar un partido con esa situación de dictadura que comenzaba. Y allí ya se empezó a gestionar nuestra posible salida para Cuba [...]. Estuve tres meses que tenía la visa de turista, pero era febrero, marzo y abril. En abril se me terminaba la visa de turista y quedaba sin documentación ninguna, corriendo un gran riesgo, como montones de compañeros que salieron sin visa, que salieron por los puentes, por la frontera, que no tenían visa; la situación era tremenda, tremenda. Entonces, salí

para conseguir nueva visa, me fui a Foz de Iguazú, tomé un ómnibus, me fui a Puerto Iguazú, crucé a Foz, volví al otro día y me dieron una visa de entrada, o sea, por tres meses más, pero tuve [...] muchos compañeros tuvimos que hacer eso para volver a tener la visa y estar, vamos a decir, legalmente. Pero no desarrollamos ninguna tarea política, simplemente ahí empezó porque no teníamos documentación para salir del país y tuvimos que empezar a hacer los trámites con el ACNUR, íbamos a la calle Laprida, con unos peligros tremendos. Me acuerdo que llegábamos a Laprida y en la vereda de enfrente estaban todos unos hombres parados contra la pared, que eran todos agentes, ¿no?, controlando a la gente que llegaba. Fuimos muchísimas veces a Laprida para hacer los trámites [...] y salimos para Cuba en agosto. [Y luego para Angola], una experiencia magnífica, porque estuve ocho años en Angola (Iglesias, 2014).

Cuba fue un destino recurrido para decenas de comunistas que salieron de Buenos Aires. Algunos llegaron a La Habana y luego siguieron otros rumbos, pero en principio, fue ese puerto de llegada entre junio y setiembre de 1976. Las evocaciones de Alberto Lastreto y Lenin de los Santos exhiben esa caracterización de Buenos Aires como trampolín al inicio de la dictadura argentina. En sus narraciones comparten las circunstancias que determinan las respectivas salidas, “fugas”, desde Buenos Aires a La Habana. Una de las evocaciones en que se comparte el clima, el de terror vivido, de aquel 1976 en particular, está incrustada en los fragmentos del testimonio de Alberto Lastreto.

[Después que se hizo evidente que estaban tras mis pasos]. Y nos fuimos a esta casa en San Antonio de Padua [...]. Esa casa estaba totalmente cerrada, ventanas, todo. Se entraba un día, de noche. Nos traían algo de comer. No me acuerdo exactamente cómo se resolvía la comida porque no salíamos a ningún lado, pero gracias a Dios había un taller de cerámica adentro, abandonado, pero había un taller de cerámica, así que hice cerámica; al pedo, pero era como salvar la cabeza. Y esperé, y esperamos, esperamos hasta que hicimos la salida para Cuba y ahí empezó otra, una segunda etapa, diferente (Lastreto, 2014).

Llegar a Buenos Aires no solo fue pensar que se dejaba atrás la persecución de los servicios de inteligencia uruguayos, era también una etapa que se creía de reacomodo, de aprendizajes, de otras formas de militancias. En fin, una realidad que implicaba un volver a empezar, resolver cómo vivir, buscar trabajo, instalar a la familia en muchos casos, resolver situaciones de los hijos e hijas y cómo hacerlo en un terreno desconocido. Sin embargo, de inmediato comenzó la “cacería”. El golpe de Estado en Argentina agudizó la persecución en las calles, las detenciones, a lo que se agregó la presencia de personal de los servicios de inteligencia uruguayos. La instrucción partidaria comenzó a ser clara para algunos militantes: debían salir de Buenos Aires. Es el caso que recuerda Lenin de los Santos al narrar su propia experiencia.

Bueno, estaba ya recontra perseguido. Trabajé, aprendí un oficio, con un amigo que tenía un pequeño taller de prendas de cuero y me dice “yo no tengo trabajo”; “¿cómo no?, le digo, ¿vos no tenés cortador?” Y me dice “pero no, para ser cortador [...]”. Y le digo “¿cuál es el problema?, enseñame los instrumentos que usás y dame retazos y en cinco días soy cortador” [...]. Estuve en Buenos Aires hasta mayo del 76'. Esos meses fueron de mucha intensidad, pasaron tantas cosas. Me salvé mil veces; por lo menos diez veces de las pinzas que se hacían. Se hacían pinzas siempre y estaba en La Boca o estaba en Barracas, más o menos esos son los lugares donde más me moví, pero pinzas había siempre en la 9 de Julio o en la Boca, en Constitución. Cada vez que había una pinza, si iba en ómnibus me bajaba, no pasaba nada, si iba caminando agarraba para el costado, pero dos o tres veces iba con prendas de cuero en el taxi y lo largaba al diablo al taxista, le pagaba y me picaba. El tipo sabía, si yo me escapo por algo es, y no me pidieron nunca documentos por eso, porque me escapaba. Tenía suerte [...]. Pero bueno, me perseguían por todos lados y ya no podía estar. En esa época sé que Arismendi, en una entrevista con Fidel, le planteó la situación de un grupo de comunistas uruguayos en Buenos Aires que estaban con riesgo de vida. Y Fidel dijo “vamos a traerlos acá, aunque sea en carpas van a poder estar mejor que perseguidos”. Y así se estableció un puente y se tendieron los lazos con las

Naciones Unidas y un grupo de uruguayos salimos de Buenos Aires hacia La Habana, donde nos radicamos durante largo tiempo (De los Santos, 2014).

El camino recorrido para llegar a Cuba no fue en forma directa desde Uruguay, si bien las investigaciones dan cuenta de que el período que se observa claramente del flujo hacia Cuba fue 1972-1976, sin excluir años posteriores.

Una ola represiva ubicada entre 1975 y 1976 fue la que, de manera significativa, produjo la salida de contingentes comunistas hacia Cuba. Entre ellos estaban quienes lo hicieron por decisión expresa de su organización. Esta decisión, que incluyó a varios militantes, tuvo entre sus motivos preparar la solidaridad internacional y crear redes de trabajo en algunos puntos estratégicos (Parrella Meny y Curto Fonsalías, 2006, p. 188).

Luego de recoger evocaciones de los momentos en que se debieron reordenar estrategias de permanencia y alejamiento de la capital porteña, tanto en la estructura partidaria como en las decisiones de cada uno de los comunistas que ahí se encontraban, se evidencia cómo Buenos Aires se transformó y resultó a la vez en receptora para el repliegue y ordenamiento del retorno. Ahora, de manera inversa, algunos hechos derivaron en ese trampolín que conduciría al retorno.

En Uruguay, con el proceso que lleva al último quinquenio de la dictadura cívico-militar, se debe recordar que un primer hito de deshielo se produjo cuando el régimen se propuso legitimarse. Desde un temprano cronograma político, aprobado en agosto de 1977, en un ambiente de intensa represión política, con una marcada práctica violatoria de derechos humanos, se llegó a lo que se establecía como la hipotética ratificación ciudadana de un proyecto constitucional, en un plebiscito a realizarse en 1980 (Dutrénit Bielous y Varela Petitto, 2010; Dutrénit Bielous, 2010).

Dirigentes políticos no proscriptos y distintos actores sociales realizaron una activa movilización para lograr una postura de rechazo en un muy corto periodo previo al plebiscito. Desde la invisible clandestinidad, los militantes comunistas abonaron a este pronunciamiento. La dinámica militancia desde la legalidad, la semilegalidad y la clandestinidad fortalecieron el pronunciamiento ciudadano. El resultado fue un “No” manifiesto en las urnas el 30 de noviembre de 1980. Ello pese a las circunstancias políticas donde no cesaba la represión contra la estructura militante del PCU. En poco tiempo llegaría otra ola represiva que concluyó con la detención, tortura prolongada y más detenidos-desaparecidos de su grupo dirigente. Desde entonces comenzó a vislumbrarse la transición, sin que se pueda afirmar que ese triunfo del “No” fue lo que la decidió.<sup>3</sup>

Progresivamente creció la movilización gremial y partidaria. Los años que van de 1980 a 1984 encerraron la gestación de distintas formas de organización social y gremial que fueron una prolongación y ratificación, en muchos casos, de viejos actores sociales y políticos. Al mismo tiempo comenzó a perfilarse el renacer de los partidos autorizados con algunos momentos significativos, como fueron sus elecciones internas en 1982 y los dos momentos de diálogo cívico-militar en 1983 y 1984.

En una lenta transición se llegó al Acuerdo del Club Naval, en julio-agosto de 1984, en donde se estableció el calendario para el retorno a un gobierno constitucional. En noviembre de 1984 se realizaron las elecciones nacionales y entre febrero y marzo de 1985 asumieron los poderes constitucionales (Legislativo y Ejecutivo, respectivamente).

Mientras eso sucedía en Uruguay, en Argentina la dictadura mostró una velocidad de tránsito distinta en cuanto al fin de su régimen. El notorio fracaso en la política económica hacia 1980,

<sup>3</sup> En las páginas del *Semanario Opinar*, de noviembre y diciembre de 1980, publicado en Montevideo, se puede apreciar esa apertura, ese renacer hacia la democratización.

con alejamiento de algunos sectores que apoyaban al régimen, fue acompañado de crecientes expresiones de descontento desde algunos sectores de la sociedad y de acuerdos que fueron realizando los partidos hasta concluir en 1981 en la Multipartidaria. Acuerdo que por un tiempo apostó a una relación de equilibrio para evitar el endurecimiento de la situación y más adelante fue virando hasta converger, finalmente, en una homogénea posición frente a la derrota en Malvinas.

Fueron finalmente la acción y el discurso políticos los que, en ese estado de disponibilidad y dramática carencia de explicaciones razonables sobre lo sucedido, rescataron los sueños extraviados para encarrillarlos en un proyecto democrático [...]. Como tantas veces, sucedería que lo noble y lo legítimo se asentarían en ocultamientos y tergiversaciones: pero, por cierto, no había otro camino para, en tal situación, orientar las fuerzas del cambio en dirección a crear un orden democrático duradero. Con todo, fueron quienes habían podido guardar cierta distancia del entuerto atlántico [Alfonsín en primer lugar] los que más cabalmente comprendieron la gravedad de las secuelas y la dimensión de la oportunidad que ofrecían (Fontana, 1984, p. 11).

Esta derrota en junio de 1982 se dio después de un largo proceso de confrontación dentro de las Fuerzas Armadas, que se había puesto en evidencia cuando asume la presidencia Roberto Viola en 1981, quien ya formaba parte de la Junta Militar de la dictadura. El precipitado repliegue, a partir de la derrota en Malvinas, desembocó en las elecciones legislativas y presidenciales de octubre de 1983 y la toma de posesión de Raúl Alfonsín, en diciembre de ese mismo año.

Las transiciones, en uno y otro margen de los ríos Uruguay y de la Plata, fueron de disímil cronología y longitud. Marcaron diversas formas, en general, de renacimiento, florecimiento y participación partidaria, gremial y social. Diversos sobresaltos dentro de un proceso que marcaba el final de las dictaduras se fueron produciendo en función de las diferencias político-nacionales.

La situación fue cambiando notablemente para los comunistas en Buenos Aires, para el grupo técnico y los distintos circuitos cuya tarea era articular el exterior con el interior, mantener el “puente” por el que pasaban de ida y vuelta militantes en distintas situaciones, información, materiales y recursos. Se fue produciendo un deslizamiento entre lo clandestino, lo semilegal y lo legal. A ello se fueron sumando otras variantes que provenían de decisiones partidarias determinadas por el cambio que se estaba produciendo en Argentina y, sin duda, por el que se produjo a partir de diciembre de 1983. Es decir, comenzó una reorganización de la estructura, no solo con los militantes que habían permanecido toda la dictadura en Buenos Aires, también otros muchos más que vendrían de varios países para comenzar a preparar, el retorno. En algunos casos, llamado desexilio, caracterización muy controvertida desde los estudios de ese tipo de migración forzada.

En la obra coordinada por Rico se registra que:

Muchos uruguayos que se encontraban en distintas partes del mundo comenzaron a llegar a Buenos Aires con la intención de regresar definitivamente a Uruguay [...]. En ese contexto debe inscribirse también la finalización del exilio moscovita y la radicación transitoria en el año 1984, del mismo primer secretario del PCU, Rodney Arismendi, como paso previo a su retorno al Uruguay (Rico et al., 2021, p. 855).

Situación que se iba produciendo en medio del entusiasmo personal de otros tantos por retornar sí o sí, independiente de las instrucciones partidarias. Es decir, Buenos Aires resultó nuevamente lugar de encuentro y paso previo en sentido contrario al que se había vivido al mediar los años setenta.

El recuerdo de aquellas circunstancias con emociones encontradas, contrastantes, resulta muy nítido y vívido en lo que comparte Roberto Pereira en su testimonio. Roberto fue una de las principales figuras del equipo técnico del PCU en Buenos Aires. Aquí puede observarse que de su recuerdo se desprenden distintos

momentos de la vida clandestina en esa capital. Circunstancias partidarias que determinaron reiteradas idas y vueltas a Montevideo, hasta que logra, lo que tanto deseaba, quedarse allí, en la recta final de la dictadura, para apoyar a la última dirección clandestina del PCU. Se trata de una combinación de deseo de retornar con una decisión orgánica de hacerlo en condiciones en la que mantenía su estatus de clandestino. Hay que subrayar que las formas de retorno combinaron lo legal con lo ilegal, lo clandestino.

En realidad, si hubiera sido por mí, yo me hubiera venido [a Montevideo] en el 76'. Porque lo de la Argentina se puso tan jodido, tan peligroso después del golpe, y era tanta la represión que yo, en lo personal, siempre pensaba: "bueno, para estar jugándome la vida acá, en este país, a pesar de que lo estoy haciendo por Uruguay, por el partido al que pertenezco, prefiero estar allá y jugármela allá". Ese era un poco, mecánicamente, el razonamiento que le hice a más de un compañero rogándole que me permitiera volver. Y era como una idea fija, en mi caso: volver. Lamentablemente para mí, nunca fue posible eso de esa manera. O sea, la gente con la cual trabajaba nunca quiso y la propia dirección del partido prefería que ese equipo se mantuviera y por lo tanto teníamos que estar ahí. En mi caso, hay cosas de carácter lógicamente subjetivo y es que, cuando tuve que venir [...] en función de las tareas que tenía, me pesaba más irme [de Montevideo] que venir [a Montevideo], aun cuando el venir era una cosa muy compleja y de muchos riesgos [...]. Es muy importante en mi historia el hecho de que yo vine varias veces y pasé acá [Montevideo] hasta algún período [...]. Siempre insistía que quería volver [...]. Me vine definitivamente... Primero, contextualizar un poquito. La Argentina llega a la democracia antes que nosotros, y eso permite que otros compañeros, que estaban en otras partes del mundo volvieran [a Argentina] [...], porque de alguna manera teníamos ya un cierto cronograma de que la dictadura uruguaya también iba a caer. Entre ellos, la dirección propia exterior del Partido Comunista; el propio Arismendi, que se instala en Buenos Aires. En ese contexto, se me facilitaron las cosas. No solo por deseo, sino también porque acá [en Montevideo] había una cantidad de cosas en las cuales nosotros podíamos ayudar mucho,

porque tenía mucho que ver con la historia anterior nuestra. Por ejemplo, la dirección que estaba en ese momento en el Partido, que estaba encabezada por Ramón Cabrera y otros compañeros, la había instalado yo, o sea, de alguna manera los había juntado, porque había distintos sectores que no sabían que podían juntarse y conformar un equipo de dirección. Yo había jugado un rol importante en eso, porque esa gente también tenía una historia desde la Juventud Comunista. Ya habían pasado muchos años y era gente grande, pero nos conocíamos de la Juventud Comunista [...]. En agosto del 84', me vine. Y me vine en la clandestinidad. De todas maneras, el Uruguay de ese momento era un país que cada día se venía abriendo, cada momento que pasaba se generaba una situación de mayores libertades, principalmente, a nivel social. Estaban los gremios funcionando y había reuniones políticas secretas de todo tipo. En algunas participé, en otras ayudé a generar condiciones. Y trabajaba desde la clandestinidad igual que otros compañeros, porque en realidad la mayoría de las direcciones en ese momento estábamos en la clandestinidad. Y, progresivamente, fui pasando a la legalidad (Pereira, 2014).

En la memoria de otros comunistas se van tejiendo aquellos distintos momentos entre una Argentina conmovida por el fin de la dictadura, el entusiasmo en las calles, la agitación social y política, los movimientos de derechos humanos, madres que demandan reiteradamente “donde están sus hijos” y los distintos grupos de integrantes del PCU que procuran también para ellos y la estructura partidaria, abrir espacios de libertad y posibilitar el retorno para los más. Entre quienes compartieron testimonio y recuerdan aquellos años en que comenzó a florecer la esperanza, y con ella los reencuentros de camaradas que llegaban de distintos países y continentes al mismo tiempo que se daba visibilidad a las actividades, está Carlos Varela. En su narración revive, desde el presente de la entrevista, cómo va llegando a Buenos Aires una figura central para el PCU como era Rodney Arismendi, pasando por la progresiva apertura de locales, las reuniones con distintos PC de América Latina y la formación de una estructura del Frente Amplio. En fin,

el testimoniante recuerda distintas actividades que fueron propias del repliegue en Buenos Aires, en las que se diseñaba la logística del retorno.

Esto (...) se modifica para beneficio [de nuestro trabajo militante semilegal o clandestino] a partir del 10 de diciembre del 83', que es cuando asume Alfonsín la presidencia argentina. Y ahí sí, empezamos a desarrollar una gran actividad. Una de las primeras cosas fue el festejo de cumpleaños de Seregni en la cancha del Club Excursionistas, el 13 de diciembre. Luego, además, empezó a venir gente del exilio a instalarse y hubo una casa del Partido Comunista de Uruguay, allá en la calle Díaz Vélez (...). En el año 76' yo había llevado mi familia para allá, ya estábamos todos juntos, desde diciembre del 76' y en esa casa se hizo esa reunión que me pidieron, y ese día de la reunión fue el 9 de julio del año 84'. Ese era el día del cumpleaños de mi hija; tengo cuatro hijos, la segunda es una mujer, es Patricia, que sigue viviendo en Buenos Aires y tiene dos hijos, me ha dado dos nietos. Ese día, cuando terminó, y como acostumbraba Arismendi, se quedó un rato con la familia. Además, conmigo tenía amistad anterior por mi militancia y algunas otras coincidencias de lugares a donde estuvimos juntos y cultivábamos una amistad. Estuvo conversando con la familia (...) y mi esposa le señaló que era el día, justamente, del cumpleaños de la hija y que ellos nos habían impuesto la casa en soledad, lo que obligó a que la hija no pudiera estar todo el día de su cumpleaños con él. Arismendi contestó: "Vamos a festejarle el cumpleaños a Patricia, el próximo domingo estoy acá para eso". Aprovechamos esa situación. Mis hijos en ese tiempo estaban ya militando en la UJC, el sector que estaba en la Argentina. Les planteé que esa venida de Arismendi había que aprovecharla y que el festejo no podía ser de ellos, los hijos, con Patricia y Arismendi, sino que tenía que ser de toda la UJC con Arismendi, y con Patricia. Se reunieron setenta jóvenes ese día, Arismendi les dio una conferencia y el leitmotiv fue la invocación a retornar al Uruguay inmediatamente para participar de la lucha para llegar a la democracia inmediatamente y a la liberación de la dictadura. Puedo decir que de esos setenta jóvenes que ese día participaron quedaron tres en Buenos Aires, el resto

se volvió todo [...]. Empezaba a venir gente, pero a partir del 83' se desarrolló [la actividad] y tal es así que reflatamos el Frente Amplio y además tuvo su local, un gran local en la calle Sarmiento, frente al teatro San Martín. Allí hubo una actividad intensa, permanentemente, y todos los grupos empezaron a reintegrarse a [la] militancia y se trabajó mucho con eso, permanentemente. En el Partido allá, nosotros llegamos a tener mil doscientos afiliados [...]. Pero, además, teníamos una militancia permanente y los conocíamos a todos. Algunos de los compañeros decían: "Bueno, eso es como deben ser los jefes, hay que conocer a toda la gente y ver [...]". Alguno, antes, acá, me había dicho: "Tenés que ir y mirarlos a los ojos", o sea, que conozcamos quién es quién, para que esa gente, o sea, los compañeros, realmente se integraran con conocimiento y sabiendo que había respaldo y que, además de ese respaldo había coincidencia de cómo enfocar la militancia y hasta dónde ir dando los esfuerzos [...]. Considero, personalmente, y también aquellos que estuvieron conmigo en las responsabilidades, que el trabajo se dirigió y quedó bastante mostrado con las elecciones que llevaron a Tabaré Vázquez a la intendencia de Montevideo, donde hubo una cantidad impresionante de ómnibus, de micros, como le dicen en Buenos Aires, de gente que vino a votar y que llenaron la rambla de Montevideo en esas elecciones del año 89' [...]. Arismendi llegó a Buenos Aires, en camino hacia acá, estuvo unos días allá, en su camino de retorno [...], tuvo sus reuniones con el partido argentino, imagino que era necesario todo ese trabajo, además de lo que representaba Arismendi en el plano internacional y que algo tendrían que tratar con los partidos, por eso la reunión de los partidos de Sudamérica [...]. Después del 83', cuando el Partido se trasladó para Montevideo, que eso transcurrió en el 84', quedó una responsabilidad [...]. Y hubo trabajo importante en el tratamiento que se hizo de algunos de los compañeros que habían estado presos muchos años y que se trasladaban algunos a Cuba y otros a la Unión Soviética. Yo como responsable, era el encargado de manejar su pasaje y su retorno, incluso el alojamiento de esos compañeros. Otro [...] fue el pasaje de Jaime Pérez cuando tuvo su problema de páncreas que fue tratado en Cuba, y yo tuve que ajustar ahí la ayuda que se le iba a brindar desde el lado argentino [...]. Mucha

era del partido argentino y otra de nosotros, alojar en casa algunos compañeros [...]. A él lo acompañó Jorge *Mazzarovich* y [...] de Montevideo fue Pepín Bonilla; con ellos tuve que ir coordinando y luego yo también actuaba a posteriori cuando pasaban los compañeros, hasta mi retorno. Por allá, alguna vez a Arismendi, a la señora [...] los iba a buscar a Ezeiza y los acogía en casa hasta que llegara el horario de ir a Aeroparque para que volvieran [...]. Después, también a Pepe D'Elía, Héctor Rodríguez [...] que en alguna oportunidad allí tuve que ayudar. En esa oportunidad que venía Arismendi con Alcira también apareció Héctor Rodríguez, se arrimó como para que le tendiéramos la ayuda [...]; varios compañeros pasaron en esas condiciones [...]. Con Araujo organizamos alguna vez una gira [...]. Él hizo una gira por el Oeste hasta Moreno, hasta Rodríguez (Varela, 2014).

Y a diferencia de Roberto Pereira, instalado en Buenos Aires desde 1973 y con la experiencia de la vida clandestina durante todos los años en que se estructuró, aceitó y afianzó la organización del PCU en esa capital, llegarán otros comunistas para el momento de diseñar la agenda de un posible retorno. Uno de esos, que entra legalmente, con una tarea partidaria específica, y habiendo recorrido un camino diferente, es Ruben Villaverde, expreso político. Para el partido era el momento de hacerse visible, organizar el retorno con la mayor cantidad de militantes que fuera posible. Su recuerdo, desde el presente en el que compartió el testimonio, es un ejemplo claro de Buenos Aires como espacio nuevamente de reunión, pero, para entonces, como punto de reencuentro organizado del PCU cuando se vislumbraba el fin de la dictadura uruguaya.

Me va a ver Esteban Valenti a Brasil [...], a fines del 83', y me plantea que la dirección del Partido había resuelto, si yo estaba en condiciones, que me fuera a Buenos Aires a hacerme cargo del partido [...]. Si bien había un sector que iba a seguir clandestino, era necesario que el partido mostrara la cara [...]. Yo iría a hacerme cargo [...], armarlo más y preparar a la gente para la vuelta. La idea era que la mayor cantidad de uruguayos pudiera venir [a Uruguay] [...]. Siempre me llamé igual, en el exterior siempre me llamé igual. Tenía un documento

que me había proporcionado ACNUR. Tuve que negociar mucho con ACNUR para que me dejaran ir. ACNUR no quería que fuera a Buenos Aires porque era peligroso y ellos no podían hacerse responsables. Allí, al frente de ACNUR en Brasil había un colombiano que era muy amigo y que, bueno, le hablé francamente y le dije, pasa esto, yo te firmo lo que sea, me hago responsable, pero me tengo que ir. Y así me fui, en ómnibus [...]. Entré por tierra y allá en Buenos Aires me estaban esperando, ya estaba arreglada mi ida [...]. Empezamos a trabajar en Buenos Aires. Lo primero fue la posibilidad de mostrar al partido, que las reuniones dejaran de ser clandestinas, y ahí empezamos a trillar [...]. El Partido [Intransigente] nos dio mucho espacio [...], nos trató con mucho cariño para decirlo de alguna manera [...]. Se mantiene [...] a Stari clandestino. Pero Alberto Grille, yo, estaba el profe Piñeyrúa que era el secretario de organización [militábamos abiertamente. Se] tenía una oficina alquilada en [la calle] Florida y pasamos a funcionar desde allí, sin tapujos. Íbamos a reuniones, organizábamos reuniones, ibas al Partido Comunista Argentino que también nos habilitó algunos de los lugares que ellos tenían, públicos (Villaverde, 2018).

La mirada retrospectiva del deshielo de la vida clandestina o semi-legal de Ricardo Piñeyrúa, a la vez, arrima a aquellos momentos en que comienza a visibilizarse el retorno. De sus fragmentos testimoniales se transita de las vidas múltiples a la desproscripción, los distintos momentos en que comienzan el partido y los militantes a ser visibles, a aparecer por todas partes, incluso aquellos con los que nunca se habían cruzado. Se vuelve realidad la organización para el retorno.

Yo era una persona que fui haciéndome a medida que fue pasando el tiempo. Tenía compañeros de trabajo, muchos compañeros de trabajo en el laboratorio [...]. Tenía muchos compañeros y gente que iba conociendo en los hospitales donde trabajaba, porque bueno, iba a los hospitales a llevar medicamentos, a vender, y tenía contacto con muchísima gente, de [...] hecho hice muchos amigos argentinos y tenía por otro lado esa [...] semiclandestinidad [...]; era una vida legal,

pero con una faceta de militancia clandestina. Así la sostuve te diría que prácticamente hasta el año que gana Alfonsín [...], cuando un poco antes ya de que ganara Alfonsín es cuando nosotros medio que nos desproscribimos [...]. En Díaz Vélez [...] alquilamos una casa. Se conforma un secretariado con Rubén Villaverde, Federico Martínez, y no me acuerdo quién más estaba. Yo estaba ahí, era el secretario de organización y empecé a recorrer Argentina, me empecé a encontrar que salían como hongos los comunistas en cada lugar [...]. Ahí habían estado y muchos capaz que estaban en algo y ahora era otra etapa. Pero sin duda, que tiene que haber historias increíbles y paralelas que nunca se tocaron y otras que no conocí... Ni supimos lo que hacían los demás (Piñeyrúa, 2021).

En tanto Rubén Villaverde procura un documento, porque, aunque estuviera legal por el que le proporcionó ACNUR en Brasil, era necesario para moverse con mayor seguridad en Buenos Aires. La actividad era pública, se requería una mejor forma de desplazamiento por las calles. Eso en función de que el objetivo establecido era organizar cómo y de qué manera se cruzaría a votar en las elecciones de noviembre de 1984. Incluso cruzar y poder votar en situaciones contradictorias, como la propia, en la que estaba requerido por violentar la libertad vigilada, y lograr emitir el voto. El relato es por demás ilustrativo de las peripecias de aquellos cruces con el propósito de votar, aun cuando se vieron obligados a regresar a Buenos Aires. La autorización era solo para votar. Un ejemplo de la diversidad de formas que se asumieron para concretar un retorno para emitir el voto.

Llegó un momento en que me dieron la llave la oficina de lo que después fue Buquebus, porque éramos los que pedíamos pasajes [...]. En la calle Corrientes. No podían ellos con el equipo que tenían y se encontraron con un grupo de gente que trabajaba gratis y que fue formidable [...]. Armar aquella salida del Vapor de la Carrera. Se me perdieron las fotos, tenía unas fotos preciosas de todos, con aquellos barcos llenos de gente, viniendo a votar, y ese fue un trabajo que este conjunto de gente se puso al hombro y que me imagino que fue

muy reconfortante [...]; fue un trabajo de todo el año. La meta nuestra era venir a votar en el 84' y bueno, a eso nos abocamos [...]. Creo que uno no lo valoró... Ni uno mismo, porque no es muy romántico que digamos [...]. Hubo gente que cambió la historia sobre la base del romanticismo. Era más romántico salir a tomar las armas... Ahora, yo me pongo a contar las reuniones políticas, cómo se discutía o una asamblea y de romanticismo tiene muy poco [...]. Crucé para votar. Me habían habilitado para votar, pero no me habían levantado la proscripción policial [...]. Cuando íbamos a pasar a aguas jurisdiccionales uruguayas, nos llama el capitán del barco, a los que éramos responsables de toda la gente que llevábamos. Lo primero que nos dice es “antes que nada, quería felicitarlos por el comportamiento que habían tenido. Es más, abajo tengo celdarios, porque estamos acostumbrados a pasar hinchadas de fútbol de un lado al otro y las noches son terribles. Acá no hubo problemas con el alcohol, no hubo problemas con nada, así que estamos agradecidos, pero les tengo que comunicar que va a subir [...] gente de investigación y aparentemente buscan a una persona que la quieren detener”. Y le dijimos: “y usted, ¿qué piensa hacer?”; y dice “ustedes: ¿qué quieren que haga?”. Entonces le dijimos: “mire, no sé qué persona es, pero entendemos que a Montevideo tenemos que llegar todos juntos”. “Bueno, lo mismo pensé yo, no voy a dejar que saquen a nadie de este barco”, respondió [...] y efectivamente les dijo a los oficiales de policía. Querían detener a una compañera cuyo nombre no sé si lo supe ahí [...], era del MLN [...], y él me dijo que “si ellos insisten con que se la quieren llevar, yo no los dejo pasar, estoy en aguas jurisdiccionales, esto es territorio argentino, yo no dejo sacarlos de acá y si no me dejan, me vuelvo, pero no sacan a nadie” y al final se arregló con que no sacaran a nadie. La detuvieron en el puerto de Montevideo. Pero a todo esto, la familia ya sabía que ella iba y estaban preparados [...]. A los que estábamos requeridos, a todos, cuando íbamos bajando, nos decían “están autorizados a votar, mañana vamos a venir a controlar, porque nos veníamos en el mismo barco, al que no vuelva lo vamos a ir a buscar y ese si va a ir en cana en serio”, así que los que estábamos requeridos votamos y volvimos [...]. Recién volví definitivamente en abril [...].

Y bueno, te podés imaginar la alegría que tenía [...], más allá de que siempre digo que el exilio yo lo viví bien (Villaverde, 2018).

Toda vez que se percibía tan cerca el fin de la dictadura y el cronograma establecido marcaba el día de las elecciones de noviembre de 1984, las experiencias del retorno, gestadas a partir del deseo de llegar nuevamente a Uruguay fueron muy diversas.

Diversas porque el exilio, los exilios, son una amalgama de vivencias y emociones, un gran mosaico de subjetividades y acciones que se prolonga en el tiempo desde el inicio y quizá no tenga afectivamente y experiencialmente un fin. Marina Arismendi en su testimonio evocó parte de ese sentimiento diverso de los exilios y de las otras vivencias que los comunistas tuvieron durante la dictadura y después.

Todos teníamos y habíamos tenido experiencias e historias especialmente diversas. El exiliado, en distintos países, el clandestino, el preso, el que se había quedado en la casa, todos teníamos historias y procesos interiores distintos (Arismendi en Martínez, Ciganda y Olivari, 2012, p. 491).

Y de esas distintas etapas, una apreciación está en los siguientes párrafos de la obra más importante hasta el momento sobre el PCU en dictadura, coordinada por Rico.

El exilio pasó por distintas etapas durante su larga duración [...], desde la primera fase de trabajo de reorganización del propio partido en el exterior (la autoconstrucción), pasando luego por la atención del conjunto de los exiliados en los distintos países de residencia, hasta concluir ya en la etapa de transición a la democracia, principalmente en la República Argentina, con una reorientación del trabajo político hacia toda la migración uruguaya –no solo el exilio político y el partidario– con el objetivo de retornar al paisito y votar al Frente Amplio en las elecciones de 1984 (Rico et al., 2021, p. 17).

Sin duda, en ese retornar, acercándose al país, Buenos Aires fue nuevamente espacio de reunión para quienes ya habían estado en

los setenta. Un ejemplo es el caso de Benjamín Liberoff. En su recorrido previo al retorno le sucedió una situación no común, que vivió en el consulado en Praga. Fue este hecho el que lo impulsó a tomar la decisión del retorno definitivo en 1984, pasando por la capital porteña, lugar de recuerdos y emociones encontradas. Este cruce no había sido el primero, pero sí el que provocó algo inesperado en el cual, nuevamente la emoción no estuvo ausente.

No había recibido pasaporte, estaba totalmente vencido. Allá por el año 84´ me localizó la embajada de Uruguay en Checoslovaquia para decirme que había habido una autorización para darme el pasaporte, con lo cual a partir de aquel momento empecé a programar la vuelta a Uruguay. Eso pasó el 22 de setiembre del 84´, antes de las elecciones. Primero vine aquí a Argentina, después crucé, en el marco de lo que era la experiencia de la semana del estudiante, que en el 83´ tuvo la primera expresión y en el 84´ tuvo la segunda. Cuando llegué, me estaba esperando un grupo de gente, y también la policía. Esa gente que me estaba esperando [presencia que me retienen] me sacaron fotos de cuando me llevan a detenido desde el aeropuerto, y lograron llevarlas hasta el diario [*El Día*], razón por la cual la única vez que estuve en el diario en la primera página fue el 23 de setiembre, cuando me llevaban detenido. Fuimos a cárcel central, allí me revisaron todo lo que traía, y cuando terminó ese inventario me mandaron a un calabozo con ocho guardias. Cuando iba a entrar al calabozo el policía me dice “deme ese [poncho] para acá”, razón por la cual le di el poncho, y me dice “tome, éste, está limpio, su padre salvó vidas”; fue una experiencia bastante fuerte (Liberoff, 2016).

Arribar, asentarse en Buenos Aires por temporalidades diferentes y todas en el contexto de la transición argentina, del gobierno que se iniciaba con Raúl Alfonsín en diciembre de 1983, llevó la marca del entusiasmo de haber dejado atrás la dictadura y con la esperanza de un retorno cercano a Uruguay.

La esperanza del retorno alienta aún en los que emigran en las condiciones más duras. Así, los judíos sefaradíes que tuvieron que irse de

España por el decreto de expulsión de 1492 llevaron consigo las llaves de sus casas, creyendo que la situación podía cambiar y les sería posible volver (Grinberg y Grinberg, 1996, p. 153).

Distintas son las experiencias de retorno desde otros países de América Latina. A muchos de quienes tomaron a Buenos Aires como punto para cruzar, les resultaba el espacio más cercano en códigos culturales y, en ciertos casos, territorialmente, significaba también una forma de acompañar las actividades partidarias desplegadas para organizar el retorno, la definición de vías y medios que lo harían posible, garantizando el voto en las elecciones de noviembre de 1984.

Quienes llegan lo hacen desde lugares cercanos o lejanos, como Milka Bengochea, pero con ese impulso por aproximarse, aunque eso generara algo de inseguridad porque estaba presente lo que había sido la dictadura, la persecución, la desaparición de personas. En todo caso, lo que se percibía era la posibilidad de cruzar. En algunos es una decisión orgánica del partido, en otros será personal. Solas o con familia, las personas van agrupándose en el espacio porteño y acercándose a la estructura del PCU para colaborar en las actividades previas al retorno, en especial, para llegar a votar. Buenos Aires fue también entonces un lugar de aprendizajes distinto al de los años setenta.

En el 84' tenía 25 años. Entonces me volví, volví a Buenos Aires. Ahí me encontré con mi familia, que me fueron a ver, pero de visita no más, ellos vivían en Uruguay. Tomé contacto con el exilio, gente que participaba de la actividad política del exilio en Buenos Aires. Que era totalmente distinto a México, ¿no? En México era una cosa totalmente más estructurada, más organizada, más chica [...]. En Argentina todo esto estaba como más separado, más compartimentado. Aparte, claro, habían vivido, los que habían estado todo el período del exilio [...] en Argentina, Buenos Aires, habían vivido toda la etapa de la represión, o sea que tenían hasta más miedos y manías persecutorias que los que habíamos salido del Uruguay. Ahí llegué a Buenos

Aires y empezó mi relación con distintos grupos [...]. Tuve contacto con la gente que trabajaba en Argentina y básicamente lo que hacía era preparar las actividades de aquellos artistas o políticos que iban a entrar a Uruguay. Lo de El Galpón ya había sido, pero lo de Zitarrosa, algunos políticos que entraron en ese período [...]. Tuve contacto con gente que fue muy solidaria, muy buena y que te acompañaba. Yo era una gurisa joven, pero por otro lado tenía la facilidad de lo familiar, en el sentido que tenía un apartamento y tenía solucionado el tema vivienda. Aparte, cuando llegué me encontré con mi madre, con mi padre, con mi hermano, o sea que, con el afecto, que te hagan la comidita que vos querés, con todo lo que perdiste con el exilio. Fue una etapa al principio de no saber, era muy incierto, porque todos sabíamos que no íbamos a estar mucho ahí. Llegué en mayo del 84' y sabíamos que bueno, que en noviembre había elecciones. Entonces la perspectiva cuando llegábamos a Buenos Aires no era la de que ahí te tenías que quedar mucho. Digo, asentar bases. Cuando llegué a Buenos Aires eso ni me lo planteé [...]. Me tocó convivir en el mismo apartamento después, porque yo tenía disponibilidad en el apartamento, y venía gente que no tenía, me pedían si los podía alojar allí, me tocó convivir con otras personas que estaban en el exilio, de distinta edad, de distinto sexo, con experiencias de vida totalmente distintas. De repente vos sos una chiquilina de 25 años y te toca convivir con un veterano de setenta y pico con otra trayectoria de vida y eso es todo un aprendizaje [...]. Después me vine y en ese apartamento quedó viendo gente que venía de otros lugares y que demoraba más en entrar o que estaba esperando que viniera otro familiar [...]. Me tocó tener contacto con mucha gente. [...] ya ese período que era previo a las elecciones, en el 84', la gente venía a Buenos Aires, ahí si ya era un período para entrar [...]. Además, en Buenos Aires conocí al que después fue mi pareja y que hasta el día de hoy [es] mi marido, con el que tenemos las hijas y los nietos, así que llevamos ya muchos años de relación [...]. Lo nuestro fue más bien una actividad pública. Ya te digo, ir a PRESUR, participar en actividades públicas, organizar actos que tenían que ver con la llegada de la gente. Siempre se hacía en Buenos Aires un acto antes de que vinieran para Uruguay, las campañas de que la gente viniera para votar, campañas que se hicieron,

que se organizaron con la gente de la CNT que, en aquel momento, ya era PIT-CNT, pero era la vieja CNT. Se organizó incluso una venida en el Vapor de la Carrera para traer gente que vivía en Argentina a Montevideo y algún contacto con la gente que hubiera de la Juventud en Buenos Aires [...]. La gente que me tocó conocer y tratar en Buenos Aires no era que fuera del propio exilio en Buenos Aires, también era gente que venía de otros lugares y que estaba circunstancialmente en Buenos Aires en ese período, pero no había vivido la dictadura en Buenos Aires. Había gente que venía de Europa, que había estado en Italia o en otros países europeos y que estaban circunstancialmente en Buenos Aires [...]. En Buenos Aires [...] cuando llegué tenía un poquito más de miedo porque bueno, el aparato represivo en Buenos Aires era como acá. Y todo era tan parecido y a mí me venía a la memoria todo eso del Ford Falcon [...]. Igual nosotras no teníamos ninguna actividad que no fuera pública ni permitida, pero [...] te volvía un poco la sensación de acá, de la etapa brava de Uruguay, sabiendo que en Argentina había sido peor. O sea que te venían algunos tics que en México de repente estabas más flojito [...]. Cuando vinimos a Buenos Aires era con la idea de preparar el ingreso [...]; el grueso tenía la ilusión de volverse a su país. La mayoría de los exiliados se fueron pensando que iban a volver [...]. ¿Por qué fue primero Buenos Aires? Porque primero fueron las elecciones en Argentina, se abrió lo democrático [...], era como el puente prácticamente, venir a Buenos Aires para después cruzar a Montevideo. Y vinimos por eso, mucha gente, gente que estaba en Europa, en todos lados. Venía a Buenos Aires como forma de después entrar a Uruguay y cuando se producen las elecciones, entramos. Vinimos antes de las elecciones, la idea era esa, venir y participar en las elecciones, incluso participar en la campaña electoral. Creo que entramos el 9 de noviembre de ese año y las elecciones eran el 28 o 29 de noviembre, o sea que estuvimos como veinte días antes de las elecciones [...]. Justo en el avión que viajamos nosotros venía José Germán Araujo, que había estado en Argentina en una actividad y cuando vamos a bajar, una persona ahí del aeropuerto dice mi nombre. Unos días antes a una persona que había entrado a Buenos Aires la habían detenido a pesar de que estábamos ya en ese momento, y a mí se me ablandó todo... En realidad, era una

amiga mía de Uruguay que yo no sabía tenía un conocido en la pista y le dijo “mirá, andá a buscar a Fulana de Tal”. Mi compañero quedó blanco, Germán se acercó como para dar cierto apoyo y después nos aflojamos todos. Y después, cuando llegamos acá, nos estaban esperando compañeros de la facultad, la familia de mi marido que yo no la conocía (Bengochea, 2018).

Al mismo tiempo Buenos Aires resultaba, para el contacto directo entre la estructura interna del PCU y la del exterior lejano, como lo era Moscú, mucho más rápida y hasta efectiva en términos de tiempo. Y el tiempo era importante para resolver acciones que requerían inmediatez, como lo marcaba también la etapa final de la dictadura. Así lo rememora Gilberto Ríos en su testimonio.

Y otra cosa que es bueno saber, es que se dio un acercamiento con la dirección del Partido; ya Arismendi había vuelto a Buenos Aires un año antes y las cosas se fueron acercando, fuimos conversando y por lo tanto, aquella separación duró muy poco, no era lo mismo ir a Moscú que ir y volver a Buenos Aires (Ríos en Martínez, Ciganda y Olivari, 2012, p. 640).

Códigos más cercanos, relaciones familiares, de amistad y políticas, llevaron a Liliana Vidart trasladarse con sus hijas desde Bolivia, en donde estuvo asilada desde 1983, a Buenos Aires. Allí encontró un espacio de actividad partidaria en el último tramo de la dictadura uruguaya. En su testimonio recuerda distintos momentos personales y militantes de aquellos intensos y entusiastas meses de 1984.

[Llegué a Buenos Aires desde Bolivia] en el 84'. Entonces a las chiquilinas las anoté en una escuela. El ACNUR me ayudó al darme un depósito para que pudiera alquilar [...]. Las chiquilinas iban a la escuela pública del barrio. Yo vivía en San Fernando. Ahí estaba vinculada al partido y a la juventud; me dieron la tarea de organizar la Juventud Comunista y hacer todas las tareas que teníamos de aquí a las elecciones, porque estábamos en año electoral [...]. Un día fuimos a ver a Rada a un lugar donde iba a actuar. Lo esperamos afuera con este

compañero porque no teníamos un peso ni para entrar. Le hablamos afuera y dijo “no, no, vayan a verme a Palermo, que yo voy a actuar tal día”. Fuimos a verlo [...] y entonces dijo, “bueno, tá’, entren, entren. Ellos vienen conmigo y esperen que termine”. Nosotros no nos pudimos sentar en la mesa, nos tuvimos que sentar en la escalera porque no teníamos plata para tomar nada. Vimos toda la actuación y parecía que se olvidaba siempre. Al final lo llegamos a ver y dijo “vamos a encontrarnos en un boliche” y ahí sí teníamos para pagar. Sí, llevamos plata [risas]. Y ahí lo concretamos. Habíamos arreglado con un teatro que ahora no me acuerdo cuál era, en la calle Bartolomé Mitre, creo. Contratamos el teatro, salimos de pegatina para que él fuera a actuar para recaudar fondos para Democracia Avanzada, para pagar pasajes para que la gente viniera en barco, que fue un barco solo, enorme, que se llenaba de gente que venía solo a votar [...]. Y salimos con la gente del Partido Intransigente. La juventud del Partido Intransigente nos apoyaba y salimos como 20 o 30, toda una madrugada caminando por Buenos Aires, pegando los afiches del festival de Rada (Vidart, 2018).

Una y otra vez puede reiterarse que los itinerarios fueron muy diversos, incluso para quienes residieron durante casi toda la dictadura en Argentina. Lo fue también en situaciones de una cotidianidad sin familia, procurando sobrevivir desde el margen de cualquier posible colectivo del PCU.

Una experiencia singular es la de quien siendo muy joven vivió en Argentina, lejos de un entorno familiar por cierto complicado por la prisión del padre y un hermano. No obstante, en los últimos años de la dictadura y con el renacer democrático diversos hechos la llevaron a integrarse a la actividad partidaria desde tareas clandestinas a otras legales hasta desembocar en el retorno, no deseado unos años atrás, a Uruguay. Victoria Bega hace en estos fragmentos testimoniales un *racconto* memorístico de muchas de sus peripecias.

Hay un 75’ que era que todos los uruguayos llegaban y Argentina era el paso para irse a otro lado. En el 83’, fines del 82, empiezan a llegar

todos los uruguayos como paso para entrar. Te los encontrabas en la calle. ¿Quién era que vino primero a cantar? Creo que los primeros fueron Los Olimareños, que fui a verlos, con una compañera argentina y era “hola, hola, hola”, como que el tiempo no hubiese pasado. Ya ahí es como un quiebre, empiezo a ir al comité de Buenos Aires, a conocer mucha más gente; me acuerdo de que estaba todo el tema de la Convergencia. Ahí fue cuando conocí al hijo de Wilson, conocí a Wilson, a la esposa, cuando estuvieron en el hotel. No me preguntes por qué, yo fui y los conocí y entré al hotel antes de que cruzaran, estuve con ellos. ¿Cómo llegué ahí?, no me acuerdo, pero me acuerdo perfectamente [...] [Sobre el retorno] uno: me arrastra la ola; dos [vuelvo] recién a fines del 84'. Vine con mi tía Lea, mi pobre tía Lea, no es tía, pero es muy cercana, de familia. Vinimos en el Aliscafo, temblando las dos [...] y acá cuando llego, en este mismo lugar, me encuentro con Gerardo Bleier en el ascensor, porque justo había regresado. Estaba arriba, me dice: vino mi hermano [Carlos Bleier], que hoy es mi pareja. Y bueno, segunda, empezamos como a vernos, él viajó, yo venía, pero tampoco tenía muy claro esto de volver [...]. Había logrado ser médica, trabajaba, tenía mi casa, me mantenía, me vestía, compraba mis discos, me resolvía sola. Tenía muy mis cosas. Fue un tiempo de decisiones como muy difíciles, al grado que en algún momento casi que llegué a arrepentirme. Pero bueno, después la vida, los hijos, la pareja, lo resuelven enseguida, pero, creo que fueron esas las dos razones [...]. Abril del 85'. Sí, me tomo el vapor de la carrera. Y mis cosas me las traigo todas, más las cosas de muchísimos compañeros [...]. Estuve encargada de traer unas máquinas [...], de una empresa de no sé qué, que tuve que hacerlas pasar como que eran mías, porque había que traer cosas de compañeros en ese viaje en el Vapor de la Carrera (se ríe). Ahora mirá, me estoy acordando que llegaron y se empezaron a repartir por todos lados. Recuerdo perfectamente ese regreso con una luna llena espectacular sobre el Río de la Plata [...]. Y bueno, primero estuvo toda esa cosa que fue el reencuentro. Yo volví con 26, 26 años, 27, 26 para cumplir 27 [...]. Ya estaba recibida, con un posgrado. Me fui con 17. Con 17 yo conocía muchos compañeros de la juventud grande, que después me los encontré, pero era chica cuando me fui, estamos hablando del 75' [...]. Yo era la Turca [...], tenía eso

característico, que era la joven comunista, medio aburguesada, que además tenía una pareja también comunista cuando estaba acá, entonces era como algo típico, la Turca, la Turca, la Turca que era muy especial, entonces, y mi padre, por estar preso, muy conocido [...]. Te encontrabas con muchos. No dejaba de ser esa alegría de reencontrarte con aquellos. Pero había que empezar de cero. Y bueno, no fue fácil el retorno (Bega, 2018).

No todos los que se acercaban al Río de la Plata para cruzar en el momento más indicado, llegaban a Buenos Aires. En algunos casos era suficiente estar en territorio argentino para establecer contactos y visualizar un cruce por algún lugar más al norte, como en viejas épocas, cuando se trataba de la “huida”. En esos regresos e ingresos nuevamente al Uruguay se cargaba con situaciones familiares complejas. Un retorno después de tantos años y tantas peripecias, que había comenzado por la salida y la vida en Buenos Aires para luego realizar itinerarios que llevaron a distintos países, desencadenó crisis familiares y de pareja, además de distintas situaciones laborales que facilitaban o impedían el retorno. Un testimonio en el que se comparten recuerdos de esos complejos momentos que transitaban desde los problemas familiares a los vicisitudes de cómo cruzar, de tomar la decisión, quedó plasmado en lo que recuerda Lenin de los Santos.

De Bolivia para Argentina [...]. En Tarija nos fuimos en ómnibus hasta Bermejo, de Bermejo cruzamos a Salta y ahí fuimos hasta la ciudad de Salta. Y ahí le digo “vamos a Tucumán, que tengo mi primo y mi tía”. Llegamos a Tucumán [...], teníamos ómnibus enseguida [...], continuamos de largo. La intención era ir a Santa Fe; fuimos, cruzamos el Paraná y llegamos a Concordia [...]. Era previo a las elecciones. Entonces voy a un contacto que tenía, que todavía permanecía ahí, compañera del partido y llamo por teléfono a mi hermano y le digo “estoy acá”. Mi madre también estaba en Salta en ese momento. “Ya vamos”, dice, “vamos a buscarte”. “Mirá que estoy con un compañero más”; “sí, está bien”, dice. [Habían pasado ocho años], casi nueve [...]. Alguna carta de vez en cuando aparecía, es decir, creo que recibí de

mi familia dos cartas, nada más, pero mi familia sabía de mí porque sintonizaban Radio Habana y me escuchaban, sabían, conocían mi voz, más allá de que no decía quién era en ningún lado, reconocían mi voz [...]. Yo no tenía problema [...]; el problema era la fricción con mi hijo. La madre terminó su carrera, trabajaba, militaba lo que podía, y el objetivo era volver a Uruguay. Y el que sufría era mi hijo (De los Santos, 2014).

### Como lo analiza Guy Briole:

Cada uno reacciona con su propia singularidad frente a las situaciones más extremas... En cada trayectoria existencial se mezcla lo que desde la infancia ha hecho la trama de lo cotidiano y lo que ha dejado su marca como acontecimiento de suerte o de desgracia. El sujeto los ha atravesado con mayor o menor dificultad y le han dejado cicatrices indelebles o cerradas, aunque siempre corren el riesgo de reabrirse (Briole, 2004).

Fueron recurrentes en el repliegue-retorno y no solo desde Buenos Aires, las crisis familiares, de pareja, las laborales y los momentos de emociones encontradas, contrariadas, que significaron quiebres muy fuertes en quienes lo vivieron. Estando en Argentina y, en especial, en Buenos Aires, los impulsos en un sentido u otro de retornar o comenzar a cruzar estaban muy presentes. Para muchos la decisión era de retorno sí o sí, con los costos afectivos o laborales que pudieran representar y con la idea de que nuevamente la militancia se reinstalaría en Uruguay. En parte, José Cippolini, lo dibuja en sus fragmentos testimoniales.

Yo me quería venir [...]. Trabajaba para un judío que había comprado un astillero y el dueño anterior del astillero [...], el vendedor, me recomienda a mí para que le haga matrices, porque empezó el furor de los kayaks y los botes que llevaban en centenas a Mar del Plata a alquilar [...], embarcaciones más chicas de fibra de vidrio [...]. Este hombre va a hablar conmigo y me ofrece buena plata para que siga trabajando, pero yo le dije: "Mirá, estoy en vísperas de irme para Uruguay. Quiero irme para Uruguay, quiero irme para Uruguay, porque

estoy planificando mi vida”. Dice: “Bueno, andate”. Eso fue en el año 85´. Le hacía matrices, le hacía trabajos, juntaba plata y cuando me quedaba sin un mango, cruzaba, llegaba de la lancha, iba hasta el asillero a pedirle plata, y al otro día seguía trabajando unos meses. Eso transcurrió todo durante el año 85´ hasta que conseguí un trabajo más o menos para poder ganar un sueldo acá en Carmelo. Y acá empecé a tratar de organizar el Partido Comunista, en Carmelo. Estaba diezmado, no había nada, y los que empezamos a trabajar éramos justo los que veníamos de afuera [...]; después de 11 o 12 años habíamos vuelto, no teníamos un contacto muy fuerte [...]. Porque si algo aprendí en el partido, de los dirigentes, cuando tuve contacto con gente del Comité Central, como tuve con Villaverde, que nos enseñaban que el militante del partido tiene que traspasar la primera sociedad. Es decir, la sociedad tiene su coraza, sobre todo en los pueblos del interior, y el militante social tiene que traspasar esa coraza, esa piel, y si vos venís de afuera después de muchos años, no conocés las cuestiones que están debajo de la piel o de la coraza de la sociedad. Ese era un poco el miedo. Pero sin embargo nos fue bien, aparecieron viejos militantes del partido que estaban inactivos y llegamos en dos o tres años a tener 150, 160 afiliados (Cippollini, 2014).

Los que quieren volver solos o con familia, lo hacen con o sin una instrucción del Partido; el impulso salía por lo general de las personas, de su convicción de que ya era el momento, que se debía organizar el cómo y con quienes para asumir el reto. El momento era ese y había que tomar la decisión.

Hacer todo eso demanda mucho esfuerzo psíquico, renunciaciones, aceptación de muchos cambios. Pero poder hacerlo, hace sentir que se tiene dentro de sí una fuerza, una capacidad de desear, una capacidad de construir, una capacidad de amar (Grinberg y Grinberg, 1996, p. 169).

Para Graciela Villar fue así, resultó un retorno en distintos tiempos de la familia. Cruzó con fuerza de convencimiento, sola, como lo deja ver en su testimonio.

Ya no aguantaba más, me tenía que venir. En el 84', a fines del 84', se plantea la posibilidad de ingresar a MIDU, la Mutualista Israelita del Uruguay, una mutualista que había sido fundada por judíos progresistas que habían venido al Uruguay, que tuvieron un vínculo muy fuerte con los presos políticos y los exiliados. Me dicen que si quiero volver puedo ingresar a trabajar. Y me vengo sola [...]. Tania tenía seis años, estaba en primero. Pablo tenía tres. Mi compañero se queda con ellos y vengo yo. Vengo, ya se había aflojado bastante la correa de la represión. Ingreso a trabajar a MIDU y empiezo a militar en la Federación Uruguaya de Salud y en su proceso de reconstrucción. Mi marido viene ya sobre marzo del 85', con los nenes [...]. Siempre estuvo solo con los nenes. Se arregló, laburó, embolsó lo que teníamos y se vino (Villar, 2019).

Mientras que Liliana Vidart retornó con sus hijas, en situación precaria, con pocas cosas y muchos bultos y en un cruce, de los tantos que habían sido frecuentados en los setenta y que ahora volvían a serlo en sentido contrario. Tipo de transporte que por sus características era económico.

Volver, ese era el objetivo. Irse porque no había remedio, pero el tema era volver, yo quería volver. Incluso Zitarrosa se volvió en julio a Uruguay. Yo me hubiese vuelto antes, de no ser porque no quería sacar a las nenas de la escuela otra vez. [...]. Y sí, porque tanto país, tanta cosa, tanta vuelta, otra vez la misma historia [...]; fueron las elecciones en noviembre del 84' y me volví el 11 de enero del 85'. Son de esas fechas, capaz que no me acuerdo de ninguna, me olvido de todo, pero son esas fechas que no te olvidás [...]. Volvimos por Tigre. Porque nunca tuvimos nada [...]. Lo que habíamos podido comprar, lo vendimos: un placarcito, una cama que habíamos conseguido. Además, en ese apartamento yo tenía cocina y calefón, y tenía cosas, entonces no tenía que comprar [...]. Me vine sola con las nenas y con un montón de bultos que los tenía que ir cargando [...]. De Argentina nos vinimos por Tigre, que era lo más barato, pero en Tigre teníamos veintiún bultos [...]. Alquilamos un flete, porque yo me traje un colchón, era el único colchón que teníamos, un colchón en que dormían las nenas [...]. Veníamos, no teníamos nada, entonces me traje hasta la escoba

(se ríe), traje un colchón, trajimos unas mantas y las cosas de las escuelas de las nenas, hasta ollas (Vidart, 2018).

Y volver, volver, volver, un retorno después de más de una década dedicada a organizar y mantener el equipo técnico del PCU en Buenos Aires, luego de atravesar innumerables y riesgosas peripecias. No solo era estar en la estructura clandestina y articular con los que llegaban y salían de Buenos Aires, salir también a países lejanos para hacer el puente entre la dirección exterior y la que estaba dentro de Uruguay. Era también para Geza Stari y Raquel Romano un regreso luego de años de cambios constantes de residencia, de una cotidianidad en la que su pequeña hija Cecilia asimilaba los distintos nombres de su padre sin externar extrañeza y manteniendo la reserva. Había llegado el momento de cruzar y así lo recuerdan en sus testimonios, con consultas entre ellos por aquello de los juegos de la memoria.

Mandamos todo el equipaje en un contenedor. Éramos tres familias que nos organizamos en un contenedor [...]; era un camión, no era un contenedor [...], y venía en el Vapor de la Carrera y nosotros también. Me acuerdo que por trámites legales el camión quedó y nosotros vinimos [...], llegaron días después. Pero nosotros vinimos [...]. Geza le pregunta a Raquel: la vez que vinimos en el auto, ¿fue antes o después? Fue antes, responde Raquel y ahí ya se quedó Cecilia [...]. Geza recuerda: Vinimos en auto, cargamos el auto. Teníamos un Renault 4 [...], con el asiento trasero volcado, Cecilia sentada entre los dos [...] y cargado hasta el tope, atrás y arriba. Me acuerdo, y esto también es casi una anécdota, que Raquel puso unas plantitas que tenía y yo venía preocupado porque me hicieran problema por mi documento. Abrieron atrás y dijeron “Esto no puede pasar” [...]. Pasamos sin ningún problema [...]. Al otro día [de volver] había una manifestación del Frente y me acuerdo que me dieron una bandera que era un mástil de como cuatro metros con una bandera allá arriba y dijeron: “Esta es para vos”. Me acuerdo de esa movilización. Y después, mi tarea, primero fue recibir a los barcos [...]. Porque nosotros, como tarea previa, habíamos hecho un convenio con López Mena, que en aquel

momento era un pobre [...], tenía un barquito de morondanga o dos... Yo siempre digo que nosotros lo levantamos. Y vendimos pasajes a lo bobo. Recuerdo que [mi] primera tarea era recibir a los compañeros que venían de Buenos Aires (Stari, 2014).

Ese volver desde Argentina y otros países también representó un regreso desde otras geografías de ese inmenso país vecino. No todos ni todas estuvieron en la temperamental por esperanzadora, luego riesgosa y después de enorme festividad por el fin de la dictadura, que significaba Buenos Aires, la gran capital federal. Entre quienes vivieron alejados de la conexión partidaria, en un exilio comunista en la provincia argentina, estuvieron Chichita Méndez de Rojas y su marido, el paraguayo exiliado primero en Uruguay y luego en Argentina. En su entrevista rememora el sentimiento muy fuerte de un regreso a Uruguay, pero también incertidumbres y dolores que pesaban por las circunstancias y los personajes en que se reinsertaron y con quienes compartieron ese contexto de democratización.

Vino la necesidad imperiosa de volver, no podíamos quedar afuera de lo que pasaba... Y volvimos. Para mi marido significaba empezar por tercera vez su vida profesional, de cero, porque después de diez años... [...]. Él inventó con el Dr. Basso la Clínica Cooperativa, en la Cooperativa Juana de América, y hasta hoy funciona de consultorio médico y odontológico, en donde está instalado el equipo que fue de mi marido, que se lo dejó a la cooperativa [...]. Yo volví a la escuela. A una escuela problematizada [...] más allá de lo imaginable, alguna vez se va a escribir bien qué pasó en esos años. Terrible. Íbamos, encontrábamos la hostilidad; de los maestros contra los maestros. Lo que nunca había ocurrido. Habíamos tenido diferencias, discrepancias, pero hemos trabajado mucho junto, incluso junto con las autoridades en una buenísima época de la escuela pública [...]. Cuando vinimos estaba todo deshecho, deshecho. Porque además había autoridades que no abandonaban su silla, y gente que venía muy marcada y muy perseguida, dentro de la nueva democracia. Teníamos de presidente al enemigo número 1 de la educación pública. Sanguinetti

fue el autor de la ley que le sirvió a la dictadura. Y a la vuelta era nada menos que nuestro presidente [...]. Teníamos dificultades de toda clase, pero las fuimos sorteando. El Rojas [su marido] se instaló en su cooperativa, yo me instalé en mi inspección con sangre, sudor y lágrimas. Mi hija más chica empezó la universidad, Marcela empezó la universidad y Lucía volvió de su exilio, primero en México, y después en Nicaragua, con el sandinismo. Otra vez estaba reunida la familia, después de diez años de total separación. Y empezamos de vuelta, por tercera vez en nuestra vida. Y acá estamos (Méndez de Rojas, 2014).

Otros protagonistas fueron desandando el camino desde Buenos Aires, con despedidas fraternales, encuentros que resultaban los primeros encuentros presenciales y un regreso cargado de precauciones, para luego vivir el entusiasmo colectivo que inyectaba las ganas de vivir el momento. En su recuerdo, atesorado en el libro *Mi mundo perdido...*, Ricardo Piñeyrúa así lo registra:

En su casa, la de Federico Martínez, con un asado me despedí de Buenos Aires, creo que era domingo. Nosotros teníamos todo pronto para volver, habíamos embalado hasta el tacho de basura. De noche, Rosario se iba en el Vapor de la Carrera con los muebles y yo, con nuestros hijos, en avión a Colonia; por seguridad volvíamos separados.

El asado contó con la presencia del Flaco Arismendi, todo un mito de la izquierda uruguaya, lo conocía de lejos, de actos o grandes reuniones, de leerlo, pero nunca había compartido una reunión, menos un asado.

Tuvo una larga y fuerte discusión con Federico sobre cómo hacerlo, mientras esperábamos a una familia recién llegada de Cuba. Tras la comida y en medio de un extenso informe del Flaco, uno de los niños cubanos interrumpió la reunión política con un grito de: "Pa', el Leandro está encaramado en los techos", que dio por terminada la seriedad del asunto.

Como tantos, volví para ayudar en la organización del Frente y del partido. Tras instalarme, me contactaron para que me reuniera con

Altesor. El viejo había pasado por todo, prisión, tortura y la muerte de un hijo en Nicaragua luchando junto a los sandinistas, era un hombre combativo, pero se le notaba enfermo [...].

Los tres fuimos descubriendo un mundo de comités de base de Frente Amplio, de comunistas dispersos resistiendo, eran como lombrices, aunque les habían cortado la cabeza se seguían moviendo y creciendo.

Mediaba el año 84´ y en poco tiempo éramos decenas. Había comités por todos lados, reuniones en casas de familia, en clubes y bares. Florecían los militantes y la euforia por el fin de la dictadura, no veíamos límites. El temor había dejado lugar a la pasión, todos queríamos ser protagonistas de ese final, festejábamos cada paso, cada avance, sentíamos que era el momento justo y así fue (Piñeyría, 2022, p. 237-238).

En este recorrido aparecen imágenes de fuertes emociones, peligros y miedos, desprendimientos, soledades, solidaridades, aprendizajes y esperanzas que llegan a un regreso desde aquella “fuga” legal, semilegal, clandestina, circunstancias que, como se han compartido, fueron tan diversas en lo personal, familiar, generacional y partidarias.

De las evocaciones corren dimensiones de la memoria, expresa y consciente. Surgen olvidos o negaciones y seguramente circunstancias vividas que no se dimensionan. Qué tanto, por ejemplo, están presentes los hijos e hijas, qué tanto las huellas que han quedado en quienes conformaban el mundo de la infancia en aquel Buenos Aires. Qué tanto quedaron grabados los entendimientos de unos padres que cambiaban su nombre y se sabía, cómo se vivía y cómo se recuerda. A veces también se piensa sin haberlo indagado, aquellas parejas que permanecieron y comenzaron con nombres cambiados y con el tiempo conocieron los verdaderos. Y qué decir de lo no dicho, de lo que está guardado, ¿cómo se sintieron las pérdidas de los más próximos sin ser posible estar cerca para despedirlos?

Así pues, para construir el relato histórico se apela a la memoria, a las representaciones que elaboran los sujetos que son a la vez nuestros sujetos de análisis. Sus testimonios orales no son simples registros de hechos del pasado. Representan productos culturales complejos [como decía Dora Schwarztein]. Encierran distintos episodios que exhiben a la memoria ajena en un papel pasivo al momento de recrear la historia y es tan dinámica como quieran los sujetos que la recrean. Por eso hay que insistir con Portelli que “lo realmente importante es que la memoria no es un depósito pasivo de hechos, sino un activo proceso de creación de significados” (Dutrénit Bielous, 2015, pp- 32-33).

Hay que sintetizar y asumir que provocar sus narrativas desde el presente de evocación de un pasado dolido y algo lejano por los hechos que motivaron las diversas condiciones exiliarias, que en muchos casos no se asumieron como tales, permite recibir conocimiento novedoso sobre un mundo que aún requiere ser mucho más explorado en lo acontecido y en las subjetividades de protagonistas conocidos y anónimos hasta el hoy. Este hoy que es mañana.

## No hay conclusiones, solo quedan más interrogantes

Pasaron quince años desde aquel encuentro casual entre Silvia y Ana y la contingencia se hizo permanencia. El interés por saberse y saber fue creciendo. Al placer de aquella coincidencia inesperada se fue sumando el deseo de saldar interpelaciones propias y de otros, contemporáneos, coterráneos, cogeracionales. Los viajes aceleraron inquietudes y producciones, y la tecnología hizo su trabajo.

El 2013 fue una bisagra en ese transcurso y las apelaciones a los recuerdos, las conversaciones con “socios” temporales y territoriales se materializó en un proyecto, *Experiencias de exilios y clandestinidades en el Río de la Plata. El caso de la militancia uruguaya en Buenos Aires*, que hoy ve parte de su materialidad en este libro.

Así y más allá de la investigación académica sobre el candente tema de las migraciones, que pone en escena relatos de vida sobre las travesías, los tránsitos, las (re)localizaciones, las semblanzas idealizadas sobre la tierra natal, o aquellas que abordan la problemática de la memoria, especialmente traumática –un terreno tan hollado que hasta se ha hecho común la expresión de “abuso de memoria”–, hay una considerable producción [...] actual que ronda, explícitamente, bajo el modo ficcional o testimonial en torno a las “raíces”, los

antiguos inmigrantes, el pasado familiar y o nacional (Arfuch, 2014, p. 241).

Entre tanto, los avances se fueron poniendo a prueba en intercambios con colegas, participaciones en eventos y escrituras (Diamant y Dutrénit Bielous, 2014a, 2015a, 2015b, 2016a, 2016b, 2017) que empezaron a dialogar con otras y con sus autores, incrementando el acervo de inquietudes e informaciones.

Recíprocamente, las preguntas que iban surgiendo se enriquecían con aportes teóricos y experienciales y las perspectivas teóricas y la revisión de acciones recaían sobre los interrogantes.

La lista de cuestiones se ampliaba desordenadamente y el intento de categorizar las inquietudes fue complejo.

- ¿Por qué salir del Uruguay?
- ¿Qué pasó antes de la partida?
- ¿Quiénes eran/fueron los que se vieron impulsados a dejar su tierra?
- ¿Quiénes lo hicieron por encomienda del partido y quiénes por decisiones individuales?
- ¿Cómo se tomaron las decisiones?
- ¿Por qué se eligió Buenos Aires?
- ¿Cómo se fue transformando la vida y la militancia en el tránsito de democracia a dictadura en Argentina?
- ¿Qué sentía que dejaba en el Uruguay cada viajero?
- ¿Qué expectativas manejaban quienes se quedaban?
- ¿Qué pasó con las familias y los amigos?
- ¿Cómo se llegó a Buenos Aires?
- ¿Cómo se fue “ajustando” la estructura partidaria, tanto al interior como al exterior, a las nuevas circunstancias?

- ¿Cómo se adecuaron la vida legal y la clandestina?
- ¿Cómo se establecían las comunicaciones?
- ¿De qué manera se tejieron las redes de solidaridad próximas e internacionales?
- ¿Cómo se resolvió el sustento diario de cada migrante?
- ¿Cómo se tramitó la vida cotidiana de quienes estaban solos o en familia?
- ¿Con qué documentación se manejaron quienes llegaron o partieron clandestinos?
- ¿Cómo se definieron tareas, responsabilidades, compartimentaciones?
- ¿Cuáles fueron los operativos más riesgosos?
- ¿Cuál fue el impacto de las bajas en los equipos de trabajo?
- ¿Qué modificaciones implementaron quienes llegaron más tardíamente?
- ¿Cómo fue la convivencia entre quienes llegaron tempranamente y aquellos que lo hicieron más tarde?
- ¿Cómo fue la adaptación de quienes llegaron de exilios anteriores?
- ¿Cómo se sumaron a la militancia los que llegaron por otros motivos?
- ¿Cómo se dirimieron las diferencias de miradas sobre la situación y las tareas?
- ¿Cómo se imaginó el retorno?
- ¿Cómo se concretó el retorno?

Hay más, muchas más. Algunas de estas preguntas se fueron incorporando, junto a los testimonios de protagonistas, en el armado de

capítulos que presentamos. Otras quedan para seguir pensando, porque no hubo y no hay una respuesta. Están las respuestas que pudimos recoger y están las que faltan.

No todos los convocados se sintieron atraídos por la oportunidad de contar algo de su historia. Tampoco pudimos contactar a todos. Acá están las voces y las reflexiones de 26 militantes con edades, historias previas, responsabilidades diferentes entre sí, pero unidas por una suerte de tensor invisible: la lealtad partidaria.

Las condiciones de la persecución y la clandestinidad hicieron que aún pasado tanto tiempo sigan faltando encuentros y reconocimientos. Por eso la insistencia. Esta no es la historia de los comunistas uruguayos que militaron en Buenos Aires entre 1973 y 1985. Acá hay algunas historias, memorias, relatos y reflexiones. Solo algunas. Y muchas veces los testimonios desbordan los requerimientos. Van más allá del tiempo y de la geografía.

A pesar de esta salvedad, nos animamos a pensar al material recogido como representativo de una experiencia y una cultura de época con vacancias y variaciones, las que proponen las memorias y sin dudas, también las preguntas.

Analizar el contexto de la partida impuso hacer una relación permanente entre la actualidad del evento y la historia reciente, entre la trayectoria larga de un partido reconocido, con representación parlamentaria y fuerte inserción en el ámbito sindical y la también larga historia democrática y el endurecimiento de la persecución, la imposición de cambios políticos y de estructura militante. Fue una tarea difícil de ajuste a las nuevas condiciones, tanto hacia el interior como hacia el exterior.

Uruguay contaba con una larga tradición de estabilidad política y de sumisión del ejército al poder civil. Durante la dictadura, los militares no ejercieron directamente el poder, sino que contaron con un presidente civil al frente del gobierno, figura sobre la cual ejercieron una considerable influencia. Ya en 1971 la lucha “antisubversiva” había sido puesta en manos de las Fuerzas Armadas uruguayas.

El ejército uruguayo se encontraba entre los más influenciados por Estados Unidos en América del Sur: no solo por su dependencia de equipos militares sino porque, en proporción, la cifra de oficiales uruguayos entrenados era muy superior a la de sus vecinos [...]. Durante el período dictatorial hubo represión política generalizada, persecución y detención de figuras de todos los partidos, así como también sindicalistas. Se multiplicaron los encarcelamientos; en el punto más álgido de la represión (mediados de la década del setenta) se consideraba que Uruguay presentaba la relación de presos políticos y población más alta del mundo (Feierstein, 2016, pp. 281-282).

La situación que motivó la salida de tantos uruguayos, por razones políticas, pero también económicas y de inseguridad, no puede ser leída solamente desde la perspectiva del país; sin dudas, la cartografía regional tuvo su impacto y su concreción finalmente en la puesta en marcha del Pan Córdor.

Es interesante pensar que, así como funcionó una red de información y persecución en la región, sucedió en paralelo con redes de solidaridad entre militantes migrados, exiliados y refugiados desde los grupos de origen a los que pertenecían y en relación con instituciones de varios países. Para el caso de Argentina, el MAAS-LA es un ejemplo, y a nivel internacional ACNUR. Estas acciones pueden situarse como antecedentes, ya en democracia, de lo que luego fueron los organismos de derechos humanos y las acciones de sobrevivientes y familiares de las víctimas, que a partir de la recuperación de la democracia denunciaron los crímenes de la dictadura, las marcas dolorosas que dejó el terrorismo de Estado y señalaron los sitios de detención, tortura y exterminio.

De todos modos, pensar en los procesos de persecución y aniquilamiento a los militantes comunistas uruguayos en Buenos Aires tuvo sus diferencias respecto de lo que pasaba en Uruguay y sus semejanzas con lo que sucedía en toda Argentina. En todos los casos anidaron en discursos de odio, de resentimiento como sostén de una ideología perversa y en el intento de demostrar y dar a

publicidad cómo fueron y serían derrotadas las fuerzas democráticas antiautoritarias.

Si bien el propósito de este texto no está centrado en una historia comparada, la intencionalidad de las fuerzas represivas, en todos los casos fue el exterminio y el Plan Cóndor es su producto más logrado. Los medios utilizados y la elección de las víctimas tuvieron como propósito que su desaparición o nueva migración a un destino más lejano o pase a la clandestinidad, generara transformaciones en el aparato militante y en el país.

De la revisión de los hechos previos a la llegada a Buenos Aires y de lo aquí vivido, considerando las variantes ya analizadas de motivos de cruce y modos de incorporación a la militancia, surgen nuevas interrogantes que se suman a las iniciales ya planteados, que no cierran la lista de los que se seguirán formulando.

- ¿Qué quedaba de cada “viajero” en tierra oriental?
- ¿Con qué expectativas iban llegando los migrantes?
- ¿Cómo se fueron anticipando repliegues estratégicos y asignaciones de tareas?
- ¿Cuándo se suponía un posible retorno?
- ¿Quiénes se asignaban la categoría de exiliados?
- ¿Cómo era leída la realidad de ambos países?
- ¿Cómo se tramitaron al interior de los grupos y de las familias las desapariciones?
- ¿Con qué aparato propio se enfrentaba al aparato represivo?

Las respuestas parciales encontradas en los testimonios recogidos en las entrevistas abren un abanico amplio de posibilidades de interpretación y análisis del pasado que, considerando el tiempo atravesado entre vivencias y relatos, vinculan acciones de un presente y un futuro que ya es pasado. Esas son las maniobras que se permite la memoria, ir y venir en los tiempos, recorrer nuevamente

lugares sin revisitarlos, reponer acciones en una serie dinámica, recuperar personas, gestos, actitudes, sensibilidades, sin tenerlas consigo.

La creación de sí mismo, la regulación de usos y costumbres, la sanción de un decálogo de los sentimientos, los límites entre lo permitido y lo prohibido, la oscilación entre lo individual y lo social, son incumbencias típicas de la entrevista en la medida en que, aún sin proponérselo, se interna con mayor o menor fortuna, en el mundo de la privacidad [...]; cualquier tema, cualquier investidura son propicios a ese "desvío" hacia la interioridad que puede devenir biográfico, privado o íntimo según las circunstancias, habida cuenta de la sutil distinción entre estos umbrales hipotéticos hacia la profundidad del ser (Arfuch, 2010, pp. 146-147).

En los relatos, se juegan simultáneamente por lo menos dos registros, el interactivo y el enunciativo. Esto es así tanto para narrador como para interlocutor. En el interactivo se pone en juego la trama que se construye desde el clima generado, la pertinencia del espacio y la empatía entre los participantes. En el enunciativo, se construye un destinatario y por tanto un protagonismo compartido en el vaivén entre pregunta y respuesta, así como un espacio que desde el intercambio permite recordar, valorar, imaginar para ese momento. Cualquier cambio en el escenario de la conversación puede hacer variar la narrativa. De hecho, esto sucede en algunas oportunidades cuando en un momento posterior se vuelve a la misma pregunta. En ningún caso está puesto en juego ni el valor de lo dicho ni su condición de veracidad.

La posibilidad de elegir el cómo y el qué del contenido habilita un abanico no siempre anticipable de posibilidades.

Historiarse a sí mismo es un trabajo no necesariamente sencillo y muchas veces hostil. Anclarse en lo que fue habilita siempre a la posibilidad de suponer cómo podría haber sido y entonces, sin dudas, mientras se relata se valora –no siempre en positivo– y se construyen escenarios de otras posibilidades.

Quienes llegaron a Buenos Aires suponiendo que su traslado no era solo territorial, era sobre todo de oportunidades democráticas, económicas, de condiciones de vida, no siempre encontraron aquello que traían como expectativa. El tránsito de agitada democracia a implacable dictadura obligó a cambios concretos y subjetivos, de posibilidades y de deseos y todo matizado por las variables de la militancia, las responsabilidades y la supervivencia.

Los arribos, más allá de las formas, también abrieron un espectro amplio de coyunturas. Haber llegado solo, acompañado, en pareja, con hijos, con posibilidades de trabajo y vivienda o sin ellas, documentado o con papeles falsificados, con contactos o a la deriva, con tareas preasignadas o incorporándose luego a un aparato preexistente, legal o clandestino, fue determinante no solo para la tarea de aclimatarse sino también para la perspectiva desde la que muchos años después se narra la experiencia.

Así aparecen nuevos interrogantes que habilitan a revisar

- ¿Desde qué posición se presenta el narrador?
- ¿Qué vínculo de confianza establece con quien lo interroga?
- ¿Adopta una perspectiva épica o nostálgica?
- ¿Qué marcas identitarias rescata y cuáles construye?
- ¿Cómo “hilvana” los tiempos?
- ¿Con qué nitidez recupera las experiencias?
- ¿Cómo se reconoce en relación con el miedo y el peligro?
- ¿Cómo se sitúa en relación con sus congéneres, pares, “jefes”?
- ¿Qué credibilidad les da a sus propios recuerdos?
- ¿Cómo rescatar la transmisión?

Identificar y contactar con los protagonistas de lo que se quiso recuperar y contar no fue tarea sencilla. No todos pudieron ser

ubicados y muchos eligieron no hablar. También los silencios tienen valor discursivo. Internarse en ellos obligaría a otra perspectiva de interpretación que excede los límites de este trabajo.

Las marcas de la distancia no solo se traducen en magnitudes de kilómetros, años, escalas. Las marcas también son una construcción dinámica que van más allá de las materialidades. Incluyen afectos, logros, pérdidas y proyecciones.

Son un continuo, como la vida, que tiene puntos de inflexión. La partida de la tierra de origen y la llegada a la de acogida, en estos casos es una señal inequívoca de que algo cambió para siempre. La forma de hacerlo también.

El espacio como práctica de los lugares y no del lugar procede en efecto de un doble desplazamiento: del viajero, seguramente, pero también, paralelamente, de paisaje, de los cuales él no aprecia nunca sino vistas parciales, “instantáneas”, sumadas y mezcladas en su memoria y, literalmente recompuestas en el relato que hace de ellas [...]. El viaje [...] construye una relación ficticia entre mirada y paisaje (Augé, 2000, p. 90-91).

La travesía –más allá de las condiciones– no es solo atravesar fronteras. Es también el acarreo de objetos, ideas y sentimientos o desprenderse de parte de todo eso.

Uruguay resultó inseguro para unos, inhabitable para otros, imposible en situaciones extremas.

La partida fue una decisión sobre la que no siempre se pudo anticipar ni continuidad ni final. Hubo quien tuvo tiempo de elaborar y lo decidió en soledad, en familia, en la orgánica partidaria. Pero también estuvieron quienes sin oportunidad de procesamiento previo se vieron “eyectados”, con lo puesto, con algo de dinero, con algún contacto o en el desamparo absoluto.

Aún en los casos planificados al detalle hubo imprevistos, desinteligencias y hasta traiciones.

Las variantes que fueron desde los motivos, la formalidad o la informalidad de los medios y las fronteras, la autenticidad o

falsedad de los documentos, la anticipación de lugares, encuentros o tareas, la soledad o la compañía, hicieron que cada cruce fuese único y como tal recordado y relatado.

En todos los casos hubo combinaciones en dosis diferentes de valentía y temor, audacia y preocupación, proyectos e incógnitas.

La perspectiva del tiempo de estancia y el del cruce también marcaron hitos en las vidas que se traducen en los relatos. Hay en ellos proyectos y expectativas, pero también añoranza y pesadumbre.

Cruzar fue el primer gran desafío, luego vendría la adaptación al nuevo sitio, la asunción de responsabilidades, los riesgos que implicaron el cumplimiento de tareas.

En todos los casos rondan ideas que no siempre han encontrado respuesta.

- ¿Qué hubiera pasado si la estrategia fallaba?
- ¿Cómo se inscribió en la vida de cada uno la tristeza por el abandono de lugares, personas, objetos, historias?
- ¿A qué situaciones llevaron la melancolía, la tristeza, la nostalgia?
- ¿Cómo fue el paso del cruce a la instalación?
- ¿Qué expectativas de tiempos manejaba quien cruzaba y qué pasó en la realidad?
- ¿Cómo se pensaron las reunificaciones familiares?
- ¿Qué se anticipaba de la vida futura?

Buenos Aires desafiaba en escala. A veces encandilaba. Otras, distraía. De Buenos Aires había experiencias previas de paseos y relatos de viajeros. Una vez arribado, había que aprenderla, dominarla, hacerla fácil.

Cada tiempo de llegada y adaptación fue diferente. Marzo del 76´ fue un partearguas de calendario. Diciembre de 74´, con el

asesinato de Raúl Feldman, lo fue en términos de la evidencia in-contrastable del avance de la represión.

Entre las avenidas anchas y las calles estrechas; los subtes, trenes urbanos y colectivos; la legalidad y la clandestinidad, se vivió, se militó, con enormes esfuerzos adaptativos y sobre todo, en los primeros tiempos, con añoranzas.

El exilio significó una brutal interrupción de sus vidas personales, una desintegración del mundo cotidiano; había dividido familias, dejado atrás viejos vínculos, amistades, roles sociales que jamás se recuperarían. Era necesario inventar una nueva vida (Schwarzstein, 1999, p. 126).

Desarraigo y cotidianidad desconocida no resultó una combinación fácil. Si además se suma militancia, supervivencia y cambios que agudizan la persecución, todo resulta más complejo.

Buenos Aires pareció amigable en el comienzo de la instalación de los primeros grupos de comunistas uruguayos llegados a cumplir tareas partidarias y se fue haciendo cada vez más esquivo en la medida que la Triple A se desplegaba y finalmente con el golpe de Estado de 1976, que instaló la dictadura más cruenta que se recuerde, tanto para argentinos como para desterrados por motivos políticos de otros países latinoamericanos.

La lengua resultó un facilitador, pero muchas costumbres y formas de actuar resultaron distractores a la hora de aprender a vivir en esta ciudad. La familiaridad turística previa de algunos no resultó efectiva y el desconocimiento completo por parte de otros interpusieron dificultades que hubo que resolver en dos carriles paralelos: el del cumplimiento de la tarea militante y el de la resolución de las cuestiones básicas que garantizaran la supervivencia. Estas paralelas en verdad se cruzaban a cada momento, sobre todo para quienes hacían vida clandestina y para quienes la hacían mixta, militancia oculta combinada con trabajo, estudio o atención familiar "normal".

La actividad política resultaba el tema crucial de la estancia, pero nunca pudo obviarse la atención simultánea a temas que de alguna manera eran sus garantes, como el trabajo, la vivienda, la salud, la alimentación, la vestimenta, la educación de niños y jóvenes, las comunicaciones internas y con el Uruguay, y hasta las relaciones íntimas.

La vida en Buenos Aires fue una escuela con enseñanzas duras y aprendizajes costosos. La experiencia del extrañamiento fue larga y en algunos casos nunca resuelta. La “inteligencia” controlaba en cada esquina al tiempo que había que circular para sostener la organización partidaria y en cumplimiento de tareas y responsabilidades.

Esta particular dinámica dejó abierta la necesidad de revisar:

- ¿Cómo operó el desarraigo en relación con la asunción de nuevas conductas?
- ¿Qué estrategias miméticas facilitaron la adaptación?
- ¿Cuán confiables resultaron las redes de solidaridad y contención extrapartidarias?
- ¿Cuál fue el costo personal de cancelar proyectos en función de la imposición de la nueva vida?
- ¿Cómo atravesaron los niños el traslado y la forma de vida de sus padres?
- ¿Cómo funcionó la postergación y la provisoriedad como “estilo” de vida?
- ¿Cómo se convivió con los cambios que la política impuso en Buenos Aires en particular y en la Argentina en general?

Al trabajo de aclimatarse y dominar el entorno, se sumaron los requerimientos de la actividad militante y el telón de fondo de la ilusión del regreso.

No resulta sencillo sintetizar lo que fue la militancia de los comunistas uruguayos en Buenos Aires. La diversidad de circunstancias y condiciones lo hacen casi imposible. Las variaciones de la situación política argentina impusieron escenarios no previstos que obligaron a cambios estratégicos, de responsabilidades y en algunos casos a partidas hacia lugares más lejanos y seguros. Pero siempre estuvo presente el mandato de no perder el rumbo, de no desarraigarse de antiguas pertenencias.

La precisión de lo viejo se realiza por el hecho de haber habitado un lugar y amarlo, de haberse consustanciado con su historia, de haberse sumergido en sus pasiones, en las ciertas y en las absurdas. De aquello que hice mío y me constituyó en lo que soy. Frontera en la que el “yo” y el “nosotros” se articularon en una comunidad fluida de acuerdos y oposiciones. En la que se anudó lo sano y lo alienante de una pertenencia. Trama de una historia personal y colectiva que teje en cada ser una trayectoria familiar, profesional y política y que, en un lugar u otro, permite a cada quien anclar su pasión revolucionaria e inscribirse en la violencia simbólica de una transformación (Viñar y Viñar, 1993, p. 54).

La militancia de uruguayos comunistas en Buenos Aires puede representarse, a partir de los testimonios recogidos, como una pregunta permanente y sistemática con respuesta abierta ante cada día y cada tarea, pero con la convicción de seguir adelante. Las previsiones podían ser estudiadas y tomadas con antelación. Las condiciones de ejecución estaban sujetas a otras variables, no siempre posibles de ser controladas.

No hubo un modo de militar, hubo una militancia diversa y variable. Tampoco las tareas y las responsabilidades fueron estables, con excepción de las “cabezas” dirigentes. Sí hubo constantes que urdieron todos los engranajes: la formalización y difusión de información hacia adentro y hacia afuera, las tareas de solidaridad, los contactos internacionales, la obtención de recursos económicos

y las condiciones de seguridad –hasta lo que era posible– de los militantes.

Para que esto fuera posible hubo que garantizar escenarios de posibilidad, entre ellos asegurar cruces y medios de transporte, disponer de insumos para proveer documentación, contar con correos que no solo cruzaran el Río de la Plata, sino que se dispersaran por la región y por los países del campo socialista donde residía parte de la dirección partidaria, contar con viviendas transitorias y locomoción adaptada a traslados de personas y materiales.

Las experiencias fueron tan diversas como las tareas y sus ejecutantes. Así también las valoraciones sobre las mismas. El largo tiempo del exilio con los cambios de uno y otro lado del río también fue una variable que obligó a ajustar procedimientos. Los operativos específicos contra el partido y la juventud comunista en Uruguay no solo aportaron nuevos migrantes sino que obligaron a cambios en la estructura, en algunos casos por encarcelamientos, en otros por pases a la clandestinidad, y tuvieron su reflejo en Buenos Aires. En muchos casos cambiaron los contactos, los correos, los códigos.

La recuperación de la democracia en Argentina trajo un cierto alivio sobre la estructura clandestina y a la vez planteó nuevos desafíos legales con la llegada de dirigentes desde otros países, la de artistas populares que antes de cruzar desplegaron actividades abiertas, multitudinarias y las acciones preparatorias del cruce para votar y luego para el retorno.

Las permanencias y los cambios fueron la constante y a partir de los testimonios entre unas y otras se abrieron nuevas inquietudes.

- ¿Qué significó la lealtad como sostén en situaciones de riesgo?
- ¿Cómo se tramitaron las situaciones de peligro y las pérdidas?

- ¿Qué se recupera en positivo de una experiencia que estuvo signada por los temores y los conflictos?
- ¿Cómo se tramaron vínculos que permitieron la convivencia entre lo partidario, lo gremial, lo frenteamplista?
- ¿Qué incidencia tuvo la relación con el Partido Comunista Argentino y con otras organizaciones de diferentes países?
- ¿Qué valoraciones se realizan de la experiencia legal, semiclandestina y clandestina?
- ¿Cómo se vivió la desactivación del aparato uruguayo en Buenos Aires?
- ¿Con qué compromisos y valoraciones se “reacomodaron” los militantes que retornaron?
- ¿Qué pasó con quienes no volvieron?
- ¿Qué marcas perduran en Buenos Aires de aquella “gesta” militante?

El peligro no fue solo acecho. Se cobró detrimentos materiales, desarticulaciones familiares y vidas. Si bien en los balances se reitera que, frente al nivel de agresividad de las fuerzas parapoliciales y oficiales binacionales, las pérdidas al interior del aparato orgánico fueron solo dos, valen algunas aclaraciones. Hubo, más allá del asesinato de Raúl y la desaparición de Manuel, otros atentados a militantes, desapariciones, simulacros de fusilamiento, presos, allanamientos y robos en viviendas. Pero esos hechos que tienen nombre y apellido, a pesar de no ser los únicos, dejaron marcas ejemplares en la militancia que se enteró en tiempo real, en quienes lo hicieron más tarde y en la repercusión que tuvo hacia el Uruguay y hacia los foros internacionales.

“Los argentinos somos derechos y humanos”, rezaban las calcomanías con forma de corazón con los colores celeste y blanco de fondo que regalaban en las calles. Madres y familiares de

detenidos-desaparecidos hacían largas colas para denunciar ante una Comisión de Derechos Humanos de la OEA. Elsa [uruguaya residente en Buenos Aires] aguardaba sin saber qué hacer. Alguien le había dicho que esperara el fin del campeonato. “Es posible que los hayan detenido por prevención y ya los van a soltar”, le habían sugerido. Había creído. Necesitaba creer. Las calles se llenaron de papeletos y de banderas bicolors al grito de Argentina campeón. Elsa comprendió que no habría novedades (Silva, 1989, p. 67).

Con el avance asolador de las persecuciones en Buenos Aires y los antecedentes del asesinato de Raúl Feldman y el secuestro y desaparición de Manuel Liberoff, la estructura del PCU se ve forzada a endurecer la compartimentación y restringir a su mínima expresión los vínculos entre los militantes, y solo en relación con la responsabilidad asignada.

Queda de estos tiempos una historia compartida de dolores, pérdidas, búsquedas sin resultado, presentaciones ante iglesias, órganos de gobierno y organismos nacionales e internacionales. Y quedan unas historias particulares que se suman al archivo de las atrocidades de la dictadura.

Raúl era un militante joven con proyección que quedó truncada. Manuel un militante y perseguido experimentado del cual casi nada se sabe hasta ahora. Ambos tenían familias que quedaron destrozadas y dispersas, compañeros que quedaron atónitos ante lo sucedido, tareas que fueron asumidas por otros camaradas. Sus nombres y sus itinerarios son los de todos.

Conocer sus trayectos hace pensar en situaciones muy específicas.

- ¿Cómo tramitaron sus familias el duelo en el espacio privado?
- ¿Cómo se intenta alguna maniobra reparatoria frente a la pérdida y al dolor?

- ¿Qué lugar a futuro ocupan sus nombres y los de otros que dejaron su vida en la militancia?
- ¿Cómo se aborda la tarea de la transmisión a futuras generaciones?
- ¿Qué lugar ocupan los archivos y memoriales en la reconstrucción del pasado y en las marcas del presente?

La Triple A y el Plan Cóndor cumplieron con sus propósitos y llegó el tiempo de la transición y luego recuperación de la democracia. La organización y la militancia se plantearon otros objetivos, sostenidos en las posibilidades de la apertura y la oportunidad del retorno. También se presentaron nuevos debates ante el repliegue que se vivió en Buenos Aires. Fue el momento en que volvió a ser un puente, pero ya no de salida sino de regreso.

A partir de 1984 los comunistas residentes en el exterior finalmente comenzaron a preparar las valijas para retornar masivamente al Uruguay, aunque los plazos estuvieron condicionados por las distintas circunstancias personales y políticas de los exiliados [...]. Al mismo tiempo, las trayectorias personales y familiares forjadas en la nueva vida en el exilio y no pocos temores sobre las inseguridades existenciales que se avecinaban al retornar al país luego de su derrumbe por la dictadura (conseguir trabajo, recomenzar estudios, etcétera), también fueron factores que jugaron un papel importante a la hora de emprender o no, o demorar o no el regreso [...]. El exilio de los comunistas se había configurado “de cara al Uruguay” y, en ese sentido la amplia mayoría de sus militantes intentaron retornar apenas les fue posible (Rico et al., 2021, pp. 535-536).

En Buenos Aires cada militante que llegó para quedarse o para seguir viaje a destinos más lejanos fue un caso único. También lo fue al momento de decidir o no su regreso a Uruguay. Mientras el debate por el retorno se instalaba en casi todos los casos y con posiciones diversas e incluso diferentes a las que en algún momento

propuso la conducción partidaria, se gestaron un conjunto de actividades de alto impacto y visibilidad.

La llegada de artistas, conjuntos y elencos que se habían radicado en otras latitudes fue la exitosa “excusa” para aglutinar a la militancia a otros uruguayos cercanos al PCU y al Frente Amplio en festivales.

El arribo de dirigentes ya consagrados antes de su partida dio lugar, según los casos, a actos públicos, entrevistas periodísticas, reuniones con dirigentes de diversas organizaciones y partidos argentinos y extranjeros.

La expectativa que generaron las caravanas y despacho de barcos para volver a votar o para actividades partidarias y frenteamplistas fueron motivo de reencuentro, alegría y emociones.

De todos modos, más allá de este fervor, es necesario destacar que las condiciones que planteaban una joven democracia argentina en instalación y una transición compleja en Uruguay aún con gobierno militar, obligó a mantener cuidados y reservas.

La combinación entre historias de vida afincadas por muchos años y las expectativas por volver no siempre resultaron sencillas. Había pasado tiempo y vida. Muchos de quienes llegaron, permanecieron esperando el regreso. Otros desarrollaron su vida familiar, profesional, laboral entre uruguayos y otros con argentinos. Cada situación marcó un punto de vista diferente y recorridos diferentes que en algunos casos se vieron materializados en retornos a Uruguay y regresos a Buenos Aires. No siempre la expectativa se vio reflejada en lo que se encontró y la sensación de ajenidad frente a lo que se había dejado no resultó grata.

Ante esta diversidad de paisajes y de argumentos, nuevamente preguntarse:

- ¿Cómo se reconfiguró la idea del retorno masivo aceptando las particularidades de cada caso?

- ¿Qué pudo anticipar el partido y el país para alojar a quienes llegaban con añoranzas por lo dejado y expectativas presentes?
- ¿Qué y cuánto pudieron prever quienes tomaron la decisión tanto de quedarse como la de volver?
- ¿Cuánto incidieron las acciones masivas y de alta visibilidad en la toma de decisiones respecto del retorno?

Nada fue sencillo. Y mucho quedó sin cerrar, tanto de las experiencias vividas como de esta producción que abrió con muchos interrogantes y cierra con muchos más.

Toda revisión del pasado trae consigo las particularidades de hacerse desde el presente y sin dejar de soslayar el futuro.

Los testimonios con que pudimos construir esta trama son diversos, porque las experiencias lo fueron y las memorias lo son. Las perspectivas y posiciones desde las que se vivió y narró también.

No solo quedan preguntas sin responder; también deudas no abordadas o que no encontraron lugar para desarrollarse. Nos queda mucho por saber respecto de los niños, del lugar de las mujeres, de las diferencias internas, de los motivos por los que algunos se alejaron en diferentes momentos de la organización. Asumir estas vacancias no solo da tranquilidad, también desafía a la presencia futura de otras voces, otras miradas, otras reflexiones.

Desde aquel primer encuentro entre Ana y Silvia, aquellas primeras reflexiones y el inicio del proyecto, han transcurrido tiempos y para ellas –nosotras– también. Ese tiempo ha hecho su trabajo y ha permitido que desde una posición vital comprometida hayamos podido tomar, con dificultades y también con goce, distancias que ayudaron en primer lugar a poder recoger la información que generosamente nos prestaron los testimoniantes, ordenarla, en algunos casos discutirla y hoy dejarla disponible para quienes compartieron esos momentos y para el futuro.



## Bibliografía

- Aguiar, César (1982). *El país de la emigración*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.
- Almada, Mauricio (2015). *Crónica de una infamia. El comunicado más vil de la dictadura*. Montevideo: Fin de Siglo.
- Arfuch, Leonor (2002). *El espacio biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea*. Buenos Aires: FCE.
- Arfuch, Leonor (2010). *La entrevista, una invención dialógica*. Buenos Aires: Paidós.
- Arfuch, Leonor (2014). Cronotopías de la intimidad. En Arfuch, Leonor (comp.) *Pensar este tiempo. Espacios, afectos, pertenencias*. Buenos Aires: Prometeo.
- Arfuch, Leonor (2016). *Pensar este tiempo. Espacios, afectos, pertenencias*. Buenos Aires.
- Archivo Nacional de la Memoria (1974). Documentación en custodia de la Secretaría de Derechos Humanos para el Pasado Reciente (ex Secretaría de Seguimiento de la Comisión para la Paz). Expediente R 1549.

- Arismendi, Rodney (1985). Discurso pronunciado por Rodney Arismendi en la Explanada Municipal el día de su retorno. En Arismendi, Rodney. *Marx y los desafíos de la época y cinco trabajos más*. Montevideo: Ediciones La Hora.
- Augé, Marc (2001). *Ficciones de fin de siglo*. Barcelona: Gedisa.
- Augé, Marc (2000). *Los no lugares. Espacios de anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*. Barcelona: Gedisa.
- Autores Anónimos (2013). *El gol del pueblo uruguayo. Crece desde el pie. Testimonios, entrevistas, documentos e imágenes inéditas de la resistencia a la dictadura entre 1979 y 1982*. Tomo 2. Montevideo: Mastergraf srl.
- Barboza, Fernando (2016). *Golpe, resistencia y después*. Montevideo: Byblos Editorial.
- Barboza, Fernando (2017). *Retazos de la memoria*. Montevideo. Byblos Editorial.
- Bermúdez, Laura (2017). *Historia Oral. Claves de la entrevista para trabajar recuerdos y olvidos*. Montevideo: Negrita.
- Bermúdez Irisarri, Felipe; Caamaño Torrado, Clara y Caballero Álvarez, Carlos Alexei (2018). *Memorias militantes. Un relato comunista*. Montevideo: Textual.
- Borsani, María Eugenia (2001). Importancia de la obra de H. G. Gadamer para el quehacer del historiador. En Adamovsky, Ezequiel (ed.). *Historia y sentido. Exploraciones en teoría historiográfica*. Buenos Aires: El cielo por asalto.
- Briole, Guy (2004). Después del horror, el traumatismo. *El Psicoanálisis. Revista de la Escuela Lacaniana de Psicoanálisis*, (7).
- Bruner, Jerome (2003). *La fábrica de historias. Derecho, literatura, vida*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica Argentina.

- Buriano Castro, Ana (1986). *El golpe de estado del 27 de junio de 1973 en Uruguay* [Tesis de licenciatura]. Universidad Nacional Autónoma de México.
- Buriano Castro, Ana (2000). Estudio introductorio. En Buriano Castro, Ana (ed.). *Tras la memoria. El asilo diplomático en tiempos de la Operación Cóndor*. México: Instituto Mora-Instituto de Cultura de la Ciudad de México.
- Buriano, Castro, Ana (2009). Avatares de una aclimatación compleja: las voces del exilio uruguayo en la URSS. *Historia y Memoria. Revista del Programa de Historia Oral*. (1), 29-46.
- Butazzoni, Fernando (2014). *Las cenizas del cóndor*. Montevideo: Planeta.
- Caetano, Gerardo (28 de noviembre de 2008). Comunistas Uruguayos en Madrid. Agrupación “Eduardo Darnauchans” del PCU para Madrid. *PCU Madrid*. <http://pcumadrid.blogspot.mx/2008/11/el-historiador-gerardo-caetano-dice-que.html>
- Caetano, Gerardo (11 de octubre de 2014). La Patria comunista. Intervención de Gerardo Caetano, en la Feria Internacional del Libro de Montevideo. *Montevideo Portal*. [http://blogs.montevideo.com.uy/blognoticia\\_80656\\_1.html](http://blogs.montevideo.com.uy/blognoticia_80656_1.html)
- Candau, Joël (2001). *Memoria e identidad*. Buenos Aires: Ediciones Del Sol.
- Canosa, Juana (2001). ¡Cómo imaginarlo! En Taller de género y memoria de expresas políticas, *Memoria para armar. Selección realizada por Graciela Sapriza, Rosario Peyrou, Lucy Garrido y Hugo Achugar*. Montevideo: Senda.
- Carassai, Sebastián (2013). *Los años setenta de la gente común, La naturalización de la violencia*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Cardona González, Lorena (2013). Los sobrevivientes del miedo. Migración judía en Colombia. *Nuestra Historia*, (37), 173-196.

- Chartier, Roger (1999). *El mundo como representación. Historia cultural entre práctica y representación*. Barcelona: Gedisa.
- Chartier, Roger (2001): *Escribir las prácticas. Foucault, de Certeau, Marin*. Buenos Aires: Manantial.
- Chesneaux, Jean (1981). *¿Hacemos tabla rasa del pasado? A propósito de la historia y los historiadores*. México: Siglo XXI
- Casullo, Nicolás (2001). Fragmentos de memorias, la transmisión cancelada. En Guelerman, Sergio (comp.), *Memorias en presente. Identidad y transmisión en la Argentina posgenocidio*. Buenos Aires: Norma
- Conteris, Hiber (1997). El Uruguay postmoderno y la pérdida de la memoria. En Bergero, Adriana y Reati, Fernando (comps.), *Memoria colectiva y políticas de olvido. Argentina y Uruguay, 1970 – 1990*. Rosario: Beatriz Viterbo Editora.
- Condenanza, María (2001). La espera. En Taller de género y memoria de expresas políticas, *Memoria para armar. Selección realizada por Graciela Sapriza, Rosario Peyrou, Lucy Garrido y Hugo Achugar*. Montevideo: Senda.
- Coraza de los Santos, Enrique (2007). ¿Quién hablará de nosotros cuando ya no estemos? Memoria e historia del Uruguay del exilio a partir de un análisis bibliográfico. *Studia Historica. Historia Contemporánea*, (25), 191-222.
- Coraza de los Santos, Enrique (2014). Territorialidades de la migración forzada. Los espacios nacionales y transnacionales como estrategia política. *Espacialidades. Revista de temas contemporáneos sobre lugares, política y cultura*, 4(1), 199-221.
- De Garay, Graciela (2020). Legitimidad y usos del testimonio en América Latina. En Coraza de los Santos, Enrique y Dutrénit Bielous, Silvia (eds.), *Historia reciente de América Latina: hechos, procesos, actores*. México: Instituto Mora-ECOSUR.

- De Moraes Silva, María A. y de Menezes, Marilinda A. (2011). Una aproximación a la relación entre estructura, migrantes y testimonios orales. *Historia, voces y memoria. Revista del Programa de Historia Oral*, (3), 19-48.
- Diamant, Ana y Dutrénit Bielous, Silvia (2014). Reorganización para incidir: comunistas uruguayos desde Buenos Aires [ponencia]. *XVIII Congreso Internacional de Historia Oral*. Barcelona, España.
- Diamant, Ana y Dutrénit Bielous, Silvia (11-13 de noviembre de 2015a). La memoria de cruzar el charco. Revisiones sobre un viaje a la clandestinidad (Testimonios de experiencias de comunistas uruguayos en Buenos Aires) [ponencia]. *X Congreso Internacional de Historia Oral. Asociación Mexicana de Historia Oral*. San Martín de las Paredes, México
- Diamant, Ana y Dutrénit Bielous, Silvia (2015b). Vivir clandestinos pensando en volver: historias de vida de comunistas uruguayos en Buenos Aires durante la dictadura. *Historia, Voces y Memoria. Revista del Programa de Historia Oral*, (8), 37-50.
- Diamant, Ana y Dutrénit Bielous, Silvia (5-8 de octubre de 2016a). 'No te olvidés del pago...' La experiencia de la clandestinidad en narrativas de militantes comunistas uruguayos en Buenos Aires [ponencia]. *XII Encuentro Nacional y VI Congreso Internacional de Historia Oral*. Tucumán. Argentina
- Diamant, Ana y Dutrénit Bielous, Silvia (9 al 11 de noviembre de 2016b). Las voces de nuestras vidas. Tramas de un diálogo experiencial entre dos militantes comunistas uruguayos en la clandestinidad porteña. *III Jornadas de trabajo sobre Exilios Políticos del Cono Sur en el siglo XX. Agendas, problemas y perspectivas conceptuales*. Santiago de Chile, Chile.

- Diamant, Ana y Dutrénit Bielous, Silvia (2017). La militancia clandestina uruguayo - porteña: comunistas en el exilio. *Estudios. Centro de Estudios Avanzados*, (38), 47-68.
- Diamant, Ana y Pozzi, Pablo (7 al 9 de setiembre de 2009). Esas voces que nos llegan del pasado. Investigaciones en historia oral en la universidad [ponencia]. *I Congreso Internacional de Pedagogía Universitaria*. Buenos Aires, Argentina.
- Dirección Nacional de Información e Inteligencia. Prontuario N° 223. Hoja N° 3. Nombre LIBEROFF PEISAJOVICH, Manuel, doctor.
- División de Ejército I (DE I). Documento del Organismo Coordinador de Operaciones Antisubversivas (COOA). Firmado por el comandante de la División Ejército I, general Esteban Cristi.
- Dosse, Francois (2011). *El arte de la biografía*. México: Universidad Iberoamericana.
- Dutrénit Bielous, Silvia (1994). *El maremoto militar y el archipiélago partidario. Testimonios para una historia reciente de los partidos políticos uruguayos*. Montevideo: ECS/Mora.
- Dutrénit Bielous, Silvia (coord.) (2006). *El Uruguay del exilio. Gente, circunstancias, escenarios*. Montevideo: Trilce.
- Dutrénit Bielous, Silvia (2010). Buenos Aires: destierro, encierro, huida. *Voces recobradas. Revista de Historia Oral*, 13 (28), 38-47
- Dutrénit Bielous, Silvia y Varela Petito, Gonzalo (2010). *Tramitando el pasado. Violaciones de los derechos humanos y agendas gubernamentales en casos latinoamericanos*. México: FLACSO-CLACSO.
- Dutrénit Bielous, Silvia (2015). *Aquellos niños del exilio. Cotidianidad entre el Cono Sur y México*. México: Instituto Mora – CONACYT.
- Dutrénit Bielous, S. (2017). Exilio. En Pereda, Carlos (ed.), *Diccionario de Justicia*. México: Siglo XXI.

- Feierstein, Daniel (2016). *Introducción a los estudios sobre genocidio*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Fontana, Andrés (1984). *Fuerzas Armadas, partidos políticos y transición a la democracia en Argentina*. Buenos Aires: CEDES.
- Forster, Ricardo (1999) *El exilio de la palabra. En torno a lo judío*. Buenos Aires: EUDEBA.
- Fremd, André y Kronfeld, Germán (2012). *(Des) aparecido. Vida, obra y desaparición de Eduardo Bleier*, Montevideo: Estuario Editora.
- Garate, Helena y Risso, Mariana (2010). *Piedras pequeñas. Historia de viejos obreros comunistas*, Montevideo: Planeta.
- Garcé, Adolfo (2012). *La política de la fe. Apogeo, crisis y reconstrucción del PCU. 1985 – 2012*. Montevideo: Fin de Siglo.
- García Ortega, Martha y Necochea Gracia, Gerardo (2012). Relatos sobre el cruce de la frontera entre México y Estados Unidos a través del siglo XX. *Historia, voces y memoria. Revista del Programa de Historia Oral*, (4), 57-74.
- Gartner, Alicia (2015). *Historia oral, memoria y patrimonio. Aportes para un abordaje pedagógico*. Buenos Aires: Imago Mundi.
- Gatica, MÓNICA (2011). Ellos nos trajeron, y nosotros... acá estamos. *Historia, voces y memoria. Revista del Programa de Historia Oral*, (3), 149-174.
- Gatti Borsani, María Esther (2001). “El martes de la semana pasada”. Taller de género y memoria de expresas políticas, *Memoria para armar. Selección realizada por Graciela Sapriza, Rosario Peyrou, Lucy Garrido y Hugo Achugar*. Montevideo: Senda.
- Grinberg, León y Grinberg, Rebeca (1996). *El exilio: una migración específica. Estudio psicoanalítico*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Guerra, Alfonso (2002). Homenaje al exilio. Fundación Pablo Iglesia. *Exilio*, España: Fundación Jaime Vera

- Hassoun, Jacques (1996). *Los contrabandistas de la memoria*. Buenos Aires: Ediciones de la Flor.
- Heller, Agnes (1985). *Historia y vida cotidiana. Aportación a la sociología socialista*, México: Grijalbo.
- Jelin, Elizabeth (2001). Historia, memoria social y testimonio o la legitimidad de la palabra. *Iberoamericana*, 1 (1), 87-97.
- Jelin, Elizabeth (2002a). Introducción. Gestión política, gestión administrativa y gestión histórica: ocultamientos y descubrimientos de los archivos de la represión. En Da Silva Catela, Ludmila y Jelin, Elizabeth (eds.), *Los archivos de la represión: documentos, memoria y verdad*. Madrid: Siglo XXI de España Editores-Siglo XXI de Argentina Editores.
- Jelin, Elizabeth (2002b), *Los trabajos de la memoria*. Madrid: Siglo XXI de España Editores.
- Jitric, Noé (2000). Comunicación personal. En Diamant, Ana (dir.), *Testimonios para la experiencia de enseñar*. Buenos Aires: JVE ediciones.
- Lamana, Manuel (2013). *Diario a dos voces*. Barcelona: Seix Barral.
- Lev, León (1985). *Cartas desde mi celda*. Montevideo: Ediciones de La Puerta.
- Levi, Primo (2006). *Deber de memoria*. Buenos Aires, Libros del Zorzal.
- Levi, Primo (20 de agosto 2015). Por qué se escribe. *Vallejo and Company*.
- Liberoff, Benjamín (1985). Contra el drama de una arrasada universidad, el espíritu combatiente y democrático. En Massera et al., *La continuidad de un debate. Estudiantes, universidad, revolución*. Montevideo: Editorial Problemas.

- Leibner, Gerardo (2011). *Camaradas y compañeros. Una historia política y social de los comunistas del Uruguay*. Montevideo: Trilce
- López de la Torre, Carlos Fernando (2021). *La Alianza Anticomunista Argentina. Aproximación a la represión contrainsurgente y los escuadrones de la muerte en el período constitucional peronista de los años setenta (1973-1976)* [Tesis de doctorado] México. Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora.
- Lorenz, Federico (2004). Pensar `los setenta´ desde los trabajadores. *Políticas de la memoria*, (5), 19-23.
- Lozada, Martín (2012). ¿Es posible prevenir los genocidios? Aportes teóricos alrededor de un interrogante irresuelto. *Nuestra Historia*, (33), 71-100.
- Mariño, Marcelo (2006). Las aguas bajan turbias. Política y pedagogía en los trabajos de la memoria. En Pineau, Pablo et al., *El principio del fin. Políticas y memorias de la educación en la última dictadura militar (1976 – 1983)*. Buenos Aires: Colihue.
- Markarian, Vania (2004). De la lógica revolucionaria a las razones humanitarias: la izquierda uruguaya en el exilio y las redes transnacionales de derechos humanos (1972-1976). *Cuadernos del CLAEH*, 27(89), 85-108.
- Markarian, Vania (2006). *Idos y recién llegados. La izquierda revolucionaria uruguaya en el exilio y las redes transnacionales de derechos humanos 1967-1984*. México: Uribe y Ferrari Editores.
- Martínez, Mercedes (2001) Hotel Pinot. En Taller de género y memoria de expresas políticas, *Memoria para armar. Selección realizada por Graciela Sapriza, Rosario Peyrou, Lucy Garrido y Hugo Achugar*. Montevideo: Senda.
- Martínez, Virginia (2002). *Los fusilados de abril ¿Quién mató a los comunistas de la 20?* Montevideo: Ediciones del caballo perdido.

- Martínez, Federico; Ciganda, Juan Pedro y Olivari, Fernando (2012). ¿Nos habíamos amado tanto? Crisis y peripecias de un partido. Montevideo: La bicicleta.
- Martínez, José Jorge (2003). *Crónicas de una derrota. Testimonio de un luchador*. Montevideo, Trilce.
- Matute, Álvaro (1992). Historia Política. En Horacio Crespo et al., *El historiador frente a la historia. Corrientes historiográficas actuales*. México: Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM.
- Mc Sherry, J. Patrice (2009). *Los Estados depredadores: la Operación Cóndor y la guerra encubierta en América Latina*. Montevideo: LOM/Ediciones de la Banda Oriental.
- Mc Sherry, J. Patrice (2010). Los orígenes de la operación Cóndor. *Cuadernos de la historia reciente. 1968 Uruguay 1985*, (6), 3-14.
- Mendiondo, Dari (2011) *Crónicas de un luchador*. Montevideo: Ediciones Orbe Libros.
- Mendiondo, Dari (2007). *57 años al pie del cañón*. Montevideo: Ediciones Orbe Libros.
- Millán Sequeira, Miguel (2013). ¡Faltan 4! *La fuga del Cilindro Municipal de cuatro comunistas en 1976*. Montevideo: Fin de Siglo.
- Millán Sequeira, Miguel (2014). *El fantasma de la resistencia*. Montevideo: Fin de Siglo.
- Millán Sequeira, Miguel (06 de octubre de 2021). El testimonio de los comunistas. A propósito. *Va de nuevo*. <https://new.vadenuevo.com.uy/politica/el-testimonio-de-los-comunistas-a-proposito/>
- Ministerio del Interior. Dirección General de Información e Inteligencia (ex DNII), Uruguay.
- Ministerio del Interior. Policía Federal. Acta de la Seccional 17° de la Policía Federal Argentina, labrada el 24 de diciembre de 1974.

- Ministerio Público Fiscal. Procuración General de la Nación. República Argentina (s/f). Víctimas del Uruguay. Francisco Edgardo Candia Correa. <https://www.mpf.gob.ar/plan-condor/victimas/francisco-edgardo-candia-correa/>
- Moniz Bandeira, Luiz Alberto (25 de marzo de 2006). A 30 años del golpe en la Argentina de 1976, la participación de Estados Unidos. *AMESUR*. <https://amersur.org/derechos-humanos/a-30-anos-del-golpe-en-la-argentina-de-1976-la-participacion-de-estados-unidos/>
- Montero, Rosa (1997). Prólogo. En Silvester, Christopher (edit). *Las grandes entrevistas de la historia. 1859 – 1992*. Madrid: El País/Aguilar.
- Nora, Pierre (2008). *Les lieux de mémoire*. Montevideo: Trilce.
- Novaro, Marcos y Palermo, Vicente (2003). *Historia Argentina. La Dictadura Militar 1976/1983. Del golpe de Estado a la restauración democrática*, vol. 9. Buenos Aires/Barcelona: Paidós.
- Núñez, Esteban [@Esteban Núñez] (18 de agosto de 2022) Homenaje mío a otras muchas mujeres, una que conozco personalmente, pero no puedo nombrar, no me hablarían más [Publicación] *Facebook*.
- Núñez Fallabrino, Gerardo (2020). *El Partido de la resistencia. El papel del PCU en la derrota a la dictadura 1973-1985*. Montevideo: Fin de Siglo.
- Oberti, Alejandra (2006). Contarse a sí mismas. La dimensión biográfica de relatos de mujeres que participaron en las organizaciones político – militares de los ´70. En Carnovale, Vera; Lorenz, Federico y Pittaluga, Roberto (comps.) *Historia, memoria y fuentes orales*. Buenos Aires: CeDinCi Editores/Asociación Memoria Abierta.

- Parrella Meny, Paola y Curto Fonsalías, Valentina (2006). En Cuba, experiencias con muchos contrastes. En Dutrénit Bielous, Silvia (coord.), *El Uruguay del exilio: gente, circunstancias, escenarios*. Montevideo: Trilce
- Piñeyrúa, Ricardo (2022). *Mi mundo perdido y otros relatos*. Montevideo: Planeta.
- Porta, Cristina y Sempol, Diego (2006). En Argentina: algunas escenas posibles. En Dutrénit Bielous, Silvia (coord.), *El Uruguay del exilio. Gente, circunstancias, escenarios*. Montevideo: Trilce.
- Portelli, Alessandro (s/f). Lo que hace diferente a la historia oral. Recuerdos que llevan a teorías. *Comisión por la memoria*. [https://www.comisionporlamemoria.org/archivos/jovenesymemoria/bibliografia\\_web/metodologia/Portelli.pdf](https://www.comisionporlamemoria.org/archivos/jovenesymemoria/bibliografia_web/metodologia/Portelli.pdf)
- Portelli, Alessandro (2018). Prólogo. En Flier, Patricia (Coord.), *Historias detrás de las memorias: Un ejercicio colectivo de historia oral*. La Plata: Universidad Nacional de La Plata. <http://libros.fahce.unlp.edu.ar/index.php/libros/catalog/book/101>
- Rico, Álvaro (2008). *Investigación histórica sobre la dictadura y el terrorismo de estado en el Uruguay (1973-1985)*. Montevideo: Universidad de la República/ Comisión Sectorial de Investigación Científica/Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación.
- Rico, Álvaro (2015). Revisiones sobre las características del golpe y la dictadura en Uruguay. En Buriano Castro, Ana; Dutrénit Bielous, Silvia; Vázquez Valencia, Daniel (eds). *Política y memoria. A cuarenta años de los golpes de Estado en Chile y Uruguay*. México: FLACSO/Instituto Mora.
- Rico, Álvaro et al. (2021). *El Partido Comunista bajo la dictadura. Resistencia, represión y exilio (1973-1985)*. Montevideo: Fin de Siglo.

- Saez, Graciela (2009). *Década del 70. Uruguayos en el exilio en Buenos Aires. Testimonios*, (1).
- Sánchez Albornoz, Nicolás (2000). Comunicación personal. En Diamant, Ana (dir.) *Manuel Lamana. Testimonios para la experiencia de enseñar*. Buenos Aires: JVE ediciones.
- Santoró, Daniel (23 de abril 2022). John Dinges: La cifra de 30 mil desaparecidos carece de todo fundamento. *Clarín.com*. [https://www.clarin.com/politica/john-dinges-cifra-30-mil-desaparecidos-carece-fundamento-\\_0\\_PT28VP5JNZ.html](https://www.clarin.com/politica/john-dinges-cifra-30-mil-desaparecidos-carece-fundamento-_0_PT28VP5JNZ.html)
- Sapriza, Graciela (ed.) (1991). *Mujer y poder en los márgenes de la democracia uruguaya*. Montevideo: GREMCU.
- Sarlo, Beatriz (1994). *Escenas de la vida posmoderna. Intelectuales, arte y videocultura en Argentina*. Buenos Aires: Ariel.
- Sarlo, Beatriz (2001). *Tiempo presente. Notas sobre el cambio de una cultura*. Buenos Aires: Siglo XXI editores Argentina.
- Schwarzstein, Dora (1999). Entre la tierra perdida y la tierra prestada: refugiados judíos y españoles en la Argentina. En Devoto, Fernando Madero, Marta (dirs), *Historia de la vida privada en la Argentina, La Argentina entre multitudes y soledades, De los años treinta a la actualidad*. Buenos Aires: Taurus/Alfaguara.
- Schwarzstein, Dora (2001). *Entre Franco y Perón. Memoria e identidad del exilio republicano español en Argentina*. Buenos Aires: Planeta.
- Silva, Alberto (1989). *Perdidos en el bosque...* Montevideo: Madres y Familiares de Detenidos – Desaparecidos.
- Secretaría de Derechos Humanos para el Pasado Reciente. Grupo de Trabajo Verdad y Justicia. Presidencia de la República Oriental del Uruguay (2015 a) Operativos contra el Partido Comunista del Uruguay. <https://www.gub.uy/secretaria-derechos-humanos-pasado-reciente/sites/>

secretaria-derechos-humanos-pasado-reciente/files/documentos/publicaciones/Operativo%20PCU.pdf

Secretaría de Derechos Humanos para el Pasado Reciente. Equipo de Investigación Histórica. Presidencia de la República Oriental del Uruguay (28/02/2015 b) Ficha perteneciente a TRINIDAD ESPINOSA, Líver Eduardo. <https://www.gub.uy/secretaria-derechos-humanos-pasado-reciente/sites/secretaria-derechos-humanos-pasado-reciente/files/documentos/publicaciones/TRINIDAD%20ESPINOSA%2C%20L%C3%ADver%20Eduardo%20ficha%20accesible.pdf>

Secretaría de Derechos Humanos para el Pasado Reciente. Equipo de Investigación Histórica. Presidencia de la República Oriental del Uruguay (28/02/2015 c) Ficha perteneciente a IBARBIA CORASSI, María Angélica. <https://www.gub.uy/secretaria-derechos-humanos-pasado-reciente/sites/secretaria-derechos-humanos-pasado-reciente/files/documentos/publicaciones/IBARBIA%20CORASSI%2C%20Maria%20Angelica%202019%20Ficha%20accesible.pdf>

Secretaría de Derechos Humanos para el Pasado Reciente. Equipo de Investigación Histórica. Presidencia de la República Oriental del Uruguay (28/02/2015 d) Ficha perteneciente a PEDREIRA BRUM, Jorge. <https://www.gub.uy/secretaria-derechos-humanos-pasado-reciente/comunicacion/publicaciones/ficha-perteneciente-pedreira-brum-jorge>

Secretaría de Derechos Humanos para el Pasado Reciente. Equipo de Investigación Histórica. Presidencia de la República Oriental del Uruguay (28/02/2015 d) Ficha perteneciente a INSAUSTI TIRONI, Juan Carlos. <https://www.gub.uy/secretaria-derechos-humanos-pasado-reciente/comunicacion/publicaciones/ficha-pertenciente-insausti-tironi-juan-carlos> Ministerio Público Fiscal. Procuración General de la Nación. República Argentina (s/f) Víctimas del Uruguay. Francisco

- Edgardo Candia Correa. <https://www.mpf.gob.ar/plan-condor/victimas/francisco-edgardo-candia-correa/>
- Silva Schultze, Marisa (2009). *Aquellos comunistas*. Montevideo: Taurus.
- Silva Schultze, Marisa (2015). El Partido Comunista del Uruguay como objeto de estudio: problemas, novedades y desafíos. *Cuadernos del CLAEH*, 34(101), 87-110. <https://publicaciones.claeh.edu.uy/index.php/cclae/article/view/117>
- Traverso, Enzo (2011). *El pasado, instrucciones de uso. Historia, memoria y política*. Buenos Aires: Prometeo Libros.
- Toledo Casanova, Anibal (2008). *Los comunistas y la historia uruguaya*, Montevideo: Ediciones Orbe Libros.
- Trabanco, María (2004). Comunicación personal (Entrevista realizada por S. Dutrénit Bielous, en México, DF, 10 de julio). En Dutrénit Bielous, Silvia (coord.). *El Uruguay del exilio. Gente, circunstancias, escenarios*. Montevideo: Trilce.
- Tulbovitz, Ernesto (2 de diciembre de 2015). Entrevista a Gerardo Caetano en PCU. *Partido Comunista Canelones*. <http://pcucanario.blogspot.com/2008/12/entrevista-gerardo-caetano.html>
- Turiansky, Waldimir (1988). *Apuntes contra la desmemoria. Recuerdos de la resistencia*. Montevideo: Arca.
- Turiansky, Waldimir (1997). *El Uruguay de la izquierda*. Montevideo: Cal y Canto.
- Turiansky, Waldimir (2007). *Una historia de vida*. Montevideo: Editorial Fin de Siglo.
- Valenti, Esteban (1985). Vuelve un gran uruguayo. En Arismendi, Rodney, *Marx y los desafíos de la época y cinco trabajos más*. Montevideo: Ediciones La Hora.

- Valenti, Esteban (2008). *Geranios en la ventana*. Montevideo: Sudamericana.
- Varela Petito, Gonzalo (1988). *De la República liberal al Estado militar*. Montevideo: Nuevo Mundo.
- Varela Petito, Gonzalo (2023). *El Golpe de Estado más largo. Uruguay, febrero-junio 1973*. Montevideo: Planeta.
- Vezzetti, Hugo (2002). *Pasado y presente. Guerra, dictadura y sociedad en la Argentina*. Buenos Aires: Siglo XXI editores Argentina.
- Viñar, Maren y Viñar, Marcelo (1993). *Fracturas de la memoria. Crónicas para una memoria por venir*. Montevideo: Trilce.
- Wonsewer, Israel y Teja, Ana María (1993). *La emigración uruguaya 1963-1975*, Montevideo: CINVE/EBO.
- Yaffé, Carlos (2018). *Partido Comunista de Uruguay. El trabajo financiero detrás del proyecto político. Bernardo Joffe. Una experiencia de compromiso social, trabajo y solidaridad*. Montevideo: Comisión Nacional de Propaganda del PCU.

## Entrevistas

Testimonio oral. Juan Azcoga. Buenos Aires. Setiembre 2015.  
Entrevistadora: Ana Diamant.

Testimonio oral. Victoria Bega. Montevideo. Abril 2018.  
Entrevistadoras: Ana Diamant y Paula Guzzo.

Testimonio oral. Milka Bengochea. Montevideo. Julio 2018.  
Entrevistadoras: Camila Diamant y Paula Guzzo

Testimonio oral. Juana Canosa. Montevideo. Setiembre 2017.  
Entrevistadoras: Ana Diamant y Laura Bermúdez

Testimonio oral. Jorge Cela. Buenos Aires. Octubre 2015.  
Entrevistadora: Ana Diamant.

Testimonio oral. José Cippollini. Carmelo. 2014. Entrevistadora:  
Ana Diamant

Testimonio oral. Walter Cruz. Montevideo. Agosto 2018.  
Entrevistadoras: Ana Diamant, Camila Diamant y Silvia  
Dutrénit.

Testimonio oral. Lenin de los Santos. Montevideo. Julio 2014.  
Entrevistadoras: Ana Diamant y Laura Bermúdez.

- Testimonio oral. Daniel Feldman. México. Mayo 2016.  
Entrevistadora: Silvia Dutrénit
- Testimonio oral. Alberto Grille. Montevideo. Setiembre 2017.  
Entrevistadoras: Ana Diamant y Clarisa Caamaño.
- Testimonio oral. Nilda Iglesias. Montevideo. Marzo 2014.  
Entrevistadoras: Ana Diamant y Camila Diamant.
- Testimonio oral. Alberto Lastreto. Montevideo. Marzo 2014.  
Entrevistadora: Ana Diamant.
- Testimonio oral. Benjamin Liberoff. Buenos Aires. Diciembre 2016.  
Entrevistadora: Ana Diamant.
- Testimonio oral. Federico Martínez. Montevideo. Julio 2018.  
Entrevistadoras: Ana Diamant y Camila Diamant.
- Testimonio oral. Chichita (Gladys) Méndez de Rojas. Montevideo.  
Setiembre 2014. Entrevistadora: Laura Bermúdez
- Testimonio de Roberto Pereira. Entrevista realizada el 27 de julio  
de 2014 en Montevideo. Entrevistadoras: Ana Diamant y Laura  
Bermúdez
- Testimonio oral. Ricardo Piñeyrúa. Entrevista virtual. Noviembre  
2021. Entrevistadoras: Ana Diamant y Silvia Dutrénit.
- Testimonio oral. Raquel Romano. Montevideo. Marzo 2014.  
Entrevistadoras: Ana Diamant y Camila Diamant.
- Testimonio oral. Magdalena Rezzano. Montevideo. Abril 2020.  
Entrevistadoras: Ana Diamant y Paula Guzzo.
- Testimonio oral. Geza Stari. Montevideo. Marzo 2014.  
Entrevistadoras: Ana Diamant y Camila Diamant.
- Testimonio oral. Esteban Valenti. Montevideo. Julio 2014.  
Entrevistadora: Ana Diamant.

- Testimonio oral. Carlos Varela. Montevideo. Julio 2014.  
Entrevistadoras: Ana Diamant y Laura Bermúdez.
- Testimonio oral. Liliana Vidart. Montevideo. Mayo 2018.  
Entrevistadoras: Camila Diamant y Paula Guzzo.
- Testimonio oral. Graciela Villar. Montevideo. Junio 2019.  
Entrevistadora: Camila Diamant.
- Testimonio oral. Rubén Villaverde. Montevideo. Julio 2018.  
Entrevistadoras: Ana Diamant y Paula Guzzo.
- Testimonio oral. Cristina Zitarrosa. Buenos Aires. Octubre 2015.  
Entrevistadora: Ana Diamant.



## Sobre las autoras

### **Ana Diamant**

Doctora en Ciencias Sociales. Profesora y licenciada en Ciencias de la Educación. Profesora titular e investigadora en la Facultad de Psicología UBA. Sus trabajos se orientan a la historia reciente de la enseñanza, particularmente a las marcas de migraciones, guerras y autoritarismos en las instituciones educativas y en las propuestas curriculares en la universidad y en la formación docente. Presidió la Sociedad Argentina de Investigación y Enseñanza en Historia de la Educación. Coordina el Grupo de Trabajo Permanente Autoritarismos y Educación en Iberoamérica.

Entre sus últimas publicaciones en obras colectivas se destacan *Positivismo, antipositivismo y krausismo* (UNIPE, 2023), *Marcas genéticas en la enseñanza de la psicología en la UBA. Un recorrido por los ´60 en cuatro estaciones* (EUDEBA, 2022), *Sobre Positivismo y Antipositivismo en Argentina (1952)*, *Reencontrar a la autora en el contexto de producción de la obra. Estudio crítico* (UNLP, 2022), *Todo fue viaje. La transposición de las ideas de Antón Makarenko (1888 – 1939) y de Janusz Korczak (1878 – 1932) a las propuestas de recreación educativa del ICUF* (SAHE – UNIPE 2021), *Narrativas para historiar historias recientes en educación* (Filo:UBA, 2019). Coordinó el dossier

*Autoritarismos y educación en el S XX iberoamericano*, Fermentario N°14 (UdelaR – UNICAMP, 2020).

### **Silvia Dutrénit Bielous**

Historiadora y doctora en Estudios Latinoamericanos. Profesora-investigadora titular en el Instituto Mora (CP-CONAHCYT). Integra los Sistemas Nacionales de Investigación de México como Investigadora emérita y de Uruguay como Investigadora asociada en el Nivel III. Es miembro de la Academia Mexicana de Ciencias.

Sus líneas de investigación y docencia están centradas en la historia política reciente de América Latina, los trazos de su memoria, en particular del Cono Sur y México. Se ha dedicado a las distintas facetas de los exilios, al estudio de la relación entre política y justicia en las decisiones gubernamentales, a la agencia de las mujeres de colectivos de familiares y al rol de los equipos de antropología en AL. En su oficio como historiadora recurre a la historia oral, en su conceptualización y estrategia metodológica.

Entre sus libros destacan *La embajada indolegable: asilo mexicano en Montevideo durante la dictadura* (2011) *Aquellos niños del exilio* (2015) y *Pasos hacia la verdad* (2023). Ha editado *Forensic Anthropology Teams* (2020); con Octavio Nadal, *Pasados presentes, violencias actuales* (2019) y con Enrique Coraza, *Historia reciente de América Latina...*, (2020).





# El equipo en la sombra

Resistencia, clandestinidad y cotidianidad  
de los comunistas uruguayos en Buenos Aires (1973-1985)

En las páginas que contiene este libro y en los 26 testimonios que recoge, las autoras van extrayendo conclusiones generales sobre las características específicas del exilio de los comunistas uruguayos en Argentina, así como los rasgos que permiten comparar el fenómeno con otras experiencias históricas de partidos comunistas y revolucionarios que atravesaron circunstancias autoritarias similares, de clandestinidad, persecución y destierro similares. Se trató de un exilio político que fue incrementando en forma permanente su número a partir de la llegada masiva a Buenos Aires y otras ciudades de Argentina.